

Allan Kardec

El Libro de los Espíritus



SSE
Sociedad Espiritista de
la Argentina Central

FILOSOFÍA ESPIRITUALISTA

EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

CONTIENE

LOS PRINCIPIOS DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

SOBRE LA INMORTALIDAD DEL ALMA, LA NATURALEZA DE LOS ESPÍRITUS Y
SUS RELACIONES CON LOS HOMBRES, LAS LEYES MORALES, LA VIDA
PRESENTE, LA VIDA FUTURA Y EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD

Según la enseñanza dada por los Espíritus superiores,
con la ayuda de diferentes médiums

RECOPILADOS Y PUESTOS EN ORDEN POR

ALLAN KARDEC

Traducción de **José María Fernández Colavida**



Título original: *Le Livre des Esprits*, por Allan Kardec, 1857.

El Libro de los Espíritus

Traducción de la 6ª edición francesa de *Le Livre des Esprits*, realizada y publicada por la dirección de la *Revista de Estudios Psicológicos* (José María Fernández Colavida), e impresa en Barcelona, en la Imprenta de Leopoldo Doménech, en 1879.

Nueva edición española que incorpora además las correcciones y adiciones conforme a la 16ª edición original francesa de febrero de 1869, última supervisada por el propio Allan Kardec.

Traducción directa del original francés: José María Fernández Colavida, 1879

© De la revisión y actualización de la traducción: Lola García, 2022

© De esta edición: Sociedad Española de Divulgadores Espíritas, SEDE, 2022

<https://bibliotecaespirita.es>

info@bibliotecaespirita.es

Maquetación: Salvador Martín

Cubierta: Joaquín Huete y Lucas Pretti

Todos los derechos reservados.

Obra no venal, obsequiada por SEDE durante el IV Congreso Espírita ConCiencia, celebrado en Calpe (Alicante), del 3 al 6 de diciembre de 2022.

Índice

AVISO SOBRE ESTA NUEVA EDICIÓN	5
INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPÍRITA	7
PROLEGÓMENOS	55
LIBRO PRIMERO	59
CAPÍTULO I	61
DIOS	61
CAPÍTULO II	69
ELEMENTOS GENERALES DEL UNIVERSO	69
CAPÍTULO III	77
CREACIÓN	77
CAPÍTULO IV	89
PRINCIPIO VITAL	89
LIBRO SEGUNDO	97
CAPÍTULO I	99
SOBRE LOS ESPÍRITUS	99
CAPÍTULO II	123
ENCARNACIÓN DE LOS ESPÍRITUS	123
CAPÍTULO III	133
REGRESO DE LA VIDA CORPORAL A LA VIDA ESPIRITUAL	133
CAPÍTULO IV	143
PLURALIDAD DE EXISTENCIAS	143
CAPÍTULO V	167
CONSIDERACIONES SOBRE LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS	167
CAPÍTULO VI	179
VIDA ESPÍRITA	179
CAPÍTULO VII	221
REGRESO A LA VIDA CORPORAL	221
CAPÍTULO VIII	249
EMANCIPACIÓN DEL ALMA	249
CAPÍTULO IX	275
INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN EL MUNDO CORPORAL	275
CAPÍTULO X	315
OCUPACIONES Y MISIONES DE LOS ESPÍRITUS	315
CAPÍTULO XI	325
LOS TRES REINOS	325

LIBRO TERCERO	341
CAPÍTULO I	343
LEY DIVINA O NATURAL	343
CAPÍTULO II	355
I. LEY DE ADORACIÓN	355
CAPÍTULO III	369
II. LEY DEL TRABAJO	369
CAPÍTULO IV	373
III. LEY DE REPRODUCCIÓN	373
CAPÍTULO V	379
IV. LEY DE CONSERVACIÓN	379
CAPÍTULO VI	389
V. LEY DE DESTRUCCIÓN	389
CAPÍTULO VII	403
VI. LEY DE SOCIEDAD	403
CAPÍTULO VIII	407
VII. LEY DEL PROGRESO	407
CAPÍTULO IX	421
VIII. LEY DE IGUALDAD	421
CAPÍTULO X	429
IX. LEY DE LIBERTAD	429
CAPÍTULO XI	451
X. LEY DE JUSTICIA, DE AMOR Y DE CARIDAD	451
CAPÍTULO XII	461
PERFECCIÓN MORAL	461
LIBRO CUARTO	479
CAPÍTULO I	481
PENAS Y GOCES TERRENALES	481
CAPÍTULO II	501
PENAS Y GOCES FUTUROS	501
CONCLUSIÓN	539

AVISO SOBRE ESTA NUEVA EDICIÓN¹

En la primera edición de esta obra, ofrecimos una parte suplementaria que había de comprender todas las cuestiones que no hubieran podido tener cabida en aquella, o que circunstancias ulteriores y nuevos estudios hubiesen originado. Pero como todas ellas se relacionan con algunos de los asuntos ya tratados y constituyen su desarrollo, su publicación aislada hubiera carecido de toda utilidad. Hemos preferido, pues, aguardar la reimpresión del libro para fundirlo todo en un solo conjunto, y la hemos aprovechado también para introducir en la distribución de materias un orden mucho más metódico, eliminando, al mismo tiempo, lo que repetidamente se dirigía al mismo fin. Esta reimpresión puede, pues, ser considerada como una nueva obra, aunque ningún cambio hayan experimentado los principios, fuera de un muy corto número de excepciones, que son más bien aclaración y complemento que verdaderas modificaciones. Esta conformidad en los principios emitidos, a pesar de la diversidad de las fuentes que nos los han suministrado, es un hecho importante para la constitución de la ciencia espírita. En nuestra correspondencia consta que en diversas localidades se han obtenido comunicaciones perfectamente idénticas, si no en la forma, en el fondo por lo menos, antes de haberse publicado nuestro libro, que ha venido únicamente a confirmarlas y a reunir las en un cuerpo sistemático. La historia prueba, a su vez,

¹ Aviso de Allan Kardec realizado para la 2ª edición de *Le Livre des Esprits*, en 1860 y que se mantuvo en las ediciones posteriores, como la 6ª, de 1863, utilizada por Fernández Colavida para su traducción. (N. de L. G.)

que la mayor parte de aquellos principios han sido profesados por los hombres más eminentes de los tiempos antiguos y modernos, viniendo de esta manera a prestarles su sanción.

La enseñanza relativa a las manifestaciones propiamente dichas y a los médiums constituye hasta cierto punto una parte distinta de la filosofía, parte que puede ser objeto de un estudio especial. Habiendo alcanzado muy considerable desarrollo con motivo de la experiencia adquirida, hemos creído deber nuestro formar de ella un volumen distinto, que contendrá las respuestas *dadas a todas las preguntas relativas a las manifestaciones y a los médiums*, y también numerosas observaciones sobre el *espiritismo práctico*. La obra de que hablamos será la continuación o el complemento de *EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS*².

² La obra a que se hace referencia aquí y que es *El Libro de los médiums*, está ya publicada y traducida al castellano. (N. de J. F. C.)

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

I

Para materias nuevas son menester nuevas palabras, por exigirlo la claridad del lenguaje, a fin de evitar la confusión que acompaña al variado sentido de unas mismas voces. Las palabras *espiritual*, *espiritualista* y *espiritualismo* tienen su acepción bien definida. Si les diéramos otra nueva para explicar la doctrina de los Espíritus, multiplicaríamos las causas, ya muy numerosas, de ambigüedad. Efectivamente, el espiritualismo es la oposición del materialismo, pues todo aquel que cree que en su ser hay algo más que la materia, es espiritualista, pero no se sigue de aquí que crea en la existencia de los espíritus, y mucho menos que estos se comuniquen con el mundo visible. Este es el motivo por el que en vez de los términos ESPIRITUAL y ESPIRITUALISMO, para designar aquella creencia, empleamos los de *espírita* y *espiritismo*, cuya forma recuerda su origen y su sentido radical, y por lo mismo llevan consigo la ventaja de ser perfectamente inteligibles, dejando a la voz *espiritualismo* su propia acepción. La doctrina *espírita* o el *espiritismo* tiene por objeto *las relaciones del mundo material con los espíritus o seres del mundo invisible*. Los adeptos del espiritismo serán *los espíritas* o, si se quiere, *los espiritistas*.

El *Libro de los Espíritus*, como especialidad, contiene la doctrina *espírita*. Y, como generalidad, se aproxima a la doctrina *espiritualista*, de la cual presenta una de las fases. Esta es la razón por la cual su título viene encabezado por las palabras: *Filosofía espiritualista*.

II

Hay otra palabra sobre cuyo significado conviene también que nos entendamos, porque es como la llave de toda doctrina moral, y no obstante es objeto de interminables controversias, por falta de una aceptación bien determinada: esta es la voz *alma*. La divergencia de opiniones sobre la naturaleza del alma procede de la aplicación particular que hace cada uno de esta dicción. Una lengua perfecta, en que cada idea fuese representada por su término propio, evitaría muchas discusiones. Con una voz para cada cosa todos nos entenderíamos.

Según unos, el alma es el principio de la vida material orgánica y, sin tener existencia propia, acaba con la vida. Esto es el puro materialismo. En este sentido, y como por comparación, dicen de un instrumento cascado que no da sonido, que no tiene alma. Según esta opinión, el alma sería un efecto y no una causa.

Otros opinan que el alma es el principio de la inteligencia, agente universal del que cada ser absorbe una porción. Según ellos, en todo el universo no existe más que una sola alma que distribuye partículas de sí misma entre todos los seres inteligentes durante su vida. Después de la muerte, cada partícula vuelve a su origen, confundándose en el todo, a la manera que los pequeños y grandes ríos vuelven al mar de donde han salido. Esta opinión difiere de la precedente en que según esta hipótesis hay en nosotros más que la materia, y que después de la muerte queda algo de nosotros. Mas, casi es como si no quedase nada, porque no habiendo ya individualidad, no tendríamos conciencia de nosotros mismos. Para esta opinión, el alma universal sería Dios y cada ser un destello de la Divinidad, lo que solo viene a ser una variedad del *panteísmo*.

En fin, según otros, el alma es un ser moral distinto e independiente de la materia y que conserva su individualidad

después de la muerte. Esta acepción es sin disputa alguna la más general, porque, ya bajo un nombre ya bajo otro, se encuentra en estado de creencia instintiva e independiente de toda enseñanza, en todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de civilización. Esta doctrina conforme a la cual *el alma es la causa y no el efecto*, es la de los *espiritualistas*.

Sin descender a discutir el mérito de estas opiniones, y considerando solo el lado lingüístico del asunto, diremos que estas tres aplicaciones de la palabra *alma* constituyen tres ideas distintas, cada una de las cuales exigiría un término diferente. Se sigue de aquí que esta palabra tiene una acepción triple y, bajo cierto punto de vista, cada uno de los que le dan la suya tienen razón al definirla a su manera. La falta está en que la lengua solo tiene una voz para expresar tres ideas. Para evitar todo equívoco, convendría restringir la acepción de la palabra *alma* a una sola de estas tres ideas, siendo indiferente la elección, pues como lo que importa es entendernos, el asunto es puramente de convención. A nosotros nos parece más lógico tomarla en la acepción más vulgar, y por esto llamamos ALMA *al ser inmaterial e individual que reside en nosotros y que sobrevive al cuerpo*. Aunque este ser no existiese y solo fuese un parto de la imaginación, sería preciso un término para designarlo.

En defecto de una voz especial para cada una de las otras dos aceptaciones llamaremos:

Principio vital, al principio de la vida material y orgánica, cualquiera que sea su origen y que es común a todos los seres vivos desde las plantas hasta el hombre. Como puede existir la vida, hecha abstracción de la facultad de pensar, el principio vital es una cosa distinta e independiente de esta. La palabra *vitalidad* no expresaría la misma idea. Para unos el principio vital es una propiedad de la materia, un efecto que se produce luego que la materia se halla en ciertas circunstancias dadas.

Según otros, y esta es la idea más común, reside en un fluido especial, esparcido universalmente y del cual cada ser absorbe y se asimila una parte durante su vida, a la manera que vemos absorber la luz por los cuerpos inertes. En este caso sería este *el fluido vital* que, en la opinión de algunos, no es otra cosa que el fluido eléctrico animalizado, designado igualmente con los nombres de *fluido magnético*, *fluido nervioso*, etc.

Sea lo que fuere, es un hecho que nadie se atreverá a negar por ser el resultado de la observación, que los seres orgánicos tienen dentro de sí una fuerza íntima que produce el fenómeno de la vida, mientras esta existe; que la vida material es común a todos los seres orgánicos, pero independiente de la inteligencia y del pensamiento; que la inteligencia y el pensamiento son facultades particulares a ciertas especies orgánicas; por último, que entre las especies orgánicas dotadas de inteligencia y de pensamiento hay una enriquecida de un sentido moral especial, que le da una superioridad incontestable sobre las demás, y esta es la especie humana.

De lo dicho se deduce que con una acepción múltiple del *alma* no se excluye el materialismo ni el panteísmo. Hasta el mismo espiritualista puede comprender muy bien el alma conforme a la una o a la otra de las dos primeras definiciones, sin perjuicio del ser inmaterial distinto, al que en tal caso dará un nombre cualquiera. Así pues, esta palabra no representa una opinión, es un proteo que cada uno acomoda a su manera y de ahí viene el origen de tantas disputas interminables.

Se evitaría igualmente la confusión, si al servirse en los tres casos dichos de la palabra *alma*, se le añadiese un calificativo que explicara el punto de vista bajo el cual se la considera, o la aplicación que se hace de ella. En este caso sería una dicción genérica, que a la vez representaría el principio de la vida material, el de la inteligencia y el del sentido moral y que podría

distinguirse por un atributo, como por ejemplo los *gases*, que distinguimos añadiendo las voces *hidrógeno*, *oxígeno* o *nitrógeno*. Podría, pues, decirse y tal vez sería lo mejor, el *alma vital* para anunciar el principio de la vida material, el *alma intelectual* para expresar el principio de la inteligencia y el *alma espírita*, hablando del principio de nuestra individualidad después de la muerte. Como vemos, todo esto no es más que cuestión de palabras, pero cuestión muy importante para poderse entender. De este modo el *alma vital* sería común a todos los seres orgánicos, sean plantas, animales u hombres. El *alma intelectual* sería propia de los animales y de los hombres. Y el *alma espírita* pertenecería exclusivamente al hombre.

Hemos creído nuestro deber insistir sobre estas explicaciones, tanto más porque la doctrina espírita reposa naturalmente sobre la existencia en nosotros de un ser independiente de la materia y que sobrevive al cuerpo. Dado que la palabra *alma* se reproducirá frecuentemente a lo largo de esta obra, era importante fijar el sentido que le atribuimos a fin de evitar todo equívoco.

Vayamos ya al principal objeto de esta instrucción preliminar.

III

La doctrina espírita, como toda cosa nueva, tiene sus adeptos y sus contradictores. Vamos a intentar contestar a algunas objeciones de estos últimos, examinando el valor de los motivos en que se apoyan, sin que por esto pretendamos convencer a todo el mundo, porque hay gentes que creen que la luz solo se creó para ellos. Nos dirigimos a las personas de buena fe, sin ideas preconcebidas o dogmáticas, pero con sinceros deseos de instruirse, y les demostraremos que la mayor parte de las objeciones que se oponen a la doctrina espírita, provienen de una

observación incompleta de los hechos y de un fallo pronunciado con demasiada ligereza y precipitación.

Recordemos ante todo en pocas palabras la serie progresiva de los fenómenos que originaron esta doctrina.

El primer hecho observado fue el de varios objetos que se movían, lo que ha sido designado vulgarmente con la denominación de *mesas giratorias* o *danza de las mesas*. Este fenómeno que parece haber sido observado primero en América, o, mejor dicho, que se renovó en esta región, pues la historia prueba que se remota a la más lejana antigüedad, se produjo acompañado de circunstancias extrañas, como ruidos inusitados y golpes dados sin causa ostensible conocida. De allí se propagó con rapidez por Europa y por las partes restantes del mundo. Al principio levantó mucha incredulidad, pero pronto la multitud de experimentos no permitió dudar de la realidad.

Si este fenómeno se hubiese limitado al movimiento de los objetos materiales, podría explicarse por una causa puramente física. Estamos muy lejos de conocer todos los agentes ocultos de la naturaleza, así como todas las propiedades de los que nos son conocidos. Por otra parte, la electricidad multiplica cada día hasta lo infinito los recursos que procura al hombre y parece que ha de venir a esclarecer la ciencia con una nueva luz. Por consiguiente, no sería imposible que la electricidad, modificada por ciertas circunstancias, o por cualquier otro agente desconocido, fuese la causa de este movimiento. La reunión de muchas personas, aumentando el poder de la acción, parecía apoyar esta teoría, pues todo este conjunto podía ser considerado como una pila múltiple, cuya fuerza está en razón del número de elementos.

El movimiento circular nada tenía de extraordinario, porque está en la naturaleza, empezando por los astros que se mueven circularmente. Y no sería extraño que tuviésemos en

pequeño un reflejo del movimiento general del universo o, mejor dicho, una causa desconocida hasta entonces, que produjera accidentalmente, para objetos pequeños y en circunstancias dadas, una corriente análoga a la que arrastra tras de sí a los mundos.

Mas el movimiento no siempre era circular, sino que con frecuencia era brusco y desordenado, el objeto se veía violentamente sacudido, derribado, llevado en una dirección cualquiera y, contra todas las leyes de la estática, levantado del suelo y sostenido en el espacio. Con todo, en estos hechos nada se ve todavía que no pueda explicarse por la fuerza de un agente físico invisible. ¿Acaso no vemos que la electricidad derriba edificios, arranca árboles, arroja a largas distancias cuerpos muy pesados, atrayéndolos unas veces y repeliéndolos otras?

Los ruidos inusitados y los golpes, suponiendo que no fuesen uno de los efectos ordinarios de la dilatación de la madera o de cualquier otra causa accidental, podrían ser muy bien producto de la acumulación del fluido oculto. ¿Acaso la electricidad no produce los más violentos ruidos?

Hasta aquí, como se ve, todo puede entrar en el dominio de hechos físicos y fisiológicos. Sin salir de este círculo de ideas, era este fenómeno materia de estudios serios y dignos de fijar la atención de los sabios. ¿Por qué, pues, no sucedió así? Es penoso decirlo. Esto proviene de causas que entre mil hechos semejantes prueban la ligereza del espíritu humano. En primer lugar, tal vez no ha sido extraño a tal indiferencia la vulgaridad del objeto principal que ha servido de base a los primeros experimentos, pues nadie ignora cuánto ha influido una palabra sobre las cosas más graves. Sin considerar que el movimiento podía imprimirse a un objeto cualquiera, la idea de las mesas prevaleció, sin duda porque este era el objeto más cómodo y porque era más natural sentarnos alrededor de una mesa que de

otro mueble. Pues bien, los hombres eminentes son a veces tan pueriles, que nada habría de imposible que ciertos genios de primera talla hayan creído indigno de ellos ocuparse de lo que se convino en llamar *danza de las mesas*. Es asimismo probable que si los fenómenos observados por Galvani lo hubiesen sido por hombres comunes, y se les hubiese designado con un nombre burlesco, se hallarían todavía desterrados al lado de la varita mágica. Y en verdad ¿qué sabio no hubiese creído que se rebajaba ocupándose de la *danza de las ranas*?

Sin embargo, algunos bastante modestos para creer que podía ser muy bien que la naturaleza no hubiese pronunciado su última palabra respecto a ellos, para la tranquilidad de su conciencia, han querido ver. Pero ha sucedido que el fenómeno no ha querido responder siempre según sus deseos y porque no se ha reproducido constantemente conforme a su voluntad, han concluido por una completa negativa. Mas a pesar de su fallo, las mesas, puesto que de mesas se trata, no han dejado de voltear, pudiendo nosotros decir con Galileo: *¡y, sin embargo, se mueven!* Aún decimos más, los hechos se han multiplicado de tal manera que hoy gozan ya del derecho de ciudadanía y solo se trata de encontrar una explicación racional de ellos. ¿Puede acaso hacerse alguna deducción contra el fenómeno por el hecho de que no se reproduzca siempre de una manera idéntica y conforme a la voluntad y exigencias del observador? ¿Acaso los fenómenos de la electricidad y de la química no están subordinados a ciertas condiciones y hemos de negarlos porque no se manifiestan fuera de ellas? ¿Hay algo de extraordinario en que el fenómeno del movimiento de los objetos, por medio del fluido humano, tenga también sus condiciones de ser y cese de producirse cuando el observador, no colocándose en circunstancias debidas, pretenda hacerlo marchar a su capricho, o

sujetarlo a las leyes de fenómenos conocidos, sin tomar en consideración que para nuevos hechos puede y aún debe haber nuevas leyes? Ahora pues, para conocer estas leyes es menester estudiar las circunstancias en que se producen los hechos y semejante estudio solo puede ser el fruto de una observación constante, atenta y muchas veces muy larga.

Objetarán algunos que en ello hay superchería evidente y nosotros les preguntaremos primero si están bien seguros de que la hay, o si por el contrario han tomado por superchería los efectos que ellos no saben explicarse, a la manera del campesino que calificaba de un diestro escamoteador a aquel sabio profesor de física que estaba haciendo experimentos científicos. Todavía suponiendo que esto pudo tener lugar alguna vez, ¿sería acaso razón bastante para negar el hecho? Porque hay prestidigitadores que se apropian el dictado de físicos, ¿hemos de negar la física? También debe tomarse en cuenta el carácter de las personas y el interés que podrían tener en engañar ¿Será todo una broma? Puede cualquiera divertirse por un rato, pero las bromas prolongadas indefinidamente aburren lo mismo al mistificador que al mistificado. Además, en una mistificación que se propaga de un extremo a otro del mundo y entre las personas de más gravedad, integridad e ilustración, de necesidad habría de haber algo por lo menos tan extraordinario como el mismo fenómeno.

IV

Si los fenómenos que nos ocupan se hubiesen limitado al movimiento de objetos, se habrían quedado bajo el dominio de las ciencias físicas, conforme ya dijimos. Mas no ha sucedido así, sino que les estaba reservado ponerlos en la senda de otros hechos de un orden extraño. Se creyó haber descubierto,

ignoramos por cual iniciativa, que el impulso dado a los objetos no era efecto de una fuerza mecánica ciega, sino que había en este movimiento una causa inteligente. Una vez descubierta esta vía, se entró en un campo de observaciones enteramente nuevo y fue como haber alzado el velo a muchos misterios. ¿Hay o no en esto un poder inteligente? Esta es la cuestión. Si ese poder existe, ¿quién es?, ¿cuál es su naturaleza y su origen? ¿Está por encima de la humanidad? Tales son las cuestiones que se desprenden de la primera.

Las primeras manifestaciones inteligentes tuvieron lugar por medio de mesas que se levantaban y daban con una pata un determinado número de golpes, y de este modo respondían *sí* o *no* a una pregunta dada, según lo antes convenido a una pregunta formulada. Hasta aquí nada queremos suponer de convincente para los escépticos, porque podía darse crédito a un efecto casual. Luego después se obtuvieron respuestas sucesivas por medio de las letras del alfabeto: dando el objeto móvil cierto número de golpes correspondiente al número de orden de cada letra, se llegaba a formular palabras y frases que convenían con las preguntas antes hechas. La precisión de las respuestas y su correlación con la pregunta produjeron la admiración. El ser misterioso que respondía de este modo, preguntado sobre su naturaleza, declaró que era un *Espíritu o genio*, se dio un nombre y suministró diversos indicios acerca de su entidad. Esto es una circunstancia muy importante para que no deje de llamar toda nuestra atención, pues nadie ha pensado en los *Espíritus* como un medio con que explicar el fenómeno, sino que este mismo fue el que reveló la palabra. En las ciencias exactas se hacen con frecuencia hipótesis para tener una base sobre la cual discurrir, pero no sucede esto aquí.

Este medio de correspondencia era muy largo e incómodo. Pronto el espíritu indicó otro, circunstancia digna de notarse.

Uno de estos seres invisibles es quien aconsejó adaptar un lápiz a una cesta u otro objeto. Colocada esta sobre un pliego de papel fue puesta en movimiento por el mismo poder oculto que hizo mover las mesas, pero en vez de un simple movimiento regular, el lápiz trazó por sí solo caracteres que formaron letras, frases y aún discursos enteros de muchas páginas, hablando de las cuestiones más elevadas de filosofía, de moral, de metafísica, de psicología, etc., y esto con tal rapidez como si se escribiese con la mano.

Este consejo fue dado simultáneamente en América, en Francia y en otras regiones. Véanse los términos en que fue dado en París el 10 de junio de 1853 a uno de los más fervorosos adeptos de la doctrina, que desde varios años atrás y especialmente desde 1849, se ocupa de la evocación de los Espíritus: «Ve al cuarto de al lado, toma la cestita, ata en ella un lápiz, colócala sobre el papel y pon los dedos en los bordes». Pasados algunos instantes, la cesta empezó a moverse y el lápiz escribió con letras muy legibles esta frase: «Os prohíbo expresamente comunicar a nadie lo que os acabo de decir. Otra vez que vuelva a escribir escribiré mejor».

Como el objeto al cual se adapta el lápiz no sirve más que de instrumento, son completamente indiferentes su naturaleza y forma. Por ello se ha buscado la disposición más cómoda, de manera que muchas personas se sirven de una pequeña tablita.

Tanto la cesta como la tablita no pueden ser movidos sino por la influencia de ciertas personas dotadas al efecto de una facultad especial, las cuales se designan con el nombre de *médiums*, es decir, medio o intermediario entre los Espíritus y los hombres. Las condiciones que dan esta facultad proceden de causas físicas y morales a la vez, todavía no bien conocidas, puesto que se encuentran *médiums* de todas las edades, de todos los sexos y de todos los grados de desarrollo intelectual, con la

particularidad que esta facultad se va desarrollando ejercitándola.

V

Más tarde se reconoció que la cesta y la tablita no son en realidad más que un apéndice de la mano y entonces tomando el médium directamente el lápiz se puso a escribir movido por un impulso involuntario y casi febril. Por este medio las comunicaciones fueron más rápidas, más fáciles y más acabadas; medio que está más en boga hoy en día, tanto más porque es mayor el número de las personas dotadas de esta aptitud, multiplicándose todos los días. En fin, la experiencia hizo conocer otras muchas variedades en la facultad mediatrix y vino a saberse que las comunicaciones pueden tener lugar igualmente por la palabra, el oído, la vista, el tacto, etc., y también por escritos directos de los Espíritus, es decir, sin el auxilio de la mano del médium ni del lápiz.

Una vez conseguido el hecho, faltaba hacer constar un punto esencial y era el papel que el médium desempeñaba en las respuestas y la parte moral y mecánica que puede tener en ellas. La cuestión puede ser resuelta por dos circunstancias capitales que no podían pasar desapercibidas a un observador atento. La primera consiste en el modo de moverse la cesta bajo la influencia del médium con la sola imposición de los dedos en su borde, pues el examen demuestra que es imposible que reciba una dirección determinada. Esta imposibilidad resulta más patente cuando dos o tres personas colocan sus dedos a un tiempo en el mismo cesto. Para que lo contrario sucediera, sería preciso que entre ellas hubiese una conformidad de movimientos verdaderamente fenomenal y además sería menester que la tuviesen de pensamiento a fin de que pudiesen entenderse acerca de la respuesta que ha de darse a una pregunta dada. Hay además otro

hecho no menos singular que aumenta todavía la dificultad y es el cambio radical del carácter de la letra según sea el Espíritu que se manifiesta, con la particularidad que cada vez que vuelve el mismo espíritu, se reproduce su misma letra. Sería preciso, pues, que el médium se hubiese dedicado antes a variar su carácter de letra de mil maneras diferentes y sobre todo que se acordase del carácter propio de cada espíritu.

La segunda circunstancia resulta de la misma naturaleza de las respuestas, que se encuentran casi siempre, sobre todo cuando se trata de cuestiones abstractas o científicas, notoriamente fuera del alcance y a veces de la capacidad intelectual del médium. Por otra parte, este no tiene ordinariamente conciencia de lo que se escribe bajo su influencia, y muy a menudo ni oye ni entiende la pregunta hecha, porque puede haberse hecho en un idioma que le sea desconocido, o incluso mentalmente, y la contestación puede haberse dado en esta lengua. Finalmente sucede con frecuencia que la cesta escribe espontáneamente, sin una pregunta previa, sobre un asunto cualquiera y del todo inesperado.

En ciertos casos estas respuestas llevan consigo tal sello de sabiduría, de profundidad y de oportunidad y descubren pensamientos tan elevados y sublimes, que no pueden menos de emanar de una inteligencia superior, dotada de la moralidad más pura. Otras veces son tan ligeras, frívolas y aún triviales que la razón se resiste a creer que puedan proceder de un mismo origen. Esta variedad de lenguaje solo puede explicarse por la diversidad de las inteligencias que se manifiestan.

Ahora bien, preguntamos, ¿estas inteligencias están dentro de la humanidad o fuera de ella? Tal es el punto que debe esclarecerse y del cual en esta misma obra se encontrará la explicación tan completa como es dada por los mismos Espíritus.

He aquí, pues, efectos patentes que se producen fuera del círculo habitual de nuestras observaciones, que no tienen lugar en el misterio, sino a la luz del sol, que todo el mundo puede verlos y comprobarlos, que no son el privilegio de un individuo solo, sino que millares de personas los repiten todos los días cuantas veces quieren. Estos efectos han de tener por fuerza una causa y desde el momento que revelan la acción de una inteligencia y de una voluntad, salen del dominio puramente físico.

Son muchas las teorías emitidas con tal motivo, que vamos a examinar y veremos si pueden darnos razón de todos los hechos que se producen. Admitamos entretanto la existencia de seres distintos de la humanidad, puesto que tal es la explicación dada por las inteligencias que se revelan y veamos lo que nos dicen.

VI

Los seres que se nos comunican del modo explicado, se designan ellos mismos, conforme ya hemos dicho, con el nombre de Espíritus o de genios y dicen que han pertenecido, algunos por lo menos, a hombres que han vivido sobre la Tierra. Constituyen el mundo espiritual, así como nosotros constituimos el mundo corporal mientras vivimos.

Insertamos aquí un breve resumen de los puntos más culminantes de la doctrina que nos han transmitido, a fin de responder más fácilmente a ciertas objeciones.

«Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso y soberanamente justo y bueno.

»Creó el universo, que comprende todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.

» Los seres materiales constituyen el mundo visible o corporal y los inmateriales el invisible o espírita, es decir, el de los Espíritus.

» El mundo espírita es el normal, primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente a todo.

» El mundo corporal no pasa de ser secundario. Podría dejar de existir o no haber existido nunca, sin que se alterase la esencia del mundo espírita.

» Los Espíritus revisten temporalmente una envoltura material perecedera, cuya destrucción, a consecuencia de la muerte, los constituye nuevamente en estado de libertad.

» Entre las diferentes especies de seres corporales, Dios ha escogido a la especie humana para la encarnación de los Espíritus que han llegado a cierto grado de desarrollo, lo cual les da la superioridad moral e intelectual sobre todos los otros.

» El alma es un espíritu encarnado, cuyo cuerpo no es más que la envoltura.

» Tres elementos hay en el hombre: Primero, el cuerpo o ser material análogo a los animales y animado por el mismo principio vital. Segundo, el alma o ser inmaterial, Espíritu encarnado en el cuerpo. Tercero, el lazo que une el alma al cuerpo, principio intermedio entre la materia y el Espíritu.

» Así pues, el hombre tiene dos naturalezas: por el cuerpo, participa de la naturaleza de los animales, cuyos instintos tiene, y por el alma, participa de la naturaleza de los Espíritus.

» El lazo o *periespíritu* que une el cuerpo y el Espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte es la destrucción de la envoltura más grosera, pero el Espíritu conserva la segunda que le constituye un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en estado normal y que puede hacer visible accidentalmente

y hasta tangible, como sucede en el fenómeno de las apariciones.

»Así pues el Espíritu no es un ser abstracto e indefinido, que solo puede concebir el pensamiento, sino un ser real y circunscrito que es apreciable en ciertos casos por los sentidos *de la vista, del oído y del tacto*.

»Los Espíritus pertenecen a diferentes clases y no son iguales en poder, inteligencia, ciencia y moralidad. Los del primer orden son los Espíritus superiores que se distinguen de los demás por su perfección, conocimientos, proximidad a Dios, pureza de sentimientos y amor al bien. Son los ángeles o Espíritus puros. Las otras clases se alejan más y más de semejante perfección, estando los de los grados inferiores inclinados a la mayor parte de nuestras pasiones: al odio, la envidia, los celos, el orgullo, etc., y se complacen en el mal. Entre ellos, los hay que no son ni muy buenos, ni muy malos. Más embrollones y chismosos que malvados, parecen ser patrimonio suyo la malicia y la inconsecuencia. Tales son los duendes o Espíritus superficiales³.

»Los Espíritus no pertenecen perpetuamente al mismo orden, sino que todos se perfeccionan pasando por los diferentes grados de la jerarquía espírita. Este perfeccionamiento se realiza por medio de la encarnación, impuesta como expiación a unos y como misión a otros. La vida material es una prueba que deben sufrir repetidas veces, hasta que alcanzan la perfección absoluta. Es una especie de tamiz o depuratorio del que salen más o menos purificados.

»Al abandonar el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los Espíritus, de donde había salido, para tomar una nueva

³ “Esprits légers” ha sido traducido anteriormente como “espíritus ligeros” o “frívolos”. Encontramos más ajustada a su significado la expresión “espíritus superficiales”. (N. de L. G.)

existencia material, después de un espacio de tiempo más o menos prolongado, durante el cual, se encuentra en estado de Espíritu errante.

»Debiendo pasar el Espíritu por varias encarnaciones, resulta que todos nosotros hemos tenido diversas existencias o que tendremos otras, perfeccionadas más a menos, sea en la Tierra o en otros mundos.

»Los Espíritus se encarnan siempre en la especie humana. Sería erróneo creer que el alma o Espíritu pueda encarnarse en el cuerpo de un animal⁴.

»Las diferentes existencias corporales del Espíritu siempre son progresivas, nunca retrogradadas. No obstante, la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hagamos para llegar a la perfección.

»Las cualidades del alma son las mismas que las del Espíritu encarnado en nosotros, de modo que el hombre de bien es la encarnación de un Espíritu bueno y el hombre perverso lo es de un Espíritu impuro.

»El alma era individual antes de la encarnación y continúa siéndolo después de separarse del cuerpo.

»A su vuelta al mundo de los Espíritus, el alma encuentra en él a todos los que conoció en la Tierra y todas sus existencias anteriores se presentan a su memoria con el recuerdo de todo el bien y de todo el mal que ha hecho.

»El Espíritu encarnado está bajo la influencia de la materia. El hombre que vence semejante influencia por medio de la elevación y purificación de su alma, se aproxima a los Espíritus buenos a los cuales se unirá algún día. El que se deja dominar

⁴ Entre esta doctrina de la reencarnación y de la metempsicosis, como la admiten ciertas sectas, existe la diferencia característica que en el curso de esta obra se explica. (N. de A. K.)

por las malas pasiones y cifra todas sus alegrías en la satisfacción de los apetitos groseros, se aproxima a los Espíritus impuros, dando el predominio a la naturaleza animal.

» Los Espíritus encarnados pueblan los diferentes globos del universo.

» Los Espíritus no encarnados o errantes no ocupan una región determinada y circunscrita, sino que están por todas partes, en el espacio y a nuestro lado, viéndonos y codeándose incesantemente con nosotros. Forman una población invisible que se agita a nuestro alrededor.

» Los Espíritus ejercen en el mundo moral y hasta en el físico una acción incesante: obran sobre la materia y el pensamiento y constituyen uno de los poderes de la naturaleza, causa eficiente de una multitud de fenómenos inexplicados o mal explicados hasta ahora, y que solo en el espiritismo encuentran solución racional.

» Las relaciones de los Espíritus con los hombres son constantes. Los Espíritus buenos nos incitan al bien, nos fortalecen en las pruebas de la vida y nos ayudan a sobrellevarlas con valor y resignación. Los Espíritus malos nos incitan al mal y les es placentero vernos sucumbir y equipararnos a ellos.

» Las comunicaciones de los Espíritus con los hombres son ocultas u ostensibles. Las comunicaciones ocultas tienen lugar por medio de la buena o mala influencia que ejercen en nosotros, sin que lo conozcamos. A nuestro juicio toca el distinguir las buenas de las malas inspiraciones. Las comunicaciones ostensibles se verifican por medio de la escritura, de la palabra o de otras manifestaciones materiales, y la mayor parte de las veces por mediación de los médiums que sirven de instrumento a los Espíritus.

»Los Espíritus se manifiestan espontáneamente o cuando se les evoca. Puede evocárseles a todos: lo mismo a los que animaron a hombres oscuros, que a los de los más ilustres personajes, cualquiera que sea la época en que hayan vivido. Así a los de nuestros parientes y amigos, como a los de nuestros enemigos, y obtener, en comunicaciones verbales o escritas, consejos y reseñas de su situación de ultratumba, de su pensamiento respecto de nosotros, como también aquellas revelaciones que les es lícito hacernos.

»Los Espíritus son atraídos en razón de su simpatía hacia la naturaleza moral del medio que los evoca. Los espíritus superiores se complacen en las reuniones graves en que prevalecen el amor al bien y el deseo sincero de instruirse y perfeccionarse. Su presencia ahuyenta a los Espíritus inferiores que encuentran, por el contrario, franco acceso y pueden obrar con entera libertad en personas frívolas o guiadas únicamente por la curiosidad y en donde quiera que reinen malos instintos. Lejos de esperar de ellos buenas advertencias y reseñas útiles, no deben esperarse más que futilidades, mentiras, bromas pesadas o mistificaciones, porque a veces usurpan nombres venerables para mejor inducir a error.

»Es sumamente fácil distinguir los Espíritus buenos de los malos. El lenguaje de los Espíritus superiores es siempre digno, noble, inspirado por la más pura moralidad, desprovisto de toda pasión baja. Sus consejos respiran la más profunda sabiduría, teniendo siempre por objeto nuestro perfeccionamiento y el bien de la humanidad. El de los Espíritus inferiores es, por el contrario, inconsecuente, trivial con frecuencia y hasta grosero. Si dicen a veces cosas buenas y verdaderas, con más frecuencia aún las dicen falsas y absurdas por malicia o por ignorancia, abusan de la credulidad y se divierten a expensas de los que les consultan, dando pábulo a su vanidad y alimentando

sus deseos con falsas esperanzas. En resumen, solamente en las reuniones serias, en aquellas cuyos miembros están unidos por una comunión íntima de pensamientos encaminados al bien, se obtienen comunicaciones serias en la verdadera acepción de la palabra.

»La moral de los Espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: *Hacer con los otros lo que quisiéramos que a nosotros se nos hiciese*⁵, es decir, hacer bien y no mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta para sus más insignificantes acciones.

»Los Espíritus superiores nos enseñan que el egoísmo, el orgullo y la sensualidad son pasiones que nos aproximan a la naturaleza animal, ligándonos a la materia; que el hombre que, desde este mundo, se desprende de la materia despreciando las humanas futilidades y practicando el amor al prójimo, se aproxima a la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil con arreglo a las facultades y a los medios que Dios, para probarle, ha puesto a su disposición; que el fuerte y poderoso deben apoyo y protección al débil, porque el que abusa de su fuerza y poderío para oprimir a su semejante viola la ley de Dios. Nos enseñan, por último, que en el mundo de los Espíritus, donde nada puede ocultarse, el hipócrita será descubierto y patentizadas todas sus torpezas; que la presencia inevitable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal es uno de los castigos que nos están reservados y que al estado de inferioridad y de superioridad de los Espíritus son inherentes penas y recompensas desconocidas en la Tierra.

»Mas nos enseñan también que no hay faltas irremisibles y que no puedan ser borradas por la expiación. El medio de conseguirlo lo encuentra el hombre en las diferentes existencias que

⁵ San Mateo 7:12. San Lucas 6:31.

le permiten avanzar, según sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfección, que es su objeto final».

Tal es el resumen de la doctrina espírita, según resulta de la enseñanza dada por los Espíritus superiores. Pasemos ahora a las objeciones que a ella oponen algunos.

VII

Para muchas personas, la oposición de las instituciones científicas es, si no una prueba, por lo menos una poderosa presunción en contra. No somos nosotros de los que gritamos contra los científicos, porque no queremos que se nos diga que damos coces de asno. Por el contrario, los tenemos en mucha estima y nos creeríamos muy honrados siendo uno de ellos. No obstante, no siempre puede ser su opinión un juicio irrevocable.

Desde que la ciencia se emancipa de la observación material de los hechos, desde que se trata de explicarlos y apreciarlos, queda el campo abierto a las conjeturas y cada cual idea un sistema que quiere hacer prevalecer y sostiene con empeño. ¿No vemos todos los días preconizadas y rechazadas alternativamente las más divergentes opiniones? ¿combatidas hoy como absurdos errores y mañana proclamadas como incontestables verdades? El verdadero criterio de nuestros juicios, el argumento sin réplica son los hechos, en cuyo defecto, debe ser la duda la opinión de los prudentes.

En las cosas notorias, la opinión de los científicos es con justo título fehaciente porque saben más y mejor que el vulgo. Pero en cuanto a principios nuevos y a cosas desconocidas, su modo de ver no pasa nunca de ser hipotético, porque no están más exentos de prejuicios que otros. Hasta me aventuro a decir que en mayor número los tiene quizá el sabio, puesto que una natural propensión le arrastra a subordinarlo todo al aspecto que ha profundizado. El matemático no admite otra prueba que

la demostración algebraica, el químico lo refiere todo a la acción de los elementos, etc. El hombre que se ha dedicado a una especialidad encadena a ella todas sus ideas y si le sacáis de su especialidad, raciocina mal con frecuencia, porque todo quiere someterlo al mismo crisol. Esto es consecuencia de la flaqueza humana. Consultaré, pues, de buen grado y confiadamente a un químico sobre una cuestión de análisis, a un físico sobre la potencia eléctrica y a un mecánico sobre la fuerza motriz. Sin embargo, ellos me permitirán, sin rebajar el aprecio que merecen sus conocimientos especiales, no valorar del mismo modo su opinión negativa en materia de espiritismo, como no estimo el parecer de un arquitecto en lo relativo a la música.

Las ciencias comunes están basadas en las propiedades de la materia, que a nuestro antojo podemos manipular y someter a nuestros experimentos. Los fenómenos espíritas están basados en la acción de inteligencias que, teniendo voluntad propia, nos prueban a cada instante que no se hallan a merced de nuestros caprichos. Por tanto, las observaciones no pueden realizarse de la misma manera, sino que requieren condiciones especiales y distinto punto de vista. Querer someter los fenómenos espíritas a los procedimientos ordinarios de investigación es lo mismo que establecer analogías que no existen. Por consiguiente, la ciencia propiamente dicha es incompetente, como ciencia, para fallar la cuestión del espiritismo. No ha de ocuparse de él y su juicio, cualquiera que sea, favorable o contrario, no puede tener importancia alguna. El espiritismo es resultado de una convicción personal que, como individuos, pueden abrigar los sabios, haciendo abstracción de su calidad de tales. Sin embargo, someter esta cuestión a la ciencia valdría tanto como someter la existencia del alma a una asamblea de físicos o de astrónomos. En efecto, el espiritismo se basa completamente en la existencia del alma o en su estado después de la muerte. Ahora bien, es soberanamente ilógico creer que un hombre ha de ser un gran

psicólogo porque es un gran matemático o un gran anatomista. Al diseccionar el cuerpo humano, el anatomista busca el alma y como no tropieza con ella su escalpelo, como lo haría con un nervio, o como no la ve desprenderse como un gas, deduce que no existe, porque se sitúa bajo el punto de vista exclusivamente material. ¿Quiere esto decir que tenga razón contra la opinión universal? No. Véase, pues, como el Espíritu no incumbe a la ciencia.

Cuando las creencias espíritas se hayan divulgado, cuando sean aceptadas por las masas –y a juzgar por la rapidez con que se propagan, esa época no puede estar muy lejos–, sucederá con esta como con todas las otras ideas nuevas que han encontrado oposición, los sabios se rendirán a la evidencia. Hasta que este tiempo no llegue, es intempestivo distraerlos de sus trabajos especiales, para obligarles a que se ocupen de una materia ajena a sus atribuciones y a su programa. Entretanto, los que, sin haber estudiado profunda y anticipadamente el asunto, optan por la negativa y escarnecen a los que no siguen su parecer, olvidan que otro tanto ha acontecido con la mayor parte de los grandes descubrimientos que honran a la humanidad. Se exponen a que sus nombres aumenten la lista de los ilustres detractores de ideas nuevas y a verlos inscritos a continuación de los de aquellos miembros de la docta asamblea que, en 1752, acogió con carcajadas la memoria de Franklin sobre los pararrayos, juzgándola indigna de figurar en el número de las comunicaciones que le eran dirigidas. Y de los de aquella obra que fue causa de que Francia perdiese la gloria de iniciar la navegación por medio del vapor, declarando que el sistema de Fulton era un sueño irrealizable, a pesar de que semejantes cuestiones eran de su competencia. Si, pues, esas corporaciones que contaban en su seno lo más granado de los sabios del mundo, solo burlas y sarcasmos prodigaron a las ideas que no comprendían, ideas que, algunos años después, habían de revolucionar la ciencia, las

costumbres y la industria, ¿cómo podrá esperarse que les merezca mejor acogida una cuestión extraña a sus tareas?

Esos errores de algunos, lamentables para su memoria, no pueden privarles de los títulos que tienen adquiridos por otro concepto, que apreciamos. Pero ¿es necesario un diploma oficial para tener buen sentido? ¿Acaso solo contamos con tontos e imbéciles fuera de las poltronas académicas? Fíjense bien en los adeptos de la doctrina espírita y entonces se verá si solo cuenta con ignorantes y si el número inmenso de hombres de mérito que la han abrazado permite que se la coloque en el rango de las creencias de las buenas mujeres⁶. Por su carácter y su ciencia, vale la pena que se diga: puesto que tales hombres afirman eso, algo por lo menos debe tener de cierto.

Volvemos a repetir que si los hechos que nos ocupan se hubiesen concretado al movimiento mecánico de los cuerpos, la investigación de la causa física del fenómeno entraría en el dominio de la ciencia. Mas tratándose de una manifestación que se substrahe a las leyes de la humanidad, no es competente la ciencia material, porque no puede ser explicada ni por medio de los números, ni por medio de la potencia mecánica. Cuando surge un nuevo hecho, que no se desprende de ninguna de las ciencias conocidas, el sabio debe, para estudiarlo, hacer abstracción de su ciencia y convencerse de que constituye para él un nuevo estudio que no puede hacerse con ideas ya preconcebidas.

El hombre que cree que su razón es infalible está muy cercano del error, pues hasta los que patrocinan las ideas más falsas se apoyan en su razón y en virtud de ella rechazan todo lo

⁶ Esta frase debe entenderse en el contexto de la escasa instrucción de las clases trabajadoras en el siglo XIX, más agravada todavía en el caso de las mujeres. Consideramos que Kardec se refiere a las "buenas mujeres" en el sentido de mujeres de su casa. (N. de L. G.)

que les parece imposible. Los que en otras épocas han rechazado los admirables descubrimientos con que se honra la humanidad, apelaban para hacerlo a la razón. Lo que se llama tal, no es más que orgullo con frecuencia y aquel que se cree infalible pretende igualarse a Dios. Nos dirigimos, pues, a los que son bastante prudentes para dudar de lo que no han visto y que, juzgando el porvenir por el pasado, no creen que el hombre ha llegado a su apogeo, ni que la naturaleza le haya presentado ya la última página de su libro.

VIII

Añadamos que el estudio de una doctrina, como la espírita, que repentinamente nos conduce a un orden de cosas tan nuevo y tan dilatado, solo puede ser hecho fructíferamente por hombres graves, perseverantes, ajenos de prevenciones y animados de la firme y sincera voluntad de obtener un resultado. No podemos dar estos calificativos a los que juzgan *a priori*, ligeramente y sin haber visto todo, no observando en sus estudios la continuidad, la regularidad y el recogimiento necesarios. Y menos aún podemos darlos a ciertas personas que, para no desmentir su reputación de chistosas, se esfuerzan en encontrar un lado burlesco a las cosas más verdaderas o reputadas tales por individuos cuya ciencia, carácter y convicciones tienen derecho a la consideración de todo el que se precie de saber vivir en sociedad. Absténganse, pues, aquellos que juzgan los hechos indignos de ellos y de su atención. Puesto que nadie piensa en violentar sus creencias, respeten asimismo la de los otros.

Lo que caracteriza a un estudio serio es la perseverancia en él. ¿Nos admiraremos de no obtener con frecuencia ninguna respuesta sensata a preguntas serias en sí mismas, cuando son hechas al azar y lanzadas a quemarropa en medio de una multitud de preguntas impertinentes? Una pregunta, por otra parte,

es a menudo compleja y requiere, para su aclaración, otras preliminares o complementarias. Todo el que quiera adquirir una ciencia debe estudiarla metódicamente, empezar por el principio y proseguir el encadenamiento y desarrollo de las ideas. El que dirige por casualidad una pregunta a un sabio sobre una ciencia de la que ignora los primeros rudimentos, ¿habrá adelantado algo en ella? ¿Y podrá el sabio, a pesar de su buena voluntad, darle una respuesta satisfactoria? Esta respuesta aislada será por fuerza incompleta e ininteligible con frecuencia, o podrá parecer absurda y contradictoria. Lo mismo sucede exactamente en las relaciones que establecemos con los Espíritus. Si alguien quiere instruirse en su escuela, es preciso seguir un curso con ellos. Mas, como acontece entre nosotros, es necesario escoger nuestros profesores y trabajar con asiduidad.

Hemos dicho que los Espíritus superiores no concurren más que a las reuniones serias y sobre todo a aquellas en que reina una perfecta comunidad de pensamientos y sentimientos encaminados al bien. La ligereza y las preguntas inútiles los alejan, como alejan a las personas razonables, quedando entonces el campo libre a la turba de Espíritus mentirosos y frívolos, que siempre atisban las ocasiones de burlarse de nosotros y de divertirse a expensas nuestras. ¿Qué resultado puede dar una pregunta seria en semejante reunión? Será contestada, pero ¿por quién? Valdría tanto hacerla, como en medio de una reunión de buen humor dejar caer estas preguntas: ¿Qué es el alma? ¿Qué es la muerte? u otras lindezas por el estilo. Si queréis respuestas serias, sed serios en toda la acepción de la palabra y colocaos en las condiciones indispensables, que solo entonces obtendréis comunicaciones notables. Sed de los más laboriosos y perseverantes en vuestros estudios, sin lo cual os abandonarán los Espíritus superiores, como hace el profesor con los discípulos desaplicados.

IX

Al ser un hecho demostrado el movimiento de los objetos, la cuestión se reduce a saber si es o no una manifestación inteligente y, en caso afirmativo, cuál es el origen de esa manifestación.

No hablamos del movimiento inteligente de ciertos objetos, ni de las comunicaciones verbales, ni siquiera de las que son directamente escritas por los médiums, puesto que esta clase de manifestaciones, evidentes para los que han visto y profundizado el asunto, no es a primera vista bastante independiente de la voluntad para servir de base a la convicción del observador novato. No hablaremos, pues, más que de los escritos obtenidos con la ayuda de un objeto cualquiera provisto de un lápiz, tales como una cestita, una tablita, etc., puesto que la colocación de los dedos del médium en el objeto, burla —como hemos dicho— la más consumada habilidad de participar de un modo cualquiera en el trazado de los caracteres. Pero admitamos incluso que por una destreza maravillosa, pueda burlar la vista más escudriñadora, ¿cómo podrá explicarse la naturaleza de las contestaciones, cuando son superiores a todas las ideas y conocimientos del médium? Y nótese bien que no se trata de contestaciones monosilábicas, sino muy a menudo de muchas páginas escritas con la rapidez más sorprendente, ya sea espontáneamente, o bien sobre un asunto determinado. De la mano del médium más ignorante en literatura, brotan a veces poesías de sublimidad y pureza irreprochables, que no desaprobarían los mejores poetas humanos y lo que más aumenta la extrañeza de semejantes hechos es que se producen en todas partes y que los médiums se multiplican hasta lo infinito. ¿Son o no reales estos hechos? Solo una cosa respondemos: ved y observad, pues no os faltarán ocasiones, pero sobre todo observad a menudo, mucho y en las condiciones indispensables.

¿Qué responden a la evidencia los impugnadores? Sois, dicen, víctimas del charlatanismo o juguete de una ilusión. Diremos ante todo que, cuando no se trata de sacar provecho, es preciso prescindir de la palabra *charlatanismo*, ya que los charlatanes no trabajan gratis. Esto sería una mistificación a lo más. Pero ¿por qué extraña coincidencia habrán llegado esos mistificadores a ponerse de acuerdo del uno al otro extremo del mundo, a fin de obrar de la misma manera, de producir los mismos efectos y de dar sobre los mismos asuntos y en diversos idiomas respuestas idénticas, si no por las palabras, al menos, por el sentido? ¿Cómo y con qué objeto se prestarían a semejantes artimañas personas serias, formales, honradas e instruidas? ¿Cómo explicar la paciencia y la habilidad necesarias en los niños? Porque si los médiums no son instrumentos pasivos, les son precisos habilidad y conocimientos incompatibles con ciertas edades y posiciones sociales.

Se dice que si no existe superchería, todos podemos ser juguete de una ilusión. En buena lógica siempre tiene cierta trascendencia la calidad de los testigos y en este caso preguntamos si la doctrina espírita, que cuenta hoy millones de adeptos ¿los tiene solamente entre los ignorantes? Son tan extraordinarios los fenómenos en que se apoya, que concebimos la duda. Sin embargo, lo que no puede admitirse es la pretensión de ciertos incrédulos monopolizadores del buen sentido, quienes, sin respeto a la posición social o valor moral de sus adversarios, tachan sin miramiento de imbéciles a todos los que no siguen su dictamen. Para toda persona sensata la opinión de individuos ilustrados que, por largo tiempo, han visto, estudiado y meditado una cosa, será siempre, si no una prueba, por lo menos una presunción favorable, ya que ha llamado la atención de hombres serios que no tienen interés en propagar un error, ni tiempo que perder en futilidades.

X

Entre las objeciones, las hay más consistentes que las examinadas, por lo menos en apariencia, porque son deducidas de la observación y hechas por personas serias.

Una de ellas se apoya en el lenguaje de ciertos Espíritus que no parece digno de la elevación que se supone a seres sobrenaturales. Si se recuerda el resumen que antes hemos dado de la doctrina, se verá que los mismos Espíritus nos dicen que no son iguales todos ellos en conocimiento y cualidades morales y que no debe tomarse al pie de la letra todo lo que dicen. A las personas sensatas toca distinguir lo bueno de lo malo. Seguramente los que de este hecho deduzcan la consecuencia de que siempre nos relacionamos con seres malhechores, cuya ocupación única es la de mistificarnos, no tendrán conocimiento de las comunicaciones obtenidas en las reuniones donde solo se presentan Espíritus superiores, pues de otra manera no pensarían de aquel modo. Es lamentable que la casualidad les haya hecho el flaco servicio de no dejarles ver más que el lado malo del mundo espírita, porque suponemos de buen grado que una tendencia simpática no les habrá rodeado de malos Espíritus con preferencia a los buenos, de Espíritus mentirosos o de aquellos cuyo lenguaje grosero irrita. Pudiera deducirse a lo sumo que la solidez de sus principios no es bastante poderosa para alejar el mal, y que, encontrando placentero satisfacer sobre este punto su curiosidad, aprovechan esta ocasión los malos Espíritus para introducirse entre ellos, en tanto que se alejen los buenos.

Juzgar por estos hechos en la cuestión de los Espíritus sería tan poco lógico como juzgar del carácter de un pueblo por lo que se dice y hace en las reuniones de algunos atolondrados o personas de mala reputación, a las que no concurren ni los sabios, ni los hombres sensatos. Los que así proceden, se encuentran en la misma situación que aquel extranjero que al entrar

en una gran capital por el más feo de sus suburbios, juzga a todos los habitantes por el lenguaje y las costumbres del arrabal en cuestión. En el mundo de los Espíritus hay también una buena y una mala sociedad. Que esas personas estudien lo que ocurre entre los Espíritus de élite y se convencerán de que la ciudad celeste contiene algo más que la hez del pueblo. Pero, dicen «¿acaso vienen a nosotros los Espíritus de élite?» A esto contestamos: «No os quedéis en el arrabal; mirad, observad y podréis juzgar». Los hechos están a disposición de todos, a menos que no se trate de aquellas personas a quienes se aplican estas palabras de Jesús: *Tienen ojos y no ven; oídos y no escuchan*⁷.

Una variante de esta opinión consiste en no ver en las comunicaciones espíritas, y en todos los hechos materiales a que dan lugar, más que la intervención de un poder diabólico, nuevo Proteo que adopta todas las formas para engañarnos mejor. No la creemos susceptible de examen serio y por esto no nos detenemos en ella. Queda refutada con lo que acabamos de decir y solo añadiremos que, si fuese cierta, sería preciso convenir en que a veces el diablo es muy sabio, muy razonable y sobre todo muy moral, o bien que también hay diablos buenos.

En efecto, ¿cómo hemos de creer que Dios permite al Espíritu del mal que se manifieste exclusivamente para perdernos, sin darnos como antídoto los consejos de los Espíritus buenos? Si no lo puede hacer, es impotente y si lo puede y no lo hace, es esto incompatible con su bondad. Ambas suposiciones serían blasfemia. Observad que, admitida la comunicación de los Espíritus malos, se reconoce el principio de las manifestaciones y puesto que existen, solo puede ser con permiso de Dios. ¿Cómo, pues, creer, sin incurrir en impiedad, que permita el mal con

⁷ San Mateo 13:13.

exclusión del bien? Semejante doctrina es contraria a las más sencillas nociones del buen sentido y de la religión.

XI

Lo raro, añaden los contradictores, es que únicamente se hable de los Espíritus de personajes conocidos y se preguntan por qué solo ellos se manifiestan. Este es un error que, como otros muchos, proviene de una observación superficial. Entre los Espíritus que espontáneamente se manifiestan, mayor es el número de los desconocidos para nosotros que el de los ilustres que se dan a conocer con un nombre cualquiera y a menudo con uno alegórico o característico. Respecto de los que se evocan, a menos que se trate de un pariente o amigo, es muy natural que nos dirijamos antes a los que conocemos que a los que nos son desconocidos. El nombre de los personajes ilustres llama más la atención, por eso son más notados que los otros.

Se encuentra también raro que los Espíritus de hombres eminentes acudan familiarmente a la evocación y que se ocupen a veces de cosas insignificantes en comparación con las que realizaron durante su vida. Sin embargo, nada admirable es esto para los que saben que el poder o consideración de que disfrutaron en la Tierra semejantes hombres, no les da supremacía alguna en el mundo espírita. Los Espíritus confirman en este punto las siguientes palabras del Evangelio: *Los grandes serán humillados y los pequeños ensalzados*⁸, lo cual debe entenderse respecto al lugar que entre ellos ocupará cada uno de nosotros. Y así es como el que fue primero en la Tierra puede encontrarse que es el último entre ellos. Aquel ante quien bajábamos la cabeza durante su vida, puede venir a nosotros como el más humilde artesano, porque, al morir, dejó toda su grandeza, y el

⁸ San Lucas 14:11 y 18:14. San Mateo 23:12.

más poderoso monarca puede hallarse en puesto inferior al del último de sus soldados.

XII

Es un hecho demostrado por la observación y confirmado por los mismos Espíritus, que los inferiores usurpan a menudo nombres conocidos y venerados. ¿Quién puede, pues, asegurarnos que los que dicen haber sido Sócrates, Julio César, Carlomagno, Fenelón, Napoleón, Washington, etc., han animado realmente a estos personajes? Semejante duda asalta a ciertos adeptos muy fervientes de la doctrina espírita, que admiten la intervención y manifestación de los Espíritus, pero que se preguntan cuál es la comprobación que de su identidad puede tenerse. Esta comprobación es efectivamente difícil, pero si no puede conseguirse tan auténtica como la que resulta de un acta del registro civil, se puede obtener al menos la presunción con arreglo a ciertos indicios.

Cuando el Espíritu de alguien que nos es personalmente conocido se manifiesta –de un amigo o de un pariente por ejemplo– sobre todo si hace poco que ha muerto, sucede por regla general que su lenguaje está en perfecta relación con el carácter que sabemos que tenía. Este es ya un indicio de identidad. Mas no es lícito dudar cuando el mismo Espíritu habla de cosas privadas y recuerda circunstancias de familia que solo el interlocutor conoce. El hijo no se equivocará seguramente respecto al lenguaje de su padre y de su madre, ni estos respecto del de su hijo. A veces tienen lugar en esta clase de evocaciones íntimas cosas notabilísimas, capaces de convencer al más incrédulo. El escéptico más endurecido se ve a menudo aterrado por las revelaciones inesperadas que se le hacen.

Otra circunstancia muy característica viene a apoyar la identidad. Hemos dicho que la escritura del médium cambia

generalmente con la del Espíritu evocado, y que dicha escritura se reproduce siempre que se presenta el mismo Espíritu. Se ha constatado muchas veces, sobre todo en las personas muertas hace poco tiempo con respecto a la evocación, que esta escritura tiene una semejanza visible con la de la misma persona durante la vida y se han obtenido firmas de exactitud perfecta. Estamos, sin embargo, muy lejos de dar este hecho como una regla y mucho menos como una regla constante, sino que lo mencionamos como digno de notarse.

Solo los espíritus que han llegado a cierto grado de purificación están libres de las influencias corporales, pero hasta que no están completamente desmaterializados (esta es la expresión que ellos mismos emplean) conservan la mayor parte de las ideas, de las inclinaciones y hasta de las *manías* que tenían en la Tierra, lo cual es también un medio de reconocimiento. Mas se encuentra el reconocimiento sobre todo en una multitud de pormenores que solo la observación atenta y prolongada puede revelar. Se ven escritores discutiendo sus propias obras o doctrinas y aprobar o condenar parte de ellas. Y a otros Espíritus recordar circunstancias ignoradas o poco conocidas de su vida o muerte, cosas todas que, por lo menos, son pruebas morales de identidad, las únicas que pueden invocarse respecto a cuestiones abstractas.

Así pues, si la identidad del Espíritu evocado puede obtenerse hasta cierto punto en algunos casos, no existe razón para que no suceda lo mismo en otros. Y si no se tiene los mismos medios de comprobación para con las personas cuya muerte es más remota, se cuenta siempre con el lenguaje y el carácter, porque seguramente el Espíritu de un hombre de bien no hablará como el de un perverso o depravado. En cuanto a los Espíritus que se adornan con nombres respetables, muy pronto se hacen traición por su lenguaje y por sus máximas. El que, por ejemplo,

se llamara Fenelón, si desmintiese, aunque accidentalmente, el buen sentido y la moral, patentizaría por este solo hecho la superchería. Si, por el contrario, los pensamientos que expone son siempre puros, no contradictorios y constantemente dignos del carácter de Fenelón, no habrá motivos para dudar de su identidad. De otro modo sería preciso suponer que un Espíritu que solo el bien predica puede mentir conscientemente y sin provecho. La experiencia nos enseña que los Espíritus del mismo grado, del mismo carácter y que están animados de los mismos sentimientos se reúnen en grupos y familias. El número de los Espíritus es incalculable y lejos estamos de conocerlos a todos, careciendo hasta de nombre para nosotros la mayor parte. Un Espíritu de la categoría de Fenelón puede venir, pues, en lugar de aquel, enviado a menudo por él mismo en calidad de mandatario. Se presenta con su nombre, porque es idéntico a él y puede suplirlo y porque nos es preciso un nombre para fijar nuestras ideas. Pero ¡qué importa, en definitiva, que un Espíritu sea o no realmente Fenelón! Desde el momento que solo cosas buenas dice y que habla como lo hubiese hecho el mismo Fenelón, es un Espíritu bueno, y el nombre con que se da a conocer es indiferente, no siendo por lo regular más que un medio de fijar nuestras ideas. No puede ser lo mismo en las evocaciones íntimas, pues en estas, según dejamos dicho, puede obtenerse la identidad por pruebas en cierto modo patentes.

Por lo demás, es cierto que la sustitución de los Espíritus puede dar lugar a una multitud de equivocaciones, resultando de ellas errores y a menudo mistificaciones. Esta es una de las dificultades del *espiritismo práctico*. Mas nunca hemos dicho que la ciencia espírita fuese fácil, ni que se la pueda alcanzar bromeando, siendo en este punto igual a otra ciencia cualquiera. No lo repetiremos bastante, el espiritismo requiere un estudio asiduo y a menudo muy largo. No pudiendo provocar los hechos, es preciso esperar que por sí mismos se presenten y

con frecuencia son provocados por las circunstancias que menos se esperan. Para el observador atento y paciente abundan los hechos, porque descubre millares de matices característicos que son para él rayos luminosos. Otro tanto sucede en las ciencias vulgares, pues mientras que el hombre superficial no ve de la flor más que la forma elegante, el sabio descubre tesoros para el pensamiento.

XIII

Las observaciones anteriores nos inducen a decir algunas palabras sobre otra dificultad, la de la divergencia que se nota en el lenguaje de los Espíritus.

Siendo los Espíritus muy diferentes entre sí bajo el aspecto de sus conocimientos y moralidad, es evidente que la misma cuestión puede ser resuelta de distinto modo, según el rango que ocupen aquellos, absolutamente lo mismo que si se propusiese alternativamente a un sabio, a un ignorante o a un bromista de mal género. Según hemos dicho, lo esencial es saber a quién nos dirigimos.

Sin embargo, se añade, ¿cómo puede ser que los Espíritus tenidos por superiores no estén siempre de acuerdo? Diremos ante todo, que independientemente de la causa que acabamos de señalar, existen otras que pueden ejercer cierta influencia en la naturaleza de las contestaciones, haciendo abstracción de la calidad de los Espíritus. Este es un punto capital cuya explicación dará el estudio y por esta razón decimos que estas materias requieren una atención sostenida, una profunda observación y sobre todo, como en las demás ciencias humanas, continuación y perseverancia. Se necesitan años para ser un médico mediocre, las tres cuartas partes de la vida para ser sabio, y ¿se querrá obtener en unas cuantas horas la ciencia de lo infinito! Es preciso no hacerse ilusiones. El estudio del Espiritismo es inmenso,

toca todas las cuestiones metafísicas y del orden social, constituye todo un mundo abierto ante nuestra vista, ¿y habremos de maravillarnos de que se necesite tiempo, y mucho, para adquirirlo?

La contradicción, por otra parte, no es siempre tan real como puede parecerlo. ¿Acaso no vemos todos los días hombres que profesan la misma ciencia variar las definiciones que dan de una cosa, ya sea porque emplean términos diferentes, o bien porque la consideran bajo otro aspecto, aunque siempre permanezca una misma idea fundamental? ¡Cuéntense, si es posible, las definiciones que se han dado de la gramática! Añadamos además que la forma de la respuesta depende a menudo de la forma de la pregunta. Sería, pues, pueril ver contradicción en lo que frecuentemente no pasa de ser diferencias de palabras. Los Espíritus superiores no atienden en modo alguno a la forma, siendo para ellos el todo el fondo del pensamiento.

Tomemos, por ejemplo, la definición del alma. No teniendo acepción fija esta palabra, pueden los Espíritus, lo mismo que nosotros, diferir en la definición que den de ella, pudiendo decir uno que es el principio de la vida, llamándola otro el destello anímico, diciendo este que es interna, aquel que es externa, etc., y todos tendrán razón según el punto de vista. Hasta podría creerse que algunos de ellos profesan teorías materialistas y sin embargo no hay tal cosa. Lo mismo sucede con la palabra *Dios* que será: el principio de todas las cosas, el Creador del Universo, la soberana inteligencia, lo infinito, el gran Espíritu, etc., etc., y en definitiva siempre será Dios. Citemos, en fin, la clasificación de los Espíritus. Estos forman una serie ininterrumpida, desde el grado inferior hasta el superior. La clasificación es arbitraria y así podrá uno dividirlos en tres clases, otro en cinco, diez o veinte según su voluntad, sin incurrir por ello en error. Todas las ciencias humanas nos ofrecen ejemplos de esto,

cada sabio tiene su sistema, los sistemas cambian, sin que cambie la ciencia. Aunque se haya aprendido botánica por el sistema de Linneo, de Jussieu o de Tournefort, no deja de saberse botánica. Dejemos, pues, de dar a las cosas puramente convencionales más importancia de la que merecen, para fijarnos en lo que solo es verdaderamente serio, y la reflexión hará descubrir con frecuencia en lo que más disparatado parece, una semejanza que había pasado desapercibida a la primera inspección.

XIV

Pasaríamos ligeramente por encima de la objeción de ciertos escépticos sobre las faltas de ortografía que comenten algunos Espíritus, si no hubiese de dar lugar a una observación esencial. Su ortografía, preciso es decirlo, no siempre es irreprochable, pero hay que estar muy pobre de razones para hacerla objeto de una crítica seria, diciendo que, puesto que todo lo saben los Espíritus, deben saber ortografía. A esto podríamos oponerles las numerosas faltas de este género cometidas por más de un sabio de la Tierra, lo cual no amengua en un ápice su mérito. No obstante, este hecho envuelve una cuestión más seria. Para los Espíritus, y sobre todo para los superiores, la idea lo es todo y nada la forma. Desprendidos de la materia, el lenguaje es entre ellos rápido como el pensamiento, puesto que el mismo pensamiento sin intermediario es el que se comunica. Deben, pues, encontrarse violentos cuando se ven obligados, para comunicarse con nosotros, a emplear las formas extensas y embarazosas del lenguaje humano, y sobre todo a valerse de la insuficiencia e imperfección de ese lenguaje para exponer todas las ideas. Esto lo dicen ellos mismos y es curioso observar los medios de que echan mano para atenuar semejantes inconvenientes. Otro tanto nos sucedería a nosotros si hubiéramos de expresarnos en un idioma de palabras y giros más extensos, así como más pobre en expresiones, que los del idioma que empleamos. Este es

el mismo inconveniente que encuentra el hombre de genio, cuando se impacienta por la lentitud de la pluma que va siempre más despacio que el pensamiento. Se concibe, después de lo dicho, que los Espíritus den poca importancia a la puerilidad de la ortografía, sobre todo cuando se trata de una enseñanza grave y seria. ¿Acaso no es bastante sorprendente que se expresen indistintamente en todas las lenguas y que las comprendan todas? No debe, sin embargo, deducirse de esto que les sea desconocida la corrección convencional del lenguaje, por el contrario, la observan cuando es necesaria. Y así, por ejemplo, las poesías dictadas por ellos desafían a menudo la crítica del más meticuloso purista, *a pesar de la ignorancia del médium*.

XV

Hay gentes que ven peligros en todas partes y en todo lo que no conocen, gentes que no dejan de deducir consecuencias desfavorables del hecho de que ciertas personas, dadas a estos estudios, han perdido la razón. ¿Qué hombre sensato podrá ver en esta una objeción seria? ¿No sucede lo mismo con todas las preocupaciones intelectuales, en un cerebro débil? ¿Se sabe acaso el número de locos y maniáticos producidos por los estudios matemáticos, médicos, musicales, filosóficos y otros? ¿Debemos por esto anatematizar esos estudios? ¿Qué prueban semejantes hechos? En los trabajos corporales se deterioran los brazos y las piernas, instrumentos de la acción material, y en los trabajos intelectuales se deteriora el cerebro, instrumento del pensamiento. Pero, si bien se rompe el instrumento, no sucede lo mismo al Espíritu y, desprendido de la materia, no deja de disfrutar por ello de la plenitud de sus facultades. En su género, y como hombre, es un mártir del trabajo.

Todas las grandes preocupaciones del Espíritu pueden ocasionar la locura: las ciencias, las artes y hasta la religión aportan

su contingente. La locura reconoce como causa primordial una predisposición orgánica del cerebro que le hace más o menos accesible a ciertas impresiones. Dada una predisposición a la locura, esta tomará el carácter de la preocupación principal, que entonces se convierte en idea fija. Esta idea fija podrá ser la de los Espíritus, en quien de ellos se haya ocupado, como pueda ser la de Dios, la de los ángeles, la del diablo, de la fortuna, del poder, de un arte, de una ciencia, de la maternidad o de un sistema político o social. Es probable que el loco religioso lo hubiese sido también espírita, si el espiritismo hubiera sido su preocupación dominante, como el loco espírita lo hubiera sido por otro concepto, según las circunstancias.

Digo, pues, que en este particular no disfruta de ningún privilegio el espiritismo. Pero digo más aún y es que, bien comprendido preserva de la locura.

Entre las causas más numerosas de sobreexcitación cerebral, es preciso contar los desengaños, las desgracias y los afectos contrariados, que son también las más frecuentes causas de suicidio. Pues bien, el verdadero espírita ve las cosas de este mundo desde un punto de vista tan elevado, le parecen tan pequeñas y mezquinas comparadas con el porvenir que espera, la vida es para él tan corta, tan fugitiva, que a sus ojos las tribulaciones no son más que incidentes desagradables de un viaje. Lo que a otro produciría una violenta emoción, le afecta medianamente. Y sabe, además, que los pesares de la vida son pruebas que favorecen su progreso si las sufre sin murmurar, porque será recompensado con arreglo al valor con que las haya soportado. Sus convicciones le dan, pues, una resignación que lo preserva de la desesperación y, por lo tanto, de una causa incesante de locura y de suicidio. Sabe, además, por el espectáculo que le ofrecen las comunicaciones con los Espíritus, la suerte de los que voluntariamente abrevian sus días, y este cuadro es bastante

perfecto para hacerle reflexionar. De ahí que es considerable el número de los que han sido detenidos por el espiritismo en esta funesta pendiente. Este es uno de sus resultados. Ríanse de él tanto como quieran los incrédulos, que yo me limito a desearles los consuelos que ha proporcionado a todos los que se han tomado el trabajo de sondear sus misteriosas profundidades.

En el número de las causas de locura ha de incluirse también el terror, y el pánico que se siente por el diablo ha trastornado más de un cerebro. ¿Se sabe acaso el número de víctimas que se ha hecho hiriendo imaginaciones débiles con ese cuadro que se esmeran en hacer más espantoso, añadiéndole horribles pormenores? El diablo, se dice, no espanta más que a los niños. Es un freno para conseguir que sean dóciles. Ciertamente, lo mismo que el coco y el hombre-lobo, y cuando no le tienen ya miedo, son peores que antes. Y por obtener tan hermoso resultado no se tiene en cuenta el número de epilepsias causadas a consecuencia del trastorno de un cerebro delicado. Muy débil sería la religión si, por falta de temor, pudiese verse comprometido su poderío. Afortunadamente tiene otros medios de obrar sobre las almas. Y el espiritismo se los proporciona más eficaces y serios, si sabe aprovecharlos, pues, demostrando la realidad de las cosas, neutraliza los funestos efectos del temor exagerado.

XVI

Dos objeciones nos quedan por examinar, las únicas que verdaderamente merecen tal nombre, porque están basadas en teorías razonables. La una y la otra admiten la realidad de todos los fenómenos materiales y morales, pero excluyen la intervención de los Espíritus.

Según la primera de estas teorías, todas las manifestaciones atribuidas a los Espíritus no son más que efectos magnéticos. Los médiums están en un estado que puede llamarse

sonambulismo despierto, de cuyo fenómeno ha podido ser testigo todo el que haya estudiado el magnetismo. En este estado, las facultades intelectuales adquieren un desarrollo anormal y el círculo de las percepciones intuitivas traspasa los límites de nuestra concepción ordinaria. El médium, por consiguiente, toma de sí mismo y a causa de su lucidez todo lo que dice y todas las nociones que transmite, hasta las cosas que le son más desconocidas en su estado normal.

No seremos nosotros quienes pongamos en tela de juicio el poderío del sonambulismo, cuyos prodigios hemos visto y cuyas fases hemos estudiado por espacio de más de treinta y cinco años. Convenimos en que, en efecto, muchas manifestaciones espíritas pueden explicarse por este medio, pero una observación sostenida y atenta pone de manifiesto una multitud de hechos en que la intervención del médium, fuera de la de instrumento pasivo, es materialmente imposible. A los que participan de esta opinión les diremos como a los otros: «Mirad y observad, porque seguramente no lo habéis visto todo», y enseguida les oponemos dos consideraciones sacadas de su propia doctrina. ¿De dónde ha venido la teoría espírita? ¿Es acaso un sistema imaginado por ciertos hombres para explicar los hechos? De ninguna manera. ¿Quién la ha revelado, pues? Precisamente esos mismos médiums, cuya lucidez encomiáis. Así pues, si esa lucidez es tal como vosotros la suponéis, ¿por qué habrían de atribuir a los Espíritus lo que de sí mismos habían tomado? ¿Cómo habrían dado esas reseñas tan precisas, tan lógicas y sublimes acerca de la naturaleza de aquellas inteligencias extrahumanas? Una de dos: o son lúcidas o no lo son. Si lo son y se tiene confianza en su veracidad, no se puede admitir, sin contradecirse, que no digan la verdad. En segundo lugar, si todos los fenómenos se originasen en el médium, serían idénticos en el mismo individuo y no se vería a la misma persona hablar disparatadamente, ni decir alternativamente las cosas más

contradictorias. Esta falta de unidad en las manifestaciones obtenidas por el médium prueba la diversidad de las fuentes, y si todas no pueden encontrarse en el médium, preciso es buscarlas fuera de él.

Según otra opinión, continúa siendo el médium origen de las manifestaciones, pero en vez de tomarlas de sí mismo, como pretenden los partidarios de la teoría sonambúlica, las toma del medio ambiente. El médium será en este caso una especie de espejo que refleje todas las ideas, todos los pensamientos y conocimientos de las personas que le rodean y nada dice que no sea conocido de algunos, por lo menos, de los concurrentes. No se puede negar —y este es uno de los principios de la doctrina— la influencia que ejercen los asistentes en la naturaleza de las comunicaciones. Sin embargo, es muy distinta de la que se supone, y de lo que dejamos dicho a la opinión de que el médium sea eco de aquellos, hay mucha diferencia, porque millares de hechos demuestran perentoriamente lo contrario. Este es, pues, un grave error que prueba una vez más el peligro de las conclusiones prematuras. Las personas a quienes contestamos, no pueden, pues, negar la existencia de un fenómeno de que no puede darse cuenta la ciencia común, y no queriendo admitir la presencia de los Espíritus, lo explican a su manera. Su teoría sería aparente, si pudiera abrazar todos los extremos, pero no sucede así. Cuando se les demuestra hasta la evidencia que ciertas comunicaciones del médium son completamente extrañas a los pensamientos, a los conocimientos y hasta a las opiniones de los asistentes y que con frecuencia son espontáneas y contradicen todas las ideas preconcebidas, no se detienen por tan poca cosa. La irradiación, dicen entonces, se extiende más allá del círculo inmediato que nos rodea. El médium es reflejo de toda la humanidad, de modo que no toma sus inspiraciones de las personas circunvecinas, sino que va a buscarlas más lejos, a la

ciudad en que se encuentra, a la comarca, por todo el globo y hasta las otras esferas.

Creo que no se encontrará en esta teoría una explicación más sencilla y más probable que la del espiritismo, porque dicha teoría supone una causa mucho más maravillosa. La idea de que algunos seres que pueblan el espacio y que, estando en contacto permanente con nosotros, nos comunican sus pensamientos, nada tiene que choque más con la razón que la suposición de esa irradiación universal que procediendo de todos los puntos del universo se concentra en el cerebro de un solo individuo.

Digámoslo una vez más —y este es un punto capital sobre el cual nunca insistiremos bastante— la teoría sonambúlica y la que pudiera llamarse *reflectiva* han sido imaginadas por algunos hombres. Son opiniones individuales forjadas para explicar un hecho, mientras que la doctrina de los Espíritus no es de creación humana, sino que ha sido dictada por las mismas inteligencias que se manifiestan, cuando nadie pensaba en ella y hasta la opinión general la rechazaba. Pues bien, nosotros pedimos que se diga el lugar donde han ido a tomar los médiums una doctrina que no existía en el pensamiento de nadie en la Tierra y preguntamos también ¿por qué extraña coincidencia millares de médiums diseminados por todo el globo, y que nunca se han visto, están conformes en decir lo mismo? Si el primer médium que apareció en Francia sufrió la influencia de opiniones conocidas ya en América, ¿por qué rareza ha ido a buscar sus ideas a 2.000 leguas más allá de los mares, a un pueblo de distintas costumbres y lenguaje, en vez de tomarlas de su alrededor?

Pero hay otra circunstancia en la cual no se ha pensado lo suficiente. Las primeras manifestaciones, tanto en Francia como en América, no tuvieron lugar por medio de la escritura ni de la palabra, sino por medio de golpes que, coincidiendo con las

letras del alfabeto, formaban palabras y frases. De este modo declararon que eran Espíritus las inteligencias que se revelaban. Así pues, si bien se podía suponer una intervención del pensamiento del médium en las comunicaciones verbales o escritas, no sucede así en las obtenidas por golpes, cuya significación no podía ser conocida de antemano.

Podríamos citar numerosos hechos que demuestran, en la inteligencia que se manifiesta, una individualidad evidente y una absoluta independencia de voluntad. Recomendamos, pues, a los disidentes una observación más atenta y, si quieren estudiar sin prejuicios y no deducir antes de haberlo visto todo, reconocerán la insuficiencia de su teoría para explicarlo todo. Nos limitaremos a dejar sentadas las siguientes cuestiones: ¿Por qué la inteligencia que se manifiesta, cualquiera que sea, se niega a responder a ciertas preguntas sobre asuntos perfectamente conocidos, como, por ejemplo, sobre el nombre y la edad del que pregunta, sobre lo que tiene en la mano, sobre lo que ha hecho el día anterior y lo que hará el día siguiente, etc.? Si el médium es espejo del pensamiento de los concurrentes, nada le sería más fácil que contestar.

Los adversarios replican preguntando a su vez por qué los Espíritus, que deben saberlo todo, no pueden decir cosas tan sencillas, apoyando el argumento en el axioma: *Quien puede lo más, puede lo menos*, de donde deducen que no hay tales Espíritus. Si un ignorante o bromista de mal gusto se presentase ante una docta asamblea y preguntase, por ejemplo, ¿por qué es de día a la hora de mediodía? ¿Creerá alguien que aquella se tomará el trabajo de contestar y sería lógico deducir de su silencio, o de la burla con que recibiría al preguntador, que sus miembros son unos ignorantes? Pues precisamente, porque son superiores, no responden los Espíritus a preguntas ociosas y

ridículas, ni quieren ser puestos en el banquillo de los acusados. Por esta razón se callan o dicen ocuparse de cosas más serias.

Preguntamos, en fin, ¿por qué los Espíritus vienen y se van en momentos dados y por qué pasados estos, no valen ruegos ni súplicas para atraerlos nuevamente? Si solo por el impulso mental de los asistentes obrase el médium, es evidente que en circunstancias semejantes, el concurso de todas las voluntades reunidas debería estimular su clarividencia. Si no cede pues al deseo de la reunión, corroborado por su propia voluntad, es porque obedece a una influencia extraña a él y a los que le rodean, y porque dicha influencia demuestra de tal modo su independencia e individualidad.

XVII

El escepticismo, en cuanto a la doctrina espírita, cuando no es fruto de una oposición sistemática e interesada, reconoce casi siempre como origen un conocimiento incompleto de los hechos, lo que no impide que algunas personas resuelvan la cuestión como si la conociesen a fondo. Puede tenerse mucho ingenio y hasta instrucción y carecerse de raciocinio, siendo el primer indicio de este defecto el creer infalible su juicio. Muchas personas, también, no ven en las manifestaciones espíritas más que un objeto de curiosidad, pero confiamos que, mediante la lectura de este libro, verán en esos extraños fenómenos algo más que un simple pasatiempo.

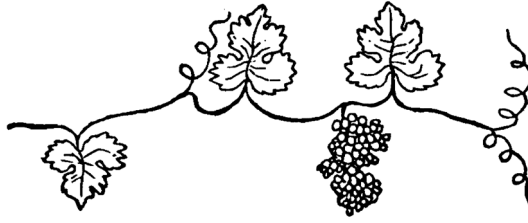
Dos partes comprende la ciencia espírita: una experimental, que versa sobre las manifestaciones en general, y otra filosófica, que comprende las manifestaciones inteligentes. El que no haya observado más que la primera se encuentra en la posición de aquel que no conoce la física más que por experimentos recreativos, sin haber entrado en el fondo de la ciencia. La verdadera doctrina espírita consiste en la enseñanza dada por los Espíritus

y los conocimientos de que es susceptible esta enseñanza son demasiado importantes para poderse obtener de otro modo que por el estudio serio y continuado, hecho en silencio y con recogimiento. Porque solamente en tales condiciones puede observarse un número infinito de hechos y matices que pasan desapercibidos al observador superficial y que permiten la adquisición de una opinión fundada. Aunque este libro no produjese otro resultado que el de indicar el lado serio de la cuestión y provocar estudios en este sentido, ya sería bastante, y nos regocijaríamos de haber sido elegidos para realizar una obra, de la cual no pretendemos, por otra parte, hacernos ningún mérito personal, puesto que los principios que contiene no son creación nuestra. Todo el mérito se debe, pues, a los Espíritus que lo han dictado. Esperamos que producirá otro resultado y es el de guiar a los hombres deseosos de instruirse, haciéndoles ver en estos estudios un fin grande y sublime: el del progreso individual y social y el de indicarles el camino que deben seguir para alcanzarlo.

Concluamos con una consideración final. Los astrónomos, al sondear los espacios, han encontrado en la distribución de los cuerpos celestes, vacíos injustificados y en desacuerdo con las leyes del conjunto y han supuesto que esos claros estaban ocupados por globos inapreciables a sus miradas. Han observado, por otra parte, ciertos efectos cuya causa les era desconocida y se han dicho: «Ahí debe haber un mundo, porque ese vacío no puede existir y esos efectos deben tener una causa». Juzgando entonces la causa por el efecto, han podido calcular los elementos, viniendo después los hechos a justificar sus previsiones. Apliquemos este raciocinio a otro orden de ideas. Si se observa la serie de los seres, se encuentra que forman una cadena sin solución de continuidad, desde la materia bruta hasta el hombre más inteligente. Pero entre el hombre y Dios, que es alfa y omega de todas las cosas, ¡cuán grande es el vacío! ¿Es

razonable creer que en el hombre cesan los eslabones de la cadena y que salva sin transición la distancia que lo separa de lo infinito? La razón nos dice que entre el hombre y Dios debe haber otros grados, como dijo a los astrónomos que entre los mundos conocidos debía haber mundos desconocidos. ¿Qué filosofía ha llenado este vacío? El espiritismo nos lo presenta ocupado por los seres de todas las categorías del mundo invisible, seres que no son más que los Espíritus de los hombres que han llegado a los distintos grados que conducen a la perfección y, de este modo, todo se encadena desde la alfa hasta la omega. Vosotros, los que negáis la existencia de los Espíritus, llenad pues el vacío ocupado por ellos. Y vosotros, los que de los Espíritus os reís, ¡atreveos a reiros de las obras de Dios y de su omnipotencia!

ALLAN KARDEC



PROLEGÓMENOS

En todas partes se producen fenómenos que se substraen a las leyes de la ciencia común y que revelan en su causa la acción de una voluntad libre e inteligente.

La razón dice que un efecto inteligente debe tener como causa una potencia inteligente, y los hechos han probado que esa potencia puede ponerse en comunicación con los hombres por medio de signos materiales.

Preguntada acerca de su naturaleza, esta potencia declaró pertenecer al mundo de los seres espirituales que se han despojado de la envoltura corporal del hombre. Así fue revelada la doctrina de los Espíritus.

Las comunicaciones entre el mundo espírita y el corporal están en la naturaleza de las cosas y no constituyen ningún hecho sobrenatural. Por esta razón se encuentran vestigios de ellas en todos los pueblos y en todas las épocas. Hoy son generales y patentes para todo el mundo.

Los Espíritus anuncian que los tiempos designados por la Providencia para una manifestación universal han llegado ya y que, siendo ministros de Dios y agentes de su voluntad, su misión es la de instruir e ilustrar a los hombres, abriendo una nueva era para la regeneración de la humanidad.

Este libro es la recopilación de su enseñanza. Ha sido dictado y escrito por orden de los Espíritus superiores, a fin de

echar los cimientos de una filosofía racional, libre de los prejuicios del sectarismo⁹, y nada contiene que no sea expresión de su pensamiento y que no haya sido comprobado por ellos. Solo el orden y la distribución metódica de las materias, como también las observaciones y la forma de alguna parte de la redacción, son obra del que ha recibido la misión de publicarlo.

Entre los Espíritus que han concurrido a la elaboración de esta obra, muchos han vivido en épocas diversas en la Tierra, donde han predicado y practicado la virtud y la sabiduría. Otros no corresponden, por sus nombres, a ningún personaje cuyo recuerdo haya conservado la historia, pero su elevación queda atestiguada por la pureza de su doctrina y por su unión con los que llevan nombres venerables.

He aquí los términos en que, por escrito y por conducto de muchos médiums, dieron la misión de escribir este libro:

Ocúpate con celo y perseverancia del trabajo que has emprendido con nuestro concurso, porque este trabajo es nuestro. En él hemos sentado las bases del nuevo edificio que se levanta y que debe un día unir a todos los hombres en un mismo sentimiento de amor y caridad. Pero antes de divulgarlo, lo repasaremos juntos para comprobar todos sus pormenores.

Estaremos contigo siempre que lo solicites, para ayudarte en los otros trabajos, porque esta no es más que una parte de la misión que te ha sido confiada y revelada ya por uno de nosotros.

De los conocimientos que se te dan, los hay que debes reservar para ti solo hasta nueva orden, y ya te indicaremos nosotros cuando llegue el momento de publicarlos. Entretanto, medítalos, para que estés preparado, cuando te indiquemos el momento.

Pondrás a la cabecera del libro la cepa de vid que te hemos dibujado¹⁰, porque es emblema de trabajo del Creador, encontrándose

⁹ "Esprit de système" en el original francés. (N. de L. G.)

¹⁰ La cepa del principio es el facsímil de la que ha sido dibujada por los Espíritus. (N. de A. K.)

reunidos en ella todos los principios materiales que mejor pueden representar el cuerpo y el Espíritu: el cuerpo es la cepa; el espíritu es el licor; el alma, o espíritu unido a la materia, es el grano. El hombre purifica el espíritu por medio del trabajo y ya sabes que solo con el trabajo del cuerpo adquiere conocimientos el espíritu.

No te acobardes por la crítica. Encontrarás impugnadores encarnizados, sobre todo entre las gentes interesadas en conservar los abusos. Hasta los encontrarás entre los Espíritus, porque los que no están suficientemente desmaterializados procuran con frecuencia sembrar dudas por malicia o por ignorancia. Pero sigue adelante siempre. Cree en Dios y camina con confianza. Estaremos contigo para sostenerte, y está próximo el tiempo en que la verdad resplandecerá por todas partes.

La vanidad de ciertos hombres que creen saberlo todo y que todo quieren explicarlo a su modo, originará opiniones disidentes, pero todos los que tengan presente el gran principio de Jesús se confundirán en el mismo sentimiento de amor y del bien, y se unirán con un lazo fraternal que abarcará a todo el mundo. Dejarán a un lado las miserables cuestiones de palabras para no ocuparse más que de las cosas esenciales, y siempre será una misma la doctrina, en cuanto al fondo, para todos los que reciban comunicaciones de los Espíritus superiores.

Por medio de la perseverancia llegarás a coger el fruto de tus trabajos. El placer que experimentarás viendo la doctrina propagarse y bien comprendida será una recompensa, cuya totalidad de valor comprenderás quizá más en el porvenir que en el presente. No te desazones, pues, por las espinas y piedras que los incrédulos o malvados arrojarán en tu camino. Persevera en la confianza, pues con ella llegarás al fin, y siempre merecerás ser ayudado.

Acuérdate de que los Espíritus buenos no asisten más que a los que sirven a Dios con humildad y desinterés, y que rechazan a todos los que buscan en el camino del cielo un escabel para el logro de las cosas terrenas, apartándose del orgulloso y del ambicioso. El orgullo y la ambición serán siempre una barrera entre el

hombre y Dios. Son un velo corrido ante los celestes destellos y Dios no puede servirse de los ciegos para dar a comprender la luz. (SAN JUAN EVANGELISTA, SAN AGUSTÍN, SAN VICENTE DE PAUL, SAN LUIS, EL ESPÍRITU DE VERDAD, SÓCRATES, PLATÓN, FENELÓN, FRANKLIN, SWEDENBORG, etc.)

Nota. Los principios contenidos en este libro son el resultado, bien de las respuestas dadas por los Espíritus a las cuestiones directas que les han sido propuestas en diversas épocas y por intermedio de un gran número de médiums, o bien de las instrucciones dadas por ellos espontáneamente tanto a nosotros como a otras personas sobre las materias que encierra. Todo ello ha sido coordinado con objeto de presentar un conjunto regular y metódico, y no ha sido entregado a la publicidad sino tras haber sido cuidadosamente revisado en varias ocasiones y corregido por los mismos Espíritus. Esta nueva edición ha sido igualmente objeto de un nuevo y minucioso examen.

Lo que está entre comillas a continuación de las preguntas es la respuesta textual dada por los Espíritus. Lo que está marcado con otro tipo de letra o designado por una forma especial, comprende las notas o explicaciones añadidas por el autor y que igualmente han experimentado el control de los Espíritus.¹¹

¹¹ Esta nota no figuraba en la traducción de Fernández Colavida, pero hemos considerado interesante incluirla porque sí se encontraba en *Le Livre des Esprits* desde la 2ª edición (1860) hasta la 10ª (1863), y particularmente por la importancia de la información que aporta. (N. de L. G.)

ALLAN KARDEC

EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

LIBRO PRIMERO

CAUSAS PRIMERAS

- ✓ CAPÍTULO I DIOS
- ✓ CAPÍTULO II ELEMENTOS GENERALES DEL UNIVERSO
- ✓ CAPÍTULO III CREACIÓN
- ✓ CAPÍTULO IV PRINCIPIO VITAL

PREGUNTAS 1-75

CAPÍTULO I

DIOS

1. DIOS Y LO INFINITO. 2. PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS. 3. ATRIBUTOS DE LA DIVINIDAD. 4. PANTEÍSMO.

Dios y lo infinito

1. ¿Qué es Dios?

«Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas¹²».

2. ¿Qué debe entenderse por lo infinito?

«Lo que no tiene principio ni fin: lo desconocido. Todo lo desconocido es infinito».

3. ¿Podría decirse que Dios es lo infinito?

«Definición incompleta. Pobreza del lenguaje de los hombres, que no basta para definir las cosas superiores a su inteligencia».

Dios es infinito en sus perfecciones, pero lo infinito es una abstracción. Decir que Dios es lo *infinito* equivale a tomar el atributo por la misma cosa y definir una cosa que no es conocida por otra que tampoco lo es.

¹² El texto que, entre comillas, sigue a las preguntas es la misma respuesta dada por los Espíritus. Se han distinguido con otro tipo de letra las observaciones y explicaciones añadidas por el autor, cuando su confusión con el texto de la respuesta hubiera sido posible. Cuando forman capítulos enteros, se ha conservado el tipo de letra ordinario, pues ya no era posible la confusión. (N. de A. K.)

Pruebas de la existencia de Dios

4. ¿Dónde puede encontrarse la prueba de la existencia de Dios?

«En un axioma que aplicáis a vuestras ciencias: no hay efecto sin causa. Buscad la causa de todo lo que no es obra del hombre, y vuestra razón os contestará».

Para creer en Dios, basta pasear la vista por las obras de la creación. El universo existe, luego tiene una causa. Dudar de la existencia de Dios equivaldría a negar que todo efecto procede de una causa y sentar que la nada ha podido hacer algo.

5. ¿Qué consecuencia puede sacarse del sentimiento intuitivo de la existencia de Dios que tienen todos los hombres?

«Que Dios existe, porque ¿de dónde provendría ese sentimiento si no estuviese basado en algo? También esto es una consecuencia del principio de que no hay efecto sin causa».

6. El sentimiento íntimo que tenemos de la existencia de Dios ¿no sería resultado de la educación y producto de ideas adquiridas?

«Si fuese así, ¿cómo tendrían el mismo sentimiento los salvajes?»

Si solo fuese producto de la educación, el sentimiento de la existencia de un ser supremo no sería universal y, como las nociones de la ciencia, existiría únicamente en los que hubiesen recibido semejante instrucción.

7. ¿Puede encontrarse la causa primera de la formación de las cosas en las propiedades íntimas de la materia?

«Pero ¿cuál sería entonces la causa de esas propiedades? Siempre es precisa una causa primera».

Atribuir la formación primera de las cosas a las propiedades íntimas de la materia equivaldría a tomar el efecto por la causa, pues esas mismas propiedades son un efecto que debe provenir de una causa.

8. ¿Qué pensar de la opinión que atribuye la formación primera a una combinación fortuita de la materia, esto es, al azar?

«¡Otro absurdo! ¿Qué hombre de sano juicio puede considerar el azar como un ser inteligente? Y además, ¿qué es el azar? Nada».

La armonía que regula las energías del universo revela combinaciones y miras determinadas y, por lo mismo, un poder inteligente. Atribuir la formación primera al azar es un contrasentido, porque el azar es ciego y no puede producir los efectos de la inteligencia. Un azar inteligente no sería ya el azar.

9. ¿En qué se conoce que la causa primera es una inteligencia suprema y superior a las demás inteligencias?

«Tenéis un refrán que dice: “Por la obra se conoce al artífice”. Pues bien, examinad la obra y buscad el artífice. El orgullo es el que engendra la incredulidad. El hombre orgulloso no admite nada superior a sí mismo, y por esto se llama a sí mismo incrédulo.¹³ ¡Pobre ser, a quien pudiera anonadar un soplo de Dios!»

Se juzga la potencia de una inteligencia por sus obras, y no pudiendo ningún ser humano crear lo que la naturaleza produce, la causa primera ha de ser una inteligencia superior a la humana.

Cualesquiera que sean los prodigios hechos por la inteligencia humana, tiene una causa esta misma inteligencia, y cuanto más grande sea lo que ella haga, tanto mayor ha de ser su causa primera. Esta inteligencia es la causa primera de todas las cosas, cualquiera que sea el nombre con que la haya designado el hombre.

¹³ “Esprit fort” en el original francés. Esto es, incrédulo o descreído. Esta expresión aparece también en las preguntas 148 y 962. (N. de L. G.)

Atributos de la divinidad

10. **¿Puede el hombre comprender la naturaleza íntima de Dios?**

«No. Este es un sentido que le falta».

11. **¿Será dado al hombre algún día comprender el misterio de la Divinidad?**

«Cuando su Espíritu no esté ya ofuscado por la materia y cuando, por medio de la perfección, se haya aproximado a ella, la verá y la comprenderá».

La inferioridad de las facultades del hombre no le permiten comprender la naturaleza íntima de Dios. En la infancia de la humanidad, el hombre lo confunde a menudo con la criatura, cuyas imperfecciones le atribuye. Pero a medida que en él se desarrolla el sentido moral, su pensamiento penetra mejor el fondo de las cosas, y se forma de ellas una idea más exacta y más conforme con la sana razón, aunque incompleta siempre.

12. **Ya que no podemos comprender la naturaleza íntima de Dios, ¿podremos tener idea de alguna de sus perfecciones?**

«De algunas, sí. El hombre las comprende mejor a medida que se eleva sobre la materia; las entrevé con el pensamiento»

13. **Cuando decimos que Dios es eterno, infinito, inmutable, inmaterial, único, omnipotente, soberanamente justo y bueno, ¿tenemos una idea perfecta de sus atributos?**

«Desde vuestro punto de vista, sí, porque creéis abarcarlo todo. Pero sabed que hay cosas superiores a la inteligencia del hombre más inteligente, y para las cuales carece de expresiones vuestro lenguaje, limitado a vuestras ideas y sensaciones. La razón os dice, en efecto, que Dios debe tener esas perfecciones en grado supremo, porque, si careciese de una sola de ellas, o si no las poseyese en grado infinito, no sería superior a todo, ni Dios, por lo tanto. Para ser superior

a todas las cosas, Dios no ha de experimentar vicisitud alguna, ni tener ninguna de las imperfecciones que puede concebir la imaginación».

Dios es *eterno*, porque si hubiese tenido principio, habría salido de la nada, o habría sido creado por un ser anterior. Así es como, de grado en grado, nos remontamos a lo infinito y a la eternidad.

Es *inmutable*, porque si estuviese sujeto a cambios, ninguna estabilidad tendrían las leyes que rigen el universo.

Es *immaterial*, es decir, que su naturaleza difiere de todo lo que llamamos materia. De otro modo no sería inmutable, porque estaría sujeto a las transformaciones de la materia.

Es *único*, porque si hubiese muchos Dioses, no habría ni unidad de miras, ni unidad de poder en el gobierno del universo.

Es *omnipotente*, porque es único. Si no tuviese el poder soberano, habría algo más poderoso que él o tan poderoso como él. No habría hecho todas las cosas y las que no hubiese hecho, serían obra de otro Dios.

Es *soberanamente justo y bueno*. La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela así tanto en las más pequeñas, como en las más grandes cosas, y esa sabiduría no nos permite dudar ni de su justicia, ni de su bondad.

Panteísmo

14. Dios ¿es un ser distinto, o bien y según opinión de algunos, es la resultante de todas las fuerzas y de todas las inteligencias del universo reunidas?

«Si así fuese, Dios no existiría, porque sería efecto y no causa y no puede ser a la vez la una y el otro».

«Dios existe, no podéis dudarle y esto es lo esencial. Creedme, no paséis más allá. No os extraviéis en un laberinto del que no podríais salir. Esto no os haría mejores, sino

quizá un poco más orgullosos, porque creeríais saber mucho, no sabiendo nada en realidad. Dejad, pues, a un lado todos estos sistemas, porque demasiadas cosas tenéis que os incumben más directamente, empezando por vosotros mismos. Estudiad vuestras propias imperfecciones, a fin de emanciparos de ellas y más útil os será que querer penetrar lo impenetrable».

15. **¿Qué pensar de la opinión según la cual todos los cuerpos de la naturaleza, todos los seres y todos los globos del universo son partes de la Divinidad, constituyendo en conjunto la misma Divinidad? O de otro modo, ¿qué ha de pensarse de la doctrina panteísta?**

«No pudiendo el hombre hacerse Dios, quiere ser, por lo menos, una parte de Dios».

16. **Los que profesan esta doctrina pretenden encontrar en ella la demostración de algunos de los atributos de Dios. Como los mundos son infinitos, Dios es por la misma razón infinito. Como no existe en ninguna parte el vacío o la nada, Dios está en todas partes. Al estar Dios en todas partes, porque todo es parte integrante suya, da una razón de ser inteligente a todos los fenómenos de la naturaleza. ¿Qué puede oponerse a este razonamiento?**

«La razón. Reflexionad detenidamente y no os será difícil reconocer el absurdo».

Esta doctrina panteísta hace de Dios un ser material que, aunque dotado de una inteligencia suprema, sería en grande lo que en pequeño somos nosotros. Ahora bien, al transformarse la materia sin cesar, si Dios fuese así no tendría estabilidad alguna. Estaría sujeto a todas las vicisitudes, incluso a todas las necesidades de la humanidad. Carecería de uno de los atributos esenciales de la Divinidad: la inmutabilidad. Las propiedades de la materia no pueden conciliarse con la idea de Dios

sin rebajarlo en nuestro pensamiento, y todas las sutilezas del sofista no conseguirán resolver el problema de su naturaleza íntima. Nosotros no sabemos todo lo que es, pero sabemos lo que no puede dejar de ser, y ese sistema está en contradicción con sus más esenciales propiedades. Confunde al Creador con la criatura, lo mismo absolutamente que si se pretendiese que una máquina ingeniosa fuese parte integrante del mecánico que la concibió.

La inteligencia de Dios se revela en sus obras, como la del pintor en su cuadro, pero tan lejos están de ser las obras de Dios el mismo Dios, como está de ser el cuadro el pintor que lo concibió y ejecutó.

CAPÍTULO II

ELEMENTOS GENERALES DEL UNIVERSO

1. CONOCIMIENTO DEL PRINCIPIO DE LAS COSAS. 2. ESPÍRITU Y MATERIA.
3. PROPIEDADES DE LA MATERIA. 4. ESPACIO UNIVERSAL.

Conocimiento del principio de las cosas

17. ¿Es dado al hombre conocer el principio de las cosas?

«No, Dios no permite que se revele todo al hombre en la Tierra».

18. ¿Penetrará el hombre algún día el misterio de las cosas ocultas?

«El velo se descorre ante él a medida que se purifica, pero para comprender ciertas cosas le son menester facultades que no posee aún».

19. ¿No puede el hombre, merced a las investigaciones científicas, penetrar algunos secretos de la naturaleza?

«La ciencia le ha sido dada para su progreso en todas las cosas, pero no puede traspasar los límites fijados por Dios».

Cuanto más le sea dado al hombre penetrar esos misterios, tanto más grande debe ser su admiración respecto del poder y sabiduría del Creador. Más, ya sea por orgullo, o bien por debilidad, su misma inteligencia le hace a veces juguete de la ilusión. Amontona sistemas sobre sistemas, y cada nuevo día le demuestra los muchos errores que ha tomado por verdades y las muchas verdades que ha rechazado como errores. Estos son otros tantos desengaños para su orgullo.

20. Fuera de las investigaciones de la ciencia, ¿le es dado al hombre recibir comunicaciones de un orden más elevado sobre lo que escapa a sus sentidos?

«Sí, y si Dios lo juzga útil, puede revelar lo que la ciencia no puede enseñar».

Por estas comunicaciones el hombre adquiere, hasta cierto punto, el conocimiento de su pasado y de su destino futuro.

Espíritu y materia

21. La materia ¿es eterna, como Dios, o bien fue creada por él en algún tiempo?

«Solo Dios lo sabe. Sin embargo, hay una cosa que debe indicaros vuestra razón, y es que Dios, modelo de amor y caridad, nunca ha estado inactivo. Por lejano que os podáis figurar el principio de su acción, ¿podrías concebirlo ocioso un segundo?».

22. Generalmente se define la materia como lo que tiene extensión, lo que impresiona nuestros sentidos, lo impenetrable, ¿son exactas estas definiciones?

«Desde vuestro punto de vista, son exactas, porque habláis únicamente respecto de lo que conocéis. Pero la materia existe en estados que os son desconocidos. Puede ser, por ejemplo, tan etérea y sutil, que ninguna impresión produzca en vuestros sentidos, y sin embargo continúa siendo materia siempre, aunque no lo sería para vosotros».

— **¿Qué definición podéis dar de la materia?**

«La materia es el lazo que sujeta al espíritu; es el instrumento que emplea y sobre el cual ejerce, al mismo tiempo, su acción».

Bajo este punto de vista, puede decirse que la materia es el agente, el intermedio, merced al cual y sobre el cual obra el espíritu.

23. ¿Qué es el espíritu?

«El principio inteligente del universo».

— **¿Cuál es la naturaleza íntima del espíritu?**

«No es fácil analizar en vuestro lenguaje el espíritu. Para vosotros no es nada, porque no es una cosa palpable, pero para nosotros es algo. Sabedlo bien, nada es la nada y la nada no existe».

24. El espíritu ¿es sinónimo de inteligencia?

«La inteligencia es un atributo esencial del espíritu, pero el uno y la otra se confunden en un principio común, de modo que para vosotros es una misma cosa».

25. El espíritu ¿es independiente de la materia, o no es más que una propiedad de esta, como los colores lo son de la luz y el sonido del aire?

«El uno y la otra son distintos, pero es necesario la unión de ambos para que sea inteligente la materia».

— **¿Es igualmente necesaria esta unión para la manifestación del espíritu? (Entendemos aquí por *espíritu* el principio de la inteligencia, haciendo abstracción de las individualidades designadas con este nombre.)**

«Os es necesaria a vosotros, porque no estáis organizados para percibir el espíritu sin la materia. Vuestros sentidos no han sido creados para ello».

26. ¿Puede concebirse el espíritu sin la materia, y la materia sin el espíritu?

«Con el pensamiento se puede indudablemente».

27. De este modo ¿habrá dos elementos generales en el universo: la materia y el espíritu?

«Sí, y por encima de todo Dios, el creador, el padre de todas las cosas. Estos tres elementos (Dios, espíritu y materia) son el principio de todo lo que existe, la trinidad universal. Pero al elemento material ha de añadirse el «fluido universal», que hace las veces de intermediario entre el espíritu y la materia propiamente dicha, que es demasiado grosera para que el espíritu pueda tener acción sobre ella. Aunque, hasta cierto punto, puede equipararse al elemento material, el fluido universal se distingue por propiedades especiales. Si realmente fuese materia, no habría razón para que no lo fuera también el espíritu. Está colocado entre la materia y el espíritu. Es fluido, como la materia es materia, y susceptible, por sus innumerables combinaciones con esta y bajo la acción del espíritu, de producir la infinita variedad de cosas, de las cuales no conocéis más que un pequeño número. Siendo este fluido universal, primitivo o elemental, el agente que emplea el espíritu, es el principio sin el cual la materia estaría en estado perpetuo de división y jamás adquiriría las propiedades de la gravedad».

— Este fluido ¿será el que llamamos electricidad?

«Hemos dicho que es susceptible de innumerables combinaciones. Lo que vosotros llamáis fluido eléctrico y fluido magnético son modificaciones del universal, que, hablando propiamente, no es más que materia más perfecta, más sutil y que puede considerarse como independiente».

28. Puesto que el espíritu es algo, ¿no sería más exacto y menos expuesto a confusión designar estos dos elementos generales con las palabras *materia inerte* y *materia inteligente*?

«Poco nos importan las palabras y a vosotros os toca formular vuestro lenguaje de manera que os entendáis. Vuestras disputas proceden casi siempre de que no estáis conformes con el significado de las palabras, pues vuestro lenguaje es incompleto para expresar las cosas que no impresionan vuestros sentidos».

Un hecho patente domina todas las hipótesis: vemos materia que no es inteligente y vemos un principio inteligente independiente de la materia. El origen y la conexión de estas dos cosas nos son desconocidos. Tengan o no un origen común y puntos de contacto necesarios; tenga existencia propia la inteligencia, o sea una propiedad, un efecto; sea, según opinión de algunos, una emanación de la Divinidad, es lo que ignoramos. Se nos presentan distintos y por esto los admitimos como dos principios constitutivos del universo. Por encima de todo esto, vemos una inteligencia que domina todas las otras cosas, que las gobierna y que se distingue de ellas por atributos esenciales: esta inteligencia suprema se llama Dios.

Propiedades de la materia

29. La ponderabilidad ¿es un atributo esencial de la materia?

«De la materia, tal como la conocéis vosotros, sí, pero no de la materia considerada como fluido universal. La materia etérea y sutil que forma este fluido es imponderable para vosotros, y sin embargo, es el principio de la materia pesada.

La gravedad es una propiedad relativa. Fuera de las esferas de atracción de los mundos, no hay peso, como tampoco arriba y abajo.

30. La materia ¿está formada por uno o por varios elementos?

«Un solo elemento primitivo. Los cuerpos que vosotros consideráis simples no son verdaderos elementos, sino transformaciones de la materia primitiva».

31. ¿De dónde proceden las diferentes propiedades de la materia?

«Son modificaciones que sufren las moléculas elementales por su unión y en ciertas circunstancias».

32. Según esto, los sabores, los olores, los colores, el sonido, las cualidades venenosas o saludables de los cuerpos ¿no son más que modificaciones de una misma y única sustancia primitiva?

«Sí, indudablemente, y solo existen por la disposición de los órganos destinados a percibirlos».

Este principio queda demostrado por el hecho de que todos no percibimos del mismo modo las cualidades de los cuerpos: uno encuentra agradable al gusto lo que otro encuentra malo; estos ven azul lo que aquellos ven encarnado; y lo que es venenoso para unos, es inofensivo o curativo para otros.

33. La misma materia elemental ¿es susceptible de recibir todas las modificaciones y de adquirir todas las propiedades?

«Sí, y así debe entenderse cuando decimos que *todo está en todo*¹⁴».

El oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el carbono y todos los cuerpos que consideramos simples, no son más que modificaciones de una sustancia primitiva. En la imposibilidad en que hasta ahora nos encontramos de remontarnos de otra manera

¹⁴ Este principio explica el fenómeno conocido por todos los magnetizadores, que consiste en dar, por medio de la voluntad, a una sustancia cualquiera —al agua, por ejemplo— propiedades muy diversas: un gusto determinado y hasta las cualidades activas de otras sustancias. Puesto que solo hay un elemento primitivo y que las propiedades de los diferentes cuerpos no son más que modificaciones de este elemento, resulta que la sustancia más inofensiva tiene el mismo principio que la más deletérea. Así es como el agua, que está formada por una parte de oxígeno y dos de hidrógeno, se hace corrosiva si se dobla la proporción de oxígeno. Una transformación análoga puede producirse por medio de la acción magnética dirigida por la voluntad. (N. de A. K.)

que no sea por el pensamiento a esa materia primera, aquellos cuerpos son para nosotros verdaderos elementos y podemos, sin peligro, considerarlos como tales hasta nueva orden.

- **Esta teoría parece que está conforme con la opinión de los que no admiten en la materia más que dos propiedades esenciales: la fuerza y el movimiento, y que creen que todas las otras propiedades no son más que efectos secundarios que varían según la intensidad de la fuerza y la dirección del movimiento.**

«Esta opinión es exacta. Es necesario añadir también, y según la disposición de las moléculas, como se ve, por ejemplo, en un cuerpo opaco que puede hacerse transparente y al contrario».

34. Las moléculas ¿tienen una forma determinada?

«Las moléculas tienen sin duda una forma, pero inapreciable para vosotros».

- **Esta forma ¿es constante o variable?**

«Constante en las moléculas elementales primitivas, pero variable en las moléculas secundarias que no son más que aglomeraciones de las primeras. Porque lo que vosotros llamáis molécula dista mucho aún de la molécula elemental».

Espacio universal

35. El espacio universal ¿es infinito o limitado?

«Infinito. Suponle límites, ¿qué habría más allá? Sé que esto confunde la razón y, sin embargo, la razón te dice que no puede ser de otro modo. Lo mismo sucede con lo infinito en todas las cosas. En vuestra pequeña esfera no podéis comprenderlo».

Si se supone un límite al espacio, por lejano que pueda concebirlo el pensamiento, la razón dice que más allá de él existe algo, y así de grado en grado hasta lo infinito, porque, aunque ese algo fuese el vacío absoluto, sería también el espacio.

36. ¿Existe en alguna parte del espacio universal el vacío absoluto?

«No, nada hay vacío. Lo que está vacío para ti se encuentra ocupado por una materia que escapa a tus sentidos y a tus instrumentos».

CAPÍTULO III

CREACIÓN

1. FORMACIÓN DE LOS MUNDOS. 2. FORMACIÓN DE LOS SERES VIVOS.
3. POBLACIÓN DE LA TIERRA. ADÁN. 4. DIVERSIDAD DE LAS RAZAS HUMANAS.
5. PLURALIDAD DE MUNDOS. 6. CONSIDERACIONES Y CONCORDANCIAS BÍBLICAS RESPECTO A LA CREACIÓN.

Formación de los mundos

El universo comprende la infinidad de mundos que vemos y que no vemos, todos los seres animados e inanimados y todos los astros que se mueven en el espacio, como también los fluidos que lo llenan.

37. ¿Ha sido creado el universo, o bien es eterno como Dios?

«No cabe duda de que no ha podido hacerse por sí solo y si fuese eterno como Dios, no sería obra de Dios».

La razón nos dice que el universo no ha podido hacerse a sí mismo, y que, no pudiendo ser obra del azar, debe serlo de Dios.

38. ¿Cómo creó Dios el universo?

«Para servirme de una expresión: con su Voluntad. Nada pinta mejor esa voluntad omnipotente que estas bellas palabras del *Génesis*: “Dijo Dios: Hágase la luz y la luz fue hecha”¹⁵».

39. ¿Podemos conocer como fueron formados los mundos?

¹⁵ Génesis 1:3.

«Todo lo que puede decirse, y que comprenderéis vosotros, es que los mundos se forman por la condensación de la materia diseminada en el espacio».

40. Los cometas ¿serían, como actualmente se cree, un principio de condensación de la materia y mundos en vías de formación?

«Es cierto. Lo absurdo es creer en su influencia. Hablo de esa influencia que vulgarmente se les atribuye, porque todos los cuerpos celestes tienen una parte de influencia en ciertos fenómenos físicos».

41. ¿Puede desaparecer un mundo completamente formado y la materia que lo forma ser de nuevo diseminada en el espacio?

«Sí, Dios renueva los mundos como renueva los seres vivos».

42. ¿Podemos conocer la duración de la formación de los mundos, de la Tierra, por ejemplo?

«No puedo decírtelo, porque solo el Creador lo sabe y muy loco sería el que pretendiese saberlo, o conocer el número de siglos de esa formación».

Formación de los seres vivos

43. ¿Cuándo empezó a ser poblada la Tierra?

«Al principio todo era caos, y los elementos estaban confundidos. Poco a poco cada cosa fue ocupando su lugar y entonces aparecieron los seres vivos apropiados al estado del globo».

44. ¿De dónde vinieron los seres vivos a la Tierra?

«La Tierra contenía los gérmenes que esperaban el momento favorable para desarrollarse. Los principios orgánicos se reunieron apenas cesó la fuerza que los tenía separados, y formaron los gérmenes de todos los seres vivos. Los

gérmenes permanecieron en estado latente e inerte, como la crisálida y la simiente de las plantas, hasta que llegó el momento propicio al nacimiento de cada especie, y entonces los seres de cada especie se reunieron y multiplicaron».

45. ¿Dónde estaban los elementos orgánicos antes de la formación de la Tierra?

«Se encontraban en estado de fluido, por decirlo así, en el espacio, en medio de los Espíritus, o en otros planetas, esperando la creación de la Tierra para empezar una nueva existencia en un globo nuevo».

La química nos presenta las moléculas de los cuerpos inorgánicos uniéndose para formar cristales de regularidad constante, según cada especie, desde el momento en que se hallan en condiciones propicias. La menor turbación en estas condiciones basta para impedir la reunión de los elementos, o por lo menos la disposición regular que constituye el cristal. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en los elementos orgánicos?

Conservamos por espacio de años simientes de plantas y de animales que no se desarrollan más que a cierta temperatura y en un medio propicio. Se ha visto germinar simientes de trigo después de muchos siglos. Hay, pues, en ellas un principio *latente* de vitalidad que solo espera para desarrollarse una circunstancia favorable. Lo que diariamente pasa a nuestra vista ¿no puede haber ocurrido desde el principio del mundo? Esta formación de los seres vivos saliendo del caos por la misma fuerza de la naturaleza, ¿quita algo a la grandeza de Dios? Lejos de eso, responde mejor a la idea que nos formamos de su poder, ejerciéndose en mundos infinitos por leyes eternas. Ciertamente que esta teoría no resuelve la cuestión del origen de los elementos vitales, pero Dios, que tiene sus misterios, ha puesto límite a nuestras investigaciones.

46. ¿Hay aún seres que nacen espontáneamente?

«Sí, pero el germen primitivo existía ya en estado latente. Cada día sois testigos de ese fenómeno, pues ¿acaso los tejidos del hombre y de los animales no encierran los gérmenes de una multitud de gusanos, que esperan para nacer la fermentación pútrida necesaria a su existencia? Este es un pequeño mundo que dormitando se forma».

47. ¿Se encontraba la especie humana entre los elementos orgánicos contenidos en el globo terrestre?

«Sí, y llegó a su tiempo, lo que hizo decir que el hombre fue hecho del barro de la tierra.¹⁶»

48. ¿Podemos conocer la época de la aparición del hombre y demás seres vivos de la Tierra?

«No, y todos vuestros cálculos son quimeras».

49. Si el germen de la especie humana se encontraba entre los elementos orgánicos del globo, ¿por qué no se forman hombres espontáneamente como al principio?

«El principio de las cosas es uno de los secretos de Dios. Puede decirse, no obstante, que una vez diseminados los hombres por la Tierra, han absorbido en sí mismos los elementos necesarios a su formación para transmitirlos según las leyes de la reproducción. Lo mismo ha sucedido en las diferentes especies de seres vivos».

Poblamiento de la Tierra. Adán

50. ¿Empezó la especie humana por un solo hombre?

«No, y el que vosotros llamáis Adán no fue el primero, ni el único que pobló la Tierra».

51. ¿Podemos saber en qué época vivió Adán?

¹⁶ Génesis 2:7.

«Poco más o menos en la que vosotros señaláis, esto es, cerca de 4000 años antes de Cristo».

El hombre, cuya tradición se ha conservado bajo el nombre de Adán, fue uno de los que sobrevivieron en una comarca a algunos de los grandes cataclismos que, en diversas épocas, han transformado la superficie del globo, y vino a ser el tronco de una de las razas que hoy lo pueblan. Las leyes de la naturaleza se oponen a que hayan podido realizarse en algunos siglos los progresos de la humanidad, patentizados mucho tiempo antes de Cristo, si el hombre no hubiese vivido en la Tierra más que desde la época señalada a la existencia de Adán. Algunos consideran, y tienen más razón en hacerlo, a Adán, como un mito o alegoría que personifica las primitivas edades del mundo.

Diversidad de las razas humanas

52. ¿De dónde proceden las diferencias físicas y morales que distinguen a las variadas razas de hombres en la Tierra?

«Del clima, de la vida y de las costumbres. Sucede lo mismo que con dos hijos de la misma madre, que en nada se parecerán moralmente si los educa separados y de distinto modo».

53. ¿Ha nacido el hombre espontáneamente en muchos puntos del globo?

«Sí, y en diversas épocas, siendo esta una de las causas de la diversidad de razas. Más tarde, al dispersarse por diferentes climas y al unirse con otras razas, los hombres formaron nuevos tipos».

— **Estas diferencias, ¿constituyen distintas especies?**

«Ciertamente que no, pues todas son de la misma familia. ¿Acaso las diferentes variedades de un mismo fruto impiden que pertenezcan a la misma especie?»

54. Si no procede la especie humana de un solo individuo, ¿deben cesar los hombres de mirarse como hermanos?

«Todos los hombres son hermanos en Dios, porque están animados por el espíritu y tienden al mismo fin. Siempre queréis tomar las palabras al pie de la letra».

Pluralidad de mundos

55. ¿Están habitados todos los globos que circulan en el espacio?

«Sí, y el hombre de la Tierra dista de ser, como cree, el primero en inteligencia, en bondad y en perfección. Hay sin embargo, hombres muy vanidosos que imaginan que ese pequeño globo tiene el privilegio exclusivo de tener seres racionales. ¡Orgullo y vanidad! Se figuran que Dios creó el universo para ellos solos».

Dios ha poblado los mundos de seres vivos, que concurren todos al objeto final de la Providencia. Creer que los seres vivos están limitados al único punto que habitamos en el universo, equivaldría a poner en duda la sabiduría de Dios, que no ha hecho nada inútil y que ha debido asignar a esos mundos un objeto más grave que el de recrear nuestra vista. Nada, por otra parte, ni la posición, ni el volumen, ni la constitución física de la Tierra, puede inducir a suponer racionalmente que solo ella tenga el privilegio de estar habitada, con exclusión de tantos miles de mundos semejantes.

56. ¿Es la misma la constitución física de los diferentes globos?

«No, no se parecen en manera alguna».

57. No siendo la misma constitución física para todos los mundos, ¿se deduce de ello una organización diferente para los seres que los habitan?

«Sin duda, como entre vosotros los peces son hechos para vivir en el agua y las aves en el aire».

58. ¿Están privados de luz y de calor los mundos más distantes del Sol, ya que este se les muestra como una estrella?

«¿Creéis, pues, que no hay otras fuentes de luz y de calor que el Sol? ¿No contáis para nada con la electricidad que, en algunos mundos, desempeña un papel que os es desconocido, y que es mucho más importante que en la Tierra? Por otra parte, nadie os ha dicho que todos los seres vean de la misma manera que vosotros y con órganos formados como los vuestros».

Las condiciones de existencia de los seres que habitan los diferentes mundos deben ser apropiadas al medio en que están llamados a vivir. Si nunca hubiéramos visto peces, no comprenderíamos que hubiera seres que pudiesen vivir en el agua, y así sucede en los otros mundos que contienen sin duda elementos desconocidos para nosotros. ¿Acaso no vemos en la Tierra las largas noches polares iluminadas por la electricidad de las auroras boreales? ¿Acaso es imposible que en ciertos mundos la electricidad sea más abundante que en la Tierra, y que desempeñe en ellos un papel general, cuyos efectos no podemos comprender? Esos mundos pueden, por lo tanto, contener en sí mismos las fuentes de calor y de luz necesarias a sus habitantes.

Consideraciones y concordancias bíblicas respecto a la creación

59. Los pueblos se han formado ideas muy divergentes sobre la creación, según el grado de su ilustración. La razón, apoyada en la ciencia, ha reconocido la inverosimilitud de ciertas teorías. La que dan los Espíritus confirma la opinión admitida hace mucho tiempo por los hombres más esclarecidos.

La objeción que puede hacerse a esta teoría es que está en contradicción con el texto de los libros sagrados, pero un examen detenido hace ver que esta contradicción es más aparente

que real, y que resulta de la interpretación dada a lo que a menudo tiene un sentido alegórico.

La cuestión del primer hombre en la persona de Adán, como tronco único de la humanidad, no es la única que ha sido objeto de modificación para las creencias religiosas. En cierta época, el movimiento de la Tierra pareció tan opuesto al texto sagrado, que no hubo una sola clase de persecuciones de que no fuese blanco esa teoría. Y sin embargo, la Tierra gira a pesar de los anatemas y nadie podría negarlo actualmente sin agraviar su propia razón.

Dice igualmente la Biblia que el mundo fue creado en seis días y fija la época de creación como unos 4000 años antes de la era cristiana. Antes de esa época, no existía la Tierra, que fue sacada de la nada. El texto es formal, pero he aquí que la ciencia positiva, la ciencia inexorable, viene a probar lo contrario. La formación del globo está escrita con caracteres imprescriptibles en el mundo fósil, y está probado que los seis días de la creación son otros tantos períodos, cada uno de los cuales abarca quizá muchos centenares de miles de años. Esto no es un sistema, una doctrina, una opinión aislada, sino un hecho tan constante como el movimiento de la Tierra, que la teología no puede resistirse a admitir, prueba evidente del error en que puede incurrirse, tomando literalmente las expresiones de un lenguaje que es figurado con frecuencia. ¿Debe inferirse de eso que sea falsa la Biblia? No, pero sí que los hombres la han interpretado mal.

Hojeando los archivos de la Tierra, la ciencia ha descubierto el orden en que han aparecido en su superficie los diferentes seres vivos, orden que está conforme con el indicado en el Génesis, con la sola diferencia de que, en vez de salir milagrosamente de las manos de Dios y en algunas horas, esa obra, se ha realizado en algunos millones de años, siempre por su voluntad, pero con arreglo a la ley de las fuerzas de la naturaleza. ¿Es por

ello menos grande y menos poderoso Dios? ¿Su obra es menos sublime por no tener el prestigio de la instantaneidad? No, evidentemente, y preciso sería formarse una idea muy mezquina de la Divinidad para no reconocer su omnipotencia en las leyes eternas que ha establecido para gobernar los mundos. La ciencia, lejos de amenguar la obra divina, nos la presenta bajo un aspecto más grandioso y más conforme con las nociones que tenemos del poderío y de la majestad de Dios, por lo mismo que se ha realizado sin derogación de las leyes de la naturaleza.

Conforme en este punto con Moisés, la ciencia coloca al hombre en último término en el orden de la creación de los seres vivos. No obstante, Moisés fija el diluvio universal en el año 1654 de la creación del mundo, mientras que la geología nos presenta el gran cataclismo anterior a la aparición del hombre, atendiendo a que hasta esa fecha no se encuentra en las capas primitivas ninguna señal de su presencia, ni de la de los animales de su misma categoría, desde el punto de vista físico. Mas nada prueba que esto sea imposible, y varios descubrimientos han engendrado ya dudas sobre este particular. Puede ser, pues, que de un momento a otro se tenga certeza material de esa anterioridad de la raza humana, y entonces se comprenderá que en este punto, como en otros, el texto bíblico es figurado. La cuestión estriba en saber si el cataclismo geológico es el mismo que el de Noé. Ahora bien, la duración necesaria para la formación de las capas fósiles no permite confundirlas, y cuando se encuentren vestigios de la existencia del hombre antes de la gran catástrofe, quedará probado o que Adán no fue el primer hombre, o que su creación se pierde en la oscuridad de los tiempos. Contra la evidencia no son posibles los raciocinios, y será preciso aceptar el hecho, como se ha aceptado el del movimiento de la Tierra y el de los seis períodos de la creación.

Cierto que la existencia del hombre antes del diluvio geológico es aún hipotética, pero he aquí que lo es menos. Admitiendo que el hombre apareció por primera vez en la Tierra 4000 años antes de Cristo, si 1650 años más tarde fue destruida toda la raza humana, excepto una sola familia, resulta que el poblamiento de la Tierra data de Noé únicamente, es decir, 2350 años antes de nuestra era. Pues bien, cuando los hebreos emigraron a Egipto en el siglo dieciocho antes de Cristo, encontraron muy poblado y adelantado en civilización a aquel país. La historia prueba que en esta época la India y otras tierras eran igualmente florecientes, sin tener en cuenta la cronología de ciertos pueblos, que se remonta a una época mucho más que remota. Hubiera sido preciso, pues, que del siglo veinticuatro al dieciocho, es decir, en un espacio de 600 años, la posteridad de un solo hombre no solamente hubiera podido poblar todas las inmensas tierras entonces conocidas, suponiendo que no lo estuviesen las otras, sino que, en aquel breve intervalo, la especie humana habría podido elevarse de la ignorancia absoluta del estado primitivo al mayor grado de desarrollo intelectual, lo cual es contrario a todas las leyes antropológicas.

En apoyo de esta opinión viene también la diversidad de razas. Es indudable que el clima y los hábitos engendran modificaciones en el carácter físico, pero se deja comprender el alcance de la influencia de esas causas y el examen fisiológico prueba que entre ciertas razas existen diferencias constitucionales más profundas que las que puede producir el clima. El cruzamiento de las razas produce los tipos intermedios, y tiende a borrar los caracteres extremos, pero no los produce, sino que se limita a formar variedades. Pues bien, para que hubiese habido cruzamiento de razas era preciso que las hubiera distintas, y ¿cómo explicar su existencia suponiéndoles un tronco común, y sobre todo un tronco tan cercano? ¿Cómo admitir que en algunos siglos ciertos descendientes de Noé se hayan transformado hasta

el punto de producir la raza etíope, por ejemplo? Semejante metamorfosis no es más admisible que la hipótesis de un tronco común al lobo y la oveja, al elefante y al pulgón, al ave y al pez. Repetimos que nada puede prevalecer contra la evidencia de los hechos. Todo encuentra explicación, por el contrario, admitiendo la existencia del hombre antes de la época que vulgarmente se le señala; la diversidad de orígenes; a Adán, que vivía hace 6000 años como poblador de una comarca aún deshabitada; el diluvio de Noé como una catástrofe parcial que se ha confundido con el cataclismo geológico, y teniendo finalmente en cuenta la forma alegórica peculiar al estilo oriental y que encontramos en los libros sagrados de todos los pueblos. Por esta razón, es prudente no declararse con ligereza en contra de ciertas doctrinas que pueden, como tantas otras, desmentir tarde o temprano a los que las combaten. Lejos de perder, las ideas religiosas se ensanchan caminando a la par de la ciencia, y este es el único medio de no ofrecer un lado vulnerable al escepticismo.

CAPÍTULO IV

PRINCIPIO VITAL

1. SERES ORGÁNICOS E INORGÁNICOS. 2. LA VIDA Y LA MUERTE. 3. INTELIGENCIA E INSTINTO.

Seres orgánicos e inorgánicos

Los seres orgánicos son los que tienen en sí mismos un origen de actividad íntima que les da vida. Nacen, crecen, se reproducen por sí mismos y mueren. Están provistos de órganos especiales para la realización de los diferentes actos de la vida y apropiados a las necesidades de su conservación. Comprenden a los hombres, los animales y las plantas. Los seres inorgánicos son todos los que no tienen vitalidad ni movimientos propios, y solo son formados por la agregación de la materia. Tales son los minerales, el agua, el aire, etc.

60. ¿Es la misma fuerza la que une los elementos de la materia en los cuerpos orgánicos y en los inorgánicos?

«Sí, la ley de atracción es la misma para todos».

61. ¿Existe diferencia entre la materia de los cuerpos orgánicos y la de los inorgánicos?

«Siempre es la misma materia, pero en los cuerpos orgánicos está animalizada».

62. ¿Cuál es la causa de la animalización de la materia?

«Su unión con el principio vital».

63. El principio vital ¿reside en un agente particular, o solo es una propiedad de la materia organizada? En una palabra, ¿es efecto o causa?

«Es lo uno y lo otro. La vida es un efecto producido por la acción de un agente sobre la materia, y este agente sin la materia no es la vida, de la misma manera que la materia no puede vivir sin ese agente. Este da la vida a todos los seres que lo absorben y lo asimilan».

64. Hemos visto que el espíritu y la materia son dos elementos constitutivos del universo, ¿conforma un tercer elemento el principio vital?

«Indudablemente es uno de los elementos necesarios para la constitución del universo, pero él a su vez tiene su origen en la materia universal modificada. Para vosotros es un elemento como el oxígeno y el hidrógeno, que, sin embargo, no son elementos primitivos, porque todo eso deriva de un mismo principio».

— **Parece resultar de aquí que la vitalidad no tiene su principio en un agente primitivo distinto, sino en una propiedad especial de la materia universal, debido a ciertas modificaciones en la misma.**

«Esa es la consecuencia de lo que hemos dicho».

65. ¿Reside el principio vital en alguno de los cuerpos que conocemos?

«Tiene su origen en el fluido universal. Es lo que vosotros llamáis fluido magnético o fluido eléctrico, animalizado. Constituye el intermediario, el lazo entre el espíritu y la materia».

66. ¿Es uno mismo el principio vital para todos los seres orgánicos?

«Sí, modificado según las especies. Es lo que les da movimiento y actividad y los distingue de la materia inerte, porque el movimiento de la materia no es la vida. La materia recibe el movimiento, pero no lo da».

67. La vitalidad ¿es un atributo permanente del agente vital, o bien solo se desarrolla por el funcionamiento de los órganos?

«Solo se desarrolla con el cuerpo. ¿No hemos dicho ya que ese agente sin la materia no es la vida? Es necesaria la unión de ambas cosas para producir la vida».

— **¿Puede decirse que la vitalidad se encuentra en estado latente, cuando el agente vital no está unido al cuerpo?**

«Sí, así es».

El conjunto de los órganos constituye una especie de mecanismo que recibe su impulso de la actividad íntima o principio vital, que en ellos existe. El principio vital es la fuerza motriz de los cuerpos orgánicos. Al mismo tiempo que el agente vital da impulso a los órganos, la acción de estos mantiene y desarrolla la actividad del agente vital, poco más o menos, lo mismo que el frotamiento desarrolla el calor.

La vida y la muerte

68. ¿Cuál es la causa de la muerte de los seres orgánicos?

«La extenuación de los órganos».

— **¿Podría compararse la muerte a la cesación del movimiento de una máquina desorganizada?**

«Sí, porque si la máquina está mal dispuesta, se rompe el motor, y si el cuerpo está enfermo, la vida le abandona».

69. ¿Por qué una lesión del corazón, con preferencia a la de otros órganos, produce la muerte?

«El corazón es una máquina de vida, pero no es el único órgano cuya lesión produce la muerte. No es más que uno de los mecanismos esenciales».

70. ¿En qué se convierten la materia y el principio vital de los seres orgánicos que mueren?

«La materia inerte se descompone y forma otros nuevos seres. El principio vital vuelve a la masa».

Muerto el ser orgánico, los elementos que lo forman experimentan nuevas combinaciones que constituyen nuevos seres. Estos toman de la fuente universal el principio de la vida y de la actividad, lo absorben y lo asimilan para devolverlo a esta fuente cuando cesen de existir.

Los órganos están, por decirlo así, impregnados del fluido vital. Este fluido da a todas las partes del organismo una actividad que opera en ellas el restablecimiento en ciertas lesiones, y restablece funciones suspendidas momentáneamente. Pero cuando son destruidos los elementos esenciales al funcionamiento de los órganos o están profundamente alterados, el fluido vital es impotente para transmitirles el movimiento de la vida, y el ser muere.

Los órganos reaccionan más o menos necesariamente los unos sobre los otros, y de la armonía de su conjunto resulta su acción recíproca. Cuando una causa cualquiera destruye la armonía, se detienen sus funciones como el movimiento de un mecanismo, cuyos mecanismos esenciales están descompuestos. Tal sucede a un reloj que se gasta con el tiempo o se descompone por accidente, viniendo la fuerza motriz a ser impotente para ponerlo en movimiento.

Tenemos una imagen más exacta aún de la vida y de la muerte en un aparato eléctrico, que contiene electricidad, como todos los cuerpos de la naturaleza en estado latente. Los fenómenos eléctricos no se manifiestan hasta que no se pone en actividad el fluido en virtud de una causa especial: puede decirse

entonces que el aparato vive. Cesando la causa de actividad, cesa el fenómeno: el aparato entra en estado de inercia. En este supuesto, los cuerpos orgánicos serían una especie de pilas o aparatos eléctricos en los cuales la actividad del fluido produce un fenómeno de la vida, y su cesación la muerte.

La cantidad de fluido vital no es absoluta en todos los seres orgánicos. Varía según las especies, y no es constante en el mismo individuo, ni en los individuos de la misma especie. Los hay que están saturados de él, por decirlo así, mientras que los otros apenas tienen una cantidad suficiente. De aquí que la vida sea en algunos más activa, más tenaz y, en cierto modo, superabundante.

La cantidad de fluido vital se agota. Puede llegar a ser insuficiente para el mantenimiento de la vida, si no se renueva por la absorción y asimilación de las sustancias que lo contienen.

El fluido vital se transmite de un individuo a otro. El que tiene más puede dar al que tiene menos y en ciertos casos restituir la vida que está próxima a concluir.

Inteligencia e instinto

71. La inteligencia ¿es un atributo del principio vital?

«No, puesto que las plantas viven y no piensan, siendo su vida puramente orgánica. La inteligencia y la materia son independientes, pues un cuerpo puede vivir sin inteligencia. Mas la inteligencia solo puede manifestarse por medio de los órganos materiales. Es precisa la unión con el espíritu para dar inteligencia a la materia animalizada».

La inteligencia es una facultad especial propia de ciertas clases de seres orgánicos que les da, junto con el pensamiento, la voluntad de obrar, la conciencia de su existencia y la de su individualidad, así como también los medios de establecer relaciones con el mundo exterior y de atender a sus necesidades.

Pueden, pues, distinguirse: 1º Los seres inanimados formados únicamente de materia, sin vitalidad ni inteligencia, tales son los cuerpos brutos. 2º Los seres animados que no piensan, formados de materia y dotados de vitalidad, pero faltos de inteligencia. 3º Los seres animados que piensan, formados de materia, dotados de vitalidad y que tienen además un principio inteligente que les da la facultad de pensar.

72. ¿Cuál es el origen de la inteligencia?

«Ya lo hemos dicho: la inteligencia universal».

— **¿Podría decirse que cada ser toma una parte de inteligencia de la fuente universal y la asimila, como toma y asimila el principio de la vida material?**

«Esa es una comparación únicamente, pero inexacta, porque la inteligencia es una facultad propia de cada ser y constituye su individualidad moral. Ya sabéis, además, que hay cosas que no es dado al hombre penetrar y esta es por ahora una de ellas».

73. El instinto ¿es independiente de la inteligencia?

«Propiamente no, porque es una especie de inteligencia. El instinto es una inteligencia no razonada, y por él todos los seres atienden a sus necesidades».

74. ¿Puede fijarse un límite entre el instinto y la inteligencia, es decir, precisar dónde concluye el uno y empieza la otra?

«No, porque se confunden a menudo, pero se pueden distinguir muy bien los actos que pertenecen al instinto de los que pertenecen a la inteligencia».

75. ¿Es exacto decir que las facultades instintivas disminuyen a medida que crecen las facultades intelectuales?

«No, pues el instinto existe siempre, pero el hombre lo descuida. También el instinto puede conducir al bien, nos guía

casi siempre y a veces con más seguridad que la razón, porque nunca se extravía».

— **¿Por qué la razón no es siempre un guía infalible?**

«Lo sería, si no estuviese falseada por la mala educación, por el orgullo y el egoísmo. El instinto no razona, pero la razón deja la elección al hombre y le da el libre albedrío».

El instinto es una inteligencia rudimentaria que difiere de la propiamente dicha, en que sus manifestaciones son espontáneas casi siempre, mientras que las de la inteligencia son resultado de una combinación y de un acto deliberado.

El instinto varía en sus manifestaciones según las especies y sus necesidades. En los seres que tienen conciencia y percepción de las cosas exteriores se alía a la inteligencia, es decir, a la voluntad y a la libertad.

ALLAN KARDEC

EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

LIBRO SEGUNDO

MUNDO ESPÍRITA O DE LOS ESPÍRITUS

- | | | |
|---|---------------|--|
| ✓ | CAPÍTULO I | SOBRE LOS ESPÍRITUS |
| ✓ | CAPÍTULO II | ENCARNACIÓN DE LOS ESPÍRITUS |
| ✓ | CAPÍTULO III | REGRESO DE LA VIDA CORPORAL A LA ESPIRITUAL |
| ✓ | CAPÍTULO IV | PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS |
| ✓ | CAPÍTULO V | CONSIDERACIONES SOBRE LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS |
| ✓ | CAPÍTULO VI | VIDA ESPÍRITA |
| ✓ | CAPÍTULO VII | REGRESO DE LA VIDA CORPORAL |
| ✓ | CAPÍTULO VIII | EMANCIPACIÓN DEL ALMA |
| ✓ | CAPÍTULO IX | INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN EL MUNDO CORPORAL |
| ✓ | CAPÍTULO X | OCUPACIONES Y MISIONES DE LOS ESPÍRITUS |
| ✓ | CAPÍTULO XI | LOS TRES REINOS |

PREGUNTAS 76-613

CAPÍTULO I

SOBRE LOS ESPÍRITUS

1. ORIGEN Y NATURALEZA DE LOS ESPÍRITUS. 2. MUNDO NORMAL PRIMITIVO. 3. FORMA Y UBICUIDAD DE LOS ESPÍRITUS. 4. PERIESPÍRITU. 5. DIFERENTES ÓRDENES DE ESPÍRITUS. 6. ESCALA ESPÍRITA. 7. PROGRESIÓN DE LOS ESPÍRITUS. 8. ÁNGELES Y DEMONIOS.

Origen y naturaleza de los Espíritus

76. ¿Qué definición puede darse de los Espíritus?

«Puede decirse que los Espíritus son los seres inteligentes de la creación. Pueblan el universo fuera del mundo material».

NOTA. La palabra *Espíritu* se emplea aquí para designar a las individualidades de los seres extracorporales, y no al elemento inteligente universal.

77. Los Espíritus ¿son seres distintos de la Divinidad, o solo serían emanaciones o porciones de la Divinidad, llamados por esta razón hijos de Dios?

«¡Dios mío! Son obra suya, lo mismo que cuando un hombre hace una máquina. Esta máquina es obra del hombre, pero no él mismo. Ya sabes que cuando alguien hace alguna cosa bella y útil, la llama su hija, su creación. Pues lo mismo Dios: somos sus hijos porque somos obra suya».

78. Los Espíritus ¿han tenido un principio, o son eternos como Dios?

«Si los Espíritus no hubiesen tenido un principio, serían iguales a Dios, mientras que son creación suya y están

sometidos a su voluntad. Es incontestable que Dios es eterno, pero nada sabemos de cuándo y cómo nos creó. Puedes decir que no tenemos principio, si entiendes por esto que, siendo Dios eterno, ha creado sin interrupción. Pero, respecto del cuándo y cómo fuimos creados, te repito, que nadie lo sabe, pues este es un misterio».

79. Puesto que hay dos elementos generales en el universo, el inteligente y el material, ¿podría decirse que los Espíritus están formados por el elemento inteligente, como los cuerpos inertes lo están por el elemento material?

«Es evidente que los Espíritus son la individualización del principio inteligente, como los cuerpos son la del principio material. Lo desconocido es la época de su formación y el modo de realizarse».

80. La creación de los Espíritus ¿es permanente, o solo tuvo lugar en el origen de los tiempos?

«Es permanente, de manera que Dios nunca cesa de crear».

81. Los Espíritus ¿se forman espontáneamente o proceden unos de otros?

«Dios por su voluntad los crea como a todas las otras cosas, pero, te lo repetiremos otra vez, su origen es un misterio».

82. ¿Es exacto decir que los Espíritus son inmateriales?

«¿Cómo podrá definirse una cosa, siendo insuficiente el lenguaje y faltando términos de comparación? ¿Puede un ciego de nacimiento definir la luz? “Inmaterial” no es la palabra. Sería más exacto decir “incorporal”, porque debes comprender perfectamente que, siendo una creación el Espíritu, ha de ser algo. Es, en efecto, materia quintaesenciada, pero no tiene análoga entre vosotros, siendo además tan etérea que no puede impresionar vuestros sentidos».

Decimos que los Espíritus son inmateriales porque su esencia difiere de todo lo que conocemos bajo el nombre de materia. Un pueblo de ciegos carecería de términos con que expresar la luz y sus efectos. El ciego de nacimiento cree recibir todas las percepciones por el oído, el olfato, el gusto y el tacto, no comprendiendo las ideas que le proporcionaría el sentido que le falta. Lo mismo nos sucede a nosotros que, respecto de la esencia de los seres sobrehumanos, somos verdaderos ciegos. No podemos definirlos más que por comparaciones, imperfectas siempre, o haciendo un esfuerzo de imaginación.

83. **¿Tienen fin los Espíritus? Se comprende que sea eterno el principio de donde emanan, pero lo que preguntamos es si su individualidad tiene un término, y si en una época, más o menos remota, no se disemina y vuelve a la masa común el elemento de que están formados, como sucede en los cuerpos materiales. Es difícil comprender que una cosa que tiene principio pueda no tener fin.**

«Muchas cosas existen que vosotros no comprendéis, porque vuestra inteligencia es limitada, lo que no es una razón para rechazarlas. El niño no comprende todo lo que su padre comprende, ni el ignorante todo lo que el sabio. Te decimos, pues, y es cuanto por ahora podemos decirte, que los Espíritus no tienen fin».

Mundo normal primitivo

84. **Los Espíritus ¿constituyen un mundo separado y distinto del que vemos?**

«Sí, el de los Espíritus o inteligencias incorpóreas».

85. **¿Cuál es el principal, en el orden de las cosas, el mundo espírita o el corporal?**

«El mundo espírita, que preexiste y sobrevive a todo».

86. ¿Podría dejar de existir o no haber existido nunca el mundo corporal, sin que se alterase la esencia del mundo espírita?

«Sí, pues son independientes. Sin embargo, su correlación es incesante, porque el uno reacciona perennemente en el otro».

87. ¿Ocupan los Espíritus una región determinada y circunscrita en el espacio?

«Los Espíritus se encuentran por todas partes y de ellos hasta lo infinito están poblados los espacios ilimitados. Los hay constantemente a vuestro lado, que os observan e influyen en vosotros a pesar vuestro, porque son uno de los poderes de la naturaleza e instrumentos de que se vale Dios para realizar sus miras providenciales. Pero no todos pueden ir a todas partes, pues hay regiones prohibidas a los menos avanzados».

Forma y ubicuidad de los Espíritus

88. ¿Tienen los Espíritus una forma determinada, limitada y constante?

«Para vuestra vista no, pero sí para la nuestra. Si así lo queréis, el Espíritu es una llama, un destello, o una chispa etérea».

— **¿Tiene color esa llama o chispa?**

«Para vosotros, y según que el Espíritu es más o menos puro, varía del oscuro al brillo del rubí».

Ordinariamente se representa a los genios con una llama o estrella en la cabeza, alegoría que recuerda la naturaleza esencial de los Espíritus. Se la coloca en la parte superior de la cabeza porque allí reside la inteligencia.

89. ¿Emplean los Espíritus algún tiempo en cruzar el espacio?

«Sí, pero rápido como el pensamiento».

— **El pensamiento ¿es el alma misma que se traslada de un punto a otro?**

«Cuando el pensamiento está en una parte determinada, también lo está el alma, puesto que es esta la que piensa. El pensamiento es un atributo».

90. El Espíritu que se traslada de un lugar a otro ¿tiene conciencia de la distancia que recorre y de los espacios que atraviesa, o bien se ve súbitamente trasladado al punto a dónde quiere ir?

«Lo uno y lo otro, puesto que el Espíritu puede muy bien, si así lo quiere, darse cuenta de la distancia que recorre, distancia que puede también ser eliminada. Eso depende de su voluntad y además de la mayor o menor pureza de su naturaleza».

91. La materia ¿sirve de obstáculo a los Espíritus?

«No, pues lo penetran todo: el aire, la tierra, las aguas y hasta el mismo fuego, les son igualmente accesibles».

92. ¿Tienen los Espíritus el don de la ubicuidad? O, en otros términos, ¿puede un Espíritu dividirse o encontrarse en muchas partes a la vez?

«Un Espíritu no puede dividirse, pero cada uno de ellos es un centro que irradia en todas direcciones, pareciendo por esto que se encuentra en muchos lugares a la vez. El sol, como ves, es uno e irradia sin embargo en todo su alrededor, derramando sus rayos a largas distancias, sin que por ello se divida».

— **¿Tienen igual poder de irradiación todos los Espíritus?**

«Buena diferencia existe, puesto que depende del grado de su pureza».

Cada Espíritu es una unidad indivisible, pero cada uno de ellos puede extender su pensamiento a diversos puntos, sin dividirse. Solo en este sentido, debe entenderse que se atribuye a los Espíritus el don de la ubicuidad. Tal sucede con una chispa de luz que, proyectando a lo lejos su claridad, puede ser percibida desde todos los puntos del horizonte. Y tal asimismo sucede con un hombre que, sin cambiar de puesto ni dividirse, puede transmitir órdenes, señales, e indicar los movimientos a lugares diferentes.

Periespíritu

93. El Espíritu propiamente dicho, ¿no tiene envoltura alguna o, como algunos pretenden, está rodeado de una sustancia?

«El Espíritu está envuelto en una sustancia, aunque vaporosa para ti, muy grosera aún para nosotros; sin embargo, suficientemente vaporosa para poderse sostener en la atmósfera y trasladarse donde quiera».

Así como el germen del fruto está rodeado del perispermo, así también el Espíritu propiamente dicho está rodeado de una envoltura, que por comparación puede llamarse *periespíritu*.

94. ¿De dónde toma el Espíritu su envoltura semimaterial?

«Del fluido universal de cada globo y por esta razón no es igual en todos los mundos. Al pasar de uno a otro mundo, el Espíritu cambia de envoltura, como vosotros de vestido».

— De modo que cuando los Espíritus que habitan en los mundos superiores vienen al nuestro ¿toman un periespíritu más grosero?

«Ya lo hemos dicho, es preciso que se revistan con vuestra materia».

95. La envoltura semimaterial del Espíritu ¿presenta formas diferentes y puede ser perceptible?

«Sí, la forma que plazca al Espíritu, y así es como se os aparece de vez en cuando, ya sea en sueños, o bien estando despiertos, y como pueden tomar una forma visible y hasta palpable».

Diferentes órdenes de Espíritus

96. ¿Son iguales los Espíritus, o existe entre ellos alguna jerarquía?

«Pertencen a diferentes órdenes, según el grado de perfección a que han llegado».

97. ¿Hay un número determinado de órdenes o grados de perfección entre los Espíritus?

«Es ilimitado el número, porque no existe entre esos órdenes una línea de demarcación trazada a modo de barrera, pudiéndose así multiplicar o restringir voluntariamente las divisiones. No obstante, si se consideran los caracteres generales, se pueden reducir a tres órdenes principales.

»Puede colocarse en el primer orden a los que han llegado a la perfección: los Espíritus puros. En el segundo, a los que están a mitad de la escala, los cuales se ocupan en la consecución del bien. Y en el tercero, a los Espíritus imperfectos, que están aún al principio de la escala, siendo sus caracteres la ignorancia, el deseo del mal y todas las malas pasiones que retardan su progreso».

98. Los Espíritus del segundo orden ¿tienen solo el deseo del bien, o también el poder de hacerlo?

«Pueden hacerlo según su grado de perfección, pues unos poseen la ciencia y otros la prudencia y la bondad, pero todos han de sufrir pruebas aún».

99. Los Espíritus del tercer orden ¿son todos esencialmente malos?

«No, pues unos no hacen ni bien ni mal. Otros, por el contrario, se complacen en el mal y están satisfechos cuando encuentran ocasión de hacerlo. Además, hay Espíritus superficiales o *duendes*, más enredadores que perversos, que se complacen más en la travesura que en la maldad, y que encuentran placer en engañar y en causar pequeñas contrariedades que les causan risa».

Escala espírita

100. *Observaciones preliminares.* La clasificación de los Espíritus está basada en su grado de progreso, en las cualidades que han adquirido y en las imperfecciones de que han de despojarse aún. Esta clasificación, además, no es absoluta. Cada categoría presenta un carácter definido solo en su conjunto, pero, de un grado a otro, la transición es imperceptible y en los límites desaparece el matiz, como en los reinos de la naturaleza, en los colores del arcoíris y también como en los diferentes periodos de la vida del hombre. Se puede, pues, formar un número mayor o menor de clases, según el punto de vista que se elija para considerar esta cuestión. Sucede en esto como en los sistemas de clasificaciones científicas, que pueden ser más o menos completos, más o menos racionales y cómodos para la inteligencia, sin que, cualesquiera que sean, cambien en nada el fondo de la ciencia. Los Espíritus consultados sobre el particular han podido, pues, discordar en el número de categorías, sin que esto tenga trascendencia. Algunos han hecho un arma de esta contradicción aparente, sin reflexionar que los Espíritus no dan importancia a lo que es puramente convencional, ya que para ellos el pensamiento lo es todo, dejando a nuestra voluntad la forma,

la elección de los términos, las clasificaciones, en una palabra, los sistemas.

Añadamos otra consideración que nunca debe perderse de vista, a saber: que entre los Espíritus, lo mismo que entre los hombres, los hay muy ignorantes, y que nunca se estará bastante prevenido contra la tendencia de creer que todos han de ser sabios porque son Espíritus. Toda clasificación requiere método, análisis, y conocimiento profundo del asunto. Ahora bien, en el mundo de los Espíritus, los que tienen conocimientos limitados son, como los ignorantes en la Tierra, incapaces de abarcar el conjunto y formular un sistema. Conocen o comprenden solo imperfectamente las clasificaciones. Para ellos, todos los Espíritus que les son superiores pertenecen al primer orden, sin que puedan apreciar los matices del saber, de la capacidad y la moralidad que los distinguen, como entre nosotros se distingue el rústico del ilustrado. Hasta los mismos que son capaces de hacerlo pueden variar en los pormenores según su punto de vista, mayormente cuando nada de absoluto tienen las divisiones. Linneo, Jussieu y Tournefort han tenido un sistema peculiar, sin que haya variado la botánica, porque no inventaron ellos las plantas y sus caracteres, sino que observaron las analogías con arreglo a las cuales formaron los grupos o clases. Así hemos procedido nosotros. No hemos inventado los Espíritus ni sus caracteres, sino que los hemos visto y observado, los hemos juzgado por sus palabras y hechos y clasificado con arreglo a sus semejanzas, apoyándonos en los datos que nos han proporcionado.

Los Espíritus admiten generalmente tres categorías principales o tres grandes divisiones. En la última, la que está abajo de la escala, se sitúan los Espíritus imperfectos, caracterizados por el predominio de la materia sobre el espíritu y la propensión al mal. Los de la segunda están caracterizados por el

predominio del espíritu sobre la materia y por el deseo del bien, y comprende los Espíritus buenos. La primera, en fin, comprende los Espíritus puros, que han alcanzado el grado máximo de perfección.

Esta división nos parece que es perfectamente racional y que presenta caracteres bien contrastados. Solo nos restaba hacer visibles, por medio de un número suficiente de subdivisiones, los principales matices del conjunto. Y es lo que hemos hecho con el concurso de los Espíritus, cuyas benévolas instrucciones nunca nos han faltado.

Con la ayuda de este cuadro será fácil determinar la categoría y el grado de superioridad o de inferioridad de los Espíritus con quienes podemos establecer relaciones y, por lo tanto, el grado de confianza y de estimación que merecen. De cierta manera es la clave de la ciencia espírita, porque solo dicho cuadro puede explicarnos las anomalías que presentan las comunicaciones, ilustrándonos acerca de las desigualdades intelectuales y morales de los Espíritus. Advertimos, sin embargo, que los Espíritus no pertenecen siempre y exclusivamente a tal o cual clase. Puesto que su progreso se realiza gradualmente, y a menudo en una dirección con preferencia a otra, pueden reunir caracteres de diversas categorías, lo que fácilmente puede comprenderse por su lenguaje y por sus hechos.

Tercer orden. Espíritus imperfectos

101. Caracteres generales. Predominio de la materia sobre el espíritu, propensión al mal, ignorancia, orgullo, egoísmo y todas las malas pasiones que de él derivan.

Tienen intuición de Dios, pero no lo comprenden.

Todos no son esencialmente malos, y en algunos abundan más la ligereza, la inconsecuencia y la malicia que la verdadera

perversidad. Unos no hacen bien ni mal, pero por lo mismo que no practican el bien, demuestran su inferioridad. Otros, por el contrario, se complacen en el mal, y están satisfechos cuando hallan ocasión de hacerlo.

Pueden reunir la inteligencia a la perversidad o a la malicia, pero cualquiera que sea su desarrollo intelectual, sus ideas son poco elevadas y sus sentimientos más o menos abyectos.

Sus conocimientos sobre las cosas del mundo espírita son limitados, y lo poco que de ellas saben lo confunden con las ideas y los prejuicios de la vida corporal, no pudiendo darnos sobre el particular más que nociones falsas e incompletas. Pero el observador atento encuentra con frecuencia en sus comunicaciones, aunque imperfectas, confirmadas las grandes verdades que nos enseñan los Espíritus superiores.

Su carácter se revela en su lenguaje. Todo Espíritu que deje escapar en sus comunicaciones un pensamiento malo, puede ser incluido en el tercer orden y, por lo tanto, todo pensamiento malo que se nos sugiera procede de un Espíritu de este orden.

Semejantes Espíritus ven la dicha de los buenos, siéndoles este espectáculo un tormento incesante, puesto que experimentan todas las angustias que pueden producir la envidia y los celos.

Conservan el recuerdo y la percepción de los sufrimientos de la vida corporal, impresión que es a menudo más penosa que la realidad. Sufren, pues, verdaderamente no solo por los males que han experimentado, sino también por los que han ocasionado a otros. Y como sufren por largo tiempo, creen que sufrirán siempre, permitiendo Dios, para castigarlos, que conserven esa creencia.

Podemos dividirlos en cinco clases principales.

102. *Décima clase. ESPÍRITUS IMPUROS.* Son propensos al mal y lo hacen objeto de sus maquinaciones. Como Espíritus dan consejos pérfidos, promueven la discordia y la desconfianza, y, para engañar mejor, toman todas las apariencias. Se apegan a los caracteres lo bastante débiles como para ceder a sus sugerencias, a fin de arrastrarlos a su perdición, y están satisfechos cuando consiguen retardar su progreso, haciéndoles sucumbir en las pruebas que sufren.

En las manifestaciones se les reconoce por su lenguaje, pues la trivialidad y la grosería de las expresiones, así en los Espíritus como en los hombres, es siempre indicio de inferioridad moral, si no intelectual. Sus comunicaciones descubren la bajeza de sus inclinaciones y, si intentan desorientar hablando sensatamente, no pueden sostener el ardid por mucho tiempo y concluyen por poner en claro su origen.

Ciertos pueblos los han considerado como divinidades maléficas, y otros los designan con los nombres de demonios, genios malos y Espíritus del mal.

Los seres vivos a quienes animan durante la encarnación son dados a todos los vicios que engendran las pasiones viles y degradantes, tales como: el sensualismo, la crueldad, el engaño, la hipocresía, la codicia y la sórdida avaricia. Hacen el mal por el placer de hacerlo, sin motivo la mayor parte de las veces, y por aversión al bien escogen casi siempre sus víctimas entre las personas honradas. Cualquiera que sea el rango social que ocupen son azote de la humanidad, y el barniz de la civilización no los libra del oprobio y de la ignominia.

103. *Novena clase. ESPÍRITUS SUPERFICIALES*¹⁷. Son ignorantes, maliciosos, inconsecuentes y burlones. En todo se

¹⁷ Véase nota 3.

entrometen y responden a todo sin cuidarse de la verdad. Se complacen en ocasionar pequeños pesares y alegrías, en hacer enredos, en inducir maliciosamente a error por medio de mistificaciones y en hacer travesuras. A esta clase pertenecen los Espíritus llamados vulgarmente *duendes, trasgos, gnomos y diablillos*, todos los cuales dependen de los Espíritus superiores que frecuentemente los ocupan, como nosotros a nuestros criados.

En las comunicaciones con los hombres, su lenguaje es a veces ingenioso y chistoso, pero casi siempre superficial; aprovechan las extravagancias y las ridiculeces que exponen en frases mordaces y satíricas. Cuando usurpan algún nombre, lo hacen más por malicia que por perversidad.

104. Octava clase. ESPÍRITUS PSEUDOSABIOS¹⁸. Tienen conocimientos bastante vastos, pero creen saber más de lo que realmente saben. Habiendo progresado algo en diversos sentidos, su lenguaje tiene cierto carácter serio, que puede engañar acerca de su capacidad y luces, pero no pasa de ser con frecuencia reflejo de los prejuicios y de las ideas sistemáticas de la vida terrestre. Se trata de una mezcla de algunas verdades junto a errores absurdos, a cuyo través se descubren la presunción, el orgullo, los celos y la terquedad de que no han podido emanciparse.

105. Séptima clase. ESPÍRITUS NEUTROS. No son ni bastante buenos para practicar el bien, ni bastante malos para hacer el mal. Se inclinan igualmente al uno y al otro, y no se elevan por encima de la condición corriente de la humanidad, ni moral, ni intelectualmente. Tienen apego a las cosas de este mundo, cuyas alegrías groseras echan de menos.

¹⁸ *Faux-savants* en el original francés, literalmente, falsos sabios, pseudosabios o pseudocientíficos. Fernández Colavida se refirió a esta categoría como Espíritus de Falsa Instrucción. (N. de L. G.)

106. *Sexta clase.* **ESPÍRITUS GOLPEADORES Y PERTURBADORES.** Propiamente hablando, no forman una clase distinta, si se toman en consideración sus cualidades personales, y pueden pertenecer a todas las clases del tercer orden. A menudo anuncian su presencia por efectos sensibles y físicos, como golpes, movimiento y desplazamiento anormal de los cuerpos sólidos, agitación del aire, etc. Parece que están más apegados a la materia que los otros y que son los principales agentes de las vicisitudes de los elementos del globo, ya obren en el aire, en el agua, en el fuego, ya en los cuerpos duros, ya en las entrañas de la Tierra. Cuando estos fenómenos tienen un carácter intencional e inteligente, se reconoce que no son debidos a una causa fortuita y física. Todos los Espíritus pueden producirlos, pero los Espíritus elevados los confían en general a los Espíritus subalternos, más aptos para las cosas materiales que para las inteligentes. Cuando los primeros creen oportunas las manifestaciones de este género, se sirven de estos Espíritus como auxiliares.

Segundo orden. Espíritus buenos

107. *Caracteres generales.* Predominio del espíritu sobre la materia y deseo de hacer el bien. Sus cualidades y poder para practicarlos están en proporción al grado a que han llegado, poseyendo unos la ciencia, otros la prudencia y la bondad, y reuniendo los más adelantados el saber y las cualidades morales. Como aún no están completamente desmaterializados, conservan más o menos, según su rango, los vestigios de la existencia corporal, ya sea en la forma del lenguaje, o bien en sus costumbres, en las que se llega a descubrir algunas de sus manías. De no ser así, serían Espíritus perfectos.

Comprenden a Dios y a lo infinito, y gozan ya de la felicidad de los buenos. Son dichosos cuando hacen el bien e impiden el

mal. El amor que los une es para ellos la fuente de una dicha inefable no alterada por la envidia, por los remordimientos, ni por ninguna de las malas pasiones que atormentan a los Espíritus imperfectos, pero todos han de sufrir pruebas hasta que alcancen la perfección absoluta.

Como Espíritus, suscitan buenos pensamientos, alejan a los hombres del camino del mal, protegen durante la vida a los que se hacen merecedores de protección, y neutralizan la influencia de los Espíritus imperfectos en aquellos individuos que no se complacen en sufrirla.

Las personas en quienes se encarnan son buenas y benévolas para con sus semejantes. No los mueve el orgullo, el egoísmo, ni la ambición, y no sienten odio, rencor, envidia ni celos, practicando el bien porque es el bien.

A este orden pertenecen los Espíritus conocidos en las creencias vulgares con los nombres de *genios buenos*, *genios protectores* y *Espíritus del bien*. En tiempo de superstición y de ignorancia se les ha elevado a la categoría de divinidades bienhechoras.

Podemos dividirlos en cuatro grupos principales.

108. Quinta clase. ESPÍRITUS BENÉVOLOS. Su cualidad dominante es la bondad. Se complacen en prestar servicios a los hombres y protegerlos, pero su saber es limitado, pues han progresado más moral que intelectualmente.

109. Cuarta clase. ESPÍRITUS SABIOS. Lo que principalmente los distingue es la extensión de sus conocimientos. Se preocupan menos de las cuestiones morales que de las científicas, para las cuales tienen más aptitud, pero solo consideran la ciencia utilitariamente, y no mezclan con ella ninguna de las pasiones propias de los Espíritus imperfectos.

110. *Tercera clase. ESPÍRITUS PRUDENTES.* Las más elevadas cualidades morales son su carácter distintivo. Sin que sus conocimientos sean ilimitados, están dotados de aquella capacidad que proporciona un juicio recto de los hombres y de las cosas.

111. *Segunda clase. ESPÍRITUS SUPERIORES.* Reúnen la ciencia, la prudencia y la bondad. Su lenguaje, que solo benevolencia respira, es constantemente digno, elevado y a menudo sublime. Su superioridad los hace más aptos que los otros para darnos las nociones más exactas acerca de las cosas del mundo incorporeal, dentro de los límites de aquello que es lícito saber al hombre. Se comunican gustosos con los que de buena fe buscan la verdad y cuya alma está bastante emancipada de los lazos terrestres para comprenderla, pero se separan de los que solo obran por curiosidad, o a quienes la influencia de la materia aparta de la práctica del bien.

Cuando, por excepción se encarnan en la Tierra, es para realizar una misión de progreso, y nos ofrecen el tipo de perfección a que puede aspirar la humanidad en este mundo.

Primer orden. Espíritus puros

112. *Caracteres generales.* Influencia nula de la materia. Superioridad intelectual y moral absoluta con respecto a los Espíritus de los otros órdenes.

113. *Primera y única clase.* Han recorrido todos los grados de la escala y se han despojado de todas las impurezas de la materia. Habiendo alcanzado la suma de perfección de que es susceptible la criatura, no han de sufrir pruebas ni expiaciones. Como no están obligados a la reencarnación en cuerpos perecederos, viven la vida eterna en el seno de Dios.

Gozan de una dicha inalterable, porque no sienten las necesidades ni están expuestos a las vicisitudes de la vida material, pero esa dicha no consiste en la *ociosidad monótona de una contemplación perpetua*. Son mensajeros y ministros de Dios, cuyas órdenes acerca de la conservación de la armonía universal ejecutan. Mandan a todos los Espíritus que les son inferiores, les ayudan a perfeccionarse y les señalan su misión. Para ellos, es una ocupación agradable asistir a los hombres en sus apuros, incitarlos al bien o a la expiación de las faltas que les alejan de la felicidad suprema. Se los designa a veces con los nombres de ángeles, arcángeles o serafines.

Los hombres pueden comunicarse con ellos, pero sería muy presuntuoso el que pretendiese tenerlos constantemente a sus órdenes.

Progresión de los Espíritus

114. Los Espíritus ¿son buenos o malos por su naturaleza, o bien van mejorando por sí mismos?

«Los mismos Espíritus van mejorándose y, al conseguirlo, pasan de un orden inferior a otro superior».

115. ¿Hay Espíritus que fueron creados buenos y otros malos?

«Dios creó a todos los Espíritus sencillos e ignorantes, es decir, faltos de ciencia. Dio a cada uno de ellos una misión con objeto de ilustrarlos y de hacerles llegar progresivamente a la perfección por medio del conocimiento de la verdad y para aproximarlos a él. La dicha eterna sin perturbación estriba para ellos en esa perfección. Los Espíritus adquieren los conocimientos sufriendo las pruebas que Dios les impone, que unos aceptan con sumisión, llegando así más prontamente al objeto de su destino, y que otros sufren con desagrado, permaneciendo por culpa suya lejos

de la perfección y de la felicidad prometida».

— Según esto, parece que los Espíritus en su origen son como los niños, ignorantes e inexpertos, pero que adquieren poco a poco los conocimientos que les faltan recorriendo las diferentes fases de la vida.

«Sí, la comparación es exacta, pues el niño rebelde continúa ignorante e imperfecto, y se aprovecha más o menos según su docilidad, pero, mientras la vida del hombre tiene término, la del espíritu se dilata en lo infinito».

116. ¿Hay Espíritus que permanecerán perpetuamente en los rangos inferiores?

«No, todos llegarán a ser perfectos, cambiarán, pero a la larga, porque, como hemos dicho otra vez, un padre justo y misericordioso no puede desterrar eternamente a sus hijos. ¿Y quieres que Dios, que es tan grande, tan bueno y tan justo, sea de peor condición que vosotros?»

117. ¿Depende de los Espíritus apresurar su progreso hacia la perfección?

«Indudablemente. Llegan más o menos pronto según su deseo y su sumisión a la voluntad de Dios. El niño dócil ¿no se instruye más pronto que el reacio?»

118. ¿Pueden degenerar los Espíritus?

«No, pues a medida que progresan, comprenden lo que les alejaba de la perfección. Cuando el Espíritu ha terminado una prueba, posee el conocimiento de ella y no lo olvida. Puede permanecer estacionario, pero no retrocede».

119. ¿No podría Dios librar a los Espíritus de las pruebas que han de sufrir para llegar al primer rango?

«Si hubiesen sido creados perfectos, no tendrían méritos para gozar de los beneficios de la perfección. Sin lucha,

¿dónde estaría el mérito? Por otra parte, la desigualdad que entre ellos existe, es necesaria a su personalidad. Además, la misión que desempeñan en los diferentes grados entra en las miras de la Providencia respecto a la armonía del universo».

Puesto que en la vida social todos los hombres pueden llegar a los primeros puestos, se podría preguntar también ¿por qué el soberano de un país no hace generales a todos sus soldados, empleados superiores a todos los subalternos y maestros a todos los discípulos? Ahora bien, entre la vida social y la espiritual existe aún la diferencia de que la primera es limitada, y no basta siempre a la consecución de todos los grados, mientras que, siendo indefinida la segunda, deja a cada cual la posibilidad de elevarse al rango supremo.

120. Todos los Espíritus ¿siguen el escalafón del mal para llegar al bien?

«No por el escalafón del mal, sino por el de la ignorancia».

121. ¿Por qué ciertos Espíritus han seguido el camino del bien y otros el del mal?

«¿No tienen libre albedrío? Dios no creó Espíritus malos, sino sencillos e ignorantes, es decir, igualmente aptos para el bien como para el mal. Los que llegan a ser malos, lo son por su voluntad».

122. En su origen, al no tener conciencia de sí mismos, ¿cómo pueden los Espíritus ser libres de elegir entre el bien y el mal? ¿Existe en ellos un principio, una tendencia cualquiera que los incline más en un sentido que en otro?

«El libre albedrío se desarrolla a medida que el Espíritu adquiere conciencia de sí mismo. Si la elección se debiese a una causa independiente de la voluntad del Espíritu, no existiría libertad. La causa no reside en él, sino fuera, en las influencias a que cede en virtud de su voluntad libre.

Esto significa el símbolo de la caída del hombre y del pecado original: unos cedieron a la tentación, otros resistieron a ella».

— ¿De dónde proceden las influencias que obran sobre el Espíritu?

«De los Espíritus imperfectos que procuran apoderarse de él y dominarlo, y que se consideran felices cuando le hacen sucumbir. Esto es lo que se ha querido representar con la figura de Satanás».

— ¿Sufre el Espíritu esta influencia solo en su origen?

«Le persigue en su vida de Espíritu hasta que consigue dominarse, de tal modo, que los malos renuncian a obsesionarlo».

123. ¿Por qué ha permitido Dios que los Espíritus puedan seguir el camino del mal?

«¿Cómo os atrevéis a pedir a Dios cuenta de sus actos? ¿Creéis que podéis penetrar sus designios? Podéis deciros, sin embargo: La sabiduría de Dios consiste en la libertad que deja a cada uno de elegir, porque así tiene el mérito de sus obras».

124. Puesto que hay Espíritus que, desde el principio, siguen el camino del bien absoluto y otros el del mal absoluto, ¿existen indudablemente grados entre estos dos extremos?

«Ciertamente que sí, y son la gran mayoría».

125. Los Espíritus que han seguido el camino del mal ¿podrán llegar al mismo grado de superioridad que los otros?

«Sí, pero *las eternidades* serán más largas para ellos».

Por estas palabras, *las eternidades*, debe entenderse la idea que tienen los Espíritus inferiores de que serán perpetuos sus sufrimientos, cuyo término no les es dado ver, idea que se renueva en todas las pruebas en que sucumben.

126. Los Espíritus que llegan al grado supremo, después de haber incurrido en el mal, ¿tienen ante Dios menos mérito que los otros?

«Dios contempla a los extraviados con la misma mirada, y a todos los ama con el mismo afecto. Se les llama malos, porque han sucumbido, pero antes solo eran Espíritus sencillos».

127. Los Espíritus ¿son creados iguales en facultades intelectuales?

«Lo son, pero al no saber de donde provienen, es preciso que funcione el libre albedrío. Progresan más o menos rápidamente, tanto en inteligencia como en moralidad».

Los Espíritus que desde el principio siguen el camino del bien, no son por ello Espíritus perfectos, puesto que, si no tienen malas tendencias, todavía han de adquirir experiencia y los conocimientos necesarios para llegar a la perfección. Podemos compararlos a los niños que, cualquiera que sea la bondad de sus naturales instintos, tienen necesidad de desarrollarse, de ilustrarse, y no llegan sin transición de la infancia a la madurez. Así como tenemos hombres buenos y malos desde la infancia, igualmente hay Espíritus buenos o malos desde el principio, con la diferencia capital de que el niño tiene instintos completamente formados, mientras que el Espíritu, al ser formado, no es ni bueno ni malo, sino que tiene todas las tendencias, y en virtud de su libre albedrío toma una u otra dirección.

Ángeles y demonios

128. Los seres a quienes llamamos ángeles, arcángeles y serafines ¿forman una categoría especial de diferente naturaleza que los otros Espíritus?

«No, son los Espíritus puros, los que están en lo más alto de la escala y reúnen todas las perfecciones».

La palabra *ángel* despierta generalmente la idea de perfección moral, pero se aplica a menudo a todos los seres buenos y malos que existen fuera de la humanidad. Así se dice: el ángel bueno y el ángel malo, ángel de luz y ángel de las tinieblas. En este caso, es sinónimo de *Espíritu o genio*. Aquí tomamos la palabra en su acepción buena.

129. Los ángeles, ¿han recorrido todos los grados?

«Los han recorrido todos, pero, como hemos dicho, unos aceptaron su misión sin murmurar, y llegaron más pronto; otros emplearon mayor o menor tiempo para llegar a la perfección».

130. Si es errónea la opinión de que existen seres creados perfectos y superiores a las demás criaturas, ¿cómo se explica que esté en la tradición de casi todos los pueblos?

«Entiende que tu mundo no es eterno y que mucho antes de que existiese, había Espíritus que ya habían alcanzado el grado supremo. Los hombres, entonces, pudieron creer que dichos Espíritus siempre habían sido así».

131. ¿Existen demonios, en el sentido que se da a esta palabra?

«Si hubiese demonios serían obra de Dios, y ¿sería Dios justo y bueno si hubiese creado seres eternamente consagrados al mal e infelices? Si existen demonios, residen en tu mundo inferior y en otros semejantes. Los hombres hipócritas son los que hacen de un Dios justo un Dios perverso y vengativo, esos hombres que creen complacerle con las abominaciones que en su nombre cometen».

La palabra *demonio* no implica la idea de Espíritu malo más que en su acepción moderna, porque la palabra griega *daimon*, de donde se forma, significa *genio, inteligencia*, y se aplicaba indistintamente a los seres incorpóreos buenos o malos.

Los demonios, en la acepción vulgar de la palabra, suponen seres esencialmente maléficos, que serían, como todas las cosas, creación de Dios. Ahora bien, Dios, que es soberanamente justo y bueno, no puede haber creado seres arrastrados al mal por su naturaleza y eternamente condenados. Si no fuesen obra de Dios, serían como él, eternos, o bien habría muchos poderes soberanos.

La primera condición de toda doctrina es la de ser lógica. Ahora bien, la de los demonios, en su sentido absoluto, cae por esta base esencial. Se concibe que en la creencia de los pueblos atrasados que, no conociendo los atributos de Dios, dan cabida a las divinidades maléficas, se admita también a los demonios. Sin embargo, para todo el que acepte la bondad de Dios como el atributo por excelencia, es ilógico y contradictorio suponer que haya podido crear seres consagrados al mal y destinados a hacerlo perpetuamente, porque equivale a negar su bondad. Los partidarios del demonio se parapetan en las palabras de Cristo, y no seremos nosotros quienes neguemos la autoridad de su enseñanza, que quisiéramos ver más en el corazón que en los labios de los hombres. Pero ¿se tiene certeza del sentido que daba Cristo a la palabra demonio? ¿No se sabe que la forma alegórica es uno de los caracteres distintivos de su lenguaje, y que todo lo que contiene el Evangelio no debe tomarse literalmente? Sirva de prueba este pasaje:

«Inmediatamente después de las tribulaciones de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no alumbrará, las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas de los cielos temblarán. Lo que os aseguro es que no se acabará esta generación, hasta que se cumpla todo esto»¹⁹. ¿No hemos visto la *forma* del texto bíblico contradicha por la ciencia en lo que se refiere a la creación y movimiento de la Tierra? ¿No puede suceder otro tanto con ciertas figuras empleadas por Cristo, que debía hablar

¹⁹ San Mateo 24:29 y 34.

según los tiempos y lugares? Cristo no pudo decir a sabiendas una cosa falsa, y si, pues, en sus palabras hay asertos que parecen chocar a la razón, es porque no las comprendemos o porque las interpretamos mal.

Los hombres han hecho con los demonios lo mismo que con los ángeles, y así como han creído en seres eternamente perfectos, han tomado a los Espíritus inferiores por seres perpetuamente malos. La palabra demonio debe, pues, entenderse con relación a los Espíritus impuros, que a menudo no son mejores que los designados con aquel nombre, pero con la diferencia de que semejante estado no es más que transitorio. Son Espíritus imperfectos que murmuran de las pruebas que sufren y que por la misma razón las sufren por más tiempo, pero que llegarán a su vez a la perfección, cuando tengan voluntad de hacerlo. Pudiera, pues, admitirse la palabra *demonio* con esta restricción, pero como actualmente se la toma en sentido exclusivo, podría inducir al error de hacer creer en la existencia de seres especiales creados para el mal.

Satanás es evidentemente la personificación del mal bajo una forma alegórica, porque no puede admitirse un ser malo que lucha de potencia a potencia con la Divinidad, y cuya única ocupación es contrariar sus designios. Como el hombre necesita imágenes y figuras que hieran su imaginación, ha pintado a los seres incorporeales bajo forma material con atributos que recuerdan sus cualidades o defectos. Así es como, queriendo los antiguos personificar el tiempo, lo pintaron con la figura de un anciano con una hoz y un reloj de arena, pues la de un joven hubiera sido un contrasentido. Lo mismo debe decirse de las alegorías de la fortuna, de la virtud, etc. Los modernos han representado a los ángeles, o Espíritus puros, con una figura radiante de alas blancas, emblema de la pureza; y a Satanás con cuernos, garras y demás atributos de las bestias, emblema de las pasiones bajas. El vulgo, que toma las cosas literalmente, ha visto en el emblema una individualidad real, como en otro tiempo vio a Saturno en la alegoría del Tiempo.

CAPÍTULO II

ENCARNACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

1. OBJETIVO DE LA ENCARNACIÓN. 2. DEL ALMA. 3. MATERIALISMO.

Objetivo de la encarnación

132. ¿Cuál es el objetivo de la encarnación de los Espíritus?

«Dios se la impone con el objetivo de hacerles llegar a la perfección: para unos es una expiación y para otros una misión. Pero para llegar a la perfección, *deben sufrir todas las vicisitudes de la existencia corporal*. En esto consiste la expiación. La encarnación tiene también otro objetivo, y es el de poner al Espíritu en disposición de cumplir su tarea en la obra de la creación. Para su realización, toma en cada mundo un cuerpo en armonía con la materia esencial de aquél, a fin de ejecutar, bajo este aspecto, las órdenes de Dios. De esta manera, concurriendo a la obra general, el Espíritu progresa también».

La acción de los seres corporales es necesaria a la marcha del universo, pero Dios, en su sabiduría, ha querido que esta misma acción les sirviese de medio de progreso y de aproximación a él. Así es como, por una ley admirable de su providencia, todo se encadena y todo es solidario en la naturaleza.

133. Los Espíritus que desde el principio han seguido el camino del bien, ¿necesitan la encarnación?

«Todos ellos son creados sencillos e ignorantes, y se instruyen en las luchas y tribulaciones de la vida corporal. Dios,

que es justo, no podía hacer a algunos dichosos sin penas y sin trabajo y, por consiguiente, sin mérito».

— **¿Y de qué sirve entonces a los Espíritus haber seguido el camino del bien, si no los exime de las penas de la vida corporal?**

«Llegan más pronto al fin, y además las penas de la vida son con frecuencia resultado de la imperfección del Espíritu. Cuanto menos imperfecto es, menos tormentos sufre, y el que no es envidioso, celoso, avaro, ni ambicioso, no sufrirá los tormentos que de estos defectos se originan».

Sobre el alma

134. ¿Qué es el alma?

«Un Espíritu encarnado».

— **¿Qué era el alma antes de unirse al cuerpo?**

«Espíritu».

— **Entonces, las almas y los Espíritus ¿son una misma cosa?**

«Sí, puesto que las almas no son más que Espíritus. Antes de unirse al cuerpo, el alma es uno de los seres inteligentes que pueblan el mundo invisible, y que toman temporalmente una envoltura carnal para purificarse e ilustrarse».

135. Además del alma y del cuerpo, ¿hay alguna otra cosa en el hombre?

«El lazo que une el alma al cuerpo».

— **¿Cuál es la naturaleza de ese lazo?**

«Semimaterial, y sirve de intermedio entre el Espíritu y el cuerpo, y así debe ser, para que puedan comunicarse el uno con el otro. Por medio de este lazo, el Espíritu obra sobre la materia y viceversa».

Así, pues, el hombre está formado por tres partes esenciales:

1.º El cuerpo o ser material, análogo a los animales y animado por el mismo principio vital.

2.º El alma, Espíritu encarnado cuya habitación es el cuerpo.

3.º El principio intermediario o *periespíritu*, sustancia semimaterial que sirve de envoltura primera al Espíritu, y une el alma al cuerpo. Tales son en el fruto, el germen, el perispermo y la cáscara.

136. El alma ¿es independiente del principio vital?

«Incesantemente lo repetimos, el cuerpo no es más que la envoltura».

— **¿Puede existir el cuerpo sin el alma?**

«Sí, y sin embargo, desde que cesa de vivir el cuerpo, el alma lo abandona. Antes del nacimiento, no existe unión definitiva entre el alma y el cuerpo, mientras que, después de establecida la unión, la muerte del cuerpo rompe los lazos que lo unen al alma, y esta lo abandona. La vida orgánica puede animar un cuerpo sin alma, pero esta no puede habitar en un cuerpo privado de vida orgánica».

— **¿Qué sería nuestro cuerpo, si careciese del alma?**

«Un montón de carne sin inteligencia, todo lo que queráis, menos un hombre».

137. Un mismo Espíritu ¿puede a la vez encarnarse en dos cuerpos diferentes?

«No, porque el Espíritu es indivisible y no puede animar simultáneamente a dos seres diferentes». (Véase en el *Libro de los Médiums* el capítulo: *Bicorporeidad y transfiguración*.)

138. ¿Qué pensar de la opinión de los que consideran al alma como el principio de la vida material?

«Cuestión de palabras en las que no nos fijamos. Empezad por entenderos».

139. Ciertos Espíritus, y antes que ellos ciertos filósofos, han definido el alma como *una chispa anímica emanada del gran Todo*. ¿Cómo se explica esta contradicción?

«No existe tal contradicción, y esto depende de la acepción en que se toman las palabras, ¿Por qué no tenéis una palabra especial para cada cosa?»

La palabra *alma* se emplea para expresar cosas muy diferentes. Lllaman así algunos al principio de la vida, y es exacto decir en esta acepción y *figuradamente*, que el alma es una chispa anímica emanada del gran Todo. Estas últimas palabras expresan el origen universal del principio vital del que absorbe una parte cada ser, parte que vuelve a la masa después de la muerte. Esta idea no excluye en manera alguna la de un ser moral distinto, independiente de la materia y que conserva su individualidad. Este es el ser que se llama igualmente *alma*, y en esta acepción puede decirse, que el alma es un Espíritu encarnado. Al dar diferentes definiciones del alma, los Espíritus han hablado con arreglo a la aplicación que hacían de la palabra y según las ideas terrestres de que estaban aún más o menos dominados. Depende esto de la insuficiencia del lenguaje humano, que no tiene una palabra para cada idea, y de aquí el origen de una multitud de equivocaciones y discusiones. Véase por qué los Espíritus superiores nos dicen que ante todo nos entendamos acerca de las palabras.²⁰

140. ¿Qué pensar de la teoría del alma subdividida en tantas partes como músculos hay, presidiendo de este modo cada una de las funciones del cuerpo?

²⁰ Véase, en la Introducción, la explicación de la palabra *alma*, párrafo II. (N. de A. K.)

«También depende del sentido que se dé a la palabra *alma*. Si se entiende por ella el fluido vital, la teoría es exacta; pero si se entiende el Espíritu encarnado, es falsa. Lo hemos dicho ya, el Espíritu es indivisible y transmite el movimiento a los órganos por el fluido intermedio, sin dividirse a pesar de ello».

— **Sin embargo, algunos Espíritus han dado esta definición.**

«Los Espíritus ignorantes pueden tomar el efecto por la causa».

El alma obra por medio de los órganos, que están animados del fluido vital repartido entre ellos, y con más abundancia en los que forman los centros o focos del movimiento. Pero esta explicación no puede convenir al alma, considerada como Espíritu que habita en el cuerpo durante la vida y que lo abandona al morir.

141. ¿Qué hay de verdad en la opinión de los que creen que el alma es exterior y rodea al cuerpo?

«El alma no está encerrada en el cuerpo, como un pájaro en la jaula, sino que irradia y se manifiesta al exterior, como la luz a través de un globo de cristal, o como el sonido alrededor de un centro sonoro. Así es como puede decirse que es exterior, pero no por ello es la envoltura del cuerpo. El alma tiene dos envolturas: una sutil y ligera, que es la primera, a la cual llamáis *periespíritu*; y la otra, gruesa, material y pesada, que es el cuerpo. Ya lo hemos dicho, el alma es el centro de todas esas envolturas, como el germen en el hueso de las frutas».

142. ¿Qué decir de otra teoría según la cual el alma de los niños se completa en cada período de la vida?

«El Espíritu es solo uno. Se encuentra en su totalidad, lo mismo en el niño que en el adulto. Los que se desarrollan

y completan son los órganos o instrumentos de manifestación del alma. También aquí se toma el efecto por la causa».

143. ¿Por qué todos los Espíritus no definen el alma de un mismo modo?

«Todos los Espíritus no están igualmente instruidos sobre estas materias. Los hay limitados aún, que no comprenden las cosas abstractas, como sucede entre vosotros con los niños. También hay Espíritus pseudosabios, que para imponerse hacen alarde de palabrería, lo mismo que entre vosotros ciertos hombres. Además, los mismos Espíritus adelantados pueden expresarse en términos diferentes, que en el fondo tienen el mismo valor, sobre todo tratándose de cosas para cuya clara expresión no basta vuestro lenguaje, pues entonces es preciso recurrir a las figuras y comparaciones que vosotros tomáis por la misma realidad».

144. ¿Qué debe entenderse por el alma del mundo?

«Es el principio universal de la vida y de la inteligencia, de donde nacen las individualidades. Pero con frecuencia los que emplean estas palabras no se entienden a sí mismos. Es tan elástica la palabra *alma*, que cada uno la interpreta con arreglo a sus teorías. A veces se atribuye también un alma a la Tierra, y entonces debe entenderse por ella el conjunto de Espíritus solícitos que dirigen vuestras acciones hacia el buen camino, cuando los escucháis, y que vienen a ser como los lugartenientes de Dios en vuestro globo».

145. ¿Cómo es que tantos filósofos antiguos y modernos han discutido durante tanto tiempo sobre la ciencia psicológica, sin llegar a la verdad?

«Esos hombres, que eran los precursores de la doctrina espírita eterna, han preparado el camino. Eran hombres y

podieron equivocarse, porque tomaron sus propias ideas por la luz. No obstante, sus mismos errores, demostrando el pro y el contra, sirven para poner en claro la verdad. Por otra parte, entre sus errores, se encuentran grandes verdades que un estudio comparativo os hacen comprender».

146. El alma ¿tiene un lugar determinado y circunscrito en el cuerpo?

«No, pero reside particularmente en la cabeza, en los grandes genios, en todos aquellos que piensan mucho, y en el corazón, en los que sienten mucho y cuyas acciones todas se relacionan con la humanidad».

— **¿Qué pensar de la opinión de los que colocan el alma en un centro vital?**

«Es lo mismo que decir que el Espíritu habita con preferencia en esta parte de nuestra organización, porque a ella van a parar todas las sensaciones. Los que la sitúan en lo que consideran como centro de la vitalidad, la confunden con el principio o fluido vital. Como quiera que sea, puede decirse que el alma reside más particularmente en los órganos de las manifestaciones intelectuales y morales».

Materialismo

147. ¿Por qué los anatomistas, los fisiólogos, y en general los que profundizan las ciencias naturales, se inclinan frecuentemente al materialismo?

«El fisiólogo lo refiere todo a lo que ve. Orgullo de los hombres que creen saberlo todo, y que no admiten que algo sea superior a su entendimiento. Su misma ciencia los hace presuntuosos y creen que nada puede ocultarles la naturaleza».

148. ¿No es lamentable que el materialismo sea consecuencia de estudios que deberían, por el contrario, demostrar al hombre la superioridad de la inteligencia que gobierna el mundo? ¿Debe deducirse de esto que son peligrosos?

«No es verdad que el materialismo sea consecuencia de esos estudios, sino que el hombre deduce de ellos consecuencias falsas, porque puede abusar de todo, hasta de las cosas mejores. La nada, por otra parte, los horroriza más de lo que quieren aparentar y los incrédulos²¹ son a veces más fanfarrones que valientes. La mayor parte son materialistas solamente porque no saben cómo llenar aquel vacío, y si ante el abismo que a sus ojos se abre, les ofrecéis un ánora de salvación, se asirán solícitos a ella».

Por una aberración de la inteligencia, hay personas que no ven en los seres orgánicos más que la acción de la materia y que refieren a ella todos nuestros actos. No han visto en el cuerpo humano más que una máquina eléctrica. No han estudiado el mecanismo de la vida más que en el funcionamiento de los órganos: la han visto cesar con frecuencia por la ruptura de uno de sus hilos y no han visto otra cosa más que ese mismo hilo. Han indagado si quedaba aún algo, y como solo han encontrado la materia inerte y no han podido distinguir el alma que se desprendía, ni han podido asirla, han deducido que todo estribaba en las propiedades de la materia, y que, por lo tanto, después de la muerte, solo la nada del pensamiento existe. Triste consecuencia, si así fuese, porque entonces el bien y el mal no tendrían sentido. El hombre obraría cuerda-mente no pensando más que en sí mismo y en sobreponer a todo la satisfacción de sus goces materiales. Se romperían los lazos sociales y rotos quedarían para siempre los más santos afectos. Afortunadamente semejantes ideas están muy lejos de

²¹ "Esprits fort", como también en las preguntas 9 y 962.

ser generales, puede muy bien decirse que están muy circunscritas y que solo constituyen opiniones individuales, porque en ninguna parte han sido erigidas en doctrina. Una sociedad fundada en tales bases, llevaría en sí misma el germen de su disolución, y sus miembros se despedazarían como fieras.

El hombre tiene instintivamente la creencia de que todo no concluye para él con la vida. Tiene horror a la nada. En vano se resiste a la idea del porvenir, pues cuando llega el momento supremo, pocos son los que dejan de preguntarse qué será de ellos, porque el pensamiento de cesar absolutamente en la vida es desconsolador. ¿Quién podrá, en efecto, mirar con indiferencia la separación absoluta y eterna de todo lo que se ha amado? ¿Quién podrá ver sin horrorizarse cómo se abre a su vista el inmenso abismo de la nada, donde irían a sepultarse para siempre todas nuestras facultades, todas nuestras esperanzas, y decirse: «¡Vaya! Después de mí, nada, nada más que el vacío. Todo acaba para siempre. Dentro de algunos días, mi recuerdo se borrará de la memoria de todos los que me sobrevivan. ¡Pronto no quedará vestigio de mi tránsito por el mundo, hasta el bien que he hecho será dado al olvido por los ingratos a los que serví, y nada hallaré en recompensa, nada más que la perspectiva de mi cuerpo roído por los gusanos!».

¿No es horroroso, no es glacial semejante cuadro? La religión nos enseña que no puede suceder así, y la razón viene en su apoyo. Pero esa existencia futura, vaga e indefinida, nada tiene que satisfaga nuestro afecto por lo positivo, lo cual engendra dudas en muchos. Tenemos un alma, cierto, pero ¿qué es nuestra alma? ¿Tiene una forma, una apariencia cualquiera? ¿Es un ser limitado o indefinido? Unos dicen que es un soplo de Dios, otros una chispa, otros una parte del gran Todo, el principio de la vida y de la inteligencia, pero ¿qué nos enseña todo esto? ¿De qué nos vale tener un alma, si al morir nosotros se pierde en la inmensidad, como las gotas de agua en el océano! La pérdida de la individualidad, ¿no es lo mismo para nosotros que la nada? Se dice también que el alma es

inmaterial, pero lo inmaterial no puede tener proporciones definidas, y para nosotros es nada. La religión nos enseña también que seremos felices o desgraciados, según el bien o el mal que hayamos hecho, pero ¿qué dicha es la que nos espera en el seno de Dios? ¿Es una beatitud, una contemplación eterna, sin más ocupación que la de cantar alabanzas al Creador? Las llamas del infierno ¿son una realidad o un símbolo? La misma Iglesia los toma en este último sentido, pero ¿qué sufrimientos son esos? ¿dónde está ese sitio de suplicios? En una palabra, ¿qué se hace y qué se ve en ese mundo que nos espera a todos? Nadie, se dice, ha vuelto de él para traernos noticias. Esto es falso, y precisamente la misión del espiritismo es la de ilustrarnos acerca de ese provenir, haciéndonoslo, hasta cierto punto, tocar con los dedos y ver con los ojos, no por medio de raciocinios, sino por medio de hechos. Gracias a las comunicaciones espíritas, el porvenir no es ya una presunción, una probabilidad que cada uno compone a su modo, y que los poetas embellecen con sus ficciones o siembran de imágenes alegóricas y engañosas, sino la realidad que sale a nuestro encuentro, porque los mismos seres de ultratumba vienen a pintarnos su situación, a decirnos lo que hacen, permitiéndonos, por decirlo así, asistir a todas las peripecias de su nueva vida y patentizándonos de este modo la suerte inevitable que nos está reservada, según nuestros méritos y faltas ¿Hay algo de irreligioso en esto? Todo lo contrario, porque en ello encuentran fe los incrédulos, y los indiferentes una renovación de fervor y confianza. El espiritismo es, por lo tanto, el auxiliar más poderoso de la religión. Puesto que los hechos existen, es porque Dios los permite, y los permite para alentar nuestras vacilantes esperanzas y conducirnos al camino del bien por medio de la perspectiva del porvenir.

CAPÍTULO III

REGRESO DE LA VIDA CORPORAL A LA VIDA ESPIRITUAL

1. EL ALMA DESPUÉS DE LA MUERTE: SU INDIVIDUALIDAD. VIDA ETERNA.
2. SEPARACIÓN DEL ALMA Y EL CUERPO. 3. TURBACIÓN ESPÍRITA.

El alma después de la muerte

149. ¿Qué sucede al alma en el momento de la muerte?

«Vuelve a ser Espíritu, es decir, entra de nuevo en el mundo de los Espíritus, que había abandonado momentáneamente».

150. ¿Conserva el alma su individualidad después de la muerte?

«Sí, no la pierde nunca. ¿Qué sería si no la conservase?

— ¿Cómo manifiesta el alma su individualidad, careciendo del cuerpo material?

«Tiene un fluido que le es propio, que toma de la atmósfera de su planeta, y que representa la apariencia de su última encarnación: su periespíritu».

— El alma ¿no se lleva nada consigo de este mundo?

«Nada más que el recuerdo y el deseo de ir a otro mundo mejor. Aquel recuerdo está pleno de dulzura o de amargura, según el uso que se ha hecho de la vida, y cuanto más pura es el alma, mejor comprende la futilidad de lo que deja en la Tierra».

151. ¿Qué pensar de la opinión según la cual el alma, después de la muerte, vuelve al todo universal?

«¿No forma un todo la reunión de los Espíritus? ¿No son todo un mundo? Cuando estás en una reunión, formas parte integrante de ella y sin embargo conservas tu individualidad».

152. ¿Qué prueba podemos tener de la individualidad del alma después de la muerte?

«¿No la tenéis en las comunicaciones que obtenéis? Si no sois ciegos, veréis; y si no sois sordos, oiréis, porque a menudo habla una voz que os revela la existencia de un ser que está fuera de vosotros».

Los que opinan que, al morir, el alma entra en el todo universal, están equivocados si entienden decir que, semejante a la gota de agua que cae en el océano, pierde su individualidad. Sin embargo, están en lo cierto, si por el *todo universal* entienden la reunión de seres incorporales del que cada alma o Espíritu es un elemento.

Si las almas estuviesen confundidas en la masa, no tendrían otras cualidades que las del conjunto y nada las distinguiría entre sí. No tendrían inteligencia, ni cualidades propias. En cambio, todas las comunicaciones revelan la conciencia del *yo* y una voluntad distinta, siendo infinita la diversidad que bajo todos los aspectos ofrecen, consecuencia misma de las individualidades. Si después de la muerte solo existiese lo que se llama el gran Todo, que absorbe todas las individualidades, este Todo sería uniforme, y por lo tanto todas las comunicaciones que se recibiesen del mundo invisible serían idénticas. Puesto que en él se encuentran seres buenos y malos, sabios e ignorantes, dichosos y desgraciados; puesto que los hay de todos los caracteres, alegres y tristes, ligeros y profundos, etc., es evidente que son seres distintos. La individualidad se hace más palmaria aún, cuando prueban su identidad por medio

de signos incontestables, de pormenores personales relativos a su vida terrestre y que pueden comprobarse. Además, no puede ponerse en duda, cuando se presenten a la vista en las apariciones. La individualidad del alma nos era enseñada teóricamente como un artículo de fe, pero el espiritismo la patentiza y, hasta cierto punto, la materializa.

153. ¿En qué sentido debe entenderse la vida eterna?

«La vida eterna es la vida del Espíritu; la del cuerpo es transitoria y pasajera. Cuando el cuerpo muere, el alma vuelve a la vida eterna».

— ¿No sería más exacto llamar *vida eterna* a la de los Espíritus puros, los que, habiendo llegado a la cumbre de la perfección, no han de sufrir más pruebas?

«Esa más bien es la dicha eterna, pero esto es una cuestión de palabras. Llamad a las cosas del mundo como queráis, con tal de que os entendáis».

Separación del alma y el cuerpo

154. ¿Es dolorosa la separación del alma y el cuerpo?

«No, a menudo sufre más el cuerpo durante la vida que en el momento de la muerte, pues el alma no toma parte alguna. Los sufrimientos que a veces se experimentan en el momento de la muerte son *un placer para el Espíritu*, que ve llegar el término de su destierro».

En la muerte natural, que proviene de la extinción de los órganos a consecuencia de la edad, el hombre abandona la vida sin notarlo. Es como una lámpara que se apaga por falta de aceite.

155. ¿Cómo se opera la separación del alma y el cuerpo?

«Rotos los lazos que la detenían, el alma se separa del cuerpo».

— ¿La separación se opera bruscamente y en virtud de una transición brusca? ¿Existe una línea de demarcación claramente trazada entre la vida y la muerte?

«No, el alma se separa gradualmente, y no vuela como un pájaro prisionero al que de súbito se deja en libertad. Los dos estados se tocan y confunden, de modo que el Espíritu se desprende poco a poco de los lazos, que *se sueltan y no se rompen*».

Durante la vida, el Espíritu está ligado al cuerpo por la envoltura semimaterial o periespíritu. La muerte no es más que la destrucción del cuerpo, pero no de la segunda envoltura que se separa de aquél, cuando cesa en él la vida orgánica. La observación prueba que en el instante de la muerte el desprendimiento del periespíritu no es súbitamente completo, sino que se opera gradualmente y con lentitud muy variable según los individuos. En unos es bastante rápida y puede decirse que, con pocas horas de diferencia, el momento de la muerte es también el de la emancipación. En cambio, en otros, sobre todo en aquellos cuya vida ha sido *completamente material y sensual*, el desprendimiento es mucho menos rápido, y dura a veces días, semanas y hasta meses, lo que no implica en el cuerpo la menor vitalidad, ni la posibilidad del regreso a la vida, sino una simple afinidad entre el cuerpo y el Espíritu, la cual está siempre en proporción de la preponderancia que, durante la vida, ha dado el Espíritu a la materia. En efecto, es racional concebir que cuanto más se ha identificado el Espíritu con la materia, tanto más trabajo ha de tener en separarse, mientras que la actividad intelectual y moral, y la elevación de pensamientos, operan un principio de separación hasta en la duración de la vida del cuerpo, de modo que al llegar la muerte es casi instantánea. Tal es el resultado de los estudios hechos en todos los individuos observados en el momento de morir. Estas observaciones prueban también que la afinidad, que en ciertos individuos persiste entre el alma y el cuerpo, es

muy penosa a veces, porque el Espíritu puede experimentar el horror consiguiente a la descomposición. Este caso es excepcional y peculiar de ciertas clases de vidas y de muertes. Se observa en algunos suicidas.

156. La separación definitiva del alma y el cuerpo ¿puede verificarse antes de que cese completamente la vida orgánica?

«A veces en la agonía, el alma ha abandonado ya el cuerpo, no existiendo más que la vida orgánica. El hombre no tiene ya conciencia de sí mismo, y sin embargo, le queda aún un soplo de vida. El cuerpo es una máquina que el corazón hace funcionar y que existe mientras este hace que circule la sangre por las venas, no teniendo necesidad del alma para ello».

157. En el momento de la muerte, ¿siente a veces el alma una aspiración o éxtasis que le permite entrever el mundo en que va a entrar?

«A menudo el alma siente cómo se rompen los lazos que la unen al cuerpo, y entonces pone todos sus esfuerzos en romperlos completamente. Separada en parte de la materia, ve el porvenir descorrerse ante ella y goza anticipadamente del estado de Espíritu».

158. El ejemplo de la oruga que al principio se arrastra por el suelo y después se encierra en la crisálida, aparentemente muerta, para renacer a más brillante existencia, ¿puede darnos una idea de la vida terrestre, de la que sigue a la muerte y de nuestra nueva existencia?

«Una pequeña idea. La figura es buena, pero no debe sin embargo tomarse literalmente como soléis hacerlo con frecuencia».

159. ¿Qué sensación experimenta el alma en el momento que conoce que está en el mundo de los Espíritus?

«Eso depende. Si has hecho mal por deseo de hacerlo, te avergüenzas en aquel momento de haberlo hecho. Para el justo es muy diferente, pues se encuentra como aliviado de un gran peso, porque no teme ninguna mirada escudriñadora».

160. El Espíritu ¿encuentra inmediatamente a los que ha conocido en la Tierra y que han muerto antes que él?

«Sí, según el afecto que les profesaba y el que ellos sentían por él. A menudo salen a recibirle a su entrada en el mundo de los Espíritus y le *ayudan a desprenderse de las envolturas de la materia*. Ve también a muchos a quienes había perdido de vista durante su permanencia en la Tierra, a los que están en la erraticidad y a los encarnados a quienes visita».

161. En la muerte violenta y accidental, cuando los órganos aún no han sido debilitados por la edad o las enfermedades, la separación del alma y la cesación de la vida ¿se verifican simultáneamente?

«Así sucede generalmente, pero en todos los casos es muy corto el instante que las separa».

162. Después de la decapitación, por ejemplo, ¿conserva el hombre por algunos instantes conciencia de sí mismo?

«A menudo la conserva durante algunos minutos, hasta que se extingue completamente la vida orgánica. Pero, a menudo también, el temor a la muerte se la hace perder antes del instante del suplicio».

Se trata aquí únicamente de la conciencia que el ajusticiado puede tener de sí mismo como hombre y por mediación de los órganos, y no como Espíritu. Si no ha perdido esa conciencia antes del suplicio, puede conservarla durante algunos instantes de muy corta duración, y cesa necesariamente con la

vida orgánica del cerebro, lo que no implica que el periespíritu esté completamente separado del cuerpo, al contrario. En todos los casos de muerte violenta, cuando no es resultado de la extinción gradual de las fuerzas vitales, los lazos que unen el cuerpo al periespíritu son más *tenaces* y la separación completa es más lenta.

Turbación espírita

163. El alma, al abandonar el cuerpo, ¿tiene inmediatamente conciencia de sí misma?

«*Conciencia inmediata* no es la expresión correcta, pues por algún tiempo está turbada».

164. Todos los Espíritus ¿experimentan con la misma intensidad y duración la turbación que sigue a la separación del alma y el cuerpo?

«No, puesto que depende de su elevación. El que está ya purificado se reconoce casi inmediatamente, porque se ha separado de la materia durante la vida del cuerpo, mientras que el hombre carnal, cuya conciencia no es pura, conserva por mucho más tiempo la impresión de la materia».

165. El conocimiento del espiritismo ¿tiene alguna influencia en la duración más o menos larga de la turbación?

«Muy grande, porque el Espíritu comprende de antemano su situación, pero la práctica del bien y la pureza de la conciencia son las que más influyen».

En el momento de la muerte todo es confuso al principio. El alma necesita algún tiempo para reconocerse, pues está como aturdida y en el mismo estado del hombre que, despertándose de un sueño profundo, procura explicarse su situación. La lucidez de las ideas y la memoria del pasado le vuelven a medida que se extingue la influencia de la materia de que acaba de

separarse, y se disipa la especie de bruma que nubla sus pensamientos.

La duración de la turbación subsiguiente a la muerte es muy variable. Puede ser de algunas horas, de muchos meses y hasta de muchos años. Es menos larga en las personas que, cuando vivían, se identificaron con su estado futuro, porque entonces comprenden inmediatamente su posición.

La turbación presenta circunstancias especiales, según el carácter de los individuos y sobre todo según la clase de muerte. En las muertes violentas, ocasionadas por suicidio, suplicio, accidente, apoplejía, heridas, etc., el Espíritu está sorprendido, admirado y no cree estar muerto. Lo sostiene con terquedad. Sin embargo, ve su cuerpo, sabe que es el suyo y no comprende que esté separado de él. Se acerca a las personas a quienes aprecia y no comprende por qué no le oyen. Semejante ilusión dura hasta la completa separación del periespíritu. Hasta entonces no se reconoce el Espíritu, ni comprende que ha dejado de pertenecer a los vivos. Este fenómeno se explica fácilmente. Sorprendido de improviso por la muerte, el Espíritu queda aturdido con el cambio brusco que en él se ha verificado. Para él la muerte continúa siendo sinónimo de destrucción, de anonadamiento. Ahora bien, como piensa, ve y oye, no se considera muerto. Lo que aumenta su ilusión es verse con un cuerpo semejante al anterior, en cuanto a la forma, cuya naturaleza etérea no ha tenido tiempo de estudiar aún. Lo cree sólido y compacto como el primero que tenía, y cuando sobre este punto se llama su atención, se sorprende de no poderse palpar. Este fenómeno es semejante al de los sonámbulos novatos, que creen que no duermen. Para ellos el sueño es sinónimo de suspensión de facultades, y como piensan libremente y ven, se figuran estar despiertos. Ciertos Espíritus ofrecen esta particularidad, aunque la muerte no haya sobrevenido repentinamente, pero siempre es más general en los que, aunque estando enfermos, no pensaban en morir. Vemos entonces el raro espectáculo de un Espíritu que asiste

a su entierro como si fuese el de un extraño, y que habla de él como si no le incumbiera, hasta que comprende la realidad.

La turbación subsiguiente a la muerte no es nada penosa para el hombre honrado, sino tranquila y semejante en todo al que se despierta apaciblemente. Para el que no es puro de conciencia, la turbación abunda en congojas y angustias, que aumentan a medida que se reconoce.

En los casos de muerte colectiva, se ha observado que todos los que mueren a un mismo tiempo no se vuelven a ver inmediatamente. En la turbación subsiguiente a la muerte, cada uno toma por su lado, o no se ocupa más que de los que le interesan.

En los casos de muerte natural, la turbación comienza antes de la cesación de la vida orgánica, y el Espíritu pierde completamente la conciencia de sí mismo en el momento de la muerte. De donde se sigue que el Espíritu nunca es testigo del último suspiro. Incluso las convulsiones de la agonía son efectos nerviosos que casi nunca le afectan. Decimos casi porque en algunos casos estos sufrimientos se le pueden imponer como expiación²².

²² Este último párrafo figura en la *Fe de erratas* de la 2ª impresión de la 2ª edición de *Le Livre des Esprits*, de 1860. BNF, R. 39914 (Véase ed. facsímil publicada en Rio de Janeiro : FEB, 1998) y en algunas ediciones posteriores.

CAPÍTULO IV

PLURALIDAD DE EXISTENCIAS

1. SOBRE LA REENCARNACIÓN. 2. JUSTICIA DE LA REENCARNACIÓN. 3. ENCARNACIÓN EN LOS DIFERENTES MUNDOS. 4. TRANSMIGRACIÓN PROGRESIVA. 5. SUERTE DE LOS NIÑOS DESPUÉS DE LA MUERTE. 6. SEXO EN LOS ESPÍRITUS. 7. PARENTESCO, FILIACIÓN. 8. SEMEJANZAS FÍSICAS Y MORALES. 9. IDEAS INNATAS.

Sobre la reencarnación

166. ¿Cómo puede acabar de purificarse el alma que no ha alcanzado la perfección durante la vida corporal?

«Sufriendo la prueba de una nueva existencia».

— **¿Cómo realiza el alma esta nueva existencia? ¿Transformándose como Espíritu?**

«Es indudable que purificándose el alma sufre una transformación, pero, para conseguirlo, le es preciso la prueba de la vida corporal».

— **El alma ¿tiene, pues, muchas existencias corporales?**

«Sí, todos tenemos muchas existencias. Los que os dicen lo contrario, quieren teneros en la ignorancia en que ellos están. Su deseo no es otro».

— **Parece resultar de este principio que el alma, después de abandonar un cuerpo, toma otro, es decir, que se reencarna en un nuevo cuerpo. ¿Es así como debemos entenderlo?**

«Evidentemente».

167. ¿Cuál es el objetivo de la reencarnación?

«La expiación y mejoramiento progresivo de la humanidad. ¿Dónde estaría sin eso la justicia?»

168. ¿Es limitado el número de las existencias corporales o bien se reencarna perpetuamente el Espíritu?

«En cada nueva existencia, el Espíritu da un paso más en el camino del progreso, y cuando se despoja de todas sus impurezas, no necesita ya las pruebas de la vida corporal».

169. ¿Es el mismo el número de encarnaciones para todos los Espíritus?

«No, porque el que progresa rápidamente se evita pruebas. Como quiera que sea, las encarnaciones sucesivas son siempre muy numerosas, porque el progreso es casi infinito».

170. ¿Qué viene a ser el Espíritu después de su última encarnación?

«Espíritu bienaventurado, Espíritu puro».

Justicia de la reencarnación

171. ¿En qué se funda el dogma de la reencarnación?

«En la justicia de Dios y en la revelación, porque, como lo repetimos siempre, un buen padre deja siempre a sus hijos una puerta abierta al arrepentimiento. ¿No te dice la razón que sería injusto privar irremisiblemente de la dicha eterna a todos aquellos cuyo mejoramiento no ha estado en su mano? ¿Acaso todos los hombres no son hijos de Dios? Solo entre los hombres egoístas impera la iniquidad, el odio implacable y las penas irremisibles».

Todos los Espíritus tienden a la perfección, y Dios les proporciona medios de conseguirla por las pruebas de la vida corporal, pero en su justicia les permite que cumplan en nuevas existencias *lo que no pudieron hacer o terminar en la prueba anterior*.

No estaría conforme ni con la equidad, ni con la bondad de Dios, castigar eternamente a los que han podido encontrar obstáculos que retarden su perfeccionamiento, ajenos a su voluntad y en el mismo medio en que viven. Si la suerte del hombre quedase irrevocablemente decidida después de la muerte, Dios no habría pesado las acciones de todos con la misma balanza, ni los habría tratado con imparcialidad.

La doctrina de la reencarnación, que admite muchas existencias sucesivas, es la única conforme con la idea que nos formamos de la justicia de Dios respecto a los hombres que ocupaban una condición moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir y basar nuestras esperanzas, puesto que nos proporciona medios de enmendar nuestras faltas por nuevas pruebas. La razón así lo indica y los Espíritus nos lo enseñan.

El hombre que tiene conciencia de su inferioridad halla en la doctrina de la reencarnación una consoladora esperanza. Si cree en la justicia de Dios, no puede esperar que será eternamente igual a los que han obrado mejor que él. La idea de que su inferioridad no le deshereda para siempre del bien supremo y de que podrá lograrlo con nuevos esfuerzos, le sostiene, alentando su ánimo. ¿Quién, al terminar su vida, no lamenta haber adquirido demasiado tarde la experiencia de que no puede aprovecharse? Pues esta experiencia tardía no se pierde, y será empleada con provecho en una nueva vida.

Encarnación en los diferentes mundos

172. ¿Se realizan en la Tierra todas nuestras diferentes existencias corporales?

«No, sino en los diferentes mundos. La existencia terrestre no es la primera, ni la última, pero sí una de las más materiales y lejanas de la perfección».

173. En cada nueva existencia corporal ¿pasa el alma de un mundo a otro, o bien puede vivir varias veces en el mismo mundo?

«Puede volver a vivir muchas veces en el mismo mundo, si no está bastante adelantada para pasar a un mundo superior».

— **Según eso, ¿podemos reaparecer muchas veces en la Tierra?**

«Ciertamente».

— **¿Podemos volver a ella después de haber vivido en otros mundos?**

«Seguramente, pues habéis podido vivir ya en otra parte y en la Tierra».

174. ¿Es una necesidad volver a vivir en la Tierra?

«No, pero, si no adelantáis, podéis ir a otro mundo que no sea mejor o que puede ser peor».

175. ¿Es ventajoso volver a habitar en la Tierra?

«Ninguna ventaja particular tiene, a menos que se desempeñe una misión, pues entonces se progresa en ella como en cualquier otra parte».

— **¿No sería mejor continuar siendo Espíritu?**

«¡No, no!, permaneceríamos estacionarios y queremos caminar hacia Dios».

176. Los Espíritus, después de haber estado encarnados en otros mundos, ¿pueden estarlo en este sin haber vivido nunca en él?

«Sí, como vosotros en otros. *Todos los mundos son solidarios*, y lo que no se hace en uno se hace en otro».

— Así pues ¿hay hombres que están por primera vez en la Tierra?

«Hay muchos y en diversos grados».

— ¿Existe algún signo para conocer al Espíritu que aparece por primera vez en la Tierra?

«Eso no tendría ninguna utilidad».

177. Para llegar a la perfección y a la dicha suprema, objeto final de todos los hombres, ¿debe pasar el Espíritu por la serie de todos los mundos que existen en el universo?

«No, porque hay muchos mundos que ocupan el mismo grado y en los que nada nuevo aprendería el Espíritu».

— ¿Cómo se explica, pues, la pluralidad de existencias en el mismo globo?

«Porque puede encontrarse cada vez en posiciones muy diferentes, que son para él otras tantas ocasiones de adquirir experiencia».

178. ¿Pueden los Espíritus volver a vivir corporalmente en un mundo relativamente inferior a aquel en que ya han vivido?

«Sí, cuando han de desempeñar una misión para favorecer el progreso, y entonces aceptan con alegría las tribulaciones de aquella existencia, porque les proporciona ocasión de adelantar».

— ¿No puede suceder eso mismo por expiación?, y ¿no puede Dios enviar a los Espíritus rebeldes a mundos inferiores?

«Los Espíritus pueden permanecer estacionarios, pero no retroceden, y su castigo consiste entonces en no adelantar

y en volver a empezar las existencias mal empleadas, en el medio que conviene a su naturaleza».

— **¿Quiénes son los que han de empezar nuevamente la misma existencia?**

«Los que faltan a su misión o a sus pruebas».

179. Los seres que habitan en cada uno de los mundos ¿han llegado todos al mismo grado de perfección?

«No, sucede lo mismo que en la Tierra, pues los hay más y menos adelantados».

180. Al pasar de este a otro mundo, ¿conserva el Espíritu la inteligencia que tenía?

«Sin duda, pues la inteligencia no se pierde, pero puede no contar con los mismos medios de manifestarla, dependiendo esto de su superioridad y del estado del cuerpo que tome». (*Véase Influencia del organismo*, 367 y siguientes.)

181. Los seres que habitan en los diferentes mundos ¿tienen cuerpos semejantes a los nuestros?

«Es indudable que tienen cuerpo, porque se hace necesario que el Espíritu esté revestido de materia para obrar sobre la materia, pero esa envoltura es más o menos material según el grado de pureza a que han llegado los Espíritus, y en esto consiste la diferencia de los mundos que hemos de recorrer, *porque hay muchas moradas en la casa de nuestro Padre*²³, y por lo tanto muchos grados. Unos lo saben y tienen conciencia de ello en la Tierra, pero otros están muy lejos de semejante creencia».

²³ San Juan, 14:2.

182. ¿Podemos conocer con exactitud el estado físico y moral de los diferentes mundos?

«Nosotros los Espíritus no podemos responder más que conforme al grado en que os encontráis. Es decir, que estas cosas no debemos revelarlas a todos, porque no todos están en estado de comprenderlas y *eso los perturbaría*».

A medida que el Espíritu se purifica, el cuerpo que lo reviste se aproxima igualmente a la naturaleza espírita. La materia se hace menos densa, no se arrastra tan penosamente por el suelo, las necesidades físicas son menos groseras y los seres vivos no tienen necesidad de destruirse mutuamente para alimentarse. El Espíritu es más libre y tiene de las cosas lejanas percepciones que nos son desconocidas, ve con los ojos del cuerpo lo que nosotros solo vemos con el pensamiento.

La purificación de los Espíritus produce en los cuerpos en que están encarnados el perfeccionamiento moral. Se debilitan en él las pasiones animales y el egoísmo cede el puesto al sentimiento de fraternidad. Por esto en los mundos superiores a la Tierra son desconocidas las guerras, no tienen objeto el odio y la discordia, porque nadie piensa en dañar a su semejante. La intuición que tienen de su porvenir y la seguridad que les da una conciencia libre de remordimientos, hacen que la muerte no les cause temor alguno. La ven llegar sin miedo y como una simple transformación.

La duración de la vida en los diferentes mundos parece que está en proporción del grado de superioridad física y moral de esos mismos mundos, lo cual es completamente racional. Cuanto menos material es el cuerpo, menos expuesto está a las vicisitudes que lo desorganizan. Cuanto más puro es el Espíritu, menos son las pasiones que lo debilitan. Este es otro favor de la Providencia, que abrevia así los sufrimientos.

183. Al pasar de un mundo a otro, ¿pasa el Espíritu por una nueva infancia?

«La infancia es en todas partes una transición necesaria, pero no en todas partes es tan estúpida como la vuestra».

184. ¿Elige el Espíritu el nuevo mundo en que ha de habitar?

«No siempre, pero puede pedirlo y obtenerlo si lo merece, porque los mundos solo son asequibles a los Espíritus conforme a su grado de elevación».

— Si el Espíritu no lo pide, ¿qué es lo que determina el mundo donde ha de encarnarse?

«Su grado de elevación».

185. El estado físico y moral de los seres vivos ¿es perpetuamente el mismo en cada globo?

«No, pues los mundos también están sujetos a la ley del progreso. Todos, han empezado como el vuestro, por encontrarse en estado inferior y la misma Tierra experimentará semejante transformación, trocándose en paraíso terrestre cuando los hombres sean buenos».

Así, pues, las razas que en la actualidad pueblan la Tierra desaparecerán un día, siendo reemplazadas por seres cada vez más perfectos. Esas razas transformadas sucederán a la actual, como esta ha sucedido a otras más groseras aún.

186. ¿Existen mundos en los que el Espíritu, cuando deja de habitar en un cuerpo material, no tiene otra envoltura que el periespíritu?

«Sí, y esta misma envoltura se hace tan etérea, que para vosotros es como si no existiese. Tal es el estado de los Espíritus puros».

— Parece resultar de esto que no hay una demarcación clara entre el estado de las últimas encarnaciones y el de Espíritu puro.

«Esa demarcación no existe. La diferencia desaparece gradualmente y se vuelve insensible, como desaparece la noche con los primeros fulgores del día».

187. La sustancia del periespíritu ¿es la misma en todos los globos?

«No, es más o menos etérea. Al pasar de un mundo a otro, el Espíritu se reviste con la materia propia de cada uno de ellos, operación que dura tan poco tiempo como un relámpago».

188. Los Espíritus puros ¿habitan en mundos especiales, o están en el espacio universal sin predilección de un globo sobre los otros?

«Los Espíritus puros habitan en ciertos mundos, pero no están confinados en ellos como los hombres en la Tierra, y más fácilmente que los otros pueden estar en todas partes».²⁴

²⁴ Según los Espíritus, entre todos los globos que componen nuestro sistema planetario, la *Tierra* es uno de aquellos cuyos habitantes están menos adelantados física y moralmente. *Marte* le es inferior y *Júpiter* muy superior en todos los aspectos. El *Sol* no es un mundo habitado por seres corporales, sino un lugar de reunión de los Espíritus superiores, que desde allí irradian por medio del pensamiento a los otros mundos, a los que dirigen por mediación de Espíritus menos elevados, con los cuales comunican a través del fluido universal. Como constitución física, el Sol es un foco de electricidad. Parece que todos los soles se encuentran en posición idéntica.

El volumen y distancia del Sol no tienen ninguna relación necesaria con el grado de adelanto de los mundos, puesto que parece que Venus está más adelantado que la Tierra y Saturno menos que Júpiter.

Muchos Espíritus que han animado a personas conocidas en la Tierra, han dicho que estaban reencarnadas en Júpiter, uno de los mundos más próximos a la perfección. Ha podido causar admiración al ver en ese mundo tan adelantado a hombres que la opinión en la Tierra no conceptuaba dignos de tanto. Nada debe sorprender esto, si se considera que ciertos Espíritus que habitan en ese planeta, pudieron ser enviados a la Tierra para desempeñar una misión, que a nuestros ojos no les hacía dignos del primer puesto. En segundo lugar, entre su existencia terrestre y la que viven en Júpiter, pueden haber vivido otras intermedias, durante las cuales se hayan

Transmigración progresiva

189. Desde el principio de su formación, ¿goza el Espíritu de la plenitud de sus facultades?

«No, porque el Espíritu, como el hombre, también tiene su infancia. En su origen, los Espíritus no tienen más que una existencia instintiva y apenas tienen conciencia de sí mismos y de sus actos. Solo poco a poco se desarrolla la inteligencia».

190. ¿Cuál es el estado del alma en su primera encarnación?

«El estado de infancia en la vida corporal y apenas se desarrolla su inteligencia: *El alma se ensaya en la vida*».

191. Las almas de nuestros salvajes ¿son almas en estado de infancia?

mejorado. Y en tercer lugar, en ese mundo, como en el nuestro, hay diferentes grados de desarrollo, entre los cuales puede encontrarse la distancia que separa entre nosotros al salvaje del hombre civilizado. Así, pues, del hecho de habitar en Júpiter, no se sigue que ha de estar al nivel de los seres más adelantados, del mismo modo que no por vivir en París se ha de estar a la altura de uno de los sabios del Instituto.

Las condiciones de longevidad tampoco son las mismas en todas partes que en la Tierra y la edad no puede compararse. Una persona que había muerto hacía algunos años, fue evocada, y dijo que estaba encarnada hacía ya seis meses en un mundo cuyo nombre nos es desconocido. Preguntada acerca de la edad que en aquel mundo tenía, contestó: «No puedo precisarla, porque no contamos como vosotros, además de que el modo de vivir no es el mismo, pues aquí nos desarrollamos mucho más pronto. Sin embargo, aunque solo hace seis de vuestros meses que me encuentro en este mundo, puedo decir que en cuanto a inteligencia tengo treinta años de la edad que contaba en la Tierra».

Muchas respuestas análogas han sido dadas por otros Espíritus, y esto no es nada inverosímil. ¿No vemos en la Tierra que una multitud de animales llegan en pocos meses a su desarrollo normal? ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con el hombre, en otras esferas? Observemos, por otra parte, que el desarrollo a que llega el hombre en la Tierra a la edad de treinta años, no pasa quizá de ser una especie de infancia, comparado con el que está llamado a alcanzar. Se necesita ser muy miope de inteligencia para tomarnos en todo por modelos de la Creación, y se rebaja mucho a la Divinidad creyendo que, fuera de nosotros, nada hay que sea posible. (N. de A. K.)

«Infancia relativa, pero son almas ya desarrolladas, pues tienen pasiones».

— **Las pasiones ¿son, pues, una señal de desarrollo?**

«De desarrollo sí, pero no de perfección. Son una señal de actividad y de la conciencia del yo, mientras que en el alma primitiva la inteligencia y la vida están en estado de germen».

La vida del Espíritu recorre, en conjunto, las mismas fases de la vida corporal. Pasa gradualmente del estado de embrión al de la infancia, para llegar por una serie de períodos al estado de adulto, que es el de la perfección, pero con la diferencia de que no tiene decaimiento y decrepitud como en la vida corporal. Su vida, que tuvo un principio, no tendrá fin. El Espíritu necesita un tiempo inmenso, a nuestro modo de ver, para pasar de la infancia espírita al desarrollo completo y realiza su progreso no en una sola esfera, sino pasando por diversos mundos. La vida del Espíritu se compone, pues, de una serie de existencias corporales, cada una de las cuales le es ocasión de progreso, como cada existencia corporal se compone de una serie de días, en cada uno de los cuales el hombre acrecienta su experiencia e instrucción. Sin embargo, del mismo modo que en la vida del hombre hay días infructuosos, en la del Espíritu hay existencias corporales que no producen resultado, porque no ha sabido aprovecharlas.

192. ¿Se puede desde esta vida, observando una conducta perfecta, franquear todos los grados y llegar a ser Espíritu puro, sin pasar por otros intermedios?

«No, porque lo que el hombre cree perfecto está muy lejos de la perfección. Hay cualidades que le son desconocidas y no puede comprender. Puede ser tan perfecto como lo permita su naturaleza terrestre, pero esta no es la perfección absoluta. Así como el niño, por mucha que sea su

precocidad, ha de pasar por la juventud antes de llegar a la madurez, también el enfermo pasa por la convalecencia antes de recobrar toda la salud. Además, el Espíritu ha de progresar en ciencia y moralidad. Si solo ha progresado en un sentido, es preciso que progrese en el otro para llegar a lo alto de la escala. Con todo, cuanto más adelanta el hombre en la vida presente, menos largas y penosas son las pruebas siguientes».

— **¿Puede el hombre, por lo menos, asegurarse desde esta vida una existencia futura menos sobrecargada de amargas?**

«Sin duda que sí, pues puede abreviar la extensión y dificultades del camino. *Solo el indolente se encuentra siempre en el mismo punto.*

193. En sus nuevas existencias ¿puede el hombre descender a más baja condición de la que ocupaba?

«Respecto a la *posición social*, sí, pero no considerado como Espíritu».

194. El alma de un hombre de bien ¿puede, en una nueva encarnación, animar el cuerpo de un malvado?

«No, porque no puede degenerar».

— **El alma de un hombre perverso ¿puede llegar a ser la de un hombre de bien?**

«Sí, si se arrepiente, y entonces la transformación es una recompensa».

La marcha de los Espíritus es progresiva y nunca retrógrada. Se elevan gradualmente en la jerarquía y no descienden de la altura a que han llegado. En sus diferentes existencias corporales pueden descender como hombres, pero no como Espíritus. Así el alma de un potentado de la Tierra puede más tarde animar al más humilde artesano, y viceversa, porque los

rangos entre los hombres están con frecuencia en razón inversa a los sentimientos morales. Herodes era rey, y Jesús, carpintero.

195. La posibilidad de mejorarse en otra existencia ¿no puede inducir a ciertas personas a perseverar en el mal camino, creídos de que más tarde podrán corregirse?

«El que así piensa no cree en nada, y tampoco lo contiene la idea de un castigo eterno, porque su razón la rechaza y semejante idea conduce a la incredulidad sobre todas las cosas. Si solo se hubiesen empleado medios racionales en la dirección de los hombres, no habría tantos escépticos. Un Espíritu imperfecto puede, en efecto, pensar lo que tú dices durante su vida corporal, pero una vez desprendido de la materia, piensa de muy distinto modo, porque ve muy pronto que ha calculado mal, y *entonces es cuando trae un sentimiento contrario en una nueva existencia*. Así es como se realiza el progreso, y he aquí por qué tenéis en la Tierra hombres más adelantados que otros. Unos tienen aquella experiencia de que carecen otros, pero que adquirirán paulatinamente. De ellos depende precipitar su progreso o retardarlo indefinidamente».

El hombre que ocupa una mala posición desea cambiarla lo más pronto posible. El que está persuadido de que las tribulaciones de esta vida son consecuencia de sus imperfecciones, procurará proporcionarse una nueva existencia menos penosa. Y este pensamiento lo alejará más del camino del mal que el del fuego eterno en que no cree.

196. Puesto que los Espíritus solo pueden mejorar sufriendo las tribulaciones de la vida corporal, ¿se deduce que la vida material es una especie de tamiz o depurador, por el que deben pasar los seres del mundo espírita para llegar a la perfección?

«Sí, exactamente es así. Se mejoran en esas pruebas evitando el mal y practicando el bien. Con todo, solo después de muchas encarnaciones o purificaciones sucesivas, alcanzan el objeto hacia el cual se dirigen en un tiempo más o menos largo, *según sus esfuerzos*».

— **¿Influye el cuerpo en el Espíritu para mejorarlo, o el Espíritu influye en el cuerpo?**

«Tu Espíritu lo es todo. Tu cuerpo es una vestidura que se pudre. Todo se reduce a esto».

El jugo de la vid nos ofrece una comparación material de los diferentes grados de la purificación del alma. Contiene el licor llamado espíritu o alcohol, pero debilitado por una multitud de materias extrañas que alteran su esencia. El licor no obtiene su pureza absoluta sino después de muchas destilaciones, en cada una de las cuales se desprende de alguna impureza. El alambique es el cuerpo en que ha de entrar para purificarse. Las materias extrañas vienen a ser como el periespíritu, que se purifica a medida que el Espíritu se aproxima a la perfección.

Suerte de los niños después de la muerte

197. El Espíritu de un niño muerto en edad temprana ¿está tan adelantado como el de un adulto?

«A veces mucho más, porque puede haber vivido mucho más y tener más experiencia, sobre todo si ha progresado».

— **El Espíritu de un niño ¿puede, pues, estar más adelantado que el de su padre?**

«Este caso es muy frecuente, ¿acaso no lo veis a menudo en la Tierra?»

198. El Espíritu del niño que, por haber muerto en edad temprana, no pudo hacer mal, ¿pertenece a los grados superiores?

«Si no ha hecho mal, tampoco ha hecho bien, y Dios no le libra de las pruebas que ha de sufrir. Si es puro, no depende de que fuera niño, sino de que estaba más adelantado».

199. ¿Por qué se interrumpe a menudo la vida en la infancia?

«La duración de la vida del niño, para el Espíritu que en él está encarnado, puede ser el complemento de una existencia interrumpida antes del término deseado, y su muerte es con frecuencia *una prueba o una expiación para sus padres*».

— **¿Qué hace el Espíritu de un niño que muere en edad temprana?**

«Vuelve a empezar una nueva existencia».

Si el hombre tuviese una sola existencia, y si después de ella quedase decidida para siempre su suerte futura, ¿cuál sería el mérito de la mitad de la especie humana, que muere en edad temprana, para disfrutar, sin haber luchado, de la dicha eterna, y con qué derecho se la eximiría de las condiciones, tan duras a veces, impuestas a la otra mitad? Semejante orden de cosas no podría estar conforme con la justicia de Dios. Mediante la reencarnación, todos son iguales, a todos pertenece el porvenir sin excepción y sin favoritismo, y los últimos que llegan, solo a sí mismos pueden culparse. El hombre debe tener el mérito de sus actos, como tiene la responsabilidad de ellos.

Por otra parte, no es racional considerar la infancia como un estado normal de inocencia. ¿No vemos niños dotados de los peores instintos en edad en que no ha podido la educación ejercer aún su influencia? ¿No los vemos que parecen haber traído al nacer, la astucia, la falsedad, la perfidia y hasta los instintos del robo y del asesinato, no obstante los buenos ejemplos que les rodean? La ley civil absuelve sus crímenes, porque, según dice, obran sin discernimiento, y tienen razón

porque, en efecto, obran más por instinto que deliberadamente. Mas, ¿de dónde pueden provenir esos instintos tan diferentes en niños de una misma edad, educados con las mismas condiciones y sometidos a las mismas influencias? ¿De dónde procede esa perversidad precoz, si no de la inferioridad del Espíritu, puesto que la educación no tomó parte en ello? Los que son viciosos, lo son porque sus Espíritus han progresado menos, y sufren entonces las consecuencias, no por sus actos de niño, sino por sus existencias anteriores, y así la ley es la misma para todos y la justicia de Dios a todos alcanza.

Sexo en los Espíritus

200. ¿Tienen sexo los Espíritus?

«Como lo comprendéis vosotros, no, porque los sexos dependen del organismo. Existe entre ellos amor y simpatía, pero fundados en la semejanza de sentimientos».

201. El Espíritu que animó el cuerpo de un hombre ¿puede en una nueva existencia animar el de una mujer y viceversa?

«Sí, unos mismos Espíritus animan a los hombres y a las mujeres».

202. Cuando somos Espíritus, ¿preferimos encarnarnos en el cuerpo de un hombre o de una mujer?

«Poco le importa al Espíritu, porque depende de las pruebas que ha de sufrir».

Los Espíritus encarnan como hombres o mujeres, porque carecen de sexo. Como deben progresar en todo, cada sexo, lo mismo que cada posición social, les ofrece pruebas y deberes especiales y la ocasión de adquirir experiencia. El que fuese siempre hombre, no sabría más que lo que saben los hombres.

Parentesco, filiación

203. Los padres ¿transmiten a sus hijos una parte de su alma, o se limitan a darles la vida animal, a la cual viene después una nueva alma a añadir la vida moral?

«Solamente la vida animal, porque el alma es indivisible. Un padre estúpido puede tener hijos con talento, y viceversa».

204. Puesto que tenemos muchas existencias, ¿el parentesco se remonta más allá de nuestra existencia actual?

«No puede suceder de otro modo. La sucesión de las existencias corporales establece entre los Espíritus lazos que se remontan a vuestras anteriores existencias, y de aquí proceden con frecuencia las causas de simpatía entre vosotros y ciertos Espíritus que os parecen extraños».

205. Según ciertas personas, la doctrina de la reencarnación parece que destruye los lazos de familia, haciéndolos remontar a otras existencias más allá de la actual.

«Los extiende, pero no los destruye. Como el parentesco está fundado en afectos anteriores, los lazos que unen a los miembros de una misma familia son menos precarios. La reencarnación aumenta los deberes de fraternidad, porque en vuestro vecino o criado puede encontrarse un Espíritu que ha estado ligado a vosotros por los lazos de la sangre».

— **Sin embargo, la reencarnación disminuye la importancia que algunos dan a su filiación, puesto que puede haberse tenido por padre a un Espíritu que perteneció a otra raza, o que vivió en muy distinta condición.**

«Es verdad, pero esa importancia se funda en el orgullo, pues lo que la mayor parte honra en sus antepasados son los títulos, el rango y la fortuna. Tal hay que se

avergonzaría de descender de un zapatero honrado y que se vanagloriaría de derivar de un gentilhomme libertino. Con todo, por más que digan o hagan, no evitarán que las cosas sean lo que son, porque Dios no ha dispuesto las leyes de la naturaleza con arreglo a su vanidad».

206. ¿Es ridículo el culto de los antepasados, porque no existe filiación entre los Espíritus de los descendientes de una misma familia?

«Ciertamente que no, porque debemos considerarnos felices de pertenecer a una familia en la que se han encarnado Espíritus elevados. Aunque los Espíritus no procedan unos de otros, no profesan sin embargo menos afecto a los que están unidos ellos por lazos de familia, porque semejantes Espíritus se inclinan a menudo a tal o cual familia por simpatía o por lazos anteriores. No obstante, estad persuadidos de que ninguna honra reciben los Espíritus de vuestros antepasados, del culto que por orgullo les tributáis. Su mérito solo se refleja en vosotros, a medida que os esforzáis en seguir los buenos ejemplos que os dieron, y entonces únicamente puede vuestro recuerdo serles no solo agradable, sino también útil».

Semejanzas físicas y morales

207. Con frecuencia los padres transmiten a los hijos la semejanza física. ¿Les transmiten también la moral?

«No, porque tienen almas o Espíritus diferentes. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu. Entre los descendientes de raza no existe más que consanguinidad».

— **¿De dónde proceden las semejanzas morales que existen a veces entre padres e hijos?**

«Son Espíritus simpáticos atraídos por la semejanza de inclinaciones.

208. ¿Tienen influencia los Espíritus de los padres en el del hijo, después de su nacimiento?

«La tienen y muy grande, pues, como hemos dicho, los Espíritus deben contribuir a su progreso recíproco. Pues bien, los Espíritus de los padres tienen la misión de desarrollar, por medio de la educación, el de sus hijos, lo que les impone una tarea. *Si fallan en ella, son culpables*».

209. ¿Por qué padres buenos y virtuosos tienen hijos de naturaleza perversa? Dicho de otro modo, ¿por qué las buenas cualidades de los padres no atraen siempre, por simpatía, a un buen Espíritu para que anime a su hijo?

«Un Espíritu malo puede pedir buenos padres con la esperanza de que sus consejos le llevarán por mejor camino, y a menudo Dios se lo concede».

210. ¿Pueden los padres con sus pensamientos y súplicas atraer al cuerpo del hijo un Espíritu bueno con preferencia a un Espíritu inferior?

«No, pero pueden mejorar el Espíritu del hijo que han engendrado y que les ha sido confiado: este es su deber. Los hijos malos son una prueba para los padres».

211. ¿De dónde procede la semejanza de carácter que existe con frecuencia entre dos hermanos, sobre todo si son gemelos?

«Son Espíritus simpáticos que se atraen por la semejanza de sus sentimientos y *que se sienten felices estando juntos*».

212. En los niños cuyos cuerpos están unidos y que tienen ciertos órganos comunes ¿hay dos Espíritus o, dicho de otro modo, dos almas?

«Sí, pero a menudo su semejanza hace que os parezcan solo uno».

213. Puesto que los Espíritus encarnan por simpatía en los gemelos, ¿de dónde procede la aversión que a veces se nota entre estos?

«No es regla invariable que los gemelos sean Espíritus simpáticos, pues también los Espíritus malos pueden querer luchar juntos en el teatro de la vida».

214. ¿Qué pensar de lo que se cuenta de ciertos niños que luchan en el seno materno?

«¡Es una alegoría! Para demostrar que su odio era antiguo, se le hace remontar hasta una época anterior al nacimiento. Generalmente no distinguís bastante las figuras poéticas».

215. ¿De dónde procede el carácter distintivo que se observa en cada pueblo?

«Los Espíritus también tienen familias formadas por la semejanza de sus tendencias más o menos puras, según su elevación. Pues bien, un pueblo es una gran familia donde se reúnen Espíritus simpáticos. La tendencia a unirse que tienen los miembros de esas familias es el origen de la semejanza, que existe en el carácter distintivo de cada pueblo. ¿Crees tú que los Espíritus buenos y humanitarios acudirán a un pueblo duro y grosero? No, los Espíritus simpatizan con las masas tanto como con los individuos, y allí se encuentran en su medio».

216. ¿Conserva el hombre en sus nuevas existencias vestigios del carácter moral de sus anteriores existencias?

«Sí, puede suceder así, pero al mejorar, cambia. Puede también no ser la misma su posición social. Si de amo pasa a ser esclavo, sus gustos serán muy diferentes y tendríais

trabajo en reconocerlo. Como el Espíritu es el mismo en las diversas encarnaciones, sus manifestaciones pueden tener ciertas analogías de una a otra, pero modificadas por las costumbres de su nueva posición, hasta que un perfeccionamiento notable haya cambiado completamente su carácter, porque de orgulloso y malvado puede volverse humilde y humano, si se arrepintió».

217. En sus diferentes encarnaciones ¿conserva el hombre vestigios del carácter físico de las existencias anteriores?

«El cuerpo se destruye y el nuevo no tiene ninguna relación con el anterior. No obstante, el Espíritu se refleja en el cuerpo. Y aunque es cierto que el cuerpo solo es materia, está modelado con arreglo a la capacidad del Espíritu que le imprime cierto carácter, especialmente en la cara, por lo que se dice con exactitud que los ojos son el espejo del alma. Quiere esto decir, que la cara particularmente refleja el alma, porque una persona excesivamente fea tiene, sin embargo, algo que gusta, cuando sirve de envoltura a un Espíritu bueno, prudente y humano, mientras que hay caras muy bonitas que nada dicen, y que hasta inspiran repulsión. Podrías creer que solo los cuerpos perfectos sirven de envoltura a Espíritus perfectos, aunque cada día encuentras hombres de bien bajo un aspecto exterior deforme. Sin tener, pues, una semejanza pronunciada, la similitud de gustos e inclinaciones puede dar lo que se llama un aire de familia».

Puesto que en una nueva encarnación el alma se reviste con un cuerpo que no tiene ninguna relación *necesaria* con el que ha abandonado, ya que puede derivar de muy distinto origen, sería absurdo deducir una sucesión de existencias de un parecido que no pasa de ser fortuito. Sin embargo, las cualidades del Espíritu modifican con frecuencia los órganos que sirven

a sus manifestaciones, e imprimen a la cara, y hasta al conjunto de los gestos, un sello distintivo. Así, bajo la más humilde envoltura puede descubrirse la expresión de la grandeza y de la dignidad, mientras que bajo el traje de un gran caballero se descubre a veces la de bajeza y la ignominia. Ciertas personas procedentes de la más ínfima posición adquieren sin dificultad las costumbres y modales de la alta sociedad, y parece que en ella *vuelven a encontrar* su elemento, mientras otras, a pesar de su nacimiento y educación, están siempre en ella como fuera de su centro. ¿Cómo explicar este hecho sino considerándolo como reflejo de lo que ha sido el Espíritu?

Ideas innatas

218. El Espíritu encarnado ¿conserva algún vestigio de las percepciones que tuvo y de los conocimientos que adquirió en sus existencias anteriores?

«Le queda un vago recuerdo que le da lo que se llama ideas innatas».

— **La teoría de las ideas innatas ¿no es, pues, una quimera?**

«No, puesto que los conocimientos adquiridos en cada existencia no se pierden. El Espíritu, desprendido de la materia, los recuerda siempre. Durante la encarnación, puede olvidarlos parcial y momentáneamente, pero la intuición que de ellos conserva le ayuda en su progreso. Si no fuera así, tendría que volver a empezar siempre. En cada nueva existencia, el Espíritu toma por punto de partida aquel a que había llegado en la existencia precedente».

— **¿Debe, pues, haber gran conexión entre dos existencias sucesivas?**

«No tan grande siempre como podrías creer, porque a menudo las posiciones son muy diferentes, y porque en el intervalo el Espíritu ha podido progresar». (Véase 216)

219. ¿Cuál es el origen de las facultades extraordinarias de los individuos que, sin estudios previos, parecen tener intuición de ciertos conocimientos, como los idiomas, el cálculo, etc.?

«Recuerdo del pasado y progreso anterior del alma, del cual ni ellos mismos tienen conciencia. ¿De dónde quieres que procedan? El cuerpo cambia, pero no el Espíritu, aunque cambia de vestido.

220. Al cambiar de cuerpo, ¿pueden perderse ciertas facultades intelectuales, por ejemplo, la afición a las artes?

«Sí, si se ha mancillado esa inteligencia, o si se hizo mal uso de ella. Por otra parte, una facultad puede dormitar durante una existencia, porque el Espíritu quiere ejercitar otra con la cual no se relacione aquella. Entonces permanece en estado latente para reaparecer más tarde».

221. El sentimiento instintivo de la existencia de Dios y el presentimiento de la vida futura, que tiene el hombre incluso en estado salvaje, ¿se deben a un recuerdo retrospectivo?

«Es un recuerdo que conserva de lo que sabía como Espíritu antes de encarnarse, pero a menudo el orgullo ahoga ese sentimiento».

— **¿Se deben a ese mismo recuerdo ciertas creencias relativas a la doctrina espírita que observamos en todos los pueblos?**

«Esta doctrina es tan antigua como el mundo. Por esto se halla en todas partes, lo cual prueba que es verdadera. El Espíritu encarnado, al conservar la intuición de su estado de Espíritu, tiene conciencia instintiva del mundo invisible, pero falseada con frecuencia por los prejuicios y la ignorancia le añade la superstición».

CAPÍTULO V

CONSIDERACIONES SOBRE LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS

222. El dogma de la reencarnación, dicen algunas personas, no es nuevo. Procede de Pitágoras. Nunca hemos dicho que la doctrina espírita sea una invención moderna. El espiritismo, al ser una de las leyes de la naturaleza, debe haber existido desde el origen de los tiempos, y siempre nos hemos esforzado en probar que se encuentran vestigios de él en la más remota antigüedad. Pitágoras, como ya se sabe, no es autor del sistema de la metempsicosis, sino que lo tomó de los filósofos indios y egipcios, entre los cuales existía desde tiempo inmemorial. La idea de la transmigración de las almas era, pues, una creencia vulgar, admitida por los hombres más eminentes. ¿Por dónde les había llegado? ¿por revelación, o por intuición? No lo sabemos. Pero, como quiera que sea, una idea no pasa a través de las edades ni es aceptada por las inteligencias superiores, si no tiene un lado serio. La antigüedad de esta doctrina es, pues, más que una objeción, una prueba favorable. Sin embargo, como igualmente se sabe, entre la metempsicosis de los antiguos y la moderna doctrina de la reencarnación hay una gran diferencia, ya que los Espíritus rechazan del modo más absoluto la transmigración del alma del hombre a los animales y viceversa.

Al enseñar el dogma de la pluralidad de existencias corporales, los Espíritus renuevan una doctrina que nació en las primeras edades del mundo y que, hasta nuestros días, se ha conservado en lo íntimo del pensamiento de muchas personas. Ellos solo nos la ofrecen bajo un aspecto más racional, más conforme

con las leyes progresivas de la naturaleza y más en armonía con la sabiduría del Creador, despojándola de todos los accesorios de la superstición. Una circunstancia digna de notarse es que en los últimos tiempos los Espíritus no solo la han enseñado en este libro, sino que, desde antes de su publicación, se han obtenido numerosas comunicaciones de la misma naturaleza, en comarcas distintas, comunicaciones que más tarde se han multiplicado considerablemente. Acaso sería ocasión de examinar por qué todos los Espíritus parecen no estar conformes sobre este punto, pero lo haremos más adelante.

Haciendo abstracción de la intervención de los Espíritus, examinemos esta materia bajo otro aspecto. Prescindamos de ellos por un instante, supongamos que esta teoría no dimana de ellos y también que nunca se haya hablado de Espíritus. Coloquémonos, pues, momentáneamente en terreno neutral, admitiendo como igualmente probables una y otra hipótesis, a saber: la pluralidad y la unidad de existencias corporales, y veamos a qué lado nos conducen la razón y nuestro propio interés.

Algunas personas rechazan la idea de la reencarnación por el único motivo de que no les conviene. Dicen que bastante tienen con una sola existencia y que no querrían empezar otra semejante. Sabemos que la sola idea de aparecer nuevamente en la Tierra basta para exasperar su ira. Nos contentamos con preguntar a esas personas, si creen que Dios les haya pedido parecer y consultado su gusto para arreglar el universo. Ahora bien, una de estas dos cosas: o la reencarnación existe, o no existe. Si existe, en vano se la combatirá, les será preciso sufrirla, puesto que Dios no les pedirá su consentimiento. Nos parece oír a un enfermo que dice: «Demasiado he sufrido hoy, no quiero sufrir más mañana». Por mucho que sea su mal humor, no dejará de ser preciso que sufra al otro día y en los sucesivos, hasta que esté curado. Así pues, si deben volver a vivir corporalmente, lo

harán, se reencarnarán. Por ello habrán de pasar, siendo en vano rebelarse, como el chiquillo que no quiere ir al colegio o el prisionero a la cárcel. Semejantes objeciones son demasiado pueriles para que nos merezcan más serio examen. Les diremos, no obstante, para tranquilizarlos, que la doctrina espírita sobre la reencarnación no es tan terrible como creen. No se horrorizarían tanto, si la hubiesen estudiado a fondo, pues sabrían que la condición de la nueva existencia depende de ellos: que será feliz o desgraciada, según lo que en la Tierra hagan, *y que pueden elevarse tanto, desde esta vida, que no abrigarán temores de caer nuevamente en el lodazal.*

Suponemos que hablamos con personas que creen en un porvenir cualquiera después de la muerte, y no con aquellas cuya perspectiva es la nada, o que quieren ahogar su alma en un todo universal, sin individualidad, como las gotas de agua en el océano, lo que a corta diferencia es lo mismo. Si creéis, pues, en un porvenir cualquiera, no admitiréis sin duda que sea el mismo para todos, pues de lo contrario, ¿cuál sería la utilidad del bien? ¿Para qué violentarse? Ya que lo mismo daría, ¿por qué no satisfacer todas las pasiones y todos los deseos, aunque fuese con perjuicio de otro? Vosotros creéis que semejante porvenir será más o menos feliz o desgraciado según lo que hayamos hecho durante la vida. ¿Desearéis por consiguiente que sea lo más feliz posible, puesto que ha de ser eterno? ¿Tendréis acaso la pretensión de ser uno de los hombres más perfectos que existen en la Tierra, y de que gozáis el derecho palmario a la felicidad suprema de los elegidos? No. Luego admitís que hay hombres mejores que vosotros y que tienen derecho a mejor puesto, sin que os contéis por ello entre los réprobos. Pues bien, colocaos por un instante con el pensamiento en esa situación intermedia, que será la vuestra, puesto que acabáis de confesarlo, y suponed que alguno os diga: «Sufrióis y no sois tan dichosos como podríais serlo, mientras que tenéis a la vista seres

que disfrutan de completa dicha, ¿queréis cambiar vuestra posición por la suya?». «Sin duda —responderéis—, ¿y qué debo hacer para lograrlo?». «Poco menos que nada. Volver a empezar lo que habéis hecho mal, y procurar hacerlo mejor». ¿Dudaríais en aceptarlo, aunque fuese a costa de muchas existencias de pruebas? Pongamos una comparación más prosaica. Si a un hombre que, sin ser un indigente, sufre privaciones a consecuencia de la medianía de sus recursos, se le dijese: «Ahí tienes una fortuna inmensa de la que puedes disfrutar, te bastaría para ello trabajar rudamente por espacio de un minuto». Aunque fuese el más perezoso de la Tierra, diría sin titubear: «Trabajemos un minuto, dos, una hora, un día, si es preciso. ¿Qué es todo eso, si puedo concluir mi vida en la abundancia?». Ahora bien, ¿qué es la duración de la vida corporal, comparada con la eternidad? Menos que un minuto, menos que un segundo.

Hemos oído hacer este razonamiento: Dios, que es soberanamente bueno, no puede condenar al hombre a empezar de nuevo una serie de miserias y tribulaciones. ¿Y se le creerá por ventura más bueno condenando al hombre a un sufrimiento perpetuo por algunos momentos de error, que ofreciéndole medios de reparar sus faltas? «Había dos fabricantes, cada uno de los cuales tenía un obrero que podía aspirar a ser socio de su jefe. Sucedió que, en cierta ocasión, ambos obreros emplearon muy mal el día, mereciendo por ello ser despedidos. Uno de los dos fabricantes despidió al obrero a pesar de sus súplicas, el cual, no encontrando trabajo murió de miseria. El otro dijo al suyo: «Has perdido un día, y me debes otro en recompensa. Has hecho mal tu tarea, y me debes reparación, te permito que vuelvas a empezarla. Procura hacerla bien y no te despediré y podrás continuar aspirando a la posición superior que te había prometido». ¿Hay necesidad de preguntar cuál de los dos fabricantes ha sido más humano? Y Dios, que es la misma clemencia, ¿será más inexorable que un hombre? La idea de que nuestra suerte

queda eternamente decidida por algunos años de prueba, aun cuando no haya dependido siempre de nosotros la consecución de la perfección en la Tierra, tiene algo de desconsolador. En cambio, la idea contraria es eminentemente consoladora, pues nos queda la esperanza. Así, pues, sin decidirnos ni a favor ni en contra de la pluralidad de existencias, sin dar predilección a una u otra hipótesis, decimos que, si se nos permitiese escoger, nadie habría que prefiriese un juicio sin apelación. Ha dicho un filósofo que si no existiese Dios, sería preciso inventarlo²⁵ para dicha del género humano, y otro tanto pudiera decirse de la pluralidad de existencias. Pero, como hemos dicho, Dios no nos pide nuestro consentimiento. No consulta nuestro gusto. Las cosas son o no son. Veamos de qué parte están las probabilidades y examinemos la materia bajo otro punto de vista, haciendo siempre abstracción de la enseñanza de los Espíritus y considerándola únicamente como estudio filosófico.

Es evidente que, si no existe la reencarnación, solo tenemos existencia corporal. Y si nuestra actual existencia corporal es la única, el alma de cada hombre debe ser creada al nacer, a menos que se admita su anterioridad, en cuyo caso preguntaremos qué era el alma antes del nacimiento y si el estado en que se encontraba no constituía una existencia, bajo una forma cualquiera. No cabe término medio: el alma existía o no existía antes que el cuerpo. Si existía, ¿cuál era su situación? ¿Tenía o no conciencia de sí misma? Si no la tenía, es más o menos como si no existiese. Y si tenía individualidad, ¿era progresiva o estacionaria? En uno y otro caso, ¿en qué grado se encontraba al ingresar en el cuerpo? Admitiendo con la creencia vulgar que el alma nace con el cuerpo, o lo que viene a ser lo mismo, que anteriormente a su encarnación no tiene más que facultades negativas,

²⁵ "Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer." (Voltaire, *Épître CIV*)

planteamos las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué el alma manifiesta aptitudes tan diversas e independientes de las ideas proporcionadas por la educación?

2. ¿De dónde proviene la aptitud extraordinaria de algunos niños de tierna edad para tal arte o ciencia, mientras otros no pasan de ser incapaces o medianías durante toda su vida?

3. ¿De dónde proceden las ideas innatas o intuitivas de unos, de las cuales carecen otros?

4. ¿De dónde vienen en ciertos niños esos instintos precoces de vicios o virtudes, esos sentimientos innatos de dignidad o de bajeza que contrastan con la sociedad en que han nacido?

5. ¿Por qué haciendo abstracción de la educación, están más adelantados unos hombres que otros?

6. ¿Por qué hay salvajes y hombres civilizados? Si cogéis un niño de pecho hotentote y lo educáis en uno de nuestros colegios de más fama, ¿haréis de él un Laplace o un Newton?

¿Qué filosofía o teosofía, preguntamos, puede resolver tales problemas? No cabe vacilación: las almas al nacer son iguales o son desiguales. Si son iguales, ¿por qué esas aptitudes tan diversas? ¿Se dirá que depende del organismo? Pues entonces esa es la doctrina más monstruosa e inmoral. El hombre, por consiguiente, no es más que una máquina, juguete de la materia. No es responsable de sus actos y todo puede atribuirlo a sus imperfecciones físicas. Si son desiguales es porque Dios las creó así y entonces ¿por qué conceder a unas esa superioridad innata? ¿Está conforme semejante parcialidad con su justicia y con el amor que igualmente profesa a sus criaturas?

Admitamos, por el contrario, una sucesión de existencias anteriores progresivas y todo queda explicado. Los hombres nacen con la intuición de lo que ya han aprendido. Están más o menos adelantados según el número de existencias que han

recorrido, según que estén más o menos lejanos del punto de partida, absolutamente lo mismo que en una reunión de individuos de distintas edades cada uno tiene un desarrollo proporcionado al número de años que haya vivido. Las existencias sucesivas serán, para la vida del alma, lo que los años para la vida del cuerpo. Reunid un día a mil individuos de uno hasta ochenta años. Suponed que un velo cubre todos los días anteriores y que en vuestra ignorancia los creéis a todos nacidos en un mismo día. Naturalmente os preguntaréis cómo es posible que los haya grandes y pequeños, viejos y jóvenes, instruidos e ignorantes. Sin embargo, si se descorre el velo que os oculta el pasado, si comprendéis que todos han vivido más o menos tiempo, todo quedará explicado. Dios en su justicia no ha podido crear almas más o menos perfectas, pero, dada la pluralidad de existencias, la desigualdad que notamos nada contraría a la más rigurosa equidad. Depende todo de que solo vemos el presente, sin fijarnos en el pasado. ¿Se basa este raciocinio en un sistema, en una suposición gratuita? No. Partimos de un hecho patente, incontestable, que es la desigualdad de aptitudes y del desarrollo moral e intelectual, y vemos que semejante hecho es inexplicable por todas las teorías aceptadas, mientras que la explicación es sencilla, natural y lógica, acudiendo a otra teoría. ¿Es racional preferir la que no lo explica a la que lo explica?

Respecto de la sexta pregunta, se nos dirá que el hotentote es de raza inferior, pero entonces preguntamos si el hotentote es o no un hombre. Si lo es, ¿por qué Dios lo ha desheredado a él y a toda su raza de los privilegios concedidos a la raza caucásica? Si no lo es, ¿por qué procurar hacerlo cristiano? La doctrina espírita es más amplia que todo eso, puesto que para ella no hay varias especies de hombres, solo hay hombres cuyo espíritu está más o menos atrasado, pero susceptible de progresar. ¿No está esto más conforme con la justicia de Dios?

Acabamos de estudiar el alma en su presente y en su pasado. Si la consideramos respecto a su porvenir, encontramos las mismas dificultades.

1. Si únicamente nuestra existencia actual es la que ha de decidir nuestra suerte venidera, ¿cuál es en la vida futura la posición respectiva del salvaje y del hombre civilizado? ¿Están al mismo nivel o desnivelados en la suma de la felicidad eterna?

2. El hombre que ha trabajado toda la vida para mejorarse ¿ocupa el mismo rango que aquel que se ha quedado detrás, no por culpa suya, sino porque no ha tenido tiempo ni posibilidad para mejorarse?

3. El hombre que obra mal porque no ha podido instruirse, ¿es responsable de un estado de cosas ajeno a su voluntad?

4. Se trabaja para instruir, moralizar y civilizar a los hombres, pero por uno que llegue a ilustrarse, mueren diariamente millares antes de que la luz los haya alcanzado. ¿Cuál es su suerte? ¿Son tratados como réprobos? En caso contrario, ¿qué han hecho para merecer el mismo rango que los otros?

5. ¿Cuál es la suerte de los niños que mueren en edad temprana antes de haber hecho mal, ni bien? Si moran entre los elegidos, ¿por qué esta gracia sin haber hecho nada para merecerla? ¿Por qué privilegio se les libra de las tribulaciones de la vida?

¿Qué doctrina hay que pueda resolver estas cuestiones? Admitid las existencias consecutivas y todo se explica conforme a la justicia de Dios. Lo que no ha podido hacerse en una existencia se hace en otra. Así es como nadie escapa a la ley del progreso, cada uno será recompensado según su mérito *real*, y ninguno queda excluido de la felicidad suprema, a la que puede aspirar cualesquiera que sean los obstáculos que haya encontrado en su camino.

Estas cuestiones podrían multiplicarse hasta lo infinito, porque los problemas psicológicos y morales que solo se resuelven por medio de la pluralidad de existencias son innumerables. Nosotros nos hemos limitado a los más generales. Como quiera que sea, se dirá quizá que la doctrina de la reencarnación no es admitida por la Iglesia, y que aceptarla sería derribar la religión. No es nuestro objeto tratar esa cuestión en este momento, nos basta con haber demostrado que la doctrina de la reencarnación es eminentemente moral y racional. Ahora bien, lo que es moral y racional no puede ser contrario a una religión que proclama que Dios es la bondad y la razón por excelencia. ¿Qué hubiera sido de la religión si, contra la opinión universal y el testimonio de la ciencia, se hubiese resistido a la evidencia y hubiera echado de su seno a todo el que no creyera en el movimiento del sol o en los seis días de la creación? ¿Qué crédito hubiese merecido y qué autoridad hubiera tenido en los pueblos ilustrados una religión fundada en errores manifiestos, consagrados como artículos de fe? Cuando se ha demostrado la evidencia, la Iglesia, procediendo con cordura, se ha puesto del lado de la evidencia. Si está probado que cosas que existen son imposibles sin la reencarnación, si solo pueden explicarse ciertos puntos del dogma por este medio, será preciso admitirlo y reconocer que el antagonismo de la doctrina de la reencarnación con los dogmas de la Iglesia no es más que aparente. Más adelante demostraremos que acaso la religión está menos lejos de la reencarnación de lo que se cree, y que no sufriría menoscabo alguno, como no lo sufrió con el descubrimiento del movimiento de la Tierra y de los períodos geológicos, que al principio pareció que desmentían los textos sagrados. El principio de la reencarnación se deduce, por otra parte, de muchos pasajes de las Escrituras y se encuentra notoriamente formulado de un modo explícito en el Evangelio.

«Y al bajar del monte (después de la transfiguración) Jesús

les dio esta orden, diciendo: “No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”. Sobre lo cual le preguntaron los discípulos: “¿Por qué, pues, dicen los escribas que debe venir primero Elías?” A esto Jesús les respondió: “En efecto, Elías ha de venir, y entonces restablecerá todas las cosas. Pero yo os declaro que Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron con él todo cuanto quisieron. Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre”. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan Bautista». (S. Mateo, cap. XVII, v. 9, 10, 11)

Puesto que Juan Bautista era Elías, hubo, pues, reencarnación del Espíritu o del alma de Elías en el cuerpo de Juan Bautista.

Por lo demás, cualquiera que sea la opinión que se tenga de la reencarnación, ya se la acepte o no, no se dejará de sufrirla si existe, a pesar de la creencia contraria. Lo esencial es que la enseñanza de los Espíritus es eminentemente cristiana. Está basada en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas futuras, en la justicia de Dios, en el libre albedrío del hombre y en la moral de Cristo, y por lo tanto no es antirreligiosa.

Como prometimos, hemos razonado, haciendo abstracción de la enseñanza espírita, que no tiene autoridad para algunas personas. Si nosotros, como otros muchos, hemos adoptado la opinión de la pluralidad de existencias, no es solo porque procede de los Espíritus, sino porque también nos ha parecido la más lógica, y porque únicamente ella resuelve cuestiones hasta ahora insolubles. Aunque nos hubiese sido sugerida por un simple mortal, la habríamos aceptado del mismo modo, sin vacilar mucho tiempo en renunciar a nuestras propias ideas. Demostrado un error, más pierde que gana el amor propio, obstinándose en sustentar una idea falsa. De la misma manera, y aunque procedente de los Espíritus, la habríamos rechazado de habernos parecido contraria a la razón, como lo hemos hecho con muchas otras ideas, porque sabemos por experiencia que no

debe aceptarse ciegamente todo lo que de ellos procede, como no debemos aceptar todo lo que de los hombres proviene. Ante todo, el primer mérito de la idea de la pluralidad de existencias es, para nosotros, el de ser lógica. Tiene otro, que es el de estar confirmada por los hechos: hechos positivos y, por decirlo así, materiales, que el estudio atento y razonado puede revelar a todo el que se tome el trabajo de observar con paciencia y perseverancia, y en presencia de los cuales es imposible dudar. Cuando semejantes hechos se hayan popularizado, como ocurrió con los de la formación y el movimiento de la Tierra, será preciso rendirse a la evidencia, y los impugnadores habrán hecho en vano el gasto de su oposición.

Reconozcamos, pues, en resumen, que la doctrina de la pluralidad de existencias es la única que explica lo que, sin ella, es inexplicable; que es eminentemente consoladora y conforme con la más rigurosa justicia, y que es el ancla de salvación que Dios en su misericordia ha dado al hombre.

Las mismas palabras de Jesús no dejan duda sobre este particular: Esto es lo que se lee en el *Evangelio según San Juan*, capítulo III:

3. Jesús respondiendo a Nicodemo, dijo: «Pues en verdad, en verdad te digo, que si un hombre *no nace de nuevo*, no puede ver el reino de Dios».
4. Nicodemo le dijo: «¿Cómo puede nacer un hombre, cuando es viejo? ¿puede volver otra vez al seno de su madre y nacer una segunda vez?»
5. Jesús respondió: «En verdad, en verdad te digo, que si un hombre no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es y lo que ha nacido del espíritu, es espíritu. No extrañes de que te haya dicho: *Os es preciso nacer otra vez*». (Véase, más adelante, el artículo *Resurrección de la carne*, núm. 1010)

CAPÍTULO VI

VIDA ESPÍRITA

1. ESPÍRITUS ERRANTES. 2. MUNDOS TRANSITORIOS. 3. PERCEPCIONES, SENSACIONES Y SUFRIMIENTOS DE LOS ESPÍRITUS. 4. ENSAYO TEÓRICO SOBRE LA SENSACIÓN DE LOS ESPÍRITUS. 5. ELECCIÓN DE LAS PRUEBAS. 6. RELACIONES DE ULTRATUMBA. 7. RELACIONES SIMPÁTICAS Y ANTIPÁTICAS DE LOS ESPÍRITUS. 8. RECUERDO DE LA EXISTENCIA CORPORAL. 9. CONMEMORACIONES DE LOS DIFUNTOS. FUNERALES.

Espíritus errantes

223. El alma ¿se reencarna inmediatamente después de su separación del cuerpo?

«A veces inmediatamente, pero con más frecuencia después de intervalos más o menos largos. En los mundos superiores, la reencarnación es casi siempre inmediata. Debido a que la materia corporal es menos grosera, el Espíritu encarnado goza allí de casi todas sus facultades de Espíritu y su estado normal es el de vuestros sonámbulos lúcidos.

224. ¿Qué es el alma en el intervalo de las reencarnaciones?

«Espíritu errante que aspira a su nuevo destino y lo espera».

— **¿Cuál puede ser la duración de esos intervalos?**

«Desde algunas horas hasta algunos millares de siglos. Por lo demás, hablando con exactitud, no hay límite extremo señalado al estado errante, que puede prolongarse muchísimo tiempo, pero que nunca es perpetuo. El Espíritu puede siempre, tarde o temprano, volver a empezar una existencia que sirve para purificar sus existencias anteriores».

— Esa duración ¿está subordinada a la voluntad del Espíritu o puede serle impuesta como expiación?

«Es consecuencia del libre albedrío. Los Espíritus saben perfectamente lo que hacen, pero los hay también para quienes es un castigo impuesto por Dios. Otros piden la prolongación de semejante estado para proseguir ciertos estudios que solo se pueden hacer con provecho en estado de Espíritu».

225. La erraticidad ¿es en sí misma señal de inferioridad del Espíritu?

«No, porque hay Espíritus errantes de todos los grados. La encarnación es un estado transitorio, como hemos dicho, y en estado normal el Espíritu está desprendido de la materia».

226. ¿Puede decirse que todos los Espíritus que no están encarnados están errantes?

«Los que se han de reencarnar, sí, pero los Espíritus puros que han llegado a la perfección no están errantes: su estado es definitivo».

Bajo el aspecto de las cualidades íntimas, los Espíritus son de diferentes órdenes o grados, que recorren sucesivamente a medida que se purifican. Por su estado, pueden estar: *encarnados*, es decir, unidos a un cuerpo; *errantes*, es decir, separados del cuerpo material y esperando una nueva encarnación para mejorarse, y pueden ser *Espíritus puros*, es decir, perfectos y sin necesidad de nuevas encarnaciones.

Entre los Espíritus no encarnados, los hay que tienen misiones que cumplir, ocupaciones activas y gozan de una felicidad relativa.

Otros se mantienen en la vaguedad y en la incertidumbre. Estos últimos son *errantes* en la verdadera acepción del término y son, realidad, los que denominamos *almas en pena*. Los primeros no siempre se consideran *errantes*, porque hacen una distinción entre su situación y la de los otros. (Véase 1015)²⁶

²⁶ Este último párrafo figura en la *Fe de erratas* de la 2ª impresión de la 2ª edición de *Le Livre des Esprits*, de 1860 y en algunas ediciones posteriores.

227. ¿De qué modo se instruyen los Espíritus errantes? Sin duda no lo hacen de la misma manera que nosotros.

«Estudian su pasado y buscan los medios de elevarse. Miran y observan lo que ocurre en los lugares que recorren. Oyen los discursos de los hombres ilustrados y las advertencias de los Espíritus más elevados, y todo esto les proporciona ideas de que carecían».

228. ¿Conservan los Espíritus algunas de las pasiones humanas?

«Los Espíritus elevados, al perder su envoltura, dejan las malas pasiones y no conservan sino las buenas, pero los Espíritus inferiores las conservan, pues de otro modo pertenecerían al primer orden».

229. ¿Por qué los Espíritus, al dejar la Tierra, no abandonan todas sus malas pasiones, puesto que ven sus inconvenientes?

«En ese mundo hay personas excesivamente celosas, ¿crees que al abandonarlo, se desprenden de ese defecto? Después de salir de la Tierra, les queda, sobre todo a los que han tenido pasiones dominantes, una especie de atmósfera que les rodea y les conserva todas esas cosas malas, porque el Espíritu no está completamente desprendido de ellas, y solo en ciertos momentos entrevé la verdad, como para enseñarle el buen camino».

230. ¿Progresa el Espíritu en estado errante?

«Puede mejorar mucho, siempre según su voluntad y su deseo, pero en la existencia corporal es donde practica las nuevas ideas que ha adquirido».

231. ¿Son felices o desgraciados los Espíritus errantes?

«Más o menos según su mérito. Sufren las consecuencias de las pasiones cuya causa han conservado, o bien son

felices según están más o menos desmaterializados. En estado errante, el Espíritu entrevé lo que le falta para ser más dichoso, y entonces busca los medios de conseguirlo, pero no siempre le es permitido reencarnarse a su gusto, lo que entonces constituye un castigo».

232. En estado errante, ¿pueden los Espíritus ir a todos los mundos?

«Según. Separado el Espíritu del cuerpo, no está por ello completamente desprendido de la materia. Pertenece aún al mundo en que ha vivido o a otro del mismo grado, a menos que durante la vida se haya elevado. Y este es el fin a que debe dirigirse, pues sin él no se perfeccionaría nunca. Puede, sin embargo, ir a ciertos mundos superiores, pero estará en ellos como un extraño. Por decirlo así, no hace más que entreverlos, lo que le despierta el deseo de mejorar, para ser digno de la felicidad de que en ellos se goza y poder habitarlos más tarde».

233. Los Espíritus purificados ¿vienen a los mundos inferiores?

«Vienen a menudo para ayudarlos a progresar, pues de no ser así semejantes mundos estarían abandonados a sí mismos, sin guías que los dirigiesen».

Mundos transitorios

234. ¿Existen, como se ha dicho, mundos que sirven a los Espíritus errantes de estaciones y lugares de reposo?

«Sí, hay mundos particularmente consagrados a los seres errantes, mundos en que pueden habitar temporalmente, especie de vivaques o campamentos para descansar de una prolongada erraticidad, que siempre es algo penosa. Son posiciones intermedias entre los otros mundos, graduadas según la naturaleza de los Espíritus que pueden ir a ellas, los cuales gozan de mayor o menor bienestar».

— Los Espíritus que habitan en esos mundos ¿pueden dejarlos a su antojo?

«Sí, los Espíritus que están en esos mundos pueden separarse de ellos para ir a donde deben dirigirse. Imaginadlos como aves de paso que se detienen en una isla, esperando recobrar fuerzas para dirigirse al término de su viaje».

235. ¿Progresan los Espíritus durante su permanencia en los mundos transitorios?

«Indudablemente, pues los que se reúnen de tal modo lo hacen con objeto de instruirse y de poder obtener, más fácilmente, permiso para trasladarse a mejores lugares y llegar a la posición de los elegidos».

236. Los mundos transitorios ¿están por su naturaleza especial perpetuamente consagrados a los Espíritus errantes?

«No, su posición es temporal únicamente».

— ¿Están habitados al mismo tiempo por seres corporales?

«No, pues su superficie es estéril. Los que los habitan no sienten necesidades».

— Esta esterilidad ¿es permanente y procede de su naturaleza especial?

«No, son estériles de manera transitoria».

— Esos mundos deben, pues, carecer de bellezas naturales.

«La naturaleza se traduce en las bellezas de la inmensidad, que no son menos admirables que las que llamáis bellezas naturales».

— Puesto que el estado de esos mundos es transitorio, ¿pertenece el nuestro algún día a ellos?

«Ha pertenecido ya».

— ¿En qué época?

«Durante su formación».

Nada hay inútil en la naturaleza. Todo tiene su objeto y su destino. Nada está vacío, todo está habitado, y en todas partes reina la vida. Así, pues, durante la larga serie de siglos que transcurrieron antes de que apareciese el hombre en la Tierra, durante aquellos lentos períodos de transición, atestiguados por las capas geológicas, antes aún de la formación de los primeros seres orgánicos, no faltaba vida en aquella masa informe, en aquel árido caos donde estaban confundidos los elementos. Seres que no tenían ni nuestras necesidades, ni nuestras sensaciones físicas en él encontraban refugio. Dios quiso que aún en semejante estado de imperfección sirviese para algo. ¿Quién, pues, se atrevería a decir que entre esos miles de millones de mundos que circulan por la inmensidad, uno solo, uno de los más pequeños, perdido entre la multitud, tiene el privilegio exclusivo de estar habitado? ¿Cuál sería la utilidad de los otros? ¿Los habría creado Dios solo para recreo de nuestros ojos? Suposición absurda, incompatible con la sabiduría que en todas sus obras se revela, e inadmisible, cuando se consideran todos los que no podemos distinguir. Nadie negará que en la idea de que existen mundos todavía inadecuados para la vida material, pero poblados sin embargo por seres vivos apropiados a semejante medio, haya algo de grande y de sublime, donde quizá encontraremos solución a más de un problema.

Percepciones, sensaciones y sufrimientos de los Espíritus

237. Vuelta al mundo de los Espíritus, ¿conserva el alma las percepciones que tenía durante la encarnación?

«Sí, y otras que no poseía, porque su cuerpo era como un velo que se las ocultaba. La inteligencia es un atributo del Espíritu, pero se manifiesta más libremente cuando no tiene trabas».

238. Las percepciones y conocimientos de los Espíritus ¿son indefinidos? En una palabra ¿saben ellos todas las cosas?

«Cuanto más se aproximan a la perfección, más saben. Si son Espíritus superiores, saben mucho, y los inferiores están más o menos ignorantes de todas las cosas».

239. ¿Conocen los Espíritus el principio de las cosas?

«Según su elevación y su pureza. Los Espíritus inferiores saben de esto tanto como los hombres».

240. ¿Comprenden los Espíritus la duración del tiempo como nosotros?

«No, y de aquí depende el que no nos comprendáis siempre, tratándose de fijar fechas o épocas».

Los Espíritus viven fuera del tiempo, tal como lo comprendemos nosotros. Su duración para ellos se anula, por así decirlo, y los siglos, que tan largos nos parecen a nosotros, no son a sus ojos más que instantes que se borran en la eternidad, como las desigualdades del terreno se borran y desaparecen para el que se eleva en el espacio.

241. Los Espíritus ¿tienen del presente una idea más precisa y exacta que nosotros?

«Poco más o menos como el que ve con claridad tiene una idea más exacta de las cosas que el ciego. Los Espíritus ven lo que vosotros no veis y juzgan por lo tanto de diferente modo, pero, volvemos a repetirlo, siempre según su elevación».

242. ¿Cómo adquieren los Espíritus el conocimiento del pasado? Este conocimiento ¿es ilimitado en ellos?

«Cuando de él nos ocupamos, el pasado se nos convierte en presente, como te sucede a ti que recuerdas lo que te ha llamado la atención en el curso de tu destierro terrestre. Existe la diferencia de que, como el velo material no oscurece nuestra inteligencia como a la tuya, recordamos cosas que se han borrado de tu memoria. Sin embargo, los Espíritus no lo conocen todo, especialmente su creación».

243. ¿Conocen los Espíritus el porvenir?

«También depende esto de su perfección. Con frecuencia solo lo entrevén, *pero no siempre les es permitido revelarlo*. Cuando lo ven les parece presente. El Espíritu ve el porvenir más claramente cuanto más se aproxima a Dios. Después de la muerte, el alma ve y abraza de una ojeada *sus emigraciones pasadas*, pero no puede ver lo que Dios le prepara. Para ello le es preciso que sea por completo en él, después de muchas existencias».

— **Los Espíritus que han llegado a la perfección absoluta, ¿tienen completo conocimiento del porvenir?**

«*Completo* no es la palabra, porque solo Dios es el soberano Señor y nadie puede igualársele».

244. ¿Ven los Espíritus a Dios?

«Solo los Espíritus superiores lo ven y lo comprenden. Los Espíritus inferiores lo sienten y lo adivinan».

— **Cuando un Espíritu inferior dice que Dios le prohíbe o le permite alguna cosa, ¿cómo sabe que procede de Él?**

«No ve a Dios, pero siente su soberanía, y cuando no debe hacerse una cosa o decirse algo, percibe como una intuición, como una advertencia invisible que le impide hacerlo.

¿No tenéis vosotros mismos presentimientos que son como advertencias secretas de que hagáis o dejéis de hacer tal o cual cosa? Lo mismo nos sucede a nosotros, pero en mayor grado, porque comprenderás que al ser la esencia de los Espíritus más sutil que la vuestra, ellos pueden recibir mejor las advertencias divinas».

— **El mandato ¿le es directamente transmitido por Dios o por mediación de otros Espíritus?**

«No lo recibe directamente de Dios, pues es preciso ser digno de ello para comunicarse con Él. Dios le transmite sus mandatos por Espíritus más elevados en perfección e instrucción».

245. ¿Está circunscrita la vista de los Espíritus como la de los seres corporales?

«No, reside en ellos».

246. Los Espíritus ¿necesitan claridad para ver?

«Ven por sí mismos y no necesitan la claridad exterior. Para ellos no existen las tinieblas, excepto aquellas en que por expiación pueden estar sumidos».

247. ¿Tienen necesidad los Espíritus de trasladarse de un lugar a otro, para ver lo que pasa en dos puntos distintos? ¿Pueden, por ejemplo, abarcar lo que ocurre en los dos hemisferios del globo?

«Como el Espíritu se traslada con la rapidez del pensamiento, puede decirse que ve a la vez lo que sucede en todas partes. Su pensamiento puede irradiar y fijarse al mismo tiempo en muchos puntos diferentes, pero esta facultad depende de su pureza, de modo que, cuanto menos puro es, más limitada tiene la vista. Solo los Espíritus superiores pueden abarcar el conjunto».

La facultad de ver, en los Espíritus, es una propiedad inherente a su naturaleza, que reside en todo su ser, como reside la luz en todas las partes de un cuerpo luminoso. Es una especie de lucidez universal que a todo se extiende, que abarca a la vez el espacio, los tiempos y las cosas, y ante la cual desaparecen las tinieblas y obstáculos materiales. Se comprende que así debe suceder. En el hombre la visión opera por el funcionamiento de un órgano al ser impresionado por la luz. Sin luz, el hombre permanece en la oscuridad. En el Espíritu, debido a que la facultad de ver es un atributo de sí mismo, con independencia de todo agente externo, la visión es independiente de la luz. (Véase *Ubicuidad*, núm. 92)

248. El Espíritu ¿ve las cosas tan claras como nosotros?

«Más claras aún, porque su vista penetra lo que vosotros no podéis penetrar. Nada la empaña.

249. ¿Percibe el Espíritu los sonidos?

«Sí, y percibe otros que no pueden percibir vuestros sentidos obtusos».

— **La facultad de oír ¿reside en todo su ser como la de ver?**

«Todas las percepciones son atributos del Espíritu y forman parte de su ser. Cuando se encuentra revestido del cuerpo material, solo por conducto de los órganos las recibe, pero en estado de Espíritu las percepciones no las tiene localizadas».

250. Siendo las percepciones atributos del mismo Espíritu, ¿le es posible sustraerse a ellas?

«El Espíritu ve y oye únicamente lo que quiere. Esto debe entenderse en general y sobre todo de los Espíritus elevados, porque los Espíritus imperfectos ven y oyen a menudo, a pesar suyo, lo que puede ser útil para su mejoramiento».

251. ¿Son sensibles los Espíritus a la música?

«¿Quieres hablar de vuestra música? ¿Qué significa vuestra música comparada con la celestial, con esa armonía de la cual nada en la Tierra puede daros una idea? La una es a la otra lo que el canto del salvaje a las suaves melodías. No obstante, los Espíritus vulgares pueden experimentar cierto placer oyendo vuestra música, porque no les es dado aún comprender otra más sublime. La música tiene para los Espíritus infinitos encantos, debido a que sus cualidades sensitivas están muy desarrolladas. Me refiero a la música celestial, que es lo que la imaginación espiritual puede concebir como más bello y dulce».

252. ¿Son sensibles los Espíritus a las bellezas de la naturaleza?

«Las bellezas naturales de los globos son tan diferentes, que se está lejos de conocerlas. Sí, los Espíritus son sensibles a ellas según su aptitud para apreciarlas y comprenderlas. Para los Espíritus elevados existen bellezas de conjunto ante las cuales se desvanecen, por decirlo así, las bellezas de detalles».

253. ¿Experimentan los Espíritus nuestras necesidades y sufrimientos físicos?

«Los *conocen*, porque los han experimentado, pero no los sienten materialmente como nosotros, pues son Espíritus».

254. ¿Sienten los Espíritus cansancio y necesitan de descanso?

«No pueden sentir cansancio tal como lo entendéis vosotros, y por lo tanto no tienen necesidad de vuestro descanso corporal, puesto que no tienen órganos cuyas fuerzas hayan de ser recuperadas. Con todo, Espíritu descansa en el sentido de que no está en constante actividad. No actúa de un modo material. Su acción es completamente intelectual y su reposo totalmente moral. Es decir, que en ciertos momentos su pensamiento cesa de ser tan activo y no se fija

en un objeto determinado, lo cual constituye un verdadero reposo, aunque incomparable con el del cuerpo. La especie de cansancio que pueden sentir los Espíritus está en proporción de su inferioridad, porque cuanto más elevados son, menos necesario les es el descanso».

255. Cuando un Espíritu dice que sufre, ¿qué clase de sufrimientos experimenta?

«Angustias morales que le atormentan más dolorosamente que los sufrimientos físicos».

256. ¿De dónde proviene, pues, que algunos Espíritus se hayan quejado de padecer frío o calor?

«Recuerdo de lo que habían sufrido durante la vida, tan penoso a veces como la realidad. A menudo es una comparación por medio de la cual, y a falta de otra más exacta, expresan su situación. Cuando se acuerdan de su cuerpo, experimentan cierta impresión, como cuando nos quitamos el abrigo y creemos llevarlo puesto algún tiempo después».

Ensayo teórico sobre la sensación en los Espíritus

257. El cuerpo es el instrumento del dolor. Si no constituye su causa primera, por lo menos, es su causa inmediata. El alma tiene la percepción del dolor, percepción que es el efecto. El recuerdo que el alma conserva de dicho dolor, aunque puede ser muy penoso, no puede tener una acción física. En efecto, el frío y el calor no pueden desorganizar los tejidos del alma. El alma no puede helarse ni abrasarse. ¿Acaso no vemos cada día que el recuerdo o temor de un mal físico produce el mismo efecto que la realidad? ¿ocasionando hasta la muerte? Todos sabemos que las personas a quienes se ha amputado un miembro continúan

sintiendo dolor en ese miembro que ya no existe. Seguramente que este miembro no es la sede, ni siquiera el punto de partida del dolor, sino que es el cerebro el que conserva la impresión, eso es todo. Puede creerse, pues, que sucede algo análogo en los sufrimientos del Espíritu después de la muerte. Un estudio más profundo del periespíritu, que tan importantes funciones desempeña en todos los fenómenos espíritas –las apariciones vaporosas o tangibles, el estado del Espíritu en el momento de la muerte, la idea tan frecuente de que vive aún, el sorprendente espectáculo de los suicidas, de los ajusticiados, de las personas que se han entregado a los goces materiales y otros muchos hechos–, ha venido a arrojar luz en este asunto, dando lugar a las explicaciones cuyo resumen pasamos a dar.

El periespíritu es el lazo que une el Espíritu a la materia del cuerpo. Lo tomamos del medio ambiente, del fluido universal. Participa a la vez de la electricidad, del fluido magnético y, hasta cierto punto, de la materia inerte. Se podría decir que es la quintaesencia de la materia. Es el principio de la vida orgánica, pero no el de la intelectual, ya que este reside en el Espíritu. Es, por otra parte, el agente de las sensaciones externas. En el cuerpo, semejantes sensaciones están localizadas en los órganos que les sirven de conductos. Destruído el cuerpo, las sensaciones se hacen generales, y he aquí por qué no dice el Espíritu que le duele la cabeza más que los pies. Es preciso además no confundir las sensaciones del periespíritu, ya independiente, con las del cuerpo, que solo podemos tomar como término de comparación y no como analogía. Desprendido del cuerpo, el Espíritu puede sufrir, pero este sufrimiento no es el del cuerpo. Sin embargo, tampoco es un sufrimiento exclusivamente moral, como el remordimiento, puesto que se queja de frío y de calor. No sufre más en invierno que en verano: hemos visto a algunos atravesar las llamas, sin experimentar sufrimiento alguno. La temperatura, pues, no les impresiona. El dolor que sienten no

es, pues, físico propiamente dicho, sino un vago sentimiento íntimo del que no siempre se da perfecta explicación el mismo Espíritu, precisamente porque el dolor no está localizado, ni es producido por agentes externos. Es más bien un recuerdo que una realidad, pero un recuerdo tan penoso como esta. A veces, sin embargo, es más que un recuerdo, según vamos a ver.

La experiencia nos enseña que en el momento de la muerte, el periespíritu se desprende más o menos lentamente del cuerpo. Durante los primeros instantes, el Espíritu no se explica su situación. No se cree muerto. Se siente vivo. Ve su cuerpo a un lado, sabe que le pertenece y no comprende que esté separado de él. Semejante estado dura mientras existe un lazo entre el cuerpo y el periespíritu. Un suicida nos decía: «No, no estoy muerto», y añadía: «y *sin embargo, siento como me roen los gusanos*». Ciertamente que los gusanos no roían el periespíritu y menos aún el Espíritu, sino el cuerpo. Pero como la separación del cuerpo y del periespíritu no era completa, resultaba una especie de repercusión moral que le transmitía la sensación de lo que sucedía en el cuerpo. Quizá «repercusión» no sea la palabra, porque podría dar la idea de un efecto demasiado material. Era más bien la vista de lo que ocurría en su cuerpo, al que lo ligaba su periespíritu, lo que le producía una ilusión que tomaba por la misma realidad. Así, pues, no era un recuerdo, porque, durante la vida no había sido roído de gusanos. Era el sentimiento de su estado actual. De este modo se comprenderán las deducciones que pueden hacerse de los hechos, cuando se los observa atentamente. Durante la vida, el cuerpo recibe las impresiones externas y las transmite al Espíritu por mediación del periespíritu, que probablemente constituye lo que se llama fluido nervioso. Muerto el cuerpo, nada siente, porque carece de Espíritu y de periespíritu. Desprendido del cuerpo, el periespíritu experimenta la sensación, pero como no la recibe por un conducto limitado, se hace general la sensación. Luego, como

el periespíritu en realidad no es más que un agente de transmisión –puesto que el Espíritu es el que tiene conciencia–, resulta que, si pudiese existir un periespíritu sin Espíritu, no sería más sensible que el cuerpo después de muerto. Del mismo modo, si el Espíritu careciese de periespíritu, sería inaccesible a las sensaciones penosas. Esto es lo que tiene lugar en los Espíritus totalmente purificados. Sabemos que cuanto más se purifican, más etérea se hace la esencia del periespíritu, de donde se sigue que la influencia material disminuye a medida que el Espíritu progresa, es decir, a medida que el periespíritu se hace menos grosero.

Mas, se dirá, las sensaciones gratas, como las desagradables, son transmitidas al Espíritu por el periespíritu. Ahora bien, si el Espíritu puro es inaccesible a unas, debe serlo igualmente a las otras. Indudablemente que sí, respecto a las que provienen únicamente de la materia que conocemos. El sonido de nuestros instrumentos y el perfume de nuestras flores no le causan impresión alguna. Sin embargo, existen en el Espíritu puro sensaciones íntimas y de un indefinible encanto, de las que no podemos formarnos ninguna idea, porque en este punto somos como los ciegos de nacimiento respecto a la luz. Sabemos que esto existe, pero ¿de qué modo? Hasta aquí llega nuestra ciencia. Sabemos que existen en ellos percepciones, sensaciones, audición y visión, que estas facultades son atributos de todo el ser, y no de una parte de este, como sucede en el hombre, pero volvemos a preguntarlo ¿por qué medio? No lo sabemos. Los mismos Espíritus no pueden explicárnoslo, porque nuestro lenguaje no está creado de modo que con él se expresen ideas de que carecemos, como en el de los salvajes no se encuentran términos para expresar las de nuestras artes, ciencias y doctrinas filosóficas.

Al decir que los Espíritus son inaccesibles a las impresiones

de nuestra materia, queremos hablar de Espíritus muy elevados, cuya envoltura etérea no tiene analogía en la Tierra. No sucede lo mismo en los Espíritus que tienen más denso el periespíritu. Estos perciben los sonidos y olores terrestres, pero no por una parte limitada de su persona, como cuando vivían. Podría decirse que las vibraciones moleculares se hacen sentir en todo el ser, llegando así al *sensorio común*, que es el Espíritu mismo, aunque de un modo diferente, y quizá con diferente impresión, lo que produce una modificación en la percepción. Oyen el sonido de nuestra voz y sin embargo nos entienden sin el auxilio de la palabra, por la sola transmisión del pensamiento. Y viene en apoyo de lo que decimos, el hecho de que esta percepción es tanto más fácil cuanto más desmaterializado está el Espíritu. En cuanto a la vista, es independiente de nuestra luz. La facultad de ver es un atributo esencial del alma, para la cual no existe oscuridad, pero es más extensa y penetrante en los que están más purificados. El alma o Espíritu tiene, pues, en sí misma, la facultad de todas las percepciones. Durante la vida corporal, dichas percepciones están entorpecidas por la imperfección de nuestros órganos. En la vida extracorporal disminuye semejante entorpecimiento, a medida que se hace más transparente la envoltura semimaterial.

Esta envoltura, que tomamos en el medio ambiente, varía según la naturaleza de los mundos. Al pasar de uno a otro mundo, los Espíritus cambian de envoltura, como nosotros de vestido al pasar del invierno al verano, o del polo al ecuador. Cuando los Espíritus más elevados vienen a visitarnos, se revisten con el periespíritu terrestre, y entonces sus percepciones se realizan como las de los Espíritus vulgares. Mas todos ellos, tanto los inferiores como los superiores, solo oyen y sienten lo que quieren. Sin tener órganos sensitivos, pueden hacer a voluntad que sus percepciones sean activas o nulas. Solo se ven obligados a oír una cosa: los consejos de los Espíritus buenos.

La vista es siempre activa en ellos, pero mutuamente pueden hacerse invisibles los unos a los otros. Según el rango que ocupan, pueden ocultarse a los que les son inferiores, pero no a los superiores. En los momentos subsiguientes a la muerte, la vista del Espíritu está siempre turbada y confusa. Se aclara a medida que se desprende y puede adquirir la misma lucidez que durante la vida, con independencia de su penetración a través de los cuerpos, que son opacos para nosotros. En cuanto a la extensión de la vista a través del espacio indefinido, así en el porvenir como en el pasado, depende del grado de pureza y elevación del Espíritu.

Toda esta teoría, se dirá, no es muy tranquilizadora. Nosotros creíamos que una vez desprovistos de nuestra grosera envoltura, instrumento de nuestros dolores, no sufriríamos más, y ahora nos venís con que aún habremos de sufrir, puesto que poco importa que sea de este o de aquel modo, si al fin y al cabo sufrimos. ¡Ah!, sí, aún podemos sufrir, y mucho y por mucho tiempo, pero también podemos dejar de sufrir desde el momento en que dejemos esta vida corporal.

Los sufrimientos de la Tierra son a veces independientes de nosotros, pero en muchas ocasiones son consecuencia de nuestra voluntad. Remontémonos a su origen, y se verá que el mayor número es consecuencia de causas que hubiésemos podido evitar. ¿Cuántos males, cuántas dolencias no debe el hombre a sus excesos, a su ambición, en una palabra, a sus pasiones? El hombre que siempre haya vivido sobriamente, sin abusar de nada, que haya sido siempre sencillo en sus gustos, modesto en sus deseos, se evitaría no pocas tribulaciones. Lo mismo sucede al Espíritu, cuyos sufrimientos son siempre producto del modo como ha vivido en la Tierra. Ciertamente no padecerá de gota y reumatismo, pero tendrá otros sufrimientos que no son menores. Hemos visto que estos padecimientos son resultado de

los lazos que aún existen entre él y la materia, que cuanto más se desprende de ella —o de otro modo, que cuanto más desmaterializado está—, menos sensaciones penosas experimenta. Ahora bien, depende de él librarse de semejante influencia desde esta vida. Tiene su libre albedrío, y por consiguiente la elección de hacer o dejar de hacer. Domine sus pasiones animales, no tenga odio, ni envidia, ni celos, ni orgullo, no se deje dominar por el egoísmo, purifique su alma con buenos sentimientos, practique el bien y no dé a las cosas de este mundo más importancia de la que merecen, y entonces, hasta bajo la envoltura corporal, estará purificado y desprendido de la materia, y al separarse de ella, no sufrirá su influencia. Los padecimientos físicos que haya experimentado no le dejarán recuerdo alguno penoso, no le quedará de ellos impresión alguna desagradable, porque solo al cuerpo, y no al Espíritu, habrán afectado. Se considerará feliz al verse libre de aquella envoltura, y la tranquilidad de la conciencia le emancipará de todo sufrimiento moral. Hemos interrogado sobre el particular a miles de Espíritus, que han pertenecido a todos los rangos sociales, a todas las posiciones de la sociedad. Los hemos estudiado en todos los períodos de su vida espírita, desde el instante en que dejaron su cuerpo. Paso a paso los hemos seguido en la vida de ultratumba para observar los cambios que en ellos se operaban, así en sus ideas como en sus sensaciones y, sobre semejante asunto, los hombres vulgares han sido los que nos han proporcionado los puntos de estudio no menos preciosos. Ahora bien, siempre hemos observado que los sufrimientos están en relación con la conducta, cuyas consecuencias experimentan, y que esta nueva existencia es origen de inefable dicha para los que han seguido el buen camino. De aquí se deduce que los que padecen, es porque así lo han querido y que solo a ellos deben culparse, así en este como en el otro mundo.

Elección de las pruebas

258. En estado errante y antes de tomar una nueva existencia corporal, ¿tiene el Espíritu conciencia y previsión de lo que le sucederá durante la vida?

«Elige por sí mismo el género de pruebas que quiere sufrir, y en esto consiste su libre albedrío».

— **¿No es, pues, Dios quien le impone como castigo las tribulaciones de la vida?**

«Nada sucede sin el permiso de Dios, porque él estableció todas las leyes que rigen el universo. ¡Preguntad, pues, por qué ha hecho tal ley y no tal otra! Al darle al Espíritu la libertad de elegir, Dios le deja toda la responsabilidad de sus actos y consecuencias. Nada estorba su porvenir. Le pertenece así el camino del bien, como el del mal. Pero, si sucumbe, le queda, el consuelo de que no todo ha concluido para él, y que Dios, en su bondad, lo deja en libertad de volver a empezar lo que ha hecho mal. Es preciso, por otra parte, distinguir lo que es obra de la voluntad de Dios y lo que procede de la del hombre. Si os amenaza un peligro, no sois vosotros, sino Dios, quien lo ha creado. Sin embargo, vosotros sois libres de exponeros a él, porque lo consideraréis un medio de progreso, y Dios lo ha permitido».

259. Si el Espíritu elige el género de pruebas que debe sufrir, ¿se sigue de ello que hemos previsto y elegido todas las tribulaciones que experimentamos en la vida?

«*Todas* no es la palabra, porque no puede decirse que habéis previsto hasta las cosas más insignificantes de todo lo que os pasa en el mundo. Habéis elegido el género de prueba, los detalles son consecuencia de la posición en que os halléis y, a menudo, de vuestras propias acciones. Si el Espíritu ha querido nacer entre malhechores, por ejemplo,

sabía a qué peligros se exponía, pero no cada uno de los actos que realizaría, pues estos son efecto de su voluntad y de su libre albedrío. El Espíritu sabe que eligiendo tal camino, habrá de arrostrar tal género de lucha. Conoce, pues, la naturaleza de las vicisitudes que encontrará, pero no sabe si un acontecimiento tendrá lugar antes que otro. Los sucesos de detalle nacen de las circunstancias y de la fuerza de las cosas. Solo están previstos los grandes acontecimientos, los que influyen en el destino. Si eliges un camino lleno de baches, sabes que has de tomar grandes precauciones, porque corres peligro de caer, pero no sabes en qué lugar caerás, y acaso lo evites si eres prudente. Si al pasar por la calle te cae una teja en la cabeza, no creas que estaba escrito como vulgarmente se dice».

260. ¿Cómo puede el Espíritu querer nacer entre gentes de mal vivir?

«Es preciso que sea enviado a un medio en que pueda sufrir la prueba que haya pedido. Pues bien, es necesaria la analogía. Para luchar contra el instinto del bandolerismo, es preciso que se encuentre entre personas de esa clase».

— **Si no hubiese, pues, gentes de mal vivir en la Tierra, ¿no podría el Espíritu encontrar el medio necesario para ciertas pruebas?**

«¿Y os quejaréis de ello? Es lo que sucede en los mundos superiores donde no tiene acceso el mal, y por esto solo los habitan Espíritus buenos. Procurad que pase pronto lo mismo en vuestra Tierra».

261. En las pruebas que ha de sufrir para llegar a la perfección, ¿debe el Espíritu experimentar todos los géneros de tentaciones?, ¿debe pasar por todas las circunstancias que pueden excitar en él el orgullo, los celos, la avaricia, el sensualismo, etc.?

«Ciertamente que no, puesto que sabéis que los hay que, desde el principio toman un camino que los libra de no pocas pruebas. Sin embargo, el que se deja arrastrar hacia el mal camino, corre todos los peligros de este. Un Espíritu, por ejemplo, puede pedir riquezas que le son concedidas. Entonces, según su carácter, podrá ser avaro o pródigo, egoísta o generoso, o bien entregarse a todos los goces de la sensualidad, sin que quiera esto decir que deba pasar forzosamente por toda la serie de esas inclinaciones».

262. ¿Cómo puede el Espíritu, que en su origen es sencillo, ignorante e inexperto, escoger una existencia con conocimiento de causa y ser responsable de esta elección?

«Dios suple su inexperiencia trazándole el camino que debe seguir, como lo hacéis vosotros con el niño desde que nace. Con todo, poco a poco lo hace dueño de elegir a medida que se desarrolla su libre albedrío, y entonces es cuando a menudo se extravía, tomando el mal camino, si no escucha los consejos de los Espíritus buenos. A esto es a lo que puede llamarse la caída del hombre».

— **Cuando el Espíritu disfruta de su libre albedrío, la elección de la existencia corporal ¿depende siempre exclusivamente de su voluntad, o esa existencia puede serle impuesta como expiación por la voluntad de Dios?**

«Dios sabe esperar: no apresura la expiación. Sin embargo, puede imponer una existencia a un Espíritu, cuando este, por su inferioridad o mala voluntad, no es apto para comprender lo que le sería más saludable, y cuando ve que esa existencia puede servir a su purificación y adelanto, al tiempo que encuentra en ella su expiación».

263. ¿Hace el Espíritu su elección inmediatamente después de la muerte?

«No, muchos creen en las penas eternas, lo cual, según se os ha dicho, es un castigo».

264. ¿Qué es lo que dirige al Espíritu en la elección de las pruebas que quiere sufrir?

«Escoge las que son para él una expiación, dada la naturaleza de sus faltas, y que pueden hacerle progresar más pronto. Unos pueden, pues, imponerse una vida de miserias y de privaciones para intentar soportarla con valor. Otros pueden querer probarse con las tentaciones de la fortuna y del poder, mucho más peligrosos por el abuso y mal uso que puede hacerse y por las malas pasiones que engendran. Finalmente, otros quieren probarse con las luchas que han de sostener en contacto con el vicio».

265. Si algunos Espíritus eligen como prueba el contacto con el vicio, ¿los hay también que lo eligen por simpatía y deseos de vivir en un medio conforme con sus gustos, o para poder entregarse libremente a sus inclinaciones materiales?

«Cierto que los hay, pero solo entre aquellos cuyo sentido moral aún está poco desarrollado. Entonces *la prueba viene por sí misma y la sufren por más largo tiempo*. Tarde o temprano comprenden que la saciedad de las pasiones brutales les reporta deplorables consecuencias, que sufrirán durante un tiempo que les parecerá eterno. Dios podrá dejarles en este estado hasta que comprendan su falta y soliciten por sí mismos redimirla con pruebas provechosas».

266. ¿No parece natural la elección de las pruebas menos penosas?

«A vosotros, sí, pero no al Espíritu. Cuando está desprendido de la materia, cesa la ilusión y piensa de distinto modo».

El hombre en la Tierra, bajo la influencia de las ideas carnales, solo ve el aspecto penoso de las pruebas. Por esto le parece

natural elegir aquellas que, a su modo de ver, pueden aliarse con los goces materiales. Sin embargo, en la vida espiritual, compara estos goces fugitivos y groseros con la inalterable felicidad que entrevé, y entonces ¿qué le suponen algunos sufrimientos pasajeros? El Espíritu puede, pues, elegir la más ruda prueba y por lo tanto la existencia más penosa, con la esperanza de llegar más pronto a mejor estado, como el enfermo escoge con frecuencia el remedio más desagradable para curarse más pronto. El que desea unir su nombre al descubrimiento de un país desconocido, no escoge un camino sembrado de flores. Sabe los peligros que corre, pero también la gloria que le espera, si tiene éxito.

La doctrina de la libertad en la elección de nuestras existencias y de las pruebas que hemos de sufrir deja de parecer extraordinaria, si se considera que los Espíritus, desprendidos de la materia, aprecian las cosas de muy distinto modo que nosotros. Divisan el objetivo, mucho más serio para ellos que los goces fugitivos del mundo. Después de cada existencia, ven el paso que han dado y comprenden lo que les falta purificarse aún para conseguirlo. Ahí está por qué se someten voluntariamente a todas las vicisitudes de la vida corporal, pidiendo por sí mismos las que pueden hacerlos llegar más rápidamente. Sin razón, pues, se admiran algunos de que el Espíritu no dé preferencia a la existencia más placentera. En su estado de imperfección, no puede gozar de la vida exenta de amarguras. La entrevé y, para conseguirla, procura mejorarse.

¿Acaso no se ofrecen todos los días a nuestros ojos ejemplos de elecciones semejantes? El hombre que trabaja una parte de su vida sin tregua ni descanso, para procurarse el bienestar, ¿no se impone una tarea con miras a buscar un mejor porvenir? El militar que se ofrece para una misión peligrosa, el viajero que desafía peligros no menores, en interés de la ciencia o de su fortuna, ¿qué hacen sino aceptar pruebas voluntarias que han de procurarles honra y provecho, si de ellas salen salvos? ¿A qué no se somete y expone el hombre por su interés o

gloria? Todos los concursos ¿no son acaso pruebas voluntarias a que nos sometemos con miras a elevarnos en la profesión que hemos elegido? No se llega a una posición social trascendental cualquiera en las ciencias, en las artes y en la industria, sino pasando por el escalafón de posiciones inferiores que son otras tantas pruebas. Así, la vida humana está calcada de la vida espiritual, pues encontramos en este mundo, aunque en pequeño, las mismas vicisitudes. Luego, si en la vida elegimos con frecuencia las más rudas pruebas con miras a lograr un objetivo más elevado, ¿por qué el Espíritu, que ve más lejos que el cuerpo y para el cual la vida corporal no es más que un incidente fugitivo, no habría de elegir una existencia penosa y laboriosa, si lo conduce a una felicidad eterna? Los que dicen que si el hombre pudiera elegir su existencia, pedirían ser príncipes o millonarios, son como los miopes que solo ven lo que tocan, o como aquellos niños glotones que, al ser preguntados acerca de la profesión que más les gusta, responden: pastelero o confitero.

Un viajero que se encuentra en medio de un valle oscurecido por la bruma, no ve la anchura, ni los extremos del camino. Cuando llega a la cumbre del monte, descubre el camino que ha recorrido y el que aún le falta por recorrer. Distingue el fin, los obstáculos que todavía le restan por vencer, y entonces puede combinar con más seguridad los medios de llegar al fin. El Espíritu encarnado está como el viajero que se encuentra al pie del monte, pero desprendido de los lazos terrestres, domina las cosas como el que ha llegado a la cima. El fin del viajero es el descanso después del cansancio, el del Espíritu la dicha suprema, después de las tribulaciones y pruebas.

Todos los Espíritus dicen que en estado errante inquietan, estudian y observan para elegir. ¿No tenemos ejemplo de este hecho en la vida material? ¿No buscamos a menudo durante muchos años la carrera que libremente elegimos, porque la creemos más propicia para nuestro propósito?

Si fracasamos en una, buscamos otra. Cada carrera que abrazamos es una fase, un periodo de la vida. ¿No empleamos el día en buscar lo que haremos mañana? Ahora bien, ¿qué son las diferentes existencias corporales para el Espíritu, sino fases, períodos, días de su vida espírita que, como ya sabemos, es su vida normal, no siendo la corporal más que transitoria y pasajera?

267. ¿Podría el Espíritu hacer su elección durante el estado corporal?

«Puede influir en ella el deseo, lo que depende de la intención, pero en estado de Espíritu ve con frecuencia las cosas de muy diferente modo. Solo el Espíritu hace la elección. No obstante, lo repetimos, puede hacerla en esta vida material, porque el Espíritu tiene siempre momentos en que es independiente de la materia que habita».

— **Muchas personas desean la grandeza y la riqueza, y ciertamente no lo hacen ni como expiación, ni como prueba.**

«Sin duda, la materia es la que desea la grandeza para disfrutarla, y el Espíritu para conocer sus vicisitudes».

268. ¿Sufre el Espíritu constantemente pruebas, hasta llegar al estado de pureza perfecta?

«Sí, pero no son como las comprendéis vosotros, que llamáis pruebas a las tribulaciones materiales. Ahora bien, el Espíritu, cuando llega a cierto grado, sin ser perfecto aún, deja de sufrir. Sin embargo, siempre tiene deberes que le ayudan a perfeccionarse y que no le son nada penosos, aunque solo sea ayudar a sus semejantes a perfeccionarse».

269. ¿Puede equivocarse el Espíritu acerca de la eficacia de la prueba que elige?

«Puede escoger una superior a sus fuerzas y entonces sucumbe. También puede elegir una que no le aproveche,

como, por ejemplo, un género de vida ocioso e inútil, pero entonces, cuando vuelve al mundo de los Espíritus, se da cuenta de que nada ha ganado, y solicita reparar el tiempo perdido».

270. ¿De qué depende la vocación de ciertas personas y la voluntad de preferir una carrera a otra?

«Me parece que vosotros mismos podéis contestaros la pregunta. ¿Acaso no es consecuencia eso que preguntáis de todo lo que hemos dicho sobre la elección de las pruebas, y del progreso realizado en una existencia anterior?»

271. En estado errante, cuando el Espíritu estudia las diversas condiciones en que podrá progresar, ¿cómo cree poder hacerlo si nace, por ejemplo, entre caníbales?

«Los Espíritus adelantados no nacen entre caníbales, sino los de la misma naturaleza que estos, o que les son inferiores».

Sabemos que nuestros antropófagos no están en el grado más bajo de la escala, y que hay mundos donde el embrutecimiento y la ferocidad no tienen análogos en la Tierra. Esos Espíritus son, pues, inferiores a los más inferiores de nuestro mundo. Nacer entre nuestros salvajes es un progreso para ellos, como lo sería para nuestros antropófagos desempeñar aquellos oficios que les obligaran a derramar sangre. Si no tienen miras más altas, es por su inferioridad moral que no les permite comprender un progreso más completo. Solo gradualmente puede avanzar el Espíritu. No puede salvar de un salto la distancia que va de la barbarie a la civilización, lo cual nos manifiesta una de las necesidades de la reencarnación, que está verdaderamente conforme con la justicia de Dios. De no ser así, ¿qué sería de esos miles de seres que cada día mueren en el último grado de degradación, si no tuviesen medios de alcanzar la superioridad? ¿Por qué Dios los habría desheredado de los beneficios concedidos a los otros hombres?

272. ¿Podrían nacer en nuestros pueblos civilizados Espíritus que procediesen de un mundo inferior a la Tierra, o de un pueblo muy atrasado, como los caníbales, por ejemplo?

«Sí, los hay que se extravían queriendo subir muy alto. Entonces se encuentran fuera de lugar entre vosotros, porque tienen costumbres e instintos contrapuestos a los vuestros».

Estos seres nos ofrecen el triste ejemplo de la ferocidad en medio de la civilización. Al volver a nacer entre caníbales no retrocederán, sino que volverán a ocupar su verdadero puesto, y acaso ganen haciéndolo.

273. Un hombre perteneciente a una raza civilizada ¿podría reencarnar en un salvaje por expiación?

«Sí, pero esto depende de la clase de expiación. Un amo que ha sido duro con sus esclavos, podría a su vez ser esclavo y sufrir los malos tratos que ha usado con los demás. El que mandaba en cierta época puede, en una nueva existencia, obedecer a los que antes se humillaban ante su voluntad. Será una expiación, si ha abusado de su poder, y Dios puede imponérsela. Un Espíritu bueno puede también, a fin de hacerlos progresar, escoger una existencia influyente entre esos pueblos, y entonces desempeña una misión».

Relaciones de ultratumba

274. Los diferentes órdenes de Espíritus ¿establecen entre sí una jerarquía de poderes? ¿Existe entre ellos subordinación y autoridad?

«Sí, y muy grande. Unos Espíritus ejercen sobre otros una autoridad relativa a su superioridad por un ascendiente moral irresistible».

— **Los Espíritus inferiores ¿pueden sustraerse a la autoridad de los que les son superiores?**

«Irresistible, hemos dicho».

275. El poderío y la consideración de que goza un hombre en la Tierra ¿le dan una supremacía en el mundo de los Espíritus?

«No, porque los pequeños serán ensalzados y los grandes humillados. Lee los *Salmos*».

— **¿Cómo hemos de entender esa elevación y humillación?**

«¿No sabes que los Espíritus son de diferentes órdenes según sus méritos? Pues bien, los más grandes de la Tierra pueden ocupar el último rango entre los Espíritus, mientras que sus servidores pueden ser los primeros. ¿No lo comprendes? ¿No dijo Jesús: *Todo el que se humille será elevado, y todo el que se eleve será humillado*²⁷?».

276. El que era grande en la Tierra y se encuentra con que es inferior entre los Espíritus, ¿siente alguna humillación?

«A menudo muy grande, sobre todo, si era orgulloso y celoso».

277. El soldado que, después del combate, encuentra a su general en el mundo de los Espíritus, ¿le tiene aún por superior suyo?

«El título nada significa, la superioridad real lo es todo».

278. ¿Están mezclados los Espíritus de diferentes órdenes?

«Sí y no. Es decir, se ven, pero se distinguen los unos de los otros. Se separan o se aproximan, según la analogía o antipatía de sus sentimientos, como sucede entre vosotros. Forman *todo un mundo cuyo reflejo oscurecido es el vuestro*. Los del mismo rango se reúnen por una especie de afinidad, forman grupos o familias de Espíritus unidas por la

²⁷ San Lucas 14:11 y 18:14. San Mateo 23:12.

simpatía y por el fin que se proponen: los buenos por el deseo de hacer el bien y los malos por el deseo de hacer el mal, por la vergüenza de sus faltas y por la necesidad de encontrarse entre seres semejantes a ellos».

Lo mismo sucede en una gran ciudad, donde los hombres de todos los rangos y de todas las condiciones se ven y se encuentran, sin mezclarse; donde las sociedades se forman por analogía de gustos; donde el vicio y la virtud se codean sin relacionarse.

279. ¿Pueden todos los Espíritus acercarse de forma recíproca?

«Los buenos van a todas partes, y es preciso que así sea, para que puedan influir en los malos. Sin embargo, las regiones habitadas por los buenos están vedadas a los imperfectos, con el fin de que no puedan llevar a ellas la perturbación de sus malas pasiones».

280. ¿Cuál es la naturaleza de las relaciones de los buenos y malos Espíritus?

«Los buenos procuran combatir las malas inclinaciones de los otros *con el fin de ayudarles a ascender*. Esta es una misión».

281. ¿Por qué se complacen los Espíritus inferiores en inducirnos al mal?

«Por celos de no haber merecido estar entre los buenos. Su deseo no es otro que impedir, tanto como puedan, que los Espíritus todavía inexpertos lleguen al bien supremo. Quieren hacer sufrir a otros lo que ellos sufren. ¿No observáis lo mismo entre vosotros?».

282. ¿Cómo se comunican los Espíritus entre ellos?

«Se ven y se comprenden. La palabra, reflejo del Espíritu, es material. El fluido universal establece entre ellos [los

Espíritus] una comunicación constante. Es el vehículo de la transmisión del pensamiento, como el aire es el vehículo del sonido entre vosotros. Es una especie de telégrafo universal que enlaza a todos los mundos, y permite a los Espíritus la mutua correspondencia».

283. ¿Pueden los Espíritus disimularse mutuamente sus pensamientos y ocultarse los unos de los otros?

«No, para ellos todo está de manifiesto, especialmente cuando son perfectos. Pueden alejarse, pero siempre se ven. Sin embargo, esta no es una regla absoluta, porque ciertos Espíritus pueden perfectamente hacerse invisibles a otros, si consideran útil hacerlo así».

284. ¿Cómo pueden los Espíritus, si ya no tienen cuerpo, evidenciar su individualidad y distinguirse de los otros seres espirituales que los rodean?

«Por medio del periespíritu que los constituye en seres distintos unos de otros, como el cuerpo entre los hombres».

285. ¿Se reconocen los Espíritus por haber vivido juntos en la Tierra? ¿Conoce el padre a su hijo, y el amigo a su amigo?

«Sí, y así de generación en generación».

— **¿De qué modo se reconocen en el mundo de los Espíritus los hombres que en la Tierra se han conocido?**

«Vemos nuestra vida pasada y leemos en ella como en un libro. Viendo el pasado de nuestros amigos y enemigos, vemos su tránsito de la vida a la muerte».

Los Espíritus pueden igualmente, cuando es necesario, reconocerse por la apariencia que tenían cuando vivían. Al Espíritu recién llegado, y aún poco familiarizado con su nuevo estado, los Espíritus vienen a recibirlo y se presentan ante él bajo

una forma que le permita reconocerlos²⁸.

286. Al separarse de la envoltura mortal, ¿ve el alma inmediatamente a los parientes y amigos, que antes que ella ingresaron en el mundo de los Espíritus?

«*Inmediatamente* no es siempre la verdadera palabra, porque, como hemos dicho, necesita cierto tiempo para reconocerse y despojarse del velo material».

287. ¿De qué modo es acogida el alma a su regreso al mundo de los Espíritus?

«La del justo, como un hermano querido, a quien desde hace mucho tiempo se esperaba. La del malvado, como un ser a quien se desprecia».

288. ¿Qué sentimiento experimentan los Espíritus impuros a la vista de otro Espíritu malo que llega?

«Los malos se complacen en ver seres semejantes y como ellos privados de la dicha infinita, como se complace en la Tierra uno de vuestros bribones de estar entre sus iguales».

289. ¿Salen a veces a nuestro encuentro nuestros parientes y amigos, cuando dejamos la Tierra?

«Sí, salen al encuentro del alma a quien aman. La felicitan por su vuelta del viaje, si se ha salvado de los peligros del camino, y *la ayudan a desprenderse de los lazos corporales*. Es un favor hecho a los Espíritus buenos el que salgan a su encuentro los que los han amado, mientras que es un castigo para el impuro el que permanezca en el aislamiento, o rodeado únicamente de Espíritus que le son semejantes».

²⁸ Este último párrafo figura en la *Fe de erratas* de la 2ª impresión de la 2ª edición de *Le Livre des Esprits*, de 1860 y en algunas ediciones posteriores.

290. Los parientes y amigos ¿están siempre reunidos después de la muerte?

«Esto depende de su elevación y del camino que adoptan para su progreso. Si uno está más adelantado y camina más aprisa que el otro, no pueden estar juntos. Podrán verse a veces, pero solo podrán estar reunidos siempre, cuando puedan caminar juntos, o cuando hayan logrado la igualdad de perfección. Y, además, la privación de la vista de los parientes y amigos es a veces un castigo».

Relaciones simpáticas y antipáticas de los Espíritus. Mitades eternas

291. Aparte de la simpatía general de semejanza, ¿tienen los Espíritus afectos particulares entre ellos?

«Sí, lo mismo que los hombres, pero el lazo que une a los Espíritus es más estrecho cuando falta el cuerpo, porque ya no está expuesto a las vicisitudes de las pasiones».

292. ¿Sienten odio entre sí los Espíritus?

«Solo entre los Espíritus impuros germina el odio, y son ellos los que suscitan vuestras enemistades y disensiones».

293. Dos seres que hayan sido enemigos en la Tierra, ¿se guardarán resentimientos en el mundo de los Espíritus?

«No, pues comprenderán que su odio era estúpido y la causa pueril. Solo los Espíritus imperfectos conservan una especie de animosidad, hasta que se han purificado. Si únicamente los ha enemistado el interés material, ya no pensarán en él por poco desmaterializados que estén. Si no existe antipatía entre ellos, concluido el motivo de separación, pueden volver a verse hasta con placer».

Lo mismo que dos escolares que, llegados a la edad de la razón, reconocen la puerilidad de las disidencias de la infancia, y cesan de estar resentidos.

294. El recuerdo de las malas acciones que dos hombres se hayan hecho ¿es obstáculo a su simpatía?

«Sí, los induce a alejarse».

295. ¿Qué sentimiento experimentan después de la muerte aquellos a quienes hemos hecho mal en la Tierra?

«Si son buenos, perdonan según vuestro arrepentimiento. Si son malos, pueden guardar resentimiento y a veces hasta perseguiros en otra existencia. Dios puede permitirlo por vía de castigo».

296. Los afectos individuales de los Espíritus ¿son susceptibles de alteración?

«No, porque no pueden engañarse. *Ya no conservan la máscara con que se ocultan los hipócritas.* Por esto, cuando los Espíritus son puros, sus afectos son inalterables. El amor que los une es para ellos origen de suprema dicha».

297. El afecto que dos seres se han profesado en la Tierra, ¿se conserva siempre en el mundo de los Espíritus?

«Sí, sin duda, si está basado en una verdadera simpatía, pero si las causas físicas tienen mayor peso que la simpatía, cesa el afecto con la causa. Los afectos entre los Espíritus son más sólidos y duraderos que en la Tierra, porque no están subordinados al capricho de los intereses materiales y del amor propio».

298. Las almas que han de enlazarse, ¿están predestinadas a este enlace desde su origen, y cada uno de nosotros tiene en alguna parte del universo *su mitad*, con la cual se reunirá inevitablemente algún día?

«No, no existe unión particular y fatal entre dos almas. Existe unión entre todos los Espíritus, pero en grados diferentes según el rango que ocupan. Es decir, según la perfección que han adquirido: cuanto más perfectos son, más unidos están. De la discordia nacen todos los males humanos. De la concordia resulta la dicha completa.

299. ¿En qué sentido debe tomarse la palabra *mitad* de que se valen algunos Espíritus, para designar a los Espíritus simpáticos?

«La expresión es inexacta, pues si un Espíritu fuese mitad de otro, separado de él, sería incompleto».

300. Reunidos dos Espíritus perfectamente simpáticos, ¿quedan así eternamente, o bien pueden separarse y unirse a otros Espíritus?

«Todos los Espíritus están unidos entre sí. Me refiero a los que han llegado a la perfección. En las esferas inferiores, cuando un Espíritu se eleva, no siente la misma simpatía hacia los que ha dejado».

301. Dos Espíritus simpáticos ¿se complementan el uno al otro, o bien la simpatía es el resultado de la identidad perfecta?

«La simpatía que atrae a un Espíritu hacia otro es resultado de la perfecta concordancia de sus inclinaciones, de sus instintos. Si uno tuviera que completar a otro, perdería su individualidad».

302. La identidad necesaria a la simpatía perfecta ¿consiste solo en la semejanza de pensamientos y sentimientos, o también en la uniformidad de los conocimientos adquiridos?

«En la igualdad de los grados de elevación».

303. Los Espíritus que hoy no son simpáticos, ¿pueden llegar a serlo más tarde?

«Sí, todos lo serán. Así el Espíritu que se encuentra hoy en una esfera inferior, perfeccionándose, llegará a la esfera donde reside el otro. Su encuentro se verificará más pronto si el Espíritu más elevado, al no resistir las pruebas a que se ha sometido, permanece en el mismo estado».

— **Dos Espíritus simpáticos ¿pueden dejar de serlo?**

«Sin duda, si uno es perezoso».

La teoría de las mitades eternas es una figura que representa la unión de dos Espíritus simpáticos. Es una expresión que se usa hasta en lenguaje vulgar y que no debe tomarse literalmente. Los Espíritus que la han empleado, ciertamente no pertenecen al orden más elevado. La esfera de sus ideas es necesariamente limitada y acaso han expuesto su pensamiento con los mismos términos de que se hubieran valido durante la vida corporal. Es preciso, pues, rechazar la idea de que dos Espíritus creados el uno para el otro, deben reunirse inevitablemente algún día en la eternidad, después de haber estado separados durante un espacio de tiempo más o menos largo.

Recuerdo de la existencia corporal

304. ¿Recuerda el Espíritu su existencia corporal?

«Sí, es decir que, al haber vivido muchas veces como hombre, recuerda lo que ha sido y te aseguro que a veces se ríe con lástima de sí mismo».

Como el hombre que ha alcanzado la edad de la razón se ríe de las locuras de su juventud o de las puerilidades de su infancia.

305. El recuerdo de la existencia corporal, ¿se presenta al Espíritu de un modo completo e inesperado, después de la muerte?

«No, le aparece poco a poco, como algo que sale entre brumas, y a medida que fija la atención en él».

306. ¿Recuerda el Espíritu detalladamente todos los sucesos de su vida o abarca el conjunto de una ojeada retrospectiva?

«Recuerda las cosas en proporción a las consecuencias que producen a su estado de Espíritu. Con todo, comprenderás que hay circunstancias de su vida a las que no da importancia alguna, y de las cuales ni siquiera procura acordarse».

— **¿Podría recordarlas, si quisiese?**

«Puede recordar los pormenores e incidentes más minuciosos, ya sea de los acontecimientos o de sus pensamientos, pero cuando no reviste utilidad, no lo hace».

— **¿Entrevé el objeto de la vida terrestre con relación a la vida futura?**

«Ciertamente que lo ve y lo comprende mucho mejor que durante la vida del cuerpo. Comprende la necesidad de purificarse para llegar al infinito, y sabe que en cada existencia se libra de algunas impurezas».

307. ¿Cómo se presenta la vida pasada a la memoria del Espíritu? ¿Por un esfuerzo de su imaginación o como un cuadro que tiene ante los ojos?

«Lo uno y lo otro sucede, pues todos los actos cuyo recuerdo le interesa, los tiene presentes. Los otros permanecen más o menos en la vaguedad del pensamiento, o completamente olvidados. Cuanto más desmaterializado está el Espíritu, menor importancia atribuye a las cosas materiales. A menudo evocas Espíritus errantes, que acaban de dejar la Tierra y que no recuerdan los nombres de las personas que amaban, ni muchos pormenores que a ti te

parecen importantes. Poco se cuidan ellos de eso y lo olvidan. De lo que se acuerdan perfectamente es de los hechos principales, que les ayudan a mejorarse».

308. ¿Recuerda el Espíritu todas las existencias precedentes a la última que acaba de vivir?

«Todo su pasado se descubre ante él como las etapas que ha transcurrido el viajero. Pero, lo hemos dicho ya, no recuerda de un modo absoluto todos los actos, sino en proporción de la influencia que tienen en su situación presente. Respecto a las primeras existencias, las que pueden considerarse como la infancia del Espíritu, se pierden en la vaguedad y desaparecen en la oscuridad del olvido».

309. ¿Cómo considera el Espíritu el cuerpo que acaba de dejar?

«Como un mal vestido malo *que le molestaba*, y de cuyo desprendimiento se considera feliz».

— **¿Qué sentimiento le despierta el espectáculo de su cuerpo descomponiéndose?**

«Casi siempre indiferencia, como una cosa que ya no le interesa».

310. Al cabo de cierto tiempo, ¿reconoce el Espíritu los huesos u otros objetos que le han pertenecido?

«A veces. Depende del punto de vista más o menos elevado desde donde considera las cosas terrestres».

311. El respeto que se tiene por las cosas materiales que pertenecieron al Espíritu, ¿llama su atención sobre estos mismos objetos y ve con gusto semejante respeto?

«El Espíritu siempre se siente feliz de que se acuerden de él. Las cosas que de él se conservan lo traen a vuestra memoria, pero es el pensamiento el que lo atrae a vosotros, y no aquellos objetos».

312. ¿Conservan los Espíritus el recuerdo de los sufrimientos que han experimentado durante su última existencia corporal?

«A menudo lo conservan, y ese recuerdo les hace apreciar mejor la felicidad de que pueden disfrutar como Espíritus».

313. El hombre que ha sido feliz en la Tierra, ¿echa de menos sus goces, al dejarla?

«Solo los Espíritus inferiores pueden echar de menos las alegrías que se relacionan con la impureza de su naturaleza y que expían con sus sufrimientos. Para los Espíritus elevados la dicha eterna es mil veces preferible a los efímeros placeres de la Tierra».

Como el hombre adulto que desprecia lo que encontraba delicioso en su infancia.

314. El que ha empezado grandes trabajos con un fin útil, y que los ve interrumpidos por la muerte ¿siente en el otro mundo no haberlos concluido?

«No, porque ve que otros están destinados a terminarlos. Por el contrario, procura influir en otros Espíritus humanos para que los continúen. Su objeto en la Tierra era el bien de la humanidad y es el mismo en el mundo de los Espíritus».

315. El que ha dejado obras de arte o de literatura ¿les profesa el mismo amor que durante la vida?

«Según su elevación, las juzga bajo otro punto de vista, y a menudo censura lo que más admiraba».

316. ¿Se interesa todavía el Espíritu por los trabajos de la Tierra relativos al progreso de las artes y las ciencias?

«Depende de su elevación o de la misión de que pueda estar encargado. Lo que os parece magnífico es con frecuencia insignificante para algunos Espíritus, y lo admiran como el

sabio admira la obra de un escolar. El Espíritu examina aquello que prueba la elevación de los Espíritus encarnados y su progreso».

317. ¿Conservan los Espíritus después de la muerte, el amor a la patria?

«Siempre repetiremos el mismo principio: para los Espíritus elevados la patria es el universo. En la Tierra, es el lugar donde hay más personas que le son simpáticas».

La situación de los Espíritus y su modo de apreciar las cosas varían hasta lo infinito, en proporción al grado de su desarrollo moral e intelectual. Los Espíritus de orden elevado se detienen por poco tiempo en la Tierra. Todo lo que en ella se hace es tan mezquino, en comparación con la magnificencia de lo infinito, y son tan pueriles a sus ojos las cosas a que los hombres dan la mayor importancia, que pocos atractivos encuentran, a menos que no sean llamados con miras a cooperar en el progreso de la humanidad. Los Espíritus de orden intermedio vienen a la Tierra con más frecuencia, aunque consideran las cosas desde un punto de vista más elevado que durante la vida. Los Espíritus vulgares son en cierto modo sedentarios en ella, y constituyen la masa de la población ambiente del mundo invisible. Conservan más o menos las mismas ideas, los mismos gustos y las mismas inclinaciones que tenían bajo su envoltura corporal. Se entrometen en nuestras reuniones, en nuestros asuntos y en nuestras diversiones, en las cuales intervienen más o menos activamente, según su carácter. Como no pueden satisfacer sus pasiones, gozan con los que se entregan a ellas y los incitan a hacerlo. Entre estos Espíritus, los hay más serios, que miran y observan para instruirse y perfeccionarse.

318. ¿Se modifican las ideas de los Espíritus en estado de espíritu?

«Mucho, pues experimentan grandes modificaciones, a medida que el Espíritu se desmaterializa. Puede a veces

conservar por largo tiempo las mismas ideas, pero la influencia de la materia disminuye poco a poco, y ve las cosas más claramente. Entonces es cuando busca el medio de mejorarse».

319. Puesto que el Espíritu ha vivido la vida espírita, antes de su encarnación, ¿de dónde procede su asombro al entrar en el mundo de los Espíritus?

«No pasa de ser el efecto del primer momento y de la turbación subsiguiente al despertar. Más tarde se reconoce perfectamente, a medida que le vuelve el recuerdo del pasado y se borra la impresión de la vida terrestre». (Véase 163 y sig.)

Conmemoración de los difuntos. Funerales

320. Los Espíritus ¿son sensibles al recuerdo de quienes los aman en la Tierra?

«Mucho más de lo que vosotros podéis creer. Ese recuerdo aumenta su felicidad, si son felices. Y les sirve de alivio, si son desgraciados».

321. El día de la conmemoración de los difuntos ¿tiene algo que lo haga más solemne para los Espíritus? ¿Se preparan para venir a visitar a los que van a orar cerca de sus restos?

«Los Espíritus acuden a la llamada del pensamiento lo mismo ese día que los otros».

— **Semejante día ¿es para ellos una cita en sus sepulcros?**

«Son más numerosos aquel día, porque son más las personas que los llaman. Sin embargo, cada uno de ellos acude por sus amigos únicamente y no por la multitud de indiferentes».

— **¿Bajo qué forma acuden y cómo se les vería, si pudiesen hacerse visibles?**

«Bajo aquella con que se les conoció durante su vida».

322. Los Espíritus olvidados y cuyas tumbas nadie visita, ¿acuden, a pesar de esto, y experimentan pesadumbre, al ver que ningún amigo les recuerda?

«¿Qué les importa la Tierra? Solo por el corazón se relacionan con ella. Si no hay amor, nada hay en ella que vincule al Espíritu: Todo el universo le pertenece».

323. La visita a la tumba, ¿causa más satisfacción al Espíritu que una oración hecha en casa?

«La visita a la tumba es un modo de manifestar que se piensa en el Espíritu ausente: es una imagen. Ya os he dicho que lo que santifica el recuerdo es la oración. Poco importa el lugar, si esta se hace de corazón».

324. Los Espíritus de las personas a quienes se erigen estatuas o monumentos ¿asisten a la inauguración y los miran con satisfacción?

«Muchos, cuando pueden, acuden, pero son menos sensibles al honor que al recuerdo que se les tributa».

325. ¿De dónde puede proceder el deseo de ciertas personas, que quieren que se las entierre más bien en un lugar que en otro? ¿Acuden a él de mejor grado después de la muerte? Y esta importancia atribuida a una cosa material, ¿es señal de inferioridad del Espíritu?

«Afecto del Espíritu por ciertos lugares: inferioridad moral. ¿Qué importa este o aquel rincón de la Tierra al Espíritu elevado? ¿No sabe que su alma se unirá a los que ama, aunque sus huesos estén separados?».

— **La reunión de los restos mortales de todos los miembros de una misma familia ¿debe considerarse como una cosa fútil?**

«No. Es una costumbre piadosa y un testimonio de simpatía hacia aquellos a quienes se ha amado. Si semejante reunión importa poco a los Espíritus, es útil a los hombres, pues los recuerdos están más reunidos».

326. Al regresar a la vida espiritual, ¿es sensible el alma a los honores hechos a sus restos mortales?

«Cuando el Espíritu ha llegado ya a cierto grado de perfección, no tiene vanidad terrestre, y comprende la futilidad de todas esas cosas. Sin embargo, ten entendido que con frecuencia hay Espíritus que, en el primer momento de su muerte material, experimentan sumo placer con los honores que se les tributan o enojo por el descuido de su envoltura, porque conservan aún algunos de los prejuicios de la Tierra».

327. ¿Asiste el Espíritu a su entierro?

«Con mucha frecuencia, pero a veces no se da cuenta de lo que ocurre, si se encuentra aún en estado de turbación».

— **¿Se envanece de la concurrencia de asistentes a su entierro?**

«Más o menos según el sentimiento con que concurren aquellos».

328. ¿El Espíritu del que acaba de morir asiste a las reuniones de sus herederos?

«Casi siempre. Dios lo quiere para su propia instrucción y castigo de los culpables, pues entonces juzga lo que valían sus protestas. Para él todos los sentimientos están patentes, y el desengaño que experimenta viendo la rapacidad de los que se reparten sus ahorros, le ilustra sobre los sentimientos de éstos. Mas, a ellos, ya les llegará su hora».

329. El respeto instintivo que en todos los tiempos y pueblos testimonia el hombre por los muertos, ¿es efecto de la intuición que tiene de la vida futura?

«Es su consecuencia natural, pues de no ser así, ese respeto carecería de objeto».

CAPÍTULO VII

REGRESO A LA VIDA CORPORAL

1. PRELUDIOS DEL REGRESO. 2. UNIÓN DEL ALMA AL CUERPO. ABORTO. 3. FACULTADES MORALES E INTELECTUALES DEL HOMBRE. 4. INFLUENCIA DEL ORGANISMO. 5. IDIOTISMO, LOCURA. 6. SOBRE LA INFANCIA. 7. SIMPATÍAS Y ANTIPATÍAS TERRESTRES. 8. OLVIDO DEL PASADO.

Preludios del regreso

330. Los Espíritus ¿conocen la época en que se reencarnarán?

«La presienten, como el ciego siente el fuego al que se aproxima. Saben que han de volver a tomar un cuerpo, como sabéis vosotros que habréis de morir un día, sin saber cuándo sucederá». (Véase 166)

— La reencarnación ¿es, pues, una necesidad de la vida espírita, como la muerte lo es de la vida corporal?

«Justamente es así».

331. ¿Se preocupan todos los Espíritus por su reencarnación?

«Los hay que ni siquiera piensan en ella, ni la comprenden, lo que depende de su naturaleza más o menos adelantada. Para algunos es un castigo la incertidumbre en que se están acerca de su porvenir».

332. ¿Puede el Espíritu apresurar o retardar el momento de su reencarnación?

«Puede apresurarlo, solicitándolo con sus oraciones. Puede también retardarlo, si retrocede ante la prueba, porque

entre los Espíritus los hay cobardes e indiferentes. Sin embargo, no lo hace impunemente, pues sufre en consecuencia, como el que retrocede ante un remedio saludable que puede curarlo».

333. Si un Espíritu se considerase bastante feliz en una condición mediana entre los Espíritus errantes, y si no ambicionase elevarse más, ¿podría prolongar indefinidamente semejante estado?

«Indefinidamente no, pues el progreso es una necesidad que tarde o temprano experimenta el Espíritu. Todos deben ascender, este es su destino».

334. La unión del alma a tal o cual cuerpo ¿está predestinada, o solo en el último instante se hace la elección?

«El Espíritu siempre está designado con antelación. Al escoger la prueba que quiere sufrir, el Espíritu solicita encarnarse. Y Dios, que lo sabe y ve todo, ha sabido y visto anticipadamente que tal alma se uniría a tal cuerpo».

335. ¿Tiene el Espíritu la elección del cuerpo en que ha de entrar, o solamente la del género de vida que debe servirle de prueba?

«Puede elegir también el cuerpo, porque las imperfecciones de este son pruebas que favorecen su progreso, si vence los obstáculos que en él encuentra. Mas no siempre depende de él la elección. Puede pedirlo».

— **¿Podría desistir el Espíritu, en el último momento, de entrar en el cuerpo elegido por él?**

«Si desistiese, sufriría por ello mucho más que aquel que ninguna prueba hubiese intentado».

336. ¿Podría suceder que un niño que ha de nacer, no encontrase Espíritu que quisiese encarnarse en él?

«Dios proveería entonces. Cuando el niño debe nacer *viable*²⁹, está siempre predestinado a tener un alma, pues nada ha sido creado sin propósito».

337. ¿Puede ser impuesta por Dios la unión del Espíritu a un cuerpo determinado?

«Puede ser impuesta lo mismo que las otras pruebas, sobre todo, cuando el Espíritu no es apto aún para elegir con conocimiento de causa. Por vía de expiación, el Espíritu puede ser obligado a unirse al cuerpo de un niño que, por su nacimiento y la posición que ocupará en el mundo, podrá serle objeto de castigo».

338. Si sucediera que muchos Espíritus se presentaran para el mismo cuerpo que ha de nacer, ¿quién decidiría entre ellos?

«Muchos pueden pedirlo, pero es Dios quien juzga en semejante caso el que es más capaz de cumplir la misión a que está destinado el niño. No obstante, ya te dije, que el Espíritu está designado antes del momento en que debe unirse al cuerpo».

339. El momento de la encarnación ¿está acompañado por una turbación semejante a la que tiene lugar a la salida del cuerpo?

«Mucho mayor y sobre todo más prolongada. Al morir, el Espíritu sale de la esclavitud; al nacer entra en ella».

340. El instante en que un Espíritu ha de encarnarse ¿es solemne para él? ¿Realiza este acto como algo serio e importante para él?

²⁹ Mantenemos el vocablo “viable” utilizado por los Espíritus (en francés *viable*), esto es, que puede vivir. Véase también la pregunta 355 (N. de L. G.)

«Viene a ser como un viajero que se embarca para una travesía peligrosa, y que ignora si hallará la muerte en medio de las olas que desafía».

El viajero que se embarca sabe a qué peligros se expone, pero ignora si naufragará. Así sucede al Espíritu: conoce la clase de pruebas a que se somete, pero ignora si sucumbirá.

Del mismo modo que la muerte del cuerpo es una especie de renacimiento para el Espíritu, la reencarnación es para este una especie de muerte, o mejor, de destierro o clausura. Abandona el mundo de los Espíritus por el corporal, como el hombre abandona el mundo corporal por el de los Espíritus. El Espíritu sabe que se reencarnará, como el hombre que morirá. No obstante, como este último, no tiene conciencia de ello hasta el último instante, cuando llega el plazo deseado. Entonces, en aquel momento supremo, se apodera de él la turbación como en el hombre que agoniza, una turbación que dura hasta que la nueva existencia está completamente formada. Los preludios de la reencarnación son una especie de agonía para el Espíritu.

341. La incertidumbre del Espíritu sobre la eventualidad del éxito de las pruebas que va a sufrir en la vida, ¿es para él causa de ansiedad antes de la encarnación?

«Una ansiedad muy grande, puesto que las pruebas de la existencia lo adelantarán o lo retrasarán, según las soporte bien o mal».

342. En el momento de la reencarnación ¿está acompañado el Espíritu de otros Espíritus amigos que asisten a su partida del mundo espírita, como salen a su encuentro cuando regresa?

«Depende de la esfera en que habita el Espíritu. Si se encuentra en las esferas donde reina el afecto, los Espíritus

que lo aman lo acompañan hasta el último momento, lo animan y a veces hasta lo siguen en la vida».

- 343. Los Espíritus amigos que nos siguen en la vida, ¿son los que a veces vemos en sueños, que nos demuestran afecto y que se nos presentan bajo formas desconocidas?**

«A menudo son ellos que vienen a visitaros como vosotros vais a ver al prisionero».

Unión del alma al cuerpo

- 344. ¿En qué momento se une el alma al cuerpo?**

«La unión empieza en la concepción, pero no es completa hasta el momento del nacimiento. Desde el instante de la concepción, el Espíritu designado para habitar en un cuerpo determinado se une a él por un lazo fluídico, que se va estrechando poco a poco, hasta que el niño sale a la luz. El grito que lanza entonces anuncia que pertenece al número de los vivos y servidores de Dios».

- 345. La unión del Espíritu y del cuerpo ¿es definitiva desde el momento de la concepción? Durante este primer período, ¿podría el Espíritu renunciar a habitar en aquel cuerpo?**

«La unión es definitiva en el sentido de que otro Espíritu no podría reemplazar al designado para aquel cuerpo. Sin embargo, como los lazos que a él le unen son muy débiles, fácilmente se rompen y pueden serlo por voluntad del Espíritu, que retrocede ante la prueba que ha elegido. Entonces, no vive el niño».

- 346. ¿Qué sucede al Espíritu, si el cuerpo que ha escogido muere antes de nacer?**

«Escoge otro».

— **¿Qué utilidad pueden tener esas muertes prematuras?**

«Las imperfecciones de la materia son con más frecuencia la causa de semejantes muertes».

347. ¿Qué utilidad puede tener para el Espíritu su encarnación en un cuerpo que muere pocos días después del nacimiento?

«El ser no tiene bastante desarrollada la conciencia de su existencia. La importancia de la muerte es casi nula. Como hemos dicho, es con frecuencia una prueba para los padres».

348. ¿Sabe anticipadamente el Espíritu que el cuerpo elegido no tiene probabilidades de vida?

«Lo sabe a veces, pero si lo escoge por este motivo, es porque retrocede ante la prueba».

349. Cuando una encarnación es improductiva para el Espíritu, por una causa cualquiera, ¿es suplida inmediatamente por otra existencia?

«No siempre inmediatamente. El Espíritu necesita tiempo para escoger de nuevo, a menos que la reencarnación instantánea no provenga de una determinación anterior».

350. El Espíritu, una vez que se ha unido al cuerpo del niño y cuando ya no puede retractarse, ¿se arrepiente a veces de la elección que ha hecho?

¿Quieres decir si, como hombre, se queja de su vida? ¿Si la cambiaría por otra? Sí. ¿Quieres decir si lamenta la elección que ha hecho? No, puesto que ignora que la haya elegido. Una vez encarnado, el Espíritu no puede arrepentirse de una elección de la que no tiene conciencia. Sin embargo, puede encontrar muy pesada la carga y, si la cree superior a sus fuerzas, acude entonces al suicidio».

351. En el intervalo que va desde la concepción hasta el nacimiento, ¿disfruta el Espíritu de todas sus facultades?

«Más o menos según el momento de este intervalo, porque aún no está encarnado, sino ligado. Desde el instante de la concepción, la turbación empieza a apoderarse del Espíritu, advirtiéndolo de este modo que ha llegado el momento de comenzar una nueva existencia. Esa turbación va aumentando hasta el nacimiento, y en este intervalo su estado es poco más o menos el de un Espíritu encarnado durante el sueño del cuerpo. A medida que se aproxima el momento del nacimiento, se borran sus ideas, así como el recuerdo del pasado, del cual ya no tiene conciencia como hombre, una vez que entra en la vida. Mas este recuerdo lo recobra poco a poco en su estado de Espíritu».

352. En el momento del nacimiento ¿recobra inmediatamente el Espíritu la plenitud de sus facultades?

«No, estas se desarrollan gradualmente con los órganos. Se trata para él de una nueva existencia y es preciso que aprenda a servirse de sus instrumentos. Las ideas le acuden poco a poco, como sucede a un hombre que se despierta y que se encuentra en distinta posición de la que tenía antes de dormirse».

353. Al no estar la unión del Espíritu y el cuerpo completa y definitivamente consumada hasta después del nacimiento, ¿puede considerarse que el feto está dotado de alma?

«El Espíritu que debe animarlo existe en cierto modo fuera de él. Propiamente hablando, no tiene, pues, un alma, puesto que la encarnación está solo en vías de operarse. Mas está ligado al alma que debe poseer».

354. ¿Cómo se explica la vida intrauterina?

«Es la vida de la planta que vegeta. El feto vive la vida

animal. El hombre reúne en sí la vida animal y la vida vegetal que completa, al nacer, con la vida espiritual».

355. ¿Hay, como indica la ciencia, niños que desde el seno de la madre no han nacido viables? ¿Con qué objeto sucede así?

«Sucede a menudo. Dios lo permite como prueba, ya sea para los padres, o bien para el Espíritu destinado a aquel cuerpo».

356. ¿Hay niños que nacen muertos y que no han sido destinados a la encarnación de ningún Espíritu?

«Sí, los hay que nunca tuvieron un Espíritu destinado a su cuerpo, pues nada debía cumplirse para ellos. Semejante niño vino únicamente para expiación de los padres».

— **Un ser de esta naturaleza ¿puede llegar al término del nacimiento?**

«A veces sí, pero entonces no vive».

— **Todo niño que sobrevive al nacimiento, ¿tiene necesariamente un Espíritu encarnado en él?**

«¿Qué sería si no lo tuviese? No sería un ser humano».

357. ¿Qué consecuencias tiene el aborto para el Espíritu?

«Es una existencia nula que debe volver a empezar».

358. ¿Es un crimen el aborto provocado, cualquiera que sea la época de la concepción?

«Desde el momento que violáis la ley de Dios, existe crimen. La madre, u otro cualquiera que sea, comete siempre un crimen quitando la vida al niño antes del nacimiento, porque impide al alma soportar las pruebas, cuyo instrumento debía ser el cuerpo».

359. En el caso de que corriese peligro la vida de la madre a consecuencia del nacimiento del niño, ¿es un crimen sacrificar a este para salvar a la madre?

«Es preferible sacrificar al ser que no existe, antes que al ser que existe».

360. ¿Es racional guardar al feto las mismas consideraciones que al cuerpo de un niño que hubiese vivido?

«En todo ved la voluntad de Dios y su obra. No tratéis, pues, con ligereza cosas que debéis respetar. ¿Por qué no se han de respetar las obras de la creación que son incompletas a veces por voluntad del Creador? Esto entra en sus designios, que nadie está llamado a juzgar».

Facultades morales e intelectuales

361. ¿De dónde le vienen al hombre las buenas o malas cualidades morales?

«Son las del Espíritu que está encarnado en él. Cuanto más puro es el Espíritu, más dado al bien es el hombre».

— Parece que resulta de esto que el hombre de bien es la encarnación de un Espíritu bueno, y el hombre vicioso la de un Espíritu malo.

«Sí, pero di mejor un Espíritu imperfecto, pues de otro modo se podría creer en Espíritus que son siempre malos, a los que vosotros llamáis demonios».

362. ¿Cuál es el carácter de los individuos en los cuales se encarnan los Espíritus burlones y superficiales?

«Atolondrados, traviosos y a veces malhechores».

363. Los Espíritus ¿tienen otras pasiones además de las de la humanidad?

«No, pues de otro modo os las hubieran comunicado».

364. ¿Es un mismo Espíritu el que da al hombre las cualidades morales y las intelectuales?

«Ciertamente es el mismo, y las da en proporción al grado a donde ha llegado. El hombre no tiene dos Espíritus».

365. ¿Por qué hombres muy inteligentes, lo que revela en ellos un Espíritu superior, son a veces al mismo tiempo profundamente viciosos?

«Depende de que el Espíritu encarnado no es lo bastante puro y el hombre cede a la influencia de otros Espíritus más malos. El Espíritu progresa ascendiendo de forma imperceptible, pero el progreso no tiene lugar simultáneamente en todos sentidos. En un período puede adelantar en las ciencias, y en otro en moralidad».

366. ¿Qué pensar de la opinión según la cual las diferentes facultades intelectuales y morales del hombre serían producto de otros tantos Espíritus en él encarnados, cada uno de los cuales tendría una aptitud especial?

«Reflexionando, se comprende que es absurda. El Espíritu debe tener todas las aptitudes. Para poder progresar, le es preciso una voluntad única. Si el hombre fuese una amalgama de Espíritus, esta voluntad no existiría y no tendría individualidad, porque a su muerte todos esos Espíritus vendrían a ser como una bandada de pájaros escapados de una jaula. A menudo se queja el hombre de no comprender ciertas cosas, y es curioso el ver cómo multiplica las dificultades, cuando tiene a mano una explicación completamente sencilla y natural. También aquí se toma el efecto por la causa, y se hace con el hombre lo que los paganos con Dios. Ellos creían en tantos dioses como fenómenos hay en el universo, pero entre ellos las gentes sensatas no

veían en tales fenómenos más que efectos, cuya causa única era un solo Dios».

El mundo físico y el mundo moral nos ofrecen, bajo este aspecto, numerosos puntos de comparación. Mientras los hombres se han fijado en la apariencia de los fenómenos, se ha creído en la existencia múltiple de la materia. Hoy se comprende que esos fenómenos tan variados pueden ser muy bien modificaciones de una materia elemental única. Las diversas facultades son manifestaciones de una misma causa que es el alma o Espíritu encarnado, y no de muchas almas, como los diferentes sonidos del órgano son producto de una misma especie de aire, y no de tantas clases de aire como sonidos hay. Resultaría de este sistema que, cuando un hombre pierde o adquiere ciertas aptitudes e inclinaciones, provendría de la venida o marcha de otros tantos Espíritus, lo que haría del hombre un ser múltiple sin individualidad y, por lo tanto, sin responsabilidad. Lo contradicen, por otra parte, los numerosos ejemplos de manifestaciones por las cuales los Espíritus prueban su personalidad e identidad.

Influencia del organismo

367. El Espíritu, al unirse al cuerpo, ¿se identifica con la materia?

«La materia no es más que la envoltura del Espíritu, como el vestido lo es del cuerpo. El Espíritu, al unirse al cuerpo, conserva los atributos de la naturaleza espiritual».

368. Después de su unión con el cuerpo, ¿el Espíritu ejerce con toda libertad sus facultades?

«La existencia de las facultades depende de los órganos que les sirven de instrumento. Dichas facultades están debilitadas por la rudeza de la materia».

— Según esto, la envoltura material ¿sería un obstáculo a la libre manifestación de las facultades del Espíritu, como un vidrio opaco se opone a la libre emisión de la luz?

«Sí, y muy opaco».

Puede compararse también la acción de la materia grosera del cuerpo sobre el Espíritu con la del agua cenagosa que priva de libertad de movimientos al cuerpo sumergido en ella.

369. El libre ejercicio de las facultades del alma ¿está subordinado al desarrollo de los órganos?

«Los órganos son los instrumentos para la manifestación de las facultades del alma. Esta manifestación está subordinada al desarrollo y al grado de perfección de esos mismos órganos, como la excelencia de un trabajo depende de la herramienta utilizada».

370. ¿Puede inducirse, a partir de la influencia de los órganos, una relación entre el desarrollo de los órganos cerebrales y el de las facultades morales o intelectuales?

«No confundáis el efecto con la causa. El Espíritu tiene siempre las facultades que le son propias. Ahora bien, no son los órganos los que producen las facultades, sino que las facultades impulsan el desarrollo de los órganos».

— Según esto, la diversidad de aptitudes en el hombre ¿depende únicamente del estado del Espíritu?

«Únicamente no es un vocablo del todo exacto. Las cualidades del Espíritu, que puede ser más o menos adelantado, constituyen el principio. No obstante, es preciso tener en cuenta la influencia de la materia, que dificulta más o menos el ejercicio de sus facultades».

Al encarnar, el Espíritu trae consigo ciertas predisposiciones, y si para cada una de ellas se admite un órgano correspondiente

en el cerebro, el desarrollo de esos órganos será un efecto y no una causa. Si las facultades tuviesen su principio en los órganos, el hombre sería una máquina sin libre albedrío e irresponsable de sus actos. Sería preciso admitir que los más grandes genios, sabios, poetas, artistas, no son tales genios sino porque la casualidad les ha dado órganos especiales, de donde se sigue que, sin ellos, no hubieran sido genios, y que el mayor de los imbéciles hubiera podido ser un Newton, un Virgilio o un Rafael, si hubiese estado dotado de ciertos órganos. Suposición más absurda aún cuando se aplica a las cualidades morales. Así, según este sistema, san Vicente de Paul, dotado por la naturaleza de tal o cual órgano, hubiera podido ser un malvado, y al mayor de los criminales no le faltaría más que un órgano para ser san Vicente de Paul. Admitid, por el contrario, que los órganos especiales, si existen, son la consecuencia y se desarrollan con el ejercicio de la facultad, como los músculos con el movimiento, y nada irracional encontraréis. Hagamos una comparación trivial, a fuerza de ser exacta. Por ciertas señales fisionómicas podéis reconocer al hombre dado a la bebida. Pero ¿son esos signos los que lo caracterizan como borracho, o la borrachera la que origina tales señales? Puede decirse que los órganos reciben la impronta de las facultades.

Idiotismo, locura

371. ¿Está justificada la opinión según la cual los cretinos e idiotas tienen un alma de naturaleza inferior?

«No. Tienen un alma humana, con frecuencia más inteligente de lo que creéis, y que sufre por la insuficiencia de los medios que tiene para comunicarse, como sufre el mudo porque no puede hablar».

372. ¿Qué objeto tiene la Providencia, creando seres desgraciados como los cretinos e idiotas?

«Los Espíritus que viven en los cuerpos de los idiotas sufren un castigo. Esos Espíritus padecen a consecuencia de la constricción que experimentan, y por su impotencia en manifestarse por medio de órganos no desarrollados o trastornados».

— **Entonces ¿no es exacto decir que los órganos no influyen en las facultades?**

«Nunca hemos dicho que los órganos no influyen. Influyen, y mucho, en la manifestación de las facultades, pero no las originan. Ahí está la diferencia. Un buen músico con un mal instrumento no tocará bien, lo que, sin embargo, no le privará de ser un buen músico».

Es preciso distinguir el estado normal del patológico. En estado normal, lo moral supera el obstáculo que le opone la materia, pero hay casos en que la materia ofrece tal resistencia, que las manifestaciones se ven obstaculizadas o desfiguradas, como en el idiotismo y la locura. Estos son casos patológicos, y en este estado, al no gozar el alma de toda su libertad, la misma ley humana la libera de la responsabilidad de sus actos.

373. ¿Qué mérito puede tener la existencia de seres que, al no poder hacer ni bien ni mal, como los idiotas y los cretinos, no pueden progresar?

«Es una expiación impuesta al abuso que hayan podido hacer de ciertas facultades. Es un tiempo de espera».

— **Así, pues, el cuerpo de un idiota ¿puede contener un Espíritu que haya animado a un hombre de genio, en una existencia precedente?**

«Sí. El genio se convierte a veces en calamidad, cuando de él se abusa.

La superioridad moral no siempre está en proporción de la intelectual, y los mayores genios pueden tener mucho que

expiar. De aquí procede a menudo que tengan que sobrellevar una existencia inferior a la que ya han vivido, y también es la causa de sus sufrimientos. Las trabas que encuentra el Espíritu en sus manifestaciones son para él como las cadenas que oprimen los movimientos de un hombre vigoroso. Se puede decir que el cretino y el idiota están lisiados del cerebro, como el cojo lo está de las piernas y el ciego de los ojos.

374. El idiota, en estado de Espíritu, ¿tiene conciencia de su estado mental?

«Sí, muy a menudo. Comprende que las cadenas que dificultan su vuelo son una prueba y una expiación».

375. ¿Cuál es la situación del Espíritu en la locura?

«El Espíritu, en estado de libertad, recibe directamente sus impresiones y ejerce directamente su acción sobre la materia. Sin embargo, cuando está encarnado, se encuentra en condiciones muy diferentes, y en la necesidad de hacerlo siempre con ayuda de los órganos especiales. Si una parte o el conjunto de esos órganos está alterado, su acción o sus impresiones con respecto a dichos órganos se interrumpen. Si pierde los ojos, se queda ciego. Si pierde el oído, queda sordo, etc. Imagina ahora que el órgano que preside los efectos de la inteligencia y de la voluntad está parcial o completamente atacado o modificado, y te será fácil comprender que, al no tener ya a su disposición el Espíritu sino órganos incompletos o desnaturalizados, debe resultar una perturbación de la que el Espíritu, por sí mismo y en su fuero interno, tiene perfecta conciencia, pero cuyo curso no es dueño de detener».

— **Entonces el que está desorganizado ¿es siempre el cuerpo y no el Espíritu?**

«Sí, pero no hay que perder de vista que, del mismo modo que el Espíritu obra sobre la materia, esta reacciona sobre él hasta cierto punto, y que el Espíritu puede encontrarse momentáneamente impresionado por la alteración de los órganos por los que se manifiesta y recibe sus impresiones. Puede suceder que a la larga, cuando la locura ha durado mucho, la repetición de los mismos actos concluya por tener en el Espíritu una influencia de la que no se librará hasta su completa separación de toda impresión material».

376. ¿Cómo es que la locura arrastra a veces al suicidio?

«El Espíritu sufre por la coacción que experimenta y por su impotencia para manifestarse libremente, y por esta razón busca en la muerte un modo de romper sus ligaduras».

377. El Espíritu del alienado ¿se resiente, después de la muerte, del desarreglo de sus facultades?

«Puede resentirse algún tiempo después de la muerte hasta que esté completamente desprendido de la materia, como el hombre que se despierta se resiente durante algún tiempo de la turbación en que el sueño lo ha sumido».

378. ¿Cómo puede la alteración del cerebro reaccionar sobre el Espíritu después de la muerte?

«Es un recuerdo. Un peso gravita sobre el Espíritu, y como no ha tenido entendimiento de todo lo ocurrido durante su locura, le es preciso siempre cierto tiempo para ponerse al corriente. Por esto que, cuanto más haya durado la locura durante la vida, más tiempo durará la molestia, la coacción después de la muerte. El Espíritu desprendido del cuerpo se resiente durante algún tiempo de la impresión de sus ataduras».

Sobre la infancia

379. El Espíritu que anima el cuerpo de un niño, ¿está tan desarrollado como el de un adulto?

«Puede estarlo más, si ha progresado más. Solo la imperfección de los órganos le impide manifestarse. Obra a causa del instrumento con cuya ayuda puede producirse».

380. En un niño de poca edad, además del obstáculo que la imperfección de los órganos opone a su libre manifestación, ¿piensa el Espíritu como niño o como adulto?

«Cuando es niño, es natural que los órganos de la inteligencia, al no estar desarrollados, no puedan darle toda la intuición de un adulto. En efecto, tiene una inteligencia muy limitada, hasta que la edad haya madurado su razón. La turbación que acompaña a la encarnación no cesa súbitamente en el momento del nacimiento. Se disipa solo gradualmente con el desarrollo de los órganos».

Una observación viene en apoyo de esta respuesta: es que los sueños de un niño no tienen el carácter de los de un adulto. Su objeto es casi siempre pueril, indicio de la naturaleza de las preocupaciones del Espíritu.

381. A la muerte del niño, ¿recobra el Espíritu inmediatamente su vigor primitivo?

«Debe ser así, puesto que está desprendido de su envoltura corporal. Sin embargo solo recobra su lucidez primitiva cuando la separación es completa, es decir, cuando ya no existe ningún vínculo entre el Espíritu y el cuerpo».

382. El Espíritu encarnado ¿sufre, durante la infancia, por la coacción que le impone la imperfección de sus órganos?

«No. Este estado es una necesidad. Es natural y conforme con las miras de la Providencia. *Es un tiempo de descanso para el Espíritu*».

383. ¿Qué utilidad reporta al Espíritu pasar por el estado de infancia?

«Al encarnar el Espíritu con miras a perfeccionarse, durante ese tiempo es más accesible a las impresiones que recibe y que pueden favorecer su progreso, al que deben contribuir los que están encargados de su educación».

384. ¿Por qué el llanto es el primer grito del niño?

«Para excitar el interés de la madre y provocar los cuidados que les son necesarios. ¿No comprendes que, si solo gritase de alegría, nadie se inquietaría por lo que necesita, cuando aún no sabe hablar? Admirad, pues, en todo la sabiduría de la Providencia».

385. ¿De dónde procede el cambio que se opera en el carácter a cierta edad, particularmente al salir de la adolescencia? ¿Es el Espíritu el que se modifica?

«Es el Espíritu que recupera su naturaleza y se muestra como era.

»Vosotros no sabéis el secreto que en su inocencia ocultan los niños. No sabéis lo que son, lo que han sido, ni lo que serán. Sin embargo, los amáis, los queréis como si fuesen parte de vosotros mismos, de modo que el amor de una madre hacia sus hijos se considera como el mayor que un ser puede sentir por otro ser. ¿De dónde procede tan dulce afecto, esa tierna benevolencia que hasta los extraños sienten hacia un niño? ¿Lo sabéis? No. Yo voy a explicároslo.

»Los niños son seres que Dios envía a nuevas existencias. Y para que no puedan reprocharle una severidad dema-

siado grande, les concede todas las apariencias de la inocencia. Hasta en un niño de malas tendencias, se cubren sus fechorías con la inconsciencia de sus actos. Semejante inocencia no es una superioridad real sobre lo que eran antes. No. Es la imagen de lo que deberían ser, y si no lo son, sobre ellos únicamente recae la culpa.

»Pero Dios no les ha dado este aspecto solamente por ellos, sino también y sobre todo, por sus padres, cuyo amor es necesario por causa de su debilidad. Y ese amor se amen- guaría notablemente a la vista de un carácter áspero y brusco, mientras que, creyendo los padres que a sus hijos son buenos y afables, les profesan todo su afecto y los rodean de los más exquisitos cuidados.

»Pero cuando los hijos ya no necesitan esta protección, esta asistencia que se les ha otorgado durante quince o veinte años, aparece su carácter real e individual en toda su desnudez. Continúa siendo bueno, si era esencialmente bueno, pero se matiza siempre con los colores que estaban ocultos por la primera infancia.

»Ya veis que los caminos de Dios son siempre los mejores, y que cuando se tiene un corazón puro, la explicación es fácil de concebir.

»En efecto, considerad que el Espíritu de un niño que nace entre vosotros puede venir de un mundo donde ha tomado hábitos diferentes. ¿Cómo querríais que fuese en medio de vosotros ese nuevo ser, que viene con pasiones muy distintas de las que tenéis vosotros, con inclinaciones y gustos enteramente opuestos a los vuestros? ¿Cómo querríais que se uniese a vuestras filas de otro modo que como Dios lo ha querido, es decir, por el tamiz de la infancia? En ella se confunden todos los pensamientos, los caracteres y las variedades de seres engendrados por esa multitud de mundos

en los que crecen las criaturas. Y vosotros mismos, al morir, os encontraréis en una especie de infancia, en medio de nuevos hermanos. En vuestra nueva existencia no terrestre, ignoraréis los hábitos, las costumbres y las relaciones de ese mundo nuevo para vosotros. Manejaréis con dificultad una lengua que no estáis acostumbrados a hablar, una lengua más viva aún que vuestro pensamiento actual. (Véase 319)

»La infancia tiene además otra utilidad. Los Espíritus solo entran en la vida corporal para perfeccionarse, para mejorarse. La debilidad de la edad temprana los hace flexibles, accesibles a los consejos de la experiencia y de aquellos que deben hacerles progresar. Entonces es cuando puede reformarse su carácter y reprimir sus malas inclinaciones. Esta es el deber que Dios ha confiado a los padres, misión sagrada de la que habrán de rendir cuentas.

»Así es como la infancia es no solo útil, necesaria e indispensable, sino que también es la consecuencia natural de las leyes que Dios ha establecido y que rigen el universo».

Simpatías y antipatías terrestres

386. Dos seres que se han conocido y amado ¿pueden volver a encontrarse en una nueva existencia corporal y reconocerse?

«Reconocerse, no, pero sentirse atraídos el uno al otro, sí. Y a menudo las relaciones íntimas, fundadas en un afecto sincero, no tienen otra causa. Dos seres se aproximan mutuamente por circunstancias fortuitas en apariencia, pero que son el resultado de la atracción de dos Espíritus *que se buscan entre la multitud*».

— ¿No les sería más agradable reconocerse?

«No siempre. El recuerdo de las existencias pasadas tendría inconvenientes más grandes de lo que creéis. Después de la muerte se reconocerán, sabrán el tiempo que han pasado juntos». (Véase 392)

387. La simpatía ¿tiene siempre por principio un conocimiento anterior?

«No. Dos Espíritus que se comprenden se buscan naturalmente, sin que se hayan conocido como hombres».

388. Los encuentros que a veces tenemos con ciertas personas, y que se atribuyen a la casualidad, ¿no son efecto de una especie de relaciones simpáticas?

«Existen lazos entre los seres pensantes que vosotros no conocéis aún. El magnetismo es la brújula de esta ciencia que comprenderéis mejor más tarde».

389. ¿De dónde procede la repulsión instintiva que sentimos por ciertas personas a primera vista?

«Espíritus antipáticos que se adivinan y reconocen sin hablarse».

390. La antipatía instintiva ¿es siempre una señal de una naturaleza malvada?

«Dos Espíritus no son necesariamente malos porque no sean simpáticos. La antipatía puede resultar de una falta de semejanza en el pensamiento, pero a medida que los Espíritus se elevan, se borran las diferencias y desaparece la antipatía».

391. La antipatía entre dos personas ¿nace primero en aquella cuyo Espíritu es más malo, o en la otra que lo tiene mejor?

«En la una y en la otra, pero las causas y los efectos son diferentes. Un Espíritu malo siente antipatía hacia cualquiera que puede juzgarlo y descubrirlo. Al ver por primera

vez a una persona, sabe que va a ser contrariado por ella. Su desapego se transforma en odio, en celos y le inspira deseos de hacer el mal. El Espíritu bueno siente repulsión hacia el malo, porque sabe que no será comprendido y que no participa de los mismos sentimientos. Pero, fuerte por su superioridad, no siente por el otro ni odio ni celos: se contenta con esquivarlo y compadecerlo».

Olvido del pasado

392. ¿Por qué pierde el Espíritu encarnado el recuerdo de su pasado?

«El hombre no puede ni debe saberlo todo. Así lo quiere Dios en su sabiduría. A no ser por el velo que le oculta ciertas cosas, el hombre se hallaría deslumbrado, como el que pasa sin transición de la oscuridad a la luz. *Gracias al olvido del pasado, es más él mismo*».

393. ¿Cómo puede el hombre ser responsable de actos y rescatar faltas que no recuerda? ¿Cómo puede servirse de la experiencia adquirida en existencias olvidadas? Se concebiría que las tribulaciones de la vida le sirviesen de lección, si recordara lo que pudo inducirle a ellas. Sin embargo, desde el momento que no lo recuerda, cada existencia viene a ser como la primera, lo que equivale a tener que empezar siempre. ¿Cómo se concilia esto con la justicia de Dios?

«En cada nueva existencia, el hombre tiene más inteligencia y puede distinguir mejor el bien del mal. ¿Dónde estaría el mérito si recordase el pasado? Cuando el Espíritu regresa a su vida primitiva (la vida espírita), toda su vida pasada se descorre ante él. Ve las faltas que ha cometido y que son causa de su sufrimiento, y lo que hubiera impedido cometerlas. Comprende que la posición que se le ha señalado es justa, y busca entonces la existencia que podría reparar la

que acaba de transcurrir. Busca pruebas análogas a las que ya ha pasado o luchas que cree propicias a su progreso, y suplica a los Espíritus superiores a él que le ayuden en la nueva tarea que emprende, porque sabe que el Espíritu que le será dado como guía en la nueva existencia, procurará hacerle reparar sus faltas, proporcionándole una especie de *intuición* de las que ha cometido. Esta intuición es el pensamiento, el deseo criminal que con frecuencia os asalta y al cual os oponéis instintivamente, atribuyendo la mayor parte de las veces vuestra oposición a los principios que de vuestros padres habéis recibido, cuando en realidad es la voz de la conciencia quien os habla, voz que es el recuerdo del pasado y que os previene para que no volváis a caer en las faltas que ya habéis cometido. El Espíritu, ya en su nueva existencia, si sufre con entereza las pruebas y resiste a ellas, se eleva y asciende en la jerarquía de los Espíritus, cuando vuelve a encontrarse entre ellos».

Si bien no tenemos, durante la vida corporal, un recuerdo exacto de lo que hemos sido y del bien o mal que hemos hecho, en nuestras anteriores existencias, tenemos en cambio la intuición. Y nuestras tendencias instintivas son una reminiscencia de nuestro pasado, a las cuales nuestra conciencia, que es el deseo que hemos concebido de no cometer más las mismas faltas, nos previene para que resistamos.

- 394.** En los mundos más adelantados que el nuestro, donde no se vive sujeto a nuestras necesidades físicas y a nuestras enfermedades ¿comprenden los hombres que son más dichosos que nosotros? La dicha, en general, es relativa. Se la aprecia por comparación con un estado menos feliz. Como en definitiva algunos de esos mundos, aunque mejores que el nuestro, no han llegado a la perfección, los hombres que en ellos habitan deben tener motivos especiales de malestar. Entre nosotros, por más que el rico no

siente las angustias de las necesidades materiales como el pobre, no deja de tener tribulaciones que amargan su vida. Pues bien, yo pregunto si, en su posición, los habitantes de esos mundos no se creen tan desgraciados como nosotros y no se quejan de su suerte, al no tener el recuerdo de una existencia inferior para comparar.

«De dos modos diferentes debe responderse a esta pregunta. Hay mundos, entre aquellos de los que hablas, cuyos habitantes tienen un recuerdo muy claro y exacto de sus existencias pasadas. Como comprenderás, estos pueden y saben apreciar la dicha que Dios les permite gozar. Pero hay otros mundos, cuyos habitantes colocados, como tú dices, en mejores condiciones que vosotros, no dejan de tener grandes penas y hasta desgracias. Estos no aprecian su dicha, por lo mismo que no recuerdan un estado aún más infeliz. Pero, si no la aprecian como hombres, la aprecian como Espíritus».

¿No se ve en el olvido de las existencias pasadas, sobre todo cuando han sido penosas, algo de providencial donde se revela la divina sabiduría? En los mundos superiores, cuando el recuerdo de las existencias desgraciadas no es más que un mal sueño, dichas existencias acuden a la memoria. En cambio, en los mundos inferiores, ¿acaso el recuerdo de las desgracias sufridas no aumentaría las actuales? Concluyamos, pues, de esto, que bien hecho está todo lo que Dios ha hecho, y que no nos incumbe criticar sus obras y decir el modo cómo debería haber arreglado el universo.

El recuerdo de nuestras anteriores individualidades traería graves inconvenientes. Podría, en ciertos casos, humillarnos extraordinariamente. En otros, exaltar nuestro orgullo y, por eso mismo, poner trabas a nuestro libre albedrío. Para mejorarnos, nos ha dado Dios precisamente lo que nos es necesario y bastante: la voz de la conciencia y nuestras tendencias

instintivas. Nos priva de lo que podría perjudicarnos. Añadamos además que si conservásemos el recuerdo de nuestros actos personales anteriores, conservaríamos igualmente el de los actos de los otros, conocimiento que podría originar las más desagradables consecuencias en las relaciones sociales. Como no podemos vanagloriarnos siempre de nuestro pasado, es una dicha muchas veces que sobre él se haya corrido un velo. Esto concuerda perfectamente con la doctrina de los Espíritus sobre los mundos superiores al nuestro. En estos mundos, donde el bien impera, el recuerdo del pasado no es nada penoso. Por eso allí se recuerda la existencia precedente, como recordamos nosotros lo que hemos hecho el día anterior. En cuanto a la permanencia en los mundos inferiores, su recuerdo no es más que un mal sueño, como hemos dicho.

395. ¿Podemos tener revelaciones sobre nuestras existencias anteriores?

«No siempre. Muchos saben, sin embargo, lo que eran y lo que hacían. Si les fuera permitido decirlo públicamente, harían extrañas revelaciones acerca del pasado».

396. Algunas personas creen tener un vago recuerdo de un pasado desconocido, que se les presenta como la imagen fugaz de un sueño, que en vano se intenta captar. Esta idea ¿no es más que una ilusión?

«A veces es real, pero a menudo es una ilusión contra la cual es preciso prevenirse, porque puede ser efecto de una imaginación sobrecitada».

397. En las existencias corporales de naturaleza más elevada que la nuestra, ¿el recuerdo de las existencias anteriores es más preciso?

«Sí, pues a medida que el cuerpo es menos material se recuerda mejor. El recuerdo del pasado es más claro para los que habitan en mundos de orden superior».

398. Dado que las tendencias instintivas del hombre son una reminiscencia del pasado, ¿se deduce que, por medio del estudio de esas tendencias, puede conocer las faltas que ha cometido?

«Indudablemente, hasta cierto punto, pero es preciso tener en cuenta el mejoramiento que ha podido operarse en el Espíritu y las resoluciones que ha tomado en estado errante. La existencia actual puede ser mucho mejor que la precedente».

— **¿Puede ser peor? Es decir, ¿puede el hombre cometer en una existencia faltas que no ha cometido en la precedente?**

«Depende de su adelanto. Si no sabe resistir las pruebas, puede ser arrastrado a nuevas faltas que son consecuencia de la posición que ha elegido. Pero, en general, semejantes faltas acusan un estado más bien estacionario que retrogrado, porque el Espíritu puede adelantar o detenerse, pero no retroceder».

399. Siendo las vicisitudes de la vida corporal una expiación de las faltas pasadas y, a la vez, pruebas para el porvenir, ¿se sigue de ello que de la naturaleza de las vicisitudes se pueda inducir el género de la existencia anterior?

«Con mucha frecuencia, puesto que cada uno es castigado por donde ha pecado. Sin embargo, no debe admitirse el principio como regla absoluta. Las tendencias instintivas son un indicio más seguro, porque las pruebas que sufre el Espíritu son tanto para el porvenir como para el pasado».

Llegado al término que señaló la Providencia a su vida errante, el Espíritu elige por sí mismo las pruebas a que quiere someterse para apresurar su adelanto, es decir, el género de vida que cree que mejor le proporcionará los medios para ello y estas pruebas siempre guardan relación con las faltas que debe

expiar. Si triunfa de ellas, se eleva. Si sucumbe, le toca volver a empezar.

El Espíritu goza siempre de su libre albedrío. En virtud de esta libertad elige en estado de Espíritu las pruebas de la vida corporal. Y en el estado de encarnación delibera si hará o dejará de hacer y escoge entre el bien y el mal. Negar al hombre el libre albedrío, equivaldría a reducirle a una máquina.

Vuelto a la vida corporal, el Espíritu pierde momentáneamente el recuerdo de sus existencias anteriores, como si se las ocultase un velo. Sin embargo, a veces tiene de ellas una vaga conciencia, y hasta pueden serle reveladas en ciertas circunstancias. Pero entonces es solo por voluntad de los Espíritus superiores, que lo hacen espontáneamente, con un fin útil, y nunca para satisfacer una vana curiosidad.

En ningún caso pueden ser reveladas las existencias futuras, porque dependen del modo como se viva la existencia presente, y de la elección ulterior del Espíritu.

El olvido de las faltas cometidas no es un obstáculo al mejoramiento del Espíritu, porque, si no tiene un recuerdo exacto, el conocimiento que de ellas tenía en estado errante y el deseo que ha concebido de repararlas, le guían por medio de la intuición y le sugieren el pensamiento de resistir al mal. Este pensamiento es la voz de la conciencia, secundada por los Espíritus que le asisten, si escucha las buenas inspiraciones que le sugieren.

Si bien el hombre no conoce los propios actos que cometió en sus anteriores existencias, siempre puede saber la clase de faltas de que se hizo culpable y cuál era su carácter dominante. Le basta estudiarse a sí mismo, y puede juzgar lo que ha sido, no por lo que es, sino por sus tendencias.

Las vicisitudes de la vida corporal son a la vez una expiación de las faltas pasadas y pruebas para el porvenir. Nos purifican y nos elevan, si las sufrimos con resignación y sin quejarnos.

La naturaleza de las vicisitudes y de las pruebas que sufrimos puede ilustrarnos también acerca de lo que hemos sido y de lo que hemos hecho, como en la Tierra juzgamos los actos del culpable por el castigo que le impone la ley. Así pues, uno será castigado en su orgullo, por la humillación de una existencia subalterna; el mal rico y el avaro, por la miseria; el que ha sido duro para con los otros, por las durezas que sufrirá; el tirano, por la esclavitud; el mal hijo, por la ingratitud de sus hijos; el perezoso, por un trabajo forzado, etc.

CAPÍTULO VIII

EMANCIPACIÓN DEL ALMA

1. DORMIR Y LOS SUEÑOS. 2. VISITAS ESPÍRITAS ENTRE PERSONAS VIVAS.
3. TRANSMISIÓN OCULTA DEL PENSAMIENTO. 4. LETARGO, CATALEPSIA. MUERTES APARENTES. 5. SONAMBULISMO. 6. ÉXTASIS. 7. DOBLE VISTA.
8. RESUMEN TEÓRICO DEL SONAMBULISMO, DEL ÉXTASIS Y DE LA DOBLE VISTA.

Dormir y los sueños

400. El Espíritu encarnado ¿vive gustoso en su envoltura corporal?

«Es como si preguntases si al preso le gusta estar en la cárcel. El Espíritu encarnado aspira sin cesar a la liberación, y cuanto más grosera es la envoltura, más desea deshacerse de ella».

401. Durante el sueño, ¿descansa el alma como el cuerpo?

«No, el Espíritu nunca está inactivo. Durante el sueño, los lazos que le unen al cuerpo se aflojan, y al no necesitarlo el cuerpo, el Espíritu recorre el espacio y *entra en relación más directa con los otros Espíritus*».

402. ¿Cómo podemos juzgar la libertad del Espíritu mientras dormimos?

«Por medio de los sueños. Bien puedes creer que cuando reposa el cuerpo, el Espíritu posee más facultades que en estado de vigilia. Tiene el recuerdo del pasado y a veces previsión del porvenir. Adquiere mayor poder y puede ponerse en comunicación con los otros Espíritus, *ya en este mundo o en otro*. Con frecuencia dices: “He tenido un

sueño estrambótico, horrible, pero inverosímil”. Te equivocas, pues a menudo es un recuerdo de lugares y cosas que has visto o presentimiento de los que verás en otra existencia o en otra época. Al estar el cuerpo entumecido, el Espíritu procura romper sus cadenas, inquiriendo el pasado o el porvenir.

» ¡Pobres hombres, qué poco conocéis de los fenómenos más vulgares de la vida! Creéis ser muy sabios, y las cosas más insignificantes os ponen en aprietos. A esta pregunta que os dirigen los niños: ¿Qué hacemos cuando dormimos? ¿Qué son los sueños? os quedáis mudos.

» El sueño libera en parte el alma del cuerpo. Cuando uno duerme, se encuentra por un momento en el mismo estado en que permanentemente se halla después de la muerte. Los Espíritus que con prontitud se separan de la materia en el momento de la muerte, han tenido sueños inteligentes. Cuando duermen se unen de nuevo a la sociedad de otros seres superiores a ellos. Viajan, hablan y se instruyen con ellos. Incluso trabajan en obras que encuentran completamente hechas al morir. Esto debe enseñaros una vez más a no temer la muerte, puesto que, según las palabras de un santo, morís todos los días.³⁰

» Esto con respecto a los Espíritus elevados. Pero en cuanto a la mayoría de los hombres que, al morir, han de permanecer durante mucho tiempo en esa turbación, en esa incertidumbre de que os han hablado, van a mundos inferiores a la Tierra, adonde les llaman antiguos afectos, o bien buscan placeres quizá más bajos que los que tienen aquí, y doctrinas más viles aún, más innobles, más nocivas que las que entre vosotros profesan. Lo que engendra la simpatía

³⁰ San Pablo, *Corintios* I, 15:31 y *Romanos* 8:36.

en la Tierra no es otra cosa que el hecho de sentirse uno, al despertar, unido por el corazón a aquellos con quienes se acaba de pasar ocho o nueve horas de dicha o de placer. Lo que explica también esas antipatías invencibles es que sabemos en el fondo del corazón que esas personas tienen distinta conciencia de la nuestra, porque las reconocemos sin haberlas visto nunca con los ojos. Esto explica asimismo la indiferencia, porque no nos inclinamos a buscar nuevos amigos, sabiendo que tenemos otros que nos aman y quieren. En una palabra, el sueño influye en vuestra vida más de lo que pensáis.

»Por medio del sueño, los Espíritus encarnados están siempre en relación con el mundo de los Espíritus, y por esto los superiores consienten sin mucha repugnancia, encarnarse entre vosotros. Dios ha querido que, durante su contacto con el vicio, puedan ir en busca de fuerzas al origen del bien, para que ellos, que vienen a instruir a los otros, no flaqueen también. El sueño es la puerta que Dios les ha abierto para con sus amigos del cielo. Es el recreo después del trabajo, mientras esperan la liberación final que ha de restituirlos a su verdadero medio.

»El sueño es el recuerdo de lo que ha visto vuestro Espíritu mientras dormíais, pero observad que no siempre soñáis, porque no recordáis siempre lo que habéis visto o todo lo que habéis visto. No está vuestra alma en todo su desarrollo. A menudo el sueño no es más que el recuerdo de la turbación que se une a vuestra partida o a vuestro regreso, al que se junta lo que habéis hecho o que os preocupa en estado de vigilia. De no ser así, ¿cómo explicaríais esos sueños absurdos que tiene lo mismo el más sabio como el más ignorante? Los Espíritus malos se aprovechan también de los sueños para atormentar a las almas débiles y pusilánimes.

»Por lo demás, dentro de poco veréis desarrollarse otra especie de sueños, que aunque tan antigua como la que conocéis, la ignoráis ahora. El sueño de Juana [de Arco], de Jacob, de los profetas judaicos y de algunos adivinos indios³¹: ese sueño es el recuerdo del alma completamente separada del cuerpo, el recuerdo de esa segunda vida de que os hablaba hace un momento.

»Procurad distinguir bien estas dos especies de sueños en aquellos que recordéis, pues sin ello caeríais en contradicciones y errores que serían funestos a vuestra fe».

Los sueños son producto de la emancipación del alma, que se hace más independiente por la suspensión de la vida activa y de relación. De aquí una especie de clarividencia indefinida que se extiende a los más lejanos lugares o nunca vistos, y a veces hasta a otros mundos. De aquí también el recuerdo que representa a la memoria los sucesos realizados en la existencia presente o en las anteriores. La rareza de las imágenes de lo que ocurre o ha ocurrido en mundos desconocidos, entremezcladas con las cosas del mundo actual, forman esos conjuntos estrambóticos y confusos que parece que no tienen sentido ni trabazón.

La incoherencia de los sueños se explica también por las lagunas que produce el recuerdo incompleto de lo que se nos ha aparecido mientras dormimos. Tal sucedería con un relato del cual se hubiesen quitado al azar frases o partes de estas, pues reunidos los fragmentos restantes carecerían de significación razonable.

403. ¿Por qué no se recuerdan siempre los sueños?

³¹ En el original francés *indien*, como en español *indio*, puede referirse tanto a personas relativas a la India como a América. Colavida lo tradujo por *indo* (India), pero si tenemos en cuenta que en ambas civilizaciones la clarividencia es común, vemos más apropiado traducirlo por *indio*. (N. de L. G.)

«Lo que tú llamas dormir no es más que descanso del cuerpo, porque el Espíritu está siempre en movimiento. Así recobra algo de su libertad y se comunica con los que aprecia ya en este o en otros mundos. Sin embargo, como el cuerpo es una materia pesada y grosera, con dificultad conserva las impresiones que ha recibido el Espíritu, porque no las ha percibido por medio de los órganos del cuerpo».

404. ¿Qué pensar de la significación atribuida a los sueños?

«Los sueños no son verdaderos en el sentido que entienden los que dicen la buena ventura, porque es absurdo creer que soñar tal cosa anuncia tal otra. Pero son verdaderos en el sentido de que presentan imágenes reales al Espíritu, pero que con frecuencia no tienen relación con lo que ocurre en la vida corporal. A menudo también, según hemos dicho, son un recuerdo. Por fin, pueden ser también un presentimiento del porvenir, si Dios lo permite, o la visión de lo que ocurre en aquel momento en otro lugar al que se transporta el alma. ¿No tenéis numerosos ejemplos de personas que se aparecen en sueños y advierten a sus parientes o amigos lo que les pasa? ¿Qué son esas apariciones sino el alma o Espíritu de esas personas, que comunica con la vuestra? Cuando tenéis certeza de que realmente ha sucedido lo que habéis visto, ¿no es una prueba de que la imaginación no ha tomado parte en ello, sobre todo si lo ocurrido estaba muy lejos de vuestro pensamiento, durante la vigilia?».

405. A menudo vemos en sueños cosas que parecen presentimientos y que no suceden. ¿De dónde viene esto?

«Pueden suceder para el Espíritu ya que no para el cuerpo, es decir, que el Espíritu ve lo que desea, *porque camina a su encuentro*. No hay que olvidar que, durante el sueño, el alma está más o menos bajo la influencia de la materia y que, por lo tanto, nunca se emancipa completamente de las ideas terrestres. Resulta de aquí que las preocupaciones de

la víspera pueden dar a lo que se ve, la apariencia de lo que se desea, o teme. Esto es lo que verdaderamente puede llamarse efecto de la imaginación. Cuando nos preocupa notablemente una idea, referimos a ella todo lo que vemos».

406. Cuando vemos en sueños a personas que viven aún, a quienes conocemos perfectamente, realizando actos en que ni siquiera piensan, ¿no es un efecto de pura imaginación?

«En que ni siquiera piensan, ¿qué sabes tú? Su Espíritu puede muy bien venir a visitar el tuyo, como el tuyo puede ir a visitar el suyo, y no siempre sabes lo que piensa. Además de que vosotros aplicáis a personas que conocéis, y siguiendo vuestros deseos, lo que ha ocurrido u ocurre en otras existencias».

407. ¿Es necesario el sueño perfecto para la emancipación del Espíritu?

«No. El Espíritu recobra su libertad cuando los sentidos se entorpecen. Aprovecha para emanciparse todos los momentos de respiro que le proporciona el cuerpo. Desde el instante que existe postración de fuerzas vitales, el Espíritu se desprende, gozando de mayor libertad a medida que el cuerpo es más débil».

Por esto el duermevela o un simple aletargamiento de los sentidos, ofrece a veces las mismas imágenes que el sueño.

408. A veces nos parece oír dentro de nosotros mismos palabras claramente pronunciadas, que ninguna relación tienen con lo que nos ocupa ¿De dónde viene esto?

«Sí, y hasta frases enteras, sobre todo cuando los sentidos empiezan a entorpecerse. A veces es el débil eco de un Espíritu que quiere comunicarse contigo».

409. Con frecuencia en un estado que no es aún el de duermevela, cuando tenemos los ojos cerrados, vemos imágenes

netas, figuras cuyos más mínimos detalles apreciamos. ¿Es esto efecto de una visión o de la imaginación?

«Cuando el cuerpo está aletargado, el Espíritu procura romper sus cadenas. Se transporta y ve, de modo que, si estuviese completamente dormido, soñaría».

- 410. A veces mientras dormimos o dormitamos, tenemos ideas que parecen muy buenas, y que a pesar de los esfuerzos que hacemos por recordarlas, se borran de la memoria. ¿De dónde proceden estas ideas?**

«Son resultado de la libertad del Espíritu que se emancipa y goza de mayores facultades en aquel momento. A menudo son también consejos que dan otros Espíritus».

- **¿Para qué sirven esas ideas o consejos, puesto que no los recordamos, ni podemos aprovecharlos?**

«A veces esas ideas pertenecen más al mundo de los Espíritus que al corporal. Sin embargo, lo más común es que, si el cuerpo olvida, el Espíritu las recuerda, y la idea acude en el momento oportuno como una inspiración instantánea».

- 411. El Espíritu encarnado, cuando está desprendido de la materia y obra como Espíritu, ¿sabe la hora de su muerte?**

«A menudo la presiente. A veces la conoce claramente, lo cual en estado de vigilia le da intuición de ella. De aquí proviene que ciertas personas prevén a veces su muerte con gran exactitud».

- 412. La actividad del Espíritu durante el descanso o sueño del cuerpo, ¿puede hacer que este experimente cansancio?**

«Sí, porque el Espíritu está sujeto al cuerpo, como el globo cautivo al poste donde está atado. Ahora bien, así como las sacudidas del globo agitan el poste, la actividad del Espíritu reacciona sobre el cuerpo, y puede hacerle experimentar cansancio».

Visitas espíritas entre personas vivas

413. Del principio de la emancipación del alma durante el sueño parece resultar que tenemos una doble existencia simultánea: la del cuerpo que nos da la vida de relación externa y la del alma que nos da la vida de relación oculta. ¿Es exacto esto?

«En el estado de emancipación, la vida del cuerpo cede a la del alma. Sin embargo, propiamente hablando, no son dos existencias, sino mejor son dos fases de la misma existencia, porque el hombre no vive doblemente».

414. Dos personas que se conocen ¿pueden visitarse mientras duermen?

«Sí, y muchas otras que creen no conocerse se reúnen y se hablan. Sin sospecharlo, tú puedes tener amigos en otros países. El hecho de visitar, durante el sueño, a personas que pueden seros útiles, amigos, parientes y conocidos es tan frecuente, que casi todas las noches lo verificáis».

415. ¿Cuál puede ser la utilidad de esas visitas nocturnas, puesto que no las recordamos?

«Generalmente al despertar se conserva la intuición, y con frecuencia originan ciertas ideas espontáneas que no se explican, y son las mismas que se han adquirido durante aquellas conversaciones».

416. ¿Puede el hombre por medio de la voluntad provocar las visitas espíritas? ¿Puede, por ejemplo, decir al dormirse: «Esta noche quiero encontrarme en Espíritu con tal persona, hablarle y decirle tal cosa»?

«Esto es lo que ocurre. El hombre se duerme, su Espíritu se despierta, y lo que el hombre había resuelto, el Espíritu con frecuencia está lejos de seguirlo, porque la vida del hombre interesa poco al Espíritu cuando está desprendido

de la materia. Esto ocurre respecto a los hombres ya un tanto elevados, pues los otros pasan de muy distinto modo su existencia espiritual: se entregan a sus pasiones o permanecen inactivos. Puede suceder, pues, que, según el motivo que se proponga, el Espíritu vaya a visitar a las personas que desea visitar, pero aunque tenga esta voluntad estando despierto, no es una razón para que así suceda».

417. Un cierto número de Espíritus encarnados ¿pueden reunirse y formar asambleas?

«Sin duda alguna. Los lazos de amistad, antiguos o recientes, reúnen con frecuencia de este modo a diversos Espíritus que son felices estando juntos».

Por la palabra *antiguos* debe entenderse los lazos de amistad contraídos en anteriores existencias. Al despertarnos, tenemos intuición de las ideas que hemos adquirido en esas conversaciones ocultas, pero cuyo origen ignoramos.

418. Una persona que creyese muerto a uno de sus amigos, no estándolo, ¿podría encontrarse con él en Espíritu y saber de este modo que está vivo? ¿Podría en semejante caso tener intuición de ello al despertar?

«Como Espíritu puede ciertamente verlo y conocer su suerte. Si la creencia de que está muerto su amigo no la tiene impuesta como una prueba, tendrá un presentimiento de su existencia, como puede tener el de su muerte».

Transmisión oculta del pensamiento

419. ¿De dónde procede que una misma idea, la de un descubrimiento, por ejemplo, surge en muchos lugares a la vez?

«Ya hemos dicho que, durante el sueño, los Espíritus se comunican entre sí. Pues bien, cuando el cuerpo se despierta, el Espíritu recuerda lo que ha aprendido, y el

hombre cree haberlo inventado. Así es como muchos pueden encontrar a la vez una misma cosa. Cuando decís que una idea «está en el aire», es una figura más exacta de lo que creéis. Cada uno contribuye a propagarla sin sospecharlo».

De este modo nuestro Espíritu revela a menudo por sí mismo, y sin saberlo, a otros Espíritus, lo que le preocupaba mientras estaba despierto el cuerpo.

420. Los Espíritus ¿pueden comunicarse si el cuerpo está completamente despierto?

«El Espíritu no está encerrado en el cuerpo como en una caja: irradia a su alrededor. Por eso puede comunicarse con otros Espíritus, incluso en estado de vigilia, aunque lo haga con mayor dificultad entonces».

421. ¿De dónde procede que dos personas, perfectamente despiertas, con frecuencia tienen instantáneamente el mismo pensamiento?

«Son Espíritus simpáticos que se comunican y ven recíprocamente su pensamiento, aun cuando no duerma el cuerpo».

Hay entre los Espíritus que se encuentran una comunicación de pensamientos, que hace que dos personas se vean y se comprendan sin acudir a los signos externos del lenguaje. Podría decirse que se hablan en el lenguaje de los Espíritus.

Letargo, catalepsia, muertes aparentes

422. Los letárgicos y catalépticos ven y oyen generalmente lo que pasa alrededor de ellos, pero no pueden manifestarlo. ¿Ven y oyen con los ojos y oídos del cuerpo?

«No, con el Espíritu, que se reconoce, pero no puede comunicarse».

— ¿Por qué no puede comunicarse?

«Se opone a ello el estado del cuerpo. Este estado particular de los órganos os sirve de prueba de que hay en el hombre algo más que el cuerpo, puesto que, a pesar de no funcionar el cuerpo, obra el Espíritu».

423. En el letargo ¿puede el Espíritu separarse enteramente del cuerpo, de modo que dé a este todas las apariencias de la muerte, y volver después a él?

«En el letargo no está muerto el cuerpo, puesto que desempeña algunas funciones. La vitalidad está en estado latente, como en la crisálida, pero no está aniquilada. Ahora bien, el Espíritu permanece unido al cuerpo, mientras este vive. Una vez rotos los lazos por la muerte *real* y la descomposición de los órganos, la separación es perfecta y no vuelve más el Espíritu. Cuando un hombre aparentemente muerto vuelve a la vida, es señal de que la muerte no era completa».

424. Por medio de cuidados prestados a tiempo, ¿se pueden reanudar los lazos que están a punto de romperse, y devolver la vida a un ser que moriría definitivamente por falta de auxilios?

«Sin duda que sí, y cada día tenéis la prueba de ello. Con frecuencia, el magnetismo es en este caso un poderoso medio, porque restituye al cuerpo el fluido vital que le falta, y que no era bastante para mantener el funcionamiento de los órganos».

El letargo y la catalepsia tienen el mismo principio, que es la pérdida momentánea de la sensibilidad y del movimiento por una causa fisiológica inexplicada aún. Se diferencian en que, en el letargo, la suspensión de las fuerzas vitales es general y da al cuerpo todas las apariencias de la muerte. En la catalepsia, está localizada y puede afectar a una parte más o menos extensa del cuerpo, de modo que deja a la inteligencia en

libertad para manifestarse, lo que impide que se la confunda con la muerte. El letargo siempre es natural. La catalepsia a veces es espontánea, pero puede ser provocada y destruida artificialmente por la acción magnética.

Sonambulismo

425. El sonambulismo natural ¿tiene relación con los sueños? ¿Cómo puede explicarse?

«Es un estado de independencia del alma más completo que durante el sueño y cuando las facultades del alma están más desarrolladas. El alma tiene percepciones que no tenía durante el sueño, que es un estado imperfecto de sonambulismo.

»En el sonambulismo, el Espíritu se pertenece a sí mismo completamente. Los órganos materiales, al estar hasta cierto punto en estado cataléptico, ya no reciben las impresiones *externas*. Este estado se manifiesta especialmente durante el sueño, momento en que el Espíritu puede abandonar provisionalmente el cuerpo, entregado como está al descanso indispensable a la materia. Cuando se producen los hechos sonambúlicos, se debe a que el Espíritu, ocupado de este o de aquel asunto, se entrega a alguna acción que requiere el empleo del cuerpo, del cual se sirve de un modo análogo al uso que se hace de una mesa o cualquier otro objeto material en el fenómeno de las manifestaciones físicas, o de la mano en el de las comunicaciones escritas. En los sueños de que se tiene conciencia, los órganos, incluidos los de la memoria, comienzan a despertarse. Estos reciben imperfectamente las impresiones producidas por los objetos o causas externas, y las comunican al Espíritu que, reposando él mismo entonces, no percibe más que sensaciones confusas y con frecuencia incoherentes, sin nin-

guna razón aparente de ser, mezcladas como están de vagos recuerdos, ya sea de esta existencia, o de las anteriores. Fácil es entonces comprender por qué los sonámbulos no tienen ningún recuerdo y por qué los sueños, cuyo recuerdo conservamos, no tienen sentido alguno las más de las veces. Digo *las más de las veces*, porque sucede que son consecuencia de un recuerdo exacto de acontecimientos de una vida anterior, y alguna vez hasta una especie de intuición del porvenir».

426. El sonambulismo llamado magnético ¿tiene relación con el natural?

«Es uno mismo, solo que el magnético es provocado».

427. ¿Cuál es la naturaleza del agente llamado fluido magnético?

«Fluido vital, electricidad animalizada, que son modificaciones del fluido universal».

428. ¿Cuál es la causa de la clarividencia sonambúlica?

«Ya lo hemos dicho: *es el alma la que ve*».

429. ¿Cómo puede ver el sonámbulo a través de los cuerpos opacos?

«Solo para vuestros órganos groseros existen cuerpos opacos. ¿Acaso no hemos dicho que para el Espíritu no es un obstáculo la materia, puesto que la atraviesa libremente? A menudo, el sonámbulo os dice que ve con la frente, con la rodilla, etc., porque vosotros, sujetos completamente a la materia, no comprendéis que pueda ver sin el auxilio de los órganos. Y hasta él mismo, en virtud de vuestro deseo, cree tener necesidad de esos órganos. No obstante, si lo dejaseis en libertad, comprendería que ve por todas las partes de su cuerpo o, mejor dicho, ve fuera de su cuerpo».

430. Puesto que la clarividencia del sonámbulo es la de su alma o Espíritu, ¿por qué no lo ve todo? y ¿por qué se equivoca con frecuencia?

«Ante todo, no es dado a los Espíritus imperfectos verlo y conocerlo todo. Bien sabes que ellos participan todavía de vuestros errores y prejuicios. Y además, cuando están ligados a la materia no gozan de todas las facultades del Espíritu. Dios ha dado al hombre esta facultad con un fin útil y serio, y no para enseñarle lo que no debe saber. He aquí por qué los sonámbulos no pueden decirlo todo».

431. ¿Cuál es el origen de las ideas innatas del sonámbulo, y cómo puede hablar con exactitud de cosas que ignora estando despierto, y que son incluso superiores a su capacidad intelectual?

«Sucede que el sonámbulo posee más conocimientos de los que tú le conoces. Solo que dormitan, porque su envoltura es demasiado imperfecta para que pueda recordarlos. Pero ¿qué es en definitiva? Como nosotros, un Espíritu encarnado en la materia para cumplir su misión, y el estado en que entra le despierta de su letargo. Te hemos dicho con frecuencia que volvemos a vivir muchas veces. Este cambio es el que le hace perder materialmente lo que ha podido aprender en una existencia precedente. Cuando se encuentra en el estado que tú llamas *crisis*, lo recuerda, pero no siempre de un modo completo. Sabe, pero no podría decir dónde ha aprendido, ni cómo posee los conocimientos. Pasada la crisis, desaparece todo recuerdo, y el sonámbulo vuelve a la oscuridad».

La experiencia demuestra que los sonámbulos reciben también comunicaciones de otros Espíritus que les transmiten lo que debe decir, y suplen su insuficiencia. Esto se observa, sobre todo, en las prescripciones medicinales: el Espíritu del

sonámbulo ve la enfermedad, y otro le indica el remedio. Esta doble acción es patente a veces, y se revela además por estas expresiones bastante frecuentes: «me dicen que diga», o «me prohíben que diga» tal cosa. En este último caso siempre es peligroso insistir en obtener una revelación que se niega, porque entonces se da pie a los Espíritus superficiales que de todo charlan sin escrúpulo y sin cuidarse de la exactitud.

432. ¿Cómo se explica la vista a distancia de ciertos sonámbulos?

«¿Acaso no se transporta el alma durante el sueño? Pues lo mismo sucede con el sonámbulo».

433. El desarrollo mayor o menor de la clarividencia sonambúlica ¿depende de la organización física, o de la naturaleza del Espíritu encarnado?

«De ambas, puesto que hay disposiciones físicas que permiten al Espíritu desprenderse más o menos fácilmente de la materia».

434. Las facultades de que goza el sonámbulo ¿son las mismas que las del Espíritu después de la muerte?

«Hasta cierto punto, porque es preciso tener en cuenta la influencia de la materia a que está aún sujeto».

435. ¿Puede ver el sonámbulo a los otros Espíritus?

«La mayor parte los ven perfectamente. Esto depende del grado y naturaleza de su lucidez, pero a veces no saben explicárselo al principio y los toman por seres corporales, lo que sucede especialmente a los que no tienen ningún conocimiento del espiritismo. No comprenden aún la esencia de los Espíritus, les maravilla su presencia y por esto creen ver personas vivas».

El mismo efecto se produce en el momento de la muerte, en los que aún se creen vivos. Les parece que nada ha cambiado

a su alrededor, se les ocurre que los Espíritus tienen cuerpos semejantes a los nuestros y toman la apariencia de su propio cuerpo por un cuerpo real.

436. El sonámbulo que ve a distancia, ¿ve desde el punto en que está su cuerpo, o desde aquel donde está su alma?

«¿A qué esta pregunta, siendo el alma la que ve y no el cuerpo?»

437. Puesto que es el alma la que se transporta, ¿cómo puede el sonámbulo experimentar en su cuerpo las sensaciones de calor o frío del lugar donde se encuentra su alma y que a veces está muy lejos de su cuerpo?

«El alma no ha abandonado completamente el cuerpo, del cual depende siempre por el lazo que lo liga a él. Este lazo es el conductor de las sensaciones. Cuando dos personas se comunican de una ciudad a otra, por medio de la electricidad, esta es el lazo de sus pensamientos. Por esta razón se comunican como si estuviesen una al lado de la otra». (Véase 257: *Ensayo teórico sobre la sensación en los Espíritus*)³²

438. El uso que hace un sonámbulo de su facultad, ¿influye en el estado de su Espíritu después de la muerte?

«Mucho, como el buen o mal uso de todas las facultades que Dios ha dado al hombre».

Éxtasis

439. ¿Qué diferencia hay entre el éxtasis y el sonambulismo?

³²) Referencia incluida por Kardec en la *Fe de erratas* de la segunda impresión de la segunda edición de 1860 y algunas ediciones posteriores.

«El éxtasis es un sonambulismo más depurado. El alma del extático es aún más independiente».

440. El Espíritu del extático ¿penetra realmente en los mundos superiores?

«Sí, los ve y comprende la dicha de los que en ellos se encuentran. Por esto querría permanecer allí, pero hay mundos inaccesibles a los Espíritus que no están bastante purificados».

441. Cuando el extático manifiesta deseos de abandonar la Tierra ¿habla sinceramente sin que le detenga el instinto de conservación?

«Depende del grado de purificación del Espíritu. Si ve que su posición futura es mejor que la vida presente, se esfuerza en romper los lazos que le sujetan a la Tierra».

442. Si se abandonase al extático a sí mismo, ¿podría su alma abandonar definitivamente el cuerpo?

«Sí, puede morir. Por esto es preciso atraerle con todo aquello que puede ligarlo a la Tierra y sobre todo haciéndole comprender que, si rompiese la cadena que le sujeta al mundo, este sería medio más seguro para que no permaneciese en el lugar donde comprende que sería feliz».

443. Hay cosas que el extático pretende ver y que evidentemente son producto de una imaginación dominada por las creencias y prejuicios terrestres. ¿No es, pues, real todo lo que ve?

«Lo que ve es real para él, pero como su Espíritu está siempre bajo la influencia de las ideas terrestres, puede verlo a su modo o, mejor dicho, expresarlo en un lenguaje apropiado a sus prejuicios y a las ideas en que se ha educado o

a las vuestras, a fin de hacerse comprender mejor. En este sentido especialmente puede equivocarse».

444. ¿Qué grado de confianza puede prestarse a las revelaciones de los extáticos?

«El extático puede equivocarse con mucha frecuencia, sobre todo cuando quiere penetrar lo que es un misterio para el hombre, porque entonces se entrega a sus propias ideas, o bien es juguete de Espíritus mentirosos *que aprovechan su entusiasmo* para fascinarlo».

445. ¿Qué consecuencias pueden sacarse de los fenómenos del sonambulismo y del éxtasis? ¿No serán acaso una especie de iniciación de la vida futura?

«Mejor dicho, el hombre entrevé la vida pasada y la vida futura. Que estudie esos fenómenos, y en ellos encontrará solución a más de un misterio que su razón en vano procura penetrar».

446. Los fenómenos del éxtasis y del sonambulismo ¿pueden armonizarse con el materialismo?

«El que los estudie de buena fe y sin prevención, no puede ser ni materialista ni ateo».

Doble vista

447. El fenómeno designado con el nombre de *doble vista*, ¿tiene relación con los sueños y el sonambulismo?

«Todo es lo mismo. Lo que llamáis *doble vista* es el Espíritu gozando de mayor libertad, aunque no esté dormido el cuerpo. La doble vista es la vista del alma».

448. ¿Es permanente la doble vista?

«La facultad, sí; el ejercicio, no. En mundos menos materiales que el vuestro, los Espíritus se desprenden más

fácilmente y se comunican solo por el pensamiento, sin excluir no obstante, el lenguaje articulado. Asimismo, la doble vista para la mayor parte de ellos es una facultad permanente. Puede compararse su estado al de vuestros sonámbulos lúcidos, y esta es también la razón por la que se os manifiestan más fácilmente que los que están encarnados en cuerpos más groseros».

449. La doble vista ¿se desarrolla espontáneamente o a voluntad del que está dotado de ella?

«Lo más frecuente es que sea espontánea, pero a menudo también la voluntad desempeña un gran papel. Toma por ejemplo a ciertas personas a quienes se llama echadoras de la buena ventura, algunas de las cuales tienen la facultad que nos ocupa, y verás que es la voluntad la que les ayuda a desarrollar la doble vista y lo que tú llamas visión».

450. La doble vista ¿es susceptible de desarrollo por medio del ejercicio?

«Sí, el trabajo conduce siempre al progreso, y el velo que cubre las cosas se hace transparente».

— **¿Depende esta facultad de la organización física?**

«Cierto que la organización física desempeña un papel. Hay organismos que son refractarios a ella».

451. ¿De dónde procede que la doble vista parezca hereditaria en ciertas familias?

«Semejanza de organización que se transmite como las otras cualidades físicas. Y, además, desarrollo de la facultad por una especie de educación que también se transmite de uno a otro».

452. ¿Es cierto que determinadas circunstancias desarrollan la doble vista?

«Una enfermedad, la proximidad de un peligro y una gran conmoción pueden desarrollarla. El cuerpo se halla a veces en un estado particular que permite al Espíritu ver lo que vosotros no podéis ver con los ojos del cuerpo».

Los tiempos de crisis y calamidades, grandes emociones y todas las causas, en suma, que sobreexcitan la parte moral, a veces provocan el desarrollo de la doble vista. Parece que la Providencia, en vista del peligro, nos da el modo de conjurarlo. Todas las sectas y partidos perseguidos ofrecen numerosos ejemplos de esto.

453. Las personas dotadas de doble vista ¿tienen conciencia de ello?

«No siempre. Para ellas es algo muy natural, y muchos creen que si todos se observasen a sí mismos, descubrirían esta misma facultad».

454. ¿Podría atribuirse a una especie de doble vista la perspicacia de ciertas personas que, sin tener nada de extraordinario, juzgan las cosas con más exactitud que las otras?

«Siempre es el alma que irradia más libremente y que juzga mejor que bajo el velo de la materia».

— ¿Puede esta facultad dar, en ciertos casos, la presciencia de las cosas?

«Sí. Da también los presentimientos, porque hay muchos grados en esta facultad, y el mismo sujeto puede tenerlos todos o algunos solamente».

Resumen teórico del sonambulismo, del éxtasis y de la doble vista

455. Los fenómenos del sonambulismo natural se producen espontáneamente y son independientes de toda causa externa conocida. No obstante, en algunas personas dotadas de una

organización especial, pueden ser provocados artificialmente por la acción del agente magnético.

El estado designado con el nombre de *sonambulismo magnético* no difiere del sonambulismo natural más que, en uno es provocado, mientras que el otro es espontáneo».

El sonambulismo natural es un hecho notorio, que nadie piensa poner en duda, a pesar de los maravillosos fenómenos que ofrece. ¿Qué tiene, pues, de extraordinario o irracional el sonambulismo magnético, por el hecho de ser producido artificialmente como otras tantas cosas? Se dice que los charlatanes lo han explotado, razón de más para no abandonarlo en sus manos. Cuando la ciencia se lo haya apropiado, el charlatanismo tendrá mucho menos crédito entre las masas. Entretanto, como el sonambulismo natural o artificial es un hecho, y como contra este no hay razonamiento posible, gana crédito a pesar de la mala voluntad de algunos, y hasta en la misma ciencia, en la que entra por una multitud de puertecillas, en vez de hacerlo por la principal. Mas cuando esté allí en su totalidad, será preciso concederle derecho de ciudadanía.

Para el espiritismo, el sonambulismo es algo más que un fenómeno fisiológico, es una luz que refleja en la psicología. En él se puede estudiar el alma, porque se presenta a las claras. Ahora bien, uno de los fenómenos que lo caracterizan es la clarividencia independiente de los órganos ordinarios de la vista. Los que impugnan el fenómeno, se fundan en que el sonámbulo no ve siempre y a voluntad del experimentador, como con los ojos. Pero ¿hemos de admirarnos de que, siendo diferentes los medios, los efectos no sean los mismos? ¿Es racional pedir efectos idénticos, cuando el instrumento ya no existe? El alma tiene sus propiedades, como el ojo las suyas, y debe juzgarlas en sí mismas y no por analogía.

La causa de la clarividencia del sonámbulo magnético y del sonámbulo natural es idénticamente la misma: *es un atributo del alma*, una facultad inherente a todas las facultades del ser incorpóreo que reside en nosotros y que no tiene más límites que los señalados a la misma alma. Ve en todas partes adonde su alma puede transportarse, sea cual sea la distancia.

En la vista a distancia, el sonámbulo no ve las cosas desde el punto donde está su cuerpo, y como por un efecto telescópico. Las ve presentes y como si estuviese en el lugar donde se encuentran, porque allí está en realidad su alma. Por esto su cuerpo está como anonadado y parece hallarse privado de sentimiento hasta que el alma vuelve a tomar posesión de él. Esta separación parcial del alma y del cuerpo es un estado anormal que puede durar más o menos, pero no indefinidamente. Es el motivo por el cual el cuerpo experimenta fatiga después de cierto tiempo, sobre todo cuando el alma se consagra a un trabajo activo.

Dado que la vista del alma o del Espíritu no está circunscrita y no tiene un lugar determinado, queda explicado el por qué, los sonámbulos no pueden señalarle un órgano especial. Ven, porque ven, sin saber cómo ni por qué, pues como Espíritus, la vista no tiene un lugar determinado. *Si se refieren a su cuerpo*, les parece que ese lugar está en los centros en que es mayor la actividad vital, principalmente en el cerebro, en la región epigástrica, o en el órgano que según ellos es el punto de unión *más tenaz* entre el Espíritu y el cuerpo.

La potencia de la lucidez sonambúlica no es indefinida. Hasta el Espíritu completamente libre está limitado en sus facultades y en sus conocimientos según el grado de perfección a que ha llegado. Y lo está más, cuando está ligado a la materia cuya influencia siente. Esta es la causa de que la clarividencia sonambúlica no es universal, ni infalible. Menos aún puede

fijarse su infalibilidad, cuando se la aparta del fin que se ha propuesto la naturaleza, y se la constituye en objeto de curiosidad *y de experimentación*.

En el estado de desprendimiento en que se encuentra el Espíritu del sonámbulo, entra más fácilmente en comunicación con los otros Espíritus *encarnados* o *no encarnados*. Se establece esta comunicación por medio del contacto de los fluidos que componen los periespíritus y sirven de conductores al pensamiento como el hilo eléctrico. El sonámbulo no necesita, pues, de que el pensamiento sea articulado por la palabra: lo siente y lo adivina. Es esto lo que lo hace eminentemente impresionable y accesible a las influencias de la atmósfera moral en que se halla colocado. Por esto también un concurso numeroso de espectadores, y especialmente de curiosos más o menos malévolos, perjudica esencialmente el desarrollo de sus facultades, que se repliegan por decirlo así en sí mismas, y no se despliegan con completa libertad más que en la intimidad y en un centro simpático. *La presencia de personas malévolas o antipáticas produce en él, el mismo efecto del contacto de la mano sobre la sensitiva.*

El sonámbulo ve a la vez su Espíritu y su cuerpo. Son, por decirlo así, dos seres que representan su doble existencia, espiritual y corporal, y sin embargo se confunden por los lazos que los unen. No siempre el sonámbulo se da cuenta de esta situación, y esta *dualidad* hace que hable a menudo de él como de un extraño. Y es que tan pronto el ser corporal habla al espiritual, como el espiritual al corporal.

El Espíritu adquiere un aumento de conocimientos y de experiencia en cada una de sus existencias corporales. Los olvida parcialmente durante su encarnación en una materia demasiado grosera, *pero los recuerda como Espíritu*. Por esto ciertos sonámbulos revelan conocimientos superiores a su grado de

instrucción y hasta a su aparente capacidad intelectual. La inferioridad intelectual y científica del sonámbulo estando despierto, nada prejuzga, pues, sobre los conocimientos que pueda revelar en estado lúcido. Según las circunstancias y el fin que nos propongamos, puede tomarlos de su propia experiencia, de la clarividencia de las cosas presentes o de los consejos que de otros Espíritus recibe. Pero como su propio Espíritu puede estar más o menos adelantado, puede decir cosas más o menos exactas.

Por los fenómenos del sonambulismo, ya sea natural o magnético, la Providencia nos da la prueba irrecusable de la existencia e independencia del alma, y nos hace asistir al sublime espectáculo de su emancipación, abriéndonos de este modo el libro de nuestro destino. Cuando el sonámbulo describe lo que ocurre a distancia, es evidente que lo ve, y no con los ojos del cuerpo. Se ve a sí mismo, se siente transportado. Hay, pues, allí algo suyo, y no siendo este algo su cuerpo, no puede ser otra cosa que su alma o su Espíritu. Mientras el hombre se extravía entre las sutilezas de una metafísica abstracta e ininteligible, corriendo en busca de las causas de nuestra existencia moral, Dios pone diariamente en sus manos y ante sus ojos, los más sencillos y patentes medios para el estudio de la psicología experimental.

El éxtasis es el estado en que la independencia del alma y del cuerpo se manifiesta del modo más sensible y se hace hasta cierto punto palpable.

En el sueño y en el sonambulismo el alma vaga por los mundos terrestres. En el éxtasis, el alma entra en un mundo desconocido, en el de los Espíritus etéreos con los cuales se comunica, no obstante, sin poder salvar ciertos límites que no podría franquear sin romper completamente los lazos que la unen al cuerpo. Un brillo resplandeciente, completamente nuevo, la rodea, armonías desconocidas en la Tierra la arrebatan, y un bienestar

indefinible la cala: goza anticipadamente de la beatitud celeste, *y puede decirse que pone un pie en el umbral de la eternidad.*

En el estado de éxtasis el anonadamiento del cuerpo es casi completo. Solo le resta, por decirlo así, la vida orgánica, y se siente que el alma no está unida a él más que por un hilo, que un esfuerzo más haría que se rompiera definitivamente.

En semejante estado desaparecen todos los pensamientos terrestres, para ceder su puesto al sentimiento puro, que es la misma esencia de nuestro ser inmaterial. Entregado totalmente a esta sublime contemplación, el extático considera la vida como una parada momentánea. Los bienes y los males, las alegrías groseras y las miserias de este mundo no son más que incidentes fútiles de un viaje, de cuya terminación se consideraría feliz.

Sucede con los extáticos lo mismo que con los sonámbulos: su lucidez puede ser más o menos perfecta, y su mismo Espíritu es más o menos apto para conocer y comprender las cosas, según que sea más o menos elevado. A veces es en ellos mayor la exaltación que la lucidez verdadera, o por mejor decir, su exaltación perjudica a la lucidez. Por esto sus revelaciones son con frecuencia una mezcla de verdades y errores, de cosas sublimes y de cosas absurdas y hasta ridículas. Los Espíritus inferiores se aprovechan a menudo de esa exaltación, que siempre es causa de debilidad, cuando no se sabe dominarla para dominar al extático, y a este fin toman a sus ojos *apariencias* que mantienen sus ideas o prejuicios de la vigilia. Este es un escollo, pero todos los extáticos no son iguales. Nos incumbe a nosotros juzgar fríamente y pesar sus revelaciones en la balanza de la razón.

La emancipación del alma se manifiesta a veces en estado de vigilia, y produce el fenómeno designado con el nombre de *doble vista*, que da a los que de ella están dotados la facultad de ver, de oír o sentir *más allá del límite de nuestros sentidos.*

Perciben las cosas ausentes en todas partes donde el alma extiende su acción. Las ven por decirlo así, a través de la vista ordinaria y como por una especie de espejismo.

En el momento en que se produce el fenómeno de la doble vista, el estado físico está sensiblemente modificado. Hay algo de vaguedad en la mirada, miran sin ver, y toda la fisonomía refleja una especie de exaltación. Se comprueba que los órganos de la vista son extraños al fenómeno, porque la visión persiste, a pesar de cerrar los ojos.

Esta facultad parece a los que de ella gozan, natural como la de ver. Para ellos es un atributo de su ser que no les parece excepcional. El olvido sucede lo más comúnmente a esta lucidez pasajera, cuyo recuerdo cada vez más vago, concluye por borrarse como el de un sueño.

La potencia de la doble vista varía desde la sensación confusa, hasta la percepción clara y neta de las cosas presentes o ausentes. En estado rudimentario da a ciertas personas el tacto, la perspicacia y una especie de seguridad en sus actos, que puede llamarse *la exactitud de la perspectiva moral*. Mas desarrollada, despierta el presentimiento, y más aún, ofrece los acontecimientos realizados o a punto de realizarse.

El sonambulismo natural y artificial, el éxtasis y la doble vista son variedades o modificaciones de una misma causa. Estos fenómenos, lo mismo que los sueños, son naturales, y por esto han existido en todas las épocas. La historia nos dice que fueron conocidos, y hasta explotados, desde la más remota antigüedad, y en ellos se encuentra la explicación de una multitud de hechos que los prejuicios han hecho considerar como sobrenaturales.

CAPÍTULO IX

INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN EL MUNDO CORPORAL

1. PENETRACIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN NUESTRO PENSAMIENTO. 2. INFLUENCIA OCULTA DE LOS ESPÍRITUS EN NUESTROS PENSAMIENTOS Y ACCIONES 3. POSEÍDOS. 4. CONVULSIONARIOS. 5. AFECTO DE LOS ESPÍRITUS HACIA CIERTAS PERSONAS. 6. ÁNGELES DE LA GUARDA, ESPÍRITUS PROTECTORES, FAMILIARES O SIMPÁTICOS. 7. INFLUENCIA DE LOS ESPÍRITUS EN LOS ACONTECIMIENTOS DE LA VIDA. 8. ACCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN LOS FENÓMENOS DE LA NATURALEZA. 9. ESPÍRITUS DURANTE LAS BATALLAS. 10. SOBRE LOS PACOTOS. 11. PODER OCULTO. TALISMANES. HECHICEROS. 12. BENDICIÓN Y MALDICIÓN.

Penetración de los Espíritus en nuestro pensamiento

456. Los Espíritus ¿ven todo lo que nosotros hacemos?

«Pueden verlo, porque os rodean sin cesar. Pero cada uno no ve más que las cosas en que fija su atención, ya que no se ocupa de las que le son indiferentes».

457. Los Espíritus ¿pueden conocer nuestros más recónditos pensamientos?

«Conocen a menudo hasta aquellos que querríais ocultaros a vosotros mismos. No podéis ocultarles ni vuestros actos, ni vuestros pensamientos».

— Según esto, parece que sería más fácil ocultar una cosa a una persona que aún vive, que no después que ha muerto.

«Indudablemente, y cuando más a solas os creéis, tenéis a vuestro alrededor una multitud de Espíritus que os ven».

458. ¿Qué piensan de nosotros los Espíritus que nos rodean y observan?

«Según y cómo. Los Espíritus traviesos se ríen de las molestias que os ocasionan y se burlan de vuestra impaciencia. Los Espíritus serios compadecen vuestros infortunios y procuran ayudaros».

Influencia oculta de los Espíritus en nuestros pensamientos y acciones

459. ¿Influyen los Espíritus en nuestros pensamientos y acciones?

«Bajo este aspecto su influencia es mayor de lo que creéis, porque a menudo son ellos quienes os dirigen».

460. ¿Tenemos pensamientos propios y otros que nos son sugeridos?

«Vuestra alma es un Espíritu que piensa. Ya sabéis que con frecuencia tenéis a la vez varios pensamientos sobre un mismo asunto, y a menudo muy contradictorios entre sí. Pues bien, siempre los tenéis propios y nuestros. Esto es lo que os hace andar inciertos, porque tenéis dos ideas que se contradicen».

461. ¿Cómo podemos distinguir los pensamientos que nos son propios de los que nos son sugeridos?

«Cuando un pensamiento os es sugerido, viene a ser como una voz que os habla. Los pensamientos propios son en general los del primer instante. Por lo demás, no es muy interesante esta distinción y a menudo es útil no reconocerla, pues el hombre obra más libremente. Si se decide por

el bien, lo hace de mejor grado, y si toma el camino del mal, aumenta su responsabilidad».

462. Los hombres de talento y genio ¿toman siempre sus ideas de sí mismos?

«A veces las ideas proceden de su propio Espíritu, pero a menudo les son sugeridas por otros Espíritus que los juzgan capaces de comprenderlas y dignos de transmitir las. Cuando no las encuentran en sí mismos, acuden a la inspiración y hacen una evocación sin saberlo».

Si hubiese sido útil que pudiéramos distinguir claramente nuestras propias ideas de las que nos son sugeridas, Dios nos hubiera proporcionado medios para conseguirlo, como nos los da para distinguir la noche del día. Cuando una cosa se nos ofrece vagamente, es porque así debe ser para nuestro bien.

463. A veces se dice que siempre es bueno el primer impulso. ¿Es exacto?

«Puede ser bueno o malo, según la naturaleza del Espíritu encarnado. Siempre es bueno en aquel que escucha las buenas inspiraciones».

464. ¿Cómo podemos distinguir si un pensamiento que nos es sugerido procede de un Espíritu bueno o malo?

«Examinadlo. Los Espíritus buenos solo aconsejan el bien. A vosotros os toca distinguir».

465. ¿Con qué objeto nos impelen al mal los Espíritus imperfectos?

«Para hacernos sufrir como ellos».

— **¿Disminuyen así sus sufrimientos?**

«No, pero lo hacen celosos de ver seres más felices que ellos».

— ¿Qué clase de sufrimiento quieren ocasionar?

«Los que resultan de pertenecer a un orden inferior y de estar alejado de Dios».

466. ¿Por qué permite Dios que los Espíritus nos inciten al mal?

«Los Espíritus imperfectos son instrumentos destinados a probar la fe y constancia de los hombres en el bien. Tú, como Espíritu, debes progresar en la ciencia de lo infinito, y por esto pasas por las pruebas del mal para llegar al bien. Nuestra misión es la de ponerte en el buen camino, y cuando malas influencias obran en ti, es porque te las atraes con el deseo del mal, ya que los Espíritus inferiores vienen a cooperar al mal, cuando deseas hacerlo. Solo queriéndolo tú, pueden ayudarte en el mal. Si tienes propensión al homicidio, estarás rodeado de una nube de Espíritus que fomentarán en ti esa idea. Pero otros te rodearán también que influirán en sentido del bien, lo que equilibra la balanza, abandonándote a tu libre albedrío».

Así Dios deja a nuestra conciencia la elección del camino que hemos de seguir y libertad de ceder a una u otra de las influencias contrarias que en nosotros obran.

467. ¿Podemos librarnos de la influencia de los Espíritus que incitan al mal?

«Sí, porque no se adhieren más que a los que los solicitan por sus deseos o los atraen con sus pensamientos».

468. Los Espíritus cuya influencia rechazamos por medio de la voluntad, ¿renuncian a sus tentativas?

«¿Qué quieres que hagan? Cuando nada pueden hacer, ceden su puesto. Sin embargo atisban el momento favorable, como el gato acecha al ratón».

469. ¿Por qué medio puede neutralizarse la influencia de los Espíritus malos?

«Haciendo el bien y poniendo toda vuestra confianza en Dios, rechazáis la influencia de los Espíritus inferiores y destruíis el imperio que quieren tomar sobre vosotros. Guardaos de escuchar las sugerencias de los Espíritus que os suscitan malos pensamientos, que promueven discordias entre vosotros y que os excitan a todas las malas pasiones. Desconfiad sobre todo de los que exaltan vuestro orgullo, porque os atacan por el lado débil. Por eso Jesús os hace decir en la oración dominical: *¡Señor! no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal*»³³.

470. Los Espíritus que procuran inducirnos al mal, probando así nuestra firmeza en el bien, ¿han recibido la misión de hacerlo? Y si cumplen una misión ¿son responsables de ella?

«Ningún Espíritu recibe la misión de hacer mal. Cuando lo hace, es por su propia voluntad, y sufre por lo tanto las consecuencias. Dios puede dejarle hacer para probaros, pero no se lo manda, y a vosotros toca rechazarlo».

471. Cuando experimentamos un sentimiento de angustia, de indefinible ansiedad o de satisfacción interior sin causa conocida, ¿depende únicamente de la disposición física?

«Casi siempre es un efecto de las comunicaciones que a pesar vuestro tenéis con los Espíritus, o que habéis tenido con ellos durante el sueño».

³³ San Mateo, 6:13.

472. Los Espíritus que quieren incitarnos al mal, ¿se reducen a aprovecharse de las circunstancias en que nos encontramos, o pueden producirlas?

«Se aprovechan de las circunstancias, pero a menudo las provocan impulsándoos sin saberlo vosotros hacia el objeto que codiciáis. Así, por ejemplo, un hombre encuentra en su camino una suma de dinero: no creas que son los Espíritus los que allí la han colocado, pero pueden sugerir al hombre la idea de pasar por aquel lugar, despertándole entonces la intención de apoderarse del dinero, mientras que otros le sugieren el pensamiento de entregarlo a quien pertenece. Lo mismo sucede en todas las otras tentaciones».

Poseídos

473. ¿Puede un Espíritu revestir momentáneamente la envoltura de una persona viva, es decir, introducirse en un cuerpo animado y obrar en vez y en lugar del que en él está encarnado?

«El Espíritu no entra en un cuerpo como tú en una casa. Se asimila con un Espíritu encarnado que tiene los mismos defectos y las mismas cualidades, para obrar de conjuntamente, pero siempre es el encarnado quien obra como quiere sobre la materia de que está revestido. Un Espíritu no puede substituir a otro que está encarnado, porque el Espíritu y el cuerpo están ligados hasta el tiempo señalado para término de la existencia material».

474. Si no hay posesión propiamente dicha, es decir cohabitación de dos Espíritus en un mismo cuerpo, ¿puede el alma estar bajo la dependencia de otro Espíritu, de modo que esté *subyugada* u *obsesada*, hasta el punto de hallarse su voluntad paralizada en cierto modo?

«Sí, y esos son los verdaderos poseídos, pero entiende que semejante dominación nunca tiene lugar sin participación del que la sufre, *ya por su debilidad*, o bien por su deseo. A menudo se ha tomado por poseídos a epilépticos o a locos que tenían más necesidad de un médico que de un exorcismo».

La palabra *poseído*, en su acepción vulgar, supone la existencia de demonios, es decir, de una categoría de seres de mala naturaleza, y la cohabitación de uno de ellos con el alma en el cuerpo de un individuo. Puesto que, en aquel sentido, no hay tales demonios y puesto que dos Espíritus no pueden habitar simultáneamente en el mismo cuerpo, no existen poseídos en el sentido vulgar de la palabra. La voz *poseído* debe solo entenderse en el sentido de la dependencia absoluta en que puede encontrarse el alma respecto de Espíritus imperfectos que la subyugan.

475. ¿Puede uno por sí mismo alejar a los malos Espíritus y emanciparse de su dominación?

«Teniendo la necesaria firmeza de voluntad, siempre se puede sacudir el yugo».

476. ¿Puede acontecer que la fascinación que ejerce el Espíritu malo sea tal, que la persona subyugada no la perciba? ¿Puede entonces un tercero poner término a la sujeción? Y en este caso, ¿qué condiciones debe reunir?

«Sí es un hombre de bien, su voluntad puede cooperar apelando al concurso de los Espíritus buenos, porque cuanto más *hombre de bien* es uno, mayor poder se tiene sobre los Espíritus imperfectos para alejarlos y sobre los buenos para atraerlos. No obstante, sería impotente si el que está *subyugado* no se presta a ello. Hay personas que se complacen en una dependencia que halaga sus gustos y deseos. En todo caso, aquel que no es puro de corazón ninguna

influencia puede tener. Los Espíritus buenos lo ignoran y los malos no le temen».

477. Las fórmulas de exorcismo ¿tienen alguna eficacia sobre los Espíritus malos?

«No, y cuando estos Espíritus ven que alguien toma en serio esas fórmulas, se ríen y se obstinan».

478. Hay personas animadas de buenas intenciones y que sin embargo están obsesadas. ¿Cuál es el mejor medio de librarse de los Espíritus obsesores?

«Agotar su paciencia, no hacer caso alguno de sus sugerencias y hacerles comprender que pierden el tiempo. Entonces, conociendo que nada pueden hacer, se van».

479. La oración ¿es un medio eficaz de curar la obsesión?

«La oración es un poderoso auxiliar para todo, pero sabed que no basta murmurar algunas palabras para lograr lo que se desea. Dios asiste a los que practican, y no a los que se limitan a pedir. Es preciso, pues, que el obsesado haga por su parte lo necesario para destruir la causa que en sí mismo atrae a los Espíritus malos». (Véase *El Libro de los médiums*, cap. «Sobre la Obsesión»)

480. ¿Qué hay que pensar de la expulsión de demonios de que habla el Evangelio?

«Eso depende de la interpretación. Si llamáis *demonio* a un Espíritu malo que subyuga a un individuo, destruida su influencia, habrá sido realmente expulsado. Si atribuíis una enfermedad al demonio, curada esta, diréis también que lo habéis expulsado. Una cosa puede ser verdadera o falsa, según el sentido que se atribuya a las palabras. Las mayores verdades pueden parecer absurdas, si no se mira más

que la forma y si se toma lo alegórico por lo real. Comprended y recordad esto, porque es de aplicación general».

Convulsionarios

481. ¿Toman alguna parte los Espíritus en los fenómenos que se producen en los individuos designados con el nombre de convulsionarios?

«Sí, y muy grande, lo mismo que el magnetismo que es su origen primitivo. Pero a menudo el charlatanismo ha explotado y exagerado esos efectos, lo que los ha puesto en ridículo».

— **¿De qué naturaleza son por lo general los Espíritus que cooperan en esa especie de fenómenos?**

«Poco elevados. ¿Creéis que los Espíritus superiores se divierten en tales cosas?».

482. ¿Cómo puede desarrollarse súbitamente en toda una población el estado anormal de los convulsionarios y crisisacos³⁴?

«Efecto simpático. Las disposiciones morales se comunican muy fácilmente en algunos casos. No sois lo bastante extraños a los efectos magnéticos para no comprender esto, y la parte que ciertos Espíritus deben tomar en ello por simpatía hacia los que los provocan».

Entre las raras facultades que se observan en los convulsionarios, se reconocen fácilmente algunas, de que ofrecen numerosos ejemplos el sonambulismo y el magnetismo: tales son, entre otras, la insensibilidad física, el conocimiento del

³⁴ Del francés "crisiaque", designa a la persona que está en un estado momentáneo de crisis, producido por la acción magnética. Los crisisacos, en general, gozan de la lucidez sonambúlica o doble vista, según recogió Allan Kardec en su *Diccionario espírita*. (Nota de L. G.)

pensamiento, la transmisión simpática de los dolores, etc. No puede, pues, dudarse de que esos crisisíacos estén en una especie de estado de sonambulismo despierto, provocado por la influencia que ejercen los unos en los otros. Son a la vez magnetizadores y magnetizados a pesar suyo.

483. ¿Cuál es la causa de la insensibilidad física que se nota en algunos convulsionarios, o en otras personas sujetas a los más rudos tormentos?

«En algunos es un efecto exclusivamente magnético que obra sobre el sistema nervioso, del mismo modo que ciertas sustancias. En otros, la exaltación del pensamiento embota la sensibilidad, porque parece que la vida se ha retirado del cuerpo para reconcentrarse en el Espíritu. ¿No sabéis que cuando el Espíritu está fuertemente preocupado por algo, el cuerpo no ve, ni siente, ni oye nada?».

La exaltación fanática y el entusiasmo ofrecen a menudo, en los suplicios, el ejemplo de una calma y sangre fría que no podrían sobreponerse a un dolor agudo, si no se admitiese que la sensibilidad se encuentra neutralizada por una especie de efecto anestésico. Es sabido que en el ardor del combate no se apercibe uno con frecuencia de una herida grave, mientras que, en circunstancias ordinarias, un rasguño nos haría temblar.

Puesto que estos fenómenos dependen de una causa física y de la acción de ciertos Espíritus, puede preguntarse de qué ha dependido que la autoridad los haya hecho cesar en ciertos casos. La razón es obvia. La acción de los Espíritus en este caso no es más que secundaria, y se reduce a aprovecharse de una disposición natural. La autoridad no ha suprimido esa disposición, sino la causa que la sostenía y exaltaba. De activa que era, la ha hecho latente, y razón ha tenido para proceder así, porque originaba abuso y escándalo. Por lo demás, se sabe que

semejante intervención es impotente cuando la acción de los Espíritus es directa y espontánea.

Afecto de los Espíritus hacia ciertas personas

484. Los Espíritus ¿aman preferentemente a ciertas personas?

«Los Espíritus buenos simpatizan con los hombres de bien, o susceptibles de mejorar. Los Espíritus inferiores, con los hombres viciosos o que pueden llegar a serlo, y de aquí su adhesión, resultado de la semejanza de sensaciones».

485. El afecto de los Espíritus hacia ciertas personas, ¿es exclusivamente moral?

«El afecto verdadero no es nada carnal, pero cuando un Espíritu se apega a una persona, no siempre es por afecto, y alguna parte puede tomar en ello un recuerdo de las pasiones humanas».

486. Los Espíritus ¿participan de nuestras desgracias y prosperidades? Los que nos aprecian ¿se afligen por los males que experimentamos durante la vida?

«Los Espíritus buenos hacen todo el bien posible y gozan de todas vuestras alegrías. Se afligen por vuestros males, cuando no los soportáis con resignación, porque entonces no os producen resultado, pues venís a ser como el enfermo que rehúsa la poción amarga que ha de salvarle».

487. ¿Cuáles de nuestros males afligen más a los Espíritus, los físicos o los morales?

«Vuestro egoísmo y vuestra dureza de corazón, pues de ahí se origina todo. Se ríen de todos esos males imaginarios que nacen del orgullo y de la ambición, y se regocijan por los que han de abreviar vuestro período de prueba».

Los Espíritus, al saber que la vida corporal no es más que transitoria y que las tribulaciones que la acompañan son medios para llegar a un mejor estado, se afligen más por las causas morales que de este estado nos alejan, que por los males físicos, que solo son pasajeros.

Los Espíritus se preocupan poco de las desdichas que afectan únicamente a nuestras ideas mundanas, como nosotros hacemos con los pesares pueriles de la infancia.

El Espíritu que ve en las aflicciones de la vida un medio para nuestro progreso, las considera como la crisis momentánea que ha de salvar al enfermo. Compadece nuestros sufrimientos, como nosotros los de un amigo, pero mirando las cosas desde un punto de vista más exacto, las aprecia de distinto modo que nosotros, y mientras los buenos nos reaniman en sentido propicio a nuestro porvenir, los otros, para comprometerlo, nos incitan a la desesperación.

488. Nuestros amigos y parientes muertos antes que nosotros, ¿nos tienen más simpatías que los Espíritus que nos son extraños?

«Sin duda, y con frecuencia os protegen como Espíritus, con arreglo a su poder».

— **¿Son sensibles al afecto que aún les conservamos?**

«Muy sensibles, pero olvidan a quienes los han olvidado».

Ángeles de la guarda, Espíritus protectores, familiares o simpáticos

489. ¿Hay Espíritus que se unen particularmente a un individuo para protegerle?

«Sí, el *hermano espiritual*, al que vosotros llamáis el *Espíritu bueno*, o el *buen genio*».

490. ¿Qué debe entenderse por *ángel de la guarda*?

«El Espíritu protector de un orden elevado».

491. ¿Cuál es la misión del Espíritu protector?

«La de un padre respecto a sus hijos: llevar a su protegido al buen camino, ayudarle con sus consejos, consolarle en sus aflicciones y sostenerle en las pruebas de la vida».

492. El Espíritu protector ¿está unido al individuo desde su nacimiento?

«Desde el nacimiento hasta la muerte, y a menudo le sigue después de la muerte en la vida espírita y hasta en muchas existencias corporales, porque estas no son más que fases muy breves, comparadas con la vida del Espíritu».

493. ¿Es voluntaria u obligatoria la misión del Espíritu protector?

«El Espíritu está obligado a cuidar de vosotros, porque ha aceptado esta tarea, pero elige los seres que le son simpáticos. Para unos es un placer, para otros una misión o un deber».

— **Uniéndose a una persona, ¿renuncia el Espíritu a proteger a otros individuos?**

«No, pero lo hace menos exclusivamente».

494. ¿Está el Espíritu protector fatalmente unido al ser a quien guarda?

«Sucede a menudo que algunos Espíritus abandonan su posición para cumplir diversas misiones, pero entonces son sustituidos por otros».

495. ¿Abandona, a veces, el Espíritu protector a su protegido cuando se muestra rebelde a sus avisos?

«Se aleja cuando ve que son inútiles sus consejos, y que impera más el deseo de sufrir la influencia de los Espíritus

inferiores, pero jamás le abandona del todo y siempre le deja oír su voz. El hombre es quien entonces cierra sus oídos, pero el Espíritu protector vuelve apenas se le llama.

»Hay una doctrina que por su encanto y su dulzura, debería convertir hasta a los más incrédulos. Esta doctrina es la de los ángeles de la guarda. ¿No es acaso una idea muy consoladora la de pensar que siempre tenéis a vuestro lado seres que os son superiores, que allí están siempre para aconsejaros, fortaleceros y ayudaros a escalar la áspera montaña del bien, seres que son amigos más firmes y leales que los más íntimos que podéis tener en la Tierra? Allí están por orden de Dios, que los ha puesto a vuestro lado, y lo están por amor suyo, cumpliendo junto a vosotros una bella, aunque penosa misión. Sí, donde quiera que estéis, está vuestro ángel de la guarda: las cárceles, los hospitales, los lugares de depravación, la soledad, nada os separa de ese amigo a quien no podéis ver, pero cuyos más dulces impulsos siente vuestra alma y cuyos sabios consejos oís.

»¡Lástima que no conozcáis mejor esta verdad! ¡Cuántas veces os ayudaría en vuestros momentos de crisis! ¡Cuántas veces os libraría de los Espíritus malos! Pero en el día supremo este ángel de bien os habrá de decir con frecuencia: «¿No te lo dije y no lo hiciste? ¿No te enseñé el abismo y te hundiste en él? ¿No dejé oír en tu conciencia la voz de la verdad y tú seguiste los consejos de la mentira? ¡Ah! interrogad a vuestros ángeles guardianes, y estableced entre ellos y vosotros la tierna intimidad que entre los mejores amigos existe. No intentéis ocultarles nada, porque tienen la mirada de Dios, y no podéis engañarlos. Pensad en el porvenir, procurad adelantar en esta vida, y vuestras pruebas serán más cortas y más felices vuestras existencias. Adelante, ¡oh, hombres! desechad de una vez para siempre

prejuicios y segundas intenciones. Entrad en el nuevo camino que se os abre. ¡Adelante! ¡adelante! tenéis guías, seguidlos: la meta final no se os escapará, porque esa meta es el mismo Dios.

»A los que crean que es imposible que Espíritus verdaderamente elevados se entreguen a tan laboriosa y tan incansante tarea, les diremos que influimos en vuestras almas a pesar de que nos separen de vosotros millones de leguas. Para nosotros el espacio no es nada, y aunque vivamos en otros mundos, nuestros Espíritus mantienen su relación con el vuestro. Gozamos de cualidades que no podéis comprender, pero sabed que Dios no nos ha impuesto una tarea superior a nuestras fuerzas, y que no os ha abandonado solos en la Tierra sin amigos y sostén. Cada ángel de la guarda tiene su protegido a quien vigila como un padre a su hijo. Es feliz cuando le ve seguir el buen camino, y gime, cuando ve despreciados sus consejos.

»No temáis cansarnos con preguntas, sino que debéis estar, por el contrario, en continua relación con nosotros, y así seréis más fuertes y felices. Estas comunicaciones del hombre con su Espíritu familiar son las que hacen a todos los hombres médiums, médiums desconocidos hoy, pero que se manifestarán más tarde y se extenderán como un océano sin límites para rechazar la incredulidad y la ignorancia. Instruid, hombres instruidos. Educad a vuestros hermanos, hombres de talento. No sabéis la obra que realizáis haciéndolo: realizáis la obra de Cristo, la que Dios os impone. ¿Para qué Dios os ha dado la inteligencia y la ciencia, sino para que hagáis partícipes de ella a vuestros hermanos, a fin de que progresen en el camino de la dicha y de la felicidad eterna?».

SAN LUIS. SAN AGUSTÍN

La doctrina de los ángeles de la guarda, velando por sus protegidos a pesar de la distancia que separa los mundos, nada tiene que deba sorprendernos y es, por el contrario, grande y sublime. ¿Acaso no vemos en la Tierra a un padre que vela por su hijo, aunque esté de él alejado, y ayudarle con sus consejos por correspondencia? ¿Qué habría, pues, de admirable en que los Espíritus pudiesen guiar a los que toman bajo su protección, desde uno a otro mundo, dado que la distancia que separa los mundos es menor para ellos que la que, en la Tierra, separa los continentes? ¿Y no tienen además el fluido universal que enlaza todos los mundos y los hace solidarios, inmenso vehículo de la transmisión del pensamiento, como para nosotros el aire es el vehículo de la transmisión del sonido?

496. El Espíritu que abandona a su protegido, ya que no le hace bien, ¿puede hacerle mal?

«Los Espíritus buenos nunca hacen mal, dejan que lo hagan los que ocupan su puesto. Entonces acusáis de vuestras desgracias a la suerte, siendo que vosotros tenéis la culpa».

497. El Espíritu protector ¿puede dejar a su protegido a merced de un Espíritu que podría tenerle mala voluntad?

«Los Espíritus malos se unen para neutralizar la acción de los buenos, pero si el protegido lo quiere, devolverá todas las fuerzas a su Espíritu bueno. El Espíritu bueno quizá ve en otra parte a alguien de buena voluntad a quien ayudar, y aprovechará la ocasión esperando el momento de regresar al lado de su protegido».

498. Cuando el Espíritu protector deja que su protegido se extravíe en la vida, ¿es por impotencia para luchar con los Espíritus malévolos?

«No es porque no puede, sino porque no quiere: su protegido sale entonces de las pruebas más perfecto e instruido. El Espíritu protector lo asiste con sus consejos mediante

los buenos pensamientos que le sugiere, los cuales por desgracia no siempre son oídos. Solo la debilidad, la indiferencia o el orgullo del hombre dan fuerza a los Espíritus malos. Su poder sobre vosotros solo procede de que no les oponéis resistencia».

- 499. ¿Está el Espíritu protector constantemente con su protegido? ¿No hay circunstancias en que, sin abandonarle, le pierde de vista?**

«Las hay en que la presencia del Espíritu protector no es necesaria a su protegido».

- 500. ¿Llega un momento en que el Espíritu ya no necesita un ángel de la guarda?**

«Sí, cuando llega al grado de poder conducirse por sí mismo, como llega un momento en que el discípulo ya no necesita maestro, pero esto no acontece en vuestro planeta».

- 501. ¿Por qué la acción de los Espíritus en nuestra existencia es oculta, y por qué cuando nos protegen, no lo hacen de un modo ostensible?**

«Si contaseis con su apoyo, no obraríais por vosotros mismos, y vuestro Espíritu no progresaría. Para que pueda adelantar necesita experiencia, y es preciso que a menudo la adquiera a su costa. Es necesario que ejercite sus fuerzas, sin lo cual vendría a ser como el niño a quien no se deja andar solo. La acción de los Espíritus que os quieren bien está dispuesta de modo que deje siempre a salvo vuestro libre albedrío, ya que, si no fueseis responsables, no adelantaríais en el camino que ha de conducirnos a Dios. El hombre, al no ver a su apoyo, se entrega a sus propias fuerzas. No obstante, su guía vela por él y de vez en cuando le avisa que desconfíe del peligro».

502. El Espíritu protector que consigue llevar a su protegido al buen camino ¿experimenta algún bien para sí mismo?

«Es un mérito que se le tiene en cuenta, ya sea para su propio adelanto, o para su felicidad. Es feliz cuando el éxito corona sus esfuerzos, y triunfa como un profesor con los progresos de un discípulo».

— **¿Es responsable si no triunfa?**

«No, porque ha hecho todo lo que de él dependía».

503. El Espíritu protector que ve que su protegido sigue un mal camino, a pesar de sus avisos, ¿experimenta sufrimiento y encuentra en ello una causa de turbación de su felicidad?

«Deplora sus errores y le compadece. Sin embargo, semejante aflicción no tiene las angustias de la paternidad terrestre, porque sabe que el mal tiene remedio y que lo que no se hace hoy se hará mañana».

504. ¿Podemos saber siempre el nombre de nuestro Espíritu protector o ángel de la guarda?

«¿Cómo queréis saber nombres que no existen para vosotros? ¿Creéis que no existen entre los Espíritus más que los que vosotros conocéis?».

— **¿Cómo lo invocaremos, entonces, si no lo conocemos?**

«Dadle el nombre que queráis, el de un Espíritu superior a quien tengáis simpatía y veneración. El Espíritu protector acudirá al llamamiento, porque todos los Espíritus buenos son hermanos y se auxilian».

505. Los Espíritus protectores que toman nombres conocidos ¿son siempre realmente los de las personas que tenían aquellos nombres?

«No, sino Espíritus que les son simpáticos y que vienen a menudo por orden suya. Necesitáis nombres, y entonces toman uno que os inspire confianza. Cuando vosotros no podéis cumplir personalmente una misión, enviáis a otro que actúa en vuestro nombre».

506. Cuando estemos en la vida espírita, ¿reconoceremos a nuestro Espíritu protector?

«Sí, porque a menudo lo conocíais antes de encarnaros».

507. Todos los Espíritus protectores ¿pertenecen a la clase de Espíritus superiores? ¿Pueden ser de los grados intermedios? ¿Un padre, por ejemplo, puede llegar a ser el Espíritu protector de su hijo?

«Puede serlo, pero la protección supone cierto grado de elevación y además un poder o una virtud concedida por Dios. El padre que protege a su hijo puede a su vez estar asistido por un Espíritu más elevado».

508. Los Espíritus que han abandonado en buenas condiciones la Tierra, ¿pueden siempre proteger a los que aman y les sobreviven?

«Su poder es más o menos restringido, y la posición en que se encuentran no siempre los deja en completa libertad de obrar».

509. Los hombres en estado salvaje o de inferioridad moral, ¿tienen igualmente sus Espíritus protectores? Y, en este caso, ¿son de orden tan elevado como los de los hombres muy adelantados?

«Todo hombre tiene un Espíritu que vela por él, pero las misiones son relativas a su objeto. Vosotros no confiáis un niño que aprende a leer a un profesor de filosofía. El progreso del Espíritu familiar sigue al del Espíritu protegido.

Aunque tengáis un Espíritu superior que vele por vosotros, podéis a vuestra vez llegar a ser el protector de un Espíritu que os es inferior, y los progresos que le ayudéis a realizar contribuirán a vuestro adelanto. Dios no pide al Espíritu más de lo que le permiten sus fuerzas y el grado a que ha llegado».

510. Cuando el padre que vela por su hijo se reencarna ¿continúa velando por él?

«Es más difícil, pero suplica, en un momento de emancipación, a un Espíritu simpático que le asista en semejante misión. Por otra parte, los Espíritus no admiten más misiones que las que pueden cumplir hasta el fin.

»El Espíritu encarnado, sobre todo en los mundos en que la existencia es material, está demasiado ligado a su cuerpo para poderse consagrar del todo, es decir, asistirle personalmente. Por esto los que no son bastante elevados están asistidos a su vez por Espíritus que les son superiores, de modo, que si uno falta por una causa cualquiera, es suplido por otro».

511. Además del Espíritu protector, ¿está unido un Espíritu malo a cada individuo para impelerle al mal y proporcionarle ocasión de luchar entre el bien y el mal?

«*Unido* no es la palabra exacta. Es cierto que los Espíritus malos procuran separar al hombre del buen camino cuando se les presenta ocasión, pero cuando uno de ellos se apega a un individuo, lo hace por sí mismo, porque espera que se le escuchará. Entonces se traba una lucha entre el bueno y el malo, y vence aquel a quien el hombre deja que le domine».

512. ¿Podemos tener muchos Espíritus protectores?

«Todo hombre tiene siempre Espíritus simpáticos más o menos elevados que le aprecian y se interesan por él, como también los hay que le asisten en el mal».

513. Los Espíritus simpáticos ¿obran en virtud de una misión?

«A veces pueden tener una misión temporal, pero lo más frecuente es que son solicitados únicamente por la semejanza de pensamientos y de sentimientos, así en el bien como en el mal».

— **Parece resultar de esto que los Espíritus simpáticos pueden ser buenos o malos.**

«Sí, el hombre encuentra siempre Espíritus que simpatizan con él, cualquiera que sea su carácter».

514. Los Espíritus familiares ¿son los mismos que los simpáticos y protectores?

«Hay muchos matices en la protección y en la simpatía. Dadles el nombre que queráis. El Espíritu familiar corresponde más bien al amigo del hogar».

De las anteriores explicaciones y de las observaciones hechas sobre la naturaleza de los Espíritus que se unen al hombre, puede deducirse lo siguiente:

El Espíritu protector, ángel de la guarda o genio bueno es el que tiene la misión de seguir al hombre durante la vida y ayudarle a progresar. Siempre es de naturaleza relativamente superior a la del protegido.

Los Espíritus familiares se apegan a ciertas personas por lazos más o menos duraderos con objeto de serles útiles dentro de los límites de su poder, con frecuencia bastante limitado. Son buenos, pero a veces poco adelantados y hasta un poco superficiales. Se ocupan gustosos de los pormenores de la vida íntima, y solo obran con permiso de los Espíritus protectores o por orden suya.

Los Espíritus simpáticos son aquellos que nos atraen afectos

particulares y cierta semejanza de gustos y sentimientos, así en el bien como en el mal. La duración de sus relaciones está siempre subordinada a las circunstancias.

El mal genio es un Espíritu imperfecto o perverso que se une al hombre con miras a alejarle del bien, pero obra por voluntad propia y no en virtud de una misión. Su tenacidad depende del acceso más o menos fácil que encuentre. El hombre es siempre libre de escuchar su voz o de rechazarla.

515. ¿Qué pensar de esas personas que parecen unirse a ciertos individuos para arrastrarlos fatalmente a su perdición, o para guiarlos por el buen camino?

«En efecto, algunas personas ejercen sobre otras una especie de fascinación que parece irresistible. Cuando esto se verifica para el mal, es que los Espíritus malos se sirven de otros Espíritus malos para subyugar mejor. Dios puede permitirlo para probaros».

516. Nuestro genio bueno y nuestro genio malo ¿podrían encarnarse para acompañarnos durante la vida de una manera más directa?

«Así sucede a veces, pero a menudo también encargan esta misión a otros Espíritus encarnados que les son simpáticos».

517. ¿Hay Espíritus que se unen a toda una familia para protegerla?

«Ciertos Espíritus se unen a los miembros de una misma familia que viven juntos y unidos por el afecto, pero no creáis en Espíritus protectores del orgullo de las razas».

518. Los Espíritus al ser atraídos por sus simpatías hacia los hombres, ¿lo son igualmente hacia las reuniones de individuos por causas particulares?

«Los Espíritus acuden con preferencia donde están sus semejantes, pues allí están más a sus anchas y más seguros de ser escuchados. El hombre atrae a los Espíritus en razón de sus tendencias, ya este solo, o bien forme un todo colectivo, como una sociedad, una ciudad o un pueblo. Hay pues sociedades, ciudades y pueblos que están asistidos por Espíritus más o menos elevados, según el carácter y las pasiones que en ellos dominan. Los Espíritus imperfectos se alejan de los que los rechazan, y resulta que el perfeccionamiento moral de los *todos colectivos*, como el de los individuos, tiende a descartar a los Espíritus malos y a atraer a los buenos, que incitan y mantienen el sentimiento del bien en las masas, como pueden otros inspirar las malas pasiones».

519. Las aglomeraciones de individuos, como las sociedades, ciudades y naciones, ¿tienen Espíritus protectores especiales?

«Sí, porque esas reuniones son individualidades colectivas que caminan hacia un fin común y que necesitan de una dirección superior».

520. Los Espíritus protectores de las masas ¿son de naturaleza más elevada que los que se unen a los individuos?

«Todo es relativo al grado de adelanto, tanto de las masas como de los individuos».

521. ¿Pueden ciertos Espíritus cooperar en el progreso de las artes, protegiendo a los que las cultivan?

«Hay Espíritus protectores especiales, y que asisten a los que los invocan cuando los consideran dignos, pero ¿qué queréis que hagan por los que creen ser lo que no son? No hacen que los ciegos vean, ni que oigan los sordos».

Los antiguos habían hecho de esos Espíritus divinidades especiales. Las musas no eran más que la personificación alegórica de los Espíritus protectores de las ciencias y de las artes, como designaban bajo el nombre de lares y penates a los Espíritus protectores de la familia. Entre los modernos, las artes, las diferentes industrias, las ciudades y comarcas tienen también sus patronos protectores, que no son más que Espíritus superiores, pero bajo otros nombres.

Dado que cada hombre tiene sus Espíritus simpáticos, resulta que en los *todos colectivos* la generalidad de los Espíritus simpáticos está en relación con la generalidad de los individuos; que los Espíritus extraños son atraídos por la identidad de gustos y de pensamientos. En una palabra, que esas reuniones, lo mismo que los individuos, están mejor o peor rodeadas, asistidas e influidas según la naturaleza de los sentimientos de la multitud.

En los pueblos las causas de atracción de los Espíritus son las costumbres, los hábitos, el carácter dominante y sobre todo las leyes, porque el carácter de la nación se refleja en sus leyes. Los hombres que hacen imperar entre ellos la justicia, combaten la influencia de los malos Espíritus. Donde quiera que las leyes consagran cosas injustas, contrarias a la humanidad, están en minoría los Espíritus buenos y la masa de los malos que afluyen mantiene a las naciones en semejantes ideas, y paraliza las buenas influencias parciales que se pierden entre la multitud, como la espiga aislada entre las ortigas. Estudiando las costumbres de los pueblos o de toda reunión de hombres, es, pues, fácil formarse una idea de la población oculta que se inmiscuye en sus pensamientos y acciones.

Presentimientos

522. El presentimiento ¿es siempre una advertencia del Espíritu protector?

«El presentimiento es el consejo íntimo y oculto de un Espíritu que os quiere bien. Se halla también en la intuición de la elección que se ha hecho. Es la voz del instinto. El Espíritu antes de encarnarse, tiene conocimiento de las principales fases de su existencia, es decir de la clase de pruebas a que se compromete. Cuando estas tienen un carácter predominante, el Espíritu conserva una especie de impresión en su fuero interno. Esa impresión, que es la voz del instinto, al acentuarse cuando se aproxima el momento, se convierte en presentimiento».

523. El presentimiento y la voz del instinto tienen siempre algo de vago, ¿qué debemos hacer en la incertidumbre?

«Cuando estés incierto, invoca a tu Espíritu bueno, o *suplica al Señor de todo, a Dios, que te envíe a uno de sus mensajeros, a uno de nosotros*».

524. Las advertencias de nuestros Espíritus protectores ¿tienen por único objeto la dirección moral, o también la conducta que debemos observar en las cosas de la vida privada?

«Todo, pues procuran hacernos vivir lo mejor posible, pero a menudo vosotros cerráis los oídos a las buenas advertencias y sois infelices por culpa vuestra».

Los Espíritus protectores nos ayudan con sus consejos por medio de la voz de la conciencia, que hacen hablar dentro de nosotros. Pero, como no siempre damos a la conciencia la necesaria importancia, nos dan esos consejos más directos, valiéndose de las personas que nos rodean. Examine cada cual las diversas circunstancias felices o desgraciadas de su vida, y verá como en muchas ocasiones ha recibido consejos que no siempre ha puesto en práctica y que le habrían evitado muchos disgustos, si los hubiese escuchado.

Influencia de los Espíritus en los acontecimientos de la vida

525. ¿Ejercen los Espíritus alguna influencia en los acontecimientos de la vida?

«Ciertamente, puesto que te aconsejan».

— **¿Ejercen esta influencia de otro modo que por los pensamientos que sugieren? Es decir, ¿tienen una acción directa en la realización de las cosas?**

«Sí, pero nunca se apartan de las leyes de la naturaleza».

Nosotros nos figuramos equivocadamente que la acción de los Espíritus no debe manifestarse más que por fenómenos extraordinarios. Querríamos que nos ayudasen por medio de milagros, y siempre nos los representamos como provistos de una varita mágica. No hay tal cosa. Es por eso que su intervención nos aparece oculta y lo que se verifica con su concurso nos parece muy natural. Así, por ejemplo, provocarán el encuentro de dos personas que creerán encontrarse por casualidad. Inspirarán a alguien la idea de pasar por un lugar determinado y llamarán su atención sobre tal cosa, si ha de conducir al resultado que quieren obtener, de modo que el hombre, creyendo seguir solo su propio impulso, conserva siempre su libre albedrío.

526. Los Espíritus, al tener una acción directa sobre la materia, ¿pueden provocar ciertos efectos con objeto de que se realice un acontecimiento? Por ejemplo, un hombre debe morir: sube una escalera, esta se rompe y el hombre muere. ¿Son los Espíritus quienes han hecho que se rompiese la escalera, para cumplir el destino de aquel hombre?

«Es muy cierto que los Espíritus tienen una acción en la materia, pero para el cumplimiento de las leyes de la naturaleza y no para derogarlas, haciendo surgir en el momento adecuado un acontecimiento inesperado y contrario a

aquellas leyes. En el ejemplo propuesto, se ha roto la escalera porque estaba corroída o no estaba lo bastante fuerte para resistir el peso del hombre. Si el destino de este era el de perecer de semejante modo, los Espíritus le inspirarán la idea de subir la escalera que habrá de romperse con su peso, y su muerte será un efecto natural sin que haya sido preciso un milagro para lograrla».

- 527. Pongamos otro ejemplo en que no intervenga el estado natural de la materia. Un hombre debe morir de un rayo, se refugia debajo de un árbol, cae el rayo y muere el hombre. ¿Han podido los Espíritus provocar el rayo y dirigirlo hacia él?**

«Es lo mismo que en el caso anterior. Cayó el rayo sobre aquel árbol y en aquel momento, porque así entraba en las leyes de la naturaleza. El rayo no ha sido dirigido al árbol porque el hombre estaba debajo de él, sino que se inspiró al hombre la idea de refugiarse debajo de un árbol que recibiría un rayo. Mas este no hubiese dejado de caer, aunque allí no se hubiese encontrado el hombre».

- 528. Un hombre malintencionado lanza sobre alguien un proyectil que lo roza sin herirle, ¿puede haberlo desviado un Espíritu bienhechor?**

«Si el individuo no debe ser herido, el Espíritu bienhechor le inspirará la idea de apartarse, o bien podrá deslumbrar a su enemigo de modo que no apunte bien, porque el proyectil, una vez lanzado, sigue la línea que debe recorrer».

- 529. ¿Qué debemos pensar de las balas encantadas de que se habla en ciertas leyendas, y que alcanzan infaliblemente el blanco?**

«Pura imaginación. El hombre es aficionado a lo maravilloso, y no se contenta con las maravillas de la naturaleza».

— Los Espíritus que dirigen los acontecimientos de la vida ¿pueden ser contrarrestados por otros Espíritus que deseen lo contrario?

«Lo que Dios quiere debe ser. Si hay un retraso o impedimento, es por su voluntad».

530. Los Espíritus superficiales y burlones, ¿pueden suscitar esos pequeños obstáculos que dificultan nuestros proyectos y desvían nuestras previsiones? En una palabra, ¿son ellos los autores de lo que vulgarmente se llama pequeñas miserias de la vida humana?

«Ellos se complacen en esos enredos que son pruebas para ejercitar vuestra paciencia, pero se cansan cuando ven que no obtienen resultado. Sin embargo, no sería justo ni exacto achacarles todos vuestros tropiezos, de los que vosotros sois los principales autores, gracias a vuestra precipitación. Créeme, si te se rompe la vajilla, se debe más a tu torpeza que a la acción de los Espíritus».

— Los Espíritus que suscitan enredos ¿obran a consecuencia de una animosidad personal, o bien atacan al primero que se les antoja sin motivo determinado y solo por malicia?

«Lo uno y lo otro. A veces son enemigos que os habéis creado en esta o en otras vidas y que os persiguen. En otras ocasiones, no existe motivo».

531. La malevolencia de los seres que nos han hecho mal en la Tierra ¿termina con la vida corporal?

«A menudo reconocen su injusticia y el mal que han hecho. Pero a menudo también os persiguen con su animosidad, si Dios lo permite, para continuar probándoos».

— ¿Se puede poner término a esto? ¿De qué modo?

«Sí, se puede orar por ellos, y devolviéndoles bien por mal, acaban por comprender sus faltas. Por lo demás, si uno sabe ponerse por encima de sus maquinaciones, las concluyen viendo que nada consiguen».

La experiencia prueba que ciertos Espíritus continúan su venganza de una a otra existencia, y que tarde o temprano expiamos las faltas que hemos cometido respecto a alguien.

532. ¿Tienen los Espíritus el poder de alejar los males que se ciernen sobre algunas personas y de atraer hacia ellas la prosperidad?

«No del todo, porque hay males comprendidos en los decretos de la Providencia. Pero aminoran vuestros dolores, dándoos paciencia y resignación.

»Sabed también que a menudo depende de vosotros el alejar esos males, o por lo menos atenuarlos. Dios os ha dado la inteligencia para que os sirváis de ella, y en este punto especialmente vienen en vuestra ayuda los Espíritus, sugiriéndoos pensamientos propicios. Con todo, no asisten más que a los que saben asistirse a sí mismos. Tal es el sentido de estas palabras: *Buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá.*³⁵

»Sabed más aún, sabed que lo que os parece un mal no lo es siempre. A menudo ha de resultar de él un bien que será más grande que el mal, y esto es lo que no comprendéis, porque solo pensáis en el presente o en vuestra persona».

533. Los Espíritus ¿pueden hacer que obtengamos los dones de la fortuna, si se los pedimos?

«A veces, como prueba, pero lo rehúsan con frecuencia, como se rechaza la petición desconsiderada de un niño».

³⁵ San Mateo, 7:7. San Lucas, 11:9.

— Los que conceden estos beneficios ¿son Espíritus buenos o malos?

«Unos y otros. Depende de la intención, pero generalmente son Espíritus que quieren arrastraros al mal, y que encuentran un medio fácil de conseguirlo en los goces que proporciona la fortuna».

534. Cuando parece que los obstáculos se oponen fatalmente a nuestros proyectos, ¿es por influencia de algún Espíritu?

«A veces, se debe a los Espíritus. Otras, y son las más, a que os equivocáis. La posición y el carácter influyen mucho. Si os obstináis en un camino que no es el vuestro, ninguna influencia tienen los Espíritus, y sois vosotros vuestros propios genios malos».

535. Cuando logramos alguna felicidad, ¿debemos dar por ello gracias a nuestro Espíritu protector?

«Dad gracias a Dios sobre todo, sin cuyo permiso nada se realiza, y después a los Espíritus buenos que han sido sus agentes».

— ¿Qué sucedería, si dejásemos de hacerlo?

«Lo que sucede a los ingratos».

— Sin embargo, hay personas, que ni oran, ni dan gracias y todo les va bien.

«Sí, pero es preciso esperar el fin. Pagarán muy cara esa dicha pasajera que no merecen, porque cuanto más hayan recibido, más les será exigido».

Acción de los Espíritus en los fenómenos de la naturaleza

536. Los grandes fenómenos de la naturaleza, los que se consideran como una perturbación de los elementos, ¿se deben a causas fortuitas, o tienen un objetivo providencial?

«Todo tiene su razón de ser, y nada acontece sin permiso de Dios».

— **Esos fenómenos ¿tienen siempre al hombre por objeto?**

«A veces tienen una razón directa de ser para el hombre, pero a menudo no tienen otro objeto que el restablecimiento del equilibrio y de la armonía de las fuerzas físicas de la naturaleza».

— **Concebimos perfectamente que la voluntad de Dios sea la causa primera en esto como en todas las cosas, pero, como sabemos que los Espíritus tienen acción sobre la materia y que son agentes de la voluntad de Dios, preguntamos si algunos de ellos ejercen una influencia determinada en los elementos para agitarlos, calmarlos o dirigirlos.**

«Claro, es que no puede ser de otro modo. Dios no se entrega a una acción directa sobre la materia. Tiene sus agentes dedicados a ello en todos los grados de la escala de los mundos».

537. La mitología de los antiguos está completamente fundada en las ideas espíritas, con la única diferencia de que aquellos consideraban a los Espíritus como divinidades. Ahora bien, ellos representaban aquellos dioses o Espíritus con atribuciones especiales. Así, unos estaban encargados de los vientos, otros del rayo, otros de presidir la vegetación, etc. ¿Está desprovista de fundamento esta creencia?

«Está tan poco desprovista de fundamento como lejana aún de la verdad».

— **Por la misma razón ¿podría, pues, haber Espíritus que habiten en el interior de la Tierra y presidan los fenómenos geológicos?**

«Esos Espíritus no habitan realmente en la Tierra, sino que presiden y dirigen según sus atribuciones. Algún día tendréis la explicación de todos esos fenómenos y los comprenderéis mejor».

538. Los Espíritus que presiden los fenómenos de la naturaleza ¿forman una categoría especial en el mundo espírita? ¿Son seres excepcionales o Espíritus que han estado encarnados como nosotros?

«Que lo estarán o lo han estado».

— **Esos Espíritus ¿pertenecen a los órdenes superiores o inferiores de la jerarquía espírita?**

«Depende de que sus funciones sean más o menos materiales o inteligentes. Algunos mandan, otros ejecutan. Los que ejecutan las cosas materiales son siempre de orden inferior, así entre los Espíritus, como entre los hombres».

539. Para la producción de ciertos fenómenos, las tempestades, por ejemplo, ¿obra un Espíritu solo o se reúnen en masas?

«En innumerables masas».

540. Los Espíritus que ejercen una acción sobre los fenómenos de la naturaleza, ¿obran con conocimiento de causa, en virtud de su libre albedrío, o por un impulso instintivo e irreflexivo?

«Algunos sí y otros no. Pongamos una comparación: figúrate esas miríadas de animales que paulatinamente hacen surgir de los mares islas y archipiélagos. ¿Crees que no hay en ello un fin providencial y que semejante transformación de la superficie del globo no es necesaria a la armonía general? Aquellos, sin embargo, no son más que animales del ínfimo grado que realizan tales cosas, proveyendo a sus necesidades y sin sospechar que son instrumentos de Dios.

Pues bien, de la misma manera los Espíritus más atrasados son útiles al conjunto. Mientras *se ensayan para la vida*, y antes de tener plena conciencia de sus actos y de su libre albedrío, obran sobre ciertos fenómenos, cuyos agentes son a pesar suyo. Lo hacen así al principio, y más tarde, cuando esté más desarrollada su inteligencia, ordenarán y dirigirán las cosas del mundo material, y más tarde aún, podrán dirigir las del moral. Así todo sirve, todo se encadena en la naturaleza, desde el átomo primitivo hasta el arcángel, que a su vez ha empezado por el átomo. Admirable ley de armonía cuyo conjunto no puede apreciar vuestro Espíritu limitado».

Los Espíritus durante las batallas

541. En una batalla ¿hay Espíritus que asisten a ella y sostienen a cada bando?

«Sí, y estimulan su valor».

Así, en otros tiempos nos representaban los antiguos a sus dioses tomando parte a favor de tal o cual pueblo. Estos dioses no eran más que Espíritus representados bajo figuras alegóricas.

542. En una guerra, la justicia siempre está de parte de uno de los beligerantes. ¿Cómo hay Espíritus del lado del que no tiene razón?

«Ya sabéis perfectamente que hay Espíritus que solo procuran la discordia y la destrucción. Para ellos la guerra es la guerra: poco les afecta la justicia de la causa».

543. Ciertos Espíritus ¿pueden influir en un general, acerca de la concepción de sus planes de campaña?

«Sin duda alguna, los Espíritus pueden influir para este objeto como para todas las concepciones».

544. Los Espíritus malos ¿podrían sugerirle malas operaciones para perderle?

«Sí, ¿pero no tiene su libre albedrío? Si su juicio no le permite distinguir la idea exacta de la falsa, sufre las consecuencias, y haría mejor en obedecer que en mandar».

545. ¿Puede el general ser guiado, a veces, por una especie de doble vista, vista intuitiva que le presente anticipadamente el resultado de sus operaciones?

«Así sucede generalmente en el hombre de genio, a lo que llama su inspiración y hace que obre con una especie de certeza. Esa inspiración procede de los Espíritus que le dirigen y aprovechan las facultades de que está dotado».

546. En la confusión del combate ¿qué sucede con los Espíritus de los que sucumben? ¿Continúan interesándose en la acción después de la muerte?

«Algunos se interesan, otros se alejan».

En los combates sucede lo que en todos los casos de muerte violenta: en el primer momento el Espíritu está sorprendido y como aturdido, y no se cree muerto. Le parece que aún toma parte en la acción, y solo poco a poco se le manifiesta la realidad.

547. Los Espíritus que combatían cuando estaban vivos, después de muertos, ¿se reconocen como enemigos y están aún encarnizados unos contra otros?

«En semejantes momentos el Espíritu nunca está apacible. En el primer instante puede aún estar resentido con su enemigo y hasta perseguirle, pero cuando recobra las ideas, ve que su animosidad carece de objeto. Puede, no obstante, conservar vestigios de ella más o menos pronunciados, según su carácter».

— ¿Percibe aún el ruido de las armas?

«Sí, perfectamente».

548. El Espíritu que asiste impasible como espectador a un combate, ¿es testigo de la separación del alma y el cuerpo? Y ¿cómo se le presenta este fenómeno?

«Hay pocas muertes completamente instantáneas. La mayor parte de las veces, el Espíritu cuyo cuerpo acaba de ser mortalmente herido no tiene de pronto conciencia de ello. Cuando empieza a reconocerse, es cuando puede distinguirse al Espíritu agitándose alrededor del cadáver, lo que le parece tan natural, que la presencia del cuerpo muerto no le ocasiona ningún efecto desagradable. Puesto que toda la vida se traslada al Espíritu, solo él llama la atención, con él se habla o a él se manda».

Sobre los pactos

549. ¿Hay algo de cierto en los pactos con los Espíritus malos?

«No, no existen tales pactos, sino una naturaleza mala que simpatiza con los Espíritus malos. Por ejemplo: quieres martirizar a tu vecino y no sabes cómo hacerlo. Entonces te atraes Espíritus inferiores que, como tú, solo quieren el mal, y para ayudarte quieren que secundes sus malos designios. Pero, no se sigue de aquí que tu vecino no pueda librarse de ellos por medio de una conjuración contraria y de su voluntad. El que quiere cometer una mala acción, por este mero hecho atrae Espíritus malos que le ayudan, y entonces se ve obligado a servirlos como ellos lo hacen con él, porque también lo necesitan para el mal que desean hacer. En esto únicamente consiste el pacto».

La dependencia en que a veces está el hombre de los Espíritus inferiores proviene de que se entrega a los malos

pensamientos que le sugieren, y no de estipulaciones entre ellos y él. El pacto, en el sentido vulgar de la palabra, es la alegoría de una naturaleza mala que simpatiza con Espíritus malhechores.

550. ¿Qué sentido tienen las leyendas fantásticas según las cuales ciertos individuos han vendido su alma a Satanás, para lograr de él determinados favores?

«Todas las fábulas contienen una enseñanza y un sentido moral. Vuestro error consiste en tomarlas literalmente. La que nos ocupa es una alegoría que puede explicarse así: el que llama en su ayuda a los Espíritus para lograr de ellos los dones de la fortuna u otro favor cualquiera, habla mal de la Providencia. También renuncia a la misión que ha recibido y a las pruebas que debe sufrir en la Tierra, y experimentará las consecuencias en la vida futura. No quiere esto decir que su alma esté condenada para siempre a la desgracia. Pero, puesto que en vez de desprenderse de la materia, se hunde más en ella, las alegrías que habrá tenido en la Tierra no las tendrá en el mundo de los Espíritus, hasta que no se haya rehabilitado por medio de nuevas pruebas, quizá mayores y más penosas. Por su amor a los goces materiales se pone bajo la dependencia de los Espíritus impuros. Entre ellos y él se establece un pacto tácito que lo conduce a su perdición, pero que siempre puede romper fácilmente con auxilio de los Espíritus buenos, si lo quiere firmemente».

Poder oculto, talismanes, hechiceros

551. Un hombre malvado, con ayuda de un Espíritu malo a quien está sometido, ¿puede hacer mal a su prójimo?

«No, Dios no lo permitiría».

552. ¿Qué pensar de la creencia en el poder que tendrían algunas personas para hechizar?

«Algunas personas tienen un poder magnético muy grande del que pueden hacer mal uso, si es malo su propio Espíritu, y en cuyo caso pueden estar secundadas por otros Espíritus malos. Pero no creáis en este supuesto poder mágico que solo existe en la imaginación de los supersticiosos, ignorantes de las verdaderas leyes de la naturaleza. Los hechos que se citan son naturales, mal observados y sobre todo mal comprendidos».

553. ¿Qué efecto pueden tener las fórmulas y prácticas, con cuya ayuda algunas personas pretenden disponer de los Espíritus a su antojo?

«El efecto de ponerlas en ridículo, si lo hacen de buena fe, y en el caso contrario, son embaucadores dignos de castigo. Todas las fórmulas son charlatanería. No hay ninguna palabra sacramental, ningún signo cabalístico, ningún talismán que tenga acción en los Espíritus, porque estos solo son atraídos por el pensamiento y no por cosas materiales».

— Algunos Espíritus ¿no han dictado a veces fórmulas cabalísticas?

«Sí, tenéis Espíritus que os indican signos, palabras extrañas, o que os prescriben algunos actos con cuya ayuda hacéis lo que llamáis conjuros. Pero tened por seguro que son Espíritus que se burlan de vosotros y abusan de vuestra credulidad».

554. Aquel que, con razón o sin ella, tiene confianza en lo que llama la virtud de un talismán, ¿puede por esa misma confianza atraer a un Espíritu? Porque entonces es el

pensamiento quien obra y el talismán solo un signo que ayuda a dirigir el pensamiento.

«Es cierto. Pero la naturaleza del Espíritu atraído depende de la pureza de la intención y de la elevación de sentimientos. Ahora bien, es extraño que el que sea lo bastante simple para creer en la virtud de un talismán, no tenga por objeto un fin más material que moral. En todo caso, esta creencia acusa una pequeñez y pobreza de ideas que dan acceso a los Espíritus imperfectos y burlones».

555. ¿Qué sentido debe darse a la calificación de hechicero?

«Los que llamáis hechiceros son personas que, cuando proceden de buena fe, están dotadas de ciertas facultades, tales como el poder magnético y la doble vista. Y entonces, como hacen cosas que no comprendéis, las creéis dotadas de un poder sobrenatural. ¿Vuestros sabios no han pasado con frecuencia por hechiceros a los ojos de los ignorantes?».

El espiritismo y el magnetismo nos dan la clave de una multitud de fenómenos sobre los cuales la ignorancia ha forjado una infinidad de fábulas, en las que la imaginación ha exagerado los hechos. El conocimiento esclarecido de esas dos ciencias que, por decirlo así, no son más que una, mostrando la realidad de las cosas y su verdadera causa, es el mejor preservativo contra las ideas supersticiosas, porque demuestra lo posible y lo imposible, lo que entra en las leyes de la naturaleza y lo que no pasa de ser una creencia ridícula.

556. Algunas personas ¿tienen verdaderamente el don de curar por el simple tacto?

«La potencia magnética puede llegar a eso, cuando está secundada por la pureza de sentimientos y un deseo ardiente de hacer el bien, porque entonces los Espíritus buenos vienen en su auxilio. Pero es preciso prevenirse contra el

modo como son contadas las cosas por personas demasiado crédulas o entusiastas, dispuestas siempre a ver maravillas en las cosas más naturales y sencillas. Y también es preciso desconfiar de los relatos interesados de las personas que explotan la credulidad en provecho suyo».

Bendición y maldición

557. La bendición y la maldición ¿pueden atraer el bien o el mal a aquellos sobre quienes recaen?

«Dios no oye una maldición injusta, y el que la pronuncia es culpable ante Él. Como tenemos dos tendencias opuestas, el bien y el mal, puede existir una influencia momentánea, hasta en la materia. Pero este influjo solo se verifica siempre por voluntad de Dios, y como prueba adicional para el que es objeto de ella. Por lo demás, a quien se maldice con frecuencia es a los malvados, y a quien se bendice es a los buenos. La bendición y la maldición nunca pueden desviar a la Providencia del camino de la justicia; no hiere al maldecido sino cuando es malvado, y su protección solo cubre al que la merece».

CAPÍTULO X

OCUPACIONES Y MISIONES DE LOS ESPÍRITUS

558. Los Espíritus ¿tienen algo más que hacer que mejorar personalmente?

«Concurren a la armonía del universo ejecutando los mandatos de Dios, cuyos ministros son. La vida espírita es una ocupación continua, pero nada penosa como las de la Tierra, porque no existe cansancio corporal, ni las angustias de la necesidad».

559. Los Espíritus inferiores e imperfectos ¿desempeñan también funciones útiles en el universo?

«Todos tienen deberes que cumplir. ¿Acaso el último de los peones no contribuye como el arquitecto a levantar el edificio?». (Véase 540)

560. Cada uno de los Espíritus ¿tiene atributos especiales?

«Es decir, que debemos habitar en todas las partes y adquirir conocimiento de todas las cosas, presidiendo sucesivamente todas las partes del universo. Pero, como se dice en el *Eclesiastés*, “todo tiene su tiempo”³⁶. Así, este cumple hoy su destino en ese mundo, aquel lo cumplirá o lo ha cumplido en otro tiempo en la tierra, en el agua, en el aire, etc.».

³⁶ Eclesiastés 3:1.

561. Las funciones que desempeñan los Espíritus en el orden de las cosas ¿son permanentes para cada uno, y son atribuciones exclusivas de ciertas clases?

«Todos deben recorrer los diferentes grados de la escala para perfeccionarse. Dios, que es justo, no ha podido querer dar a unos la ciencia sin trabajo, mientras que otros solo la adquieren con fatiga».

De la misma manera, entre los hombres, nadie llega al supremo grado de destreza en un arte cualquiera, sin haber adquirido los necesarios conocimientos en la práctica de las más ínfimas ocupaciones del arte en cuestión.

562. Los Espíritus del orden más elevado, al no tener nada que adquirir, ¿están en reposo absoluto, o tienen ocupaciones?

«¿Qué querrías que hicieran durante la eternidad? La ociosidad eterna sería un suplicio eterno».

— **¿Cuál es la naturaleza de sus ocupaciones?**

«Recibir directamente las órdenes de Dios, transmitir las a todo el universo y velar por su ejecución».

563. Las ocupaciones de los Espíritus ¿son incesantes?

«Incesantes, sí, si se entiende que su pensamiento está siempre activo, porque viven por el pensamiento. Pero no se han de asimilar las ocupaciones de los Espíritus a las materiales de los hombres. La misma actividad de que hablamos es un placer, por la conciencia que tienen de ser útiles».

— **Esto se concibe de los Espíritus buenos, pero ¿sucede lo mismo con los Espíritus inferiores?**

«Los Espíritus inferiores tienen ocupaciones apropiadas a su naturaleza. ¿Confíaís al peón y al ignorante los trabajos del hombre de inteligencia?»

564. Entre los Espíritus ¿los hay ociosos o que no se ocupan de ninguna cosa útil?

«Sí, pero este estado es temporal y está subordinado al desarrollo de su inteligencia. Ciertamente que los hay, como entre los hombres, que solo viven para sí mismos. Sin embargo, esta ociosidad les pesa, y tarde o temprano el deseo de progresar les hace sentir la necesidad de la actividad, y son felices pudiendo ser útiles. Hablamos de los Espíritus que han llegado al punto de tener conciencia de sí mismos y libre albedrío. Porque en su origen son como niños que acaban de nacer, y que obran más por instinto que por voluntad deliberada».

565. Los Espíritus ¿examinan nuestros trabajos artísticos y se interesan en ellos?

«Examinan lo que puede probar la elevación de los Espíritus y su progreso».

566. Un Espíritu que ha cultivado una especialidad en la Tierra, un pintor, un arquitecto por ejemplo, ¿se interesa preferentemente por los trabajos que le han sido predilectos durante la vida?

«Todo se confunde en un fin general. Si es bueno, se interesa tanto como se lo permite la ocupación de ayudar a las almas a elevarse hacia Dios. Olvidáis además que un Espíritu que ha practicado un arte en la existencia que le conocéis, puede haber practicado otro en otra existencia, porque es necesario que lo sepa todo para ser perfecto. Así pues, según su grado de adelanto, puede que no tenga ninguna especialidad. Esto es lo que entendía al decir que todo se confunde en un fin general. Notad también lo siguiente: lo que es sublime para vosotros en vuestro mundo atrasado, son puerilidades en mundos más adelantados.

¿Cómo queréis que los Espíritus que habitan mundos donde existen artes desconocidas para vosotros, admiren lo que para ellos solo es la obra de un aprendiz? Ya lo he dicho: examinan lo que puede probar el progreso».

— **Concebimos que así suceda en Espíritus muy adelantados, pero hablamos de Espíritus más vulgares y que todavía no se han elevado por encima de las ideas terrenales.**

«En cuanto a estos, es diferente. Su punto de vista es más limitado, y pueden admirar lo que vosotros admiráis».

567. Los Espíritus ¿participan a veces de nuestras ocupaciones y placeres?

«Los Espíritus vulgares, como tú dices, sí. Permanecen sin cesar a vuestro alrededor y en lo que hacéis toman a veces una parte muy activa, según su naturaleza. Y esto es muy necesario para impeler a los hombres en los diferentes senderos de la vida, estimulando o moderando sus pasiones».

Los Espíritus se ocupan de las cosas de este mundo en proporción de su superioridad o inferioridad. Los Espíritus superiores tienen sin duda la facultad de considerarlas en sus más pequeños detalles, pero solo lo hacen cuando es útil al progreso. Solo los Espíritus inferiores le consagran una importancia relativa a los recuerdos presentes aún en su memoria, y a las ideas materiales todavía no olvidadas.

568. Los Espíritus que tienen misiones que cumplir, ¿las cumplen en estado de erraticidad o de encarnación?

«Pueden tenerlas en ambos estados, y para ciertos Espíritus errantes las misiones son una gran ocupación».

569. ¿En qué consisten las misiones que pueden tener a su cargo los Espíritus errantes?

«Son tan variadas, que sería imposible describirlas, y además las hay que no podéis comprender. Los Espíritus

ejecutan la voluntad de Dios, y no podéis penetrar todos sus designios».

Las misiones de los Espíritus siempre tienen el bien por objeto. Ya sea como Espíritus, o como hombres, están encargados de favorecer el progreso de la humanidad, de los pueblos o de los individuos en un círculo de ideas más o menos extenso, más o menos especial, de preparar el camino a ciertos acontecimientos y de velar por la realización de ciertas cosas. Algunos tienen misiones más restringidas, y en cierto modo personales o del todo locales, como asistir a los enfermos, a los agonizantes, a los afligidos, velar por aquellos de los cuales se convierten en guías y protectores, y dirigirlos por medio de sus consejos o los buenos pensamientos que les sugieren. Puede decirse que hay tantas clases de misiones como tipos de intereses que vigilar, sea en el mundo físico o en el moral. El Espíritu adelanta según el modo como cumple su tarea.

570. Los Espíritus ¿comprenden siempre los designios que están encargados de ejecutar?

«No, los hay que son instrumentos ciegos, pero otros saben muy bien el fin con que obran».

571. ¿Solo los Espíritus elevados cumplen misiones?

«La importancia de las misiones está en proporción de la capacidad y elevación del Espíritu. El mensajero que lleva un despacho cumple también una misión, pero muy distinta de la del general».

572. La misión ¿es impuesta al Espíritu, o depende de su voluntad?

«La pide, y es feliz obteniéndola».

— **Una misma misión ¿puede ser solicitada por muchos Espíritus?**

«Sí, a menudo hay muchos candidatos, pero no todos son admitidos».

573. ¿En qué consiste la misión de los Espíritus encarnados?

«Instruir a los hombres, favorecer su progreso, mejorar sus instituciones por medios directos y materiales. Pero las misiones son más o menos generales e importantes, pues el que cultiva la tierra cumple una misión, lo mismo que el que gobierna o instruye. Todo se encadena en la naturaleza. Al mismo tiempo que el Espíritu se purifica en la encarnación, concurre, bajo esta forma, al cumplimiento de las miras de la Providencia. Cada cual tiene su misión en la Tierra, porque cada cual puede ser útil en algo».

574. ¿Cuál puede ser la misión de las personas voluntariamente inútiles en la Tierra?

«Hay efectivamente personas que solo viven para sí mismas y no saben hacerse útiles para nada. Son pobres seres a quienes se ha de compadecer, porque expiarán cruelmente su voluntaria inutilidad, y a menudo empieza su castigo en la Tierra por medio del disgusto y cansancio de la vida».

— Puesto que podían elegir, ¿por qué prefirieron una vida que de nada les sirve?

«Entre los Espíritus los hay también perezosos que retroceden ante una vida laboriosa. Dios les deja en libertad, pues comprenderán más tarde y a expensas suyas, los inconvenientes de su inutilidad, y serán los primeros en pedir que se les permita reparar el tiempo perdido. Acaso también escogieron una vida más útil, pero una vez en ella, retrocedieron, y se dejaron llevar por las sugerencias de los Espíritus que los alentaban a la ociosidad».

575. Las ocupaciones comunes más nos parecen deberes que misiones propiamente dichas. La misión, según el sentido que se da a esta palabra, tiene un carácter de importancia menos exclusiva y sobre todo menos personal. Bajo este aspecto, ¿cómo puede conocerse que un hombre tiene una misión real en la Tierra?

«Por las grandes cosas que realiza y por los progresos que hace que hagan sus semejantes».

576. Los hombres que tienen una misión importante, ¿están predestinados a ella antes de su nacimiento y la conocen?

«A veces sí, pero la mayor parte de las veces lo ignoran. Al venir a la Tierra, solo tienen un objetivo vago. Su misión se diseña después de su nacimiento y según las circunstancias. Dios los impulsa hacia el camino por donde han de cumplir sus designios».

577. Cuando un hombre hace algo útil, ¿es siempre en virtud de una misión anterior y predestinada, o puede recibir una misión imprevista?

«Todo lo que el hombre hace no es resultado de una misión predestinada. A menudo es el instrumento de que se sirve un Espíritu para hacer ejecutar una cosa que cree útil. Un Espíritu, por ejemplo, juzga que sería oportuno escribir un libro que él mismo escribiría si estuviese encarnado. Busca al escritor más apto para comprender y ejecutar su pensamiento, le sugiere la idea de hacerlo, y lo dirige en la ejecución. Así este hombre no ha venido a la Tierra con la misión de escribir esa obra. Lo mismo puede decirse de ciertos trabajos artísticos o descubrimientos. Es preciso decir también que, durante el sueño de su cuerpo, el Espíritu encarnado se comunica directamente con el Espíritu errante y que ambos se ponen de acuerdo para la ejecución».

578. El Espíritu ¿puede por culpa suya faltar a su misión?

«Sí, cuando no es un Espíritu superior».

— **¿Qué consecuencias le resultan de ello?**

«Deberá recomenzar su tarea, tal es su castigo. Y además sufrirá las consecuencias del mal que haya causado».

579. Puesto que el Espíritu recibe su misión de Dios, ¿cómo puede Dios confiar una misión importante y de interés general a un Espíritu que podía faltar a ella?

«¿No sabe Dios si su general alcanzará la victoria o será vencido? Estad seguros de que lo sabe, y sus planes, *cuando son importantes*, no son confiados a aquellos que han de abandonar su obra a medio hacer. Toda la cuestión se reduce para vosotros al conocimiento del porvenir que Dios posee, pero que no os es dado distinguir a vosotros».

580. El Espíritu que se encarna para cumplir una misión, ¿tiene el mismo temor que aquel que lo hace como prueba?

«No, porque tiene experiencia».

581. Los hombres que son las lumbreras del género humano, que lo ilustran con su genio, tienen en realidad una misión, pero entre ellos los hay que se equivocan y que, junto a grandes verdades, esparcen grandes errores. ¿Cómo debe considerarse su misión?

«Como falseada por ellos mismos. Son inferiores a la tarea que han emprendido. Preciso es, sin embargo, tener en cuenta las circunstancias. Los hombres de genio han tenido que hablar según los tiempos, y tal enseñanza que parece errónea o pueril en una época adelantada, podía bastar a su siglo».

582. ¿Puede considerarse la paternidad como una misión?

«Sin duda es una misión y al mismo tiempo un deber muy grande, que compromete para el porvenir la responsabilidad más de lo que el hombre se imagina. Dios ha puesto al niño bajo la tutela de sus padres para que estos le guíen en la senda del bien, y les ha facilitado la tarea, dando a aquel una organización frágil y delicada, que le hace sensible a todas las impresiones. Pero hay padres que se ocupan más de enderezar los árboles de su jardín y en hacerlos dar mucho fruto, que en enderezar el carácter de su hijo. Si este sucumbe por su culpa, sufrirán la pena, y los padecimientos del hijo en la vida futura recaerán sobre ellos, porque no hicieron lo que estaba en sus manos por su adelanto en el camino del bien».

583. Si un niño es malo, a pesar de los cuidados de sus padres, ¿son responsables estos?

«No, pero cuanto más malas sean las disposiciones del hijo, más pesada es la tarea, y mayor será el mérito, si consiguen separarle del mal camino».

— **Si un niño se hace bueno, a pesar de la negligencia o malos ejemplos de sus padres, ¿obtienen estos un gran provecho?**

«Dios es justo».

584. ¿Cuál puede ser la naturaleza de la misión del conquistador que solo ha tratado de satisfacer su ambición, y que, para lograr este objetivo, no retrocede ante ninguna de las calamidades que arrastra a su paso?

«Lo más frecuente es que sea un instrumento de que se sirve Dios para el cumplimiento de sus designios y esas calamidades son a veces el medio de hacer que un pueblo progrese más rápido».

— **El que es instrumento de semejantes calamidades pasajeras es ajeno al bien que de ellas puede resultar, puesto que solo**

se había propuesto un objetivo personal. Sin embargo, ¿le aprovechará este bien?

«Cada uno es recompensado según sus obras, por el bien que ha *querido* hacer y la rectitud de sus intenciones».

Los Espíritus encarnados tienen ocupaciones inherentes a su existencia corporal. En estado errante, o de desmaterialización, esas ocupaciones son proporcionales a su grado de adelanto.

Unos recorren los mundos, se instruyen y se preparan para una nueva encarnación».

Otros más adelantados se ocupan del progreso, dirigiendo los acontecimientos y sugiriendo pensamientos propicios. Asisten a los hombres de genio que concurren al adelanto de la humanidad.

Otros se encarnan con una misión de progreso.

Otros toman bajo su tutela a los individuos, familias, reuniones, ciudades y pueblos de los que son ángeles de la guarda, genios protectores y Espíritus familiares.

Otros, en fin, presiden los fenómenos de la naturaleza, de los que son agentes directos.

Los Espíritus vulgares se mezclan en nuestras ocupaciones y diversiones.

Los Espíritus impuros o imperfectos esperan, entre angustias y tormentos, el momento en que plazca a Dios procurarles los medios de progreso. Si hacen el mal, es por despecho del bien que aún no pueden gozar.

CAPÍTULO XI

LOS TRES REINOS

1. LOS MINERALES Y LAS PLANTAS. 2. LOS ANIMALES Y EL HOMBRE.
3. METEMPSICOSIS.

Los minerales y las plantas

585. ¿Qué pensáis de la división de la naturaleza en tres reinos, o bien de dos clases: los seres orgánicos y los seres inorgánicos? Algunos hacen de la especie humana una cuarta clase. ¿Cuál de estas divisiones es preferible?

«Todas son buenas, pues dependen del punto de vista en que se las tome. En el aspecto material, solo hay seres orgánicos e inorgánicos, pero bajo el punto de vista moral, evidentemente hay cuatro grados».

Estos cuatro grados tienen en efecto caracteres marcados, aunque parezca que se confunden sus límites. La materia inerte, que constituye el reino mineral, solo tiene una fuerza mecánica. Las plantas, compuestas de materia inerte, están dotadas de vitalidad. Los animales, compuestos de materia inerte, dotados de vitalidad, tienen además una especie de inteligencia instintiva limitada con conciencia de su existencia y de su individualidad. El hombre, que tiene todo lo que hay en las plantas y en los animales, domina a las otras clases por una inteligencia especial, ilimitada, que le da conciencia de su porvenir, la percepción de las cosas extramateriales y el conocimiento de Dios.

586. Las plantas ¿tienen conciencia de su existencia?

«No, no piensan. Solo tienen vida orgánica».

587. Las plantas ¿experimentan sensaciones? ¿sufren cuando se las mutila?

«Las plantas reciben impresiones físicas que obran en la materia, pero no tienen percepciones. Por consiguiente, no tienen sentimiento de dolor».

588. La fuerza que atrae unas plantas a otras ¿es independiente de su voluntad?

«Sí, puesto que no piensan. Es una fuerza mecánica de la materia que obra en la materia, y no podrían oponerse a ella».

589. Algunas plantas, tales como la sensitiva y la dionea, por ejemplo, tienen movimientos que revelan una gran sensibilidad, y en ciertos casos, una especie de voluntad, como en la dionea, cuyos lóbulos apresan a las moscas que se posan en ellos para chuparles el jugo, y a las cuales parece que tiende una trampa para matarlas. Esas plantas ¿están dotadas de la facultad de pensar? ¿Tienen voluntad y forman una clase intermedia entre la naturaleza vegetal y la animal? ¿Son una transición de una a la otra?

«Todo es transición en la naturaleza, por el hecho de que nada es semejante y sin embargo todo se enlaza. Las plantas no piensan, y por consiguiente no tienen voluntad. La ostra que se abre y todos los otros zoofitos no piensan, solo tienen instinto ciego y natural».

El organismo humano nos ofrece ejemplos de movimientos análogos sin intervención de la voluntad, como en las funciones digestivas y circulatorias. El píloro se cierra al contacto de ciertos cuerpos para negarles el paso. Lo mismo debe suceder con la sensitiva, en la cual los movimientos no implican en

manera alguna la necesidad de una percepción y menos aún de una voluntad.

590. ¿No tienen las plantas, como los animales, un instinto de conservación que las conduce a buscar lo que les es útil, y a huir de lo que puede serles nocivo?

«Si se quiere, es una especie de instinto, lo cual depende de la acepción que se dé a la palabra, pero es puramente mecánico. Cuando en las operaciones químicas veis como se reúnen dos cuerpos, es porque se convienen, es decir, porque existe afinidad entre ellos. Mas no lo llamáis instinto».

591. En los mundos superiores, ¿son las plantas, como los otros seres, de naturaleza más perfecta?

«Todo es más perfecto, pero las plantas siempre son plantas, como los animales son siempre animales, y los hombres son siempre hombres».

Los animales y el hombre

592. Si comparamos al hombre y a los animales en relación a la inteligencia, parece difícil de establecer la línea de demarcación, porque ciertos animales, bajo aquel aspecto, son notoriamente superiores a ciertos hombres. ¿Semejante línea de demarcación puede ser establecida de manera precisa?

«Acercas de este punto no están muy acordes vuestros filósofos, queriendo unos que el hombre sea un animal y otros que el animal sea un hombre. Todos se equivocan. El hombre es un ser especial que se rebaja mucho a veces o que puede elevarse también mucho. En lo físico, el hombre es como los animales, y está mucho menos provisto que muchos de ellos. La naturaleza les ha dado todo lo que el hombre se ve obligado a *inventar con su inteligencia* para

satisfacción de sus necesidades y su conservación. Su cuerpo se destruye como el de los animales, es cierto, pero su Espíritu tiene un destino que solo él puede comprender, porque él es completamente libre. ¡Pobres hombres que os rebajáis por debajo de la bestia! ¿No sabéis distinguiros de esta? Reconoced al hombre en el pensamiento de Dios».

593. ¿Puede decirse que los animales no obran más que por instinto?

«Ese es otro de vuestros sistemas. Ciertamente es que el instinto domina en la mayor parte de los animales, pero ¿no ves que los hay que obran con una voluntad determinada? Tienen, pues, inteligencia, pero limitada».

Además del instinto, no podría negarse a ciertos animales actos combinados que denotan una voluntad de obrar en un sentido determinado y según las circunstancias. Hay pues, en ellos una especie de inteligencia, pero cuyo ejercicio está más exclusivamente concentrado en los medios de satisfacer sus necesidades físicas y de atender a su conservación. En ellos nada de creación se ve, nada de mejoramiento. Cualquiera que sea el arte que en sus trabajos admiremos, lo que antes hacían, lo hacen actualmente, ni mejor, ni peor, siguiendo formas y proporciones constantes e invariables. El pequeñuelo, alejado de los de su especie, no deja de construir su nido conforme al mismo modelo, sin haber recibido instrucción alguna. Si algunos son susceptibles de cierta educación, su desarrollo intelectual, siempre encerrado en estrechos límites, se debe a la acción del hombre sobre una naturaleza flexible, porque no tienen ningún progreso propio. Pero este progreso es efímero y puramente individual, pues el animal abandonado a sí mismo, no tarda en regresar a los límites marcados por la naturaleza.

594. Los animales ¿tienen un lenguaje?

«Si quieres decir un lenguaje formado de palabras y de sílabas, no. Pero un medio de comunicarse entre ellos, sí. Ellos se dicen muchas más cosas de las que vosotros creéis. Sin embargo, su lenguaje está limitado, como sus ideas, a sus necesidades».

— **Hay animales que carecen de voz. ¿Parece que estos no tienen lenguaje?**

«Se comprenden por otros medios. ¿No tenéis vosotros más que la palabra para comunicaros? ¿Qué dices de los mudos? Los animales, dotados de la vida de relación, tienen medios de advertirse y de manifestar las sensaciones que experimentan. ¿Crees que los peces no se entienden entre sí? El hombre no tiene, pues, el privilegio exclusivo del lenguaje. Pero el de los animales es instintivo y está limitado por el círculo de sus necesidades e ideas, mientras que el del hombre es perfectible y se presta a todas las concepciones de su inteligencia».

En efecto, los peces que emigran en masa, como las golondrinas que obedecen al guía que las conduce, deben tener medios de avisarse, entenderse y ponerse de acuerdo. Acaso lo hagan a merced de una vista más penetrante que les permite distinguir las señales que se hacen. Acaso la misma agua sea un vehículo que les transmite ciertas vibraciones. Cualquiera que sea, es incontestable que tienen un medio de entenderse, lo mismo que todos los otros animales privados de la voz y que trabajan en comunidad. Y después de esto, ¿hemos de admirarnos de que los Espíritus puedan comunicarse entre sí, sin el empleo de la palabra articulada? (Véase 282)

595. Los animales ¿tienen el libre albedrío de sus actos?

«No son simples máquinas, como creéis vosotros, pero su libertad de acción está limitada a sus necesidades, y no puede compararse con la del hombre. Los animales, al ser

muy inferiores al hombre, no tienen los mismos deberes. Su libertad está restringida a los actos de la vida material».

596. ¿De dónde procede la aptitud de ciertos animales para imitar el lenguaje del hombre, y por qué semejante aptitud se observa más en las aves que en los monos, por ejemplo, cuya conformación es la más análoga a la del hombre?

«Conformación particular de los órganos de la voz, secundada por el instinto de imitación. El mono imita los gestos, y ciertas aves la voz».

597. Puesto que los animales tienen una inteligencia que les da cierta libertad de acción, ¿existe en ellos un principio independiente de la materia?

«Sí, y que sobrevive al cuerpo».

— **Este principio ¿es un alma semejante a la del hombre?**

«También es un alma, si así lo queréis. *Eso depende del sentido que se dé a esta palabra*, pero es inferior a la del hombre. Entre el alma de los animales y la del hombre hay tanta distancia como entre alma humana y Dios».

598. El alma de los animales ¿conserva, después de la muerte, su individualidad y conciencia de sí misma?

«Su individualidad, sí, pero no la conciencia de su yo. La vida inteligente permanece en estado latente».

599. El alma de las bestias ¿tiene elección para encarnarse con preferencia en un animal antes que en otro?

«No, pues no tiene libre albedrío».

600. Dado que el alma del animal sobrevive a su cuerpo, ¿se halla después de la muerte en un estado errante, como la del hombre?

«Es una especie de erraticidad, porque no está unida a un cuerpo, pero no es un *Espíritu errante*. El Espíritu errante es un ser que piensa y obra por su libre voluntad; el de los animales no tiene la misma facultad. La conciencia de sí mismo es el atributo principal del Espíritu. El Espíritu del animal es clasificado después de la muerte por los Espíritus que de ello están encargados, y casi enseguida utilizado. No tiene tiempo de ponerse en relación con otras criaturas».

601. ¿Siguen los animales una ley progresiva como el hombre?

«Sí, y por esto en los mundos superiores, donde los hombres están más adelantados, los animales lo están también, poseyendo medios más desarrollados de comunicación. Pero son siempre inferiores y están sometidos al hombre. Son sus servidores inteligentes».

Nada hay en esto de extraordinario. Supongamos a nuestros animales más inteligentes, al perro, al elefante, al caballo, dotados de una conformación apropiada a los trabajos manuales, ¿qué de cosas no harían bajo la dirección del hombre?

602. Los animales ¿progresan como el hombre, en virtud de su voluntad o por la fuerza de las cosas?

«Por la fuerza de las cosas, y por esto no existe expiación para ellos».

603. En los mundos superiores ¿conocen los animales a Dios?

«No, el hombre es para ellos un dios, como en otro tiempo los Espíritus fueron dioses para el hombre».

604. Dado que los animales, aunque perfeccionados en los mundos superiores, siguen siendo inferiores al hombre, resultaría que Dios ha creado seres intelectuales perpetuamente condenados a la inferioridad, lo que parece no estar

conforme con la unidad de miras y de progreso que en todas sus obras se observa.

«Todo se encadena en la naturaleza por lazos que no podéis ver aún, y las cosas en apariencia más disparatadas tienen puntos de contacto que nunca llegará a comprender el hombre en su actual estado. Puede entreverlas por un esfuerzo de su inteligencia, pero solo cuando esta haya adquirido todo su desarrollo y se haya emancipado de los prejuicios del orgullo y de la ignorancia, podrá ver claramente la obra de Dios. Hasta entonces sus ideas limitadas le harán ver las cosas bajo un aspecto mezquino y restringido. Entended bien que Dios no puede contradecirse, y que en la naturaleza todo se armoniza por medio de leyes generales, que nunca se separan de la sublime sabiduría del Creador».

— La inteligencia ¿es, pues, una propiedad común, un punto de contacto entre el alma de las bestias y la del hombre?

«Sí, pero los animales solo tienen la inteligencia de la vida material. En el hombre la inteligencia da paso a la vida moral».

605. Si se consideran todos los puntos de contacto que existen entre el hombre y los animales, ¿no podría pensarse que el hombre posee dos almas: el alma animal y el alma espírita, y que si no contase con esta última, podría vivir, pero como el animal? O, dicho de otro modo, ¿no podría pensarse que el animal es un ser semejante al hombre, exceptuando el alma espírita? Y de aquí resultaría que los instintos buenos y malos del hombre serían efecto del predominio de una de estas dos almas.

«No, el hombre no tiene dos almas. Pero el cuerpo tiene sus instintos, que son el resultado de las sensaciones de los

órganos. Solo existe en él una naturaleza doble: la animal y la espiritual. Por el cuerpo participa de la naturaleza de los animales y de sus instintos. Por su alma, participa de la naturaleza de los Espíritus».

— **Así, pues, además de sus propias imperfecciones, de que ha de despojarse el Espíritu, ¿debe luchar también contra la influencia de la materia?**

«Sí, y cuanto más inferior es, más estrechos son los lazos entre el Espíritu y la materia. ¿Acaso no lo estáis viendo? No, el hombre no tiene dos almas. El alma es siempre única en cada ser. El alma del animal y la del hombre son distintas entre sí, de modo, que el alma del uno no puede animar el cuerpo creado para el otro. Pero si el hombre no tiene alma animal que le ponga por sus pasiones al nivel de los animales, tiene el cuerpo que con frecuencia le rebaja hasta ellos, porque su cuerpo es un ser dotado de vitalidad que tiene instintos, pero no inteligentes y limitados al cuidado de su conservación».

El Espíritu, al encarnar en el cuerpo del hombre, le aporta el principio intelectual y moral que le hace superior a los animales. Las dos naturalezas que en el hombre existen dan a sus pasiones dos orígenes diferentes: unas provienen de los instintos de la naturaleza animal, y otras de las impurezas del Espíritu, que simpatiza más o menos con los groseros apetitos animales. Al purificarse, el Espíritu se emancipa poco a poco de la influencia de la materia. Bajo semejante influencia se aproxima al animal. Desprendido de ella, se eleva a su verdadero destino.

606. ¿De dónde sacan los animales el principio inteligente que constituye la especie particular de alma de que están dotados?

«Del elemento inteligente universal».

— La inteligencia del hombre y la de los animales, ¿dimanan, pues de un principio único?

«Sin duda alguna, pero en el hombre ha experimentado una elaboración que la hace superior a la que anima al animal».

607. Se ha dicho que el alma del hombre en su origen, es el estado de infancia en la vida corporal, que apenas destella su inteligencia y que se ensaya en la vida (Véase 190), ¿dónde pasa el Espíritu por esta primera fase?

«En una serie de existencias que precede al período que llamáis humanidad».

— Parece, pues, que el alma ha sido el principio inteligente de los seres inferiores de la creación.

«¿No hemos dicho que todo se encadena en la naturaleza y tiende a la unidad? En esos seres, a los que estáis muy lejos de conocer en su totalidad, se elabora el principio inteligente, se individualiza poco a poco y se ensaya para la vida, como hemos dicho. Este es, hasta cierto punto, un trabajo preparatorio como el de la germinación, después del cual el principio inteligente experimenta una transformación y se convierte en *Espíritu*. Entonces empieza para él el periodo de la humanidad, y con él la conciencia de su porvenir, la distinción del bien y del mal y la responsabilidad de sus actos, como después del período de la infancia viene el de la adolescencia, luego la juventud, y en fin la edad madura. Por lo demás, nada de humillante tiene este origen del hombre. ¿Se creen humillados los grandes genios por haber sido fetos informes en el seno de su madre? Si algo debe humillarle es su inferioridad ante Dios, y su impotencia para sondear la profundidad de sus designios y la sabiduría de las leyes que rigen la armonía del universo.

Reconoced la grandeza de Dios en esa admirable armonía que hace que todo sea solidario en la naturaleza. Creer que Dios haya podido hacer algo sin objeto y crear seres inteligentes sin porvenir, sería blasfemar de su bondad, que se extiende a todas sus criaturas».

— **Ese período de la humanidad ¿empieza en nuestra Tierra?**

«La Tierra no es el punto de partida de la primera encarnación humana. El período de la humanidad empieza generalmente en mundos más inferiores aún. Eso, sin embargo, no es una regla absoluta, y podría ser que un Espíritu, desde su principio humano, fuese apto para vivir en la Tierra. Este caso no es frecuente, y constituye más bien una excepción».

608. El Espíritu del hombre ¿tiene después de la muerte, conciencia de las existencias que han precedido a su período de humanidad?

«No, porque solo desde este período empieza para él su vida de Espíritu, y apenas se acuerda de sus primeras existencias como hombre, absolutamente lo mismo que el hombre no se acuerda de los primeros tiempos de su infancia y menos aún del tiempo que ha pasado en el seno de su madre. Es por eso que los Espíritus os dicen que no saben cómo comenzaron». (Véase 78)

609. El Espíritu, una vez ha entrado en el período de la humanidad, ¿conserva vestigios de lo que era anteriormente, es decir, del estado en que se encontraba en el período que podríamos llamar prehumano?

«Según la distancia que separa los dos períodos y el progreso realizado. Durante algunas generaciones, puede haber un reflejo más o menos pronunciado del estado primitivo, por que nada se verifica en la naturaleza por transición

brusca. Siempre existen eslabones que unen los extremos de la cadena de los seres y los acontecimientos. Pero semejantes vestigios se borran con el desarrollo del libre albedrío. Los primeros progresos se realizan lentamente, porque no están aún secundados por la voluntad, y siguen una progresión más rápida a medida que el Espíritu adquiere una conciencia más perfecta de sí mismo».

610. ¿Se han equivocado, entonces, los Espíritus que han dicho que el hombre es un ser aparte en el orden de la creación?

«No, pero la cuestión no había sido desarrollada, y hay, por otra parte, cosas que solo pueden llegar a su tiempo. El hombre es, en efecto, un ser aparte, porque tiene facultades que le distinguen de todos los otros y tiene otro destino. La especie humana es la que Dios ha elegido para la encarnación de los seres *que pueden conocerle*».

Metempsicosis

611. El origen común en el principio inteligente de los seres vivos ¿no es la consagración de la doctrina de la metempsicosis?

«Dos cosas pueden tener el mismo origen y más adelante pueden no parecerse en nada. ¿Quién reconocería al árbol con sus hojas, flores y frutos en el germen informe contenido en la simiente de donde ha salido? Desde el momento en que el principio inteligente logra el grado necesario para ser Espíritu y entrar en el período de la humanidad, deja de tener relación con su estado primitivo y ya no es el alma de las bestias, como el árbol no es la simiente. No le resta al hombre del animal más que el cuerpo, y las pasiones que nacen de la influencia de este y del instinto de conservación inherente a la materia. No puede, pues, decirse que tal hombre es la encarnación del Espíritu de tal animal, y por

consiguiente, la metempsícosis, tal como se entiende, no es exacta».

612. El Espíritu que ha animado el cuerpo de un hombre ¿podría encarnarse en un animal?

«Eso equivaldría a retrogradar, y el Espíritu no retrograda. El río no vuelve a su nacimiento». (Véase 118)

613. Por errónea que sea la idea fijada a la metempsicosis, ¿no será resultado del sentimiento intuitivo de las diferentes existencias del hombre?

«Este sentimiento intuitivo se descubre en esa como en otras muchas creencias, pero el hombre la ha desnaturalizado, como ha hecho con la mayor parte de sus ideas intuitivas».

La metempsicosis sería verdadera, si se entendiese por ella el progreso del alma de un estado inferior a otro superior, en el que hallaría desarrollos que transformarían su naturaleza. Pero es falsa en el sentido de transmigración directa del animal al hombre y viceversa, lo que implicaría idea de retroceso o fusión. Ahora bien, no pudiendo verificarse semejante fusión entre los seres corporales de las dos especies, es indicio de que están en grados no asimilables, y que lo mismo debe suceder con los Espíritus que los animan. Si el mismo Espíritu pudiese animarlos alternativamente, se seguiría de ello una identidad de naturaleza que se traduciría en la posibilidad de la reproducción material.

La reencarnación enseñada por los Espíritus es la fundada, por el contrario, en la marcha ascendente de la naturaleza y en el progreso del hombre en su propia especie, lo que en nada amengua su dignidad. Lo que le rebaja, es el mal uso que hace de las facultades que Dios le ha dado para su adelanto. Como quiera que sea, la antigüedad y universalidad de la doctrina de la metempsicosis, y los hombres eminentes que la han

profesado, prueban que el principio de la reencarnación tiene sus raíces en la misma naturaleza. Estos son, por lo tanto, argumentos en su favor y no en contra.

El punto de partida del Espíritu es una de esas cuestiones que se refieren al principio de las cosas, y pertenece a los secretos de Dios. No es dado al hombre conocerlas de una manera absoluta, y en este punto, ha de limitarse a suposiciones y a sistemas más o menos probables. Los mismos Espíritus están muy lejos de conocerlo todo, y sobre lo que no saben pueden también tener opiniones personales más o menos sensatas.

Así, por ejemplo, no todos piensan lo mismo respecto a las relaciones que existen entre el hombre y los animales. Según algunos, el Espíritu no llega al período humano sino después de haberse elaborado e individualizado en los diferentes grados de los seres inferiores de la creación. Según otros, el Espíritu del hombre habría pertenecido siempre a la raza humana, sin haber pasado por la serie animal. El primero de estos sistemas tiene la ventaja de dar un objetivo al porvenir de los animales, que formarían de este modo los primeros eslabones de la cadena de los seres pensantes. Y el segundo está más conforme con la dignidad humana, y puede resumirse de la manera siguiente:

Las diferentes especies de animales no proceden *intelectualmente* las unas de las otras por vía de progresión, y así el Espíritu de la ostra no pasa a ser sucesivamente el del pez, del ave, del cuadrúpedo y del cuadrumano. Cada especie es un tipo *absoluto* física y moralmente, cuyos individuos toman de la fuente universal la cantidad de principio inteligente que les es necesario, según la perfección de sus órganos y el trabajo que han de realizar en los fenómenos de la naturaleza. A su muerte, esa cantidad de principio vital vuelve a la masa. Los animales de los mundos más adelantados que el nuestro (Véase 188) son igualmente razas distintas, apropiadas a las necesidades de aquellos mundos y al grado de adelanto de los hombres, de quienes son auxiliares, pero que

no proceden en modo alguno de los de la Tierra, espiritualmente hablando. No sucede lo mismo en el hombre. Bajo el punto de vista físico, forma evidentemente un eslabón de la cadena de los seres vivos, pero bajo el punto de vista moral, entre el animal y el hombre, existe solución de continuidad. El hombre posee como propia el alma o Espíritu, destello divino que le da el sentido moral y un alcance intelectual que falta a los animales. El Espíritu es en el hombre el ser principal, preexistente, que sobrevive al cuerpo y que conserva su individualidad. ¿Cuál es el origen del Espíritu? ¿Dónde está su punto de partida? ¿Se forma del principio inteligente individualizado? Este es un misterio que en vano trataríamos de comprender, y acerca del cual, según hemos dicho, solo podemos emitir sistemas. Lo que es constante y resulta del razonamiento y de la experiencia es la supervivencia del Espíritu, la conservación de su individualidad después de la muerte, su facultad progresiva, su estado feliz o desgraciado proporcional a su adelanto en el camino del bien, y todas las verdades morales que son la consecuencia de este principio. En cuanto a las relaciones misteriosas que existen entre el hombre y los animales, volvemos a repetir que son un secreto de Dios, como muchas otras cosas cuyo conocimiento *actual* no importa a nuestro progreso, y sobre las cuales sería inútil insistir.

ALLAN KARDEC

EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

LIBRO TERCERO

LEYES MORALES

✓ CAPÍTULO I	LEY DIVINA O NATURAL
✓ CAPÍTULO II	I. LEY DE ADORACIÓN
✓ CAPÍTULO III	II. LEY DEL TRABAJO
✓ CAPÍTULO IV	III. LEY DE REPRODUCCIÓN
✓ CAPÍTULO V	IV. LEY DE CONSERVACIÓN
✓ CAPÍTULO VI	V. LEY DE DESTRUCCIÓN
✓ CAPÍTULO VII	VI. LEY DE SOCIEDAD
✓ CAPÍTULO VIII	VII. LEY DE PROGRESO
✓ CAPÍTULO IX	VIII. LEY DE IGUALDAD
✓ CAPÍTULO X	IX. LEY DE LIBERTAD
✓ CAPÍTULO XI	X. LEY DE JUSTICIA, DE AMOR Y DE CARIDAD
✓ CAPÍTULO XII	PERFECCIÓN MORAL

PREGUNTAS 614-919

CAPÍTULO I

LEY DIVINA O NATURAL

1. CARACTERES DE LA LEY NATURAL. 2. ORIGEN Y CONOCIMIENTO DE LA LEY NATURAL. 3. EL BIEN Y EL MAL. 4. DIVISIÓN DE LA LEY NATURAL.

Caracteres de la ley natural

614. ¿Qué debe entenderse por ley natural?

«La ley natural es la ley de Dios. Es la única verdadera para la dicha del hombre. Le indica lo que debe hacer o dejar de hacer, y el hombre solo es desgraciado, porque de ella se separa».

615. ¿Es eterna la ley de Dios?

«Es eterna e inmutable, como el mismo Dios».

616. ¿Ha podido Dios prescribir en una época a los hombres lo que les hubiese prohibido en otra?

«Dios no puede equivocarse. Únicamente los hombres se ven obligados a cambiar sus leyes, porque son imperfectas. En cambio, las leyes de Dios son perfectas. La armonía que rige el universo material y el universo moral está fundada en las leyes que Dios estableció de siempre».

617. ¿Qué objetos abrazan las leyes divinas? ¿Conciernen a algo más que a la conducta moral?

«Todas las leyes de la naturaleza son leyes divinas, puesto que Dios es el autor de todas las cosas. El sabio estudia las

leyes de la materia, el hombre de bien, las del alma, y las practica».

— ¿Es dado al hombre profundizar unas y otras?

«Sí, *pero no basta una sola existencia*».

¿Qué son, en efecto, algunos años para adquirir todo lo que constituye el ser perfecto, si no se considera más que la distancia que separa al salvaje del hombre civilizado? La más larga existencia posible es insuficiente, y con mayor razón aún cuando se ve abreviada, como sucede en un gran número de casos.

Entre las leyes divinas, unas reglamentan el movimiento y las relaciones de la materia bruta: son las leyes físicas, cuyo estudio es del dominio de la ciencia.

Las otras conciernen especialmente al hombre en sí mismo y en sus relaciones con Dios y con sus semejantes. Comprenden las reglas de la vida del cuerpo, tanto como las del alma: son las leyes morales.

618. Las leyes divinas ¿son las mismas para todos los mundos?

«La razón dice que deben ser apropiadas a la naturaleza de cada mundo, y proporcionadas al grado de adelanto de los seres que los habitan».

Conocimiento de la ley natural

619. ¿Ha dado Dios a todos los hombres medios para conocer su ley?

«Todos pueden conocerla, pero no todos la comprenden. Los que mejor la comprenden son los hombres de bien y los que quieren buscarla. No obstante, todos la comprenderán algún día, porque es preciso que se realice el progreso».

La justicia de las diversas encarnaciones del hombre es consecuencia de este principio, porque a cada nueva existencia su inteligencia está más desarrollada, y comprende mejor lo bueno y lo malo. Si todo debiese efectuarse para él en una sola existencia, ¿cuál sería la suerte de tantos miles de seres que mueren cada día en el embrutecimiento del salvajismo, o en las tinieblas de la ignorancia, no habiendo dependido de ellos ilustrarse? (Véase 171-222)

620. Antes de su unión con el cuerpo, ¿comprende el alma mejor la ley de Dios que después de su encarnación?

«La comprende, con arreglo al grado de perfección a que ha llegado, y conserva el recuerdo intuitivo después de su unión con el cuerpo, pero los malos instintos del hombre se la hacen olvidar con frecuencia».

621. ¿Dónde está escrita la ley de Dios?

«En la conciencia».

— **Puesto que el hombre lleva en la conciencia la ley de Dios, ¿qué necesidad tenía de revelársela?**

«La había olvidado e ignorado: Dios quiso que le fuese recordada».

622. ¿Ha dado Dios a ciertos hombres la misión de revelar su ley?

«Ciertamente que sí. En todos tiempos ha habido hombres encargados de esa misión. Son Espíritus superiores encarnados con objeto de hacer progresar a la humanidad».

623. Los que han pretendido instruir a los hombres en la ley de Dios ¿no se han equivocado a veces, y no los han extraviado frecuentemente con principios falsos?

«Los que no estaban inspirados por Dios y que por ambición se han atribuido una misión que no tenían, pudieron

ciertamente extraviarlos. No obstante, como en definitiva eran hombres de genio, en medio de los mismos errores que han enseñado, se encuentran con frecuencia grandes verdades».

624. ¿Cuál es el carácter del verdadero profeta?

«El verdadero profeta es un hombre de bien, inspirado por Dios. Puede conocerse por sus palabras y por sus hechos. Dios no puede servirse de los labios del mentiroso para enseñar la verdad».

625. ¿Cuál es el tipo más perfecto que Dios ha ofrecido al hombre, para que le sirviese de guía y de modelo?

«Contemplad a Jesús».

Jesús es para el hombre el ejemplo de la perfección moral a que puede aspirar la humanidad en la Tierra. Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto, y la doctrina que enseñó es la más pura expresión de su ley, porque estaba animado del Espíritu divino, y es el ser más puro que ha venido a la Tierra.

Si algunos de los que han pretendido instruir al hombre en la ley de Dios lo han extraviado a veces con principios falsos, es porque ellos mismos se han dejado dominar por sentimientos demasiado terrestres, y por haber confundido las leyes que rigen las condiciones de la vida del alma con las que rigen la vida del cuerpo. Muchos han dado como leyes divinas las que solo eran leyes humanas, creadas para favorecer las pasiones y dominar a los hombres.

626. Las leyes divinas y naturales ¿solo han sido reveladas a los hombres por Jesús? Y antes de él ¿no las conocieron más que por intuición?

«¿No hemos dicho que están escritas en todas partes? Todos los hombres que han meditado sobre la sabiduría han podido, pues, comprenderlas y enseñarlas desde los más

remotos siglos. Con su enseñanza, aunque incompleta, han preparado el terreno para recibir la semilla. Dado que las leyes divinas están inscritas en el libro de la naturaleza, el hombre ha podido conocerlas, cuando ha querido buscarlas. Por esto, los preceptos que ellas consagran han sido proclamados en todas las épocas por los hombres de bien, y por esto también se encuentran sus elementos en la doctrina moral de todos los pueblos que han salido de la barbarie, aunque incompletos o alterados por la ignorancia y la superstición».

627. Puesto que Jesús enseñó las verdaderas leyes de Dios, ¿cuál es la utilidad de la enseñanza dada por los Espíritus? ¿Tienen algo nuevo que enseñarnos?

«La palabra de Jesús era a veces alegórica y en forma de parábola, porque hablaba con arreglo a los tiempos y lugares. Hoy es preciso que la verdad sea inteligible a todos. Es necesario explicar y desarrollar esas leyes, puesto que hay pocas personas que las comprendan y menos aún que las practiquen. Nuestra misión es la de impresionar los ojos y los oídos para confundir a los orgullosos y desenmascarar a los hipócritas, a los que fingen la apariencia de la virtud y de la religión para encubrir sus vicios. La enseñanza de los Espíritus debe ser clara e inequívoca, a fin de que nadie pueda pretextar ignorancia y de que sea posible a cada uno juzgarla y apreciarla con su propia razón. Estamos encargados de preparar el reino del bien anunciado por Jesús. Por esto no ha de ser lícito que cada cual pueda interpretar la ley de Dios a gusto de sus pasiones, ni falsear el sentido de una ley que es toda amor y caridad».

628. ¿Por qué la verdad no ha sido puesta siempre al alcance de todo el mundo?

«Es preciso que todo llegue a su tiempo. La verdad es como la luz, a la que es necesario acostumbrarse poco a poco, pues de otra manera deslumbra.

»Nunca ha sucedido que Dios permitiera al hombre recibir comunicaciones tan completas e instructivas como las que hoy recibe. Como sabéis, había en los tiempos antiguos algunos individuos que poseían lo que consideraban como una ciencia sagrada, y de la cual hacían un misterio para los que reputaban profanos. Por lo que conocéis de las leyes que rigen esos fenómenos, debéis comprender que no recibían más que algunas verdades diseminadas en medio de un conjunto equívoco y la mayor parte de las veces emblemático. Sin embargo, para el hombre estudioso no hay ningún sistema filosófico antiguo, ninguna tradición, ni ninguna religión que deba despreciarse, porque todo contiene gérmenes de grandes verdades que, aunque parezcan contradictorias entre sí, aunque esparcidas en medio de infundados accesorios, son fáciles de coordinar, gracias a que el espiritismo es la clave de una multitud de cosas que, hasta ahora, pudieron pareceros irracionales, y cuya realidad os es demostrada actualmente de un modo irrecusable. No dejéis, pues, de tomar en esos materiales asuntos de estudio, puesto que son muy abundantes y pueden contribuir notablemente a vuestra instrucción».

El bien y el mal

629. ¿Qué definición puede darse de la moral?

«La moral es la regla para portarse bien, es decir, la distinción entre el bien y el mal. Está fundada en la observancia de la ley de Dios. El hombre se porta bien cuando todo lo hace con miras y para bien de todos, porque entonces observa la ley de Dios».

630. ¿Cómo puede distinguirse el bien del mal?

«El bien es todo lo que está conforme con la ley de Dios, y el mal todo lo que de ella se separa. Así, pues, hacer el bien es conformarse a la ley de Dios. Hacer el mal, es infringir esta ley».

631. ¿Tiene el hombre medios de distinguir, por sí mismo, lo que es bueno de lo que es malo?

«Sí, cuando cree en Dios y quiere saberlo. Dios le ha dado la inteligencia para discernir lo uno de lo otro».

632. El hombre, sujeto al error como está, ¿no puede equivocarse en la apreciación del bien y del mal, y creer que obra bien cuando en realidad obra mal?

«Jesús os lo dijo: mirad lo que quisierais que se os hiciese, o no se os hiciese: todo se reduce a esto. No os equivocareis nunca».

633. La regla del bien y del mal, que podría llamarse de *reciprocidad* o de *solidaridad*, no puede aplicarse a la conducta personal del hombre para consigo mismo. ¿Le sirve la ley natural de regla para esa conducta y de guía seguro?

«Cuando coméis mucho os indigestáis. Pues bien, Dios es quien os da la medida de lo que os es necesario, y cuando la traspasáis, sois castigados. En todo sucede lo mismo. La ley natural traza al hombre el límite de sus necesidades, y cuando lo excede, es castigado con el sufrimiento. Si el hombre escuchase en todo esa voz que le dice *basta*, se evitaría la mayor parte de los males que achaca a la naturaleza».

634. ¿Por qué el mal está en la naturaleza de las cosas? Hablo del mal moral. ¿No podía Dios haber creado a la humanidad en mejores condiciones?

«Ya te lo hemos dicho: los Espíritus fueron creados sencillos e ignorantes (Véase 115). Dios deja al hombre la elección del camino, y tanto peor para él, si toma el malo, pues será más larga su peregrinación. Si no existiesen montes, el hombre no podría comprender que se puede subir y bajar, y si no existiesen rocas, no comprendería que hay cuerpos duros. Es preciso que el Espíritu adquiriera experiencia, y para ello ha de conocer el bien y el mal. De aquí que haya unión entre el Espíritu y el cuerpo». (Véase 119).

635. Las diferentes posiciones sociales crean nuevas necesidades que no son las mismas para todos los hombres. ¿Parece, pues, que la ley natural no es una regla uniforme?

«Las diferentes posiciones son naturales y están conformes con la ley del progreso, lo que no quebranta la unidad de la ley natural, que se aplica a todo».

Las condiciones de la existencia del hombre cambian según los tiempos y los lugares, y resultan de ello necesidades diferentes y posiciones sociales apropiadas a estas necesidades. Puesto que semejante diversidad está en el orden de las cosas, es conforme a la ley de Dios que no deja de ser una en su principio. A la razón toca distinguir las necesidades reales de las ficticias o convencionales.

636. El bien y el mal ¿son absolutos para todos los hombres?

«La ley de Dios es la misma para todos, pero el mal depende especialmente de la voluntad de hacerlo. El bien siempre es bien y el mal es siempre mal, cualquiera que sea la posición del hombre. La diferencia está en el grado de responsabilidad».

637. El salvaje que cede a su instinto y se alimenta de carne humana, ¿es culpable?

«He dicho que el mal depende de la voluntad. Pues bien, el hombre es más culpable, cuanto mejor sabe lo que hace».

Las circunstancias dan al bien y al mal una gravedad relativa. El hombre comete a veces faltas, que no por ser consecuencia de la posición en que le ha colocado la sociedad, son menos reprobables, pero la responsabilidad está en proporción de los medios que tiene de comprender el bien y el mal. Así es que el hombre ilustrado que comete una simple injusticia, es más culpable ante Dios que el salvaje ignorante que se entrega a sus instintos.

638. El mal parece a veces ser una consecuencia de la fuerza de las cosas. Tal sucede, por ejemplo, en ciertos casos cuando es necesaria la destrucción hasta de nuestro prójimo. ¿Puede decirse entonces que hay infracción de la ley de Dios?

«Aunque necesario, no deja de ser un mal. Sin embargo, semejante necesidad desaparece a medida que el alma se purifica pasando de una existencia a otra. Y entonces, el hombre es más culpable, cuando falta, porque comprende mejor».

639. El mal que hacemos ¿no es a menudo resultado de la posición que nos han creado los otros hombres y quienes son, en este caso, los más culpables?

«El mal recae en quien lo causa. Así el hombre que es llevado al mal por la posición que le han creado sus semejantes, es menos culpable que los que lo han causado. Porque cada uno sufrirá la pena no solo del mal que haya hecho, sino también del que haya provocado».

640. El que no hace el mal, pero que se aprovecha del que otro ha hecho, ¿es culpable en el mismo grado?

«Es como si lo cometiera, porque el que se aprovecha participa de él. Quizá hubiese retrocedido ante la ejecución, pero, si encontrándola realizada, la aprovecha, es porque la aprueba y porque hubiese hecho otro tanto, si hubiese podido, *o si se hubiese atrevido*».

641. El deseo del mal ¿es tan reprobable como el mal mismo?

«Según. Hay virtud en resistir voluntariamente al mal cuyo deseo se siente, sobre todo cuando se tiene posibilidad de realizarlo. Si solo se deja de hacer por falta de ocasión, se es culpable».

642. ¿Basta no hacer mal para ser grato a Dios y asegurar su posición futura?

«No, es preciso hacer el bien según la posibilidad de las propias fuerzas, porque cada uno responderá de todo el mal que se haya hecho *a causa del bien que no haya hecho*».

643. ¿Hay personas que por su posición no tengan posibilidad de hacer el bien?

«No hay nadie que no pueda hacer el bien. Solo el egoísta carece siempre de ocasión. Basta estar en relación con otros hombres para tener ocasión de hacer el bien, y cada día de la vida ofrece la posibilidad a todo el que no esté cegado por el egoísmo. Porque hacer el bien no consiste únicamente en ser caritativo, sino en ser útil con arreglo a vuestras posibilidades, siempre que vuestro socorro pueda ser necesario».

644. El medio en que se encuentran ciertos hombres ¿no es para ellos el origen principal de muchos vicios y crímenes?

«Sí, pero también esta es una prueba escogida por el Espíritu en estado de libertad, quien ha querido exponerse a la tentación para adquirir mérito resistiéndola».

645. Cuando el hombre está en cierto modo sumergido en la atmósfera del vicio, ¿no viene a ser el mal para él una atracción casi irresistible?

«Atracción, sí; irresistible, no. Porque en medio de esa atmósfera de vicio encuentras a veces grandes virtudes. Estos son Espíritus que han tenido fuerzas para resistir, y que al mismo tiempo han tenido la misión de ejercer una buena influencia en sus semejantes».

646. El mérito del bien que se hace ¿está subordinado a ciertas condiciones? O de otro modo, ¿hay diferentes grados en el mérito del bien?

«El mérito del bien está en la dificultad. No lo hay en hacerlo sin esfuerzo y cuando nada cuesta. Dios atiende más al pobre que parte su único pedazo de pan, que no al rico que solo da lo superfluo. Jesús lo dijo con motivo del donativo de la viuda»³⁷.

División de la ley natural

647. Toda la ley de Dios ¿está contenida en la máxima del amor al prójimo enseñada por Jesús?

«Ciertamente que esta máxima contiene todos los deberes de los hombres entre sí, pero es preciso enseñarles la aplicación, pues de otro modo la descuidarían como hoy lo hacen. Además, la ley natural comprende todas las circunstancias de la vida, y esta máxima no es más que una parte. Son necesarias al hombre reglas precisas, pues los

³⁷ San Marcos 12:41-44. San Lucas 21:1-4.

preceptos generales y muy vagos dejan demasiadas puertas abiertas a la interpretación».

648. ¿Qué pensáis de la división de la ley natural en diez partes, que comprenden las leyes de *adoración, trabajo, reproducción, conservación, destrucción, sociedad, progreso, igualdad, libertad*, y por último, *ley de justicia, amor y caridad*?

«Esta división de la ley de Dios en diez partes es la de Moisés, y puede abarcar todas las circunstancias de la vida, lo cual es esencial. Puedes, pues, adoptarla, sin que por ello tenga nada de absoluto, lo mismo que todos los otros sistemas de clasificación, que dependen del aspecto bajo el cual se considera una cosa. La última ley es la más importante, y por su medio es como más puede adelantar el hombre en la vida espiritual, porque las resume todas».

CAPÍTULO II

I. LEY DE ADORACIÓN

1. OBJETO DE LA ADORACIÓN. 2. ADORACIÓN EXTERIOR. 3. VIDA CONTEMPLATIVA. 4. SOBRE LA ORACIÓN. 5. POLITEÍSMO. 6. SACRIFICIOS.

Objeto de la adoración

649. ¿En qué consiste la adoración?

«Es la elevación del pensamiento hacia Dios. Por medio de la adoración se aproxima el alma a Él».

650. La adoración ¿es resultado de un sentimiento innato, o producto de una enseñanza?

«Sentimiento innato, como el de la Divinidad. La conciencia de la propia debilidad induce al hombre a inclinarse ante aquel que puede protegerlo».

651. ¿Ha habido pueblos desprovistos de todo sentimiento de adoración?

«No, porque nunca ha habido pueblos ateos. Todos comprenden que hay por encima de ellos un Ser supremo».

652. ¿Puede considerarse que la adoración tiene su origen en la ley natural?

«Está en la ley natural, puesto que es resultado de un sentimiento innato en el hombre, y por esto se la encuentra en todos los pueblos, aunque bajo diferentes formas».

Adoración externa

653. ¿Necesita la adoración de manifestaciones externas?

«La verdadera adoración reside en el corazón. Siempre que hagáis algo, pensad que el Señor os está mirando».

— La adoración externa ¿es útil?

«Sí, cuando no es un vano simulacro. Siempre es útil dar buenos ejemplos. No obstante, los que solo lo hacen por afectación y amor propio y cuya conducta desmiente la piedad aparente, dan más mal ejemplo que bueno, y causan más mal del que creen».

654. ¿Da preferencia Dios a los que le adoran de tal o cual manera?

«Dios prefiere a los que le adoran desde lo íntimo del corazón con sinceridad, haciendo el bien y evitando el mal, a aquellos que creen honrarle con ceremonias que no les hacen mejores para con sus semejantes.

»Todos los hombres son hermanos e hijos de Dios. Él llama a sí a todos los que siguen sus leyes, cualquiera que sea la forma con que las expresen.

»El que solo tiene apariencias de piedad es un hipócrita. Aquel cuya adoración no pasa de ser afectada y está en contradicción con su conducta, da mal ejemplo.

»El que hace profesión de adorar a Cristo y es orgulloso, envidioso, celoso, duro o implacable para con los otros o ambicioso de los bienes de este mundo, os lo aseguro, es religioso de boca y no de corazón. Dios que todo lo ve dirá: el que conoce la verdad es cien veces más culpable del mal que hace que el salvaje ignorante del desierto, y será castigado con arreglo a este principio el día del juicio. Si al

pasar un ciego tropieza con vosotros, le disculpáis, pero si es un hombre que ve bien, os quejaréis y con razón.

»No preguntéis, pues, si existe una forma de adoración más conveniente que otra, porque es lo mismo que preguntar si es más grato a Dios que se le adore en un idioma antes que en otro. Vuelvo a deciros, que solo por la puerta del corazón se elevan hasta él los cánticos».

655. ¿Es censurable practicar una religión en la que no se cree desde el fondo del alma, cuando se hace por respeto humano y para no escandalizar a los que piensan de distinto modo?

«En esta como en otras muchas cosas, la regla es la intención. El que no tiene otra mira que respetar las creencias ajenas, no hace mal, procede mejor que el que las ridiculizase, porque no sería caritativo. Sin embargo, el que practica una religión por interés y ambición, es despreciable a la vista de Dios y de los hombres. No pueden ser gratos a Dios aquellos que solo aparentan humillarse ante Él para captar la aprobación de los hombres».

656. La adoración en común ¿es preferible a la individual?

«Los hombres reunidos por una comunión de pensamientos y sentimientos tienen más fuerza para atraerse a los Espíritus buenos. Lo mismo sucede cuando se reúnen para adorar a Dios. Mas no creáis por esto que sea menos buena la adoración particular, puesto que cada uno puede adorar a Dios pensando en Él».

Vida contemplativa

657. Los hombres que se entregan a la vida contemplativa, sin hacer mal alguno y solo pensando en Dios, ¿son meritorios a sus ojos?

«No, porque si no hacen mal, tampoco hacen bien y son inútiles. Por otra parte, dejar de hacer el bien es ya un mal. Dios quiere que se piense en él, pero no quiere que solo en él se piense, porque ha señalado al hombre deberes que cumplir en la Tierra. El que se consume en la meditación y en la contemplación, nada meritorio hace para Dios, porque su vida es completamente personal e inútil a la humanidad, y Dios le pedirá cuentas del bien que no haya hecho». (Véase 640)

Sobre la oración

658. La oración ¿es agradable a Dios?

«La oración siempre es agradable a Dios cuando la dicta el corazón, porque todo para él se reduce a la intención, y la oración que sale del corazón es preferible a la que puede leerse, por bella que sea, si se lee más con los labios que con el pensamiento. La oración es agradable a Dios cuando es hecha con fe, fervor y sinceridad. Pero no creas que le conmueve la del hombre vano, orgulloso y egoísta, a menos que no constituya un acto de sincero arrepentimiento y de verdadera humildad».

659. ¿Cuál es el carácter general de la oración?

«La oración es un acto de adoración. Rogar a Dios es pensar en Él, acercarse a Él, ponerse en comunicación con Él. Tres cosas puede uno proponerse en la oración: alabar, pedir y dar gracias».

660. La oración ¿hace mejor al hombre?

«Sí, porque el que ora con fervor y confianza es más fuerte contra las tentaciones del mal, y Dios le envía buenos Espíritus para que le asistan. La oración es un auxilio que nunca se niega, cuando es pedido con sinceridad».

— ¿A qué se debe que ciertas personas que oran mucho tienen, sin embargo, muy mal carácter, son celosas, envidiosas, desabridas, carecen de benevolencia, de indulgencia y a veces hasta llegan a ser viciosas?

«Lo esencial no es orar mucho, sino orar bien. Esas personas creen que todo el mérito está en la extensión de la oración, y cierran los ojos a sus propios defectos. La oración es para ellas una ocupación, un empleo de tiempo, pero no *un estudio de sí mismas*. Lo ineficaz no es el remedio, sino el modo de emplearlo».

661. ¿Podemos orar con provecho a Dios que nos perdone nuestras faltas?

«Dios sabe discernir el bien del mal. La oración no encubre las faltas. El que pide a Dios el perdón de las faltas que ha cometido, no lo obtiene sino cambiando de conducta. Las buenas acciones son la mejor oración, porque valen más los actos que las palabras».

662. ¿Podemos orar con provecho por otro?

«El Espíritu del que ora obra en virtud de la voluntad de hacer el bien. Por medio de la oración atrae a los Espíritus buenos que se asocian al bien que quiere hacer».

Poseemos en nosotros mismos, por medio del pensamiento y de la voluntad, una potencia de acción que se extiende mucho más allá de los límites de nuestra esfera corporal. La oración hecha para otro es un acto de esa voluntad. Si es ardiente y sincera, puede atraer a los Espíritus buenos en ayuda de aquel, a fin de sugerirle buenos pensamientos y darle la fuerza del cuerpo y del alma que necesita. Pero también, en este caso, la única valedera es la oración del corazón, no significando nada la de los labios.

663. Las oraciones que hacemos por nosotros mismos ¿pueden cambiar la naturaleza de nuestras pruebas y su curso?

«Vuestras pruebas están en manos de Dios y las hay que deben ser sufridas hasta lo último, pero entonces Dios toma siempre en cuenta la resignación. La oración os atrae a los Espíritus buenos que os dan fuerzas para soportar dichas pruebas con valor, y os parecen menos duras. Lo hemos dicho, nunca es inútil la oración cuando se hace bien, porque da fuerzas, lo cual es de por sí un gran resultado. Ya lo sabes, ayúdate y el Cielo te ayudará. Por otra parte, Dios no puede cambiar el orden de la naturaleza a gusto de cada uno, porque lo que es un gran mal desde vuestro punto de vista mezquino y desde vuestra efímera vida, es con frecuencia un gran bien en el orden general del universo. Y además ¡cuántos males no hay cuyo autor es el mismo hombre por causa de su imprevisión o de sus faltas! El hombre es así castigado por donde él mismo ha pecado. Sin embargo, las peticiones justas son más escuchadas de lo que creéis. Os figuráis que Dios no os ha oído, porque no os ha regalado un milagro, mientras él os asiste por medios de tal modo naturales, que os parecen resultado de la casualidad o de la fuerza de las cosas, y a menudo también, y es lo más frecuente, os sugiere aquel pensamiento que necesitáis para salir por vosotros mismos del aprieto».

664. ¿Es útil orar por los muertos y por los Espíritus que sufren? Y en caso afirmativo, ¿cómo pueden aliviarlos nuestras oraciones y abreviar sus padecimientos? ¿Tienen la fuerza para hacer que se desvíe la justicia de Dios?

«La oración no puede producir el efecto de cambiar los designios de Dios. Mas el alma por la cual se ora, experimenta alivio, porque la oración es una prueba de interés que se le da, y el desgraciado se siente aliviado siempre que

encuentra almas caritativas que compadecen sus dolores. Por otra parte, por medio de la oración se le excita al arrepentimiento y al deseo de hacer aquello que es necesario para ser feliz. En este sentido es como puede abreviarse su pena, si por su parte secunda con su buena voluntad. El deseo de mejorarse, estimulado por la oración, atrae al Espíritu que sufre, Espíritus mejores que vienen a ilustrarle, a consolarle y a darle esperanza. Jesús oraba por las ovejas descarriadas. Os enseña de este modo que seríais culpables, si no oraseis por aquellos que más lo necesitan».

665. ¿Qué pensar de la opinión que rechaza la oración por los muertos, porque no está prescrita en el Evangelio?

«Cristo dijo a los hombres: *Amaos los unos a los otros*³⁸, recomendación que envuelve la de emplear todos los medios posibles de demostrarles afecto, sin descender a los pormenores para el logro de semejante objetivo. Si bien es cierto que nada puede apartar al Creador de aplicar la justicia, cuyo ejemplo es Él mismo, a todas las acciones del Espíritu, no lo es menos que la oración que le dirigís por aquel que os inspira afecto, es para este una prueba de que le recordáis, la cual no puede menos que aliviar sus sufrimientos y consolarle. Desde el momento en que da señales del más leve arrepentimiento, y *solamente* entonces, es socorrido. No obstante, nunca se le hace ignorar que un alma simpática se ha ocupado de él, y se le concede el grato pensamiento de que aquella intercesión le ha sido útil. Resulta necesariamente un sentimiento de gratitud y de afecto hacia el que le ha dado la prueba de simpatía o de piedad. Por consiguiente, el amor recomendado por Cristo a los hombres se ha acrecentado entre ellos. Ambos han

³⁸ San Juan 13:34.

obedecido a la ley de amor y de unión entre todos los seres, ley divina que ha de producir la unidad, objeto y fin del Espíritu». ³⁹

666. ¿Podemos orar a los Espíritus?

«Podemos orar a los Espíritus buenos porque son mensajeros de Dios y ejecutores de su voluntad. Con todo, su poder está en proporción de su superioridad y depende siempre del Señor de todas las cosas, sin cuyo permiso nada se hace. Por esto, las oraciones que se les dirigen son eficaces únicamente cuando merecen la aprobación de Dios».

Politeísmo

667. ¿Por qué el politeísmo es una de las creencias más antiguas y más difundidas, siendo falsa?

«El hombre no podía concebir el pensamiento de un Dios único sino a consecuencia del desarrollo de sus ideas. Incapaz en su ignorancia de concebir un ser inmaterial, sin forma determinada y obrando en la materia, le había dado los atributos de la naturaleza, corporal, es decir, una forma y una figura, y desde entonces todo lo que le parecía que traspasaba las proporciones de la inteligencia vulgar, era para él una divinidad. Todo lo que no comprendía debía ser obra de un poder sobrenatural, y de esto a creer en tantos poderes distintos como efectos veía, no había más que un paso. Pero en todos tiempos ha habido hombres ilustrados que han comprendido la imposibilidad de esa multitud de poderes para el gobierno del mundo sin una dirección

³⁹ Respuesta dada por el Espíritu del señor Monod, pastor protestante de París, muerto en abril de 1856. La respuesta precedente, número 664, es del Espíritu de S. Luis. (N. de A. K.)

superior, y se han elevado al pensamiento de un Dios único».

668. Dado que los fenómenos espíritas se han producido en todos los tiempos y han sido conocidos desde las primeras edades del mundo, ¿no han podido hacer creer en la pluralidad de dioses?

«Indudablemente, porque como los hombres llamaban *dios* a todo lo que era sobrehumano, los Espíritus eran dioses para ellos, y por esto cuando un hombre se distinguía por su acción, de todos los otros, por su genio, o por un poder oculto incomprendible para el vulgo, se le hacía un dios y se le tributaba culto después de muerto». (Véase 603)

La palabra *dios* tenía entre los antiguos una acepción muy amplia. No era, como en nuestros días, una personificación del autor de la naturaleza, sino una calificación genérica dada a todo ser que estuviese fuera de las condiciones de la humanidad. Ahora bien, habiéndoles revelado las manifestaciones espíritas la existencia de seres incorpóreos que obraban como fuerzas de la naturaleza, los llamaron dioses, así como nosotros los llamamos Espíritus. Es una simple cuestión de palabras, aunque con la diferencia de que en su ignorancia, sostenida expresamente por los que tenían interés en ello, les elevaban templos y altares muy lucrativos, mientras que para nosotros no son más que simples criaturas más o menos perfectas, despojadas de su envoltura terrestre. Si se estudian con atención los diversos atributos de las divinidades paganas, sin trabajo se reconocerán en ellos todos los de los Espíritus que ocupan los grados de la escala espírita, su estado físico en los mundos superiores, todas las propiedades del periespíritu y la parte que toman en las cosas de la Tierra.

El cristianismo, al derramar sobre el mundo su divina luz, no pudo destruir una cosa que está en la naturaleza, pero hizo

que se dirigiese la adoración a aquel a quien pertenece. Respecto a los Espíritus, su recuerdo se ha perpetuado bajo diferentes nombres, según los pueblos, y sus manifestaciones, que jamás han faltado, han sido diversamente interpretadas y explotadas con frecuencia bajo el prestigio de lo misterioso. Mientras que la religión ha visto en ellas fenómenos milagrosos, los incrédulos han visto supercherías. Hoy, gracias a un estudio más serio, hecho públicamente, el espiritismo, despojado de las ideas supersticiosas que lo oscurecieron durante siglos, nos revela uno de los más grandes y sublimes principios de la naturaleza.

Sacrificios

669. El uso de los sacrificios humanos data de la más remota antigüedad. ¿Cómo pudo el hombre ser inducido a creer que semejantes cosas pudiesen ser gratas a Dios?

«Ante todo, porque no comprendía a Dios como origen de toda bondad. En los pueblos primitivos la materia se sobrepone al Espíritu. Se entregan a los instintos del animal, y de aquí que sean generalmente crueles, porque aún no se ha desarrollado en ellos el sentido moral. Además, los hombres primitivos debían creer naturalmente que una criatura animada tenía mucho más valor ante Dios que un cuerpo material. Esto fue lo que les indujo a inmolar en un principio animales y más tarde hombres, puesto que, siguiendo su falsa creencia, creían que el valor del sacrificio estaba en relación con la importancia de la víctima. En la vida material, tal como la practicáis la mayor parte, si hacéis un regalo a alguien, lo elegís siempre de tanto más valor cuanto más simpatía y consideración queréis demostrar a esa persona. Lo mismo, con respecto a Dios, hacían los hombres ignorantes».

— **¿De modo que los sacrificios de animales precedieron a los humanos?**

«No hay duda de ello».

— **Según esta explicación, los sacrificios humanos ¿no tienen su origen en un sentimiento de crueldad?**

«No, sino en una idea falsa de agradar a Dios. Contemplad a Abraham. Con el tiempo los hombres abusaron inmolando a sus enemigos, hasta a sus enemigos particulares. Por lo demás, Dios nunca ha exigido sacrificios, ni de animales ni de hombres, y no puede honrarsele con la destrucción inútil de su propia criatura».

670. Los sacrificios humanos llevados a cabo con intención piadosa ¿han podido a veces ser agradables a Dios?

«No, nunca, pero Dios juzga la intención. Siendo ignorantes, los hombres podían creer que hacían un acto laudable inmolando a uno de sus semejantes, y en este caso Dios no se fijaba más que en el pensamiento y no en el hecho. Al mejorar, los hombres debían reconocer su error y reprobar esos sacrificios que no habían de formar parte de las ideas de las inteligencias ilustradas. Y digo ilustradas, porque las inteligencias estaban envueltas entonces en el velo material, pero por medio del libre albedrío podían tener una noción de su origen y de su fin, y muchos comprendían ya por intuición el mal que hacían, pero, por satisfacer sus pasiones, no dejaban de hacerlo».

671. ¿Qué hemos de pensar de las llamadas *guerras santas*? El sentimiento que induce a los pueblos fanáticos a exterminar a la mayor cantidad de los que no participan de sus creencias, con miras a ser agradables a Dios, parece que tiene el mismo origen que el que en otros tiempos les incitaba al sacrificio de sus semejantes.

«Son impelidos por los Espíritus malos, y al hacer la guerra a sus semejantes, se oponen a la voluntad de Dios, que dice, que debe amarse al hermano como a sí mismo. Todas las religiones, o mejor todos los pueblos, adoran a un mismo Dios, ya sea con este o con aquel nombre, ¿y por qué, pues, hacerles una guerra de exterminio, solo porque su religión es diferente o no ha llegado al progreso de la de los pueblos civilizados? Los pueblos son excusables de que no creen la palabra de aquel que estaba animado del Espíritu de Dios y fue por él enviado, sobre todo los que no lo vieron, ni fueron testigos de sus actos, ¿y cómo creéis que crean esa palabra de paz, cuando se la lleváis espada en mano? Deben ilustrarse, y nosotros debemos procurar hacerles conocer la doctrina de aquel por medio de la persuasión y la dulzura, y no por medio de la fuerza y de la sangre. La mayor parte de vosotros no creéis en las comunicaciones que tenemos con ciertos mortales, ¿cómo queréis pues que los extraños crean vuestras palabras, cuando vuestros actos desmienten la doctrina que predicáis?»

672. La ofrenda de frutos de la tierra hecha a Dios ¿era más meritoria a sus ojos que los sacrificios de animales?

«Ya os he respondido diciéndoos que Dios juzgaba la intención, y que el hecho tenía poca importancia para Él. Evidentemente le era más agradable ver que le ofrecían los frutos de la tierra en vez de la sangre de las víctimas. Como os hemos dicho, y siempre os repetimos, la oración que sale de lo íntimo del corazón es cien veces más grata a Dios que todas las ofrendas que podéis hacerle. Repito que todo lo es la intención y nada la forma».

673. ¿No sería un medio de hacer esas ofrendas más agradables a Dios consagrándolas al alivio de los que carecen de lo necesario? Y en este caso, el sacrificio de animales, hecho

con un fin útil, ¿no sería meritorio, mientras que era abusivo cuando para nada servía, o solo era provechoso a personas a quienes nada hacía falta? ¿No habría algo de piadoso verdaderamente en consagrar a los pobres las primicias de los bienes que Dios nos concede en la Tierra?

«Dios bendice siempre a los que hacen bien, y el mejor medio de honrarle es el de aliviar a los pobres y afligidos. No quiero decir con esto que Dios desaprobe las ceremonias que hacéis para suplicarle, pero hay mucho dinero que podría emplearse con más utilidad de lo que se emplea. Dios aprecia la sencillez en todo. El hombre que se apega a las exterioridades y no al Espíritu es una inteligencia de mezquinas aspiraciones. Juzgad, pues, si Dios ha de fijarse más en la forma que en el fondo».

CAPÍTULO III

II. LEY DEL TRABAJO

1. NECESIDAD DEL TRABAJO. 2. LÍMITE DEL TRABAJO. DESCANSO.

Necesidad del trabajo

674. La necesidad del trabajo ¿es una ley de la naturaleza?

«El trabajo es una ley natural, por lo mismo que es una necesidad, y la civilización obliga al hombre a mayor trabajo, porque aumenta sus necesidades y sus goces».

675. ¿Solo debemos entender por trabajo las ocupaciones materiales?

«No, el Espíritu trabaja como el cuerpo. Toda ocupación útil es trabajo».

676. ¿Por qué el trabajo es impuesto al hombre?

«Es consecuencia de su naturaleza corporal, una expiación y al mismo tiempo un medio de perfeccionar su inteligencia. Sin el trabajo, el hombre no saldría de la infancia de la inteligencia y por esto solo a su trabajo y actividad debe su subsistencia, su seguridad y su bienestar. Al que es débil de cuerpo Dios le da, en cambio, la inteligencia, pero siempre es trabajo».

677. ¿Por qué la naturaleza provee por sí misma a todas las necesidades de los animales?

«Todo trabaja en la naturaleza. Los animales trabajan como tú, pero su trabajo, como su inteligencia, está limitado a las atenciones de su conservación. He aquí por qué

no es progresivo en ellos, mientras que en el hombre tiene un doble objeto: la conservación del cuerpo y el desarrollo del pensamiento, que también es una necesidad y que lo eleva por encima de sí mismo. Cuando digo que el trabajo de los animales está limitado a las atenciones de su conservación, entiendo hablar del objetivo que se proponen al trabajar. Pero son ellos, sin saberlo, y al mismo tiempo que proveen a sus necesidades materiales, agentes que secundan las miras del Creador. Y su trabajo no deja de concurrir al objeto final de la naturaleza, aunque, con mucha frecuencia, no descubráis vosotros el resultado inmediato».

678. En los mundos más perfeccionados ¿el hombre está sometido a la misma necesidad del trabajo?

«La naturaleza del trabajo es relativa a la de las necesidades. Cuanto menos materiales son las necesidades, menos material es el trabajo. No creas, sin embargo, que el hombre permanezca inactivo e inútil, pues la ociosidad sería un suplicio en vez de ser un beneficio».

679. El hombre que posee bienes suficientes para asegurarse la existencia, ¿está libre de la ley del trabajo?

«Del trabajo material quizá, pero no de la obligación de hacerse útil según sus medios, de perfeccionar su inteligencia o la de los otros, lo que también es trabajo. Si el hombre a quien Dios ha confiado bienes suficientes para asegurarse la existencia, no está obligado a mantenerse con el sudor de su frente, la obligación de ser útil a sus semejantes es tanto mayor para él cuanto que la parte que anticipadamente le ha sido asignada le concede más desahogo para hacer el bien».

680. ¿No hay hombres ineptos para toda clase de trabajo y cuya existencia es inútil?

«Dios es justo. No condena más que a aquel cuya existencia es voluntariamente inútil, porque este vive a expensas del trabajo ajeno. Quiere que cada uno se haga útil según sus facultades». (Véase 643)

681. La ley natural ¿impone a los hijos la obligación de trabajar por sus padres?

«Ciertamente, como los padres deben trabajar por sus hijos. Por esto Dios ha hecho del amor filial y del paternal un sentimiento natural, con el fin de que por medio de este afecto recíproco los miembros de una misma familia, fuesen inducidos a ayudarse mutuamente. Es lo que se olvida con frecuencia en vuestra sociedad actual». (Véase 205)

Límite del trabajo. Descanso

682. Siendo natural el descanso después del trabajo, ¿no es una ley natural?

«Sin duda, el descanso sirve para reparar las fuerzas del cuerpo, y es necesario también para dejar un poco de libertad a la inteligencia con el fin de que se eleve por encima de la materia».

683. ¿Cuál es el límite del trabajo?

«El límite de las fuerzas. Por lo demás, Dios deja al hombre en libertad».

684. ¿Qué debemos pensar de los que abusan de su autoridad para imponer a los inferiores un trabajo excesivo?

«Es una de las acciones más malas. Todo hombre que tiene mando es responsable del exceso del trabajo que impone a sus inferiores, porque viola la ley de Dios». (Véase 273)

685. ¿Tiene el hombre derecho al descanso en la vejez?

«Sí, pues solo está obligado según sus fuerzas».

— Pero ¿qué recurso tiene el anciano que ha de trabajar para vivir y no puede hacerlo?

«El fuerte ha de trabajar por el débil. A falta de una familia, la sociedad ha de hacer sus veces. Esta es la ley de caridad».

No basta decir al hombre que ha de trabajar, sino que también es preciso que aquel cuya existencia dependa de su trabajo encuentre ocupación, lo cual no sucede siempre. Cuando la falta del trabajo se generaliza, toma las proporciones de una calamidad como la miseria. La ciencia económica busca el remedio en el equilibrio de la producción y el consumo, pero este equilibrio, suponiendo que sea posible, tendrá siempre intermitencias, durante cuyos intervalos el obrero no deja de tener necesidad de vivir. Hay un elemento con el cual no se ha contado bastante, y sin él la ciencia económica no pasa de ser una teoría. Este elemento es *la educación*, no la intelectual, sino la moral, y tampoco la educación moral que enseñan los libros, sino la que consiste en *el arte de formar los caracteres*, la educación que *genera costumbres*, porque la educación es el conjunto de costumbres adquiridas. Cuando se piensa en la masa de individuos lanzados diariamente al torrente de la población, sin freno y sin principios y entregados a sus propios instintos, ¿hay que admirarse de sus desastrosas consecuencias? Cuando se conozca, comprenda y practique este arte, el hombre llevará a la sociedad costumbres de *orden y de previsión* para sí y los suyos, *de respeto hacia lo respetable*, costumbres que le permitirán pasar menos penosamente los malos días inevitables. El desorden y la imprevisión son dos plagas que solo una educación *bien entendida* puede curar. Este es el punto de partida, el elemento real del bienestar, la garantía de seguridad para *todos*.

CAPÍTULO IV

III. LEY DE REPRODUCCIÓN

1. POBLACIÓN DEL GLOBO. 2. SUCESIÓN Y PERFECCIONAMIENTO DE LAS RAZAS.
3. OBSTÁCULOS A LA REPRODUCCIÓN. 4. MATRIMONIO Y CELIBATO.
5. POLIGAMIA.

Población del globo

686. La reproducción de los seres vivos ¿es una ley natural?

«Es evidente, pues sin la reproducción perecería el mundo corporal».

687. Si la población sigue siempre la progresión creciente que se observa, ¿llegará un día en que sea excesiva en la Tierra?

«No. Dios provee siempre a ello y mantiene el equilibrio. Nada hace inútil. El hombre que solo ve un retazo del cuadro de la naturaleza, no puede apreciar la armonía del conjunto».

Sucesión y perfeccionamiento de las razas

688. En la actualidad hay razas humanas que disminuyen de forma evidente, ¿llegará un día en que desaparezcan de la Tierra?

«Cierto, pero otras han ocupado su puesto, como otras ocuparán el vuestro algún día».

689. Los hombres actuales ¿son de nueva creación, o los descendientes perfeccionados de los seres primitivos?

«Son los mismos Espíritus que han *vuelto* para perfeccionarse en cuerpos nuevos, pero que están lejos aún de la perfección. De este modo la raza humana actual, que con su aumento tiende a invadir toda la Tierra y a reemplazar a las razas que desaparecen, tendrá su período de decrecimiento y desaparición. Otras razas más perfeccionadas la reemplazarán, razas descendientes de la actual, como los hombres civilizados de hoy descienden de los seres rudos y salvajes de los tiempos primitivos».

690. Bajo el aspecto puramente físico, ¿son los cuerpos de la raza actual una creación especial o proceden de los primitivos por vía de la reproducción?

«El origen de las razas se pierde en la oscuridad de los tiempos, pero como todas ellas pertenecen a la gran familia humana, cualquiera que sea el origen primitivo de cada una, han podido cruzarse y producir nuevos tipos».

691. ¿Cuál es, desde el punto de vista físico, el carácter distintivo y dominante de las razas primitivas?

«Desarrollo de la fuerza bruta a expensas de la intelectual. Hoy sucede lo contrario: el hombre hace más con la inteligencia que con la fuerza del cuerpo. Y sin embargo hace cien veces más, porque ha aprovechado las fuerzas de la naturaleza, lo que no hacen los animales».

692. El perfeccionamiento de las razas animales y vegetales por medio de la ciencia, ¿es contraria a la ley natural? ¿Sería más conforme a esta ley dejar seguir a las cosas su curso normal?

«Todo debe hacerse para llegar a la perfección, y el mismo hombre es un instrumento de que se sirve Dios para lograr sus fines. Puesto que la perfección es el objeto a que tiende

la naturaleza, se responde a sus miras cuando se favorece esa perfección».

- Pero generalmente el hombre no se esfuerza en el mejoramiento de las razas sino por un sentimiento personal, y no tiene otro objeto que el aumento de sus goces, ¿no disminuye esto su mérito?

«¿Qué importa que sea nulo su mérito, siempre que se realice el progreso? A él le toca hacer meritorio su trabajo por medio de la intención. Por otra parte, con semejante trabajo ejerce y desarrolla su inteligencia, y en este concepto es en el que sale más beneficiado».

Obstáculos a la reproducción

693. Las leyes y las costumbres que tienen por objeto o producen el efecto de crear obstáculos a la reproducción ¿son contrarias a la ley natural?

«Todo lo que entorpece a la naturaleza en su marcha es contrario a la ley general».

- No obstante, hay especies de seres vivos, animales y plantas, cuya reproducción indefinida sería perjudicial a otras especies, y de las cuales sería víctima el mismo hombre en poco tiempo. ¿Comete él un acto reprobable conteniendo esa reproducción?

«Dios ha dado al hombre sobre todos los seres vivos un poder, que debe usar para el bien, pero no abusar. Puede reglamentar la reproducción según las necesidades, mas no debe entorpecerla sin necesidad. La acción inteligente del hombre es un contrapeso establecido por Dios a fin de equilibrar las fuerzas de la naturaleza, y esto también le distingue de los animales, porque lo hace con conocimiento de causa. No obstante, los mismos animales concurren a

este equilibrio, porque el instinto de destrucción que les ha sido dado hace que, al mismo tiempo que atienden a su propia conservación, contienen el desarrollo excesivo, y acaso peligroso, de las especies animales y vegetales de que se alimentan».

694. ¿Qué debemos pensar de los procedimientos que tienen por efecto contener la reproducción con miras a satisfacer la sensualidad?

«Prueban el predominio del cuerpo sobre el alma y lo material que es el hombre».

Matrimonio y celibato

695. El matrimonio, es decir, la unión permanente de dos seres ¿es contrario a la ley natural?

«Es un progreso en la marcha de la humanidad».

696. ¿Qué efecto produciría en la sociedad humana la abolición del matrimonio?

«El regreso a la vida de los animales».

La unión libre y fortuita de los sexos es el estado natural. El matrimonio es uno de los primeros actos de progreso en las sociedades humanas, porque establece la solidaridad fraternal y se halla en todos los pueblos, aunque en diversas condiciones. La abolición del matrimonio sería, pues, el regreso a la infancia de la humanidad, y haría al hombre inferior hasta a ciertos animales que le dan ejemplo de uniones constantes.

697. La indisolubilidad absoluta del matrimonio, ¿está en la ley natural o únicamente en la ley humana?

«Es una ley humana muy contraria a la ley natural, pero los hombres pueden cambiar sus leyes. Solo las naturales son inmutables».

698. El celibato voluntario ¿es un estado de perfección meritorio ante Dios?

«No, y los que viven así por egoísmo desagradan a Dios y engañan a todo el mundo».

699. Respecto a algunas personas ¿no es el celibato un sacrificio con el fin de consagrarse más completamente al servicio de la humanidad?

«Esto es muy diferente. Yo he dicho por egoísmo. Todo sacrificio personal es meritorio cuando es por bien, y cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito».

Dios no puede contradecirse ni encontrar malo lo que Él ha hecho. No puede, pues, ver un mérito en la violación de su ley, pero si el celibato no es por sí mismo un estado meritorio, no sucede lo mismo cuando constituye, por renuncia de los goces de la familia, un sacrificio hecho en provecho de la humanidad. Todo sacrificio personal con miras al bien, *y sin segunda intención de egoísmo*, eleva al hombre por encima de su condición material.

Poligamia

700. La igualdad numérica que existe aproximadamente entre los sexos ¿es un indicio de la proporción en que han de unirse?

«Sí, porque todo tiene un objeto en la naturaleza».

701. Entre la poligamia y la monogamia, ¿cuál está más conforme con la ley natural?

«La poligamia es una ley humana cuya abolición señala un progreso social. El matrimonio, según las miras de Dios, debe estar fundado en el afecto de los seres que se unen. En la poligamia no hay afecto real, sino sensualidad».

Si la poligamia fuera conforme a la ley natural, debería poder ser universal, lo que sería materialmente imposible, vista la igualdad numérica de los sexos.

La poligamia debe ser considerada como un uso, o una legislación particular apropiada a ciertas costumbres, y que el perfeccionamiento social va haciendo desaparecer poco a poco.

CAPÍTULO V

IV. LEY DE CONSERVACIÓN

1. INSTINTO DE CONSERVACIÓN. 2. MEDIOS DE CONSERVACIÓN. 3. GOCE DE LOS BIENES DE LA TIERRA. 4. LO NECESARIO Y LO SUPERFLUO. 5. PRIVACIONES VOLUNTARIAS. MORTIFICACIONES.

Instinto de conservación

702. El instinto de conservación ¿es una ley natural?

«Sin duda. Ha sido dado a todos los seres vivos, cualquiera que sea su grado de inteligencia. En unos es puramente mecánico y en otros racional».

703. ¿Con qué objeto ha dado Dios a todos los seres vivos el instinto de conservación?

«Porque todos deben concurrir a las miras de la Providencia. Por esto Dios les ha dado la necesidad de vivir. Y además, la vida es necesaria al perfeccionamiento de los seres, que lo sienten instintivamente sin darse cuenta de ello».

Medios de conservación

704. Al dar Dios al hombre la necesidad de vivir ¿le ha proporcionado siempre los medios?

«Sí, y si no los encuentra, es porque no los comprende. Dios no ha podido dar al hombre la necesidad de vivir sin proporcionarle los medios, y por esto hace producir a la tierra lo que es necesario a todos sus habitantes, porque solo lo necesario es útil, lo superfluo no lo es nunca».

705. ¿Por qué la tierra no produce siempre lo bastante para proporcionar lo necesario al hombre?

«¡Es porque el hombre, ingrato, la descuida! Sin embargo, ella es una excelente madre. Con frecuencia también acusa a la naturaleza de lo que es efecto de su impericia o de su imprevisión. La tierra produciría siempre lo necesario, si el hombre supiese contentarse con ello. Si no alcanza a todas las necesidades, es porque el hombre emplea en lo superfluo lo que podría destinar a lo necesario. Mira al árabe en el desierto, siempre encuentra con qué vivir, porque no se crea necesidades ficticias. Pero, cuando la mitad de los productos se desperdicia en satisfacer caprichos, ¿debe asombrarse el hombre de no encontrar nada al día siguiente, y tiene razón de quejarse si está desprovisto cuando viene el tiempo de la escasez? En verdad os digo, que no es la naturaleza la imprevisora, sino el hombre, que no sabe gobernarse».

706. Los bienes de la tierra ¿no se reducen más que a los productos del suelo?

«El suelo es la fuente primera de donde emanan todos los otros recursos, porque en definitiva estos no son más que una transformación de los productos del suelo. De aquí que por bienes de la tierra deben entenderse todos aquellos de que el hombre puede gozar en este mundo».

707. Con frecuencia a algunos individuos les faltan los medios de subsistencia, aun en medio de la abundancia que les rodea. ¿A quién deben culpar?

«Al egoísmo de los hombres, que no siempre hacen lo que deben. Luego, y lo más frecuentemente, a ellos mismos.

*Buscad y encontraréis.*⁴⁰ Estas palabras no quieren decir que basta mirar al suelo para encontrar lo que se desea, sino que se ha de buscar con ardor y perseverancia, y no con apatía, sin desanimarse ante los obstáculos que con mucha frecuencia no son más que medios de poner a prueba vuestra constancia, paciencia y firmeza». (Véase 534)

Si la civilización multiplica las necesidades, multiplica también las fuentes de trabajo y los medios de vivir. No obstante, es preciso convenir en que, bajo este aspecto, mucho le resta aún por hacer. Cuando la civilización haya redondeado su obra, nadie podrá decir que carece de lo necesario, a no ser por culpa suya. La desgracia de muchos consiste en que van por un camino que no es el que les ha trazado la naturaleza, y entonces es cuando les falta inteligencia para llegar al término. Para todos hay lugar bajo el sol, pero con la condición de que cada uno ocupe el suyo, y no el de los otros. La naturaleza no puede ser responsable de los vicios de la organización social y de las consecuencias de la ambición y del amor propio.

Sin embargo, habría que ser ciego para no reconocer el progreso realizado bajo este aspecto en los pueblos más adelantados. Gracias a los laudables esfuerzos que la filantropía y las ciencias no cesan de hacer para el mejoramiento del estado material de los hombres, y a pesar del crecimiento incesante de las poblaciones, la insuficiencia de la producción es atenuada, en gran parte por lo menos, y los años más calamitosos no tienen comparación con los de otros tiempos. La higiene pública, ese elemento tan esencial para la fuerza y la salud, desconocido de nuestros padres, es objeto de una esclarecida atención. El infortunio y el sufrimiento encuentran asilos. Y en todas partes la ciencia contribuye al acrecentamiento del bienestar ¿Quiere esto decir que se haya llegado a la

⁴⁰ San Mateo 7:7. San Lucas 11:9.

perfección? ¡Oh! ciertamente que no, pero lo que se hace da la medida de lo que puede hacerse con perseverancia, si el hombre es bastante prudente para buscar su dicha en las cosas positivas y serias, y no en utopías que lo retrasan en vez de hacerlo adelantar.

708. ¿No hay situaciones en que los medios de subsistencia no dependen en modo alguno de la voluntad del hombre, y en que la privación de lo más indispensable es consecuencia de la fuerza de las circunstancias?

«Es una prueba con frecuencia cruel que debe sufrir y a la cual sabía que estaría expuesto. Su mérito consiste en someterse a la voluntad de Dios, si su inteligencia no le ofrece medio alguno de salir del apuro. Si debe morir, ha de conformarse sin murmurar, pensando que le ha llegado la hora de la verdadera liberación y que *la desesperación del último momento puede hacerle perder el fruto de su resignación*».

709. Los que, en ciertas posiciones críticas, se han visto precisados a sacrificar a sus semejantes para alimentarse con ellos, ¿han cometido un crimen? Y siendo así, ¿es atenuado por la necesidad de vivir que les da el instinto de conservación?

«Ya he respondido diciendo que lo más meritorio es sufrir todas las pruebas de la vida con dolor y abnegación. Existe un homicidio y un crimen de lesa naturaleza, falta que debe ser doblemente castigada».

710. En los mundos donde está más depurada la organización, ¿tienen necesidad de alimentación los seres vivos?

«Sí, pero sus alimentos están en relación con su naturaleza. Estos alimentos no serían bastante sustanciosos para vuestros estómagos groseros, lo mismo que ellos no podrían digerir los vuestros».

Goce de los bienes terrestres

711. ¿Tienen derecho todos los hombres a usar de los bienes de la tierra?

«Este derecho es consecuencia de la necesidad de vivir. Dios no puede haber impuesto un deber sin haber dado los medios para cumplirlo».

712. ¿Con qué objeto ha dado Dios un atractivo a los goces de los bienes materiales?

«Para incitar al hombre al cumplimiento de su misión, y también para probarlo por medio de la tentación».

— **¿Qué objeto tiene esta tentación?**

«Desarrollar su razón, que debe preservarlo de los excesos».

Si el hombre no hubiese sido incitado al uso de los bienes de la tierra más que con miras a su utilidad, su indiferencia habría podido comprometer la armonía del universo. Dios le ha dado el atractivo del placer que le solicita al cumplimiento de las miras de la Providencia. Pero por este mismo atractivo, Dios ha querido además probarlo con la tentación que lo arrastra al abuso, del cual su razón ha de preservarlo.

713. Los goces ¿tienen límites fijados por la naturaleza?

«Sí, para indicaros el límite de lo necesario. Sin embargo, con vuestros excesos llegáis a la saciedad y vosotros mismos os castigáis».

714. ¿Qué pensar del hombre que busca en los excesos de todas clases un refinamiento de sus goces?

«¡Pobre naturaleza, que debe compadecerse y no enviarse, porque está muy cercana a la muerte!»

— **¿Se acerca a la muerte física o a la moral?**

«A ambas».

El hombre que busca en los excesos de todas clases un refinamiento de los goces se hace inferior al animal, porque este sabe limitarse a la satisfacción de la necesidad. Abdica de la razón que Dios le ha dado por guía, y cuanto mayores son sus excesos, mayor imperio da a su naturaleza animal sobre la espiritual. Las enfermedades, los achaques, la misma muerte, consecuencia de los abusos, son al mismo tiempo castigo de la transgresión de la ley de Dios.

Lo necesario y lo superfluo

715. ¿Cómo puede conocer el hombre el límite de lo necesario?

«El prudente lo conoce por intuición. Muchos lo conocen por experiencia adquirida a sus expensas».

716. La naturaleza ¿no ha trazado límites a nuestras necesidades por medio de nuestra organización?

«Sí, pero el hombre es insaciable. La naturaleza ha trazado el límite de sus necesidades por medio de su organización, pero los vicios han alterado su constitución y le han creado necesidades que no son reales».

717. ¿Qué pensar de los que amontonan bienes terrenales para conseguir lo superfluo, en perjuicio de los que carecen de lo necesario?

«Desconocen la ley de Dios y habrán de responder de las privaciones que hayan hecho sufrir».

El límite de lo necesario y de lo superfluo nada tiene de absoluto. La civilización ha creado necesidades de que carece el salvaje, y los Espíritus que han dictado estos preceptos no pretenden que el hombre civilizado deba vivir como el salvaje. Todo es relativo, y a la razón toca hacer la justa distribución. La civilización desarrolla el sentido moral y al mismo tiempo

el sentimiento de caridad que induce a los hombres a prestarse mutuo apoyo. Los que viven a expensas de las privaciones de los otros, explotan en provecho suyo los beneficios de la civilización. No tienen de esta más que un barniz, como hay gentes que de la religión solo tienen el antifaz.

Privaciones voluntarias. Mortificaciones

718. La ley de conservación ¿obliga a atender a las necesidades del cuerpo?

«Sí, pues sin fuerza y salud es imposible trabajar».

719. ¿Es censurable que el hombre busque el bienestar?

«El bienestar es un deseo natural. Dios no prohíbe más que el abuso, porque este es contrario a la conservación. Él no mira como un crimen el que se busque el bienestar, si no es adquirido a expensas de otro, y si no ha de contribuir a mermar vuestras fuerzas morales y físicas».

720. Las privaciones voluntarias con miras a una expiación voluntaria también, ¿tienen mérito ante Dios?

«Haced bien a los otros y tendréis más méritos».

— **¿Hay privaciones voluntarias que son meritorias?**

«Sí, la privación de los goces inútiles, porque desprende al hombre de la materia y eleva su alma. Lo meritorio es resistir a la tentación que incita a los excesos o al goce de las cosas inútiles; es disminuir lo necesario para dar a los que no tienen bastante. Si la privación no es más que un vano simulacro, es una burla».

721. La vida de mortificaciones ascéticas ha sido practicada desde muy antiguo y en diferentes pueblos. ¿Es meritoria bajo algún aspecto?

«Preguntad a *quién* aprovecha y tendréis la contestación. Si no aprovecha más que al que la practica y le impide hacer el bien, es egoísmo, cualquiera que sea el pretexto con el que se colorea. La verdadera mortificación, según la caridad cristiana, consiste en privarse y trabajar por los otros».

722. La abstención de ciertos alimentos prescrita en diversos pueblos, ¿está fundada en la razón?

«Todo aquello de que puede alimentarse el hombre sin perjuicio de su salud, está permitido. Sin embargo, algunos legisladores han podido prohibir ciertos alimentos con un fin útil y, para dar más crédito a sus leyes, las han presentado como emanadas de Dios».

723. La alimentación animal en el hombre ¿es contraria a la ley natural?

«En vuestra constitución física la carne alimenta a la carne, pues de otro modo el hombre se debilitaría. La ley de conservación impone al hombre el deber de mantener sus fuerzas y su salud para realizar la ley del trabajo. Debe, pues, alimentarse según lo exija su organización».

724. ¿Es meritoria la abstención de la alimentación animal o de otra clase por vía de expiación?

«Si se priva por los otros, sí. Pero Dios no puede considerarlo una mortificación cuando no existe privación *seria* y *útil*. De aquí que digamos que son hipócritas los que solo se privan en apariencia». (Véase 720)

725. ¿Qué pensar de las mutilaciones del cuerpo del hombre o de los animales?

«¿A qué semejante pregunta? Preguntaos otra vez si una cosa es útil. Lo inútil no puede ser agradable a Dios, y lo

nocivo le es siempre desagradable. Porque, sabedlo bien: Dios es sensible únicamente a los sentimientos que elevan las almas hacia Él. Practicando su ley, y no violándola, podréis sacudir vuestra materia terrestre».

726. Si los sufrimientos de este mundo nos elevan según el modo como se soportan, ¿nos elevamos por los que voluntariamente nos creamos?

«Los únicos sufrimientos que elevan son los naturales, porque proceden de Dios. Los sufrimientos voluntarios para nada sirven cuando ningún bien reportan a los otros. ¿Crees tú que los que acortan su vida con rigores sobrehumanos, como los bonzos, los faquires y ciertos fanáticos de muchas sectas, adelantan en su camino? ¿Por qué no trabajan mejor en bien de sus semejantes? Que vistan al indigente, que consuelen al que llora, que trabajen por el enfermo, que sufran privaciones para aliviar a los desgraciados, y entonces su vida será útil y agradable a Dios. Cuando en los sufrimientos voluntarios que se experimentan, no se mira más que a sí mismo, es egoísmo. Cuando se sufre por los otros, es caridad. Estos son los preceptos de Cristo».

727. Si no debemos crearnos sufrimientos voluntarios, que no tienen utilidad alguna para los otros, ¿debemos procurar preservarnos de los que prevemos o que nos amenazan?

«El instinto de conservación ha sido dado a todos los seres contra los peligros y sufrimientos. Castigad vuestro Espíritu y no vuestro cuerpo, mortificad vuestro orgullo, ahogad vuestro egoísmo semejante a una serpiente que os roe el corazón, y haréis más por vuestro adelanto que no con rigores que ya no son de este siglo».

CAPÍTULO VI

V. LEY DE DESTRUCCIÓN

1. DESTRUCCIÓN NECESARIA Y DESTRUCCIÓN ABUSIVA. 2. CALAMIDADES DESTRUCTORAS. 3. GUERRAS. 4. ASESINATO. 5. CRUELDAD. 6. DUELO. 7. PENA DE MUERTE.

Destrucción necesaria y destrucción abusiva

728. La destrucción ¿es una ley natural?

«Es preciso que todo sea destruido para que renazca y sea regenerado, porque lo que vosotros llamáis destrucción no es más que una transformación, cuyo objeto es la renovación y mejora de los seres vivos».

- **El instinto de destrucción ¿ha sido, pues, dado a los seres vivos con miras providenciales?**

«Las criaturas de Dios son instrumentos de que se sirve para llegar a sus fines. Para alimentarse, los seres vivos se destruyen entre sí, con el doble objeto de mantener el equilibrio en la reproducción, que podría llegar a ser excesiva, y de utilizar los restos de la envoltura exterior. Pero siempre es destruida únicamente la envoltura, que solo es lo accesorio y no la parte esencial del ser pensante. La parte esencial es el principio inteligente, que es indestructible y que se elabora en las diferentes metamorfosis que experimenta».

729. Si la destrucción es necesaria para la regeneración de los seres, ¿por qué la naturaleza los rodea de medios de preservación y de conservación?

«Para que la destrucción no tenga lugar antes del tiempo necesario. Toda destrucción anticipada obstaculiza el desarrollo del principio inteligente. Por esto, Dios ha dado a cada ser la necesidad de vivir y de reproducirse».

730. Puesto que la muerte ha de conducirnos a una mejor vida, que nos libra de los males de esta, y puesto que en consecuencia es más de desear que de temer, ¿por qué el hombre le tiene un horror instintivo que la hace temer?

«Ya lo hemos dicho, el hombre debe tratar de prolongar su vida para cumplir su tarea. Por esto le ha dado Dios el instinto de conservación, instinto que le sostiene en las pruebas, y sin el cual se abandonaría a menudo al desánimo. La voz secreta que le hace rechazar la muerte, le dice que algo puede hacer aún por su adelantamiento. Cuando le amenaza algún peligro, se le advierte con que aproveche el tiempo que Dios le concede. Sin embargo, el ingrato lo agradece con frecuencia más a su estrella que a su Creador».

731. ¿Por qué, junto a los medios de conservación, la naturaleza ha colocado al mismo tiempo los agentes destructores?

«Junto al mal, el remedio. Ya lo hemos dicho, es para mantener el equilibrio y para que sirva de contrapeso».

732. La necesidad de destrucción ¿es la misma en todos los mundos?

«Es proporcional al estado más o menos material de los mundos, y cesa en un estado físico y moral más depurado. En los mundos más adelantados que el vuestro, son totalmente diferentes las condiciones de existencia».

733. La necesidad de destrucción ¿existirá siempre entre los hombres de la Tierra?

«La necesidad de destrucción se debilita en el hombre a medida que el Espíritu se sobrepone a la materia. Es por esto que veis que el horror a la destrucción sigue al desarrollo intelectual y moral».

734. En su actual estado, ¿tiene el hombre derecho ilimitado de destrucción sobre los animales?

«Este derecho está regulado por la necesidad de atender a su alimentación y seguridad. El abuso nunca ha sido un derecho».

735. ¿Qué pensar de la destrucción que traspasa los límites de las necesidades y de la seguridad, de la caza, por ejemplo, cuando no tiene otro objeto que el placer de destruir sin utilidad?

«Predominio de la bestialidad sobre la naturaleza espiritual. Toda destrucción que traspasa los límites de la necesidad es una violación de la ley de Dios. Los animales no destruyen más que para satisfacer sus necesidades, pero el hombre, que tiene libre albedrío, destruye sin necesidad. Y dará cuenta del abuso de la libertad que se le ha dado, porque cede entonces a los malos instintos».

736. Los pueblos que llevan al extremo el escrúpulo relativo a la destrucción de los animales, ¿tienen un mérito particular?

«Es un exceso de un sentimiento laudable en sí mismo, pero que llega a ser abusivo, y cuyo mérito queda neutralizado por abusos de otras muchas clases. Hay más miedo supersticioso en ellos que verdadera bondad».

Calamidades destructoras

737. ¿Con qué objeto castiga Dios a la humanidad con calamidades destructoras?

«Para hacerla adelantar con más rapidez. ¿No hemos dicho que la destrucción es necesaria para la regeneración moral de los Espíritus, que adquieren en cada nueva existencia un nuevo grado de perfección? Es preciso ver el fin para apreciar los resultados. Vosotros no lo juzgáis más que desde vuestro punto de vista personal, y los llamáis calamidades a consecuencia del perjuicio que os ocasionan. Sin embargo, esos trastornos son necesarios a veces para hacer que se establezca más prontamente un orden de cosas mejor, y en algunos años lo que hubiese exigido muchos siglos». (Véase 744)

738. ¿No podría emplear Dios otros medios que las calamidades destructoras para el mejoramiento de la humanidad?

«Sí, y los emplea cada día, puesto que ha dado a cada uno los medios de progresar con el conocimiento del bien y del mal. El hombre es quien no los aprovecha. Es preciso castigarle en su orgullo y hacerle comprender su debilidad».

— Pero en esas calamidades sucumbe lo mismo el hombre de bien que el perverso. ¿Es esto justo?

«Durante la vida, el hombre lo refiere todo al cuerpo, pero después de la muerte, piensa de distinto modo, y según hemos dicho, la vida del cuerpo es poca cosa. Un siglo de vuestro mundo es *un relámpago en la eternidad*. Así pues, los sufrimientos de lo que llamáis algunos meses o algunos días no son nada. Son para vosotros una enseñanza que os aprovechará en el porvenir. Los Espíritus, son el mundo real, preexistente y sobreviviente a todo (Véase 85). Ellos son los hijos de Dios y objeto de toda su predilección. Los cuerpos no son más que los disfraces con los que ellos aparecen en el mundo. En las grandes calamidades que diezman a los hombres, es como un ejército que, durante la

guerra, ve sus ropas gastadas, rotas o perdidas. El general cuida más de sus soldados que de sus uniformes».

— **Pero las víctimas de esas calamidades no dejan de ser víctimas.**

«Si se considerase la vida tal como es, y cuán poca cosa es con relación al infinito, se le daría menos importancia. Esas víctimas hallarán en otras existencias la completa compensación de sus sufrimientos, si saben soportarlos sin murmurar».

Ya sea que muramos a consecuencia de una calamidad o de una causa ordinaria, es necesario morir cuando nos llega la hora de marchar. La única diferencia es que marcha mayor número de personas a la vez.

Si pudiéramos elevarnos con el pensamiento, de modo que observáramos a la humanidad y la abrazásemos en su conjunto, esas terribles calamidades no nos parecerían más que tormentas pasajeras en el destino del mundo.

739. Las calamidades destructoras ¿tienen una utilidad desde el punto de vista físico, a pesar de los males que ocasionan?

«Sí, pues a veces cambian el estado de una comarca, pero el bien que de ellas resulta no es apreciado con frecuencia más que por las generaciones futuras».

740. ¿No serán igualmente las calamidades pruebas morales para el hombre, que le ponen en lucha con las más duras necesidades?

«Las calamidades son pruebas que proporcionan al hombre ocasión de ejercer su inteligencia, de probar su paciencia y resignación a la voluntad de Dios, y le ponen en condición de desplegar sus sentimientos de abnegación, de desinterés y de amor al prójimo, si no está dominado por el egoísmo».

741. ¿Es dado al hombre conjurar las calamidades que le afligen?

«Por una parte, sí, pero no como generalmente se entiende. Muchas calamidades son consecuencia de su imprevisión. A medida que adquiere conocimientos y experiencia, puede conjurarlas, es decir, prevenirlas, si sabe buscar sus causas. Pero, entre los males que afligen a la humanidad, los hay generales que pertenecen a los designios de la Providencia, y cuyos efectos afectan más o menos a todos los individuos. A estos el hombre no puede oponer más que resignación a la voluntad de Dios, e incluso estos mismos males son agravados por la despreocupación humana».

Entre las calamidades destructoras, naturales e independientes del hombre, deben colocarse, en primer término, la peste, la carestía, las inundaciones, las inclemencias climáticas fatales para los productos de la tierra. Pero en la ciencia, en los trabajos del arte, en el perfeccionamiento de la agricultura, en las rotaciones de cultivos, en los regadíos y en el estudio de las condiciones higiénicas, ¿acaso no ha encontrado el hombre medios de neutralizar, o por lo menos, de atenuar muchos desastres? Ciertas comarcas en otros tiempos asoladas por terribles calamidades, ¿no están hoy libres de ellas? ¿Qué no conseguirá, pues, el hombre para su bienestar cuando sepa aprovechar todos los recursos de su inteligencia, y cuando a los cuidados de su conservación personal sepa unir el sentimiento de una verdadera caridad para con sus semejantes? (Véase 707)

Guerras

742. ¿Qué causa arrastra al hombre a la guerra?

«Predominio de la naturaleza animal sobre la espiritual y satisfacción de las pasiones. En estado de barbarie, los pueblos no conocen otro derecho que el del más fuerte, y de

aquí que la guerra sea su estado normal. A medida que el hombre progresa, la guerra se hace menos frecuente, porque él evita sus causas. Y cuando la guerra es necesaria, él sabe aliarla con humanidad».

743. ¿Desaparecerá algún día la guerra de la Tierra?

«Sí, cuando los hombres comprendan la justicia, y practiquen la ley de Dios. Entonces serán hermanos todos los pueblos».

744. ¿Cuál ha sido el objeto de la Providencia, haciendo necesaria la guerra?

«La libertad y el progreso».

— Si la guerra ha de producir el efecto de llegar a la libertad, ¿a qué se debe que tenga con frecuencia por fin y resultado la dominación?

«Dominación momentánea para *cansar* a los pueblos, a fin de hacerles llegar más pronto».

745. ¿Qué debemos pensar del que suscita la guerra en beneficio propio?

«Ese es el verdadero culpable, y le serán precisas *muchas existencias* para expiar todos los asesinatos, de los que haya sido la causa, porque responderá de cada hombre cuya muerte haya ocasionado por satisfacer su ambición».

Asesinato

746. El asesinato ¿es un crimen ante Dios?

«Sí, un gran crimen, porque el que quita la vida a su semejante corta *una vida de expiación o de misión*, y en esto consiste el mal».

747. El asesinato ¿tiene siempre el mismo grado de culpabilidad?

«Ya lo hemos dicho, Dios es justo. Juzga más la intención que el hecho».

748. ¿Disculpa Dios el asesinato en caso de legítima defensa?

«Solo la necesidad puede excusarlo, pero, si se puede salvar la vida sin atentar contra la del agresor, debe hacerse».

749. ¿Es culpable el hombre de los asesinatos que comete en la guerra?

«No, cuando se ve obligado a ello, pero es culpable de las crueldades que comete, y le será tomada en cuenta su humanidad».

750. ¿Quién es más culpable ante Dios, el infanticida o el parricida?

«Ambos lo son igualmente, porque todo crimen es un crimen».

751. ¿De dónde procede que en ciertos pueblos, ya adelantados bajo el punto de vista intelectual, sea una costumbre el infanticidio y esté consagrado por la legislación?

«El desarrollo intelectual no lleva consigo la necesidad del bien. Un Espíritu superior en inteligencia puede ser malo. Así sucede al que ha vivido mucho sin mejorarse: solo sabe».

Crueldad

752. ¿Podemos relacionar el sentimiento de crueldad con el instinto de destrucción?

«Es el instinto de destrucción en lo que tiene de más malo, porque si la destrucción es a veces una necesidad, no lo es nunca la crueldad. Ella siempre es resultado de una mala naturaleza».

753. ¿De dónde procede que la crueldad es el carácter dominante de los pueblos primitivos?

«En los pueblos primitivos, como tú los llamas, la materia predomina sobre el Espíritu. Se entregan a los instintos del animal, y como no tienen otras necesidades que las de la vida del cuerpo, solo piensan en su conservación personal, y esto es lo que los hace generalmente crueles. Y además los pueblos, cuyo desarrollo es imperfecto, están bajo el dominio de Espíritus igualmente imperfectos que les son simpáticos, hasta que otros pueblos más adelantados destruyen o amenguan esa influencia».

754. La crueldad ¿no se origina en la ausencia del sentido moral?

«Di que el sentido moral no está desarrollado, pero no que está ausente, puesto que existe en principio en todos los hombres. Este sentido moral es el que más tarde los convierte en seres buenos y humanitarios. Existe, pues, en el salvaje, pero reside en él como el principio del perfume está en el germen de la flor, antes de que esta se abra».

Todas las facultades existen en el hombre en estado rudimentario o latente. Se desarrollan según que las circunstancias les son más o menos favorables. El desarrollo excesivo de unas contiene o neutraliza el de las otras. La sobreexcitación de los instintos materiales ahoga, por decirlo así, el sentido moral, como el desarrollo de este debilita poco a poco las facultades puramente animales.

755. ¿A qué se debe que en el seno de la más adelantada civilización, se encuentren seres tan crueles a veces como los salvajes?

«Como en un árbol cargado de buen fruto se encuentran también abortos. Estos son, si así lo quieres, salvajes que solo tienen el barniz de la civilización, lobos extraviados

en medio de los corderos. Espíritus de un orden inferior y muy atrasados pueden encarnarse entre hombres adelantados con la esperanza de progresar, pero, si la prueba es demasiado pesada, la naturaleza primitiva predomina».

756. La sociedad de los hombres de bien ¿será purificada algún día de esos seres malhechores?

«La humanidad progresa. Esos hombres dominados por el instinto del mal y que están fuera de lugar entre las gentes de bien, desaparecerán poco a poco, como el grano malo es separado del bueno, después que este último ha sido aventado, pero para renacer bajo otra envoltura. Y como tendrán más experiencia, comprenderán mejor el mal y el bien. Tienes un ejemplo en las plantas y animales que el hombre tiene el arte de perfeccionar, y en los cuales desarrolla nuevas cualidades. Pues bien, el perfeccionamiento no es completo hasta después de muchas generaciones. Esta es la imagen de las diferentes existencias del hombre».

Duelo

757. El duelo ¿puede ser considerado como un caso de legítima defensa?

«No, es un asesinato y una costumbre absurda digna de bárbaros. Con una civilización más avanzada y *más moral*, el hombre comprenderá que el duelo es tan ridículo como los combates, que en otros tiempos se miraban como juicios de Dios».

758. El duelo ¿puede ser considerado como un asesinato por parte de aquel que, conociendo su poca debilidad, está casi seguro de sucumbir?

«Es un suicidio».

— Y cuando son iguales las probabilidades, ¿es un asesinato o un suicidio?

«Lo uno y lo otro».

En todos los casos, incluso en aquel en que las probabilidades son iguales, el duelista es culpable. Ante todo, porque atenta fríamente y con propósito deliberado contra la vida de su semejante. Y después, porque expone su propia vida inútilmente y sin provecho para nadie.

759. ¿Qué valor tiene lo que en materia de duelo se llama el *pundonor*?

«Orgullo y vanidad, dos plagas de la humanidad».

— Pero ¿no hay casos en que verdaderamente se encuentra comprometido el honor, y en los cuales sería una cobardía no aceptar el duelo?

«Eso depende de los usos y costumbres. Cada país y cada siglo tienen sobre el particular distinta manera de ver. Cuando los hombres sean mejores y estén más adelantados en moral, comprenderán que el verdadero pundonor está por encima de las pasiones terrestres, y que no se reparan agravios matando o haciéndose matar».

Hay más grandeza y verdadero honor en confesarse culpable si uno lo es, y en perdonar, si se tiene razón. Y en todos los casos, en despreciar los insultos que no pueden alcanzarnos.

Pena de muerte

760. La pena de muerte ¿desaparecerá algún día de la legislación humana?

«La pena de muerte desaparecerá incontestablemente, y su supresión marcará un progreso en la humanidad. Cuando los hombres estén más ilustrados, la pena de muerte será completamente abolida en la Tierra. Los hombres no

tendrán necesidad de ser juzgados por los hombres. Hablo de un tiempo que aún está bastante lejano de vosotros».

El progreso social deja sin duda mucho que desear aún, pero seríamos injustos con la sociedad moderna, si no viésemos un progreso en las restricciones puestas a la pena de muerte en los pueblos más adelantados, y en la naturaleza de los crímenes a los cuales se limita su aplicación. Si se comparan las garantías que, en esos mismos pueblos, la justicia se esfuerza por granjear al acusado, la humanidad con que le trata, incluso cuando le considera culpable, con lo que se practicaba en tiempos que todavía no están muy lejos, no podemos desconocer el camino progresivo por el que marcha la humanidad.

761. La ley de conservación da al hombre el derecho de preservar su propia vida. ¿No usa este derecho cuando quita de la sociedad a un miembro peligroso?

«Hay otros medios de preservarse del peligro sin matarle. Es preciso además abrir al criminal la puerta del arrepentimiento, y no cerrársela».

762. Si la pena de muerte puede ser desterrada de las sociedades civilizadas, ¿no ha sido necesaria en tiempos menos adelantados?

«*Necesaria* no es la palabra. El hombre cree siempre necesaria una cosa cuando no encuentra nada mejor. A medida que se ilustra, comprende mejor lo justo y lo injusto, y repudia los excesos cometidos en nombre de la justicia en épocas de ignorancia».

763. La restricción de casos en que se aplica la pena de muerte, ¿es un indicio de progreso en la civilización?

«¿Puedes dudarlo? ¿No se subleva tu Espíritu leyendo el relato de las carnicerías humanas, realizadas en otros tiempos en nombre de la justicia, y con frecuencia en honor de

la Divinidad, de los tormentos que se imponían al condenado, y hasta al acusado para arrancarle, con el exceso de sufrimiento, la confesión de un crimen que a menudo no había cometido? Pues bien, si tú hubieses vivido en aquellos tiempos, todo eso lo habrías encontrado muy natural, y quizá como juez hubieras hecho lo mismo. Así es como lo que parecía justo en un tiempo, parece bárbaro en otro. Solo las leyes divinas son eternas. Las humanas cambian con el progreso, y cambiarán más aún hasta que estén armonizadas con las divinas».

764. Jesús dijo: *El que mate con espada, morirá por espada*⁴¹. ¿No son estas palabras la consagración de la pena del tali3n, y la muerte impuesta al asesino no es la aplicaci3n de aquella pena?

«Andad con cuidado, porque os habéis equivocado acerca de estas palabras *como acerca de otras muchas*. La pena del tali3n es la justicia de Dios, y Él es quien la aplica. Todos vosotros la sufrís a cada instante, porque sois castigados por donde habéis pecado *en esta o en otra vida*. El que ha hecho sufrir a sus semejantes, se encontrará en una posici3n en que sufrirá lo mismo que ha hecho sufrir. Tal es el sentido de las palabras de Jesús. Pero también os dijo: «Perdonad a vuestros enemigos»⁴², y os enseñó a pedir a Dios que os perdone vuestras ofensas como vosotros las habréis perdonado⁴³, es decir, *en la misma proporci3n* en que hayáis perdonado. Entended bien esto».

⁴¹ San Mateo 26:52

⁴² San Mateo 5:44. San Lucas 6:27 y 35.

⁴³ San Mateo 6:12-15.

765. ¿Qué pensar de la pena de muerte impuesta en nombre de Dios?

«Eso es hacer las veces de Dios respecto a la justicia. Los que así obran demuestran cuán lejos están de comprender a Dios, y que han de expiar aún muchas cosas. La pena de muerte, aplicada en nombre de Dios, es un crimen, y a los que la imponen se les imputarán las veces que lo hagan, como otros tantos asesinatos».

CAPÍTULO VII

VI. LEY DE SOCIEDAD

1. NECESIDAD DE LA VIDA SOCIAL. 2. VIDA DE AISLAMIENTO. VOTO DE SILENCIO. 3. LAZOS DE FAMILIA.

Necesidad de la vida social

766. La vida social ¿es natural?

«Indudablemente. Dios ha hecho al hombre para vivir en sociedad. No le ha dado inútilmente la palabra y todas las otras facultades necesarias a la vida de relación».

767. El aislamiento absoluto ¿es contrario a la ley natural?

«Sí, puesto que los hombres buscan por instinto la sociedad, y todos deben concurrir al progreso, ayudándose mutuamente».

768. El hombre, al buscar la sociedad, ¿obedece únicamente a un sentimiento personal, o bien tiene ese sentimiento un fin providencial más general?

«El hombre debe progresar. Solo, no puede hacerlo, porque no tiene todas las facultades, y le es preciso el contacto de los otros hombres. En el aislamiento se embrutece y languidece».

Ningún hombre tiene facultades completas. Por medio de la unión social se completan los unos a los otros para asegurarse el bienestar y progresar. De aquí que, necesitándose unos a otros, han sido hechos para vivir en sociedad y no aislados.

Vida de aislamiento. Voto de silencio

769. Se concibe que, como principio general, la vida social sea natural. Pero, como también son naturales todos los gustos, ¿por qué habría de ser condenable el del aislamiento absoluto, si en él halla el hombre su satisfacción?

«Satisfacción egoísta. También hay hombres que hallan placer en embriagarse. ¿Los apruebas? Dios no puede admitir como agradable una vida por la cual uno se condena a no ser útil a nadie».

770. ¿Qué pensar de los hombres que viven en reclusión absoluta, para huir del contacto pernicioso del mundo?

«Doble egoísmo».

— Pero si esa reclusión tiene por objeto una expiación, imponiéndose una privación penosa, ¿no es meritoria?

«La mejor expiación consiste en hacer más bien que mal se ha hecho. Evitando un mal, cae en otro, pues olvida la ley de amor y de caridad».

771. ¿Qué pensar de los que se alejan del mundo para consagrarse al alivio de los desgraciados?

«Estos se elevan, humillándose. Tienen el doble mérito de colocarse por encima de los goces materiales y de hacer el bien, cumpliendo la ley del trabajo».

— ¿Y los que buscan en el retiro la tranquilidad que requieren ciertos trabajos?

«Este no es el retiro absoluto del egoísta. No se aíslan de la sociedad, puesto que trabajan para ella».

772. ¿Qué pensar del voto de silencio prescrito, desde la más remota antigüedad, por ciertas sectas?

«Preguntaos más bien si es natural la palabra y para qué Dios la ha dado. Dios condena el abuso, pero no el uso de las facultades que ha concedido. Sin embargo, el silencio es útil, porque en el silencio te recoges. Tu Espíritu se hace más libre y puede entrar entonces en comunicación con nosotros, pero el *voto* de silencio es una majadería. Es indudable que los que consideran esas privaciones voluntarias como actos de virtud, tienen buena intención, pero se equivocan, porque no comprenden bastante las verdaderas leyes de Dios».

El voto de silencio absoluto, como el aislamiento, priva al hombre de las relaciones sociales que pueden ofrecerle ocasiones de hacer el bien y cumplir la ley del progreso.

Lazos de familia

773. ¿Por qué entre los animales no se conocen entre sí padres e hijos cuando estos ya no necesitan cuidados?

«Los animales viven la vida material y no la vida moral. La ternura de la madre hacia sus pequeñuelos reconoce como principio el instinto de conservación de los seres a quienes ha dado a luz. Cuando estos seres pueden bastarse a sí mismos, la misión de la madre está cumplida y la naturaleza no le exige más. Por esto los abandona para ocuparse de otros nuevos».

774. Hay personas que, del abandono que los animales hacen de sus crías, infieren que en el hombre los lazos de familia no son más que resultado de las costumbres sociales, y no una ley natural. ¿Qué debemos pensar de esto?

«El hombre tiene un destino diferente al de los animales. ¿Por qué, pues, querer siempre asimilarlo a ellos? En él hay algo más que necesidades físicas, está la necesidad del progreso. Los lazos sociales son necesarios al progreso, y los

lazos de familia estrechan a aquellos. He aquí por qué los lazos sociales son una ley natural. Dios ha querido que los hombres aprendan así a amarse como hermanos». (Véase 205)

775. ¿Cuál sería para la sociedad el resultado de la relajación de los lazos de familia?

«Un recrudescimiento de egoísmo».

CAPÍTULO VIII

VII LEY DEL PROGRESO

1. ESTADO NATURAL. 2. MARCHA DEL PROGRESO. 3. PUEBLOS DEGENERADOS. 4. CIVILIZACIÓN. 5. PROGRESO DE LA LEGISLACIÓN HUMANA. 6. INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO EN EL PROGRESO.

Estado natural

776. ¿Son una misma cosa el estado natural y la ley natural?

«No, el estado natural es el estado primitivo. La civilización es incompatible con el estado natural, mientras que la ley natural contribuye al progreso de la humanidad».

El estado natural es la infancia de la humanidad y el punto de partida de su desarrollo intelectual y moral. Puesto que el hombre es perfectible y lleva en sí el germen de su mejoramiento, no está destinado a vivir perpetuamente en estado natural, como tampoco está destinado a vivir a perpetuidad en la infancia. El estado natural es transitorio y el hombre sale de él por medio del progreso y de la civilización. La ley natural, por el contrario, rige a la humanidad entera, y el hombre se mejora a medida que la comprende y practica mejor.

777. Puesto que en estado natural el hombre tiene menos necesidades, no siente todas las tribulaciones que se crea en un estado más adelantado. ¿Qué pensar de la opinión de los que miran aquel estado como el de más perfecta felicidad en la Tierra?

«¿Qué quieres que te diga? Es la felicidad del animal. Hay gentes que no comprenden otra. Eso es ser feliz a la manera

de las bestias. También los niños son más felices que los hombres maduros».

778. ¿Puede el hombre retroceder al estado natural?

«No, el hombre debe progresar incesantemente, y no puede volver al estado de infancia. Si progresa, es porque Dios así lo quiere. Pensar que puede retrogradar hacia su condición primitiva sería negar la ley del progreso».

Marcha del progreso

779. El hombre ¿toma en sí mismo la fuerza progresiva, o es el progreso producto de una enseñanza?

«El hombre se desarrolla naturalmente a sí mismo, pero todos no progresan al mismo tiempo y de la misma manera. Entonces es cuando los más adelantados ayudan al progreso de los otros por medio del contacto social».

780. El progreso moral ¿sigue siempre al progreso intelectual?

«Es su consecuencia, pero no siempre lo sigue *inmediatamente*». (Véanse 192 y 365)

— **¿Cómo puede conducir el progreso intelectual al moral?**

«Haciendo comprender el bien y el mal. El hombre puede entonces elegir. El desarrollo del libre albedrío sigue al desarrollo de la inteligencia y aumenta la responsabilidad de los actos».

— **¿A qué se debe entonces que los pueblos más ilustrados sean a menudo los más perversos?**

«El progreso completo es el objetivo, pero los pueblos, como los individuos, no llegan a él más que paso a paso. Hasta que no esté desarrollado en ellos el sentido moral, pueden incluso servirse de su inteligencia para hacer el mal.

La moral y la inteligencia son dos fuerzas que solo a la larga se equilibran». (Véanse 365 y 751)

781. ¿Es dado al hombre detener la marcha del progreso?

«No, pero puede obstaculizarlo a veces».

— **¿Qué pensar de los hombres que intentan detener la marcha del progreso y hacer retrogradar a la humanidad?**

«Pobres seres, a quienes Dios castigará. Serán arrastrados por el torrente que quieren detener».

Puesto que el progreso es una condición de la naturaleza humana, no es posible a nadie oponerse a él. Es una *fuerza viva* que las malas leyes pueden retardar, pero no ahogar. Cuando estas leyes son incompatibles con él, las barrena y arrastra con ellas a todos los que intentan mantenerlas, y así sucederá hasta que el hombre haya puesto sus leyes en relación con la justicia divina, que quiere el bien para todos, y no leyes hechas por el fuerte en perjuicio del débil.

782. ¿No hay hombres que obstaculizan el progreso de buena fe, creyendo favorecerlo, porque lo consideran desde su punto de vista, y con frecuencia donde no está?

«Piedrecita colocada bajo la rueda de un gran coche, que no le impide avanzar».

783. El perfeccionamiento de la humanidad ¿sigue siempre una marcha progresiva y lenta?

«Existe el progreso regular y lento que resulta de la fuerza de las cosas, pero cuando un pueblo no avanza lo bastante deprisa, Dios le suscita de vez en cuando una sacudida física o moral que lo transforma».

El hombre no puede permanecer perpetuamente en la ignorancia, porque debe llegar al fin marcado por la Providencia. Se ilustra por la fuerza de las cosas. Las revoluciones morales, como las sociales, se infiltran poco a poco en las ideas,

germinan durante siglos enteros y luego estallan de repente y hacen que se hunda el carcomido edificio del pasado, que ya no está en armonía con las nuevas necesidades y las aspiraciones nuevas.

A menudo el hombre no descubre en esas conmociones más que la confusión y el desorden momentáneos que lastiman sus intereses materiales. Mas el que levanta su pensamiento por encima de la personalidad, admira los designios de la Providencia que del mal hace salir el bien. Es la tempestad y la tormenta que sanean la atmosfera, después de haberla agitado.

784. La perversidad del hombre es muy grande. ¿No parece que retrocede en vez de adelantar, por lo menos desde el punto de vista moral?

«Te equivocas. Observa bien el conjunto y verás como avanza, pues comprende mejor lo que es malo y cada día reforma abusos. El exceso del mal es necesario para hacer comprender la necesidad del bien y de las reformas».

785. ¿Cuál es el mayor obstáculo del progreso?

«El orgullo y el egoísmo. Hablo del progreso moral, pues el progreso intelectual avanza siempre. Al principio parece que da a aquellos vicios un aumento de actividad desarrollando la ambición y el amor por las riquezas que, a su vez, excita al hombre a las investigaciones que ilustran su Espíritu. Así es como todo se eslabona en el mundo moral y en el físico, y como del mismo mal puede salir el bien. Pero semejante estado de cosas no tendrá más que una época, y cambiará a medida que el hombre comprenda mejor que, fuera del goce de los bienes terrenos, hay una dicha infinitamente más grande y duradera». (Véase *Egoísmo*, capítulo XII)

Hay dos tipos de progreso que se prestan mutuo apoyo y que, sin embargo, no caminan paralelos, tales son el progreso

intelectual y moral. El primero cuenta en los pueblos civilizados y en el siglo actual⁴⁴ con todos los apoyos que pueden desearse, y de aquí que haya logrado un desarrollo desconocido hasta nuestros días. Mucho falta para que el segundo se encuentre al mismo nivel, y si se comparan, no obstante, las costumbres sociales con las de siglos algo distantes, sería preciso ser ciego para negar el progreso. ¿Por qué, pues la marcha ascendente ha de detenerse antes respecto de la moral que de la inteligencia? ¿Por qué no ha de haber entre el siglo diecinueve y el veinticuatro tanta diferencia, como entre el catorce y el diecinueve? Dudar de ello equivaldría a pretender que la humanidad ha llegado al apogeo de la perfección, lo que sería absurdo, o que no es moralmente perfectible, lo que desmiente la experiencia.

Pueblos degenerados

786. La historia nos señala una multitud de pueblos que, después de las sacudidas que los trastornaron, han vuelto a caer en la barbarie. En este caso, ¿dónde está el progreso?

«Cuando amenaza ruina tu casa, la derribas para levantarla más sólida y más cómoda, pero hasta que esté terminada, todo es turbación y confusión en tu morada.

»Comprende también esto: eras pobre y vivías en una casucha. Llegas a rico y la abandonas para habitar un palacio. Después un pobre diablo como eras tú, ocupa tu casucha, de lo que está muy contento porque antes no tenía albergue. Pues bien, sabe que los Espíritus encarnados en ese pueblo degenerado no son los que lo formaban en los tiempos de su esplendor. Los anteriores que estaban adelantados, han ido a ocupar habitaciones más perfectas y han progresado, mientras que otros menos adelantados

⁴⁴ Kardec se refiere, naturalmente, al siglo XIX (N. de L. G.)

han ocupado su puesto, que también abandonarán a su vez».

787. ¿No hay razas por su naturaleza rebeldes al progreso?

«Sí, pero cada día se aniquilan *corporalmente*».

— **¿Cuál será la suerte venidera de las almas que animan esas razas?**

«Como todas las otras llegarán a la perfección, pasando por otras existencias. Dios no deshereda a nadie».

— **Así, pues, ¿los hombres más civilizados han podido ser salvajes y antropófagos?**

«Tú mismo lo has sido más de una vez, antes de ser lo que eres».

788. Los pueblos son individualidades colectivas que, como los individuos, pasan por la infancia, la madurez y la decrepitud. Esta verdad demostrada por la historia, ¿no puede hacernos pensar que los pueblos más adelantados de este siglo tendrán su decadencia y fin, como los de la Antigüedad?

«Los pueblos que solo viven la vida del cuerpo, aquellos cuya grandeza esta únicamente fundada en la fuerza y en la extensión, nacen, crecen y mueren, porque la fuerza de un pueblo se agota como la de un hombre. Aquellos cuyas leyes egoístas pugnan con el progreso de las luces y la caridad, mueren, porque la luz disipa las tinieblas y la caridad mata al egoísmo. Pero existe para los pueblos, como para los individuos, la vida del alma. Aquellos cuyas leyes se armonizan con las leyes eternas del Creador, vivirán y serán la antorcha de los otros pueblos».

789. El progreso ¿unirá un día a todos los pueblos de la Tierra en una sola nación?

«En una sola nación no, es imposible, porque de la diversidad de climas nacen costumbres y necesidades diferentes, que constituyen las nacionalidades. Por esto les serán siempre precisas leyes apropiadas a sus costumbres y necesidades. Pero la caridad no reconoce latitudes y no establece distinciones entre los hombres por el color de su piel. Cuando la ley de Dios sea en todas partes la base de la ley humana, los pueblos practicarán entre sí la caridad, como los hombres entre ellos. Entonces vivirán felices y en paz, porque nadie procurará perjudicar a su vecino, ni vivir a sus expensas».

La humanidad progresa por medio de los individuos que se mejoran poco a poco y se ilustran. Cuando estos últimos son mayores en número, se hacen superiores y arrastran tras ellos a los otros. De tiempo en tiempo, surgen entre ellos hombres de genio que dan un impulso a la humanidad, y luego vienen otros revestidos de autoridad, instrumentos de Dios, que en algunos años la hacen progresar muchos siglos.

El progreso de los pueblos hace resaltar la justicia de la reencarnación. Los hombres de bien realizan loables esfuerzos para que una nación adelante moral e intelectualmente. La nación transformada será más dichosa en este mundo y en el otro, de acuerdo, Pero, durante su marcha lenta a través de los siglos, mueren cada día millares de individuos. ¿Cuál es la suerte de todos los que sucumben por el camino? ¿Su inferioridad relativa los priva de la dicha reservada a los últimos que han llegado? ¿O bien es relativa su felicidad? La justicia divina no podría consagrar tamaña injusticia. Por medio de la pluralidad de existencias, el derecho a la felicidad es el mismo para todos, porque nadie es desheredado del progreso. Puesto que los que vivieron en tiempos de barbarie pueden regresar en tiempo de la civilización, sea al mismo pueblo o a otro, resulta que todos disfrutan de la marcha ascendente.

Pero el sistema de la unidad de las existencias ofrece en este punto otra dificultad. Según él, el alma es creada en el instante del nacimiento y, por lo tanto, si un hombre está más adelantado que otro, es porque Dios le creó un alma más adelantada. ¿Por qué este favor? ¿Qué merito tiene el que no ha vivido más que otro, menos acaso, para estar dotado de un alma superior? Mas no es esta la principal dificultad. En mil años, una nación pasa de la barbarie a la civilización. Si los hombres viviesen mil años, se concebiría que, durante ese intervalo, hubiesen tenido tiempo de progresar. Sin embargo todos los días mueren algunos, a cualquier edad. Se renuevan sin cesar, de tal modo, que cada día aparecen y desaparecen hombres. Al cabo de mil años, no queda vestigio de los antiguos habitantes, y la nación de bárbara que era, se ha trocado en civilizada. ¿Quiénes han progresado? ¿Los individuos bárbaros en otro tiempo? pero estos murieron hace mucho tiempo... ¿Los nuevamente nacidos? Pero, si sus almas son creadas en el instante de su nacimiento, no existían en los tiempos de barbarie. Y entonces se hace preciso admitir que *los esfuerzos que se hacen para civilizar un pueblo tienen el poder, no de mejorar almas imperfectas, sino de hacer que Dios cree almas más perfectas.*

Comparemos esta teoría del progreso con la dada por los Espíritus. Las almas llegadas en tiempos de civilización han tenido su infancia, como todas las otras, pero *ellas han vivido ya*, y han llegado adelantadas a consecuencia de un progreso anterior. Vienen atraídas por un medio que les es simpático, y que está en relación con su estado actual. De este modo, los cuidados empleados en la civilización de un pueblo no producen el efecto de crear para el porvenir almas más perfectas, sino el de atraer a las que ya han progresado, ya sea porque vivieron en el mismo pueblo en sus tiempos de barbarie, o porque vengan de otra parte. Esta es también la clave del progreso de toda la humanidad. Cuando todos los pueblos estén al mismo nivel respecto del sentimiento del bien, la Tierra será el asilo de Espíritus buenos únicamente, que vivirán entre sí

en unión fraternal. Y los malos, encontrándose repelidos y fuera de su esfera, irán a buscar en mundos inferiores el medio que les convenga, hasta que sean dignos de volver al nuestro ya transformado. La teoría vulgar tiene también esta consecuencia, que los trabajos de mejoramiento social solo son provechosos a las generaciones presentes y futuras. Su resultado es nulo para las generaciones pasadas, que cometieron el error de venir demasiado pronto, y que son lo que pueden ser, cargadas como están de sus actos de barbarie. Según la doctrina de los Espíritus, los progresos ulteriores son igualmente provechosos a estas últimas generaciones, que reviven en condiciones mejores, y pueden así perfeccionarse en el seno de la civilización. (Véase 222)

Civilización

790. La civilización ¿es un progreso o, según algunos filósofos⁴⁵, una decadencia de la humanidad?

«Progreso incompleto. El hombre no pasa de súbito de la infancia a la madurez.»

— **¿Es racional condenar la civilización?**

«Condenad más bien a los que abusan de ella, y no a la obra de Dios.»

791. La civilización ¿llegará a depurarse, hasta que desaparezcan los males que haya producido?

«Sí, cuando la moralidad esté tan desarrollada como la inteligencia. El fruto no puede aparecer antes que la flor.»

792. ¿Por qué la civilización no realiza inmediatamente todo el bien que podría producir?

⁴⁵ Entre ellos se encuentra J. J. Rousseau, quien afirmaba que el hombre es bueno por naturaleza, pero que la sociedad lo corrompe. (N. de L. G.)

«Porque los hombres no están aún prestos y dispuestos a obtener ese bien».

— **¿No será también porque al crear nuevas necesidades, suscita nuevas pasiones?**

«Sí, y porque todas las facultades del Espíritu no progresan a un mismo tiempo. Todo requiere tiempo. No podéis esperar frutos perfectos de una civilización incompleta».
(Véanse 751 y 780)

793. ¿En qué señales puede reconocerse una civilización completa?

«La reconoceréis por el desarrollo moral. Os creéis muy adelantados, porque habéis hecho grandes descubrimientos e inventos maravillosos, porque estáis mejor alojados y vestidos que los salvajes, pero no tendréis verdadero derecho a llamaros civilizados hasta que no hayáis desterrado de vuestra sociedad los vicios que la deshonoran, y hasta que viváis como hermanos, practicando la caridad cristiana. Hasta entonces no seréis más que pueblos ilustrados, y no habréis recorrido más que la primera fase de la civilización».

La civilización tiene sus grados como todas las cosas. Una civilización incompleta es un estado de transición que engendra males especiales, desconocidos en el estado primitivo. Pero no deja de constituir un progreso natural, necesario, que lleva en sí el remedio del mal que produce. A medida que la civilización se perfecciona, hace cesar algunos de los males que ha engendrado, males que desaparecerán con el progreso moral.

De dos pueblos llegados a la cima de la escala social, únicamente puede llamarse más civilizado, en la verdadera acepción de la palabra, aquel de ellos en que se encuentra menos egoísmo, codicia y orgullo; donde los hábitos son más intelectuales y morales que materiales; donde la inteligencia puede

desarrollarse con mayor libertad; donde hay más bondad, buena fe, benevolencia y generosidad recíprocas; donde están menos arraigados los prejuicios de casta y nacimiento, pues estos prejuicios son incompatibles con el verdadero amor al prójimo; donde las leyes no consagran ningún privilegio, y son las mismas así para el último como para el primero; donde se distribuye la justicia con menos parcialidad; donde el débil encuentra siempre apoyo contra el fuerte; donde mejor se respeta la vida, creencias y opiniones del hombre; donde menos infelicidad hay y donde, en fin, todo hombre de buena voluntad está siempre seguro de no carecer de lo necesario.

Progreso de la legislación humana

794. ¿Podría estar regida la sociedad solo por las leyes naturales, sin el concurso de las humanas?

«Podría estarlo, si se las comprendiese bien, y si se tuviese el deseo de practicarlas, ellas bastarían. Pero la sociedad tiene sus exigencias, y le son necesarias leyes particulares».

795. ¿Cuál es la causa de la inestabilidad de las leyes humanas?

«En tiempo de barbarie son los más fuertes los que hacen las leyes, y las hacen en provecho suyo. Ha sido preciso modificarlas a medida que los hombres han comprendido mejor la justicia. Las leyes humanas son más estables, a medida que se aproximan a la verdadera justicia, es decir, a medida que son hechas en provecho de todos, y que se identifican con la ley natural».

La civilización ha creado nuevas necesidades al hombre, y estas son relativas a la posición social que él se ha labrado. Ha debido regular los derechos y los deberes de semejante posición por las leyes humanas. Sin embargo, bajo la influencia de sus pasiones, ha creado con frecuencia derechos y deberes imaginarios que la ley natural condena, y que borran de sus

códigos los pueblos a medida que progresan. La ley natural es inmutable y la misma para todos. La ley humana es variable y progresiva, y solo ella ha podido consagrar en la infancia de las sociedades el derecho del más fuerte.

796. La severidad de las leyes penales ¿no es necesaria en el estado actual de la sociedad?

«Una sociedad depravada ciertamente necesita leyes más severas. Por desgracia, esas leyes se dirigen más a castigar el mal ya cometido, que a cegar la fuente del mismo mal. Solo la educación puede reformar a los hombres, y entonces no necesitarán leyes tan rigurosas».

797. ¿Cómo podrá ser llevado el hombre a reformar sus leyes?

«Esto viene naturalmente por la fuerza de las cosas y el influjo de las gentes honradas, que le guían por el camino del progreso. El hombre ya ha reformado muchas leyes y aún reformará muchas otras. ¡Espera!»

Influencia del espiritismo en el progreso

798. ¿Llegará el espiritismo a ser una creencia común o continuará siendo patrimonio de algunas personas?

«Ciertamente, llegará a ser una creencia común y señalará una nueva era en la historia de la humanidad, porque está en la naturaleza, y porque ha llegado el tiempo en que debe ingresar en los conocimientos humanos. Sin embargo, habrá que sostener grandes luchas, más contra el interés que contra la convicción, porque es preciso convencerse de que hay gentes interesadas en combatirlo, unas por amor propio y otras por causas completamente materiales. Pero sus contradictores, encontrándose cada día más aislados, se verán obligados a pensar como todo el mundo, so pena de ponerse en ridículo».

Solo a la larga y nunca súbitamente se transforman las ideas. Se debilitan de generación en generación, y concluyen por desaparecer poco a poco con los que las profesan, que son reemplazados por otros individuos imbuidos de los nuevos principios, lo mismo que acontece con las ideas políticas. Recordad el paganismo. Ciertamente no existen personas hoy que profesen las ideas religiosas de aquellos tiempos. No obstante, muchos siglos después del advenimiento del cristianismo se encontraban aún vestiglos de ellas que solo la completa renovación de los pueblos pudo borrar. Lo mismo acontecerá con el espiritismo. Hace muchos progresos, pero aún habrá por espacio de dos o tres generaciones un germen de incredulidad, que solo disipará el tiempo. Como quiera que sea, su marcha será más rápida que la del cristianismo, porque este mismo le abre el camino y en él se apoya. El cristianismo tenía que destruir. El espiritismo solo tiene que edificar.

799. ¿De qué modo el espiritismo puede contribuir al progreso?

«Destruyendo el materialismo, que es una de las plagas de la sociedad, hace ver a los hombres dónde está su verdadero interés. Al no estar el porvenir velado por la duda, el hombre comprenderá mejor que puede asegurarlo por medio del presente. Destruyendo los prejuicios de secta, de casta y de colores, enseñará a los hombres la gran solidaridad que ha de unirlos como hermanos».

800. ¿No es de temer que el espiritismo no pueda triunfar sobre la indiferencia de los hombres y de su apego a las cosas materiales?

«Se conocería muy poco a los hombres, pensando que una causa cualquiera podría transformarlos como por encanto. Las ideas se modifican poco a poco, según los individuos, y se necesitan generaciones para borrar completamente los vestigios de los hábitos antiguos. Así pues, solo a la larga puede operarse la transformación, gradualmente y poco a

poco. En cada generación desaparece una parte del velo. El espiritismo viene a rasgarlo del todo. Pero, mientras tanto, aunque no produjese otro efecto en un hombre que el de corregirle un solo defecto, sería un paso que le habrían hecho dar, y por lo mismo un gran bien, porque este primer paso le hará más fáciles los restantes».

801. ¿Por qué los Espíritus no han enseñado en todos los tiempos lo que enseñan ahora?

«Vosotros no enseñáis a los niños lo que a los adultos, ni dais al recién nacido un alimento que no podría digerir. Cada cosa a su tiempo. Los Espíritus han enseñado muchas cosas que los hombres no comprendieron o que tergiversaron, pero que ahora pueden comprender. Por medio de su enseñanza, aunque imperfecta, prepararon el terreno para recibir la semilla que actualmente fructificará».

802. Puesto que el espiritismo ha de señalar un progreso en la humanidad, ¿por qué los Espíritus no apresuran ese progreso por medio de manifestaciones tan generales y patentes que la convicción alcanzaría a los más incrédulos?

«Vosotros querriais milagros. Dios los derrama a manos llenas ante vosotros, y aún tenéis hombres que reniegan de él. El mismo Cristo ¿convenció a sus contemporáneos con los prodigios que hizo? ¿No veis hombres que niegan los hechos más patentes que ocurren en su presencia? ¿No los tenéis que dicen que no creerían, aunque viesan? No, no por medio de prodigios conducirá Dios a los hombres. En su bondad, quiere dejarles el mérito de que se convenzan por la razón».

CAPÍTULO IX

VIII. LEY DE IGUALDAD

1. IGUALDAD NATURAL. 2. DESIGUALDAD DE APTITUDES. 3. DESIGUALDADES SOCIALES. 4. DESIGUALDAD DE LAS RIQUEZAS. 5. PRUEBAS DE LA RIQUEZA Y DE LA MISERIA. 6. IGUALDAD DE DERECHOS DEL HOMBRE Y DE LA MUJER.
7. IGUALDAD ANTE LA TUMBA.

Igualdad natural

803. ¿Son todos los hombres iguales ante Dios?

«Sí, todos tienden al mismo fin, y Dios ha hecho sus leyes para todos. Vosotros decís con frecuencia: «El sol sale para todos», y decís una verdad más grande y general de lo que creéis».

Todos los hombres están sometidos a las mismas leyes naturales. Todos nacen igualmente débiles, están expuestos a los mismos dolores, y el cuerpo del rico se destruye lo mismo que el del pobre. Entonces, Dios no ha dado a ningún hombre superioridad natural, ni en cuanto al nacimiento, ni en cuanto a la muerte. Todos son iguales ante Él.

Desigualdad de aptitudes

804. ¿Por qué no ha dado Dios a todos los hombres las mismas aptitudes?

«Dios ha creado iguales a todos los Espíritus, pero cada uno de ellos ha vivido más o menos tiempo, y por consiguiente ha adquirido más o menos experiencia. La diferencia proviene de su grado de experiencia y de su voluntad,

que es el libre albedrío. De aquí que unos se perfeccionan más rápidamente, lo cual les da aptitudes diversas. La mezcla de aptitudes es necesaria, a fin de que cada uno pueda concurrir a las miras de la Providencia, en el límite del desarrollo de sus fuerzas físicas o intelectuales. Lo que no hace uno lo hace otro, y así es como cada uno tiene su misión útil. Además, siendo los mundos *solidarios unos con otros*, es preciso que los habitantes de los mundos superiores, y que en su mayor parte fueron creados antes que el vuestro, vengan a habitar a este para daros ejemplo». (Véase 361)

805. Al pasar de un mundo superior a otro inferior, ¿conserva el Espíritu la integridad de las facultades adquiridas?

«Sí, ya lo hemos dicho, el Espíritu que ha progresado no vuelve a descender. Puede elegir en estado de Espíritu una envoltura más pesada, o una posición más precaria que la que tuvo, pero todo ello para que le sirva de enseñanza y le ayude a progresar». (Véase 180)

Así pues, las diversas aptitudes del hombre no dependen de la naturaleza íntima de su creación, sino del grado de perfeccionamiento a que han llegado los Espíritus encarnados en él. Dios no ha creado, por lo tanto, la desigualdad de facultades, sino que ha permitido que los diferentes grados de desarrollo estuviesen en contacto, a fin de que los más adelantados pudiesen favorecer el progreso de los más atrasados, y también para que los hombres, necesitando unos a otros, comprendiesen la ley de caridad que ha de unirlos.

Desigualdades sociales

806. La desigualdad de condiciones sociales ¿es una ley natural?

«No, es obra del hombre y no de Dios».

— Esta desigualdad ¿desaparecerá algún día?

«Solo las leyes de Dios son eternas. ¿No ves como cada día se borra poco a poco? Semejante desigualdad desaparecerá junto con el predominio del orgullo y del egoísmo, y no subsistirá más que la desigualdad de mérito. Día vendrá en que los miembros de la gran familia de los hijos de Dios ya no se mirarán como de sangre más o menos pura. Solo el Espíritu es más o menos puro, y esto no depende de la posición social».

807. ¿Qué pensar de los que abusan de la superioridad de su posición social para oprimir en provecho suyo al débil?

«Merecen ser anatematizados. ¡Infelices de ellos! serán oprimidos a su vez, y *renacerán* a una existencia en que sufrirán todo lo que han hecho sufrir». (Véase 684)

Desigualdad de las riquezas

808. La desigualdad de las riquezas ¿tiene su origen en la desigualdad de las facultades, que da a unos más medios de adquirir dichas riquezas que a otros?

«Sí y no. ¿Qué me dices de la astucia y del robo?».

— **A pesar de ello, la riqueza hereditaria no es fruto de las malas pasiones.**

«¿Qué sabes? Remóntate hasta su origen y verás si siempre es puro. ¿Sabes si en su principio no fue fruto de una expropiación o de una injusticia? Pero sin hablar del origen, que puede ser malo, ¿crees que la codicia de los bienes, aun los mejor adquiridos, y los deseos secretos que se conciben de poseerlo antes, son sentimientos laudables? Esto es lo que Dios juzga, y te aseguro que su juicio es más severo que el de los hombres».

809. Si una fortuna ha sido mal adquirida en su origen, los que más tarde la heredan ¿son responsables?

«Es indudable que no son responsables del mal que otros

hicieron, menos aún cuando pueden ignorarlo. Pero entiendo que con mucha frecuencia una fortuna solo le cae en suerte al hombre para ofrecerle la ocasión de reparar una injusticia. ¡Dichoso él, si así lo comprende! Si lo hace en nombre de aquel que la ha cometido, a ambos se les tendrá en cuenta la reparación, porque con frecuencia este último es quien la provoca».

810. Sin apartarse de la legalidad, podemos disponer de nuestros bienes de un modo más o menos equitativo. ¿Somos responsables, después de la muerte, de las disposiciones testamentarias que hemos dictado?

«Toda acción produce sus frutos. Los de las buenas acciones son dulces. Los de las otras son siempre amargos. *Siempre*, entendedlo bien».

811. ¿Es posible la igualdad absoluta de las riquezas, y ha existido en alguna ocasión?

«No, no es posible. La diversidad de las facultades y de los caracteres se opone a ella».

— **Sin embargo, hay hombres que creen que este es el remedio de los males de la sociedad. ¿Qué pensáis sobre el particular?**

«Son sistemáticos o ambiciosos y celosos. No comprenden que la igualdad con la que sueñan sería muy pronto destruida por la fuerza de las cosas. Combatid el egoísmo, que es vuestra plaga social, y no busquéis quimeras».

812. Si la igualdad de las riquezas no es posible, ¿sucede lo mismo con el bienestar?

«No, pero el bienestar es relativo, y cada cual podría disfrutar de él, si os entendieseis... Porque el verdadero bienestar consiste en el empleo del tiempo a gusto de cada uno, y no en trabajos que no son de su agrado. Y como

cada cual tiene aptitudes diferentes, ningún trabajo útil se quedaría por hacer. Todo está equilibrado y el hombre es quien quiere desequilibrarlo».

— ¿Es posible entendernos?

«Los hombres se entenderán cuando practiquen la ley de justicia».

813. Hay personas que caen en la indigencia y en la miseria por culpa suya. ¿No puede ser responsable de ello la sociedad?

«Sí, ya lo hemos dicho, la sociedad con frecuencia es la primera responsable de esas faltas. Además, ¿no debe velar por la educación moral de las personas? A menudo la mala educación es la que ha falseado el juicio, en vez de ahogar las tendencias perniciosas». (Véase 685)

Pruebas de la riqueza y de la miseria

814. ¿Por qué ha dado Dios a unos las riquezas y el poder y a otros la miseria?

«Para probar a cada uno de un modo diferente. Por otra parte, ya lo sabéis, los mismos Espíritus son los que han elegido esas pruebas, en las cuales sucumben con frecuencia».

815. ¿Cuál de las dos pruebas es más temible para el hombre, la de la desgracia o la de la fortuna?

«Lo es tanto la una como la otra. La miseria provoca *murmuraciones* contra la Providencia, la riqueza incita a todos los excesos».

816. Si el rico está expuesto a más tentaciones, ¿no tiene también más medios de hacer el bien?

«Justamente eso es lo que no hace siempre. Se convierte en egoísta, orgulloso e insaciable. Sus necesidades aumentan con su fortuna, y nunca cree tener bastante para sí solo».

La elevación en este mundo y la autoridad sobre sus semejantes son pruebas tan peligrosas y grandes como la desgracia. Porque cuanto más rico y poderoso es un hombre, *más obligaciones tiene que cumplir*, y mayores son los medios de hacer bien y mal. Dios prueba al pobre por medio de la resignación, y al rico por el uso que hace de sus bienes y poderío.

La riqueza y el poder engendran todas las pasiones que nos apegan a la materia y nos alejan de la perfección espiritual. Por esto dijo Jesús: «En verdad os digo, que es le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios».⁴⁶ (Véase 266)

Igualdad de derechos del hombre y de la mujer

817. El hombre y la mujer ¿son iguales ante Dios y tienen los mismos derechos?

«¿No ha dado Dios a ambos la inteligencia del bien y del mal y la facultad de progresar?».

818. ¿De dónde procede la inferioridad moral de la mujer en algunos territorios?

«Del imperio injusto y cruel que el hombre ha ejercido sobre ella. Es resultado de las instituciones sociales y del abuso de la fuerza respecto de la debilidad. Entre hombres poco avanzados moralmente, la fuerza es el derecho».

819. ¿Con qué objeto la mujer es más débil físicamente que el hombre?

«Para señalarle funciones particulares. El hombre es para los trabajos rudos, como más fuerte que es. La mujer, para los trabajos delicados. Y ambos para ayudarse mutuamente a pasar las pruebas de una vida llena de amargas».

⁴⁶ San Mateo 19:24.

820. La debilidad física de la mujer ¿no la pone naturalmente bajo la dependencia del hombre?

«Dios ha dotado a unos de fuerza para que protejan al débil, y no para que lo esclavicen».

Dios ha adecuado la organización de cada ser a las funciones que ha de desempeñar. Si ha dado a la mujer menos fuerza física, la ha dotado al mismo tiempo de mayor sensibilidad, en relación con la delicadeza de las funciones maternas y con la debilidad de los seres confiados a su cuidado.

821. Las funciones a que está destinada la mujer por la naturaleza ¿tienen tanta importancia como las reservadas al hombre?

«Sí, e incluso mayor. Ella es quien da al hombre las primeras nociones de la vida».

822. Siendo iguales los hombres ante la ley de Dios, ¿deben serlo también ante la de los hombres?

«Este es el primer principio de justicia: *No hagáis a los otros lo que no querríais que se os hiciese*»⁴⁷.

— **Según esto, una legislación, para ser perfectamente justa, ¿debe consagrar la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer?**

«De derechos, sí. De funciones, no. Es preciso que cada uno tenga su lugar señalado: que el hombre se ocupe de lo exterior y la mujer de lo interior, cada cual según su aptitud. Para ser equitativa, la ley humana debe consagrar la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer. Todo privilegio concedido al uno o a la otra es contrario a la justicia. *La emancipación de la mujer sigue el progreso de la civilización*. Su esclavitud camina con la barbarie. Por otra

⁴⁷ San Mateo 7:12. San Lucas 6:31.

parte, los sexos no se deben más que a la organización física. Puesto que los Espíritus pueden tomar uno u otro, no existe diferencia entre ellos sobre este particular, y por lo tanto, deben gozar de los mismos derechos».

Igualdad ante la tumba

823. ¿De dónde procede el deseo de perpetuar su memoria con monumentos fúnebres?

«Último acto de orgullo».

— **Pero la suntuosidad de los monumentos fúnebres, ¿no se debe con frecuencia más a los parientes, que quieren honrar la memoria del difunto, que al mismo difunto?**

«Orgullo de los parientes que quieren glorificarse a sí mismos. ¡Oh, sí! Todas esas demostraciones no siempre se hacen por consideración al muerto, sino por amor propio y por consideración al mundo, y para hacer alarde de riquezas. ¿Crees que el recuerdo de un ser querido sea menos duradero en el corazón del pobre, porque no puede depositar más que una flor en la tumba? ¿Crees que el mármol salva del olvido al que ha sido inútil en la Tierra?»

824. ¿Censuráis de un modo absoluto la pompa de los funerales?

«No. Cuando es honor de la memoria de un hombre de bien, es justa y ejemplar».

La tumba es la reunión de todos los hombres. En ella terminan despiadadamente todas las distinciones humanas. En vano quiere el rico perpetuar su memoria con fastuosos monumentos: el tiempo los destruirá como el cuerpo, pues así lo quiere la naturaleza. El recuerdo de sus buenas y de sus malas acciones será menos perecedero que su tumba. La pompa de sus funerales no lavará sus impurezas, ni le hará ascender un escalón en la jerarquía espiritual. (Véase 320 y siguientes)

CAPÍTULO X

IX. LEY DE LIBERTAD

1. LIBERTAD NATURAL. 2. ESCLAVITUD. 3. LIBERTAD DE PENSAMIENTO. 4. LIBERTAD DE CONCIENCIA. 5. LIBRE ALBEDRÍO. 6. FATALIDAD 7. CONOCIMIENTO DEL PORVENIR. 8. RESUMEN TEÓRICO DEL MÓVIL DE LAS ACCIONES DEL HOMBRE.

Libertad natural

825. ¿Hay posiciones en el mundo en que el hombre pueda vanagloriarse de gozar de una libertad absoluta?

«No, porque todos, tanto los grandes como los pequeños, os necesitáis unos a otros».

826. ¿Cuál sería la condición en que el hombre podría gozar de libertad absoluta?

«El ermitaño en un desierto. *Desde el momento en que se reúnen dos hombres, tienen derechos que respetar y, por consiguiente, no tienen libertad absoluta*».

827. La obligación de respetar los derechos ajenos, ¿quita al hombre el derecho de ser dueño de sí mismo?

«De ningún modo, pues es un derecho que procede de la naturaleza».

828. ¿Cómo pueden conciliarse las opiniones liberales de ciertos hombres, con el despotismo que a menudo ejercen en su casa y con sus subordinados?

«Tienen la comprensión de la ley natural, pero está neutralizada por el orgullo y el egoísmo. Comprenden lo que deben hacer, cuando sus principios no son una comedia hecha por interés, pero no lo hacen».

— **¿Les serán tomados en cuenta en la otra vida los principios que han profesado en la Tierra?**

«Cuanto más inteligente es uno para comprender un principio, menos excusable es de no aplicárselo a sí mismo. En verdad os digo, que el hombre sencillo, pero sincero, está más adelantado en el camino de Dios que el que quiere parecer lo que no es».

Esclavitud

829. ¿Hay hombres que por naturaleza están condenados a ser propiedad de otros hombres?

«Toda sujeción absoluta de un hombre a otro es contraria a la ley de Dios. La esclavitud es un abuso de fuerza, que desaparece con el progreso, como desaparecerán poco a poco todos los abusos».

La ley humana que consagra la esclavitud es contraria a la naturaleza, puesto que asimila el hombre al animal y lo degrada moral y físicamente.

830. Cuando la esclavitud forma parte de las costumbres de un pueblo, ¿son reprobables los que se aprovechan de ella, ya que se limitan a adaptarse a un uso que les parece natural?

«El mal siempre es mal, y todos vuestros sofismas no lograrán que una mala acción se trueque en buena, pero la responsabilidad del mal es relativa a los medios que se tienen para comprenderlo. El que saca provecho de la ley de esclavitud es siempre culpable de una violación de la ley natural. Mas en esto, como en todo, la culpabilidad es

relativa. Puesto que la esclavitud se incorporó a las costumbres de algunos pueblos, el hombre ha podido aprovechar de buena fe una cosa que le parecía natural. Sin embargo, tan pronto como su razón más desarrollada, e ilustrada sobre todo por las luces del cristianismo, le hizo ver en el esclavo un igual suyo ante Dios, no tuvo disculpa».

831. La natural desigualdad de aptitudes ¿no pone a ciertas razas humanas bajo la dependencia de las más inteligentes?

«Sí, para ilustrarlas y no para embrutecerlas todavía más con la servidumbre. Los hombres han considerado, durante demasiado tiempo, a ciertas razas humanas como animales trabajadores dotados de brazos y manos, a quienes tenían derecho a vender como bestias de carga. Se creían de sangre más pura. ¡Insensatos, que solo ven la materia! No es la sangre más o menos pura, sino el Espíritu». (Véanse 361 y 803)

832. Hay hombres que tratan a sus esclavos con humanidad, que no permiten que carezcan de nada, y que creen que la libertad les expondría a mayores privaciones. ¿Qué decís de ellos?

«Digo que comprenden mejor sus intereses. También cuidan mucho sus bueyes y caballos, a fin de venderlos a mejor precio. No son tan culpables como los que los maltratan, pero no dejan de disponer de ellos como de una mercancía, privándoles del derecho de ser dueños de sí mismos».

Libertad de pensamiento

833. ¿Hay algo en el hombre que escape a toda coacción, y por lo cual disfrute de una libertad absoluta?

«Por el pensamiento el hombre disfruta de una libertad sin límites, puesto que el pensamiento no reconoce trabas. Puede contenerse su manifestación, pero no aniquilarlo».

834. ¿Es responsable el hombre de su pensamiento?

«Lo es ante Dios. Puesto que solo Dios puede conocerlo, lo condena o absuelve según su justicia».

Libertad de conciencia

835. La libertad de conciencia ¿es consecuencia de la libertad de pensar?

«La conciencia es un pensamiento íntimo que pertenece al hombre, como todos los otros pensamientos».

836. ¿Tiene el hombre derecho a poner obstáculos a la libertad de conciencia?

«No más que a la libertad de pensar, pues solo a Dios compete el derecho de juzgar la conciencia. Si el hombre regula con sus leyes las relaciones de los hombres entre sí, Dios por medio de las leyes de la naturaleza regula las relaciones del hombre con Dios».

837. ¿Cuál es el resultado de los obstáculos puestos a la libertad de conciencia?

«Obligar a los hombres a obrar de otro modo que como piensan, es hacer hipócritas. La libertad de conciencia es uno de los caracteres de la verdadera civilización y del progreso».

838. Toda creencia, aunque fuese notoriamente falsa, ¿es respetable?

«Toda creencia es respetable cuando es sincera y conduce a la práctica del bien. Las creencias censurables son las que conducen al mal».

839. ¿Es reprobable que avergoncemos por su creencia a aquel que no piensa como nosotros?

«Es faltar a la caridad y atentar contra la libertad de pensar».

840. ¿Se atenta contra la libertad de conciencia, poniendo trabas a creencias capaces de perturbar la sociedad?

«*Se pueden reprimir los actos, pero la creencia íntima es inaccesible*».

Reprimir los actos exteriores de una creencia, cuando perjudican en cualquier sentido a otro, no es atentar contra la libertad de conciencia, porque semejante represión deja la creencia en completa libertad.

841. Por respeto a la libertad de conciencia, ¿se debe dejar que se propaguen doctrinas perniciosas, o bien se puede, sin atentar contra aquella libertad, procurar atraer al camino de la verdad a los que están fuera de él por falsos principios?

«Ciertamente que se puede y se debe. Pero enseñad a ejemplo de Cristo, *por medio de la dulzura y de la persuasión*, y no por la fuerza, lo cual sería peor que la creencia de aquel a quien se quisiera convencer. Si es permitido imponer algo, es el bien y la fraternidad. Pero no creemos que el medio de hacerlos admisibles sea el de obrar con violencia. La convicción no se impone».

842. Puesto que todas las doctrinas tienen la pretensión de ser la única expresión de la verdad, ¿en qué señales puede reconocerse la que tiene derecho de presentarse como tal?

«Será la que haga más hombres de bien y menos hipócritas, es decir, hombres que practiquen la ley de amor y de caridad en su mayor pureza y en su más amplia aplicación. En esto conoceréis que una doctrina es buena, porque toda la

que tenga como consecuencia sembrar la desunión y establecer una demarcación entre los hijos de Dios, solo puede ser falsa y perniciosa».

Libre albedrío

843. ¿Tiene el hombre el libre albedrío de sus actos?

«Puesto que tiene la libertad de pensar, tiene la de obrar. Sin libre albedrío, el hombre sería una máquina».

844. ¿Disfruta el hombre de libre albedrío desde su nacimiento?

«Tiene libertad de obrar desde que tiene voluntad de hacer. En los primeros tiempos de la vida, la libertad es casi nula. Se desarrolla y cambia de objeto con las facultades. Puesto que el niño tiene pensamientos en relación con las necesidades de su edad, aplica su libre albedrío a las cosas que le son necesarias».

845. Las predisposiciones instintivas que trae el hombre, al nacer, ¿no son obstáculos al ejercicio de su libre albedrío?

«Las predisposiciones instintivas son las que tenía el Espíritu antes de su encarnación. Según sea este más o menos adelantado, pueden incitarlo a cometer actos reprobables, en lo que será secundado por los Espíritus que simpatizan con esas disposiciones. Sin embargo, no existe sollicitación irresistible cuando se tiene voluntad de resistir. Recordad que querer es poder». (Véase 361)

846. El organismo ¿tiene influencia en los actos de la vida? Y si tiene alguna, ¿se ejerce a expensas del libre albedrío?

«El Espíritu sufre ciertamente la influencia de la materia, que puede entorpecerle en sus manifestaciones. He aquí por qué en los mundos donde los cuerpos son menos materiales que en la Tierra, las facultades se desarrollan con

más libertad, pero el instrumento no da la facultad. Por lo demás, deben distinguirse aquí las facultades morales de las intelectuales. Si un hombre tiene instinto para el asesinato, seguramente es su propio Espíritu quien lo posee y quien se lo da, pero no sus órganos. El que aniquila su pensamiento para no ocuparse más que de la materia, se hace semejante al animal y peor aún, porque no piensa en prevenirse contra el mal, y en esto es en lo que falta, puesto que obra así voluntariamente». (Véanse 367 y siguientes, *Influencia del organismo*)

847. La perturbación de las facultades ¿quita al hombre el libre albedrío?

«Aquel cuya inteligencia está turbada por una causa cualquiera, no es dueño de su pensamiento, y por lo tanto carece de libertad. Esta perturbación es a menudo un castigo para el Espíritu que, en otra existencia, puede haber sido vano y orgulloso, y hecho mal uso de sus facultades. Puede renacer en el cuerpo de un idiota, como el déspota en el de un esclavo y el mal rico en el de un pordiosero. No obstante, el Espíritu sufre con esta violencia, de la cual tiene perfecto conocimiento. Tal es la acción de la materia». (Véase 371 y siguientes)

848. La perturbación de las facultades intelectuales a consecuencia de la embriaguez ¿excusa los actos reprobables?

«No, porque el ebrio se ha privado voluntariamente de su razón por satisfacer pasiones brutales. En vez de una sola, comete dos faltas».

849. ¿Cuál es la facultad dominante en el hombre salvaje: el instinto o el libre albedrío?

«El instinto, lo que no le priva de obrar con entera libertad respecto de ciertas cosas. Pero, como el niño, aplica esa

libertad a sus necesidades y se desarrolla con la inteligencia. Por consiguiente, tú que eres más ilustrado que un salvaje, eres más responsable de lo que haces que él».

850. La posición social ¿no es a veces un obstáculo a la entera libertad en los actos?

«La sociedad tiene sus exigencias, sin duda. Dios es justo, y todo lo toma en cuenta, pero os hace responsables de vuestros escasos esfuerzos para vencer los obstáculos».

Fatalidad

851. ¿Existe fatalidad en los acontecimientos de la vida, según el sentido dado a aquella palabra? Es decir, todos los sucesos ¿están determinados anticipadamente? Y si es así, ¿qué pasa con el libre albedrío?

«La fatalidad existe solo en virtud de la elección que ha hecho el Espíritu al encarnarse, de sufrir tal o cual prueba. Eligiéndola, se constituye una especie de destino, consecuencia misma de la posición en que se encuentra colocado. Hablo de las pruebas físicas, porque en cuanto a las pruebas morales y a la tentación, el Espíritu, al conservar su libre albedrío en el bien y en el mal, es siempre dueño de ceder o de resistir. Un Espíritu bueno, viéndole flaquear, puede venir en su ayuda, pero no influir en él hasta el punto de dominar su voluntad. Un Espíritu malo, esto es, inferior, enseñándole y exagerándole un peligro físico, puede conmoverlo y espantarlo. No obstante, la voluntad del Espíritu encarnado no dejará por ello de quedar libre de toda traba».

852. Hay personas a quienes parece perseguir la fatalidad, independientemente de su manera de obrar. ¿Está la desgracia en su destino?

«Acaso son pruebas que deben sufrir y que han elegido, Pero, una vez más, achacáis al destino lo que a menudo no es más que consecuencia de vuestra propia falta. Cuando te aflijan males, procura que tu conciencia esté pura, y estarás en parte consolado».

Las ideas falsas o exactas que nos formamos de las cosas, nos hacen triunfar o sucumbir, según nuestro carácter y posición social. Encontramos más sencillo y menos humillante para nuestro amor propio atribuir nuestros descalabros a la suerte o al destino que a nuestra propia falta. Si la influencia de los Espíritus a veces contribuye a ello, podemos siempre substraernos a esa influencia rechazando las ideas que nos sugieren, cuando son malas.

853. Ciertas personas se libran de un peligro mortal para caer en otro. Parece que no pudieran escapar de la muerte. ¿No es esto la fatalidad?

«Solo es fatal en el verdadero sentido de la palabra, el instante de la muerte. Cuando llega este momento, sea por uno o por otro medio, no podéis sustraeros a él».

— **Así, pues, cualquiera que sea el peligro que nos amenace, ¿no moriremos si no ha llegado aún nuestra hora?**

«No, no perecerás, y de ello tienes miles de ejemplos, pero llegada la hora de marchar, nada puede librate. Dios sabe anticipadamente con qué clase de muerte partirás de aquí, y a menudo también lo sabe tu Espíritu, porque le es revelado cuando elige tal o cual existencia».

854. ¿Se infiere de la infalibilidad de la hora de la muerte, que son inútiles las precauciones que se toman para evitarla?

«No, porque las precauciones que tomáis os son sugeridas con miras a evitar la muerte que os amenaza. Son uno de los medios para que no se verifique».

855. ¿Cuál es el objeto de la Providencia, haciéndonos correr peligros que no han de producirnos consecuencias?

«El peligro que tu vida ha corrido es una advertencia que tú mismo has deseado, con el fin de alejarte del mal y volverte mejor. Cuando te libras de él, estando aún bajo la influencia del peligro que has corrido, piensas más o menos decididamente, según la acción más o menos caracterizada de tus Espíritus buenos, para hacerte mejor de lo que eres. Al sobrevenir los Espíritus malos (digo malos, sobrentendiendo el mal que aún en ellos existe), te figuras que saldrás igualmente ileso de otros peligros, y dejas que tus pasiones se desenfrenen nuevamente. Por medio de los peligros que corréis, Dios os recuerda vuestra debilidad y la fragilidad de vuestra existencia. Si se examina la causa y naturaleza del peligro, se verá que, la mayor parte de las veces, sus consecuencias hubieran sido castigo de una falta cometida o de *un deber descuidado*. De este modo Dios os amonesta a que os reconcentréis en vosotros mismos y os corriáis». (Véase 526-532)

856. ¿Sabe el Espíritu de antemano la clase de muerte con que ha de sucumbir?

«Sabe que la clase de vida que ha elegido le expone a morir de este modo antes que de aquel otro. Pero sabe igualmente las luchas que habrá de sostener para evitarlo, y que, si Dios lo permite, no sucumbirá».

857. Hay hombres que desafían los peligros de los combates, en la persuasión de que aún no ha llegado su hora ¿tiene algún fundamento esa creencia?

«El hombre tiene con mucha frecuencia presentimiento de su fin, como puede tener el de que no morirá aún. Este presentimiento procede de sus Espíritus protectores, que

quieren avisarle de que esté presto a partir, o que fortalecen su ánimo en los momentos en que más lo necesita. Puede proceder también de la intuición que tiene de la existencia que ha elegido, o de la misión que ha aceptado y que sabe que ha de cumplir». (Véanse 411 y 522)

858. ¿De dónde procede que los que presienten su muerte la temen generalmente menos que los otros?

«El hombre, y no el Espíritu, es quien teme la muerte. El que la presente piensa más como Espíritu que como hombre: comprende su emancipación, y la espera».

859. Si la muerte no puede ser evitada cuando ha de tener lugar, ¿sucede lo mismo con todos los accidentes que nos sobrevienen durante el curso de la vida?

«A menudo son cosas bastante pequeñas para que podamos preveniros, y a veces hacemos que las evitéis dirigiendo vuestro pensamiento, porque nos disgusta el sufrimiento material. Con todo, esas cosas importan poco a la vida que habéis elegido. La fatalidad no consiste verdaderamente más que en la hora en que debéis aparecer y desaparecer de la Tierra».

— **¿Existen hechos que forzosamente han de acontecer, y que la voluntad de los Espíritus no puede evitar?**

«Sí, pero que tú, en estado de Espíritu, los viste y presentiste cuando hiciste tu elección. Sin embargo, no creas que todo lo que sucede está escrito, como se dice. Un acontecimiento es a menudo consecuencia de una cosa que has hecho por un acto de tu libre voluntad, de modo, que si no la hubieses hecho, el acontecimiento no habría tenido lugar. Si te quemas un dedo, eso no es nada, es consecuencia de tu imprudencia y de la materia. Solo los grandes dolores y los acontecimientos importantes, que pueden influir en la

moral, están previstos por Dios, porque son útiles a tu purificación e instrucción».

860. ¿Puede el hombre, mediante su voluntad y sus actos, lograr que ciertos acontecimientos que debían tener lugar no lo tengan y a la inversa?

«Lo puede, si esa desviación aparente puede entrar en la vida que ha elegido. Y, además, para hacer bien, como así debe ser y como este es el único objeto de la vida, puede impedir el mal, sobre todo aquel que podría contribuir a un mal mayor».

861. El hombre que comete un asesinato, ¿sabe, al escoger su existencia, que llegará a ser asesino?

«No. Sabe que, eligiendo una vida de lucha, había *posibilidades* de matar a uno de sus semejantes, pero ignora si lo hará, porque casi siempre delibera antes de cometer el crimen. Ahora bien, el que delibera sobre algo, es siempre libre de hacerlo o no hacerlo. Si el Espíritu supiese de antemano que, como hombre, debe cometer un asesinato, sería porque estaba predestinado para ello. Sabed, pues, que nadie está predestinado para un crimen, y que todo crimen o cualquier otro acto es siempre resultado de la voluntad y del libre albedrío.

»Por lo demás, vosotros confundís siempre dos cosas muy diferentes: los acontecimientos materiales de la vida y los actos de la vida moral. Si fatalidad existe a veces, es respecto de aquellos acontecimientos materiales cuya causa está fuera de vosotros y que son independientes de vuestra voluntad. En cuanto a los actos de la vida moral, emanan siempre del hombre, quien tiene siempre, por lo tanto, la libertad de elegir. Respecto de estos actos, no existe, *nunca*, fatalidad».

862. Hay personas a quienes nada sale bien y a quienes parece que persigue un genio malo en todas sus empresas. ¿No es esto lo que se puede llamar fatalidad?

«Es fatalidad, si así quieres llamarlo, pero depende de la elección de la clase de existencia, porque semejantes personas han querido ser probadas mediante una vida de desencantos, con el fin de ejercitar su paciencia y su resignación. Sin embargo, no creas que semejante fatalidad sea absoluta, pues a menudo es resultado del camino equivocado que han tomado, y que no está en relación con su inteligencia y sus aptitudes. El que quiere atravesar un río a nado, sin saber nadar, corre mucho peligro de ahogarse, y lo mismo sucede en la mayor parte de los acontecimientos de la vida. Si el hombre no emprendiese otras cosas que las que están en relación con sus facultades, llegaría a buen término casi siempre. Lo que le pierde es su amor propio y su ambición, que le hacen salir del camino, y tomar por vocación el deseo de satisfacer ciertas pasiones. Fracasa y es culpa suya, pero en vez de censurarse a sí mismo, prefiere acusar a su estrella. Tal es el caso de uno que hubiese sido un buen obrero y se hubiera ganado honradamente la vida, que será un mal poeta y se morirá de hambre. Para todos habría puesto, si cada uno supiese ocupar su lugar».

863. Las costumbres sociales ¿no obligan con frecuencia al hombre a tomar una dirección con preferencia a otra? ¿No está sometido a la censura de la opinión en la elección de sus ocupaciones? Lo que se llama respeto humano, ¿no es un obstáculo al ejercicio del libre albedrío?

«Los hombres son los que crean las costumbres sociales y no Dios. Si a ellas se someten, es porque les conviene, lo cual es también un acto de su libre albedrío, puesto que, si lo quisieran, podrían emanciparse. ¿De qué se quejan,

entonces? No es a las costumbres sociales a las que deben acusar, sino a su vano amor propio que los obliga a que prefieran morirse de hambre a faltar a ellas. Nadie les toma en cuenta ese sacrificio hecho al qué dirán, mientras que Dios les tomará el de su vanidad. No quiere esto decir que haya que desafiar innecesariamente la opinión pública, como lo hacen ciertas personas que son más originales que filósofos. Tan ilógico es exponerse a que le señalen con el dedo, o a que le miren como un animal raro, como sabio descender voluntariamente y sin murmurar, cuando no se puede permanecer en los escalones superiores de la escala».

864. Si hay personas a quienes se muestra contraria la suerte, hay otras a quienes parece favorable, pues todo les sale bien. ¿De qué depende esto?

«A menudo sucede así, porque saben arreglarse mejor; pero también puede ser eso una clase de prueba. El triunfo las embriaga. Se fían a su destino, y con frecuencia pagan más tarde esos mismos triunfos mediante crueles reveses que con prudencia hubieran podido evitar».

865. ¿Cómo puede explicarse la suerte que favorece a ciertas personas en circunstancias en que la voluntad y la inteligencia no tienen nada que ver, en el juego, por ejemplo?

«Ciertos Espíritus han elegido de antemano cierta clase de placeres. La suerte que les favorece es una tentación. El que gana como hombre pierde como Espíritu. Es una prueba para su orgullo y su codicia».

866. La fatalidad que parece presidir los destinos materiales de nuestra vida, entonces, ¿sería también efecto de nuestro libre albedrío?

«Tú mismo has elegido tu prueba. Cuanto más ruda sea y la soportes mejor, más te elevarás. Los que pasan la vida

en la abundancia y la felicidad humana son Espíritus cobardes, que permanecen estacionarios. Así el número de los infortunados supera con creces al de los felices de este mundo, dado que el mayor número de los Espíritus procuran la prueba que les sea más fructífera. Aprecian demasiado bien la futilidad de vuestras grandezas y goces. Por otra parte, la vida más feliz es siempre agitada, siempre turbada, aunque no fuese más que por la ausencia del dolor». (Véase 525 y siguientes)

867. ¿De dónde proviene el dicho *Nacer con buena estrella*?

«Antigua superstición que relacionaba las estrellas con el destino de cada hombre. Alegoría que ciertas personas cometen la majadería de tomar literalmente».

Conocimiento del porvenir

868. ¿Puede el porvenir ser revelado al hombre?

«En principio el porvenir está oculto para él, y solo en casos raros y excepcionales Dios permite su revelación».

869. ¿Con qué objeto se le oculta el porvenir al hombre?

«Si el hombre conociese el porvenir, descuidaría el presente, no obraría con la libertad actual, porque le dominaría la idea de que, si una cosa ha de suceder, no debe ocuparse de ella, o bien procuraría obstaculizarla. Dios no ha querido que así fuese, con el fin de que cada uno contribuyese a la realización de las cosas, *aún de aquellas a que quisiera oponerse*. Así pues, tú preparas con frecuencia, y sin sospecharlo, los acontecimientos que tendrán lugar durante el curso de tu vida».

870. Puesto que es útil que esté oculto el porvenir, ¿por qué permite Dios su revelación en ciertas ocasiones?

«Sucede eso cuando semejante conocimiento anticipado debe facilitar el cumplimiento de alguna cosa, en vez de obstaculizarlo, induciendo a obrar de modo distinto a como se hubiese obrado sin tener aquel conocimiento. Con frecuencia, además, es una prueba. La perspectiva de un suceso puede sugerir pensamientos más o menos buenos. Si un hombre debe saber, por ejemplo, que recibirá una herencia con que no contaba, podrá ser tentado por el sentimiento de codicia, por el placer de aumentar sus goces terrestres, por el deseo de poseer antes esa fortuna, anhelando acaso la muerte de aquel que ha de legársela. O bien, semejante perspectiva le despertará buenos sentimientos y pensamientos generosos. Si la predicción no se cumple, es otra prueba: la del modo como sobrellevará el desengaño, pero no dejará por eso de tener el mérito o demérito de los pensamientos buenos o malos, que la creencia en el acontecimiento le ha sugerido».

871. Puesto que Dios lo sabe todo, sabe igualmente si un hombre sucumbirá o no en una prueba determinada. Por lo tanto, ¿cuál es la necesidad de esa prueba, puesto que nada puede enseñarle a Dios que ya no sepa sobre ese hombre?

«Tanto valdría preguntar por qué Dios no ha creado al hombre perfecto y completo (Véase 119), porque el hombre pasa por la infancia antes de llegar a ser adulto (Véase 379). El objeto de la prueba no es el de instruir a Dios sobre ese hombre, porque Dios sabe perfectamente lo que vale, sino dejar a ese hombre toda la responsabilidad de su acción, puesto que es libre de ejecutarla o no ejecutarla. Puesto que el hombre puede elegir entre el bien y el mal, la prueba produce el efecto de ponerle en lucha contra la tentación del mal, dejándole todo el mérito de la resistencia. Luego, aunque Dios sepa muy bien de antemano si

triunfará o no, no puede en su justicia, ni castigarle, ni recompensarle por un acto que no ha realizado». (Véase 258)

Lo mismo sucede entre los hombres. Por capaz que sea un aspirante, cualquiera que sea la certeza que se tenga de que triunfará, no se le confiere grado alguno sin examen, es decir, sin prueba. De igual manera, el juez no condena al acusado sino en virtud de un hecho consumado y no por previsión de que pueda o deba consumarlo.

Cuanto más se reflexiona sobre las consecuencias que resultarían para el hombre del conocimiento del porvenir, más se comprende lo sabia que ha sido la Providencia en ocultárselo. La certeza de un acontecimiento feliz lo sumiría en la inacción. La de un suceso desgraciado, en el abatimiento. En ambos casos quedarían paralizadas sus fuerzas. He aquí por qué el porvenir no le es revelado al hombre más que como un *fin* que debe alcanzar con sus esfuerzos, pero ignorando la serie de peripecias porque ha de pasar para lograrlo. El conocimiento de todos los accidentes del camino le privaría de iniciativa y del uso de su libre albedrío. Se dejaría deslizar por la pendiente fatal de los sucesos, sin ejercitar sus facultades. Seguros del éxito de una cosa, no nos ocupamos más de ella.

Resumen teórico del móvil de las acciones del hombre

872. La cuestión del libre albedrío puede resumirse de este modo: El hombre no es fatalmente arrastrado al mal; los actos que realiza no están escritos de antemano; los crímenes que comete no son resultado de una sentencia del destino. Como prueba y como expiación, puede elegir una existencia en la que sentirá incitaciones al crimen, ya sea a consecuencia del medio en que se encuentre, o en virtud de las circunstancias que sobrevengan, pero siempre es libre de obrar o de no obrar. Así, pues, el libre albedrío existe en el estado de Espíritu para la elección

de la existencia y de las pruebas, y en estado corporal en la facultad de ceder o de resistir a las incitaciones a que voluntariamente nos hemos sometido. A la educación toca combatir esas malas tendencias, y lo hará provechosamente cuando esté basada en el estudio profundo de la naturaleza moral del hombre. Mediante el conocimiento de las leyes que rigen esa naturaleza moral, se llegará a modificarla, como se modifica la inteligencia por medio de la instrucción, y el temperamento por medio de la higiene.

El Espíritu, desprendido de la materia y en estado errante, elige sus futuras existencias corporales según el grado de perfección a que ha llegado, y en esto, como hemos dicho, consiste especialmente su libre albedrío. Semejante libertad no queda anulada por la reencarnación. Si cede a la influencia en la materia es porque sucumbe a las pruebas que él mismo ha elegido, y para que le ayuden a superarlas puede invocar la asistencia de Dios y de los Espíritus buenos». (Véase 337)

Sin libre albedrío el hombre no tiene culpa del mal, ni mérito por el bien. Esto es de tal modo reconocido, que en el mundo se proporciona siempre la censura o el elogio a la intención, es decir, a la voluntad. Ahora bien, quien dice voluntad, dice libertad. El hombre no puede, pues, buscar excusa a sus faltas en su organismo, sin abdicar de su razón y de su condición de ser humano, para asimilarse al animal. Si fuera así para el mal, igualmente sucedería para el bien. Pero cuando el hombre hace el bien, pone buen cuidado en hacer de él un mérito, sin atribuirlo a sus órganos, lo cual prueba que instintivamente no renuncia, a pesar de la opinión de algunos sistemáticos, al más bello privilegio de su especie: la libertad de pensar.

La fatalidad, tal como se la entiende vulgarmente, supone la decisión anticipada e irrevocable de todos los sucesos de la vida, cualquiera que sea su importancia. Si este fuese el orden de las

cosas, el hombre sería una máquina sin voluntad. ¿De qué le serviría su inteligencia, puesto que estaría invariablemente dominado en todos sus actos por la fuerza del destino? Si semejante doctrina fuese verdadera, sería la destrucción de toda libertad moral. No existiría responsabilidad para el hombre, y por consiguiente, ni bien, ni mal, ni crímenes, ni virtudes. Dios, soberanamente justo, no podría castigar a su criatura por faltas que no dependía de ella cometer, ni recompensarla por virtudes cuyo mérito no le correspondería. Semejante ley sería además la negación de la ley del progreso, porque el hombre que todo lo esperase de la suerte, nada intentaría para mejorar su posición, puesto que no sería ni de mejor ni de peor condición.

La fatalidad no es, sin embargo, una palabra hueca. Existe en la posición que el hombre ocupa en la Tierra y en las funciones que desempeña, a consecuencia de la clase de existencia que su Espíritu ha elegido como *prueba, expiación o misión*. El hombre sufre fatalmente todas las vicisitudes de esa existencia, y todas las *tendencias* buenas o malas que le son inherentes. Pero hasta aquí llega la fatalidad, porque depende de su voluntad el ceder o no a esas tendencias. *Los detalles de los acontecimientos están subordinados a las circunstancias que el hombre provoca por sí mismo con sus actos*, y en los cuales pueden influir los Espíritus por medio de los pensamientos que le sugieren. (Véase 459)

La fatalidad consiste, pues, en los sucesos que se presentan, puesto que son consecuencia de la elección de la existencia hecha por el Espíritu. No puede consistir en el resultado de esos sucesos, puesto que puede depender del hombre el modificar su curso con su prudencia. *La fatalidad nunca está en los hechos de la vida moral.*

Respecto a la muerte, el hombre sí que está sometido de un modo absoluto a la inexorable ley de la fatalidad, porque no

puede escapar a la sentencia que fija el término de su existencia, ni al género de muerte que debe interrumpir su curso.

Según la doctrina vulgar, el hombre toma de sí mismo todos sus instintos. Estos provienen de su organización física, de la que no puede ser responsable, o de su propia naturaleza en la que puede buscar una excusa, diciéndose que no es culpa suya el ser como es. Evidentemente es más moral la doctrina espírita. Admite en el hombre el libre albedrío en toda su plenitud. Y al decirle que si hace mal cede a una mala sugestión ajena, le deja toda la responsabilidad, puesto que le reconoce fuerza para resistir, lo que es evidentemente más fácil que si tuviese que luchar contra su propia naturaleza. Así, según la doctrina espírita, no existe incitación irresistible: El hombre siempre puede hacer oídos sordos a la voz oculta que en su foro interno le solicita al mal, como puede ignorar la voz material del que le habla. Lo puede en virtud de su voluntad, pidiendo a Dios la fuerza necesaria y reclamando a este efecto la asistencia de los Espíritus buenos. Esto es lo que nos enseña Jesús en la sublime súplica de la *oración dominical*, cuando nos hace decir: «Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.»⁴⁸

Esta teoría de la causa excitante de nuestros actos se desprende evidentemente de toda la enseñanza dada por los Espíritus. No solo es sublime por su moralidad, sino que añadimos que ensalza al hombre ante sí mismo. Lo presenta libre de sacudirse un yugo obsesor, como libre es de cerrar su casa a los inoportunos. Ya no es una máquina que obra por un impulso independiente de su voluntad, sino un ser dotado de razón que escucha, que juzga y escoge libremente entre dos consejos. Añadamos que, a pesar de esto, el hombre no queda privado de iniciativa, no deja de obrar por movimiento propio, puesto que

⁴⁸ San Mateo 6:13.

en definitiva no es más que un Espíritu encarnado que conserva, bajo la envoltura corporal, las cualidades y los defectos que poseía como Espíritu. Las faltas que cometemos tienen, pues, su primer origen en la imperfección de nuestro Espíritu, que no ha alcanzado aún la superioridad moral que tendrá algún día, pero que no carece por ello de libre albedrío. La vida corporal le es dada para que se purgue de sus imperfecciones por medio de las pruebas que sufre, y precisamente las mismas imperfecciones son las que le hacen más débil y accesible a las sugerencias de los otros Espíritus imperfectos, que de ellas se aprovechan para procurar que sucumba en la lucha que ha emprendido. Si sale victorioso de esa lucha, se eleva. Si sucumbe, se queda como era, ni peor, ni mejor. Habrá de empezar una nueva prueba, lo que puede prolongarse durante mucho tiempo. Cuanto más se purifica, más disminuyen sus lados vulnerables, y menos da pie a los que le solicitan al mal. Su fuerza moral crece en proporción de su elevación, y los malos Espíritus se alejan de él.

Todos los Espíritus, más o menos buenos, una vez encarnados, constituyen la especie humana. Y, como nuestra Tierra es uno de los mundos menos adelantados, se encuentran más Espíritus malos que buenos, de ahí por qué vemos en ella tanta perversidad. Esforcémonos, pues, por no volver a este mundo, después de la presente residencia, y por merecer ir a descansar en otro mejor, en uno de esos mundos adelantados donde el bien reina enteramente, y en el que solo recordaremos nuestro tránsito por la Tierra como un período de destierro.

CAPÍTULO XI

X. LEY DE JUSTICIA, DE AMOR Y DE CARIDAD

1. JUSTICIA Y DERECHOS NATURALES. 2. DERECHO DE PROPIEDAD. ROBO.
3. CARIDAD Y AMOR AL PRÓJIMO. 4. AMOR MATERNAL Y FILIAL.

Justicia y derechos naturales

873. El sentimiento de justicia ¿es natural o resultado de ideas adquiridas?

«De tal modo es natural, que os subleváis a la idea de una injusticia. El progreso moral desarrolla sin duda ese sentimiento, pero no lo produce: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre. He aquí por qué encontráis a menudo en hombres sencillos y primitivos nociones más exactas de la justicia que en los que saben mucho».

874. Si la justicia es una ley natural, ¿a qué se debe que los hombres la entiendan de tan diferente manera, y que uno encuentre justo lo que a otro parece injusto?

«Es porque con ese sentimiento se mezclan a menudo pasiones que lo alteran, como sucede a la mayor parte de los otros sentimientos naturales, y hacen que se vean las cosas desde un punto de vista falso».

875. ¿Cómo puede definirse la justicia?

«La justicia consiste en el respeto de los derechos de cada uno».

— ¿Qué determina esos derechos?

«Lo determinan dos cosas: la ley humana y la ley natural. Puesto que los hombres han hecho leyes apropiadas a sus costumbres y carácter, esas leyes han establecido derechos que han podido variar con el progreso de las luces. Ved si vuestras leyes, aunque imperfectas aún, consagran hoy los mismos derechos que en la Edad Media. Esos derechos caídos en desuso, y que os parecen monstruosos, parecían justos y naturales en aquella época. El derecho establecido por los hombres no está, pues, conforme siempre con la justicia. Por otra parte, solo reglamenta ciertas relaciones sociales, mientras que en la vida privada hay una multitud de actos que son únicamente de la competencia del tribunal de la conciencia».

876. Fuera del derecho consagrado por la ley humana, ¿cuál es la base de la justicia fundada en la ley natural?

«Cristo os lo dijo: *Quered para los otros lo que quisierais para vosotros mismos*⁴⁹. Dios ha depositado en el corazón de un hombre la regla de la verdadera justicia, por el deseo que siente cada uno de ver que se le respetan sus derechos. En la incertidumbre de lo que debe hacer respecto de su semejante, en una circunstancia dada, que el hombre se pregunte cómo querría que se portasen con él en esa circunstancia. Dios no podía darle una guía más segura que su propia conciencia».

El criterio de la verdadera justicia es, en efecto, el de querer para los otros lo que para sí mismo se querría, y no el de querer para sí lo que para los otros se querría, lo cual no es de ningún modo lo mismo. Como no es natural desear el mal para nosotros mismos, tomando por tipo o punto de partida nuestro deseo personal, estamos seguros de querer siempre el bien para el prójimo. En todos los tiempos y creencias, el

⁴⁹ San Mateo 7:1. San Lucas 6:31.

hombre ha procurado que prevaleciese su derecho personal.
La sublimidad de la religión cristiana consiste en haber tomado el derecho personal como base del derecho del prójimo.

877. La necesidad del hombre de vivir en sociedad ¿le impone obligaciones particulares?

«Sí, y la primera de todas es la de respetar los derechos de sus semejantes. Quien los respete será siempre justo. En vuestro mundo donde tantos hombres no practican la ley de justicia, todos toman represalias, y esto es lo que produce la perturbación y confusión de vuestra sociedad. La vida social da derechos e impone deberes recíprocos».

878. Puesto que el hombre puede engañarse a sí mismo acerca de la extensión de su derecho, ¿quién puede hacerle conocer su límite?

«El límite del derecho que reconoce a su semejante para con él en la misma circunstancia y recíprocamente».

— **Pero si cada uno se atribuye los derechos de su semejante, ¿qué sucede con la subordinación a los superiores? ¿No es esto la anarquía de todos los poderes?**

«Los derechos naturales son los mismos para todos los hombres desde el más pequeño al más grande. Dios no ha hecho a unos de barro más puro que a otros, y todos ante él son iguales. Esos derechos son eternos y los establecidos por el hombre desaparecen con las instituciones. Por lo demás, cada uno conoce muy bien su fuerza o su debilidad, y sabrá siempre tener una especie de deferencia hacia aquel que la merecerá por su virtud y ciencia. Es importante consignar esto para que los que se creen superiores conozcan sus deberes, a fin de merecer esa deferencia. La subordinación no se verá comprometida cuando la autoridad sea conferida a la sabiduría».

879. ¿Cuál sería el carácter del hombre que practicase la justicia en toda su pureza?

«El verdadero justo, a ejemplo de Jesús, porque practicaría también el amor al prójimo y la caridad, sin los cuales no existe verdadera justicia».

Derecho de propiedad. Robo

880. ¿Cuál es el primero de todos los derechos naturales del hombre?

«El derecho a la vida, y por esto nadie tiene derecho a atentar contra la vida de su semejante, ni a hacer nada que pueda comprometer su existencia corporal».

881. El derecho a la vida ¿da al hombre el de reunir medios para vivir y descansar cuando no pueda ya trabajar?

«Sí, pero debe hacerlo en familia, como la abeja, por medio de un trabajo honrado, y no amontonar como un egoísta. Hasta ciertos animales le dan el ejemplo de la previsión».

882. ¿Tiene el hombre derecho a defender lo que ha reunido con su trabajo?

«¿No dijo Dios: “No robarás”⁵⁰, y Jesús: “Dad al César lo que es del César”?»⁵¹.

Lo que el hombre reúne por medio del trabajo *honrado* es una propiedad legítima que tiene derecho a defender, porque la propiedad que es fruto del trabajo es un derecho tan sagrado como el de trabajar y vivir.

883. El deseo de poseer ¿es natural?

⁵⁰ Éxodo 20:15. Deuteronomio 5:19.

⁵¹ San Mateo 22:21. San Marcos 12:17. San Lucas 20:25.

«Sí, pero cuando es para sí exclusivamente y para satisfacción personal, es egoísmo».

— **Sin embargo, ¿no es legítimo el derecho de poseer, ya que el que tiene con qué vivir no es una carga para nadie?**

«Hay hombres insaciables que acumulan sin provecho para nadie, o con objeto de satisfacer sus pasiones. ¿Crees que esto puede ser bien visto por Dios? Por el contrario, aquel que reúne con su trabajo con miras a ayudar a sus semejantes, practica la ley de amor y de caridad, y su trabajo es bendecido por Dios».

884. ¿Cuál es el carácter de la propiedad legítima?

«Solo es legítima la propiedad que ha sido adquirida sin perjuicio de otro». (Véase 808)

La ley de amor y de justicia, al prohibirnos que hagamos a otro lo no quisiéramos que se nos hiciese, condena por lo mismo todo medio de adquirir que sea contrario a esa ley.

885. ¿Es indefinido el derecho de propiedad?

«No hay duda en que todo lo que es legítimamente adquirido es una propiedad. Pero, como hemos dicho, dado que la legislación de los hombres es imperfecta, consagra a menudo derechos convencionales que reprueba la justicia natural. Por esto los hombres reforman sus leyes a medida que se realiza el progreso y comprenden mejor la justicia. Lo que a un siglo parece perfecto al siguiente le parece bárbaro». (Véase 795)

Caridad y amor al prójimo

886. ¿Cuál es el verdadero sentido de la palabra *caridad* tal como la entendía Jesús?

«Benevolencia para con todos, indulgencia con las imperfecciones de los otros, perdón de las ofensas».

El amor y la caridad son complemento de la ley de justicia, porque amar al prójimo es hacerle todo el bien que nos es posible y que quisiéramos que a nosotros se nos hiciese. Tal es el sentido de las palabras de Jesús: *Amaos unos a otros como hermanos*.⁵²

La caridad, según Jesús, no está reducida a la limosna, sino que comprende todas las relaciones que tenemos con nuestros semejantes, ya sean nuestros inferiores, iguales o superiores. Nos ordena la indulgencia, porque de ella necesitamos nosotros, y nos prohíbe humillar al desgraciado, muy al contrario de lo que se hace con demasiada frecuencia. Si es rica la persona que se presenta, se le tienen mil miramientos y consideraciones, pero, si es pobre, parece que no hay necesidad de tomarse por ella ninguna molestia. Y, por el contrario, cuanto más lastimera es su situación, más debe temerse aumentar con la humillación su desgracia. El hombre verdaderamente bueno procura realzar al inferior ante sus propios ojos, disminuyendo la distancia entre ellos.

887. Jesús dijo también: *Amad a vuestros enemigos*⁵³. Y el amor a nuestros enemigos ¿no es contrario a nuestras naturales tendencias?, y ¿no proviene la enemistad de falta de simpatía entre los Espíritus?

«Es indudable que no se puede tener a los enemigos un amor tierno y apasionado. Jesús no quiso decir esto. Amar a los enemigos es perdonarles y devolverles bien por mal. Así nos hacemos superiores a ellos, mientras que con la venganza nos situamos por debajo de ellos».

⁵² San Juan 13:34.

⁵³ San Mateo 5:44. San Lucas 6:27 y 35.

888. ¿Qué pensar de la limosna?

«El hombre precisado a pedir limosna se degrada moral y físicamente, se embrutece. En una sociedad basada en la ley de Dios y en la justicia debe proveerse la subsistencia del *débil* sin humillarle. Debe asegurarse la existencia a los que no pueden trabajar, sin dejar su vida *a merced de la casualidad* y de la buena voluntad».

— ¿Censuráis la limosna?

«No, lo censurable no es la limosna, sino el modo como se hace a menudo. El hombre de bien, que comprende la caridad según Jesús, sale al encuentro de la desgracia sin esperar que le tienda la mano.

»La verdadera caridad es siempre buena y benévola, y consiste tanto en la forma como en el acto. Un favor hecho con delicadeza duplica su valor. En cambio, si se hace con altanería, la necesidad puede hacerlo aceptable, mas el corazón poco se conmueve.

»Recordad también que la ostentación quita ante Dios todo el mérito al beneficio. Jesús dijo: *Que vuestra mano izquierda ignore lo que dé la derecha*⁵⁴, enseñándoos de este modo a no manchar la caridad con el orgullo.

»Es preciso distinguir la limosna propiamente dicha de la beneficencia. No siempre el que pide es el más necesitado. El temor a la humillación retiene al verdadero indigente, y a menudo sufre sin quejarse. A este es a quien el hombre verdaderamente humanitario sabe ir a buscar sin ostentación.

»Amaos unos a otros: esta es toda la ley. Ley divina por medio de la cual Dios gobierna los mundos. El amor es la

⁵⁴ San Mateo 6:3.

ley de atracción para los seres vivos y organizados. La atracción es la ley de amor para la materia inorgánica.

«No olvidéis nunca que el Espíritu, cualesquiera que sean su grado de adelanto y su situación en la reencarnación o en la erraticidad, está *siempre* entre un superior que le guía y perfecciona, y un inferior respecto del cual ha de cumplir idénticos deberes. Sed, pues, caritativos, no solo con esa caridad que os induce a sacar de vuestro bolsillo el óbolo que dais con frialdad al que se atreve a pedíroslo, sino que debéis salir al encuentro de las miserias ocultas. Sed indulgentes con los defectos de vuestros semejantes. En vez de despreciar la ignorancia y el vicio, instruid y moralizad. Sed afables y benévulos con todos los que os son inferiores. Practicad lo mismo con respecto a los seres más ínfimos de la creación, y habréis obedecido a la ley de Dios».

SAN VICENTE DE PAUL

889. ¿Hay hombres reducidos a la mendicidad por culpa suya?

«Sin duda, pero si una buena educación moral les hubiese enseñado a practicar la ley de Dios, no caerían en los excesos que ocasionan su perdición. De esto depende especialmente el mejoramiento de vuestro globo». (Véase 707)

Amor maternal y filial

890. El amor maternal ¿es una virtud o un sentimiento instintivo común a los hombres y a los animales?

«Lo uno y lo otro. La naturaleza ha dado a la madre el amor a sus hijos en beneficio de la conservación de estos. Pero semejante amor en los animales está limitado a las necesidades materiales: cesa cuando los cuidados son inútiles. En el hombre dura toda la vida, y es susceptible de un desinterés y de una abnegación que constituyen la virtud.

Sobrevive hasta la muerte, y sigue al hijo hasta más allá de la tumba. Ya veis, pues, que hay en él algo más que en el animal». (Véase 205 y 385)

891. Puesto que el amor maternal es natural, ¿cómo hay madres que aborrecen a sus hijos a menudo desde el nacimiento?

«A veces es una prueba elegida por el Espíritu del niño, o una expiación, si ha sido un mal padre, o mala madre, o mal hijo en otra existencia (Véase 392). En todo caso, la mala madre solo puede estar animada por un Espíritu malo que trata de poner trabas al del hijo, a fin de que sucumba en la prueba que ha elegido. Pero esta violación de las leyes de la naturaleza no quedará impune y el Espíritu del hijo será recompensado por los obstáculos que haya vencido».

892. Cuando los padres tienen hijos que les causan pesares, ¿son excusables si no sienten por ellos la ternura que hubiesen sentido en el caso contrario?

«No, porque es una carga que se les ha confiado, y su misión consiste en esforzarse por traerlos al bien. (Véanse 582-583) Pero esos pesares son con frecuencia resultado de la mala tendencia que les han dejado adquirir desde la infancia. Los padres cosechan entonces lo que han sembrado».

CAPÍTULO XII

PERFECCIÓN MORAL

1. LAS VIRTUDES Y LOS VICIOS. 2. SOBRE LAS PASIONES. 3. SOBRE EL EGOÍSMO.
4. CARACTERES DEL HOMBRE DE BIEN. 5. CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Las virtudes y los vicios

893. ¿Cuál es la más meritoria de todas las virtudes?

«Todas las virtudes tienen su mérito, porque todas son señales de progreso en el camino del bien. Hay virtud siempre que hay resistencia voluntaria a las sollicitaciones de las malas inclinaciones. No obstante, la sublimidad de la virtud consiste en el sacrificio voluntario del interés personal por el bien del prójimo. La virtud más meritoria es la que está fundada en la caridad más desinteresada».

894. Hay personas que hacen el bien espontáneamente, sin que hayan de vencer ningún sentimiento contrario, ¿tienen estos tanto mérito como los que han de luchar contra su propia naturaleza y la vencen?

«Los que no tienen que luchar es porque en ellos se ha realizado ya el progreso. Han luchado en otro tiempo y han vencido. Es por eso que los buenos sentimientos no les cuestan ningún esfuerzo y les parezcan muy naturales sus acciones: el bien se ha convertido para ellos en hábito. Se les debe honrar, pues, como a viejos guerreros que han ganado sus grados.

»Como estáis lejos aún de la perfección, esos ejemplos os sorprenden por el contraste, y los admiráis tanto más cuanto más raros son. Pero sabed que en los mundos más adelantados que el vuestro, es regla general lo que en el vuestro es excepción. En ellos es espontáneo por todas partes el sentimiento del bien, porque solo están habitados por Espíritus buenos, y una sola mala intención sería allí una excepción monstruosa. Es por eso que en ellos los hombres son felices. Así sucederá en la Tierra cuando la humanidad se haya transformado, y cuando comprenda y practique la caridad en su verdadera acepción».

895. Aparte de los defectos y vicios, acerca de los cuales nadie podría equivocarse, ¿cuál es la señal más característica de la imperfección?

«El interés personal. Las cualidades morales son a menudo como el dorado en un objeto de cobre, que no resiste la piedra de toque. Un hombre puede poseer cualidades reales que le hacen un hombre de bien a los ojos de los otros. Pero, aunque semejantes cualidades sean un progreso, no resisten siempre ciertas pruebas, y basta a veces tocar la fibra del interés personal para descubrir la realidad. El verdadero desinterés es algo tan raro en el mundo, que cuando se presenta se lo admira como un fenómeno.

»El apego a las cosas materiales es una señal notoria de inferioridad, porque cuanto más se apega el hombre a los bienes del mundo, menos comprende su destino. Con el desinterés prueba, por el contrario, que contempla el porvenir desde un punto de vista más elevado».

896. Hay personas desinteresadas sin discernimiento, que prodigan su hacienda sin provecho real y sin emplearla racionalmente. ¿Tienen algún mérito?

«Tienen el mérito del desinterés, pero no del bien que podrían hacer. Si el desinterés es una virtud, la prodigalidad irreflexiva es siempre una falta de juicio por lo menos. No se da la fortuna a unos para que la despilfarren, como no se da a otros para que la entierren en sus arcas. Es un depósito del que habrán de dar cuenta, porque habrán de responder de todo el bien que estaba en sus manos hacer y que no hicieron, así como de todas las lágrimas que hubieran podido enjugar con el dinero que han dado a los que no lo necesitaban».

897. El que hace el bien, no con miras a una recompensa terrena, sino con la esperanza de que se le tomará en cuenta en la otra vida, y de que su posición será mejor en consecuencia, ¿es reprehensible? y ¿perjudica a su adelanto semejante pensamiento?

«Hay que hacer el bien por caridad, es decir, con desinterés».

— Sin embargo, todos tenemos el natural deseo de adelantar para salir del penoso estado de esta vida. Los mismos Espíritus nos enseñan a practicar el bien con este objetivo. ¿Es, malo, entonces, pensar que haciendo el bien podemos esperar mejor vida que en la Tierra?

«Ciertamente que no, pero, el que hace el bien sin segunda intención y por el solo placer de ser agradable a Dios y a su prójimo que sufre, se encuentra ya en un grado de adelanto que le permitirá llegar a la dicha mucho antes que a su hermano que, más positivo, hace el bien por razonamiento y no por el natural impulso de su corazón». (Véase 894)

— ¿No hay que establecer aquí una distinción entre el bien que puede hacerse al prójimo y el cuidado que uno pone

en corregirse de sus defectos? Concebimos que hacer el bien con la idea de que se nos tomará en cuenta en la otra vida es poco meritorio. No obstante, enmendarse, vencer sus pasiones, corregir su carácter para aproximarse a los Espíritus buenos y elevarse, ¿es igualmente señal de inferioridad?

«No, no. Por hacer el bien entendemos el ser caritativo. El que calcula lo que cada buena acción puede reportarle tanto en la vida futura como en la terrestre, procede como un egoísta, pero no existe egoísmo en mejorarse con miras a acercarse a Dios, pues este es el objeto a que debe propender cada uno».

898. Puesto que la vida corporal no es más que una permanencia temporal en la Tierra, y que nuestra principal preocupación ha de ser el porvenir, ¿es útil esforzarse en adquirir conocimientos científicos que solo se relacionan con las cosas y necesidades materiales?

«Sin duda. Ante todo porque os pone en disposición de aliviar a vuestros hermanos, y después porque vuestro Espíritu se elevará más deprisa si ha progresado ya intelectualmente. En el intervalo de las encarnaciones, aprendéis en una hora lo que os costaría años en la Tierra. Ningún conocimiento es inútil. Todos contribuyen más o menos al progreso, porque el Espíritu perfecto debe saberlo todo, y porque, como debe realizarse el progreso en todos sentidos, todas las ideas adquiridas favorecen el desarrollo del Espíritu».

899. De dos hombres ricos, uno que nació en la opulencia y nunca conoció la necesidad, y el otro que debe su fortuna al trabajo, ambos la emplean exclusivamente en su satisfacción personal, ¿cuál es más culpable?

«El que conoció el sufrimiento. Sabe lo que es sufrir, conoce el dolor que no alivia, aunque con mucha frecuencia no se acuerda de ello».

900. El que acumula sin cesar y sin hacer bien a nadie, ¿tiene excusa valedera en la idea de que atesora para legar más a sus herederos?

«Eso es un compromiso con la mala conciencia».

901. De dos avaros, uno se priva de lo necesario y muere de hambre junto a su tesoro. Y el segundo solo es avaro para los demás y pródigo consigo mismo. Mientras retrocede ante el más pequeño sacrificio para hacer un servicio o algo útil, nada le cuesta satisfacer sus gustos y pasiones. Si se le pide un favor, siempre está en mala situación, pero siempre tiene lo suficiente para complacerse en sus caprichos. ¿Cuál de los dos es más culpable? y ¿cuál tendrá peor lugar en el mundo de los Espíritus?

«El que goza. Es más egoísta que avaro. El otro ha encontrado ya parte de su castigo».

902. ¿Es reprehensible envidiar la riqueza cuando es por deseo de hacer el bien?

«El sentimiento cuando es puro, es laudable, no cabe duda. Pero semejante deseo ¿es siempre completamente desinteresado y no encubre alguna pretensión personal? La primera persona a quien se desea hacer el bien ¿no es con frecuencia uno mismo?».

903. ¿Hay culpabilidad en estudiar los defectos de los otros?

«Si es para criticarlos y divulgarlos, hay mucha culpabilidad, porque es faltar a la caridad. Si es para sacar provecho del estudio y evitarlos en sí mismo, puede ser útil a veces, pero es preciso no olvidar que la indulgencia para con los

defectos ajenos es una de las virtudes comprendidas en la caridad. Antes de reprochar a los otros sus imperfecciones, ved si puede decirse otro tanto de vosotros. Procurad, pues, tener las cualidades opuestas a los defectos que criticáis en otro, que este es el medio de hacerlos superiores. Le censuráis la avaricia, sed generosos; el orgullo, sed humildes y modestos; la dureza, sed amables; la pequeñez en las acciones, sed grande en todas las vuestras. En una palabra, haced de modo que no se os pueda aplicar esta frase de Jesús: *Ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo*⁵⁵.

904. ¿Hay culpabilidad en sondear los defectos de la sociedad y en descubrirlos?

«Depende del sentimiento que conduce a hacerlo. Si el escritor no tiene otra mira que producir escándalo, se procura un goce personal presentando escenas que antes sirven de mal ejemplo que de bueno. El Espíritu aprecia, pero puede ser castigado por esa clase de placer que experimenta revelando el mal».

— **En este caso, ¿cómo juzgar la pureza de las intenciones y la sinceridad del escritor?**

«Eso no es siempre útil. Si escribe cosas buenas aprovecha de ellas. Si obra mal, esa es cuestión de conciencia que solo le atañe a él. Por lo demás, si desea probar su sinceridad, le corresponde apoyar el precepto con su propio ejemplo».

905. Ciertos autores han publicado obras muy bellas y morales que favorecen el progreso de la humanidad, pero de las cuales se han aprovechado muy poco sus autores. ¿Se les

⁵⁵ San Mateo 7:3. San Lucas 6:41-42.

toma en cuenta, como Espíritus, el bien que han hecho sus obras?

«La moral sin las acciones, es la semilla sin trabajo. ¿De qué os sirve la semilla, si no la hacéis fructificar para alimentaros? Esos hombres son más culpables, porque tenían inteligencia para comprender. Al no practicar las máximas que daban a los otros, han renunciado a recoger el fruto».

906. El que hace el bien ¿es censurable por tener conciencia de ello y confesárselo a sí mismo?

«Puesto que puede tener conciencia del mal que hace, debe tener asimismo la del bien, a fin de saber si obra bien o mal. Pesando todas sus acciones en la balanza de la ley de Dios, y sobre todo en la de la ley de justicia, de amor y de caridad, es como podrá decirse si son buenas o malas, aprobarlas o desaprobarlas. Por tanto, no puede ser reprehensible por reconocer que ha triunfado sobre las malas tendencias, y por estar satisfecho por ello, siempre que no se envanezca, pues entonces caería en otro escollo». (Véase 919)

Sobre las pasiones

907. Puesto que el principio de las pasiones está en la naturaleza, ¿es malo en sí mismo?

«No, la pasión consiste en el exceso unido a la voluntad, porque su principio ha sido dado al hombre para el bien, y las pasiones pueden conducirle a grandes cosas. El abuso que se hace de ellas es lo que causa el mal».

908. ¿Cómo puede fijarse el límite donde las pasiones cesan de ser buenas o malas?

«Las pasiones son como un caballo, que es útil cuando es domado, pero peligroso cuando el que domina es él.

Reconoced, pues, que una pasión se hace perniciosa desde el momento en que cesáis de poderla gobernar y origina un perjuicio cualquiera, ya sea para vosotros o para otros».

Las pasiones son palancas que duplican las fuerzas del hombre, y le ayudan a cumplir las miras de la Providencia. Pero si en vez de dirigir las, el hombre se deja dirigir por ellas, cae en el exceso, y la fuerza que en su mano podía hacer el bien, se vuelve contra él y le aplasta.

Todas las pasiones tienen su principio en un sentimiento o necesidad natural. El principio de las pasiones no es, pues, un mal, puesto que se apoya en una de las condiciones providenciales de nuestra existencia. La pasión, propiamente dicha, es la exageración de una necesidad o de un sentimiento. Reside en el exceso, no en la causa, y semejante exceso se convierte en mal cuando da como consecuencia un mal cualquiera.

Toda pasión que aproxima al hombre a la naturaleza animal le aleja de la espiritual.

Todo sentimiento que eleva al hombre por encima de la naturaleza animal revela el predominio del Espíritu sobre la materia y la proximidad de la perfección.

909. El hombre ¿podría con sus esfuerzos vencer siempre sus malas inclinaciones?

«Sí, y a veces con pequeños esfuerzos. Lo que falta es voluntad. ¡Ah, cuán pocos sois los que hacéis esfuerzos!».

910. ¿Puede hallar el hombre en los Espíritus una asistencia eficaz para vencer las pasiones?

«Si lo pide sinceramente a Dios y a su genio bueno, los Espíritus buenos vendrán sin duda a ayudarle, porque esta es su misión». (Véase 459)

911. ¿No hay pasiones tan vivas o irresistibles que la voluntad es impotente para vencerlas?

«Hay muchas personas que dicen: *Lo quiero*, pero la voluntad no les pasa de los labios. Quieren y están muy contentas de que no suceda. Cuando se cree no poder vencer sus pasiones es porque el Espíritu, a causa de su inferioridad, se complace en ellas. El que procura reprimirlas comprende su naturaleza espiritual, y vencerlas es para él un triunfo del Espíritu sobre la materia».

912. ¿Cuál es el medio más eficaz para combatir el predominio de la naturaleza corporal?

«Hacer abnegación de sí mismo».

Sobre el egoísmo

913. Entre los vicios, ¿cuál puede considerarse como la raíz de los otros?

«Muchas veces lo hemos dicho, el *egoísmo*. De él arrancan todos los males. Estudiad todos los vicios y encontraréis que en el fondo de todos ellos reside el egoísmo. En vano los combatiréis, y no conseguiréis extirparlos hasta que no hayáis atacado el mal en su raíz, hasta que no hayáis destruido la causa. Dirigid, pues, todos vuestros esfuerzos hacia este objetivo, porque es el verdadero cáncer de la sociedad. Cualquiera que desee aproximarse desde esta vida a la perfección moral, debe arrancar de su corazón todo sentimiento de egoísmo, porque este es incompatible con la justicia, con el amor y con la caridad: neutraliza todas las otras cualidades».

914. Puesto que el egoísmo se funda en el sentimiento de interés personal, parece muy difícil extirparlo completamente en el corazón humano, ¿llegará a conseguirse?

«A medida que los hombres se ilustran sobre las cosas espirituales, dan menos importancia a las materiales.

Además, es preciso reformar las instituciones humanas que excitan y mantienen el egoísmo. Esto depende de la educación».

915. El egoísmo, al ser inherente a la especie humana, ¿no será siempre un obstáculo para el reino del bien absoluto en la Tierra?

«Es cierto que el egoísmo es vuestro mayor mal, pero depende de la inferioridad de los Espíritus encarnados en la Tierra, y no de la misma humanidad. Luego, los Espíritus al purificarse en encarnaciones sucesivas, se desprenden del egoísmo como de sus otras impurezas. ¿No tenéis en la Tierra ningún hombre que, libre de egoísmo, practique la caridad? Hay más de los que vosotros creéis, pero no los conocéis, porque la virtud no busca el ruido de la publicidad. Y si hay uno, ¿por qué no ha de haber diez? Si diez, ¿por qué no mil? y así sucesivamente».

916. Lejos de disminuir el egoísmo, crece con la civilización que parece excitarlo y mantenerlo. ¿Cómo, pues, la causa destruirá el efecto?

«Cuanto más grande es el mal, más horrible se presenta. Era preciso que el egoísmo originase mucho mal, para que se conociese la necesidad de extirparlo. Cuando los hombres hayan sacudido el egoísmo que los domina, vivirán como hermanos sin hacerse mal, ayudándose mutuamente por el mutuo sentimiento de la *solidaridad*. Entonces el fuerte será apoyo del débil y no su opresor, y no se verán hombres faltos de lo necesario, porque todos practicarán la ley de justicia. Este es el reino del bien, de cuya preparación están encargados los Espíritus». (Véase 784)

917. ¿Qué medio hay para destruir el egoísmo?

«De todas las imperfecciones humanas, la más difícil de desarraigar es el egoísmo, porque deriva de la influencia de la materia, de la cual el hombre que está *muy próximo aún de su origen* no ha podido emanciparse. Y todo contribuye a sostener esa influencia: las leyes, la organización social y la educación. El egoísmo menguará con el predominio de la vida moral sobre la material, y sobre todo con la inteligencia que os da el espiritismo de vuestro estado futuro *real*, y no desnaturalizado por ficciones alegóricas. El espiritismo bien comprendido, y una vez identificado con las costumbres y creencias, transformará los hábitos, los usos y las relaciones sociales. El egoísmo se funda en la importancia de la personalidad. Ahora bien, el espiritismo bien comprendido, lo repito, hace ver las cosas desde tan alto que el sentimiento de la personalidad desaparece hasta cierto punto ante la inmensidad. Destruyendo semejante importancia de la personalidad, o por lo menos haciendo que se la considere tal cual es, el espiritismo combate necesariamente el egoísmo.

»Lo que a menudo hace egoísta al hombre es el roce del egoísmo de los otros, porque siente la necesidad de estar a la defensiva. Viendo que los otros piensan en sí mismos y no en él, se ve arrastrado a pensar en él y no en los otros. Cuando el principio de caridad y de fraternidad sea la base de las instituciones sociales, de las relaciones *legales* de pueblo a pueblo y de hombre a hombre, este cuidará menos de su persona, al ver que otros piensan en él. Sentirá la influencia moralizadora del ejemplo y del contacto. En presencia de ese desbordamiento de egoísmo, se necesita una verdadera virtud para hacer abnegación de su personalidad en provecho de los otros, que a menudo nada lo agradecen. A los que poseen semejante virtud es a quienes está abierto el reino de los cielos. A ellos sobre todo está reservada la

dicha de los elegidos, porque en verdad os digo que en el día de la justicia, todo el que solo en sí mismo haya pensado será separado y sufrirá por su abandono». (Véase 785)

FENELÓN

Indudablemente se hacen laudables esfuerzos para hacer que la humanidad progrese. Más que en época alguna se alientan, se estimulan, se honran los buenos sentimientos, y sin embargo el gusano roedor del egoísmo es siempre el cáncer social. Es un mal real que brota por todo el mundo y del que todos somos más o menos víctimas. Es preciso, pues, combatirlo como se combate una enfermedad epidémica, y para ello es necesario proceder como los médicos, remontarnos al origen. Busquemos en todas las partes de la organización social, desde la familia a los pueblos, desde la cabaña al palacio, todas las causas, todas las influencias patentes u ocultas, que excitan, mantienen y desarrollan el egoísmo, y una vez conocidas las causas, el remedio se presentará por sí mismo. No se tratará más que de combatir las, si no a todas a la vez, al menos por partes, y poco a poco se extirpará el veneno. La curación podrá ser larga, porque las causas son numerosas, pero no es imposible. Por lo demás, no se conseguirá si no se corta la raíz del mal por medio de la educación, no de esa que propende a hacer hombres instruidos, sino de la que tiende a hacer hombres honrados. La educación, cuando se la entiende bien, es la clave del progreso moral. Cuando se conozca el arte de manejar los caracteres, como se conoce el de manejar las inteligencias, se podrán enderezar como se enderezan los arbustos. Pero este arte requiere mucho tacto, mucha experiencia y una observación profunda. Es erróneo creer que basta tener ciencia para ejercerlo con provecho. Cualquiera que desde el nacimiento, siga así al hijo del rico, como al del pobre, y observe todas las influencias perniciosas que operan en él a causa de la debilidad, de la incuria y de la ignorancia de los que lo

dirigen, y cuán a menudo son improductivos los medios que para moralizarlo se empleen, no puede admirarse de hallar tantos defectos en el mundo. Hágase por la moral tanto como por la inteligencia, y se verá que, si hay naturalezas refractarias, hay más de los que se creen que no esperan más que un buen cultivo para dar frutos buenos. (Véase 872)

El hombre quiere ser feliz, y este sentimiento es natural. Por esta razón trabaja sin cesar por mejorar su posición en la Tierra. Busca las causas de sus males para remediarlas. Cuando comprenda que el egoísmo es una de esas causas, la que engendra el orgullo, la ambición, la codicia, la envidia, el odio y los celos, que le perjudican a cada instante, que perturba todas las relaciones sociales, provoca las disensiones y destruye la confianza, obliga a estar siempre a la defensiva contra su vecino, que hace, en fin, del amigo un enemigo, entonces comprenderá también que ese vicio es incompatible con su propia felicidad, y hasta añadimos con su propia seguridad. Cuanto más sufra a consecuencia de él, más sentirá la necesidad de combatirlo, como combate la peste, los animales nocivos y demás calamidades. Será solicitado a ello por su propio interés. (Véase 784)

El egoísmo es el origen de todos los vicios, como la caridad es el de todas las virtudes. Destruir el uno y fomentar la otra, tal debe ser el objeto de todos los esfuerzos del hombre, si quiere asegurar su dicha así en la Tierra como en el porvenir.

Caracteres del hombre de bien

918. ¿Qué señales dan a conocer en un hombre el progreso real que ha de elevar a su Espíritu en la jerarquía espírita?

«El Espíritu prueba su elevación cuando todos los actos de su vida corporal son la práctica de la ley de Dios, y cuando anticipadamente comprende la vida espiritual».

El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, de amor y de caridad en su mayor pureza. Si interroga a su conciencia sobre los hechos realizados, se preguntará si no ha violado aquella ley, si no ha hecho mal; si ha hecho todo el bien *que pudo*; si nadie ha tenido que quejarse de él; en fin, si ha hecho en otro todo lo que hubiese querido que por él se hiciera.

El hombre impregnado del sentimiento de caridad y de amor al prójimo hace el bien por el bien, sin esperar recompensa, y sacrifica su interés a la justicia.

Es bueno, humano y benévolo para con todo el mundo, porque en todos los hombres ve hermanos, sin excepción de razas y creencias.

Si Dios le ha dado poder y riqueza, ve en esas cosas UN DEPÓSITO que debe emplear para el bien, y no se envanece de ello, porque sabe que Dios, que se lo ha dado, puede quitárselo.

Si el orden social ha puesto hombres bajo su dependencia, los trata con bondad y benevolencia, porque ante Dios son iguales suyos. Emplea su poder para moralizar a aquellos y no para abrumarlos con su orgullo.

Es indulgente con las debilidades ajenas, porque sabe que él mismo necesita indulgencia, y recuerda estas palabras de Cristo: *El que no tenga pecado, arroje la primera piedra.*⁵⁶

No es vengativo: a ejemplo de Jesús, perdona las ofensas para no recordar más que los favores, porque sabe que *se le perdonará como haya perdonado*⁵⁷.

⁵⁶ San Juan 8:7.

⁵⁷ San Mateo 6:12. San Juan 11:4.

Respetar, en fin, en sus semejantes todos los derechos que dan las leyes de la naturaleza, como le gustaría que le fueran respetados a él.

Conocimiento de sí mismo

919. ¿Cuál es el medio práctico más eficaz para mejorar en esta vida y resistir a la incitación del mal?

«Un sabio de la Antigüedad os lo dijo: *Conócete a ti mismo*⁵⁸».

— Comprendemos toda la sabiduría de esta máxima, pero la dificultad consiste en conocerse a sí mismo. ¿Qué medio hay para conseguirlo?

«Haced lo que yo hacía durante mi vida terrena: al terminar el día interrogaba a mi conciencia, pasaba revista a lo que había hecho y me preguntaba si no había infringido algún deber, si nadie había tenido que quejarse de mí. Así fue como llegué a conocerme y a ver lo que en mí debía reformarse. Aquel que, cada noche, recuerde todas sus acciones del día y se pregunte el mal o el bien que ha hecho, suplicando a Dios y a su ángel guardián que le iluminen, adquirirá una gran fuerza para perfeccionarse, porque, creedlo, Dios lo asistirá. Así pues, proponed cuestiones, y preguntad lo que habéis hecho, y el objeto con que habéis obrado en tal circunstancia; si habéis hecho algo que en otro hubieseis censurado; si habéis ejecutado alguna acción que no os atreveríais a confesar. Preguntad también lo siguiente: Si Dios quisiera llamarme en este momento, al entrar en el mundo de los Espíritus donde nada hay oculto,

⁵⁸ Aforismo inscrito en el templo de Apolo en Delfos, según refiere Pausanias (*Descripción de Grecia*, 10,24,1). Se atribuye a uno de los Siete Sabios de Grecia y fue divulgado por Sócrates y Platón. (N. de L. G.)

¿tendría que temer la presencia de alguien? Examinad lo que hayáis podido hacer contra Dios, contra vuestro prójimo y contra vosotros mismos, en fin. Las contestaciones serán reposo para vuestra conciencia, o indicación de un mal que es preciso curar.

»El conocimiento de sí mismo es, pues, la clave del mejoramiento individual. Pero diréis ¿cómo juzgarse uno a sí mismo? ¿No tenemos la ilusión del amor propio que amengua las faltas y las excusas? El avaro solo se cree económico y previsor, el orgulloso no cree tener más que dignidad. Esto es muy cierto, pero tenéis un medio de comprobación que no puede engañaros. Cuando estéis indecisos acerca del valor de una de vuestras acciones, preguntaos cómo la calificaríais, si fuese de otra persona. Si la censuráis en otro, no podrá ser más legítima en vosotros, pues no tiene Dios dos medidas para la justicia. Procurad también saber lo que piensan los otros, y no olvidéis la opinión de vuestros enemigos, porque estos no tienen interés en falsear la verdad, y a menudo Dios los pone a vuestro lado como un espejo para advertiros con mayor franqueza que un amigo. Aquel, pues, que tenga la voluntad decidida de mejorarse, explore su conciencia a fin de arrancar de ella las malas inclinaciones, como de un jardín las plantas nocivas. Haga balance moral del día transcurrido, como lo hace el comerciante de sus ganancias y pérdidas, y os aseguro que el primero será más provechoso que el segundo. Si puede decirse que ha sido buena su jornada, puede dormir tranquilo y esperar sin temor el despertar a otra vida.

»Haceos, pues, preguntas claras y precisas y no temáis el multiplicarlas, que bien pueden emplearse algunos minutos para lograr una dicha eterna. ¿Acaso no trabajáis diariamente con miras a recoger medios que os permitan

descansar en la ancianidad? ¿No es semejante descanso objeto de todos vuestros deseos, objeto que os hace sufrir trabajos y privaciones momentáneas? Pues bien, ¿qué es ese descanso de algunos días, interrumpidos por las flaquezas del cuerpo, comparado con el que espera al hombre de bien? ¿No vale esto la pena de hacer algunos esfuerzos? Ya sé que muchos dicen que el presente es positivo, e incierto el porvenir. Mas precisamente esa es la idea que estamos encargados de desvanecer en vosotros, porque queremos haceros comprender aquel porvenir de tal modo, que no deje duda alguna en vuestra alma. Por esto, al principio, llamamos vuestra atención con fenómenos aptos para excitar vuestros sentidos, y luego os dimos instrucciones que cada uno de vosotros está encargado de propagar. Con este objeto hemos dictado el *Libro de los Espíritus*».

SAN AGUSTÍN

Muchas faltas que cometernos nos pasan desapercibidas. En efecto, si siguiendo el consejo de san Agustín, interrogásemos con más frecuencia a nuestra conciencia, veríamos cuántas veces hemos faltado sin pensarlo, por no examinar la naturaleza y móvil de nuestras acciones. La forma interrogativa es algo más precisa que una máxima que a menudo no nos aplicamos. Exige respuestas categóricas, afirmativas o negativas, que no dejan otra alternativa. Son otros tantos argumentos personales, y por la suma de las respuestas puede computarse la suma del bien y del mal que en nosotros existe.

ALLAN KARDEC

EL LIBRO DE LOS
ESPÍRITUS

LIBRO CUARTO

ESPERANZAS
Y CONSUELOS

- ✓ CAPÍTULO I PENAS Y GOCES TERRENALES
- ✓ CAPÍTULO II PENAS Y GOCES FUTUROS

PREGUNTAS 920-1019

CAPÍTULO I

PENAS Y GOCES TERRENALES

1. FELICIDAD Y DESGRACIA RELATIVAS. 2. PÉRDIDA DE LAS PERSONAS QUERIDAS. 3. DESENGAÑOS. AFECTOS CONTRARIADOS. 4. UNIONES ANTIPÁTICAS. 5. MIEDO A LA MUERTE. 6. HASTÍO DE LA VIDA. SUICIDIO.

Felicidad y desgracia relativas

920. ¿Puede el hombre gozar en la Tierra de una felicidad perfecta?

«No, puesto que la vida le ha sido dada como prueba o expiación, pero de él depende el dulcificar sus males y el ser tan feliz como es posible en la Tierra».

921. Es concebible que el hombre sea feliz en la Tierra cuando la humanidad se haya transformado, pero, entretanto, ¿puede cada uno asegurarse una felicidad relativa?

«La mayoría de las veces el hombre es causante de su propia desgracia. Practicando la ley de Dios, se evita muchos males, y se proporciona la mayor felicidad de que es susceptible su grosera existencia».

El hombre que está bien impregnado de su destino futuro no ve en la vida corporal más que una permanencia temporal. Es para él una parada momentánea en una mala hospedería. Se conforma fácilmente con algunos disgustos pasajeros de un viaje que ha de conducirle a una posición tanto mejor cuanto mejores preparativos haya hecho anticipadamente.

Desde esta vida somos castigados, por la infracción de las leyes de la existencia corporal, por medio de los males que son

consecuencia de esa infracción y de nuestros propios excesos. Si paso a paso nos remontamos al origen de lo que llamamos nuestras desgracias terrestres, encontraremos que, en su mayor parte, son consecuencia de la primera desviación del camino recto. Por semejante desviación hemos entrado en un mal sendero, y en consecuencia caemos en la desgracia.

922. La felicidad terrestre es relativa a la posición de cada uno. Lo que basta para la dicha de uno, constituye la desgracia de otro. Sin embargo ¿existe una medida común de felicidad para todos los hombres?

«Para la vida material es la posesión de lo necesario. Para la vida moral, la buena conciencia y la fe en el porvenir».

923. Lo que es superfluo para uno ¿no es necesario para otros, y viceversa, según su situación?

«Sí, según vuestras ideas materiales, vuestros prejuicios, vuestra ambición y todos vuestros ridículos caprichos de que dará buena cuenta la justicia, cuando comprendáis la verdad. Sin duda que el que tenía cincuenta mil libras de renta y se ve reducido a diez, se cree muy desgraciado, porque no puede darse tanta importancia, mantener lo que llama su rango, tener caballos, lacayos, satisfacer todas sus pasiones, etc. Se cree falto de lo necesario, pero francamente ¿le juzgas tan digno de lástima, cuando a su lado hay quien se muere de hambre y de frío, y no tiene donde recostar la cabeza? El sabio, para ser feliz, mira siempre hacia abajo y nunca hacia arriba, si no es para elevar su alma hacia lo infinito». (Véase 715)

924. Hay males que son independientes del modo de obrar y que alcanzan al más justo de los hombres. ¿No hay medio alguno para preservarse de ellos?

«El hombre debe entonces resignarse y sufrirlos *sin murmurar*, si quiere progresar. No obstante, encuentra siempre consuelo en su conciencia, que le ofrece la esperanza de un porvenir mejor, si hace lo necesario para lograrlo».

925. ¿Por qué favorece Dios con bienes de fortuna a ciertos hombres que parecen no haberlos merecido?

«Es un favor para aquellos que no ven más que el presente. Pero sabedlo bien, la fortuna es una prueba más peligrosa con frecuencia que la miseria». (Véase 814 y siguientes)

926. La civilización, al crear nuevas necesidades, ¿no es origen de nuevas aflicciones?

«Los males de este mundo están en razón de las necesidades *ficticias* que os creáis. El que sabe limitar sus deseos y ve sin envidia al que le es superior, se evita no pocos disgustos en esta vida. El más rico es el que menos necesidades tiene.

»Envidiáis los goces de los que os parecen los afortunados del mundo, pero ¿sabéis lo que les está reservado? Si solo para ellos gozan, son egoístas, y luego vendrán los reveses. Compadecedlos más bien. Dios permite que prospere a veces el malvado, pero no es de envidiar su dicha, porque la pagará con lágrimas amargas. Si es desgraciado el justo, es a consecuencia de una prueba que se le tomará en cuenta, si la soporta valerosamente. Recordad estas palabras de Jesús: *Bienaventurados los que sufren, porque serán consolados*⁵⁹».

927. Lo superfluo no es ciertamente indispensable para la felicidad, pero no sucede lo mismo con lo necesario. Ahora bien,

⁵⁹ San Mateo, 5:4.

¿no es real la desgracia de los que están privados de lo necesario?

«Verdaderamente el hombre solo es desgraciado cuando experimenta la falta de lo necesario para la vida y la salud del cuerpo. Semejante falta es quizá culpa suya, y entonces solo de él debe quejarse. Si es culpa de otro, la responsabilidad recaerá sobre quien haya causado su desgracia».

928. Por la especialidad de las aptitudes naturales, Dios indica evidentemente nuestra vocación en el mundo. ¿No proceden muchos males de no seguir nosotros esa vocación?

«Cierto, y a menudo son los padres los que, por orgullo y avaricia, hacen salir a los hijos del camino trazado por la naturaleza, comprometiendo su felicidad con esa desviación, de la que serán responsables».

— **Así, pues, ¿encontráis justo que el hijo de un hombre de distinguida posición haga zapatos, por ejemplo, si para ello tiene aptitud?**

«No se ha de incurrir en el absurdo ni exagerar nada, la civilización tiene sus necesidades. ¿Por qué el hijo de un hombre de distinguida posición, como dices tú, ha de hacer zapatos, si puede hacer otra cosa? Podrá siempre ser útil en la medida de sus facultades, si no se las aplica contrariamente. Así, por ejemplo, en vez de un mal abogado, sería quizá un buen mecánico, etc.».

La separación de los hombres de su esfera intelectual es seguramente una de las más frecuentes causas de desengaño. La ineptitud para la carrera abrazada es una inagotable fuente de reveses, y uniéndose después a esto el amor propio, priva al hombre caído de buscar un recurso en una profesión más humilde, y le señala el suicidio como remedio supremo para librarse de lo que él cree una humillación. *Si una educación*

moral le hubiese elevado por encima de los necios prejuicios del orgullo, jamás se le hubiera cogido desprevenido.

- 929.** Hay personas que al estar desprovistas de todo recurso, cuando la abundancia reina a su alrededor, no tienen otra perspectiva que la muerte ¿Qué partido deben tomar? ¿Deben dejarse morir de hambre?

«Jamás debe tenerse la idea de dejarse morir de hambre. Siempre se hallaría medio de alimentarse, si el orgullo no se interpusiere entre la necesidad y el trabajo. A menudo se dice: No hay oficio bajo, no es la posición lo que deshonra, pero se dice para los otros y no para sí mismo».

- 930.** Es evidente que sin los prejuicios sociales por los que nos dejamos dominar, encontraríamos siempre algún trabajo que pudiese ayudarnos a vivir, aunque tuviésemos que descender de nuestra posición. No obstante, entre las personas que no tienen prejuicios o que los pasan por alto, ¿no las hay que se encuentran en la imposibilidad de atender a sus necesidades, como consecuencia de enfermedades u otras causas independientes de su voluntad?

«En una sociedad organizada con arreglo a la ley de Cristo, nadie debe morir de hambre».

Con una organización sabia y previsoras, solo por culpa suya, puede faltar al hombre lo necesario. Sin embargo, sus propias faltas son a menudo resultado del medio en que se encuentra. Cuando el hombre practique la ley de Dios, existirá un orden social fundado en la justicia y en la solidaridad, y él mismo será mejor. (Véase 793)

- 931.** ¿Por qué en la sociedad son más numerosas las clases que sufren que las felices?

«Ninguna es completamente feliz, y lo que se cree felicidad encubre a menudo martirizadores pesares. En todas partes

existe sufrimiento. Para responder, sin embargo, a tu pensamiento, te diré que las clases que llamas desgraciadas son más numerosas, porque la Tierra es un lugar de expiación. Cuando el hombre haya hecho de ella la morada del bien y de los Espíritus buenos, dejará de ser desgraciado. La Tierra será el paraíso terrenal para él».

932. ¿Por qué en el mundo los malvados tienen con tanta frecuencia más influjo que los buenos?

«Por debilidad de los buenos. Los malvados son intrigantes y audaces. Los buenos son tímidos. Cuando estos lo quieran, se harán superiores a aquellos».

933. Si a menudo el hombre es causa de sus sufrimientos materiales, ¿sucede lo mismo con los morales?

«Mas aún, porque los sufrimientos materiales son a veces independientes de la voluntad. Pero el orgullo lastimado, la ambición frustrada, la ansiedad de la avaricia, la envidia, los celos, todas las pasiones, en una palabra, son tormentos del alma.

»¡La envidia y los celos! ¡Felices los que no conocen esos dos gusanos roedores! Para el enfermo de mal de envidia y celos no hay calma ni reposo posible: los objetos de su codicia, de su odio, de su despecho, se levantan ante él como fantasmas que no le dan tregua, y hasta durante el sueño le persiguen. El envidioso y el celoso se abrasan en constante fiebre. ¿Es esta una situación deseable? ¿No comprendéis que el hombre con semejantes pasiones se crea suplicios voluntarios y que la Tierra se convierte un verdadero infierno para él?».

Muchas expresiones pintan enérgicamente los efectos de ciertas pasiones. Se dice: «estar hinchado de orgullo», «morirse de envidia», «consumirse de celos o de ira», «amargarse la bebida

y la comida», etc., cuadro demasiado verdadero. A veces los celos no tienen un objeto determinado. Hay gentes de natural celosas de todo lo que prospera, de todo lo que sobresale de lo vulgar, aun cuando no tenga ningún interés directo, solo que ellas no pueden llegar al mismo grado. Todo lo que sobresale en el horizonte las ofusca, y si estuviesen en mayoría en la sociedad, querrían ponerlo todo a su nivel. Estos son los celos unidos a la mediocridad.

Con frecuencia solo es desgraciado el hombre por la importancia que da a las cosas del mundo. La vanidad, la codicia y la ambición frustradas son las que causan su desgracia. En cambio, si se hace superior al estrecho círculo de la vida material, si tiende sus miradas hacia lo infinito, que es su destino, las vicisitudes de la humanidad le parecen mezquinas y pueriles, como los pesares del niño que se aflige por la pérdida de un juguete que constituía su suprema felicidad.

Aquel que no ve más felicidad que en la satisfacción del orgullo y de los apetitos groseros es desgraciado cuando no puede satisfacerlos, mientras que el otro que nada superfluo desea, es feliz con lo que otros consideran calamidades.

Hablamos del hombre civilizado, porque el salvaje, cuyas necesidades son más limitadas, no tiene los mismos motivos de codicia y angustia: su modo de ver las cosas es diferente. En estado de civilización, el hombre razona su desgracia y la analiza. Por eso le afecta más, pero puede también razonar y analizar los medios de consuelo. Este consuelo lo encuentra en *el sentimiento cristiano que le da esperanza de un porvenir mejor, y en el espiritismo que le da certeza de ese porvenir.*

Pérdida de las personas queridas

934. La pérdida de las personas que nos son queridas ¿no es una de las que nos causan un pesar más legítimo puesto que esa

pérdida es irreparable e independiente de nuestra voluntad?

«Esta causa de pesar alcanza así al rico, como al pobre: es una prueba o una expiación, es la ley común. Pero es un consuelo que podáis comunicaros con vuestros amigos por los medios que tenéis, *hasta que tengáis otros más directos y más accesibles a vuestros sentidos*».

935. ¿Qué pensar de las personas que miran las comunicaciones de ultratumba como una profanación?

«No puede existir profanación cuando hay recogimiento, y cuando se hace la evocación con respeto y dignamente. Y es prueba de ello que los Espíritus que os aprecian vienen con placer. Son felices a consecuencia de vuestro recuerdo y hablando con vosotros. Habría profanación si se hiciese con ligereza».

La posibilidad de establecer comunicación con los Espíritus es muy grato consuelo, puesto que nos proporciona el medio de hablar con nuestros parientes y amigos, que han dejado la Tierra antes que nosotros. Con la evocación los aproximamos a nosotros, están a nuestro lado, nos oyen y nos responden, y, por decirlo así, concluye la separación entre ellos y nosotros. Nos ayudan con sus consejos, nos demuestran su afecto y el placer que experimentan por nuestro recuerdo. Para nosotros es una satisfacción saber que son felices, saber *por ellos mismos* los pormenores de su nueva existencia, y adquirir la certeza de que nos reuniremos con ellos.

936. ¿Cómo afecta a los Espíritus los dolores inconsolables de aquellos que los sobreviven por causa de su desencarnación?

«El Espíritu es sensible al recuerdo y pesares de los que ha amado, pero un dolor incesante e irracional le afecta penosamente, porque en ese dolor excesivo ve falta de fe en

el porvenir y de confianza en Dios, y por consiguiente un obstáculo al adelanto y acaso a la reunión».

Dado que el Espíritu es más feliz que en la Tierra, lamentar que haya perdido la vida es lamentar que sea feliz. Dos amigos están presos y encerrados en un mismo calabozo. Ambos obtendrán un día la libertad, pero uno la logra primeramente ¿Sería caritativo que el que permanece encarcelado sintiese que su amigo se viera libre antes que él? ¿No habría de su parte más egoísmo que afecto, queriendo que participe de su cautiverio y sus sufrimientos tanto tiempo como él? Pues lo mismo sucede con dos seres que se aman en la Tierra, el que primero parte es el primero en ser libre, y debemos felicitarle, esperando con paciencia el momento en que también lo seremos.

Pondremos otra comparación sobre el particular. Tenéis un amigo que se halla en situación muy penosa: su salud o sus intereses exigen que vaya a otro país donde se encontrará mejor en todos los aspectos. Momentáneamente ya no estará a vuestro lado, pero siempre mantendréis correspondencia con él. La separación, pues, no pasará de ser material. ¿Os dolería su alejamiento, puesto que sería para su bien?

La doctrina espírita, por las pruebas patentes que proporciona acerca de la vida futura, de la presencia a nuestro alrededor de aquellos a quienes hemos amado, de la continuidad de su afecto y solicitud, y por las relaciones que con ellos nos hace posible, nos ofrece un supremo consuelo en una de las más legítimas causas del dolor. Con el espiritismo cesan la soledad y el abandono, y el hombre más aislado tiene siempre amigos a su lado con quienes puede hablar.

Sufrimos con impaciencia las tribulaciones de la vida. Nos parecen tan insoportables, que no comprendemos que podamos sobrellevarlas. Sin embargo, si las hemos sufrido con valor, si hemos sabido acallar nuestras murmuraciones, nos felicitaremos de ello cuando estemos fuera de esta prisión terrestre,

como el paciente que sufre se felicita, después de curado, de haberse resignado a un tratamiento doloroso.

Desengaños. Ingratitud. Afectos contrariados

937. Los desengaños que nos hacen experimentar la ingratitud y la fragilidad de los lazos de la amistad, ¿no son también para el hombre de corazón una fuente de amargura?

«Sí, pero os enseñamos a compadecer a los ingratos y a los amigos infieles, que serán más desgraciados que vosotros. La ingratitud es hija del egoísmo, y el egoísta encontrará más tarde corazones insensibles como lo fue él. Pensad en todos aquellos que han hecho más bien que vosotros, que valían más y a quienes se ha pagado con ingratitud. Pensad que el mismo Jesús fue escarnecido y despreciado durante su vida, tratado de embaucador y de impostor, y no os admiréis de que os suceda lo mismo. Sea vuestra recompensa en el mundo el bien que habéis hecho, y no miréis lo que dicen aquellos que lo han recibido. La ingratitud es una prueba de vuestra persistencia en hacer bien, os será tomada en cuenta, y los que os han desconocido serán tanto más castigados cuanto más grande haya sido su ingratitud».

938. Los desengaños causados por la ingratitud ¿no están destinados a endurecer el corazón y cerrarlo a la sensibilidad?

«Eso sería un error, porque el hombre de corazón, como tú dices, es feliz siempre por el bien que hace. Sabe que si no se recuerda ese bien en esta vida, se recordará en otra, y que el ingrato se avergonzará y tendrá remordimientos».

— **Este pensamiento no impide que sienta herido el corazón. ¿No puede esto inspirarle la idea de que sería más feliz si fuese menos sensible?**

«Sí, si prefiere la felicidad del egoísta. ¡Triste felicidad! Que sepa, pues, que los amigos ingratos que le abandonan no son dignos de su amistad, y que se ha equivocado en la elección. Por lo tanto, no debe echarlos de menos. Más tarde encontrará otros que sabrán comprenderle mejor. Compadeced a los que tienen para con vosotros el mal comportamiento que no merecéis, porque tendrán su triste recompensa. Pero no os sintáis afectados: este es el medio de ponerlos por encima de ellos».

La naturaleza ha dado al hombre la necesidad de amar y ser amado. Uno de los mayores goces que se le conceden en la Tierra es el de encontrar corazones que simpaticen con el suyo. Así, la naturaleza le da las primicias de la dicha que le está reservada en el mundo de los Espíritus perfectos, donde todo es amor y benevolencia. Semejante goce es negado al egoísta.

Uniones antipáticas

939. Puesto que los Espíritus simpáticos son llevados a unirse, ¿a qué se debe que, entre los Espíritus encarnados, el afecto es a menudo unilateral y que el amor más sincero sea acogido con indiferencia e incluso repulsión? Por otra parte, ¿a qué se debe que el afecto más vivo entre dos seres puede trocarse en antipatía y a veces en odio?

«¿No comprendes que, aunque pasajero, ese es un castigo? Además ¿cuántos hay que creen amar perdidamente, porque solo juzgan por las apariencias, y cuando se ven obligados a vivir con las personas, no tardan en reconocer que no pasa de ser una pasión material! No basta estar prendado de una persona que os gusta y a quien creéis de buenas cualidades, pues solo viviendo realmente con ella podréis apreciarla. ¡Cuántos enlaces de personas no hay

también que, al principio, parecía que nunca llegarían a ser simpáticas, y que cuando ambas se han conocido y estudiado bien, acaban por profesarse un amor tierno y duradero, porque está basado en la estima! No hay que olvidar que es el Espíritu quien ama, no el cuerpo, y que cuando se ha disipado la ilusión material, el Espíritu ve la realidad.

«Hay dos clases de afectos: el del cuerpo y el del alma, y a menudo se toma el uno por el otro. Cuando el afecto del alma es puro y simpático, es duradero. El del cuerpo, en cambio, es percedero. Es por eso que los que creían profesarse amor eterno se odian, concluida la ilusión».

940. La falta de simpatía entre los seres destinados a vivir juntos, ¿no es también origen de pesares tanto más amargos cuanto que envenenan toda su existencia?

«Muy amargos, en efecto, pero esta es una de esas desgracias cuya causa primitiva sois a menudo vosotros mismos. En primer lugar vuestras leyes están equivocadas, porque ¿crees que Dios te obliga a estar con los que te desagradan? Y después, en esos enlaces, a menudo buscáis más la satisfacción de vuestro orgullo y ambición que la dicha de un mutuo afecto. Entonces sufrís las consecuencias de vuestros prejuicios».

— **Pero en semejante caso, ¿no hay casi siempre una víctima inocente?**

«Sí, y para ella es una dura expiación, pero la responsabilidad de su desgracia caerá sobre los que han sido su causa. Si la luz de la verdad ha penetrado en su alma, hallará consuelo en su fe en el porvenir. Por lo demás, a medida que desaparezcan los prejuicios, las causas de esas desgracias privadas desaparecerán también».

Miedo a la muerte

941. El miedo a la muerte es para muchas personas causa de perplejidad, ¿de dónde procede ese miedo, puesto que tienen ante sí el porvenir?

«Sin razón tienen ese miedo. Pero ¡qué quieres! Durante la juventud, se procura persuadirles de que hay un infierno y un paraíso, pero que es más seguro que irán al infierno, porque se les dice que aquello que está en la naturaleza es un pecado mortal para el alma. Cuando llegan a grandes, si tienen algún raciocinio, no pueden admitir eso, y se hacen ateos o materialistas, y así es como se les induce a creer que, fuera de la vida presente, nada, nada existe. En cuanto a los que han persistido en sus creencias de la infancia, temen ese fuego eterno que ha de quemarlos sin destruirlos.

»La muerte no inspira al justo miedo alguno, porque con la *fe* tiene la certeza del porvenir. La *esperanza* le hace esperar mejor vida. Y la *caridad*, cuya ley ha practicado, le da seguridad de que en el mundo en que va a entrar no encontrará ningún ser cuya presencia haya de temer». (Véase 730)

El hombre carnal, más apegado a la vida corporal que a la espiritual, tiene en la Tierra penas y goces materiales. Su dicha consiste en la satisfacción fugaz de todos sus deseos. Su alma, constantemente preocupada y afectada por las vicisitudes de la vida, se encuentra en una ansiedad y tormento perpetuos. La muerte le horroriza, porque duda de su porvenir y porque deja en la Tierra todos sus afectos y esperanzas.

El hombre moral, que se ha sobrepuesto a las necesidades ficticias creadas por las pasiones, tiene desde la Tierra goces desconocidos para el hombre material. La moderación de sus deseos da a su Espíritu calma y serenidad. Dichoso por el bien

que hace, no existen desengaños para él, y las contrariedades pasan por su alma sin dejar en ella huella dolorosa.

942. ¿No encontrarán ciertas personas algo banales estos consejos para ser felices en la Tierra? ¿No verán en ellos lo que se llama lugares comunes, verdades trilladas? Y ¿no dirán que, en definitiva, el secreto para ser feliz es el de saber soportar su desgracia?

«Los hay que dirán eso, y aún más. Pero sucede con estos lo que con ciertos enfermos a quienes los médicos prescriben una dieta, quisieran curarse sin medicamentos y sin dejar de buscarse indigestiones».

Hastío de la vida. Suicidio

943. ¿De dónde procede el hastío de la vida que se apodera de ciertos individuos, sin motivos plausibles?

«Efecto de la ociosidad, de la falta de fe, y a menudo de la saciedad. Para el que ejercita sus facultades con un objeto útil y *según sus aptitudes naturales*, el trabajo no tiene nada de árido, y la vida corre más rápidamente. Soporta las vicisitudes de su existencia con tanta más paciencia y resignación, cuanto obra con miras a la felicidad más sólida y duradera que le espera».

944. ¿Tiene el hombre derecho a disponer de su propia vida?

«No, solo Dios tiene ese derecho. El suicidio voluntario es una transgresión de esa ley».

— **El suicidio ¿no es siempre voluntario?**

«El loco que se mata no sabe lo que hace».

945. ¿Qué pensar del suicidio que tiene por causa el hastío de la vida?

«¡Insensatos! ¿por qué no trabajaban? ¡Así no les hubiera sido un peso la existencia!»

946. ¿Qué pensar del suicidio que tiene por objeto librarse de las miserias y desengaños de este mundo?

«¡Pobres Espíritus, que no tienen valor para soportar las miserias de la existencia! Dios ayuda a los que sufren, y no a los que no tienen fuerza ni valor. Las tribulaciones de la vida son pruebas o expiaciones. ¡Dichosos los que las soportan sin murmurar, porque serán recompensados! ¡Desgraciados, por el contrario, los que esperan su salvación de lo que, en su impiedad, llaman la casualidad o la fortuna! La casualidad o la fortuna, valiéndome de su lenguaje, pueden, en efecto, favorecerles un instante, pero para hacerles sentir más tarde y más cruelmente la nada de esas palabras».

— Los que han inducido al infeliz a ese acto de desesperación, ¿sufrirán las consecuencias?

«¡Oh, desgraciados de ellos! *porque responderán de él como de un asesinato*».

947. El hombre que lucha con la necesidad y que se deja morir de desesperación, ¿puede considerarse como suicida?

«Es un suicida, pero los que causan su necesidad, o que podrían remediarla, son más culpables que él, y este encontrará indulgencia. No creáis, sin embargo, que sea completamente absuelto, si ha carecido de firmeza y perseverancia, y si no ha hecho uso de toda su inteligencia para salir del atolladero. Desgraciado de él sobre todo, si su desesperación nace del orgullo. Quiero decir, si es uno de esos hombres en quienes el orgullo paraliza los recursos de la inteligencia, que se avergonzarían de deber la existencia al trabajo de sus manos, y que prefieren morir de hambre

antes que descender de lo que llaman su posición social. ¿No hay cien veces más grandeza y dignidad en luchar contra la adversidad, desafiar la crítica de un mundo fútil y egoísta que solo tiene buena voluntad con aquellos a quienes nada falta, y que os vuelve la espalda apenas lo necesitáis? Sacrificar su vida por consideración a ese mundo es estúpido, porque ningún caso hace de ello».

948. El suicidio que tiene por objeto evitar la vergüenza de una mala acción, ¿es tan reprobable como el causado por la desesperación?

«El suicidio no borra la culpa, al contrario, hay dos en lugar de una. Cuando se ha tenido valor para hacer mal, es preciso tenerlo para sufrir las consecuencias. Dios juzga y, según sea la causa, puede a veces disminuir sus rigores».

949. ¿Es excusable el suicidio cuando tiene por objeto impedir que la vergüenza recaiga en los hijos o en la familia?

«El que así obra no procede bien, pero lo cree, y Dios se lo toma en cuenta, porque es una expiación que él mismo se impone. Atenúa con la intención su falta, pero no deja de cometerla. Además, abolid los abusos de vuestra sociedad y vuestros prejuicios, y no tendréis más suicidios de esa clase».

El que se quita la vida para evitarse la vergüenza de una mala acción, prueba que atiende más a la estima de los hombres que a la de Dios, porque va a entrar en la vida espiritual cargado de sus iniquidades, y se ha privado de los medios de repararlas durante su vida. Dios es a menudo menos inexorable que los hombres. Perdona al que sinceramente se arrepiente, y nos toma en cuenta la reparación. El suicidio no repara nada.

950. ¿Qué pensar del que se quita la vida con la esperanza de llegar más pronto a otra mejor?

«¡Otra locura! Que haga el bien y tendrá más seguridad de llegar, porque retrasa su entrada en un mundo mejor, y él mismo pedirá volver para *concluir esa vida* que ha interrumpido por causa una idea falsa. Una falta, cualquiera que ella sea, no abre nunca el santuario de los elegidos».

951. ¿No es meritorio a veces el sacrificio de la vida, cuando tiene por objeto salvar la de otro, o el de ser útil a sus semejantes?

«Eso es sublime, según la intención, y el sacrificio de la vida no es un suicidio, pero Dios se opone a un sacrificio inútil y no puede verlo con placer, si lo mancha el orgullo. El sacrificio solo es meritorio por su desinterés, y el que lo hace tiene a veces una segunda intención que disminuye su valor ante Dios».

Todo sacrificio hecho a expensas de la dicha propia es un acto soberanamente meritorio ante Dios, porque es la práctica de la ley de caridad. Ahora bien, siendo la vida el bien terrestre que más aprecia el hombre, el que renuncia a ella en bien de sus semejantes no comete un atentado, sino que hace un sacrificio. Pero, antes de llevarlo a cabo, debe reflexionar si no será más útil su vida que su muerte.

952. El hombre que muere víctima de pasiones que sabe que han de apresurar su fin, pero a las cuales no le es posible resistir porque el hábito las ha convertido en verdaderas necesidades físicas, ¿comete un suicidio?

«Es un suicidio moral. ¿No comprendéis que en semejante caso el hombre es doblemente culpable? Existe entonces falta de valor y bestialidad, y además olvido de Dios».

— **¿Es más o menos culpable, que el que se quita la vida por desesperación?**

«Es más culpable, porque tiene tiempo para razonar su suicidio. En el que lo hace instantáneamente hay a veces una especie de extravío que se relaciona con la locura. El otro será mucho más castigado, porque las penas son siempre proporcionales a la conciencia que se tiene de las faltas cometidas».

953. Cuando una persona tiene ante sí una muerte inevitable y terrible ¿es culpable porque abrevia en algunos instantes sus sufrimientos con la muerte voluntaria?

«Siempre hay culpabilidad en no esperar el término fijado por Dios. Por otra parte ¿hay seguridad de que ese término haya llegado a pesar de las apariencias y que no puede recibirse a última hora un socorro inesperado?».

— **Se concibe que en circunstancias ordinarias el suicidio sea reprehensible, pero supongamos el caso en que la muerte sea inevitable y la vida se abrevia solo algunos instantes.**

«Siempre es falta de resignación y sumisión a la voluntad del Creador».

— **¿Cuáles son, en semejante caso, las consecuencias de esa acción?**

«Como siempre, una expiación proporcionada a la gravedad de la falta, según las circunstancias».

954. Una imprudencia que compromete la vida sin necesidad, ¿es reprehensible?

«No existe culpabilidad cuando no hay intención o conciencia positiva de hacer mal».

955. Las mujeres que, en ciertos países, se queman voluntariamente junto al cuerpo de sus maridos, ¿pueden considerarse como suicidas y sufren las consecuencias del suicidio?

«Obedecen a un prejuicio, y a menudo más a la fuerza que a su propia voluntad. Creen cumplir un deber, y no es este el carácter del suicidio. Su excusa es la nulidad moral de la mayor parte de ellas y su ignorancia. Esos usos bárbaros y estúpidos desaparecen con la civilización».

956. Los que, al no poder sobrellevar la pérdida de las personas queridas, se matan con la esperanza de reunirse con ellas, ¿logran su objetivo?

«El resultado es muy diferente del que esperan, y en vez de reunirse con el objeto de su afecto, se alejan de él por más tiempo, porque Dios no puede recompensar un acto de cobardía y el insulto que se le hace dudando de su providencia. Pagarán ese instante de locura con pesares mayores que los que creen abreviar y no tendrán para compensarlos la satisfacción que esperaban». (Véase 934 y siguientes)

957. ¿Cuáles son en general las consecuencias del suicidio en el estado del Espíritu?

«Las consecuencias del suicidio son muy diversas. No hay penas fijas, y en todos los casos son siempre relativas a las causas que lo han producido. Con todo, una de las consecuencias inevitables al suicida es *la contrariedad*. Por lo demás, no es una misma la suerte de todos ellos, depende de las circunstancias. Algunos expían su falta inmediatamente, y otros en una nueva existencia que será peor que aquella cuyo curso han interrumpido».

La observación muestra, en efecto, que las consecuencias del suicidio no son siempre las mismas. No obstante, las hay que son comunes a todos los casos de muerte violenta y resultado de la interrupción brusca de la vida. Ante todo lo es la persistencia más prolongada y tenaz del lazo que une el Espíritu al cuerpo, pues tiene casi siempre toda su fuerza en el momento en que se ha cortado, mientras que en la muerte natural dicho

lazo se afloja gradualmente, y a menudo se suelta antes de que esté completamente extinguida la vida. Las consecuencias de este estado de cosas son la prolongación de la turbación espírita y, luego, la ilusión que durante un tiempo más o menos largo hace creer al Espíritu que se cuenta todavía entre los vivos (Véanse 155 y 165)

La afinidad que persiste entre el Espíritu y el cuerpo produce en algunos suicidas una especie de repercusión del estado del cuerpo en el Espíritu, quien, a pesar suyo, siente los efectos de la descomposición, y experimenta una sensación llena de angustias y de horror. Este estado puede persistir tanto tiempo como hubiera debido durar la vida que esos suicidas han interrumpido. Este efecto no es general. No obstante, en ningún caso se ve el suicida libre de las consecuencias de su falta de valor, y tarde o temprano expía su culpa de uno u otro modo. De aquí que ciertos Espíritus, que habían sido muy desgraciados en la Tierra, han dicho que se habían suicidado en la existencia anterior, y que voluntariamente se habían sometido a nuevas pruebas para intentar soportarlas con más resignación. En algunos, el castigo consiste en una especie de apego a la materia, de la cual procuran deshacerse en vano para volar a mejores mundos, cuyo acceso les está prohibido. En la mayor parte, es el pesar de haber hecho una cosa inútil, puesto que solo tienen desengaños.

La religión, la moral, todas las filosofías condenan el suicidio como contrario a la ley natural. Todas nos dicen en principio que no tenemos derecho a abreviar voluntariamente nuestra vida. Pero ¿por qué no lo tenemos? ¿Por qué no es libre el hombre de poner término a sus sufrimientos? Estaba reservado al espiritismo demostrar, con el ejemplo de los que han muerto, que el suicidio no solo es una falta como infracción de una ley moral, consideración de poco peso para algunos individuos, sino que es un acto estúpido, puesto que nada se gana, ni mucho menos. No es la teoría lo que el espiritismo nos enseña, sino los hechos que presenta ante nuestros ojos.

CAPÍTULO II

PENAS Y GOCES FUTUROS

1. LA NADA. VIDA FUTURA. 2. INTUICIÓN DE LAS PENAS Y GOCES FUTUROS. 3. INTERVENCIÓN DE DIOS EN LAS PENAS Y RECOMPENSAS. 4. NATURALEZA DE LAS PENAS Y GOCES FUTUROS. 5. PENAS TEMPORALES. 6. EXPIACIÓN Y ARREPENTIMIENTO. 7. DURACIÓN DE LAS PENAS FUTURAS. 8. PARAÍSO, INFIERNO Y PURGATORIO.

La nada. Vida futura

958. ¿Por qué el hombre tiene instintivamente horror a la nada?

«Porque la nada no existe».

959. ¿De dónde viene al hombre el sentimiento instintivo de la vida futura?

«Ya lo hemos dicho: antes de su encarnación, el Espíritu conocía todas esas cosas, y el alma conserva un recuerdo vago de lo que sabe y de lo que vio en su estado espiritual».
(Véase 393)

En todas las épocas, el hombre se ha ocupado de su porvenir de ultratumba, y esto es muy natural. Cualquiera que sea la importancia que conceda a la vida presente, no puede impedirle considerar lo corta que es, y sobre todo precaria, puesto que puede ser interrumpida a cada instante, y el hombre nunca está seguro del día de mañana. ¿Qué le sucede después del instante fatal? La cuestión es grave, pues no se trata de algunos años, sino de la eternidad. El que debe pasar largos años en un país extranjero se preocupa de la posición que en él

tendrá. ¿Cómo no nos hemos de preocupar de la que tendremos al dejar este mundo, puesto que es para siempre?

La idea de la nada tiene algo que repugna a la razón. El hombre más despreocupado durante su vida, al llegar al momento supremo, se pregunta lo que va a ser de él, e involuntariamente espera.

Crear en Dios sin admitir la vida futura, sería un contrasentido. El sentimiento de una existencia mejor se encuentra en el fuero interior de todos los hombres. Dios no lo puede haber puesto allí en vano.

La vida futura implica la conservación de nuestra individualidad después de la muerte. ¿Qué nos importaría, en efecto, sobrevivir a nuestro cuerpo, si nuestra esencia moral debiera perderse en el océano de lo infinito? Para nosotros, serían las mismas consecuencias que las de la nada.

Intuición de las penas y goces futuros

960. ¿De dónde procede la creencia en las penas y recompensas futuras, que se encuentra en todos los pueblos?

«Siempre es lo mismo: presentimiento de la realidad dado al hombre por el Espíritu encarnado en él. Porque, sabedlo bien, no en vano os habla una voz interior. Vuestra equivocación es no escucharla lo suficiente. Si pensarais bien en eso más a menudo, seríais mejores».

961. En el momento de la muerte ¿cuál es el sentimiento que predomina en el mayor número de los hombres: la duda, el temor o la esperanza?

«La duda en los escépticos endurecidos, el temor en los culpables y la esperanza en los hombres de bien».

962. ¿Por qué hay escépticos, puesto que el alma da al hombre el sentimiento de las cosas espirituales?

«Hay menos de los que se creen. Muchos se hacen los descreídos⁶⁰ por orgullo durante la vida, pero en el momento de morir no son tan fanfarrones».

La consecuencia de la vida futura es la responsabilidad de nuestros actos. La razón y la justicia nos dicen que, en el reparto de la dicha a que aspira todo hombre, no pueden ser confundidos los buenos y los malvados. Dios no puede querer que unos gocen sin trabajo de los bienes a que solo con esfuerzo y perseverancia llegan los otros.

La idea que Dios nos da de su justicia y de su bondad por la sabiduría de sus leyes, no nos permite creer que el justo y el malvado sean para él iguales, ni dudar de que reciban un día, uno la recompensa y el otro el castigo, por el bien o el mal que hayan hecho. Y por esto el sentimiento innato que tenemos de la justicia nos da la intuición de las penas y recompensas futuras.

Intervención de Dios en las penas y recompensas

963. ¿Se ocupa Dios personalmente de cada hombre? ¿No es demasiado grande y nosotros demasiado pequeños, para que cada individuo en particular tenga importancia para Él?

«Dios se ocupa de todos los seres que ha creado, por pequeños que sean. Nada es demasiado pequeño para su bondad».

964. ¿Necesita Dios ocuparse de cada uno de nuestros actos para recompensarnos o castigarnos? y ¿no son insignificantes para él la mayor parte de esos actos?

⁶⁰ "Esprit fort", Véanse las preguntas 9 y 148.

«Dios tiene sus leyes que regulan todas vuestras acciones: si las violáis, culpa vuestra es. Es indudable que, cuando un hombre comete un exceso, Dios no pronuncia un fallo contra él para decirle, por ejemplo: “Has sido un glotón, voy a castigarte”. Pero ha trazado un límite. Las enfermedades, y con frecuencia la muerte, son consecuencia de los excesos. Este es el castigo que resulta de la infracción de la ley. En todo sucede lo mismo».

Todas nuestras acciones están sometidas a las leyes de Dios. No hay ninguna, *por insignificante que nos parezca*, que no pueda ser violación de semejantes leyes. Si sufrimos las consecuencias de esa violación, no debemos quejarnos más que de nosotros mismos, que nos constituimos en artífices de nuestra dicha o desdicha futura.

Esta verdad se hace sensible por medio del siguiente apólogo:

«Un padre da a su hijo educación e instrucción, es decir, los medios de saber conducirse. Le cede un campo para que lo cultive, y le dice: “Esta marcha has de adoptar, y además aquí tienes todos los aperos necesarios para que haciendo fértil este campo, asegures tu subsistencia. Te he dado instrucción para que comprendas semejantes reglas. Si las sigues, tu campo te producirá mucho y te asegurará el descanso en la ancianidad. Si no lo haces, nada te producirá y morirás de hambre”. Dicho esto, le deja obrar a su gusto».

¿No es cierto que el campo producirá a causa de los cuidados que se empleen en el cultivo, y que toda negligencia redundará en perjuicio de la cosecha? El hijo será, pues, en su ancianidad, feliz o desgraciado, según que haya seguido o descuidado la regla que su padre le ha trazado. Dios es más previsor aún, porque nos advierte a cada instante si hacemos bien o mal. Nos manda Espíritus para que nos inspiren, pero nosotros no los escuchamos. Hay también esta diferencia. Dios da siempre al hombre recursos en sus nuevas existencias para reparar sus

pasados errores, mientras que el hijo de que hablamos carece de ellos, si ha empleado mal su tiempo.

Naturaleza de las penas y goces futuros

965. Las penas y goces del alma después de la muerte, ¿tienen algo de material?

«No pueden ser materiales, puesto que el alma no es material. Lo dice el buen sentido. Esas penas y goces nada tienen de carnal y, sin embargo, son mil veces más agudos que los que experimentáis en la Tierra, porque el Espíritu, una vez desprendido, es más impresionable. La materia no embota ya sus sensaciones». (Véanse 237 a 257).

966. ¿Por qué se forma a menudo el hombre una idea tan grosera y tan absurda de las penas y goces de la vida futura?

«Inteligencia que no está bastante desarrollada aún. ¿Comprende el niño como el adulto? Por otra parte, depende también de lo que se le ha enseñado. En esto es donde se hace necesaria la reforma.

»Vuestro lenguaje es demasiado incompleto para expresar lo que está fuera de vosotros. Han sido necesarias comparaciones, y vosotros habéis tomado por realidades esas imágenes y figuras. Pero a medida que el hombre se ilustra, su pensamiento comprende las cosas que no puede expresar su lenguaje».

967. ¿En qué consiste la felicidad de los Espíritus buenos?

«En conocer todas las cosas. En no tener ni odio, ni celos, ni envidia, ni ambición, ni ninguna de las pasiones que hacen desgraciados a los hombres. El amor que los une es para ellos origen de suprema felicidad. No experimentan ni las necesidades, ni los sufrimientos, ni las angustias de la vida material. Son felices por el bien que hacen. Por lo

demás, la felicidad de los Espíritus es siempre proporcionada a su elevación. Solo los Espíritus puros gozan de la felicidad suprema, es cierto, pero todos los otros no son desgraciados. Entre los malos y los perfectos hay una infinidad de grados en que los goces son relativos al estado moral. Los que están bastante adelantados comprenden la felicidad de los que han llegado antes que ellos y aspiran a ella. Pero esta felicidad es un objeto de emulación, no de celos. Saben que de ellos depende lograrla y con este fin trabajan, pero con la tranquilidad de la buena conciencia, y son felices por no tener que sufrir lo que sufren los malos».

968. Colocáis la ausencia de necesidades materiales en el número de las condiciones de felicidad de los Espíritus. Sin embargo, la satisfacción de semejantes necesidades ¿no es para el hombre una fuente de goces?

«Sí, los goces del animal. Y cuando no puedes satisfacer esas necesidades, es un tormento».

969. ¿Qué debemos entender cuando se dice que los Espíritus puros están reunidos en el seno de Dios, y ocupados en cantar sus alabanzas?

«Esa es una alegoría que pinta la inteligencia que tienen de las perfecciones de Dios, porque lo ven y lo comprenden, pero que no deben tomarse literalmente, como tampoco muchas otras. Desde el grano de arena, todo canta, es decir, proclama el poder, la sabiduría y la bondad de Dios. Pero no creas que los Espíritus bienaventurados estén en eterna contemplación. Esto sería una dicha estúpida y monótona, y además la del egoísta, puesto que su existencia sería una inutilidad sin término. Están libres ya de las tribulaciones de la existencia corporal, lo cual es un goce. Además, según hemos dicho, conocen y saben todas las

cosas. Aprovechan la inteligencia que han adquirido para favorecer el progreso de los otros Espíritus. Esta es su ocupación y, al mismo tiempo, un goce».

970. ¿En qué consisten los sufrimientos de los Espíritus inferiores?

«Son tan variados como las causas que los han producido, y proporcionados al grado de inferioridad, como los goces lo son al de superioridad. Pueden resumirse así: Envidiar todo lo que les falta para ser felices sin poder obtenerlo. Ver la dicha sin poder alcanzarla. Pesar, celos, rabia y desesperación producidos por lo que les priva de ser felices. Remordimientos y ansiedad moral indefinibles. Desean todos los goces sin poder satisfacerlos, lo cual les atormenta».

971. ¿Es siempre buena la influencia que ejercen unos Espíritus sobre otros?

«Buena siempre de parte de los Espíritus buenos, no hay que decirlo. En cambio, los Espíritus perversos procuran alejar del camino del bien y del arrepentimiento a los que creen susceptibles de dejarse arrastrar, y a quienes con frecuencia han arrastrado al mal durante la vida».

— **De modo que ¿la muerte no nos libra de la tentación?**

«No, pero la acción de los Espíritus malos es mucho menor en los otros Espíritus que en los hombres, porque no tienen por auxiliares a las pasiones materiales». (Véase 996)

972. ¿De qué medio se valen los Espíritus malos para tentar a los otros Espíritus, al no tener el auxilio de las pasiones?

«Si las pasiones no existen materialmente, existen aún en el pensamiento de los Espíritus atrasados. Los malos fomentan esos pensamientos, arrastrando a sus víctimas a los

lugares donde se les presenta el espectáculo de esas pasiones y de todo lo que puede excitarlas».

— Pero ¿de qué sirven semejantes pasiones, puesto que no tienen objeto real?

«Este es precisamente su suplicio. El avaro ve oro que no puede poseer. El libertino, las orgías en las que no puede participar. Y el orgulloso, los honores que codicia y de los que no puede disfrutar».

973. ¿Cuáles son los mayores sufrimientos que pueden experimentar los Espíritus malos?

«No hay descripción posible de los tormentos morales que son castigo de ciertos crímenes. El mismo que los experimenta tendría trabajo en daros una idea de ellos, pero lo más horrible indudablemente es la creencia de estar eternamente condenado».

El hombre, según el estado de su inteligencia, se forma una idea más o menos elevada de las penas y goces del alma después de la muerte. Cuanto más se desarrolla la inteligencia, más se depura y se desmaterializa aquella idea. Comprende las cosas desde un punto de vista más racional, y cesa de tomar literalmente las imágenes del lenguaje figurado. La razón más ilustrada, al enseñarnos que el alma es un ser enteramente espiritual, nos dice, por lo mismo, que no puede ser afectada por las impresiones que solo obran en la materia. Sin embargo, no se sigue de aquí que esté exenta de sufrimientos, ni que no reciba castigo por sus faltas. (Véase 237)

Las comunicaciones espíritas producen el resultado de mostrarnos el estado futuro del alma, no como una teoría, sino como una realidad. Ponen ante nuestros ojos todas las peripecias de la vida de ultratumba, pero nos las ofrecen también como consecuencias perfectamente lógicas de la vida terrestre, y, aunque desprovistas del aparato fantástico creado por

la imaginación de los hombres, no son menos penosas para los que han hecho mal uso de sus facultades. La diversidad de semejantes consecuencias es infinita. Mas, en general, puede decirse que cada uno es castigado por donde ha pecado. Así es que unos lo son por la vista incesante del mal que han hecho. Otros, por los pesares, el temor, la vergüenza, la duda, el aislamiento, las tinieblas, el alejamiento de los seres queridos, etc.

974. ¿De dónde procede la doctrina del fuego eterno?

«Imagen, como muchas otras, tomada por la realidad».

— Pero ese temor ¿no puede producir buen resultado?

«Mira si refrena a muchos, incluso entre aquellos que lo predicán. Si enseñáis cosas que más tarde rechaza la razón, producís una impresión que no será duradera ni saludable».

El hombre, impotente para dar a comprender con su lenguaje la naturaleza de aquellos sufrimientos, no ha encontrado comparación más enérgica que la del fuego, porque para él el fuego es el tipo de suplicio de los más crueles y el símbolo de la acción más enérgica. Por ello, la creencia en el fuego eterno se remonta a la más alta Antigüedad y los pueblos modernos la han heredado de los antiguos. Por esta razón, también dice en su lenguaje figurado: el fuego de las pasiones, abrasarse de amor, de celos, etc.

975. Los Espíritus inferiores ¿comprenden la dicha del justo?

«Sí, y esto es lo que origina su suplicio, porque comprenden que están privados de ella por culpa suya. Por esto el Espíritu, separado de la materia, aspira a nueva existencia corporal, porque cada existencia, *si la emplea bien*, puede abreviar la duración de aquel suplicio. Entonces es cuando elige las pruebas por cuyo medio podrá expiar sus faltas. Porque, sabedlo bien, el Espíritu sufre por todo el mal que

ha hecho, o que ha causado voluntariamente, por todo el bien que hubiera podido hacer y no hizo, y *por todo el mal que resulta del bien que no ha hecho*.

»El Espíritu errante no tiene ya velo. *Está como fuera de la bruma* y ve lo que le aleja de la dicha, sufriendo entonces más, porque comprende cuán culpable ha sido. Para él *no existe ya ilusión*, sino que ve la realidad de las cosas».

El Espíritu errante abarca, por una parte, todas sus existencias pasadas; por otra, ve el porvenir prometido y comprende lo que le falta para llegar a él. Tal como un viajero que ha llegado a la cumbre de la montaña, ve el camino recorrido y el que le falta por recorrer para llegar al término.

976. La presencia de los Espíritus que sufren ¿no es para los buenos Espíritus causa de aflicción?, y entonces ¿qué viene a ser su dicha, estando perturbada?

«No es aflicción, puesto que saben que el mal concluirá, ayudan a los otros a mejorarse y les tienden la mano. Esta es su ocupación y un goce cuando obtienen buen resultado».

— **Esto se concibe por parte de Espíritus extraños o indiferentes. No obstante, el espectáculo de los pesares y sufrimientos de aquellos a quienes han amado en la Tierra, ¿no perturba su dicha?**

«Si ellos no vieran esos sufrimientos, sería por considerarlos extraños después de la muerte. Ahora bien, la religión os dice que las almas os ven, pero consideran vuestras aflicciones desde otro punto de vista. Saben que esos sufrimientos son útiles a vuestro progreso, si los soportáis con resignación. Así pues, se afligen más por la falta de valor que os detiene, que por los sufrimientos en sí mismos, que solo son pasajeros».

977. Puesto que los Espíritus no pueden ocultarse recíprocamente sus pensamientos y que los actos de la vida les son conocidos, ¿se deduciría que el culpable está perpetuamente ante su víctima?

«No puede ser de otro modo, el buen sentido lo dice».

— La divulgación de todos nuestros actos reprobables, y la perpetua presencia de los que de ellos han sido víctimas, ¿son un castigo para el culpable?

«Más grande de lo que se cree, pero hasta que haya expiado sus faltas, ya como Espíritu, ya como hombre en nuevas existencias corporales».

Al mostrarse al descubierto todo nuestro pasado, cuando estemos en el mundo de los Espíritus, el bien y el mal que hayamos hecho serán igualmente conocidos. En vano querrá el que ha hecho mal sustraerse a la mirada de sus víctimas. La inevitable presencia de estas será para él un castigo y un remordimiento incesante hasta que haya expiado sus culpas, mientras que el hombre de bien, por el contrario, solo encontrará por todas partes miradas amigas y benévolas.

En la Tierra, no hay mayor tormento para el malvado que la presencia de sus víctimas, y por esto las evita sin cesar. ¿Qué será, cuando, disipada la ilusión de las pasiones, comprenda el mal que ha hecho, vea descubiertos sus más secretos actos, desenmascarada su hipocresía y no pueda evitar ese espectáculo? Mientras que el alma del hombre perverso es presa de la vergüenza, del pesar y del remordimiento, la del justo goza de perfecta serenidad.

978. El recuerdo de las faltas que el alma ha podido cometer cuando era imperfecta, ¿no perturba su dicha incluso después de que se ha purificado?

«No, porque ha redimido sus faltas y salido victoriosa de las pruebas a que se había sometido *con este fin*».

979. Las pruebas que se han de sufrir para terminar la purificación, ¿no son para el alma una amenaza temible que perturba su dicha?

«Para el alma aún impura, sí, y por esto no puede disfrutar de una dicha perfecta, pero para la que ya está elevada, la idea de las pruebas que le restan por sufrir nada tienen de penoso».

El alma que ha llegado a cierto grado de pureza participa ya de la dicha. La embarga un sentimiento de dulce satisfacción. Es feliz por todo lo que ve y la rodea. Se levanta para ella el velo de los misterios y de las maravillas de la creación, y las perfecciones divinas se le presentan en todo su esplendor.

980. El lazo de simpatía que une a los Espíritus de un mismo orden, ¿es para ellos una fuente de felicidad?

«La unión de los Espíritus que simpatizan *con el bien* es para ellos uno de los mayores goces, porque no temen ver perturbada esa unión por el egoísmo. Forman, en el mundo completamente espiritual, familias de un mismo sentimiento, y en esto es en lo que consiste la dicha espiritual, como en vuestro mundo os agrupáis por categorías, y disfrutáis de cierto placer cuando os veis reunidos. El afecto puro y sincero que experimentan y de que son objeto, es una fuente de felicidad, porque no hay en ella amigos falsos e hipócritas».

El hombre disfruta de las primicias de esa dicha en la Tierra cuando encuentra almas con las cuales puede confundirse en pura y santa unión. En una vida más purificada, semejante dicha será inefable e ilimitada, porque no encontrará más que almas simpáticas *a quienes no enfriará el egoísmo*. Porque todo es amor en la naturaleza, y quien lo mata es el egoísmo.

981. En el estado futuro del Espíritu, ¿hay alguna diferencia entre el que durante la vida temía la muerte y el que la veía

con indiferencia y hasta con alegría?

«La diferencia puede ser muy grande. No obstante, desaparece ante las causas que engendran ese temor o ese deseo. Ya se tema a la muerte, o se la desee, puede uno ser movido a ello por muy diversos sentimientos, y estos son los que influyen en el estado del Espíritu. Es evidente, por ejemplo, que en el que desea la muerte solo porque en ella ve el término de sus tribulaciones, ese deseo es una especie de murmuración contra la Providencia y contra las pruebas que ha de sufrir».

982. ¿Es preciso hacer profesión de espiritismo y creer en las manifestaciones para asegurar nuestra suerte en la vida futura?

«Si así fuese, resultaría que todos los que no creen o que no han estado en disposición de ilustrarse estarían desheredados, lo que sería absurdo. El bien es lo que asegura la suerte venidera. El bien es siempre bien, cualquiera que sea el camino que a él conduzca». (Véanse 165 y 799)

La creencia en el espiritismo nos ayuda a mejorar, fijando las ideas sobre ciertos puntos del porvenir. Apresura el progreso de los individuos y de las masas, porque nos permite darnos cuenta de lo que algún día seremos. Es un punto de apoyo, una luz que nos guía. El espiritismo enseña a soportar las pruebas con paciencia y resignación. Nos aparta de los hechos que pueden retrasar la dicha futura. Así es como contribuye a esta felicidad, pero no se ha dicho que sin él no podamos conseguirla.

Penas temporales**983. El Espíritu que expía sus faltas en una nueva existencia, ¿no experimenta sufrimientos materiales? Y si esto es así,**

¿es exacto decir que después de la muerte el alma solo experimenta sufrimientos morales?

«Es muy cierto que cuando el alma está reencarnada las tribulaciones de la vida son un sufrimiento para ella, pero solo el cuerpo sufre materialmente.

»Con frecuencia decís del que ha muerto que ya no sufre. Esto no siempre es cierto. Como Espíritu, no experimenta dolores físicos, pero, según las faltas que haya cometido, puede sentir dolores morales más agudos, y en una nueva existencia puede ser más desgraciado aún. El mal rico pedirá limosna, siendo presa de todas las privaciones de la miseria, como el orgulloso lo será de todas las humillaciones. El que abusa de su autoridad y trata a sus subordinados con desprecio y dureza, se verá obligado a obedecer a un amo más duro aún que lo fue él. Todas las penas y tribulaciones de la vida son expiación de faltas de otra existencia, cuando no son consecuencia de las de la actual. Cuando dejéis este mundo lo comprenderéis. (Véanse 273, 393, 399)

»El hombre que se cree feliz en la Tierra porque puede satisfacer sus pasiones, es el que menos esfuerzos hace para mejorarse. A menudo expía desde esta vida esa dicha efímera, pero indudablemente la expiará en otra existencia también material».

984. Las vicisitudes de la vida ¿son siempre el castigo de las faltas actuales?

«No, ya hemos dicho que son pruebas impuestas por Dios, o escogidas por vosotros mismos en estado de Espíritu y antes de vuestra reencarnación, para expiar las faltas cometidas en otra existencia. Nunca las infracciones a las leyes de Dios, y sobre todo a la ley de justicia, quedan

impunes. Si no es en esta vida, necesariamente será en otra. Por esta razón, el que para vosotros es justo, a menudo es castigado por su pasado». (Véase 393)

985. La reencarnación del alma en un mundo menos grosero ¿es una recompensa?

«Es consecuencia de su purificación, porque, a medida que los Espíritus se depuran, encarnan en mundos cada vez más perfectos, hasta que se hayan desprendido de toda clase de materia y lavado todas sus manchas, para gozar eternamente de la felicidad de los Espíritus puros en el seno de Dios».

En los mundos en que la existencia es menos material que en la Tierra, las necesidades son menos groseras y todos los sufrimientos físicos menos vivos. Los hombres no sienten las malas pasiones que, en los mundos inferiores, siembran la enemistad entre ellos. Careciendo de motivo de odio y celos, viven pacíficamente, porque practican la ley de justicia, de amor y de caridad. No sienten los disgustos y preocupaciones que engendran la envidia, el orgullo y el egoísmo, y que atormentan nuestra existencia terrestre. (Véanse 172 y 182)

986. El Espíritu que ha progresado en su existencia terrestre ¿puede reencarnarse en el mismo mundo?

«Sí, si no ha podido cumplir su misión, y él mismo puede pedir terminarla en una nueva existencia, pero entonces no es una expiación». (Véase 173)

987. ¿Qué es del hombre que, sin hacer mal, no hace nada por sacudirse el yugo de la materia?

«Puesto que ningún paso da hacia la perfección, debe recomenzar una existencia de la misma naturaleza que la que ha terminado. Permanece estacionario, y así es como puede prolongar los sufrimientos de la expiación».

988. Hay personas cuya vida transcurre en completa calma y que, al no tener necesidad de hacer nada por sí mismas están libres de preocupaciones. Esa existencia feliz ¿prueba que nada tienen que expiar de otra anterior?

«¿Conoces a muchas personas así? Si lo crees, te equivocas, pues con frecuencia la calma solo es aparente. Pueden haber escogido semejante existencia, pero cuando la terminan, se aperciben de que no les ha servido para progresar. Y entonces, como el perezoso, sienten el tiempo que han perdido. Sabed que solo por medio del trabajo puede el Espíritu adquirir conocimientos y elevarse. Si se duerme en la incuria, no progresa. Se asemeja a aquel que necesita trabajar (según vuestras costumbres) y que se pone a pasear o se acuesta con la intención de no hacer nada. *Sabed también que cada uno habrá de dar cuenta de la inutilidad voluntaria de su existencia. Esa inutilidad es siempre fatal para la dicha venidera.* La suma de la felicidad futura está en razón de la suma del bien que se ha hecho, y la de la desdicha está en función del mal y de las personas infelices causadas».

989. Hay personas que sin ser realmente malas, hacen desgraciados a todos los que las rodean por su carácter. ¿Qué consecuencia les acarreará?

«Ciertamente esas personas no son buenas, y expiarán con el espectáculo de ver a aquellos a quienes han hecho desgraciados, lo que será para ellas un reproche. Además, en otra existencia sufrirán lo que han hecho sufrir».

Expiación y arrepentimiento

990. El arrepentimiento ¿tiene lugar en el estado corporal o en el estado espiritual?

«En el estado espiritual. Sin embargo, también puede tener lugar en el corporal cuando comprendéis bien la diferencia entre el bien y del mal».

991. ¿Qué consecuencia produce el arrepentimiento en el estado espiritual?

«El deseo de una nueva encarnación para purificarse. El Espíritu comprende las imperfecciones que le privan de ser feliz, y por esto aspira a una nueva existencia en que podrá expiar sus faltas». (Véanse 332 y 975)

992. ¿Qué consecuencia produce el arrepentimiento en el estado corporal?

«Progresar *desde la vida presente*, si hay tiempo de reparar las faltas. Cuando la conciencia acusa y señala una imperfección, siempre puede mejorarse».

993. ¿No hay hombres que solo tienen el instinto del mal y son inaccesibles al arrepentimiento?

«Te he dicho que se ha de progresar incesantemente. El que en esta vida solo tiene el instinto del mal, tendrá el del bien en otra, *por esto renace muchas veces*. Es preciso que todos progresen y alcancen la meta, solo algunos en un tiempo más corto, y otros en un tiempo más largo, según su deseo. El que solo tiene el instinto del bien está ya purificado, pues ha podido tener el del mal en una existencia anterior». (Véase 894)

994. El hombre perverso que no ha reconocido sus faltas durante la vida, ¿las reconoce siempre después de la muerte?

«Si, las reconoce siempre, y entonces sufre más, pues *siente todo el mal que ha hecho* o del que ha sido causa voluntaria. El arrepentimiento, sin embargo, no siempre es inmediato, hay Espíritus que se obstinan en el mal camino a

pesar de sus sufrimientos. Pero tarde o temprano reconocerán el falso camino en que se han internado, y vendrá el arrepentimiento. Por iluminarlos trabajan los Espíritus buenos, y con igual fin podéis trabajar vosotros».

995. ¿Hay Espíritus que, sin ser malos, son indiferentes respecto a su suerte?

«Hay Espíritus que no se ocupan de nada útil: están a la expectativa, pero, en tal caso, sufren proporcionalmente. Y como en todo debe haber progreso, este se manifiesta por medio del dolor».

— **¿No sienten deseo de abreviar sus sufrimientos?**

«Sin duda lo sienten, pero no tienen bastante energía para querer lo que podría aliviarles. ¿Cuántos hay entre vosotros que prefieren morirse de hambre a trabajar?».

996. Puesto que los Espíritus ven el mal que resulta para ellos de sus imperfecciones, ¿a qué se debe que los haya que agravan su posición y prolongan su estado de inferioridad haciendo el mal como Espíritus y alejando a los hombres del buen camino?

«Los que así obran son aquellos cuyo arrepentimiento es tardío. El Espíritu que se arrepiente puede enseguida dejarse arrastrar nuevamente al camino del mal por otros Espíritus más atrasados aún». (Véase 971)

997. Vemos Espíritus de notoria inferioridad accesibles a los buenos sentimientos y conmovidos por las oraciones que por ellos se hacen. ¿A qué se debe que otros Espíritus, a quienes deberíamos suponer más ilustrados, demuestren un endurecimiento y un cinismo sobre los que nada puede triunfar?

«La oración solo produce efecto en favor del Espíritu que se arrepiente. El que, arrastrado por el orgullo, se subleva contra Dios y persiste en sus extravíos, exagerándolos incluso, como hacen los Espíritus desgraciados, no siente efecto alguno de la oración, ni lo sentirá hasta que se manifieste en él la luz del arrepentimiento». (Véase 664)

No debemos perder de vista que el Espíritu, después de la muerte del cuerpo, no se transforma súbitamente. Si su vida ha sido reprobable, se debe a que era imperfecto, y la muerte no lo hace inmediatamente perfecto. Puede persistir en sus errores, en sus opiniones falsas y en sus prejuicios, hasta que haya esclarecido a través del estudio, la reflexión y el sufrimiento.

998. ¿Se verifica la expiación en estado corporal o en estado de Espíritu?

«La expiación se verifica en estado corporal por medio de las pruebas a que se somete el Espíritu, y en la vida espiritual por medio de los sufrimientos morales inherentes al estado de inferioridad del Espíritu».

999. El arrepentimiento sincero durante la vida, ¿basta para borrar las faltas y para que Dios nos perdone?

«El arrepentimiento favorece el mejoramiento del Espíritu, pero ha de expiarse el pasado».

— **Si, según esto, un criminal dijese que, puesto que debe en todo caso expiar su pasado, no tiene necesidad de arrepentirse, ¿qué le resultaría?**

«Si se obstina en malos pensamientos, su expiación será más larga y penosa».

1000. ¿Podemos redimir nuestras faltas en esta vida?

«Sí, reparándolas. Pero no creáis redimirlas con algunas pueriles privaciones, o haciendo donaciones para después

de vuestra muerte, cuando ya no necesitáis lo que dais. Dios no hace caso alguno del arrepentimiento estéril, fácil siempre y que no cuesta otro trabajo que golpearse el pecho. La pérdida del dedo meñique haciendo un servicio, borra más faltas que el tormento del cilicio durante años enteros, sin más objetivo que *sí mismo*. (Véase 726)

»El mal solo se repara con el bien, y la reparación ningún mérito tiene si no afecta al hombre *ni en su orgullo ni en sus intereses materiales*.

»¿De qué le sirve, para su justificación, restituir después de su muerte los bienes mal adquiridos, cuando vienen a serle inútiles y cuando de ellos se ha aprovechado?

»¿De qué le sirve la privación de algunos goces fútiles y de algunas cosas superfluas, si queda en pie el daño que haya causado?»

»¿De qué le sirve, en fin, humillarse ante Dios, si conserva su orgullo para con los hombres?». (Véanse 720, 721)

1001. ¿No tiene ningún mérito asegurar, para después de la muerte, un uso útil de los bienes que poseemos?

«*Ningún mérito* no es la expresión correcta, pues siempre vale más algo que nada. Pero la desgracia está en que el que solo da después de su muerte, es a menudo más egoísta que generoso. Quiere disfrutar del honor del bien, sin haberse tomado ningún trabajo. El que se priva, viviendo aún, tiene doble provecho: el mérito del sacrificio y el placer de ver a aquellos a quienes hace felices. Pero el egoísmo dice: “Lo que das te lo quitas a tus goces”, y como aquel grita más que el desinterés y la caridad, el hombre conserva sus bienes con el pretexto de sus necesidades y de las exigencias de su posición. ¡Ah! compadeced al que no conoce el placer de dar, pues está

desheredado de uno de los más puros y suaves goces. Dios, sometiéndole a la prueba de la fortuna, tan resbaladiza y peligrosa para su porvenir, ha querido darle como compensación la dicha de la generosidad de la cual puede disfrutar desde la Tierra». (Véase 814)

1002. ¿Qué debe hacer el que, al borde de la muerte, reconoce sus faltas pero no tiene tiempo de repararlas? ¿Basta el arrepentimiento en este caso?

«El arrepentimiento apresura su rehabilitación, pero no lo absuelve. ¿Acaso no tiene ante sí el porvenir que nunca le es negado?»

Duración de las penas futuras

1003. La duración de los sufrimientos del culpable en la vida futura ¿es arbitraria o está subordinada a alguna ley?

«Dios nunca obra por capricho, y todo en el universo está regido por leyes que revelan su sabiduría y su bondad».

1004. ¿En qué se basa la duración de los sufrimientos del culpable?

«En el tiempo necesario para su mejoramiento. Siendo proporcional el estado de sufrimiento o de felicidad al grado de purificación del Espíritu, la duración y naturaleza de sus sufrimientos dependen del tiempo que emplea en mejorarse. A medida que progresa y que se purifican sus sentimientos, disminuyen sus sufrimientos y cambian de naturaleza».

SAN LUIS

1005. Al Espíritu que sufre ¿le parece el tiempo tan largo o menos que cuando vivía en la Tierra?

«Le parece bastante más largo: para él no existe el sueño. Solo para los Espíritus que han llegado a cierto grado de purificación, el tiempo se borra, por decirlo así, ante lo infinito». (Véase 240)

1006. ¿Puede ser eterna la duración de los sufrimientos del Espíritu?

«Sin duda, si fuese eternamente malo, es decir, que si nunca hubiese de arrepentirse ni mejorar, sufriría eternamente. Pero Dios no ha creado seres para que estén condenados perpetuamente al mal. Solo los creó sencillos e ignorantes, y todos deben progresar en un tiempo más o menos largo, según su voluntad. La voluntad puede ser más o menos tardía, como hay niños más o menos precoces, pero tarde o temprano se despierta por la irresistible necesidad que experimenta el Espíritu de salir de su inferioridad y de ser feliz. La ley que rige la duración de las penas es, pues, eminentemente sabia y benévola, puesto que subordina esa duración a los esfuerzos del Espíritu. Jamás le priva de su libre albedrío, y si hace mal uso de él sufre las consecuencias».

SAN LUIS

1007. ¿Hay Espíritus que nunca se arrepienten?

«Los hay cuyo arrepentimiento es muy tardío, pero pretender que nunca mejorarán equivaldría a negar la ley del progreso y a decir que el niño no puede llegar a ser adulto».

SAN LUIS

1008. La duración de las penas ¿depende siempre de la voluntad del Espíritu? Y ¿no las hay que le son impuestas por un determinado tiempo?

«Sí, pueden serle impuestas ciertas penas por algún tiempo, pero Dios, que solo quiere el bien de sus criaturas, acoge siempre el arrepentimiento, y nunca es estéril el deseo de mejorar».

SAN LUIS

1009. Según esto ¿nunca serán eternas las penas impuestas?

«Interrogad a vuestro buen sentido, a vuestra razón, y preguntaos si una condenación perpetua por algunos momentos de error ¿no sería la negación de la bondad de Dios? ¿Qué es, en efecto, la duración de la vida, aunque fuese de cien años, comparada con la eternidad? ¡Eternidad! ¿Comprendéis bien esta palabra? ¡Sufrimientos, torturas sin fin y sin esperanza, por algunas faltas! ¿No rechaza vuestro juicio semejante pensamiento? Que los antiguos viesan en el señor del universo un Dios terrible, celoso y vengativo, se comprende. En su ignorancia atribuyeron a la divinidad las pasiones de los hombres. Pero no es ese el Dios de los cristianos, que coloca el amor, la caridad, la misericordia y el olvido de las ofensas, en el número de las principales virtudes. ¿Podría carecer Él mismo de las cualidades que ha constituido en deberes? ¿No es contradictorio atribuirle la bondad infinita y la infinita venganza? Decís que ante todo es justo, y que el hombre no comprende su justicia. Pero esta no excluye la bondad, y no sería bueno, si condenase a penas horribles, perpetuas, al mayor número de sus criaturas. ¿Podría haber impuesto a sus hijos la justicia como una obligación, si no les hubiese dado medios para comprenderla? Por otra parte, el hacer depender la duración de las penas de los esfuerzos del culpable para mejorar, ¿no es la sublimidad de la justicia unida a la bondad? En esto consiste la

verdad de las palabras siguientes: «A cada uno según sus obras». ⁶¹

SAN AGUSTÍN

«Dedicaos, por todos los medios que estén a vuestro alcance, a combatir, a aniquilar la idea de las penas eternas, pensamiento blasfemo para con la justicia y de la bondad de Dios, y la fuente más fecunda de la incredulidad, del materialismo y de la indiferencia que ha invadido a las masas, desde que su inteligencia ha empezado a desarrollarse. El Espíritu, próximo a esclarecerse, incluso aunque esté toscamente pulido, advierte muy pronto esa monstruosa injusticia. Su razón la rechaza, y entonces rara vez confunde en una misma condena a la pena, que lo subleva, y al Dios, a quien la atribuye. He aquí los males sin número que han descargado sobre vosotros, y para los cuales venimos a traeros remedio. La tarea que os indicamos os será tanto más fácil cuanto que las autoridades en que se apoyan los defensores de semejante creencia, han rehuido todas pronunciarse formalmente. Ni los concilios, ni los Padres de la Iglesia han zanjado esta grave cuestión. Si, según los mismos Evangelistas, y tomando literalmente las palabras simbólicas de Cristo, Él amenazó a los culpables con un fuego inextinguible, eterno, nada hay en sus palabras que pruebe que los haya condenado *eternamente*. ⁶²

»Pobres ovejas descarriadas, aprended a ver como llega a vosotros el buen Pastor que, lejos de querer desterrados para siempre de su presencia sale a vuestro encuentro

⁶¹ San Mateo 16:27.

⁶² San Mateo 25:41.

para volveros a llevar al redil. Hijos pródigos, abandonad vuestro exilio voluntario. Encaminad vuestros pasos a la morada paterna. El padre os tiende siempre los brazos y siempre está dispuesto a celebrar vuestro regreso a la familia».

LAMENNAIS

«¡Guerras de palabras! ¡Guerras de palabras! ¿No habéis hecho derramar ya bastante sangre? ¿Es necesario todavía volver a encender las hogueras? Se discute sobre las palabras: eternidad de las penas, eternidad de los castigos. ¿Y acaso no sabéis que lo que vosotros entendéis por *eternidad* no era entendido del mismo modo por los antiguos? Que consulten los teólogos las fuentes, y como todos vosotros, descubrirán que el texto hebreo no daba el mismo significado a la palabra que los griegos, los latinos y los modernos han traducido por *penas sin fin, irremisibles*. La eternidad de los castigos corresponde a la eternidad del mal. Sí, mientras el mal exista entre los hombres, subsistirán los castigos. Importa interpretar en sentido relativo los textos sagrados, no en sentido absoluto. Que llegue un día en que todos los hombres vistan, por medio del arrepentimiento, la toga de la inocencia, y ese día concluirán los gemidos y el rechinar de dientes. Ciertamente que vuestra razón humana es limitada, pero tal como es, es un regalo de Dios, y con ayuda de esa razón, no hay ni un solo hombre de buena voluntad que comprenda de otra manera la eternidad de los castigos. ¡Eternidad de los castigos! ¡Cómo! Sería, pues, preciso admitir que el mal será eterno. Solo Dios es eterno, y no ha podido crear el mal eterno. Si lo hubiese hecho, sería necesario negarle el más precioso de sus atributos: el poder soberano, pues no es soberanamen-

te poderoso quien puede crear un elemento destructor de sus obras. ¡Humanidad! ¡Humanidad! no fijes tus tristes miradas en las profundidades de la Tierra para hallar castigos en ellas. Llorá, espera, expía, y refúgiate en la idea de un Dios infinitamente bueno, absolutamente poderoso y esencialmente justo».

PLATÓN

«Gravitar hacia la unidad divina, tal es el objetivo de la humanidad. Tres cosas son necesarias para lograrlo: la justicia, el amor y la ciencia. Tres le son opuestas y contrarias: la ignorancia, el odio y la injusticia. Pues bien, en verdad os digo que faltáis a aquellos tres principios, comprometiendo la idea de Dios con la exageración de su severidad. La comprometéis doblemente dejando penetrar en el Espíritu de la criatura la creencia de que existe en ella más clemencia, mansedumbre, amor y verdadera justicia que las que atribuíis al ser infinito. Destruís la idea del infierno, haciéndolo ridículo e inadmisibile a vuestras creencias, como lo es a vuestros corazones el horrible espectáculo de los verdugos, hogueras y tormentos de la Edad Media. ¡Qué! Cuando la era de las ciegas represalias ha sido desterrada para siempre de las legislaciones humanas ¿esperáis conservarla en el ideal? ¡Oh! creedme, hermanos en Dios y en Jesucristo, creedme. Resignaos a ver perecer en vuestras manos todos los dogmas, antes que dejarlos variar, o bien vivificadlos, abriéndolos a los efluvios bienhechores que en estos momentos derraman los Buenos. La idea del infierno con sus hornos ardientes y calderas hirviendo, pudo ser tolerada, es decir, perdonable en un siglo de hierro, pero en el siglo diecinueve, no es más que un fantasma que solo sirve para espantar a los

niños, y en el que ya no creen cuando llegan a hombres. Insistiendo en esa aterradora mitología, engendráis la incredulidad, madre de toda desorganización social. Porque tiemblo al ver todo un orden social conmovido y hundido por falta de sanción penal. Hombres de fe ardiente y viva, vanguardia del día de luz, ¡manos a la obra, pues!, No para mantener vetustas y ya desacreditadas fábulas, sino para reanimar y vivificar la verdadera sanción penal, bajo formas apropiadas a vuestras costumbres, a vuestros sentimientos y a las luces de vuestra época.

»¿Quién es, en efecto, culpable? El que por un extravío, por un movimiento falso del alma se separa del objeto de la creación, que consiste en el culto armonioso de lo bello y de lo bueno, idealizados por el arquetipo humano, por el Hombre-Dios, por Jesucristo.

»¿Qué es el castigo? La consecuencia natural que deriva de aquel movimiento falso, una suma de dolores necesarios para apartar al hombre de la deformidad, por medio de la experimentación del sufrimiento. El castigo es el aguijón que excita al alma, por medio de la amargura, a replegarse en sí misma y a volver a los dominios del bien. El castigo no tiene más objeto que la rehabilitación, la emancipación. Querer que el castigo de una falta no eterna, sea eterno, equivale a negarle toda su razón de ser.

»¡Oh! en verdad os lo digo, cesad, cesad de poner en parangón, respecto de su eternidad, al Bien, esencia del Creador, con el Mal, esencia de la criatura. Esto equivale a crear una penalidad injustificable. Asegurad, por el contrario, la amortización gradual de los castigos y penas por medio de las transmigraciones, y consagraréis con la razón unida al sentimiento, la unidad divina».

PABLO APÓSTOL

Se quiere incitar al hombre al bien y alejarlo del mal con el incentivo de las recompensas y el temor de los castigos. Pero, si estos castigos se pintan de modo que la razón se niegue a creerlos, no tendrán en él ninguna influencia. Lejos de conseguir su objetivo, harán que el hombre lo rechace todo, la forma y el fondo. Si se le presenta, por el contrario, de una manera lógica, no lo rechazará. El espiritismo ofrece esa explicación.

La doctrina de las penas eternas, en su sentido absoluto, convierte al ser supremo en un Dios implacable. ¿Sería lógico decir de un soberano que es muy bueno, muy bienhechor, muy indulgente y que no quiere más que la dicha de los que le rodean, pero que es al mismo tiempo celoso, vengativo, inflexible en su rigor, y que condena a la máxima pena a las tres cuartas partes de sus súbditos por una ofensa o infracción a sus leyes, aún a aquellos que faltaron por no conocerlas? ¿No sería esta una contradicción? ¿Y será Dios menos bueno que un hombre?

También existe otra contradicción. Puesto que Dios lo sabe todo, sabía, al crear un alma, que pecaría, y por lo tanto ha sido condenada, desde su formación, a eterna desgracia. ¿Es posible esto? ¿es racional? Con la doctrina de las penas relativas todo se justifica. Dios sabía indudablemente que el alma delinquiría, pero le da medios de ilustrarse por su propia experiencia, y por sus mismas faltas. Es preciso que expíe sus errores para afirmarse más en el bien, pero la puerta de la esperanza no le está cerrada para siempre, y Dios hace que el instante de su emancipación dependa de los esfuerzos que hace para llegar a ella. Esto lo puede comprender todo el mundo, y lo puede admitir la más rigurosa lógica. Si bajo este aspecto hubiesen sido presentadas las penas futuras, habría menos escépticos.

La palabra *eterno* se emplea a menudo figuradamente en el lenguaje vulgar para indicar una cosa de larga duración y cuyo

término no se prevea, aunque se sepa perfectamente que ese término existe. Decimos, por ejemplo, «los hielos eternos de las altas montañas de los polos», aunque sabemos, por una parte, que el mundo físico puede tener un fin, y por otra, que el estado de esas regiones puede cambiar por el desplazamiento normal del eje de la Tierra o por un cataclismo. La palabra «eterno» en este caso, no quiere decir perpetuo hasta lo infinito. Cuando sufrimos una larga enfermedad decimos que nuestro mal es *eterno*. ¿Qué extraño, pues, que Espíritus que sufren, hace ya, años, siglos, hasta millares de años, digan otro tanto? No olvidemos sobre todo que dado que su inferioridad no les permite ver el término del camino, creen que han de sufrir siempre y que esto es un castigo para ellos.

Además, la doctrina del fuego material, de las hogueras y de los tormentos, tomados del Tártaro del paganismo, está hoy completamente abandonada por la alta teología, y solo en las escuelas se dan como verdades positivas esos horribles cuadros alegóricos, por personas más celosas que ilustradas, en lo que proceden equivocadamente, porque esas jóvenes imaginaciones, una vez recuperadas de su terror, podrán engrosar el número de los incrédulos. La teología reconoce hoy que la palabra *fuego* se emplea figuradamente y debe entenderse como un fuego moral. (Véase 974) Los que, como nosotros, han seguido las peripecias de la vida y sufrimientos de ultratumba, por medio de las comunicaciones espíritas, han podido convencerse de que, aunque no son nada materiales, no dejan de ser menos desgarradoras. Bajo el mismo punto de vista de su duración, ciertos teólogos empiezan a admitirlas en el sentido restrictivo más arriba expresado, y creen que, en efecto, la palabra *eterno* puede entenderse de las penas en sí mismas, como consecuencia de una ley inmutable y no de su aplicación a cada individuo. El día en que la religión admita esta interpretación, como otras que son también consecuencia del progreso de las luces, reunirá muchas ovejas descarriadas.

Resurrección de la carne

1010. El dogma de la resurrección de la carne ¿es la consagración del dogma de la reencarnación enseñado por los Espíritus?

«¿Cómo queréis que no sea así? Sucede con esas palabras lo que con muchas otras, y es que solo parecen absurdas a ciertas personas, porque se las toma literalmente, y por esa razón engendran la incredulidad. No obstante, dadles una interpretación lógica, y aquellos a quienes llamáis librepensadores las admitirán sin dificultad, porque reflexionan. No os equivoquéis, esos librepensadores no desean otra cosa que creer. Tienen como los demás, acaso más, sed del porvenir, pero no pueden admitir lo que la ciencia rechaza. La doctrina de la pluralidad de existencias es conforme a la justicia de Dios. Solo ella puede explicar lo que, sin ella, es inexplicable. ¿Cómo queréis, que ese principio no esté consignado en la misma religión?».

1011.⁶³ Así pues, la Iglesia, con el dogma de la resurrección de la carne, ¿enseña también la doctrina de la reencarnación?

⁶³ «En la 2ª reimpresión de la 2ª edición de *El Libro de los Espíritus*, las preguntas 1012 a 1019 correspondían a las preguntas 1011 a 1018 de la 1ª impresión de la misma edición. Esta modificación nos lleva a la conclusión de que el autor pretendía identificar con el nº 1011 la pregunta que sigue a la 1010 y que precede a la 1012, lo que nos parece perfectamente lógico. Sin embargo, este número permaneció ausente en ediciones francesas posteriores, publicadas cuando Kardec estaba encarnado. Para dar una referencia objetiva a esta pregunta, le hemos asignado el número 1011, y así resolver lo que creemos que es un simple descuido de la revisión gráfica».

Esta misma nota está incluida en algunas ediciones modernas del actual movimiento espírita francés y consideramos que efectivamente resuelve esta cuestión. Agradecemos a Charles Kempf, del movimiento espírita francés, su colaboración en relación a esta nota. (Nota de SEDE)

«Evidentemente. Por otra parte, esa doctrina es consecuencia de muchas cosas que han pasado desapercibidas, y que, dentro de poco, serán comprendidas en este sentido. No tardará mucho en reconocerse que el espiritismo surge a cada paso del texto mismo de las Sagradas Escrituras. Los Espíritus no vienen, pues, a destruir la religión, como pretenden algunos. Vienen, por el contrario, a confirmarla, a sancionarla con pruebas irrecusables. Mas como ha llegado el tiempo de no usar ya el lenguaje figurado, se expresan sin alegorías, y dan a las cosas un sentido claro y preciso que no pueda ser objeto de ninguna falsa interpretación. Es por eso que, dentro de poco, tendréis más personas sinceramente religiosas y creyentes que tenéis hoy».

SAN LUIS

En efecto, la ciencia demuestra la imposibilidad de la resurrección según la idea vulgar. Si los restos del cuerpo humano continuasen siendo homogéneos, aunque fuesen dispersados y reducidos a polvo, aún se concebiría su reunión en un tiempo dado, pero las cosas no suceden así. El cuerpo está formado por diversos elementos: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbono, etc. Por medio de la descomposición, estos elementos se dispersan, pero para servir a la formación de nuevos cuerpos. De este modo, la misma molécula, de carbono, por ejemplo, habrá entrado en la composición de muchos miles de cuerpos diferentes (hablamos tan solo de los humanos, sin contar todos los de los animales). Un individuo tiene quizá en su cuerpo moléculas que pertenecieron a los hombres de las edades primitivas. Las mismas moléculas orgánicas que absorbéis en los alimentos, provienen quizá del cuerpo de algún individuo a quien habéis conocido, y así sucesivamente. Al ser la materia en cantidad definida, y sus transformaciones en cantidad indefinida, ¿cómo cada uno de esos cuerpos podría reconstituirse con los mismos elementos? Esto envuelve una

imposibilidad material. No puede, pues, admitirse racionalmente la resurrección de la carne más que como una figura que simbolice el fenómeno de la reencarnación y entonces nada en ella repugna a la razón, nada que esté en contradicción con los datos de la ciencia.

Es verdad que según el dogma, la resurrección no ha de verificarse hasta el fin de los tiempos, mientras que según la doctrina espírita tiene lugar cada día. Sin embargo, ese cuadro del juicio final ¿no es también una grande y bella figura que oculta, bajo el velo de la alegoría, una de esas verdades inmutables, para la que no existirán escépticos cuando sea explicada en su verdadero sentido? Meditemos bien la teoría espírita sobre el porvenir de las almas, y sobre su suerte a consecuencia de las diferentes pruebas que han de sufrir, y se verá que, exceptuando la simultaneidad, el juicio que las condena o absuelve no es una ficción como creen los incrédulos. Observemos también que es consecuencia natural de la pluralidad de mundos, hoy completamente admitida, mientras que, según la doctrina del juicio final, la Tierra es el único mundo que se considera habitado.⁶⁴

Paraíso, infierno y purgatorio

1012. ¿Existe en el universo un lugar circunscrito destinado a las penas y goces de los Espíritus, según sus méritos?

«Ya hemos contestado a esta pregunta. Las penas y los goces son inherentes al grado de perfección de los Espíritus. Cada uno extrae de sí mismo el principio de su propia felicidad o desgracia. Y como los Espíritus están por todas partes, ningún lugar circunscrito y cerrado está destinado

⁶⁴ En las sucesivas ediciones de la obra original, la numeración de las preguntas pasa de la 1010 a la 1012, aspecto que fue corregido por Fernández Colavida en su traducción al castellano. No obstante, preferimos mantener la numeración de la edición original, con un total de 1019 preguntas. (N. de L. G.)

a uno con preferencia a otro. En cuanto a los Espíritus encarnados, son más o menos felices o infelices, según el mundo que habiten esté más o menos adelantado».

— **Así, pues, el infierno y el paraíso ¿no existen tal como el hombre se los representa?**

«Esas no son más que figuras. En todas partes hay Espíritus felices e infelices. No obstante, según también hemos dicho, los Espíritus de un mismo orden se reúnen por simpatía, pero, cuando son perfectos, pueden reunirse donde quieran».

La localización absoluta de los lugares de castigos y recompensas no existe más que en la imaginación de los hombres, y proviene de la tendencia de estos a *materializar* y a *circunscribir* las cosas cuya esencia infinita no pueden comprender.

1013. ¿Qué debe entenderse por *purgatorio*?

«Dolores físicos y morales: el tiempo de expiación. Casi siempre pasáis en la Tierra vuestro purgatorio, donde Dios os hace expiar vuestras faltas».

Lo que el hombre llama el *purgatorio* es también una figura por la que debe entenderse, no un lugar cualquiera determinado, sino el estado de los Espíritus imperfectos que están expiando, hasta la purificación completa que ha de elevarlos a la categoría de Espíritus bienaventurados. Al operarse esta purificación en las diversas encarnaciones, el purgatorio consiste en las pruebas de la vida corporal.

1014. ¿A qué se debe que Espíritus que por su lenguaje revelan su superioridad hayan respondido a personas muy serias, acerca del infierno y del purgatorio, según las ideas vulgarmente aceptadas?

«Hablan un lenguaje que comprenden las personas que los interrogan. Cuando esas personas están demasiado

imbuidas de ciertas ideas, no quieren contrariarlas bruscamente para no ofender sus convicciones. Si prescindiendo de las precauciones oratorias, un Espíritu dijese a un musulmán que Mahoma no es un profeta, sería muy mal recibido».

- Se concibe que suceda así con Espíritus que quieran instruirnos, pero ¿cómo puede ser que Espíritus a quienes se ha preguntado acerca de su suerte, hayan contestado que sufrían los tormentos del infierno o del purgatorio?

«Cuando son inferiores y no están completamente desmaterializados, conservan una parte de sus ideas terrestres, y expresan sus impresiones en los términos que les son familiares. Se encuentran en un medio que solo en parte les permite sondear el porvenir, y esto es causa de que a menudo Espíritus errantes, o recientemente desprendidos, hablen como durante su vida lo hubiesen hecho. La palabra *infierno* puede traducirse como una vida de pruebas sumamente penosas, con la *incertidumbre* acerca de un estado mejor. Por su parte, *purgatorio*, también por una vida de prueba, pero con conciencia de mejor porvenir. Cuando sufres un gran dolor, ¿no dices que sufres como un condenado? Estas no son más que palabras figuradas».

1015. ¿Qué debe entenderse por un *alma en pena*?

«Un alma errante que sufre, incierta de su porvenir, y a la cual podéis procurar algún alivio, que con frecuencia solicita cuando se comunica con vosotros». (Véase 664)

1016. ¿En qué sentido debe entenderse la palabra *cielo*?

«¿Crees que sea un lugar, como los Campos Elíseos de los antiguos en que están hacinados en desorden los Espíritus buenos, sin más preocupación que gozar eternamente de una felicidad pasiva? No, es el espacio universal, los

planetas, las estrellas y todos los mundos superiores, donde disfrutaban los Espíritus de todas sus facultades, sin sentir las tribulaciones de la vida material, ni las angustias inherentes a la inferioridad».

1017. Algunos Espíritus han dicho que habitaban el cuarto cielo, el quinto cielo, etc. ¿Qué entienden por esto?

«Vosotros les preguntáis qué cielo habitan, porque tenéis la idea de muchos cielos ordenados como los pisos de una casa, y ellos os contestan acomodándose a vuestro lenguaje. Pero para ellos estas palabras cuarto, quinto cielo, expresan diferentes grados de purificación y por consiguiente de dicha. Sucede lo mismo que cuando se pregunta a un Espíritu si está en el infierno. Si es desgraciado, contestará afirmativamente, porque para él el *infierno* es sinónimo de sufrimiento, pero sabe perfectamente que aquel no es un horno. Un pagano hubiese dicho que estaba en *el Tártaro*».

Lo mismo sucede con otras expresiones análogas, tales como las de *ciudad de las flores*, *ciudad de los elegidos*, *primera*, *segunda o tercera esfera*, etc., que no son más que alegorías empleadas por ciertos Espíritus, ya como figuras, ya por ignorancia a veces de la realidad de las cosas y aún de las más sencillas nociones científicas.

Según la idea estrecha que se tenía en otros tiempos de los lugares de penas y recompensas, y sobre todo opinando que la Tierra era el centro del universo, que el cielo formaba una bóveda y que existía una región de las estrellas, se colocaba *el cielo en lo alto y el infierno en lo bajo*. De ahí las expresiones: *subir al cielo*, *estar en lo más alto de los cielos*, *ser precipitado a los infiernos*. Hoy, que la ciencia ha demostrado que la Tierra solo es uno de los más pequeños mundos, sin importancia especial, entre otros tantos millones; que ha trazado la historia de su formación y descrito su constitución, probado que el

espacio es infinito, que en el universo no hay alto ni bajo; ha sido necesariamente forzoso desistir de colocar el cielo encima de las nubes, y en los lugares bajos el infierno. En cuanto al purgatorio, ningún sitio se le había señalado. Estaba reservado al espiritismo el dar de todas esas cosas la explicación más racional, más grandiosa, y al mismo tiempo, que da más consuelo a la humanidad. Así, pues, podemos decir que nosotros mismos llevamos nuestro infierno y nuestro paraíso. Nuestro purgatorio lo hallamos en nuestra encarnación, en nuestras vidas corporales o físicas.

1018. ¿En qué sentido deben entenderse estas palabras de Cristo: *Mi reino no es de este mundo*⁶⁵?

«Respondiendo así, Cristo hablaba en sentido figurado. Quería decir que no reina más que en los corazones puros y desinteresados. Sin embargo, los hombres ávidos de las cosas de este mundo y apegados a los bienes de la Tierra, no están con él».

1019. ¿Podrá establecerse algún día en la Tierra el reino del bien?

«El bien reinará en la Tierra cuando, entre los Espíritus que vengan a habitarla, los buenos predominarán sobre los malos. Entonces harán reinar en ella el amor y la justicia que son el origen del bien y de la felicidad. Por medio del progreso moral y por la práctica de las leyes de Dios el hombre atraerá a la Tierra a los Espíritus buenos, y alejará a los malos. Pero estos no la abandonaran hasta que el hombre no haya desterrado el orgullo y el egoísmo.

»La transformación de la humanidad ha sido predicha, y vosotros tocáis el momento de aquella, que apresuran todos los hombres que favorecen el progreso. La

⁶⁵ San Juan 18:36.

transformación se verificará por medio de la encarnación de Espíritus mejores, que constituirán en la Tierra una nueva generación. Entonces los Espíritus de los malos, a quienes la muerte hiere diariamente, y todos los que intentan detener la marcha de las cosas, serán excluidos de la Tierra, porque estarían fuera de lugar entre hombres de bien cuya felicidad perturbarían. Irán a mundos nuevos menos adelantados, a cumplir misiones *penosas* donde podrán trabajar para su propio mejoramiento, al mismo tiempo que para el de sus hermanos más atrasados aún. ¿No veis en esa exclusión de la Tierra transformada, la sublime figura del *Paraíso perdido*, y en el hombre venido a la Tierra en semejantes condiciones, y llevando consigo mismo el germen de sus pasiones y los vestigios de su inferioridad primitiva, la no menos sublime figura del *pecado original*? El pecado original, considerado desde este punto de vista, está ligado a la naturaleza aún imperfecta del hombre, que así solo es responsable de sí mismo y de sus propias faltas, pero no de las de sus padres.

»Todos vosotros, hombres de fe y de buena voluntad, trabajad, pues, con celo y ánimo en la gran obra de la regeneración, porque recogeréis centuplicado el grano que hayáis sembrado. Infelices los que cierran los ojos a la luz, pues se preparan largos siglos de tinieblas y desengaños. Infelices los que cifran todos sus goces en los bienes de este mundo, pues sufrirán más privaciones que goces hayan tenido. Infelices, sobre todo, los egoístas, pues no encontrarán quien les ayude a llevar la carga de sus miserias».

SAN LUIS

CONCLUSIÓN

I

El que, en materia de magnetismo terrestre, no conozca más que el juguete de los patitos imantados que hacemos funcionar en el agua de una cubeta, comprenderá con dificultad que semejante juguete encierra el secreto del mecanismo del universo y del movimiento de los mundos. Lo mismo sucede al que no tiene más noticia de espiritismo que el movimiento de las mesas. No ve en él más que una diversión, un pasatiempo social, y no comprende que ese fenómeno tan sencillo y tan vulgar, conocido de la antigüedad y aún de pueblos semisalvajes, pueda relacionarse con las cuestiones más serias del orden social. En efecto, para el observador superficial ¿qué relación puede tener con la moral y con el porvenir de la humanidad una mesa que gira? Pero cualquiera que reflexione recuerda que de la simple marmita que hierve y cuya tapa se levanta, marmita que también ha hervido desde la más remota antigüedad, ha nacido el poderoso motor, con el que el hombre franquea el espacio y suprime las distancias. Pues bien, vosotros, los que no creéis en nada fuera del mundo material, sabed que de esa mesa que gira y provoca vuestra desdeñosa sonrisa, ha salido toda una ciencia y la solución de los problemas que ninguna filosofía había podido resolver aún. Hago un llamamiento a todos los adversarios de buena fe, y les ruego que digan si se han tomado el trabajo de estudiar lo que critican, porque en buena lógica no tiene valor mientras que su autor no conozca aquello de que habla. Burlarse de una cosa que no se conoce, que no se ha sondeado con el escalpelo del observador concienzudo, no es criticar, sino hacer prueba

de ligereza y dar una pobre idea del propio juicio. De seguro que si hubiésemos presentado esta filosofía como obra de un cerebro humano, hubiera hallado menos desdén, y hubiese merecido los honores del examen por parte de los que pretenden dirigir la opinión. Pero procede de los Espíritus, ¡qué absurdo! apenas merece que se le eche una mirada. Se la juzga por el título, como el mono de la fábula juzgaba la nuez por la cascara. Si bien os parece, haced abstracción del origen. Suponed que este *libro* es obra de un hombre, y decid en vuestra alma y conciencia si, después de haberlo leído *seriamente*, encontráis en él motivo de burla.

II

El espiritismo es el antagonista más temible del materialismo, y no es, pues, de extrañar que tenga por adversarios a los materialistas. Pero como el materialismo es una doctrina que apenas se atreven a confesar sus partidarios, (prueba de que no son muy fuertes y de que están dominados por la conciencia) se cubren con la capa de la razón y de la ciencia. Y, cosa rara, aún los más escépticos hablan en nombre de la religión que no comprenden, como no comprenden ni conocen el espiritismo. Su punto de vista es especialmente lo *maravilloso* y lo *sobrenatural* que no admiten. Ahora bien, al estar el espiritismo fundado en lo maravilloso, según ellos, no puede ser más que una suposición ridícula. No reflexionan que rechazando, sin limitación, lo maravilloso y lo sobrenatural, rechazan la religión. En efecto, la religión está fundada en la revelación y en los milagros, ¿y qué es la revelación sino comunicaciones extrahumanas? Todos los autores sagrados, desde Moisés, han hablado de esa clase de comunicaciones. ¿Y qué son los milagros? Hechos maravillosos y sobrenaturales por excelencia, puesto que, en sentido litúrgico, son derogaciones de las leyes naturales. Luego, rechazando lo maravilloso y lo sobrenatural, rechazan las mismas

bases de la religión. Pero no debemos mirar las cosas desde este punto de vista. No le toca examinar al espiritismo si hay o no milagros, es decir, si Dios ha podido, en ciertos casos, derogar las leyes eternas que rigen el universo. En este punto, el espiritismo deja toda la libertad de creencia. Dice y prueba que los hechos en que se apoya no tienen de sobrenaturales más que la apariencia. Esos fenómenos son tales para ciertas gentes, porque son insólitos y están fuera de los hechos conocidos vulgarmente, pero no son más sobrenaturales que todos los fenómenos cuya solución da hoy la ciencia, y que en otra época parecían maravillosos. Todos los fenómenos espíritas, *sin excepción*, son consecuencia de leyes generales. Nos revelan una de las potencias de la naturaleza, potencia desconocida o, mejor dicho, no comprendida hasta hoy, pero que la observación demuestra que está dentro del orden de las cosas. El espiritismo se apoya, pues, menos que la misma religión en lo maravilloso y lo sobrenatural, y los que por este lado lo atacan, es porque no lo conocen, y aunque sean los hombres más sabios, les diremos: Si vuestra ciencia, que tantas cosas os ha enseñado, no os ha demostrado que es infinito el dominio de la naturaleza, no sois más que sabios a medias.

III

Decís que queréis curar a vuestro siglo de una manía que amenaza con invadir el mundo. ¿Preferiríais que el mundo fuese invadido por la incredulidad que procuráis difundir? ¿No deben atribuirse a la falta de toda creencia el relajamiento de los lazos familiares, y la mayor parte de los desórdenes que minan la sociedad? Demostrando la existencia y la inmortalidad del alma, el espiritismo reanima la fe en el porvenir, alienta los ánimos abatidos, y hace que se soporten con resignación las vicisitudes de la vida. ¿Os atreveréis a decir que todo eso es un mal? Dos doctrinas se encuentran frente a frente: una niega el porvenir,

la otra lo proclama y lo prueba. Una no explica nada, la otra lo explica todo, y, por lo mismo, se dirige a la razón. Una es la sanción del egoísmo, la otra da base a la justicia, a la caridad y al amor a los semejantes. La primera se limita a señalar el presente y anonada toda esperanza, la segunda consuela y señala el vasto campo del porvenir. ¿Cuál es más perniciosa?

Algunas personas, y aun entre las más escépticas, se hacen apóstoles de la fraternidad y del progreso, pero la fraternidad supone desinterés, abnegación de la propia personalidad. Con la verdadera fraternidad, el orgullo es una anomalía. ¿Con qué derecho imponéis un sacrificio a aquel a quien decís que cuando muera, todo acabará para él, a quien aseguráis que acaso mañana no será más que una máquina vieja descompuesta que arrumbarán? ¿Qué razón tiene para imponerse una privación, cualquiera que sea? ¿No es más natural que, durante los cortos momentos de vida que le concedéis, procure pasarlo del mejor modo posible? Y de aquí el deseo de poseer mucho para gozar más. De este deseo nacen los celos contra los que poseen más que él. Y de esos celos a la tentación de apoderarse de lo que tienen, no hay más que un paso. ¿Qué le detiene? ¿La ley? Pero la ley no alcanza todos los casos. ¿Diréis que la conciencia, el sentimiento del deber? Pero ¿en que basáis ese sentimiento? ¿Tiene alguna razón de ser dada la creencia de que todo acaba con la vida? Con semejante creencia solo una máxima es racional, y es esta: cada uno para sí. Las ideas de fraternidad, de conciencia, de deber, de humanidad y hasta de progreso, no son más que palabras huecas. ¡Oh! ¡Vosotros los que tales doctrinas proclamáis, no sabéis todo el mal que hacéis a la sociedad, ni de cuántos crímenes asumís la responsabilidad! Pero ¿qué estoy hablando de responsabilidad? Para el escéptico no existe responsabilidad, pues solo rinde tributo a la materia.

IV

El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de justicia, de amor y de caridad. Esta ley está fundada en la certeza del porvenir. Quitad esta certeza, y quitaréis a aquella su piedra fundamental. De esta ley derivan todas las otras, porque contiene todas las condiciones de la felicidad del hombre. Solo ella puede curar las plagas de la sociedad, y el hombre puede juzgar, comparando *las edades y los pueblos*, cuánto mejora su condición a medida que esa ley se comprende y practica mejor. Si una aplicación parcial e incompleta produce un bien real, ¿qué no será cuando venga a ser la base de todas las instituciones sociales! Pero ¿es esto posible? Sí, puesto que si el ser humano ha dado diez pasos, puede dar veinte, y así sucesivamente. Puede, pues, juzgarse del porvenir por el pasado. Ya estamos viendo extinguirse poco a poco las antipatías de pueblo a pueblo. Las barreras que los separaban caen ante la civilización. Se dan la mano desde un extremo al otro del mundo. Una mayor justicia preside las leyes internacionales. Las guerras son cada vez menos frecuentes y no excluyen los sentimientos humanitarios. El trato igualitario se establece en las relaciones humanas. Las distinciones de razas y castas desaparecen, y los hombres de distintas creencias acallan los prejuicios sectarios para confundirse en la adoración de un solo Dios. Nos referimos a los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización (Véanse 789-793) Bajo todos estos aspectos, estamos aún lejos de la perfección, y quedan todavía por derruir muchas ruinas antiguas, hasta que hayan desaparecido los últimos vestigios de la barbarie. Pero esas ruinas ¿podrán soportar el poder irresistible del progreso, esa fuerza viva que también es una ley de la naturaleza? Si la generación presente está más adelantada que la pasada, ¿por qué la que nos sucederá no ha de estarlo más que la nuestra? Así será por la fuerza de las cosas. Ante todo, porque con las generaciones desaparecen diariamente

algunos campeones de los antiguos abusos, y así la sociedad se constituye poco a poco de nuevos elementos que se han librado de los antiguos prejuicios. En segundo lugar porque el hombre, queriendo progresar, estudia los obstáculos y se consagra a destruirlos. Desde el momento que es incontestable el movimiento progresivo, el progreso venidero no puede ser dudoso. El hombre quiere ser feliz, lo que es natural, y solo busca el progreso para aumentar la suma de su felicidad, sin la cual carecería de objeto. ¿Dónde estaría el progreso para el hombre, si no le hiciera mejorar de posición? Pero cuando posea la suma de goces que puede dar el progreso intelectual, se apercibirá de que no es completa su felicidad. Reconocerá que esta es imposible sin la seguridad de las relaciones sociales, y esta seguridad solo puede encontrarla en el progreso moral. Luego, por la fuerza de las cosas, él mismo impulsará el progreso en esa dirección, y el espiritismo le ofrecerá la más poderosa palanca para el logro de su objetivo.

V

Los que dicen que las creencias espíritas amenazan con invadir el mundo proclaman la fuerza de estas, porque una idea sin fundamento e ilógica no podría llegar a ser universal. Sí, pues, el espiritismo arraiga en todas partes, si muy especialmente es bien acogido por las clases instruidas, como así se reconoce, es porque tiene un fondo de verdad. Contra semejante tendencia serán infructuosos todos los esfuerzos de sus detractores, y lo que lo prueba es, que hasta el mismo ridículo en que han procurado envolverle, lejos de cortarle el vuelo, parece haberle dotado de nueva vida. Este resultado justifica completamente lo que tantas veces nos han dicho los Espíritus: «No os inquiete la oposición. Todo lo que contra vosotros se haga, en favor vuestro redundará, y *vuestros mayores adversarios*

favorecerán sin quererlo, vuestra causa. Contra la voluntad de Dios no podrá prevalecer la mala voluntad de los hombres».

Por medio del espiritismo la humanidad ha de entrar en una nueva fase, la del progreso moral, que es su consecuencia inevitable. Cesad, pues, de admiraros de la rapidez con que se propagan las ideas espiritistas. Se debe a la satisfacción que ocasionan a todos los que la profundizan, y que ven en ellas algo más que un fútil pasatiempo. Ahora bien, como ante todo deseamos la felicidad, no es de extrañar que nos adhiramos a una idea que hace feliz.

El espiritismo presenta tres períodos distintos. El primero es el de la curiosidad provocada por la extrañeza de los fenómenos que se han presentado. El segundo es el del razonamiento y de la filosofía. Y el tercero el de la aplicación y las consecuencias. El período de la curiosidad ha pasado, pues esta no reina más que durante algún tiempo. Una vez satisfecha, se abandona el objeto que la suscitaba para pasar a otro. No sucede lo mismo con lo que se dirige a la reflexión grave y al raciocinio. El segundo período ha empezado, y el tercero le seguirá inevitablemente. El espiritismo ha progresado sobre todo desde que es mejor comprendido en su esencia íntima, desde que se comprende su trascendencia, porque toca la fibra más sensible del hombre: la de su felicidad, aun en este mundo. Esta es la causa de su propagación, el secreto de la fuerza que le hará triunfar. Hace felices a los que lo comprenden, mientras su influencia se extiende a las masas. Aun aquel mismo que no ha sido testigo de ningún fenómeno material de manifestación, se dice: «Fuera de esos fenómenos, existe la filosofía, que me explica lo que NINGUNA otra me había explicado. En ella encuentro, por medio únicamente del razonamiento, una demostración *racional* de los problemas que interesan en el más alto grado a mi porvenir. Me proporciona la calma, la seguridad y la confianza.

Me libra del tormento de la incertidumbre, junto a todo lo cual es cuestión secundaria la de los hechos materiales». Vosotros, todos los que lo atacáis, ¿queréis un medio de combatirlo con éxito? Aquí lo tenéis: reemplazadlo por algo mejor. Hallad una solución MÁS FILOSÓFICA a todas las cuestiones que él resuelve. Dad al hombre OTRA CERTEZA que le haga más feliz, y comprended bien la trascendencia de la palabra *certeza*, porque el hombre no admite como *cierto* más que lo que le parece *lógico*. No os contentéis con decir, «eso no es así», lo cual es demasiado fácil. Probad, no con negación, sino con hechos, que no es así, no ha sido nunca, ni PUEDE ser. Si no lo es, decid sobre todo qué habría que poner en su lugar. Probad, en fin, que las consecuencias del espiritismo no son las de hacer mejores a los hombres, y por lo tanto más felices, mediante la más pura moral evangélica, moral que se elogia mucho, pero que se practica muy poco. Cuando hayáis hecho todo esto, tendréis derecho a atacarlo. El espiritismo es fuerte porque se apoya en las mismas bases que la religión: Dios, el alma, las penas y recompensas futuras. Sobre todo, porque presenta esas penas y recompensas como consecuencias naturales de la vida terrestre, y porque nada del cuadro que ofrece del porvenir puede ser rechazado por la razón más exigente. Vosotros, cuya toda doctrina consiste en la negación del porvenir, ¿qué compensación ofrecéis de los sufrimientos de la Tierra? Vosotros os apoyáis en la incredulidad, el espiritismo en la confianza en Dios. Mientras que él invita a los hombres a la felicidad, a la esperanza, a la verdadera fraternidad, vosotros le ofrecéis como perspectiva, la NADA, y el EGOÍSMO como consuelo. Él lo explica todo, vosotros nada. Él prueba con hechos, y vosotros nada probáis. ¿Cómo queréis, pues, que se titubee entre ambas doctrinas?

VI

Se tendría una idea muy equivocada del espiritismo, si se creyera que toma su fuerza en la práctica de las manifestaciones materiales, y que dificultando estas se lo puede minar por su base. Su fuerza reside en su filosofía, en el llamamiento que hace a la razón, al buen sentido. En la antigüedad era objeto de estudios misteriosos, cuidadosamente ocultos al vulgo. Hoy no tiene secretos para nadie. Habla un lenguaje claro, sin ambigüedad. En él nada hay místico, nada alegórico susceptible de falsas interpretaciones. Quiere ser comprendido por todos, porque ha llegado el momento de dar a conocer la verdad a los hombres. Lejos de oponerse a la difusión de la luz, la quiere para todos. No exige una creencia ciega, sino que quiere que se sepa por qué se cree, y apoyándose en la razón, será siempre más fuerte que los que se apoyan en la nada. Las trabas que se intenten poner a la libertad de las manifestaciones ¿podrían impedir las? No, porque producirían el efecto de todas las persecuciones, el de excitar la curiosidad y el deseo de conocer lo prohibido. Por otra parte, si las manifestaciones espíritas fuesen privilegio de un solo hombre, no cabe duda que, deshaciéndose de este, se pondría fin a las manifestaciones. Desgraciadamente para los adversarios, están a disposición de todo el mundo, y todas usan de ellas, desde el más pequeño hasta el más grande, desde el palacio hasta la más humilde morada. Puede prohibirse su ejercicio público, pero cabalmente se sabe que no es en público como mejor se producen, sino en la intimidad. Pudiendo pues, ser cada cual médium, ¿quién puede impedir a una familia en el interior de su hogar, a un individuo en el silencio de su despacho, a un prisionero en su calabozo, que mantengan comunicaciones con los Espíritus, a espaldas o ante los ojos de sus carceleros? Si se prohíben en un país, ¿se las prohibirá en el país vecino, en el mundo entero, ya que no hay una sola comarca en ambos mundos que carezca de médiums? Para encarcelarlos a

todos, sería preciso encarcelar a la mitad del género humano. Y si se lograra, lo que no sería más fácil, quemar todos los libros espíritas, al día siguiente serían reproducidos, porque el origen es inaccesible, y porque no se puede ni encarcelar ni quemar a los Espíritus, que son sus verdaderos autores.

El espiritismo no es obra de un hombre. Nadie puede llamarse su fundador porque es tan antiguo como la Creación. En todas partes se encuentra, en todas las religiones, y más que en ninguna en la católica y con más autoridad que en todas las otras, porque en ella se encuentra el principio de todo: los Espíritus de todos los grados, sus relaciones ocultas y manifiestas con los hombres, los ángeles guardianes, la reencarnación, la emancipación del alma durante la vida, la doble vista, las visiones, las manifestaciones de toda clase, las apariciones y hasta las apariciones tangibles. En cuanto a los demonios, no son más que malos Espíritus y, salvo la creencia de que los primeros están eternamente condenados al mal, mientras que el camino del progreso no se halla cerrado a los otros, no hay entre ellos sino una diferencia de nombre.

¿Qué hace la ciencia espírita moderna? Reúne en un conjunto lo que estaba disperso. Explica en términos propios lo que solo estaba en lenguaje alegórico. Rechaza lo que la superstición y la ignorancia han engendrado, para no dejar más que lo real y positivo. Esta es su misión, pero el título de fundadora no le pertenece. Enseña lo que es, coordina, pero nada crea, porque sus bases han existido en todos los tiempos y lugares. ¿Quién se juzgará, pues, bastante fuerte para ahogarla bajo el peso de los sarcasmos, e incluso de las persecuciones? Si la proscriben en un lugar, renacerá en otros, en el mismo terreno donde se le habrá desterrado, porque está en la naturaleza, y no es dado al hombre anonadar una fuerza natural, ni interponer su *veto* a los decretos de Dios.

Por otra parte, ¿qué interés se tendría en dificultar la propagación de las ideas espíritas? Ciertamente que ellas, se levantan contra los abusos que nacen del orgullo y del egoísmo, pero esos abusos de que se aprovechan algunos, perjudican a la comunidad. El espiritismo, en consecuencia, tendrá a favor suyo a la comunidad, y por adversarios serios nada más que a los que están interesados en la conservación de los abusos. Por el contrario, las ideas espíritas por su influencia, al hacer que los hombres sean mejores unos para con los otros, que no vivan tan ávidos de los intereses materiales y que se resignen más a los decretos de la Providencia, son una garantía de orden y de tranquilidad.

VII

El espiritismo se presenta bajo tres aspectos diferentes: el hecho de las manifestaciones, los principios de filosofía y de moral que de ellas se desprenden, y la aplicación de esos mismos principios. De aquí tres clases, o mejor, tres grados entre los adeptos: Primero, el de los que creen en las manifestaciones y se limitan a comprobarlas; para estos el espiritismo es una ciencia experimental. Segundo, el de los que abarcan las consecuencias morales. Tercero, el de los que practican o se esfuerzan en practicar esta moral. Cualquiera que sea el punto de vista, científico o moral, desde el que se consideren esos extraños fenómenos, cada cual comprende que de ellos surge todo un nuevo orden de ideas, cuyas consecuencias no pueden ser más que una profunda modificación en el estado de la humanidad, y se comprende también que semejante modificación solo puede tener lugar en sentido del bien.

En cuanto a los adversarios, pueden también clasificarse en tres categorías: Primera, los que niegan por sistema todo lo que es nuevo o de ellos no procede, y que hablan sin conocimiento de causa. A esta clase pertenecen todos los que no admiten nada

fuera del testimonio de los sentidos. Ellos nada han visto, no quieren ver nada, y menos aún profundizar. Hasta les molestaría ver demasiado claro, temerosos de que habrían de convenir en que no tenían razón. Para ellos el espiritismo es una quimera, una locura, una utopía, dicho sin ambages, no existe. Estos son los incrédulos que obedecen a una resolución ya tomada. Junto a ellos, pueden colocarse los que se han dignado echar una ojeada para descargo de conciencia, y a fin de poder decir: «He querido ver y nada he visto». Estos no comprenden que pueda necesitarse más de media hora para darse cuenta de toda una ciencia. Segunda, aquellos que, sabiendo muy bien a qué atenerse sobre la realidad de los hechos, los combaten, sin embargo, por motivos de interés personal. Para ellos existe el espiritismo, pero temen sus consecuencias, y lo atacan como un enemigo. Tercera, los que hallan en la moral espírita una censura demasiado severa de sus actos o tendencias. El espiritismo tomado en serio les molestaría. No lo rechazan, ni lo aprueban, prefiriendo cerrar los ojos. Los primeros son incitados por el orgullo y la presunción. Los segundos, por la ambición. Los terceros, por el egoísmo. Se concibe que estas causas de oposición, al no tener nada de sólido en qué basarse, han desaparecer con el tiempo, porque en vano buscaríamos una cuarta categoría de antagonistas, la de los que se apoyasen en pruebas contrarias patentes y que atestiguaran un estudio concienzudo y laborioso de la cuestión. Todos se limitan a oponer negaciones, ninguno aduce demostraciones serias e irrefutables.

Muy alta idea habría de tenerse de la naturaleza humana para creer que puede transformarse súbitamente por medio de las ideas espíritas. Ciertamente que su acción no es la misma, ni que tienen la misma intensidad en todos los que la profesan. Pero, cualquiera que sea el resultado, por más débil que pueda ser, constituye siempre un mejoramiento, aunque solo fuese el de probar la existencia de un mundo extracorporal, lo que

implica la negación de las ideas materialistas. Esto es consecuencia de la observación de los hechos. Sin embargo, para los que comprenden el espiritismo filosófico, y ven en él algo más que fenómenos más o menos curiosos, existen otros efectos. El primero y principal el de desarrollar el sentimiento religioso incluso en aquel que, sin ser materialista, solo siente indiferencia por las cosas espirituales. Le produce asimismo el desprecio de la muerte. No decimos «el deseo de la muerte», nada menos que eso, pues el espírita defenderá su vida como otro cualquiera, sino una indiferencia que le hace aceptar, sin murmuraciones ni quejas, una muerte inevitable, como algo más feliz que temible, por la certeza del estado que le sigue. El segundo efecto, casi tan general como el primero, es la resignación en las vicisitudes de la vida. El espiritismo hace ver las cosas desde tan alto que, al perder la vida terrestre las tres cuartas partes de su importancia, al ser humano ya no le afectan tanto las vicisitudes que la acompañan. De aquí resulta mayor valor en las aflicciones y mayor moderación en los deseos. Resulta asimismo el alejamiento de la idea de abreviar la existencia, pues la ciencia espírita enseña que con el suicidio se pierde siempre lo que se quería ganar. La certeza de un porvenir cuyo mejoramiento depende de nosotros, la posibilidad de entablar comunicaciones con los seres que nos son queridos, ofrecen al espírita un consuelo supremo. Su horizonte se extiende hasta lo infinito por medio del incesante espectáculo de la vida de ultratumba, cuyas misteriosas profundidades puede sondear. El tercer efecto es el de suscitar la indulgencia para con los defectos de los otros. Pero, es muy necesario decirlo, el principio egoísta y todo lo que de él deriva es lo más tenaz que en el hombre existe, y por lo tanto lo más difícil de desarraigar. Gustosamente se hacen sacrificios, siempre que nada cuesten o que de nada priven. El oro tiene aún para el mayor número un irresistible atractivo, y muy pocos comprenden la palabra superfluo cuando de sus personas se trata. Por

esto, la abnegación de la personalidad es señal del mayor progreso.

VIII

Dicen ciertas personas: ¿nos enseñan los Espíritus una nueva moral, algo superior a lo que dijo Cristo? Si esa moral no es más que la del Evangelio, ¿para qué sirve el espiritismo? Este razonamiento se parece notablemente al del califa Omar, cuando hablaba de la Biblioteca de Alejandría: «Si no contiene, decía, más que lo que hay en el Corán, es inútil, y por tanto es preciso quemarla. Si algo más contiene, es mala, y también es preciso quemarla». No, el espiritismo no contiene una moral diferente de la de Jesús. Pero preguntamos también, antes de Cristo, ¿no tenían los hombres la ley dada por Dios a Moisés? ¿No estaba su doctrina en el Decálogo? ¿Se dirá por esto que era inútil la moral de Jesús? Preguntamos también a los que niegan la utilidad de la moral espírita ¿por qué se practica tan poco la de Cristo? ¿Por qué los mismos, que con justo título proclaman su sublimidad, son los primeros en violar la principal de sus leyes, la *caridad universal*? Los Espíritus no solo vienen a confirmarla, sino que también nos demuestran su utilidad práctica. Hacen inteligibles y patentes verdades que únicamente bajo forma alegórica habían sido enseñadas, y junto a la moral, definen los problemas más abstractos de la psicología.

Jesús vino a enseñar a los hombres el camino del verdadero bien. ¿Por qué, pues, Dios, que le envió para que recordase su ley desconocida, no podría enviar actualmente a los Espíritus para recordarla nuevamente y con mayor precisión, cuando hoy la olvidan los hombres, sacrificándolo todo al orgullo y a la codicia? ¿Quién se atreverá a poner límites al poder de Dios y trazarle el camino que ha de seguir? ¿Quién dice que, como aseguran los Espíritus, no han llegado los tiempos predichos, y que no alcanzamos aquellos en que las verdades mal comprendidas

o falsamente interpretadas, deben ser reveladas ostensiblemente al género humano, para apresurar su adelanto? ¿No hay algo de providencial en esas manifestaciones que simultáneamente se producen en todos los puntos del globo? No es un solo hombre, no es un profeta quien viene a advertirnos, sino que de todas partes brota la luz, desarrollándose a nuestra vista todo un nuevo mundo. Así como el microscopio nos descubrió el mundo de los infinitamente pequeños, que ni imaginábamos, y el telescopio los millares de mundos, que tampoco sospechábamos, las comunicaciones espíritas nos revelan el mundo invisible que nos rodea, nos codea incesantemente y toma parte sin darnos cuenta de ello, en todo lo que hacemos. Dejad pasar algún tiempo, y la existencia de ese mundo, que es el que nos espera, será tan incontestable como la del mundo microscópico y la de los globos sumergidos en el espacio ¿Acaso es nada el habernos dado a conocer todo un mundo, el habernos iniciado en los misterios de la vida de ultratumba? Ciertamente semejantes descubrimientos, si así puede llamárseles, contrarían en parte ciertas ideas establecidas. Pero ¿acaso todos los grandes descubrimientos científicos no han modificado igualmente y hasta trastornado las más acreditadas ideas? Y ¿no ha sido preciso que nuestro amor propio se doblegase ante la evidencia? Lo mismo sucederá con el espiritismo, y dentro de poco gozará derecho de ciudadanía entre los conocimientos humanos.

Las comunicaciones con los seres de ultratumba han producido el resultado de hacernos comprender la vida futura, de hacérsela ver, de iniciarnos en las penas y goces que nos esperan según nuestros méritos, y por lo mismo el de conducir nuevamente al *espiritualismo* a los que solamente veían en nosotros la materia y una máquina organizada. Así, pues, hemos tenido razón al decir, que el espiritismo ha matado con hechos al materialismo. Aunque otro resultado no hubiese producido, el orden social le debería gratitud. Pero hace más aún, pues patentiza

los inevitables efectos del mal, y por consiguiente la necesidad del bien. El número de personas que ha conducido a sentimientos mejores, cuyas malas tendencias ha neutralizado, y a quienes ha apartado del mal, es mayor de lo que se cree, y aumenta cada día. Y es porque el porvenir no es para ellas algo incierto, una simple esperanza, sino una verdad que se comprende, que se explica, cuando *vemos* y *oímos* a los que nos han dejado, lamentarse o felicitarse de lo que hicieron en la Tierra. Cualquiera que de ello sea testigo, se pone a reflexionar y siente la necesidad de conocerse, juzgarse y enmendarse.

IX

Los adversarios del espiritismo no han dejado de armarse contra él con algunas divergencias de opinión sobre ciertos puntos de la doctrina. No es de extrañar que, al empezar una ciencia, cuando aún son incompletas las observaciones, y cada cual la considera desde su punto de vista, puedan producirse sistemas contradictorios. Pero las tres cuartas partes de esos sistemas han desaparecido ya, ante un sistema más profundo, empezando por el que atribuía todas las comunicaciones al Espíritu del mal, como si hubiese sido imposible a Dios enviar a los hombres Espíritus buenos. Doctrina absurda, porque es desmentida por los hechos e impía porque es la negación del poder y de la bondad del Creador. Los Espíritus nos han dicho siempre que no nos inquietemos por esas divergencias, y que la unión se realizará. La unidad se ha realizado acerca de la mayor parte de los puntos, y las divergencias propenden diariamente a su desaparición. A esta pregunta: «Esperando que se verifique la unidad, ¿en qué puede basarse para formar juicio el hombre imparcial y desinteresado?». He aquí la respuesta:

«La luz verdaderamente pura no es oscurecida por ninguna nube, y el diamante sin mancha es el más valioso. Juzgad, pues, a los Espíritus por la pureza de su enseñanza. No olvidéis que

entre los Espíritus, los hay que no se han despojado aún de las ideas de la vida terrestre. Sabed distinguirlos por su lenguaje. Juzgadlos por el conjunto de lo que os digan. Mirad si hay encadenamiento lógico en las ideas, si nada revela ignorancia, orgullo o malevolencia, en una palabra, observad si sus palabras llevan el sello de la sabiduría que revela la verdadera superioridad. Si vuestro mundo fuese inaccesible al error, sería perfecto, pero está lejos de ello. Aún habéis de aprender a distinguir el error de la verdad, y os son necesarias las lecciones de la experiencia para ejercitar vuestro juicio y haceros avanzar. La unidad se realizará en el punto en que nunca el bien se ha mezclado con el mal, y en ese punto se unirán por la fuerza de las cosas todos los hombres, pues juzgaran que en él está la verdad.

» ¿Qué importan por otra parte algunas divergencias, que estriban más en la forma que en el fondo? Reparad que los principios fundamentales son unos mismos en todas partes, y deben uniros en un pensamiento común, en el de amar a Dios y practicar el bien. Cualesquiera que sean, pues, el modo de progresar que se suponga, o las condiciones normales de la existencia futura, el objetivo final es el mismo: hacer el bien. Y no hay dos modos de hacerlo».

Si entre los adeptos del espiritismo, los hay que difieren de opinión sobre algunos puntos de la teoría, están conformes todos en los puntos fundamentales. Hay, pues, unidad exceptuando a aquellos que, en escaso número, no admiten aún la intervención de los Espíritus en las manifestaciones, y que las atribuyen a causas puramente físicas, lo que es contrario a este axioma: «todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente», o al reflejo de nuestro propio pensamiento, lo que es desmentido por los hechos. Los otros puntos solo son secundarios, y en nada atacan las bases fundamentales. Puede, pues, haber aún escuelas que procuren ilustrarse sobre las partes todavía controvertidas de la ciencia espírita, pero no debe haber sectas rivales unas de otras. Solo debe haber antagonismo entre los que quieren el bien y los que hacen o quieren el mal. Ahora

bien, no hay un espírita sincero, y compenetrado de las grandes máximas morales enseñadas por los Espíritus que pueda querer el mal, ni desearlo a su prójimo sin distinción de opiniones. Si alguna de estas sectas es errónea, tarde o temprano brillará la luz, si de buena fe la busca sin prevención. Mientras tanto, todas tienen un lazo común que debe unirles en un mismo pensamiento. Todas tienen un mismo objetivo. Poco importa, pues, el camino, con tal que este conduzca a aquel. Ninguna debe imponerse por la violencia material o moral, y solo aquella que anatematizase a otra estaría en el error, pues evidentemente obraría por influencia de Espíritus malos. La razón debe ser, pues, el argumento supremo, y la moderación asegurará más el triunfo de la verdad que las diatribas envenenadas de la envidia y de los celos. Los buenos Espíritus no predicán más que la unión y el amor al prójimo, y nunca ha procedido de origen puro un pensamiento de malevolencia o contrario a la caridad. Para concluir, oigamos sobre este particular los consejos del Espíritu de san Agustín:

«Durante mucho tiempo los hombres se han destrozado y anatematizado en nombre de un Dios de paz y misericordia, ofendiendo a Dios con semejante sacrilegio. El espiritismo es el lazo que los unirá un día, pues les hará ver dónde está la verdad y dónde el error. Pero aún habrá, durante mucho tiempo, escribas y fariseos que lo negarán, como negaron a Cristo. ¿Queréis saber bajo la influencia de qué Espíritus están las diversas sectas que se reparten el mundo? Juzgadlas por sus obras y principios. Jamás los Espíritus buenos han sido instigadores del mal; jamás han aconsejado ni legitimado el asesinato y la violencia; jamás han excitado los odios de partido, ni la sed de riquezas y honores, ni la avidez de los bienes terrenos. Solamente los seres humanos que son buenos, humanitarios y benévolos para con todos, son sus predilectos, y también los preferidos de Jesús, porque siguen el camino que les enseñó para llegar a él».

SAN AGUSTÍN



Sociedad Española de
Divulgadores Espiritas

El Libro de los Espíritus

El Libro de los Espíritus fue presentado el 18 de abril de 1857 por Allan Kardec, dando inicio al nacimiento del espiritismo. La segunda edición de esta obra, de 1860, fue considerada la definitiva. A través de 1019 preguntas y respuestas, Espíritus elevados nos revelan aspectos trascendentales acerca de la inmortalidad del alma, la naturaleza de los Espíritus y el porvenir de la humanidad. Todo un compendio de conocimientos que amplían la visión y la comprensión de la vida, aproximándonos al Creador.

La presente edición recupera la traducción que José María Fernández Colavida realizó del original francés en 1879, revisada y actualizada, a la que se han añadido algunos fragmentos que faltaban en dicha traducción histórica.

Allan Kardec (1804-1869)

Seudónimo del pedagogo francés Hippolyte Léon Denizard Rivail, autor de más de una veintena de obras para la renovación de la enseñanza en Francia.

Tras conocer los fenómenos mediúnicos de las "mesas giratorias" en París a mediados del siglo XIX, el profesor Rivail decidió estudiarlos aplicando la metodología científico-experimental aprendida en Suiza con Heinrich Pestalozzi. Resultado de este disciplinado estudio científico, con el concurso del mundo espiritual y la participación de numerosos médiums, compiló un enorme volumen de información. A continuación la organizó y la publicó con el seudónimo de Allan Kardec, resultando así la codificación del espiritismo.

Las obras básicas del espiritismo publicadas por Allan Kardec son: *El Libro de los Espíritus* (1857), *El Libro de los médiums* (1861), *El Evangelio según el Espiritismo* (1864), *El cielo y el infierno* (1865) y *La génesis* (1868). A las que se suman: *¿Qué es el espiritismo?* (1859), *la Revista Espirita* (1858-1869) y otros opúsculos.

Distribución gratuita

